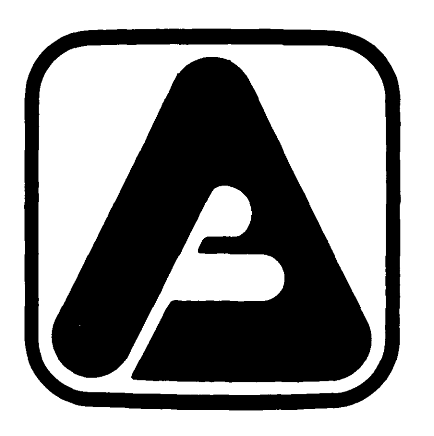
JOSE RAFAEL POCATERRA

MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

•





MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

TOMO I

José Rafael Pocaterra

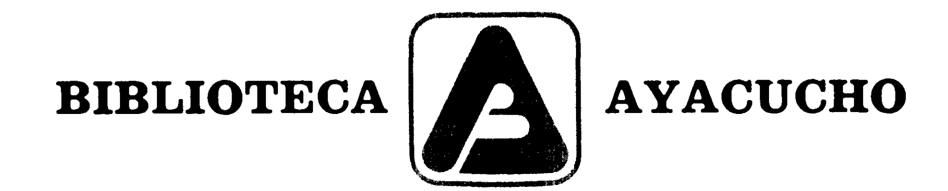
MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

●

Castro: 1899-1908
Gómez: 1909-1919

Selección, prólogo y cronología
JESUS SANOJA HERNANDEZ

Bibliografía
ROBERTO J. LOVERA DE-SOLA



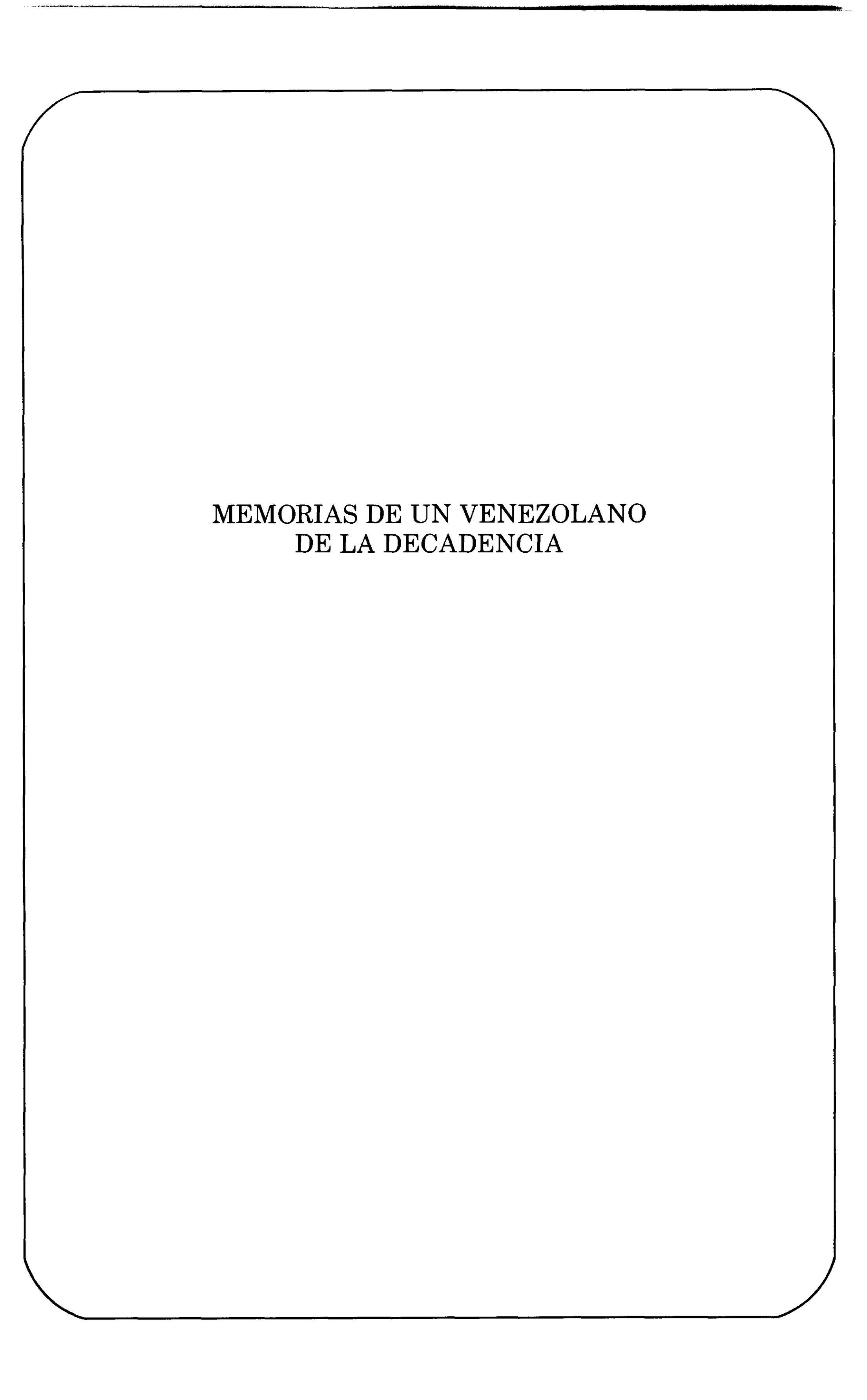
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

ISBN 980-276-059-9 tela
ISBN 980-276-057-9 obra completa tela
ISBN 980-276-056-0 rústica
ISBN 980-276-054-4 obra completa rústica
Impresión: Editorial Ex Libris, Caracas 1990

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición de *Memorias de un venezolano de la decadencia* sigue el texto de la publicada por la Editorial Elite de Caracas en 1937. Se ha conservado la división en dos tomos y se reproduce el material fotográfico de la misma. Las erratas advertidas han sido corregidas y se ha actualizado la ortografía.



MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA

NOTICIA EDITORIAL

DE LA PRIMERA EDICIÓN VENEZOLANA

Esta obra se publicó parcialmente así: las tres primeras partes, divididas en tres tomos consecutivos:
I "Castro - 1898-1908";
II "Gómez - 1909-1918"; y
III "La Vergüenza de América - 1919-1922".

Los mencionados tres primeros volúmenes se publicaron por capítulos en La Reforma Social, *revista fundada en Nueva York por Orestes Ferrara y Jacinto López, en sus ediciones mensuales de 1923 a 1926. Los dos primeros tomos se editaron en Bogotá (Ediciones Colombia, 1927). El tercero que aún no se había editado en libro fue luego traducido al inglés y al francés el año siguiente* (The Shame of América, La Tyrannie au Vénézuéla, *Delpeuch, París, 1928-1929*). *Existe una edición rusa de esta misma parte de la obra según se nos ha informado. Pero con esto igual que con adaptaciones, reproducciones indebidas y glosas más o menos encubiertas de la obra de Pocaterra, ha ocurrido lo inevitable, dados la época, las circunstancias y los hombres: una labor cuya trascendencia apunta a metas distintas que las del mero panfleto político, fue aprovechada por la propaganda ocasional y no siempre para justicia del autor ni de sus intenciones. Gentes inconscientes y sin escrúpulos, ya en el régimen que se analizaba en las páginas del libro, bien dentro de la misma llamada oposición, trataron de desvirtuar y falsear los hechos. Los hechos han sido el mejor documento de estas* Memorias *–con ser tan extensa la labor bibliográfica y documental que este trabajo supone–. Ahora las editamos completas –incluso el anunciado tomo IV– en formato de dos volúmenes. Es ésta la edición definitiva, la única corregida, revisada personalmente por su autor y con notas complementarias.*

El Editor

Caracas, 1936

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Conocí a José Rafael Pocaterra en una tarde de verano en Montreal, a donde me llevara más que el deseo de visitar la hermosa ciudad canadiense –airosa flor latina erguida entre la civilización sajona del Norte– el de estrechar la mano del valeroso hijo de Valencia, que frente a las tiranías venezolanas mantiene a través de los años la protesta de su pluma, de su conciencia y de su vida.

Le conocía sólo por sus escritos, y me seducía en ellos no la filigrana estética en que se complacen tantos estilistas que vuelven la espalda a los dolores de la patria, a los problemas que inquietan y angustian a todo espíritu reflexivo; no el diletantismo literario que tanto abunda, sino el ardor de convicciones generosas expresadas con intensa sinceridad en una prosa musculada y firme. Porque Pocaterra es no sólo un excelente escritor, sino también –y ante todo– un hombre que ama con pasión la verdad y la justicia; un recio luchador a quien anima un ardiente amor por la libertad y el derecho, y un odio implacable contra las tiranías. Y por eso es un proscrito que entre las nieves del norte piensa a todas horas en la patria de donde lo arrojó el despotismo, en esa "tierra del sol amada" que supo pintar con frase amorosa y fuerte.

Pasé con Pocaterra largas horas, de grato recuerdo. Nada en él de frívolo, ni de tropical. Ni la sombra del rastacuerismo, que suele ser la característica grotesca de ciertos latinoamericanos en el exterior. Un hombre melancólico, a quien la desgracia ha dado una tristeza varonil y serena, tristeza que no se queja, pero que corre como un río profundo y callado a través de todos sus actos y pone una nota grave en todas sus palabras. No padece de esa enfermedad mental lastimosa con que algunos encubren su pobreza espiritual: la ironía barata y sistemática, cómodo pasaporte para huir del esfuerzo y de la acción tenaz, para disculpar la incapacidad de abordar o de resolver problemas que se creen descartados con una burla necia. Pocaterra toma en serio la vida, porque ha recibido sus golpes, porque ha sentido caer sobre su patria y sobre su propia existencia todo el peso de una suerte cruel; porque la dictadura no ha sido para él un concepto literario, sino el duro horror de una prisión de donde con la justicia huyó la misericordia; ni el destierro un tema teórico, sino

la atroz realidad de no tener patria. La soledad, la meditación y el estudio le han forjado un alma en que la desgracia no ha matado la emoción ni han logrado los golpes adversos del destino apagar la luz del ideal.

A fuerza de energía y de trabajo, ha conquistado Pocaterra en el Canadá una posición holgada, que le permite vivir con entera dignidad, en alto puesto de confianza de una poderosa compañía, como profesor de una célebre universidad, y como periodista de bien merecido renombre. Gana ampliamente su vida, y otro que no fuera él se habría dedicado a gozarla, lejos de rudas luchas, procurándose un cómodo regreso a su país a través de un olvido logrado a fuerza de cobardía. El egoísmo le aconsejaba callar, o desviar hacia la literatura sus poderosas facultades intelectuales; pero él ha preferido seguir en la línea de fuego, mantener viva la protesta contra la tiranía que humilla a su patria, cuando casi todos se inclinan ante ella; ser, con otros cuantos inconformes, la conciencia de la ciudadanía venezolana.

Toda su indignación, todos sus recuerdos de las cárceles, de las campañas políticas contra la dictadura, de los sucesos que han caído sobre Venezuela en estos últimos cinco lustros, los condensa Pocaterra en estas *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.* Son ellas como la venganza justa y necesaria de cuantos en esa época han padecido persecuciones por la justicia en la patria de Bolívar y de Bello, o han pagado con su vida su resistencia a los tiranos, o han sido arrastrados por ellos a la desgracia y a la ruina. El caudillaje absoluto parece haber dominado a Venezuela, y en esta hora en que triunfa la iniquidad, y acompaña la fortuna a quienes la han encarnado, es un imperativo moral que no prescribe mostrar cuáles son los fundamentos de esta iniquidad, cómo se ha levantado ella sobre las ruinas morales de una nación, y cuántas vergüenzas y dolores encubre la prosperidad material que hoy se pretende exhibir como compensación suficiente para la supresión de todas las libertades y de todos los derechos.

En mis conversaciones con Pocaterra insistí en la necesidad de publicar este libro, disperso en las columnas de *La Reforma Social,* y le aseguré que ello sería posible en Colombia, país libre donde no existe la mordaza para el pensamiento; donde no es la imprenta dependencia vil de los caudillos, ni proveedora sumisa y desvergonzada de frenética adulación y de sofismas tan endebles como elegantes, tan inmorales como interesados, buenos sólo para poner la máscara de la razón y de la inteligencia a lo que no es sino la imposición brutal de la fuerza y del apetito sobre un pueblo esclavizado. Y de una imprenta colombiana sale esta obra, aún inconclusa, grito de cólera y de protesta lanzado ante un continente que ha padecido de las tiranías como de su más grave enfermedad, y necesitado más que de ninguna otra cosa de un régimen político libre, sano y justo; de la realidad viva del derecho: de cuanto hace de un país algo más que un conglomerado de pequeños intereses y de bajas codicias.

Es un libro violento, sangriento, implacable. Algunos echarán en él de menos la serenidad y el frío raciocinio; pero, ¿es que se pueden tener esas

condiciones cuando aún está vivo el recuerdo personal de atroces crueldades, y se describen hechos inicuos, saturados de sangre y de lágrimas? No es éste el trabajo ecuánime de un erudito que estudia las atrocidades ya pálidas de un tirano remoto. Es el grito de la víctima cuyas heridas aún no se han cerrado; del que ve aherrojada y doliente a su patria y la contempla así con un amor sólo igualado por la ira que tal cuadro produce. ¿Podía él, en esas condiciones, ensayar un estudio sociológico de ese fenómeno y aplicarle la lente de la filosofía pedantesca, o de una abstracta crítica filosófica? Para otros esa tarea de apacible erudito: él ha preferido aplicarle el hierro candente a la llaga viva, poner al margen de un éxito escandaloso el comentario sangriento de la verdad acusadora, último reducto del anhelo republicano.

Podía Pocaterra haberse consagrado a labores de puro intelectualismo, como las que tanto seducen a las nuevas generaciones de nuestra América desorientada. Imitando a Proust, le era fácil dedicarse a interminables escarceos sobre sutilezas psicológicas, o consagrarse a la sociología, o a la novela, o a la crítica meramente literaria, o a la historia de hechos lejanos. Para todo ello le sobra talento y le da elementos sobrados su formidable y extensísima cultura. Pero prefirió seguir la tradición de los grandes espíritus de la América, de Martí, el supremo maestro, de Sarmiento, de Montalvo, de su admirable y malogrado compatriota Pío Gil, de nuestro Juancho Uribe; prefirió convertir su pluma en lanza, y esgrimirla contra la tiranía. Como el bardo germano, aspira a que sobre su tumba se coloquen una lira y una espada. No es hacedor de frases, sino un luchador por la libertad y por el decoro. Carducci, al fin de su vida, decía que hubiese preferido a todos sus poemas haber muerto peleando contra los adversarios de su patria en Monterotondo o en Mentana. Así también Pocaterra deseara más que el laurel frío de un triunfo literario la flor roja del sacrificio, pero la suerte no lo ha querido y el vencimiento lo ha arrojado a playas lejanas y le ha quitado de las manos toda arma que no sea la pluma.

Contra ciertas victorias de la fuerza, no queda otra arma; pero es preciso usarla, aunque no sea sino para que al lado del éxito inicuo brille la palabra acusadora y rompa la protesta las densas nubes de la adulación mendicante. Es una necesidad de la moral eterna. Es el desquite del derecho hollado y de la libertad escarnecida. Derrotada en la amargura del presente, la pluma apela al porvenir y prepara los elementos para el fallo de la historia. A la de Venezuela aporta Pocaterra este trozo palpitante de su propia vida y de la vida de su país, y no es culpa suya si en lugar de presentar un fresco ramo de rosas, un cuadro idílico de bienandanza y de progreso, nos cuenta una historia siniestra, en que lo grotesco se une a lo trágico para formar un abominable conjunto.

Se le tratará, seguramente, de antipatriota. Se le acusará de estar desacreditando a su patria y revelando cosas que debieran quedar ocultas. Es la acusación que se ha hecho a cuantos se han levantado a gritar su indignación por los crímenes que en su país se cometen, y hablando de

ello citaba yo a Pocaterra esta página de Pérez de Ayala que responde maravillosamente a aquellas hipócritas censuras.

"La cantidad y calidad de patriotismo de un ciudadano no han de medirse por sus propias palabras, aunque éstas suenen a vituperio de la propia patria. Uno de los más ardientes patriotas, si no el primero, en estos últimos años de vida española, ha sido Joaquín Costa, y él ha sido quien fustigó con fórmulas las más crudas, y hasta con dicterios, a España y a los españoles. ¿Podrá dudarse del teutonismo acérrimo de un Schopenhauer o de un Nietzsche? Pues nadie, como ellos, denostó, a Alemania y a los alemanes, ni les aguijó con sarcasmos y mofas tan enconadas. Dante, el mejor florentino, pobló sus escritos de invectivas contra Florencia y sus regidores, y murió en el destierro. La enumeración podría prolongarse indefinidamente. Y observaríamos un fenómeno curioso, de paradójica traza, a saber: que aquellos hombres renombrados que con saña mayor mostraron en público las patrias vergüenzas, sucede que fueron justamente los más patriotas. La explicación se cae de su peso. Cuanto más elevado y puro es el ideal patriótico de un ciudadano, tanta mayor distancia advertirá entre lo ideal y lo real; con tanta mayor pesadumbre echará de ver las flaquezas y lacras de su pueblo y con tanta mayor iracundia se revolverá contra las culpas de sus conciudadanos."

Este libro es un acto de patriotismo; es hijo del amor a Venezuela y de la adhesión irrestricta a ciertos altos principios sin los cuales la existencia no tiene ni valor ni sentido, ya que, según la frase heroica de Martí, "el hombre necesita para vivir de cierta cantidad de decoro, como de cierta cantidad de aire". Gracias a Pocaterra, no caerán en el pleno olvido mil sacrificios, ni será total el manto de impunidad que cubra innumerables crímenes. Y cuando todo lo domina un despotismo afortunado, por lo menos ante el solitario altar de la libertad y de la República, de la República como hecho real y como organización efectiva, no como mentira que sirve de disfraz a un tirano, queda brillando esta roja llama, que es a la vez amor y cólera, homenaje a los caídos y castigo a cuantos van uncidos al carro del caudillaje victorioso y despótico.

¡Bien hayan los que contra él luchan, como los que se enfrentan al voraz imperialismo del norte! Son los dos monstruos que acechan las nacionalidades jóvenes de nuestra América, y a veces se asocian para su obra nefanda, como si uno de los dos no bastara para arrasarlo todo y acabar con la independencia y la dignidad de un pueblo. Pero los dos se completan y cierran el círculo que estrangula y deshonra. Contra ellos hay que librar la diaria batalla, y hay que poner en la pelea cuanto tengamos de mejor. José Rafael Pocaterra es un buen soldado de esa causa generosa e indispensable, y por eso considero como una fortuna el haber podido estrechar su mano leal y fuerte, y como un honor el escribir –a petición suya– este prólogo a una obra de amarga y severa justicia, que tiene derecho a encontrar eco profundo en las almas libres de América.

Bogotá. *Eduardo Santos*

BIBLIOGRAFIA

José Rafael Pocaterra – *"Memorias de un Venezolano de la Decadencia"*
(Ediciones Colombia, Bogotá, 1927)

LA REFORMA SOCIAL *ha publicado por capítulos los dos primeros tomos de esta obra, que ahora aparece en forma de libro.*

Esta obra tiene mucho de personal, porque es la experiencia del autor bajo el régimen de la barbarie andina en Venezuela, que cuenta más de un cuarto de siglo de existencia, y ha producido los desastrosos e infamantes gobiernos de Cipriano Castro y su criado y criatura Juan Vicente Gómez. El autor cuenta lo que ha visto, lo que sabe y le consta por conocimiento directo como testigo presencial y actor en las conspiraciones contra este régimen; cuenta, asimismo sus sufrimientos, sus dolores, sus martirios en las persecuciones y en las cárceles de la barbarie andina; cuenta los crímenes, las crueldades, las perversidades, las atrocidades, los increíbles horrores de las prisiones del régimen andino, desconocidas sin dudas para el mundo civilizado, ignoradas en Venezuela misma, donde reina el silencio, hijo del terror, y reveladas ahora en las páginas de este libro. Pero con todo su elemento personal, inevitable puesto que es un libro de memorias, e insuperable puesto que hace del libro un libro vivido, un libro de palpitante interés y de palpitante verdad, la versión y el relato de un testigo y un actor que lo ha visto todo y ha vivido intensamente como espectador, como pensador, como patriota, como hombre de corazón y de conciencia, el pavoroso drama de la invasión y la dominación andina, este libro es de un gran valor histórico, pudiéramos decir de un valor único, porque no se ha escrito nada hasta ahora de este género sobre este luctuoso y terrible período de veintinueve años de la vida de Venezuela; y por los egregios méritos de sinceridad, de integridad, de vigor, de pasión honrada, de visión clara, de inteligencia, de erudición, de ironía, de buen gusto literario, de estas Memorias.

Este libro hace de Pocaterra el pintor del período más tenebroso de la decadencia. Si la época que él describe y comenta es excepcional y sin paralelo en la vida nacional, el narrador es también extraordinario y sin predecesores entre los escritores de historia en Venezuela. A menos que se

acepten las historias de González Guinán y Gil Fortoul, con más ciencia y más luces éste que aquél, pero iguales los dos en mentalidad y en moralidad; e historias oficiales las dos, pagadas por el tesoro público y dedicadas al "General Cipriano Castro" y al "General Juan Vicente Gómez", puede decirse que la historia de la República no se ha escrito. Después de la obra de Alvarado sobre la Federación, estas memorias de Pocaterra son el primer esfuerzo auténtico, genuino, generoso, formal, fundamental, permanente, de fijar en el tiempo la fisonomía y el carácter de una época histórica determinada en Venezuela, la más depravada, la más abominable y la más funesta.

El primer volumen comienza con el 23 de mayo de 1899, o sea en la fecha fatídica del alzamiento del primer bandido andino en la frontera colombiana; y termina en 1908, con la salida del autor de la mazmorra de San Carlos, donde había estado preso desde 1907. Este es el tomo de Castro, la historia de Castro en el poder, la invasión y la dominación de la barbarie andina en su primera etapa. El segundo tomo es la historia de Gómez, en parte, desde su milagroso advenimiento en diciembre de 1909, hasta diciembre de 1919, en que el autor fue otra vez reducido a prisión por la barbarie andina, no ya como escritor sino como conspirador. El tercer tomo, que aún no ha aparecido en forma de libro, continúa el relato del segundo período de la barbarie andina, el período del "General Gómez" y es el más importante de todos porque contiene el cuadro de las inauditas maldades y crueldades de la barbarie andina en sus prisiones. "Estoy maravillado", nos dice Rufino Blanco-Fombona, en una carta de mayo de este año, "con la obra de Pocaterra, Memorias de un Venezolano de la Decadencia. *El capítulo que trae el último número de tu revista es, en su admirable sencillez, digno de Dostoyewski. ¡Qué castigo tan tremendo resulta la exposición humilde de la verdad para los malhechores de Miraflores y Maracay! Gómez y su pandilla quedan peor que los más atroces bandidos de que haya memoria. Es necesario recoger y publicar la mayor cantidad posible de testimonios como el de Pocaterra. Todo el que tenga algo que referir debe referirlo, con fechas, pormenores y nombres propios".*

Este es un libro fuerte, cuya fuerza crecerá con el tiempo. Libro honrado y viril, serio y sólido, noble y grande, en el que vibran un carácter entero y un alma ardiente; libro insólito en su época, de la que es fiel espejo, una época de cobardía, de perversión y de infamia. Su valor culminante es, sin duda, la exhibición que hace del aspecto feroz e inhumano de la barbarie andina en la noche y el silencio y el espanto de sus cárceles y prisiones, antros de crímenes y de perversidades increíbles, donde la dignidad, y la piedad, y la sensibilidad, y la humanidad y la vida, y la luz y Dios han padecido los más bestiales ultrajes y los más aterradores eclipses.

Esta barbarie andina tan larga y tan sangrienta, tan destructora y tan ruinosa, tan oscura y tan baja, tan ruda y tan plebeya, tan codiciosa y tan

corrompida, tan estacionaria y tan estúpida, tan regocijada y tan irresponsable, podrá construir puentes y carreteras, y pavimentar calles, y levantar edificios y monumentos, y representar a toda escala la vieja mascarada de las obras públicas y el progreso material con que el despotismo creyó siempre imbécilmente justificar ante el mundo el crimen de su existencia; pero ni sus carreteras, ni sus puentes, ni sus monumentos, ni su paz de necrópolis, ni su prosperidad, ni su estabilidad, podrán hacerla absolver de sus crímenes contra la humanidad y contra Dios en el abismo de sus cárceles y prisiones, ni salvarla del desprecio y la maldición de las generaciones que lean en este libro la historia vista y vivida de la barbarie andina en los fosos y los calabozos de sus castigos, sus venganzas, sus victimaciones y sus satánicas orgías de tormento, de sangre, de agonía, de dolor y de muerte, denunciadas en este libro y pintadas por este escritor con una mano que no tiembla, ni exagera, ni olvida, y sabe que trabaja solemnemente, sagradamente, religiosamente, para la verdad, para la justicia, para la conciencia humana, para la eternidad.

Cierto día, un engañoso día de la transición entre las dos etapas de la barbarie andina, la del monstruo Castro y la del monstruo Gómez, el autor de este libro nos consultó acerca de su propio destino. Venía él de la cárcel, nosotros de la cárcel y del destierro. La sombra del verdugo Castro se desvanecía en el horizonte huyendo hacia su ocaso, y tras ella ascendía la sombra del verdugo Gómez ennegreciendo el día como un presagio de males y desdichas. ¿Qué haría? nos preguntó en la ansiedad de la hora, el autor de este libro; ¿se expatriaría, orientaría su vida hacia el destierro, tal vez indefinido, tal vez definitivo; o desafiaría los augurios y permanecería en la patria a todo trance?

El autor de este libro siguió nuestro consejo. Hombre valeroso y generoso permaneció en la patria, prefirió afrontar los peligros de esta decisión y aceptar la contingencia de inmolación y de infortunio, en servicio de la patria, antes que la atracción de la seguridad y las potencialidades de lo desconocido en patrias lejanas. Hoy nos sentimos muy felices de la trascendencia de esta entrevista. El fruto ha sido esta obra, estas Memorias, *que son el paso de Pocaterra por la noche del régimen andino y los suplicios de sus cárceles y prisiones, donde conoció todas las humillaciones, todas las miserias, todas las angustias, pero de donde extrajo los materiales para esta obra que venga a todas las víctimas de los dos monstruos andinos y los condena al odio y la execración de la humanidad. El padeció y vio padecer torturas y agonías sin cuento; pero porque él estuvo entre las víctimas y fue una de ellas, sabe hoy el mundo la historia de las inhumanas maldades de la barbarie andina que los dos monstruo andinos, Castro y Gómez, representan y personifican. Sin él, sin su dolor, sin su infortunio, sin su largo víacrucis en las tenebrosidades de los suplicios andinos, la impunidad de estos dos insensibles malhechores habría sido completa. Por él sufren ellos el castigo de la historia, clavados en la ignominia de sus crímenes.*

Si el malvado Castro o el malvado Gómez hubieran sospechado el preso que tenían en Pocaterra, jamás lo habrían dejado salir vivo de sus ergástulas. Pero no lo sospechaban. Pocaterra era joven y un simple escritor hasta entonces de periódicos burlescos y novelas y cuentos literarios. O no lo habrían hecho preso jamás. Por miedo, en uno y otro caso, o lo habrían matado o habrían respetado su libertad. Hicieron, sin embargo, lo peor para ellos, lo enterraron por años en sus cárceles, verdaderas antesalas de la muerte, a la que él resistió a pesar de todo, y lo dejaron volver vivo al mundo, sin que los bárbaros pudieran sospechar que él era el vengador; la justiciera pluma que expondría a la luz del día eterno de la historia los horrores de esa infernal e inacabable infamia que es la dominación andina en Venezuela.

La concepción de este libro, engendrado en el terror y la tiniebla de las cárceles de la barbarie andina, su índole, su propósito; la voluntad de escribirlo, el valor de escribirlo; las pasiones y virtudes que resplandecen en él como piedras preciosas y profundas aguas claras; el supremo servicio que el libro constituye a la causa de la verdad, de la justicia, de la libertad, de la humanidad; su condición de texto esencial al estudio y el conocimiento de un período medioeval en la historia de la república; su carácter de libro vengador, expiatorio, en que los malhechores son por fin castigados, un castigo continuo como el tiempo, un castigo tan largo como el tiempo, su poder milagroso de mitigar la sed del sediento y el hambre del hambriento, el hambre y la sed de justicia de las innumerables víctimas que como el propio autor de este libro conocieron los dolores de la crucifixión en las catacumbas de la barbarie andina, serán por siempre honra y gloria de su autor, y de Venezuela, que todavía produce hombres como él en una época de postración, de desolación y de vergüenza.

Jacinto López

Nueva York, 1928.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION VENEZOLANA

Al entrar en prensa la segunda edición de esta obra nos exige el editor que la precedamos de algunas líneas. Pero casi nada réstanos por decir. Apenas si haremos hincapié en la circunstancia de que este libro, tal cual apareció en su primera edición, ya agotada, quedó escrito y listo para imprimirse en el verano de 1936. No hicimos en las breves semanas pasadas en Venezuela, agosto a septiembre del mismo año, sino ponerlo en manos editoriales tal como lo llevamos desde el destierro.

Se escribió casi paralelamente al curso de los sucesos que se narran, y la fe profunda que mantendremos por encima de todo logró que perdurase el intento a través de obstáculos diversos aun a costa de la remota posibilidad de que Venezuela leyera algún día lo que había pasado en Venezuela.

Esta segunda edición popular lleva: corregidas algunas erratas sin importancia que se deslizaron en la primera a causa de la prisa y de la urgencia de nuestro regreso al extranjero; algunas notas gráficas y otras marginales de texto o de apéndice indispensables; y la ratificación cada día más categórica de cuanto ya dijimos en su hora y en su época.

Queremos, asimismo, en pocas y sentidas frases, anotar en el modesto haber de satisfacciones personales que esta labor arroja, la noble acogida que a este libro se ha hecho, ayer en el exterior, hoy, en la propia patria del autor. Existen en los pueblos hidalguías inesperadas; justicias no por tardías menos solemnes. Porque hemos escrito nuestra verdad –deficiente y todo– pero verdad. Sonó la hora de que se llamen las cosas por su nombre y no los nombres por su cosa. Estas Memorias, *prontuario de una época cercana, "agenda" para los días futuros en la pugna civil, documento imperecedero en la trayectoria de la barbarie, han tenido por eso y seguirán teniendo, la difusión necesaria e irán logrando lenta y seguramente la compenetración ideológica que han menester los venezolanos de la juventud sacrificada ayer con la vasta perspectiva histórica que se abra ante las generaciones que van llegando. Los muertos mandan, sí, pero la historia de las reivindicaciones democráticas –doctrina positiva por su contenido humano y social– no tiene soluciones de continuidad, y por largas que hayan sido o puedan ser las etapas del empecinamiento reaccionario, Venezuela será lo que debe ser, porque ya una vez ha sido.*

Su decadencia, la línea descendente de sus hijos dentro y fuera de su lindero geográfico, la velocidad del descenso no implica extinción. Sigue esa raya tremenda, marcada a hierro, sangre y llanto, en demanda del vértice lejano. La patria andrajosa, enferma, negada, poseída, abandonada en el fondo de una barranca aragüeña – la tuya, amigo; la nuestra, enemigo; la de todos nosotros – mientras al borde del canjilón reía, holgaba y yantaba una larga insensatez – apúñase los pezones martirizados, estrecha los muslos dilacerados y con la voz todavía rota de angustia y muy débil y muy tímida – para que no vuelvan sobre ella los que la emascularon de asalto – está cantando desde su corazón – en la moza del rancho, en la obrerita de la alcabala, en la "niña" de la ciudad – el arrullo del porvenir, ese "duérmete, mi niño, – que tengo que hacer"... No lava pañales porque no los hay – y si los hay están sucios de sangre y de lodo; no hace de comer porque le dejaron vicio y se llevaron el pan. Pero ella tiene qué hacer. Nutrir, formar y educar el futuro que pernea en la cuna, aún mal lavado de adherencias placentarias, la boca en queja, los ojitos nublados. Por la carretera se fueron los truhanes con las armas al cinto, jugando el botín y la paternidad a cara o a cruz...

Hace ya doce años, en el propio liminar de esta obra –cuando los opresores de entonces ensordecían a gritos e imprecaciones la voz remota que vuelve por sobre el tiempo y por sobre la muerte a resonar alta y clara en este relámpago de libertad civil– consagrábamos así nuestra labor:

"Juventud que va a cruzar la arcada de los veinte años; reserva sagrada; fuerza única de renovación y de purificaciones: quiera Dios que cuando el hombre que escribió estas páginas no sea ya sino un puñado de ceniza en la huesa de una tierra extranjera, ellas os sirvan de escarmiento y de enseñanza y puedan vivir en vuestro recuerdo, no como venganza de estos malhechores ni de sus cómplices –cuyos nombres irán a borrarse piadosamente en el tiempo– sino como testimonio tristísimo de que una generación que se deja sacrificar en silencio merece el exilio, la muerte, la injusticia, el olvido de este grande anónimo que amortaja cuatro lustros de historia".

Este prefacio es la renovación de aquel voto.

José Rafael Pocaterra

Pointe-Claire, en Quebec, a 14 de febrero de 1937.

CAPITULO I

23 de mayo de 1899 – La Invasión – Tocuyito – Valencia – Los Valles de Aragua – Castro y su oratoria – Los dos héroes.

UNA MAÑANA, a comienzos del año 99, cuando atravesaba la antesala del presidente Andrade el general Pedro Ducharme, para concurrir a la entrevista a que le tenía citado, llamó su atención un hombrecillo impaciente, con la cabeza muy grande y las mandíbulas muy salientes, que se agitaba en su asiento después de una larga espera para ser recibido... Llevaba un traje de levita gris claro, "flor de romero" –ese matiz predilecto de las gentes del interior– bastante deteriorado, y revelaba en su agitación y en sus maneras un poco de mala educación y además la tremenda energía de unos ojos vivaces, inteligentísimos, que a ratos se velaban en una soñolencia india y sensual.

Cuando Ducharme partía, una hora después de su conferencia con el Presidente de la República, el hombrecillo, colérico, le salió al encuentro:

–Vea usted: usted llegó mucho después que yo; ya le recibieron y le despacharon, y a mí me tiene aquí este "muérgano", ¿no?

Hablaba con ese acento peculiar, cantarino, de las gentes de la Cordillera, cuyas enes quedan vibrando al fin del período y que forman sus oraciones siempre en forma dubitativa, como si desconfiaran de la propia trayectoria de sus palabras...

Ducharme, un hombre perfectamente bien educado y flemático, se tocó el ala del sombrero y pasó.

Detrás quedó el pequeñín, colérico, midiendo la antesala con sus pasitos acelerados e inquietos.

La revolución que pacientemente había tramado el general José Ignacio Pulido, a más de la excelente organización que el viejo veterano de la Guerra Larga le había dado, contaba con todos los elementos psicológicos y con los materiales. La elección de Ignacio Andrade, por voluntad del caudillo Crespo, había sido una burla al Nacionalismo en las urnas elec-

torales en 1897. Crespo impuso a su protegido Andrade, trayéndole desde la presidencia del Edo. Miranda, que le confiara a raíz del triunfo liberal del 92, para hacerle, contra viento y marea, su sucesor y su testaferro. A la consideración pública, junto con Andrade se presentaba la candidatura liberal del Dr. Juan Francisco Castillo. Sólo que a Crespo, el "boss" de chafarote, el "gran elector" de lanza, conveníale menos este personaje. Y así evadió, en su célebre carta del 8 de junio, dirigida al doctor Castillo, la posibilidad de un candidato de transacción. El general Hernández, empujado por la burla eleccionaria, hacía una revolución, inerme de recursos ofensivos y defensivos. Cayó prisionero en El Hacha. Días antes, en la refriega de La Mata Carmelera, el caudillo llanero, ya en camino franco hacia el despotismo militar, había recibido en el corazón una bala misteriosa... La muerte de Crespo y la prisión del jefe del Nacionalismo, dejaban a Ignacio Andrade libre de la férrea superintendencia de su protector y en condiciones para abrir una era de regularización política. El representaba para Crespo, conocedor de los rebaños humanos y de los ganados cerriles, por un instinto sagaz de pastor, el "buey madrinero". Muerto de repente el caporal, surgió en él –si es que fue extraño al crimen de La Carmelera, como todo parece indicarlo– la ambición de predominar para el futuro a la cabeza del partido de minoría militarista, que era el más *efectivo,* si bien despreciado y hasta repudiado por los hombres de doctrina de ese partido y rodeado de la desconfianza que los amigos de Crespo se apresuraron a extender en derredor de su nombre como una zona de aislamiento donde debían prepararse las combinaciones inmediatas. No tenía amigos Andrade, ni prestigio... Comprendía que iban tarde o temprano a sacrificarle en el seno mismo de la Causa, que se compactó por un instante, en las últimas horas de Santa Inés y en las postreras tertulias de la Casa de Mijares ante la ola arrolladora del Nacionalismo –embrión de un partido popular, cubierto de adherencias sospechosas que le entorpecían y le desfiguraban– y devolvió desconfianza por desconfianza e hipocresía por hipocresía. En este duelo de Tartufo contra Tartufo, ya era fácil de prever, mediante una fórmula algebraica, cuál sería la solución. Andrade se dedicó a poner en práctica sus manejos personales, su doctrina política, aprendida a través del *crespismo.* Quitó algunos Presidentes Constitucionales de sus Estados para poner gentes suyas; apeló a las funestas "enmiendas de la Constitución", que han costado y seguirán costando tantos desastres; y no contento con haber vencido en unas elecciones fraudulentas al adversario, descartando de paso al copartidario doctor Castillo, que gozaba de mejor concepto popular, trató de fundar su perdurabilidad en aquel acuerdo del 22 de abril que, a pretexto de la autonomía de los 20 Estados, convertíale en dictador. Veinticinco miembros del Congreso se irguieron contra aquella nueva violencia, ¡veinticinco postreros nombres que irán a sumergirse para siempre en esta gran charca de nuestro Parlamento, en el fondo de ese pantano que desde hace cinco lustros sólo constela su inmóvil superficie con limo venenoso, con vegetaciones urticantes, con lotos nefastos

que revientan un instante su promesa a flor de agua y arrastran las flotantes raíces en el fango turbio de las grandes profundidades morales! Tocábale a este hombre, vástago de una familia de Libertadores, enterrar el feto parlamentario de 1899 antes de sepultarse entre las ruinas de la República. Y en la zona aisladora, propicia, nebulosa; en la penumbra de aquel umbral; entre dos crepúsculos perfilábanse sombras inquietantes que una mano diestra iba agrupando en silencio.

Así el general Pulido compactó a los hombres de Caracas que tenían influencias y a los militares de la provincias que tenían mandos efectivos... El gobierno no era sino una vasta complicidad que comenzaba en la secretaría del Presidente Andrade e iba a tratar de anudar su cabo extremo en la frontera del Táchira. La cola de aquella conspiración se hizo cabeza a la hora de la acción. No es incomprensible, como se ha venido diciendo; fue una cosa lógica, naturalísima, fatal... Entre la maraña de estas combinaciones sólo los que simplifican y acometen aprovechan el trabajo laborioso, castoril y sin personalidad de los preparadores lentos. Ni suerte, ni extrema capacidad. Fue lo que debía ser y lo que será siempre: Oportunidad. Y además, decisión, valor, impulso heroico de aventura. El guerrillero oscuro de Capacho Viejo tenía de su parte *la fuerza simplificadora* y la doctrina del que pega primero. Por qué se lanzó él, no es la pregunta, sino por qué no se lanzaron los otros, los que estaban a la cabeza de un ejército que meses después se iba a derrotar sin combatir o a replegarse con una sospechosa estrategia o a unirse, flamante y sin disparar un tiro, desde los Valles de Aragua hasta Caracas, en una desconcertante marcha triunfal... El Nacionalismo militante, con su jefe prisionero, tomó vigorosamente en sus hombros, como un San Cristóbal idiota y formidable, al pequeño infante atrevido, y pasó con él la corriente. La cuestión militar se tornó de súbito en maniobra política; y el Presidente Andrade, traicionado, befado, escarnecido, perdiendo la cabeza, y la máscara con ella, apenas tuvo al oficial adicto que le llevara con un resto de tropas leales a embarcarse en La Guaira. Así concluyó el primer cuadro de la farsa.

En la madrugada del 23 de mayo de 1899, un grupo de sesenta individuos encabezado por Castro, cruzó la frontera y se lanzó resueltamente a invadir el centro[1]. Al otro día, en la La Popa había vencido un batallón del gobierno, al mando del general Ramón N. Velasco y del coronel Antonio María Pulgar, quienes murieron en la acción. Después de recorrer el distrito Junín, creyendo erradamente que el enemigo venía a su encuentro por Mucuchíes, voló a cortarle el camino de la capital tachirense, si bien dándose cuenta del errado movimiento desde las alturas de Palo

[1]Ya estaban tomadas, antes de invadir Castro, casi todas las poblaciones del Táchira, excepto San Antonio y San Cristóbal.

Gordo, contramarchó a Táriba y fue a situarse por la vía del Espinal y la Vichuta, en Las Pilas, núcleo de los caminos que podían darle acceso a San Cristóbal. Sólo entraron al fuego dos batallones de Castro. Una hora de pelea: treinta muertos, cincuenta heridos. Los comandantes de estas fuerzas, uno, Pedro Cubero, quedó en el campo; el otro, Leopoldo Sarría, herido y prisionero. En el parte de batalla no se menciona el número de la fuerza vencida. Para el 17 de junio, en el páramo de El Zumbador, otro triunfo importante, pero costoso para ambas partes, marcó la marcha rápida y victoriosa. Acciones de mayor o menor importancia fueron, además de Las Pilas: San Cristóbal, Cordero, Tovar, Parapara, Nirgua... Tuvo refriegas afortunadas y escapó diezmado; parecía "una huida hacia el centro"; y cuando se esperaba el merodeo dilatado y las evoluciones tortuguescas de estos caudillos de la decadencia, que suelen prolongar sus maniobras militares con una de marchas y contramarchas, el pequeño ejército, la *montonera* más bien, saludó con el alarido audaz de sus cornetas, al amanecer del 14 de setiembre, las sabanas de Barrera, a cinco leguas de Valencia, en las propias barbas de una fuerza de tres mil quinientos hombres, comandada por jefes en quienes se suponía una capacidad extraordinaria, y que lanzando sus tropas por el angosto paso del río, a la entrada de ese pueblecito que marca la etapa más siniestra de nuestras guerras civiles, apenas retiraron con la fuga la sospecha de una traición y la agonía de mil quinientos hombres sacrificados...

Del lado del cementerio del pueblecito, por la vía del Alto de Uslar, por donde lógicamente se esperaba el ataque, no asomó un hombre ni sonó un tiro.

La llamada batalla de Tocuyito comenzó por una derrota y terminó con la infidencia de un paseo militar hasta Caracas. En La Victoria se incorporaron a las tropas rebeldes las del gobierno. Bastó que arrancara el vagón donde iba el caudillo revolucionario hacia la capital, en amor y compañía de los generales vencidos sin combatir, para que todo el armadijo oficial se abatiera en estrado a las plantas de los triunfadores y fuera una la alegría y una la esperanza de vencedores y vencidos.

Era el 23 de octubre de 1899. Cinco meses justos que ese grupo aventurero había atravesado la frontera.

La Casa Amarilla se llenó de rameras, como una tienda bárbara. Se desocuparon museos y comercios y bibliotecas para instalar cañones y para alojar tropas. Los caballos pastaban en las plazas. Los granujas cantaban a grito herido en las bocacalles, sujetándose las bragas, el himno en boga:

"Tachirenses: se acerca el momento
de empuñar con denuedo el fusil;
nuestro Jefe nos dice: adelante!
La consigna es vencer o morir!"...

Pero ya no había fusil que empuñar. Bastaba la fusta. O algo más recio y vil: una verga de toro como funda de la vaqueta del máuser. La horda

cayó, rapaz, enloquecida y hasta ingenua, sobre la vida civilizada... Mataron y robaron; la ciudad trivial quiso devolver en burla lo que recibía de azotes. Al sablazo respondió la carcajada; al atropello, el mote desdeñoso. Uno que otro lance; una que otra rebeldía... Después la risa se fue tornando mueca, y el desdén zalema.

El hombrecillo de la levita gris que Ducharme encontró en la antesala de Andrade acababa de subir, todavía rengo y lívido a causa de su pierna rota, las cuatro gradas del estrado en el Salón Elíptico del Palacio Federal... Había un gran silencio. Testas canas, bigotes fanfarrones, caras feroces en cuyos ojos brillaba una chispa de malicia, rasos negros listados de morado episcopal, antiparras sabihondas y generaletes de botas y espadín. El hombrecillo movió rápidamente de uno a otro lado la cabeza de frente amplia, midió en súbita ojeada todo el auditorio y balbuceó con entonación de maestro de escuela, que lee un discurso de exámenes rurales:

"Hace hoy cinco meses que nuestras armas victoriosas en La Popa y Tononó dejaban presentir que el ejército del Táchira marcharía de triunfo en triunfo a la capital de la República: hemos vencido, hemos dado amplia reparación a las instituciones y a la honra nacional, sellando el proceso harto vergonzoso de nuestras guerras civiles..."

Algunos rompieron a aplaudir. Castro continuó, entusiasmado:

"Podemos decir que la campaña armada está terminada ya, pues que se ha inaugurado un gobierno que es el renacimiento de la República y cuyo programa puede sintetizarse así: nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos"...

Las aclamaciones fueron delirantes. Todo el mundo sentíase "nuevo" – y los vencidos del día antes renovábanse en la esperanza de que se les contara para los nuevos ideales y los nuevos procedimientos. Lo único *viejo*, según el criterio público, era el fugitivo Andrade y los cuatro gatos que le acompañaron en la caída...

Luego pedía el consabido "concurso a los hombres de buena voluntad", y finalizaba el párrafo con la amenaza inevitable: "y si por desgracia para la patria quisiera el destino que, a pesar de mi mejor disposición para hacer la felicidad de todos los venezolanos, injustificadas y nuevas conmociones vinieran a entorpecer la marcha serena de la administración, os declaro con la sinceridad que me es ingénita, que sucumbiré en la lucha sin desviarme una línea del camino del honor y del deber".

Como sacudido por las aclamaciones de la gente hosca y armada y de los carneros de Panurgo, que balaron, felices, el hombrecillo sacudió la testa terca con una tenacidad de gallo dispuesto, y volvióse a sus hombres:

"¡Soldados del ejército liberal restaurador! Esta es vuestra obra: debéis estar orgullosos de ella y prontos a cuidarla para que os hagáis dignos del alto renombre que habéis conquistado en la Historia".

Era su alocución. Había en el aire una comicidad trágica. Por los lienzos colgados del muro donde el rostro lívido de los Libertadores parecía desencajado en una angustia mortal, cruzó una sombra; en la calle relinchó un caballo. Los policías repartían las hojas sueltas de la "alocución" con la peinilla terciada.

Habían llegado los bárbaros otra vez.

Tras de Cipriano Castro, cuya voz se engolaba en párrafos heroico-sentimentales, mezcla de lugares comunes y de vastas promesas absurdas, hacía fondo un hombre corpulento de occipucio aplastado y ojillos socarrones, que plantaba sus dos patazas armadas de espuelas sobre la alfombra, con la pesadez de una avutarda. Y en una de las pausas del discurso, aquel hombre susurró al oído de un edecán que aplaudía y gritaba como un energúmeno:

–¿Pues cómo le parece, que don Cipriano me ha hecho llorar, no?

Era Juan Vicente Gómez.

Castro le oyó; volvióse de súbito y le miró a los ojos.

Una fanfarria cucuteña tocaba el Himno Nacional.

CAPITULO II

Recuerdos de la batalla – La comicidad trágica – Una procesión de fantasmas – Las cosechas de la muerte – El holocausto de la estupidez – "Gloria al Bravo Pueblo"...

POR LA CALLE real de Valencia, vi desfilar los postreros despojos del ejército del gobierno de Andrade, batido en Tocuyito, lugarejo que está a unas cuatro leguas de allí. En la noche, en la madrugada, los jefes habían escapado por trenes expresos, abandonando sus tropas, sus oficiales, hasta sus bagajes personales. Era uno de esos momentos psicológicos en que el terror cobra alas y aun se hacen chistes regocijados sobre el pavor de los derrotados. Referíase que el doctor Ezequiel García, Presidente del Estado, urgía al jefe de la estación del Ferrocarril Alemán, Herr Zitzen, para que pegara inmediatamente una máquina, a fin de escapar hacia los Valles de Aragua...

–*Peggo, doctog*, ¡no hay ninguna máquina caliente *ahoga!*

–¡Pues péguela fría! –suplicaba el pobre hombre aterrado.

Un militar, Adrián, gobernador del Distrito, había tratado de contener a pocas cuadras de la ciudad aquel desbarajuste de un ejército al que sus jefes hicieron fusilar en la trágica encerrona del callejón del río, simulando una batalla lo que era tan sólo o una traición o una cobardía inaudita. Mil quinientos hombres quedaron destrozados sobre el campo. Y los que huían asesinaron a aquel general Adrián, que trataba de hacerlos entrar de nuevo al fuego.

Los presos de la cárcel de la ciudad, que quedó abandonada, rompieron los cerrojos y se lanzaron a la calle; allí toparon con el general Diego Bautista Ferrer, uno de los jefes del ejército derrotado, y le desarmaron y quisieron obligarle a dar vivas a la Revolución. Este hombre había cometido graves pecados políticos, y en aquellos momentos representaba, sin duda más que ninguno, todo lo odioso de la sangrienta farsa. No obstante eso, acordándose de sus días honrados de soldado repuso:

–¡Viva el Gobierno!

Me refirió esto el coronel Mirtiliano Rodríguez, actor en el lance. Si en plena infamia se puede ser valiente, he aquí una prueba. ¡Ferrer daba vivas al gobierno que estaba traicionando!

Otros jefes fueron cobardes, y de otros, como el general Francisco Linares Alcántara, que entonces recibía, a lo que tengo entendido, su bautizo de fuego, decíase que por un error había ametrallado sus propias tropas, escapando a pie hacia Valencia con un trípode de ametralladora en el hombro.

Naturalmente, y como ocurre en estos casos, a fin de destacar la heroicidad discutible de los vencedores, se recargaba de negros tintes a los vencidos. Son las mentiras convencionales de la lucha que hacen sonreír un instante, pero detrás de las cuales nuestra sangre nos está diciendo que en uno u otro campo, desde hace más de un siglo, los venezolanos saben morir con un chascarrillo en los labios. Posteriormente me contó un oficial castrista, que ha desempeñado altos cargos con Gómez, cómo éste, en lo más empeñado del tiroteo a la orilla del río Tocuyito, había cubierto con su mula al diminuto jefe tachirense, al mismo que nueve años más tarde debía traicionar y escarnecer y a quien momentos después de aquel leal rasgo de fidelidad tiró al suelo su caballo encabritado, rompiéndole una pierna. Por la carretera, entre los matorrales, contra las palizadas, quedaron los soldaditos muertos o heridos. El río se tiñó de sangre. Una semana hacía, y la mancha de los cuervos sobre el cielo nubarroso de septiembre señalaba a las gentes piadosas que se dieron a la tarea de enterrar a los muertos, el lejano lugar de la sabana o el sombrío rincón de los bosques donde el hijo del pueblo, el Cristo secular de esta bárbara inmolación, había entregado su carne como pasto de las aves de rapiña. Recojo estos datos fragmentarios desde el fondo de esos recuerdos que viven más profundamente en nuestro corazón que en nuestro cerebro.

...Pasaban heridos. Oyéndose aún los tiros de la refriega, desde la noche anterior, desde esa madrugada; hasta tres días después. Tropas desarrapadas que desfilaban bajo nuestras ventanas y nos contemplaban con ojos calenturientos. Casi todos infelices, tenían sed. Pasó un joven, casi un niño, enflaquecido; el rostro macilento cruzado por hilillos purpúreos que renovaban la costra de sangre, seca de polvo y sudor. A lo que parece, de un sablazo le habían tajado el pabellón de la oreja, y entre la sombra carmesí de la herida blanqueaba el borde del cartílago.

Otro infeliz, ya viejo, se acerca vacilante sobre sus pies hinchados; lleva una manta o ruana mugrienta, por cuyas orlas caen pesadas gotas de color oscuro... Sangre, agua, sudor tal vez...

Había llovido toda la noche, después del tiroteo; las caballerías de vanguardia acampaban a una milla hacia el sur de Valencia [2], un poco

[2] Las acaudillaba "el último centauro", aquel viejo Luis Loreto Lima, que pasa entre un tropel bárbaro de leyenda y al que años más tarde hizo morir Castro, obligándole a marchar, herido, por las calles. El viejo llanero le conoció; su perspicacia preveía: –"Mire, compadre", – díjole en cierta ocasión a su jefe el "mocho Hernández"– "vamos a pegarle un cabestro a este hombrecito". Y como Hernández, recto y leal, se negara, añadió con su ruda fabla pintoresca de cazador de caballos salvajes: –"¡Usté verá: ése es sinvergüenza, ése corre con la silla!"

más allá de los potreros inmediatos a la ciudad. Sordas detonaciones, cada vez más espaciadas; estampidos lejanos como fustazos. Y a ratos un gran silencio; la campana del templo; la hora de un reloj; el alarido de una corneta. Se hablaba de quinientos muertos. Comenzaban a levantarse cadáveres y heridos en las propias calles de la ciudad. Comentábase la funesta equivocación que les había hecho atacarse entre sí durante la noche. La mortandad fue espantosa. En el corredor de una venta una descarga de ametralladora acribilló el grupo fugitivo de soldados, cuyos sesos salpicaron toda la pared de la casa. Un oficial abandonado, herido por el estómago, agonizó toda la noche con los pies en el agua.

Comenzaba a referir el hombre herido, medio soldado, medio mendigo, detalles de la pelea...; sostenía que habían sido víctimas de una traición; hablaba de los "chivatos" [3], de las gentes de arriba que se repartían otra vez las glorias y la república. El tan sólo deseaba agua, "una poquita de agua", con esa voz cariñosa, casi infantil de las gentes pobres de mi país.

Mi madre corrió a traerle un vaso. Yo, niño y curioso, permanecí interrogándole.

–¿Herido dónde?

Levanta la ruana sangrienta y me muestra sus carnes morenas. En la región intercostal hay un pequeño agujero, una herida de bordes hundidos, de cuyos labios fluye la sangre tarda, negra, espesa... Da vuelta y me deja ver, más arriba de los riñones, cerca de la espina dorsal, la carne desflecada; parecía una flor; los tejidos vivos y delicados brotaban hacia afuera en colgajos como pétalos, con el color tierno y encendido de las rosas silvestres.

Y cuando toma febrilmente el primer sorbo de agua, se pone lívido, lanza una pequeña queja que no es palabra y cae pesadamente; primero la flexión sobre las rodillas; luego abre los brazos y se va de bruces contra los escalones de la entrada, muerto.

Mi madre no ha lanzado ni un grito. Se ha quedado pálida y me mira en silencio. Contemplamos al soldado, que algunos otros retiran a un lado de la calle, en brazos. Después se oye un grito; bate una puerta; corremos todos hacia adentro, asustados, y el cadáver queda, abandonado, sobre la acera. Ropa, sangre. Una nube valerosa de moscas permanece en vela. Tornamos a asomarnos. En la cochera de la esquina han entrado a un moribundo. Es el marido o el querido o el no sé qué de una lavandera que allí vive, y en medio del llanto, entre frases roncas y feas, la pobre mujer dice de repente:

–A *ellos* no les pasa nada... a *ellos* no les importa nada... ya *ellos* están otra vez con el que viene... ¡Cuando los matarán a todos *ellos!*

Le he preguntado a mi madre quienes son "ellos" y me responde con una sonrisa de tristeza:

–No sé; los del gobierno, los de la revolución... ¡Dios sabrá!

[3] Modismo con que nuestro pueblo denomina a los que llaman en España "mangoneadores".

Un jefe pasa, a caballo, el "pelo de guama" echado sobre los ojos, las polainas llenas de lodo, mojado; el puño con la rienda caídos sobre el arzón.

Y soldados, y más soldados. Heridos, desertores; resto calenturiento y hambreado, despojo lamentable de la carnicería de ayer.

El vecino de enfrente, un hombre de barbas, un burócrata empleado en las oficinas del gobierno caído, ha cerrado las ventanas de su casa; el pulpero de la cuadra, rodeado de un grupo de personas, vocifera y gesticula:

–La república se ha salvado; el gran partido liberal nacionalista ha sido redimido por la espada victoriosa de Cipriano Castro! ¡Ahora hay que colgar por las patas a todos estos vagabundos! –y lanza miradas furiosas contra las ventanas del vecino. En el fondo de las casas lloran algunas mujeres; los perros se han tornado revolucionarios y ladran furiosamente. La lavandera sigue lanzando sus gritos roncos, inarticulados. Un pedagogo, seco y avejentado que tiene su escuela pública a la vuelta de la esquina y en el bolsillo los recibos vencidos de quincenas que no le pagan, golpea dulcemente a la puerta de la mujer desesperada:

–¡*Callate*, Domitila, que eso no te conviene!

Todavía no se han llevado el muerto que está en la acera.

De repente oímos un puntear de guitarras. Vienen por la otra cuadra, desde una reunión "revolucionaria", donde se ha bebido y charlado alegremente, unos mozos. Una guitarra grande, un bandolín, un *cuatro* [4]. Grandes lazos con los colores de la bandera nacional ornan los instrumentos. La divisa *amarilla* ha venido a ser abominable. Es la del muerto tirado en la calle, es la de la lavandera que grita, es la del señor de las barbas que está escondido y aterrado. Y al llegar los músicos al grupo de la esquina, donde vocifera el pulpero, comienzan a vibrar con un no sé qué de desgarrador los primeros compases del Himno Nacional...

"...¡Gloria al bravo pueblo
que el yugo lanzó!"...

La música sacude mis nervios de niño, en mi sangre venezolana se encienden los atavismos guerreros de mi raza, y rompo a aplaudir y a cantar. Pero mi madre me toma por el brazo, indignada, me enseña al muerto que está tendido en la calle y me dice con una voz inolvidable:

–Mira "el bravo pueblo".

Desde entonces no he podido mirarlo de otro modo.

[4] Guitarrico de cuatro cuerdas. Puede considerarse, junto con el arpa, como uno de los instrumentos clásicos de la música nacional.

CAPITULO III

Los hombres de Castro – El pecado nacional – El padre de familia, los "intelectuales" y el pueblo...– La Libertadora – Los "patrioteros de 1902" – "La Conjura": los asesinatos – Una sinopsis.

HA SIDO MENESTER que los años comprobaran y confirmaran la moral de los hombres que actuaron durante la primera etapa del gobierno de Castro, para que la historia contemporánea tuviera en cuenta el método biográfico recomendado por Bolívar: estudiar muy de cerca y contemplar muy de lejos. Ha sido indispensable que la desgracia o los buenos éxitos les colocaran en posiciones definidas para saber acerca de ellos esa relativa verdad de acción que es todo un proceso experimental, pero sin sistematizar demasiado y dejando al acaso, a los acontecimientos, una puerta abierta. Por ella penetra ese poco de luz que es necesario para comprenderles mejor.

El pecado de Venezuela con Castro, como el pecado de Venezuela con Gómez, excluyendo, puede decirse, escasas y altaneras actitudes individuales, es un pecado colectivo, general, habitual. La tramoya de la farsa castrista sacó al tablado, junto con los nombres más serios y las reputaciones más circunspectas, la peor clase de pícaros. Con Castro se distinguieron: o los hombres que tenían algo que perder moralmente, o los listos y los ambiciosos... Contra Castro se irguieron todavía prestigios indudables, y aún después de la hora de la transacción deplorable del Nacionalismo, el diminuto tirano vio de frente hombres de pluma, hombres de espada, hombres de vergüenza cívica y social que supieron resistir hasta el fin. El mismo Castro reconocía en ellos una beligerancia honrosa, y más de una vez maniobró en el sentido de atraérselos.

La segunda revolución Nacionalista, acaudillada por el general Hernández, vencida y vendida, puso de manifiesto, aún mejor que la primera, cuán débil era la fe, y la sinceridad de los hombres cuán precaria. La racha de los genízaros de Castro trajo un concepto positivista, grosero, amoral: lo que los majaderos de entonces comenzaron a denominar "los hechos cumplidos", arropando así en esa vaga definición las peores accio-

nes y las infamias mayores. Las cosas fueron perdiendo su contorno neto; las palabras se alambicaron, se retorcieron, se barnizaron. Al choque de la montaña y de la ciudad sucedió una tregua, un reflujo... Y lentamente, a través de sus vicios, de sus placeres y de las propias necesidades sociales, la ciudad fue, lentamente, abriendo sus puertas íntimas y los ciudadanos franqueando una amistad sumisa. Empezó el reinado de la "tarjeta de recomendación", del "obsequio social" al magistrado, de la "manifestación política" con aquello de "siguen quinientas firmas más". Desplegando todas sus velas, las ocho velas de sus páginas, partió a navegar desde esa funesta Esquina del Conde un barco de contrabando, *El Constitucional;* allí iba al timón un patrón puertorriqueño, un hombre llamado Gumersindo Rivas –que ahora exhumo del olvido– y allí embarcaron, con sus gruesos fardos de responsabilidades y sus equipajes de fraudes, de claudicaciones y de desvergüenzas, los pasajeros de primera en política. Iban en segunda, pasándose a ratos al salón, unos cuantos jóvenes de estos que les llaman "intelectuales" y tienen hambre y sed de que les saquen por ahí de espectáculo con algo, un soneto o un articulejo; y en el entrepuente, entre tufos de rebaño, servil y sumiso, navegaba hacia lo desconocido el pueblo. Ya comenzaba a embrutecerse y a considerar normal lo anormal. Cuando se le repartía el rancho o llegaba a sus oídos el ruido de las copas, las músicas y los besos de los que viajaban en primera, o que se habían colado hasta allá, olvidábase de su condición gregaria, hacía chistes, burlábase de su propia miseria con ese triste cinismo de los que vienen a menos sin energías vigilantes, ni protestas, ni remordimientos. *El Constitucional,* pues, navegaba a toda vela; era la representación tangible de lo que se denominaba enfáticamente en las circulares de lugares comunes y los discursos "la nave del Estado". Florecía la oratoria político-literaria. A Castro, como a todas las gentes de provincia en nuestros países, le entusiasmaba la oratoria. Y una verborrea incontenible corría pareja a la estangurria en verso y en prosa. De aquella época vivieron los que iban a vivir... Aún están de presente, y aparte los que se han envilecido de un modo incomprensible y estúpido, con ellos apenas se llega a "salvar el concepto" de las letras nacionales. El diario de Gumersindo Rivas estableció la sección permanente de "Felicitaciones al Jefe del País", y por ella desfiló, con todos sus nombres y sus cinismos todos, esa sociedad, ese comercio, ese clero, ¡las clases todas, atrailladas por la media docena de buscones que encabezan las firmas! Allí, como ya otra pluma ilustre escribiera, aparecen en cadena de galeotes, lamentables y ridículos, con una actitud que no les libró entonces ni les libra ahora del puntapié y de la exacción, todos esos que aún hacen muecas en el tinglado de la política y algunos a quienes la oscuridad o la muerte echó al carnero. Los hombres de combate, en su mayoría numérica, si bien no en la selectiva, habían puesto precio a su claudicación con una embajada, una dirección de ministerio o un mísero consulado desde donde mandar a publicar sus "producciones", sobre temas abstractos, o escribir cartitas adulonas.

Así iba desarrollándose esa larga enfermedad de la voluntad nacional, esa incuria, ese paludismo que hoy ha convertido la República en un vasto hospital.

¿Qué influencias determinaban, a través de la etapa castrista, el progresivo envilecimiento de la República y el cansancio y el abandono que ha venido a parar en bancarrota nacional de los caracteres más templados?

Muchas respuestas ocurren, pero ninguna satisface por completo. La enfermedad no nace en el hogar, como alguien dijo; no –es una injusticia que se comete contra la mujer venezolana, que hoy por hoy, vale mucho más que el hombre, en preparación para la lucha de la vida, las de la clase media; en resignación y firmeza doméstica, la del pueblo. No se deben observar esas boquitas pintadas de la ciudad, muñecas con un mal mecanismo sexual que se ignoran como mujeres y casi nunca llegan a la maternidad sino por el cometido de la concepción y de la expulsión: no pueden dar una educación moral cuando no poseen ninguna y viven, si ricas, inútiles, lánguidas, devorando noveluchas francesas o yendo al cine americano, si de escasos medios, en un perpetuo asalto para deslizarse o hacerse invitar, decorando la sala churrigueresca de los *nuevos ricos* – que allá se denomina regocijadamente así a los que han hecho esas fortunas súbitas por la especulación en sociedad con "políticos" o al margen de los desequilibrios que trajo la guerra. Pero, en general, la mujer de mi país, hoy, significa mucho más que su compañero; y sólo en ella aún resta la esperanza de una generación futura, no ésta del "fox-trot" y de la torería y del *general Vicentico,* partida de muchachejos desconceptuados, adulones y vacuos, sino otra que asuma resueltamente el cometido de una renovación nacional y se resuelva a demoler los ídolos de ayer, los de hoy y los que quieran erguirse mañana.

Y es la mujer a quien puede confiarse y en quien debe confiarse esta tarea: es a la enseñanza de las viejas virtudes, caseras, criollas, hoy convertidas, por arte de birlibirloque, en un arribismo desaforado.

¿Qué pueden esperar estos padres de familia, traficantes y desvergonzados, mintiendo en los congresos, mintiendo en las profesiones, mintiendo en los negocios, burlándose "en la intimidad del hogar" de las adulaciones y de las cartas-públicas y de las diputaciones y de las zalemas que hacen en público; qué pueden esperar del hijo jovenzuelo que estudia en los libros lo que no ve en la vida paterna y termina por atenerse a ésta con la misma cínica bufonería de "su papá" cuando se desata en improperios contra "las costumbres"; él, legislador, "hacedor de costumbres", ejemplo vivo, veneración y maestro natural del muchacho que le escucha con la devoción con que se oye hablar a quien nos formó de su sangre y de su alma para vivir sobre la tierra? ¿Qué pretende ese imbécil de cabeza gris, ese anciano impúdico que cree que su deber es acarrear para su casa cuanto pueda en bienes materiales, aunque enredados en

ellos se lleve en jirones la propia honra y en despojos la vergüenza propia? Los padres de familia de Venezuela están incubando una generación de malhechores: las madres de Venezuela están pariendo una generación de cretinos.

Ciertamente que el mal viene de atrás. ¡Y bien! También de atrás venían las taras más tristes de la evolución biológica, y el hombre se ha ido defendiendo de ellas; de atrás viene en todas partes una herencia que debe mejorarse y ennoblecerse.

Si los que *ejemplarizan* con el "qué se me da a mí" pudieran ser observados de cerca por los contemporáneos que les envidian sus llamadas "posiciones políticas", se acabaría la admiración. La vida privada de estos hombres jóvenes que utilizan los burdos mandones para "decorar" sus antesalas, es una tristeza. Se sienten despreciados, vejados. Viven a fuerza de devociones abyectas, de concesiones, de pequeños ultrajes domésticos. Y cuando uno les ha contemplado solicitando, mendigando, con la cara toda humilde y los labios temblones y las manos que no hallan qué hacer de ellas, y les mira luego desembarcar en Brooklyn o en El Havre, de sobretodo y guantes, muy afeitados, muy enmaletados, muy importantes, con un cargo "diplomático" o una pequeña misión de espionaje, la compasión más desolada se abre espacio en el alma... Estos hombres, estos jóvenes, ¿qué se imaginan? El mundo entero acoge hoy a los funcionarios de Gómez, y acogía ayer a los de Castro, con una sonrisa exquisita, es cierto, pero con una sonrisa que lleva en el cerebro de quien la ofrece esta interrogación: ¿Qué clase de pillo o de infeliz será éste?

Algunas veces una residencia de poco tiempo da la respuesta. En otras, cuando le piden a uno referencias, tiene que hacer un esfuerzo para no reírse.

Del fracaso de la revolución llamada Libertadora, militarmente se sabe demasiado en nuestro país para relatarlo en estas páginas: todo Venezuela combatió allí, de oriente a occidente y de norte a sur... Fue el estertor de un moribundo; el boqueo; vencida por el esfuerzo, asqueada, aniquilada y finalmente enloquecida de desesperación. Ante el gesto insólito del caudillo nacionalista, la República se resignó a morir... Vimos un ejército formidable derrotarse y tomar la desbandada incontenible. Las "heroicidades" militares de Gómez datan de la persecución de estas tropas, ya anarquizadas, sin moral, sin bandera, abandonadas por sus naturales aliados en el espacio de una noche, al circular por los campamentos la defección nacionalista... Y vimos a aquel enano delirante lanzando proclamas sonoras y desafiando al mundo entero. El mundo contestó a cañonazos sobre nuestros puertos... Los alemanes se distinguieron en la hazaña de 1902 contra nuestras indefensas y vetustas fortalezas de Puerto Cabello y de San Carlos. Y el "Vinneta" y el "Panther" –este último se retiró a toda máquina con un descalabro al tratar de forzar la barra de Maracaibo– agotaron el heroísmo de la marina de

guerra del Imperio contra muros semiderruidos y goletas y pequeñas embarcaciones de madera; y le agotaron de tal suerte, que diecisiete años más tarde, todas las unidades navales vieron abatir la bandera de sus correrías por el Caribe y la costa de Africa, mientras se leía en las breves líneas de Sir David Beaty el testamento del honor alemán sobre el mar: "Hoy, a las tres menos veinte de la tarde, la bandera alemana ha sido arriada en todos los barcos de su escuadra. No volverá a ser izada sin permiso."*

Con ocasión de aquel bombardeo infame e inútil que –aliada con Inglaterra e Italia en su calidad de acreedores– puso por obra la Alemania de Guillermo II, en los pueblos del interior de Venezuela, estalló la patriotería gritona y enfermiza de estos últimos tiempos que dispara cohetes, discursea en las plazas públicas y pronuncia grandes frases contra "el águila imperialista" y "el leopardo inglés", pero que sumisa y cobardemente se entrega atada de manos a que haga con ella lo que le plazca un monomaníaco, un megalómano que había perdido el poco seso que tenía en las orgías más vulgares y a quien sus áulicos quisieron rodear con una aureola indígena de altanería y de orgullo. Todas aquellas bravatas fueron a resolverse en Washington. Castro consolidó su tiranía desarmando los últimos rebeldes.

¡La República "se había salvado"! Vino ese estallido de festejos, de holganzas pantagruélicas, de bodas de Camacho, que sucede a las épocas de angustia y de necesidad. Para entonces Castro representaba la clásica comedia de "me voy del poder", y el coro gemía, postrado, enternecido, tendiéndole los brazos con los ojos llenos de lágrimas su "leitmotiv": "No se vaya, general, no nos abandone"... Es una obra del género de "Miguel y Cristina" del Viejo Scribe, que hacía las delicias de la aristocracia frívola y sentimental de 1830. Pero representada en alpargatas.

Ante aquella serie de desmanes en que el hombrecito, bajo su delirio satiriásico, no era más que un instrumento lascivo de cuantas especulaciones, borracheras y búsquedas se llevaban a efecto entre los dos tiempos de un joropo o a los postres de una comilona rociada de discursos y de metáforas, en las que Jesucristo, Bolívar, Napoleón eran mediocres términos comparativos para el infeliz, Juan Vicente Gómez, vicepresidente y compadre, bien aconsejado por alguien (¿el doctor Baldó? ¿el doctor Baptista? ¿don José Rosario García, su tío?) asumió un aire de austeridad; y a los elementos del centro les hacía ver su sencillez honesta de "hombre sano", manejable, dócil, "bien intencionado", y a los "oficiales" andinos, desagradados con don Cipriano, porque eran los de los "sacrificados"... y el "fefe" no se rodeaba sino de carabobeños "muérganos", les repartía monedas de cinco reales, les conseguía "un pasaje", y al despedirles, guiñándoles los ojillos de aligator, decía dándoles palmaditas afectuosas:

(*) Apéndice I.

–*Espriocúpense*, muchachos, y no *iscutan*; que si otras las hemos ganado de a para *alante*, ¡ésta la ganaremos de a para atrás!

Y ellos entendían perfectamente aquel lenguaje del "paisa" socarrón. Sólo que ambas actitudes, al estar en la presencia del temible "fefe", se desdoblaban en una serie de melosidades de perro, protestando fidelidades caninas, echado en el ruedo de la falda de la señora del amo, interesando sus influencias de esposa y hasta su dignidad de mujer para que, engañada respecto a la traición siniestra que meditaba, sirviera a sus planes, le hiciera aparecer ante su marido como "el único amigo leal", el perro de la casa, la criada que no se marcha aunque la planten en la puerta de la calle con su baúl.

En efecto, al fin le hicieron notar a Castro la actitud de muda reprobación que asumía su *compadre.* Ello era fácil: entregado al desenfreno, entre las nieblas del alcohol despertaba a ratos su sentido de la responsabilidad, y pensaba en el hombrachón silencioso que no se mezclaba a la turba aduladora de los banquetes, que a los ojos del público aparecía como improbando aquella existencia de bacanales, pero que sabía bien "Don Cipriano" cuán efusivo, incondicional y calurosísimo se le abría hasta las entrañas en privado, con la voz llorosa, con la queja amarga de la querida vieja, a la que se dan "malos ratos"...

–¡Tú no me amas ya; has olvidado mi pasión de otros días, malvado! ¡Yo que te di todo, todo, y que me muero sin ti!

Traducid esto a lenguaje político-sentimental y tendréis los telegramas y cartas que se cruzaron entre Caracas y La Victoria en mayo de 1906. El tenorio ingrato respondía: "Nómbreme su secretario privado". Como si dijéramos: "No, chica, tú estás muy vieja y muy fea"...

La República era una vasta carcajada. Estábamos en la farsa de Arlequín, Pierrot y el señor Pantalón.

Gómez se retorcía las manos de angustia. "No le comprendían su devoción" al "Fefe". Y se echaba a llorar amargamente sobre el hombro del doctor Baptista. Es explicable que le odie, porque fue testigo de tales "debilidades". Y he aquí que es duro registrar lo que viene, duro e indispensable. Se iba a lanzar "la aclamación", se iba a descubrir esa piscina de bochorno, esa cloaca máxima por donde corrió, desde los valles de Aragua hasta Caracas, cuanto restaba de decoro en Venezuela. No, no fue obra de andinos ésta; fue la desvergüenza que se resuelve al chapuzón final. Por un instante, rodeando a Gómez pávido, sus andinos y unos cuantos amigos asumieron hasta una actitud digna. El estupor dejóles un instante anonadados. Hasta ayer habían dominado a tiros, doblegando con la fuerza o la alevosía; hoy veían que con tal sociedad y con pueblo semejante no eran ni perros los que había que atraillar, sino piara de cerdos a la que se suena una maraca de granos de maíz para conducirles gruñendo de grasa y de satisfacción*.

(*) Apéndice II.

Un día Castro comenzó a desesperar. Tenía todos los ganglios infartados y estaba condenado a muerte. Fue el momento de que volviera "a sus brazos"... El "amigo fiel" se aproximó a su lecho, de rodillas; pero los que estaban jugando el "cucambé" le pusieron a la puerta. Entonces vinieron aquellas noches de pavura en que, refugiado en El Paraíso, frente a la Planta Eléctrica, rodeado de espalderos, y el credo en la boca, dormía con un ojo abierto y hacía toda clase de promesas y sellaba todo género de compromisos con tal de salvar el pellejo. Echado de la vera de Castro, que se debatía con la muerte en manos de la intriga "conjurada", se refugió con su cobardía en el corazón de la ciudad, como pudiera hacerlo en el centro de una montaña... La "guardia civil" montada que organizó el entonces gobernador de Caracas, Carnevali Monreal, barría las calles. Todo andino, o quien se le pareciere, iba a parar a los depósitos de policía y de allí se le ponía en un barco y se le arrojaba en cualquiera costa desamparada. Este sistema inhumano, tomado por los "conjurados" para descongestionar la capital de las gentes de la Cordillera, casi todos ellos "gomecistas", no dio otro resultado que exacerbar los ánimos y cavar aún más la zanja que desde la llegada de Castro se venía abriendo entre el Centro y la Cordillera. Dos asesinatos sellaron la represalia bárbara. El primero, de los llamados "políticos"; el segundo, alevoso y cobarde, en rueda de asesinos, premeditado y ejecutado en un lugar público de la ciudad... La rúbrica sangrienta para terminación de aquel capítulo de torpezas, de insensateces y de ridiculeces la trazó el célebre telegrama que ya en los hipos de la agonía dictó Castro para que fusilaran al general Antonio Paredes, ejecución que se llevó a efecto bajo las sombras de la noche, en aguas del Orinoco, por mano de esos esbirros ignominiosas y amorales de que disponen los déspotas de todas las épocas. Las aguas del río arrojaron a una playa desierta los cadáveres de Paredes y sus compañeros. Esa sangre selló el expediente de crímenes que se abriera en Tocuyito, ocho años atrás. Y en las columnas de *El Constitucional* comenzaron a aparecer las susodichas "Felicitaciones al Jefe del País" con que el clero, la sociedad, el profesorado, los clubs, ¡y hasta las mujeres! se congratulaban con el Caudillo Restaurador y "elevaban preces al Altísimo" por la salud del Héroe y por la consolidación de la Paz... Entre líneas corría un triple arroyo de fango, de sangre, de lágrimas... Quitadle la dirección a esos documentos, en lugar de Castro escribid a Gómez y dejadles las firmas, porque son casi las mismas, en igual orden, con exactas protestas de adhesión, con idénticas y calurosas "lealtades" que nadie les está pidiendo, con improperios del consabido género "a los eternos perturbadores del orden", que son "los malos hijos de la Patria"...etc. ¡Galeradas de miserables borregos, estupidizados, que arrean a palos hacia los establos de la Dictadura y van satisfechos, regodeándose en el fiemo, entre el vaho de sus apetitos y de sus miserias!

El otro delito fue cometido en la persona del doctor Mata Illas, Gobernador del Distrito Federal. Eustoquio Gómez, y otros oscuros "muchachos" de la zahurda de Juan Vicente, se confabularon la noche del 27 de

enero de 1907, comenzaron a dar *vivas* a Castro disparando sus revólveres al aire, y tras alarmar la ciudad fueron a encontrarse con Mata Illas, que, informado de aquella borrachera, se apresuró a calmarles... Y cuando a la mesa de la cantina en que se hallaban fue a brindar con ellos, después de exigirles amistosamente que guardaran compostura, al alzar la copa que se le ofrecía, Eustoquio y los otros malhechores le acribillaron a balazos... Fue un asesinato indecente, feo, ruin, digno de sus ejecutores y de los proyectos del infame que estaba oculto, acobardado en su guarida de "El Paraíso", dejando que se desenvolvieran "los acontecimientos"... Esa deuda tiene empeñada Juan Vicente con su primo Eustoquio: con aqüel torpe delito se quiso aterrorizar a "los conjurados"; y la tarde siguiente, durante el entierro de la víctima, con el pretexto de que el pueblo quiso romper la fila de soldados que rendían honores al cadáver, se dio una carga contra la multitud y quedó el féretro abandonado en mitad de la calle. Todo el mundo, con el Ejecutivo Federal a la cabeza, que presidía el duelo, echó a correr, aterrado. El Arzobispo se refugió de mitra y báculo en una cantina inmediata y allí le acorrieron con brandy para que pasase el susto. Muy gracioso.

El juez Juan José Abreu, un alma recta y viril que se destaca incorruptible entre la ignominia de los tribunales de la República, impuso al asesino la pena máxima.

La convalecencia de Castro le hizo ver claro que sus amigos eran los "gomecistas", denominados "constitucionalistas" porque se amparaban en la vicepresidencia de Juan Vicente; los valores de éste subieron de prisa, si bien no bajaron mucho los de sus adversarios... Y he aquí los frutos de esa apoteosis grotesca conocida por la Aclamación, *la segunda Aclamación* en la historia política de Venezuela, mucho más estentórea y absurda que *la primera*. La autocracia guzmaníaca produjo para los días de Rojas Paúl una planta extraña, sin raíces; una virtud de invernadero; una libertad artificial que duró lo que las rosas en el madrigal de Malherbe... Con la chistera de Andueza Palacio asomó, terrible, el síntoma dominante del viejo cuadro clínico que se esbozó en Páez, brotó en forma purulenta con los Monagas, llegó a hacer crisis en la reacción del 58, duró la larga agonía de la Guerra Larga, y pasó insidiosa o benigna bajo Falcón y "los azules", hasta determinar una dolencia mortal con la dictadura fanfarrona, espectacular y bullanguera de Guzmán Blanco... Alcántara el viejo, Crespo, los *interinos* eran complicaciones menores. Al odioso continuista del 92 sucedió el caudillo clásico a base de prestigio, el segundo Crespo, "el último caudillo" propiamente dicho. Y luego, roto el eclecticismo que le trajo al Poder, éste cometió un error y un delito: imponer su marioneta: Andrade, mentecato, intrigante y nulo. De Crespo dio cuenta una bala anónima en La Mata Carmelera; de su hechura, poco más tarde iban a darla Castro y sus sesenta andinos, la traición de los suyos y el antiguo rencor de Andueza Palacio, cuya testa sombría vuelve a surgir al lado del guerrillero tachirense como la de un vengador de melodrama ¿Se quiso vengar de los "amarillos infidentes"? ¿Confundió en su pasión polí-

tica a "sus enemigos" con la misma Patria? Usurpador, murió entre usurpadores. Y la piedra sepulcral que le cubre no es un argumento para que olvidemos esa tremenda responsabilidad:

"Yo me quedo en el Poder porque me da la gana"...

Se cuenta excesivamente con la lenidad de la Historia en nuestro país. Es menester que surja a cada momento, renovada y terrible, la eterna verdad; que la sanción, los fueros sociales, los derechos conculcados, dejen de ser una lívida procesión de espectros; y que los trogloditas de hoy no imaginen que han de quedar, con el correr de los tiempos, amparados por ese manto lejano, borroso, impreciso en que se han arrebujado dentro de la historia contemporánea los malhechores de ayer, los conculcadores, los consejeros del despotismo, los responsables que salen a lavarse las manos a todos los pretorios de la humanidad.

Como esa lava hirviente que bulle y recorre distancias incalculables bajo las capas geológicas y deja enfriar los cráteres y parece extinguida, sumida para siempre en las entrañas del globo, así la Verdad pasa por etapas sucesivas, continuadas, dilatadísimas, de silencio, de anonimia, de escarnio... Se cubren las cimas con el hielo de los desengaños, crecen vegetaciones profusas en los flancos del monte y despeinan las brisas sus barbas pluviales por los cauces resecos de las torrenteras que abrió el fuego en la piedra viva... El fuego que depura, que cristaliza y que diríase ahora ser apenas el recuerdo casi fantástico de una época que no ha de volver nunca. El fuego, sí, que concreta y funde.

De súbito se ilumina todo el cielo, se contrae la matriz de la tierra, y bajo el resplandor insólito quedan fulminadas las ciudades obscenas y perecen los imbéciles junto con los malvados. En una noche todo cambia. Si los seres alados que reposan en la oscuridad y hacen su digestión en la sombra sueñan con escapar, fatal, irremediablemente, caerán asfixiados sobre el tormento que pensaron evadir en un vuelo... –Filósofos, diplomáticos, escritores, banqueros, pedagogos...

¿Por qué está en la naturaleza de las catástrofes este absolutismo espantoso, esta justicia igual, niveladora, suprema?

Trazados a grandes rasgos los preliminares indispensables, fijados los puntos de referencia que puedan guiar al lector extranjero en las alusiones de algunas páginas, en la consideración de ciertos personajes; bosquejado el fondo, comienza en el capítulo siguiente la nota personal, directa, objetiva de estas *Memorias*.

CAPITULO IV

Comienza el manuscrito – La detención – A pequeñas causas... – Caín redivivo – Los hijos putativos de Gumersindo Rivas – Hacia Puerto Cabello... – La noche – La prisión de Estado... – En la bóveda número ocho.

UNA MAÑANA de noviembre de 1907, al bajarnos del tranvía, camino de la redacción, uno de esos gendarmes semipaisamos se nos acerca con una sonrisa ambigua:

–El jefe de la policía, que pasen a verle ahora mismo.

Hemos comprendido, al mirarnos rodeados por otros semblantes de gente hosca y armada, lo que aquella invitación significaba.

Entramos. Se nos destinó un pequeño cuarto que hay allí, pasada la "prevención", donde duermen los oficiales. Había hamacas tendidas; cobijas puestas al aire; un retrato del general Cipriano Castro, grande; otro cromo pequeñín del Libertador, con una palma bendita y una postal en que cierta bailarina exhibía sus perniles.

Y el coronel Romero, jefe de la policía –un hombretón al parecer contrariado por lo que tenía que decirnos– vino a nuestro encuentro.

–Están detenidos– explica.

–¿Por orden de quién y con qué motivo?

–Es la orden que tengo.. –evade, confuso.

Todavía no se jactaban los subalternos de esa solidaridad insolente con las arbitrariedades.

Carvallo Arvelo cambió una mirada conmigo.

El coronel Romero parece sorprenderse de que no pronunciemos una sola palabra; y diríase que ello le predispone a nuestro favor. Nos ofrece su hamaca, sus pequeñas comodidades de cuartel. Manda a buscar los periódicos, y sólo deplora que tiene instrucciones de "incomunicarnos" y que no es posible avisar a nuestras familias...

Apenas si cambiamos una frase más. El se marcha. Un instante después penetra con aire dictatorial un señor Luis Enrique Baptista, que es secretario, ayudante o no sé qué, y nos interroga con una energía insólita, sacudiendo la modorra del local:

–¿Dónde está la llave de la imprenta?

–La tiene su dueño.
–Es que se va a sellar la puerta por orden del doctor Niño [5].
Ni una palabra. Nos dirige una mirada de furia y sale. A poco regresa acompañado del jefe civil, el coronel Mario Terán L.:
–¿No tienen ustedes la llave de la imprenta?
–No, señor.
–Por qué?
–Pues por eso mismo... porque no la tenemos.
Frunce el ceño. Se pone heroico:
–Es que la tienen que entregar ahora mismo; hay orden de Caracas para pasarlos al Castillo.
Y como Carvallo Arvelo continúa impasible, fumando, y yo meto la nariz en mi periódico, se agita buscando en derredor una idea o un recurso.
Por suerte entró uno de los policías, jadeante, blandiendo una llave descomunal, de hierro batido:
–Aquí está la llave; ya quedó "eso" listo.
Se marchan satisfechos.
A las dos de la tarde el coronel Romero vuelve y nos dice con semblante de contrariedad:
–Siento mucho... Pero es bueno que se acomoden...
A las tres se nos condujo a la estación del ferrocarril inglés. La Secretaría General nos destinó un vagón de carga con los guardias; el jefe de estación, Federico Hands, hízonos pasar a un coche de primera. Y por una tolerancia especial de nuestros guardianes, pudimos abrazar a los familiares y amigos que fueron a despedirnos...
Era aquélla la primera salida al campo de Montiel. E ingenuamente suponíamos que en nosotros se estaba personificando, de una manera especial y específica, la injusticia de los hombres y la iniquidad de los gobiernos. Juventud, espíritu de lucha, quizás remota explosión de una larga paciencia... ¿Por qué todo aquel aparato y la confinación y la alarma de una ciudad que veía arrancar dos jóvenes a sus labores, dos periodistas, dos muchachos que con semejante persecución crecían en el ánimo propio y en el ajeno y, necesariamente, abrían, para la media docena de mentecatos que solicitaban aquella prisión, un "debe" en el libro de su vida?
Nuestro periódico, fundado por Tovar García, se denominaba *Caín;* y el solo nombre se consideró una sátira "feroz" a Castro, que acababa de fusilar al general Paredes. Con el décimo número, se detuvo al fundador, mandándole al Castillo. Pusimos un "permanente" que decía: "En tanto dure la prisión del fundador de esta hoja, quedan al frente de ella los señores Salvador Carvallo Arvelo y José Rafael Pocaterra". A los ocho o diez números siguientes, ya hemos visto:

[5] Un médico de San Cristóbal llamado Samuel Niño, a quien Castro había designado para Secretario General en aquella provincia y que "hacía política" en la localidad para quedarse como Presidente, como lo alcanzó meses después de nuestra prisión.

–El coronel Romero, que pasen por allá...

En efecto, como se había hablado de elecciones, nosotros postulamos un candidato para la Presidencia de Carabobo –que no era Samuel Niño, a quien Castro iba a imponer– y a este candidato oficial lo recomendábamos, con la mayor naturalidad del mundo, para... el Táchira. Ciertamente, en la plancha que publicamos aparecían los nombres de políticos perseguidos: presos unos, asilados otros, pero nuestra exposición era tan circunspecta y ya estaba tan envilecido el público, que por un instante se creyó que navegábamos en aguas de altura, y el mismo infeliz de Samuel Niño no se resolvió sino muy tarde a gestionar nuestra prisión.* *Caín* se vendía en Caracas; gozaba de mucha popularidad y fue la excepción de una época y es uno de los mayores orgullos de mi vida: era algo puro, nuevo, fuerte, sincero frente a la ola *politiquera* y acomodaticia en que flotaban los "intelectuales" de entonces... Todo consistía en "echarle" un discurso a Castro o publicar un artículo en *El Constitucional,* bajo el patrocinio de Gumersindo Rivas. De allí se iba para un consulado o para un puesto cualquiera. Era la escuela, el sistema. Los hombres de pluma de Venezuela, con muy raras excepciones, son el estado mayor de la desvergüenza; carecen de ánimo, de concepto exacto, de respeto propio, de dignidad. El beso que el Espíritu Santo puso sobre sus frentes se lo hacen borrar a puntapiés por cuanto patán enfurecido se sienta en la curul de Miraflores. Es una enfermedad; es una maldición. Quieren *figurar* a toda costa, como esas obreritas que cambian su sitio en el obrador por dormir en camas de alquiler. Y se hacen la ilusión de que pertenecen todavía a la clase obrera. Así estos desdichados escriben a veces cosas doctrinarias.

Nosotros sostuvimos una campaña violenta, plagada de diatribas, pero purificadora, fuerte, digna; suplía con la intención las deficiencias; arropaba con su autoridad moral la natural agresividad de nuestras plumas inexpertas.

Y por ello, sin petulancias pero sin "suavidades" femeniles, afrontamos lo que pudiera venir. Y lo que vino nos pareció lógico.

Todos los que entonces nos rodeaban, de cerca y de lejos –las excepciones apenas si confirman la regla–, todos incurren ahora o incurrieron hace poco en las mismas debilidades, en las caídas mismas que censuraron a los otros. ¡Todos, sí!

Debía quedar para mí, el más joven –era casi un niño en aquella época– la tarea triste y desconsoladora de registrar, muchos años más tarde, desde una helada tierra del norte, la claudicación de mis compañeros de entonces.

* Aparecían en nuestra "plancha" electoral: Carabobo, J. de J. Arocha; Falcón, Gregorio Segundo Riera; Bolívar, Zoilo Vidal; Bermúdez, Nicolás Rolando; Guárico, Roberto Vargas; Zulia, Fco. E. Bustamente, etc...

El tren rodaba, bajo la tarde gris de noviembre, hacia la fortaleza sombría; una lluvia fina y tenaz empañaba los cristales del vagón. Los cerros azules de Bárbula; prados amarillentos; matorrales. Y de súbito una ráfaga de yodo y de inmensidad: el mar.

Nos detuvimos breves instantes aspirando desde el postigo del coche todo el inmenso espacio libre, más allá del oleaje que venía trémulo y dócil, a morir tras la caseta de madera de la estación... Fue una de esas tardes en que el agua se hace pesada, oleaginosa, de un verde báltico profundo, y la espuma carece de ligereza y de gracia, tendiéndose en cordones pesados, como los brandeburgos de una librea... Al fin partimos otra vez.

Y silbando de tiempo en tiempo la locomotora, penetramos una hora después en Puerto Cabello. Se entra por callejas infectas; huele a marisco, a basura, a miseria. En las charcas salitrosas refléjanse muros leprosos; uno que otro edificio, una que otra habitación. Lo demás, corrales; perros que cruzan, ladrando, hacia la vía; gentes que miran pasar el tren con la boca abierta, como si le dijeran un saludo o una injuria. La sombra subía rápidamente por los flancos de los cerros, lejanos, arrebujados en la niebla. Y allá arriba, en un tope, muy alto, muy aislado, con su farola, un fortín. Por encima de los techos desiguales, la bahía: una viñeta de mastelería y de cordajes... Por sobre todo, al fin, se precipitó la noche sin estrellas.

Abriendo paso a la fuerza a causa de la multitud que llenaba la estación, se nos condujo a pie por las calles. Gentes curiosas nos miraban. En Venezuela conocen, por el simple aspecto de los detenidos y la guardia rigurosa que llevan, al "preso político"... El criminal va sonriente, habla con sus guardianes, con los transeúntes. El "enemigo" del gobierno es siempre un hombre taciturno que marcha entre una doble fila de esbirros y cuya mirada puede "comprometer" al conocido que encuentre. Las mujeres de las casas se asoman, tímidas, a una rendija, después de cerrar la ventana con una precaución infinita, no sea que se les cuele el maleficio "político" en la casa. ¡Ah, estas pobres mujeres nuestras a quienes el hombre infiltra la cobardía innata y la irresponsabilidad de cuanto le rodea!

Cuando llegamos a los muelles, la oscuridad era completa.

Bajamos las gradas del embarcadero, y minutos después un bote nos condujo a través del pequeño canal que separa el puerto de la fortaleza. A la luz indecisa de algún foco que no veíamos, cruzamos el puente de madera, tendido sobre un foso ancho que ciñe por el lado de tierra el castillo. Y éste se levanta, con su viejo escudo de piedra sobre la entrada, macizo, chato, asomando por entre los melones desportillados –las almenas clásicas del siglo XVI– la boca de sus cañones, roñosos y vetustos... Antaño, cuando le pusieron en pie los españoles, denominábase San Felipe el Fuerte –para distinguirle de San Felipe el Real de Yaracuy– y ahora se llama, como para ironía del uso a que se le destina, "Castillo Libertador"...

Penetramos bajo la amplia bóveda, oscura, húmeda.

La campana del puerto sonó las nueve. La luz que suponíamos de un foco invisible era la luna, que surgió, redonda y clara, por encima de la muralla y bañó de plata todo aquel aspecto tétrico de las cosas vulgares en la oscuridad.

El viejo fuerte de San Felipe, fue antiguo depósito de la Guipuzcoana, amenaza de los bucaneros de las Antillas y defensa del litoral Caribe, posado en su isla a la entrada del puerto, como un pájaro de piedra. Sus bóvedas conocen tres siglos sigilosos de historia y de tragedia... A golpes insurgentes rompió la República el real escudo y colocó el suyo sobre la puerta –un caballo de yeso en campo de añil que las lluvias han desteñido–. El puente, que ya no es levadizo, salva un foso ancho, poco profundo. En lo alto de una muralla está un centinela cuyo fusil brilla en el plenilunio; y pasada "la prevención" –vasta bóveda a cuyos lados se alinean dos filas de soldados y duermen otros en un banco– un patio cuadrangular, ancho, lleno de luna, como la plaza de un pueblo. A nuestro paso escuchamos bisbiseos, pequeñas conversaciones que se interrumpen; y cae, chusca y loca, con la cadencia tres veces triste de una raza tres veces cansada, la copla, la eterna copla cínica de las decadencias:

"Ya me llevan, ya me traen
Ya me remachan los grillos;
qué contentos no estarán
los que son mis enemigos"...

Y otra voz solapada, catarrosa y doliente gime desde la sombra, continuando el "corrío":

"que en la cárcel y en la cama
se experimenta el amigo".

En la Comandancia los detalles de revisión; los nombres; el interrogatorio brusco. No está el jefe de la fortaleza; nos recibe su segundo, el general Julio Rodríguez Silva. Tiene cierto dejo socarrón en la voz y no permite que llevemos sino lo puesto para el calabozo. Carvallo Arvelo habla ingenuamente de su "chinchorro" [6]. Rodríguez Silva y el ayudante canjean una sonrisa; y un mulato que está por allí con el kepis ladeado, cambia la "mascada" y murmura entre dientes:

–¿Chinchorro?... ¡Será hotel!

Después, una orden seca; un número, el 8, gentes que asoman los rostros a los cubiles de piedra. Un sargento tose, sacude un manojo de llaves, guía hacia un extremo del patio que atravesamos en silencio, con

[6] Hamaca indígena, tejida en malla.

la cabeza gacha. Y la boca negra, enorme, voraz, que traga con sus fauces de cal y canto cuando el cerrojo se corre chirriando, mohoso; el chirrido da dentera. La sombra. El olvido. La noche, en fin, sobre las retinas, sobre el alma, sobre el pensamiento. El holocausto de una adolescencia; diez y seis años que se acuestan sobre la arena húmeda, sin manta, sin alimento, sin luz, con esa sed horrible y tenaz del agua que no se tiene.

Cuando penetrábamos al calabozo, en la puerta inmediata advertimos dos presos asomados. Uno es nuestro compañero Tovar García; el otro es un hombre pequeño, membrudo; la luna le baña de plata su larga barba cana, que sin duda era rubia cuando entró allí cuatro años antes. Los dos presos que encontramos en la bóveda a que se nos destinó han dicho que es el general Amabile Solagnie, uno de los viejos caudillos liberales del Estado Lara.

Tenemos sed; tenemos hambre. El frío y la humedad se cuelan hasta nuestros huesos; el calzado se hunde en la arena del calabozo, que rezuma agua salitrosa. Estas bóvedas están más bajas que el nivel del mar, y a través de la espesa muralla y del farallón que defienden la fortaleza, se siente el foetazo de las olas, y a ratos parece que estuviéramos en la cala de un barco. Nuestros compañeros nos han abrazado con ese regocijo melancólico de quienes ven en el prisionero que llega un algo de libertad perdida: y tratan de hacernos compartir una alegría falsa. Nos refieren jocosamente sus hambres, sus miedos pueriles a los cangrejos que salen de las grietas de las piedras a buscar, de noche, por el pavimento del calabozo, un desperdicio de comida imposible, y que sin duda regresarán a sus cuevas defraudados con la muela al aire, como un campesino de "manifestación" que no consigue nada por más que levante su horqueta famélica entre la multitud. Hay ratas también, ratas negras de ojillos feroces que destrozan la ropa y muerden a los durmientes. En el muro del fondo los líquenes cuelgan como en una roca marina. La bóveda es un túnel de unas quince varas de fondo a cuyo techo curvado casi alcanza la mano; y es tan nauseabunda, se filtra el agua en ella de tal manera que da la impresión de que vamos a vivir en el interior de una cloaca. Sobre la puerta formidable que la clausura, una reja de gruesos barrotes deja entrar el aire del patio: un vaho de chiquero y de fritangas ásperas.

–Es que el rancho nos queda al lado– explica uno.

–¿Y qué nos dan aquí? –pregunta Carvallo.

Y el otro, riéndose:

–¿Aquí? Por la mañana un tarro de agua endulzada, que aquí llaman café, y una arepa como una hostia; al mediodía un plato de mazacote de arroz nadando en manteca de sebo y dos hostias; en la tarde, su "guarapito" sin hostia; un "lepe" en la barriga, dos tarros de agua, y hasta el día siguiente. La lata de agua dulce vale un real; el que no tiene cómo pagarla o se bebe la botella de agua escasa que le dan, se muere de sarna, o se lava un ojo hoy y otro mañana. Aquí los únicos que comen son los piojos. Las pulgas, las pobrecitas, ya no pueden ni brincar por el reumatismo, y

la chinche es un lujo. Nos hemos reído, sentados en rueda, en el suelo, hablando a media voz, para evitar que el vigilante se disguste.

Con su lenguaje pintoresco nuestro nuevo compañero, un joven Roberto Anzola, detenido allí, según refiere, por la sospecha de haberle robado un reloj al general Castro, de quien era asistente, nos sigue describiendo las delicias de la nueva habitación:

–Pero al fin –declara– ustedes tendrán recursos, comprarán cualquier cosa; yo les cocino, y vamos viviendito.

El otro compañero de calabozo es un poeta de cuyo nombre no quiero acordarme, que publicó no recuerdo qué en un periodiquito y a quien el imbécil de Samuel Niño, haciendo gala de esa energía que es la agresividad de los cobardes cuando mandan, confinó a aquel lugar para que pereciera. Es un muchacho melenudo, de lentes, enfermo de versos; y en el fondo un pobre diablo, con quien se cometía una maldad inútil.

De pronto paramos el oído. Alguien araña la puerta. Una voz pregunta, recelosa, por mí. Y de lo alto de la reja alcanzo un pan, un trozo de queso, el lío misericordioso de una manta. La voz recomienda, misteriosa, desde afuera:

–Antes de que pasen la requisa de la mañana escondan la cobija y traten de que no queden boronas en el suelo. Si sospechan que se les ha pasado algo, mañana les pegan dos pares de grillos y les llenan de agua el calabozo.

Anzola vuelve a explicarnos desde el rincón:

–Sí, hay que tener cuidado, porque aquí hay días que se ponen las cosas navegables. Recién traído yo me pescaron comiéndome un pedazo de papelón que me dió un preso de enfrente, y como no pude delatar al compañero que me lo mandó, le dieron cien palos al ordenanza. Todavía está por ahí, que no puede pararse. Aquí vino el otro día escupiendo sangre y con la voz que parece que sale de un baúl.

Y como nos hemos echado a reír ruidosamente, una voz agria que viene de la explanada, la de algún vigilante, nos grita:

–¡Vamos, a callarse la boca!

Las horas de la noche corren lentas, inacabables. De tiempo en tiempo un grito rasga el silencio:

–¿Quién vive?

–¡Ronda!

Los pasos resuenan sordamente en la bóveda sobre nuestras cabezas. Se cruzan palabras brutales allá arriba. Después, el silencio de las cajas de piedra que fabrican los hombres para encerrar a los hombres; el misterio de esas fortalezas en donde se consume la libertad de un ser al borde mismo de la infinita libertad del mar... La vida sigue su curso. El mundo es una visión borrosa; cuando se ha vegetado como una raíz a medio podrir en las entrañas de una de estas rocas, y se ha adquirido la noción de estar enterrado en vida, toda otra angustia, toda otra tragedia resulta una puerilidad.

Esta primera noche de cautivo no he podido dormir. En mi mente se agolpan las visiones de la infancia, los rostros familiares, los ojos de mi madre, que estarán llenos de lágrimas; y el sueño que a ratos viene a mis ojos tiene algo del horror de las catalepsias; eso de que uno está oyendo desde su ataúd que le lloran y se preparan a enterrarle...

Mis compañeros dormían profundamente. O hacían como si durmiesen. Un gallo, muy lejos, muy apagado su canto, trajo con la brisa de la madrugada un ambiente de paz, de corral doméstico, de casita de campo recatada entre grandes árboles. El rumor de las olas llega cada vez más violento; se alza ese gran viento de alta mar cuando las constelaciones están muy bajas ya sobre el horizonte. Y entonces sueño con aguas enormes, llenas de luna, por las que navego gloriosamente, bajo el poderío salvaje de la vela henchidísima y con un gusto a sal en la boca.

La humedad, la arena, el silencio... Y todo ese ensueño queda de súbito crucificado sobre el signo negro que trazan los barrotes de la puerta en el claro de luna...

La campana de un barco tañe dos veces. Otros pasos retumban, sordos, en la explanada. Voces. Rumores. Y todo se rasga de súbito a la clarinada del alba. Las cornetas vibran, redoblan los tambores, un pífano silba un airecillo marcial que tiene un dejo melancólico, indígena, desgarrador. Y ya a esa hora, la noción brutal de la realidad, con un golpe de maza, nos abate, estupidizados de sueño sobre las mantas...

–¡Ya viene "la requisa" –advierte Anzola–; vamos a esconder las cobijas!

Aguardamos el alba, en cuclillas, sobre al muro que rezuma salitre, esperando con una ansiedad tremenda que registren el calabozo y no vayan a encontrar aquellas mantas, y que se descubra el crimen de haber comido y de haber dormido, a pesar de las órdenes terminantes del general Castro.

CAPITULO V

Los otros "pensionistas" – El baño de mar... – Recuerdos de la Independencia – Los libros – Montesdeoca, el "infortunado" – Se va Rodríguez Silva... – "No hay médico ni medicinas para los presos políticos"... – Una nueva apoteosis castrista en Carabobo – Disputas teológicas - Caso "pope" ortodoxo.

¡PENSIONISTAS! ...Así nos denominan en "el rancho". Pensionistas por los pocos bolívares mensuales que pagamos a fin de "mejorarnos" en las comidas. Este negocio de las provisiones es el más productivo, el más pingüe en este género de establecimientos. El del castillo lo usufructúa la esposa del jefe. El jefe es el general Carlos Silverio, un hombre de color, de seis pies de alto, que lleva una barba lacia y sesenta vigorosos años en guerra y en servicio... Es un analfabeta; de él se refieren especies regocijadas; es también sórdido, especulador... Lo que exprime a los presos en el "rancho" de real y medio diario que pasa el gobierno para alimentar a sus detenidos, lo que devenga por "pensionistas" o las "imaginarias" que cobra –números de tropa fantásticos– sírvenle para ahorrar y para derrochar, algunas veces, con esas esplendideces a que son tan dadas las gentes de esta clase. Tenía tres ayudantes: un coronel Leoncio Narvarte, que apenas estuvo unos días después de nuestra llegada; otro coronel Hurtado, amigo de empinar el codo, pero no mal hombre, y un oficial que hacía de secretario, oriundo de La Guaira, llamado Pedro Carlos Giral o Girat, excelente persona. Silverito mismo, no obstante la innata brutalidad y el despotismo de su profesión, petrificado en más de medio siglo de vicisitudes, de revueltas, de aventuras, hace gala de hidalguías y detesta las crueldades inútiles. Parece ser que cuando la revolución libertadora cayó herido en poder del general Amabile Solagnie y éste se condujo del modo noble y caballeroso con que solía conducirse en toda ocasión el soldado larense. Silverio estuvo a las puertas de la tumba: una bala de fusil "grass" le partió la clavícula izquierda destrozándole tres costillas; y ocho días más tarde el negro formidable expulsaba, naturalmente, el proyectil, que cubrió de oro e hizo colgar como ex-voto en el trono de la

Virgen de Chiquinquirá. Entre la Virgen de su devoción y la generosidad del viejo Solagnie le sacaron adelante con vida. Y un buen día en que, ya terminada aquella revuelta, éste viajaba en una goleta para Colombia, desde Curazao, fue delatado por los espías que Castro pagaba en la Antilla holandesa como cónsules, y hecho preso en alta mar. Le trajeron al Castillo; pasó muy malos días. Al fin, cuando se encargó Silverio de la fortaleza –llevaba ya cuatro años prisionero– su suerte mejoró; y, relativamente, sus compañeros de prisión también. Las consideraciones que su carcelero tiene por él se extienden, particularmente, a los vecinos. Disfrutan de ellas Tovar García, compañero de calabozo; el Padre Adolfo López y el general Luis Boscán, maracaiberos; el general Luis Duarte Cacique, tachirense...; nosotros mismos hemos ido logrando algo.

Fue a los quince días de incomunicación absoluta que se nos permitió ir al baño y echar una ojeada, de paso, pues que no podemos saludarles, a los otros "pensionistas"...

Se sale al recinto exterior, circundado por la muralla que da al mar, por una de las bóvedas convertida en pasadizo, a cuyo fondo se ha abierto una puerta. En este pasadizo hay de día una guardia de prevención.

El recinto exterior se denomina "el hornabeque". Todavía se sostiene en pie un trozo de muro con argollas empotradas, a las que ataban a los patriotas para fusilarlos durante la Guerra de Independencia. En la pared leprosa se advierten aún los descalabros de las balas...

Por la poterna inmediata arrojaban al agua los cadáveres. En un ángulo existe la perforación que hizo en la piedra viva un proyectil del crucero alemán "Vinneta" cuando el bombardeo de 1902. Toda la muralla de esta parte quedó destruida e inutilizada la enfilada de bóvedas que forman la histórica "Puntilla" en la cual Monteverde dejó perecer por asfixia a más de sesenta prisioneros patriotas. En la explanada, junto a la garita, se yergue un arbolillo que arraigó, tenaz, en la piedra y está siempre verde... Abajo, entre dos estribos del parapeto, penetra el mar, y se ha improvisado con cañones antiguos que ostentan el escudo castellano un baño bastante cómodo. La ola bate y revienta contra la piedra viva.

¿Podéis concebir lo que significa la vista del mar cuando se es joven y se ha permanecido mucho tiempo encerrado en un sitio lóbrego? Una línea de cocoteros, enfrente, marca su hemiciclo de palmas inclinadas que mece rudamente la brisa marina, plena de yodo y de inmensidad. Casas lejanas. Construcciones. El puerto. La arquitectura morisca del Hotel de los Baños; un pedazo de escalinata... Y como una amarga ironía parte uno de los barcos de la trasatlántica francesa, arrojando torrentes de humo por sus chimeneas color salmón, listadas de negro. Se pone en franquía hacia el libre espacio, fuera del alcance de estas murallas, lejos del abra enorme de la bahía profundamente azul.

Regresamos al encierro con la cabeza gacha, silenciosos. Nuestra imaginación sigue la ruta de aquel barco; y hay en nuestro paso cierto dejo tardío, cierta propensión a detenernos, a echar raíces en la piedra, como el arbolito de la explanada; a sufrir el tormento que experimentarían las

algas pegadas a la roca, si las algas tuvieran la nostalgia de su vida anterior, abandonada y fugitiva...

Llevo para la sombra del calabozo la visión libérrima del océano y un puñado de arena dorada que se escapa por entre mis dedos y que arranqué hace un instante al fondo del mar.

Frente a nuestras bóvedas –de por medio la plaza de armas, el amplio patio–, a la derecha hay otras tres que tienen acceso por una sola puerta. Están marcadas con el número 11. Es tradicional en la fortaleza que allí encontró el generalísimo Miranda, en 1811, al capitán español Antonio de Guzmán –padre del viejo Antonio Leocadio y abuelo de Guzmán Blanco. Le hizo quitar los pesados grillos y le permitió pasearse por el patio; allí también –después de la sublevación de este oficial, cuando la traición de Vinoni, siendo comandante de la guarnición el novicio coronel Simón Bolívar– por una extraña coincidencia, estuvo el propio Miranda unos meses aguardando la embarcación que debía llevarlo al cautiverio definitivo en la Carraca gaditana... Antonio Leocadio Guzmán nos ha referido que su padre trató al vencido generalísimo con el respeto y la simpatía a que sus méritos le hicieron acreedor, aun entre sus enemigos... Tocóles a los mozalbetes aturdidos de 1812 cometer la fea acción de entregarle a Monteverde. El Libertador solía indignarse más tarde cuando le recordaban este episodio poco airoso de su vida. No era sino una explosión del remordimiento.

De esas mismas bóvedas, 11, un mediodía, salió Venancio Pulgar, revólver en mano, a apoderarse del Castillo, como en efecto hubo de lograrlo. Todavía está en el castillo un anciano, antiguo practicante, que refiere los detalles de la hazaña. El curaba de la herida que tenía en una pierna al general Pulgar, y que así, baleado, casi impedido para caminar, sometió la guardia después de haberle saltado la tapa de los sesos al oficial que le salió al encuentro.

Ahora están presos en el 11 los generales Julián Zangrona, Juan Palacios, Alejando Romero García, Tomás Mercado –de este último no estoy muy cierto– y algún otro cuyo nombre he olvidado.

A la opuesta mano de la Prevención, en el número 10, se encuentran encerrados el general Cedillo y otros oficiales que cayeron prisioneros en el movimiento que hubo de costar la vida al general Antonio Paredes y a sus infortunados compañeros... En una bóveda que está detrás de la Comandancia se halla una mujer, reo de delito común. Cose y lava para los presos. A las veces esta desdichada se embriaga –o la embriagan– y pasa los días entre convulsiones, lanzando carcajadas horribles, palabas obscenas o cantando hermosas canciones que parecen el sollozo de un pasado ido para siempre...

En las demás bóvedas sólo se alojan tropas; o se les utiliza como depósitos. A la izquierda de la plaza de armas se yerguen los muros de la Penitenciaría. Se denomina "la del Centro"; la otra es la fortaleza de San Carlos, a la entrada del Lago de Maracaibo, llamada "la de Occidente". Los reos de Puerto Cabello trabajan fuera, en el Dique Astillero. Regre-

san a almorzar, con la guardia, a las doce; y continúan luego su trabajo forzado hasta las seis menos cuarto, que vuelven a encerrarles. Llevan sombrero de paja de anchas alas, una blusa de listado azul. Están mugrientos, pálidos... Unos dicen que son bien tratados; otros se quejan amargamente de que se les explota. El Gobernador de la Penitenciaría es el coronel Francisco Arocha Estrada. Parece una persona digna de su clase social. Sin embargo, los presos tienen hambre. Son rostros feroces, estúpidos. Un curso de psiquiatría. Hay la cara ingenua y gordinflona del campesino carabobeño; el tipo palúdico, hepático, canijo, de las gentes de Zamora y la Portuguesa; el larense, alto, de musculatura de jaguar y andar rápido; el mulato aragüeño, de córnea rojiza; el margariteño, de mandíbula cuadrada, hercúleo y recortado; el llanero enjuto, de piernas torcidas, zamarro, solapado, silencioso.

Cuando estos infelices pasan frente a nuestra puerta –que al fin se nos permite dejar entornada– nos dirigen una mirada temerosa. Y si el soldado guardián se descuida, le arrojan a Anzola parte de su mísero "rancho" o alguna triste golosina que atrapan por ahí, afuera, mientras trabajan.

Los hay interesantes o simplementes vulgares. Y algunos, espantosos. Montesdeoca, por ejemplo –un convicto de tres asesinatos consecutivos–, el que viene diariamente a botar el depósito de horruras. Me ha referido sus "desgracias". Emplea un lenguaje pintoresco. La expresión de su rostro que permanece grave, mientras los músculos de las mejillas torturan una línea facial de risa, da calofrío. El primero de sus "infortunios": un enemigo; le dejó la cabeza pendiente del tronco sólo por un trozo de piel... La segunda ¡"desgracia", naturalmente!, un amigo de su enemigo... Se empeñó en atacarle... Dice que él no ha provocado a nadie. Su primera víctima apareció degollada en una forma salvaje "y se empeñaron en cobrársela"... ¡Montesdeoca a la cárcel! ¡Siete años! El otro... Pues el otro "lo estrechó tanto", que tuvo que oponerle un cuchillo, y *"el sinvergüenza jue y se puyó...* Otra *güerta* Montesdeoca en *er* tribunal *¡libra esterlina!*[7]. ¡Y el más triste de sus "infortunios!"... Pues que venía una chiquilla por el camino, ya al oscurecer, y traía un pañuelo de Madrás envolviendo algo que parecía muy pesado... Montesdeoca creyó que era dinero; se lo pidió por las buenas; no quiso; él se lo suplicaba de todos modos... Por fin –"¡malas horas que tenemos los hombres!"– trató de arrancárselo por la fuerza; ella resistió más de lo que debía "para una *creatura* de su *edaz* y... ¡la mala suerte que me persigue!, la condená *jué* y *me se* ahogó entre las manos!".

–¿Y qué tenía en el pañuelo?

La risa aparece, angular, terrible:

–¿En el pañuelo? Tres cabezas de cebolla ¡la pobrecita! Pero a mí me metieron mis diez años muy completos! *Totar,* veintitrés años... Ahora

[7] En el caló o jerga de presidio *seis con dos* (seis años, dos meses).

tengo cuarenta y ocho... *sargo* de cincuenta y dos... Pero el juez, ese que me condenó, no condena a más *naiden*...

Y como notara el horror y la repugnancia pintados en nuestro semblante, coloca la sucia vasija en el suelo y añade al marcharse:

–Pero esas son las injusticias... ¡Castro es Presidente y yo soy Montesdeoca, el *pollinero*!...

Por fin logramos que nos pasen algunos libros... La Biblia, *Biografías de Hombres de Hispano-América* por Ramón Aspurúa, *El Civilizador,* de Lamartine, y la novela *Canaam,* del brasileño Graça Aranha... Después me han enviado un volumen de la historia griega de Duruy, el tomo clásico de Juan Vicente González y un ejemplar del Quijote... La biblioteca no puede ser más heterogénea...

Ya por las noches, hasta muy tarde, a media voz para que no vaya a enojarse el ronda, hablamos de las lecturas del día.

Carvallo Arvelo improvisó un trapecio con cuerdas, desde dos argollas que hemos descubierto en el techo de la bóveda y que sin duda fueron empotradas allí para la máquina de algún tormento. Nos han pasado ropas; y para estar a salvo de la humedad, convertimos el calzado en zuecos flamencos con pedazos de tabla. Con una caja vacía fabriqué contra el muro una repisa a manera de bufete y un banquito. Y una mañana, entre aclamaciones, trajeron los suspirados "chinchorros", que colgamos de estacas metidas en las grietas de la pared.

Haremos ejercicio; leeremos; escribiremos... Todo esto se debe a que nos quitaron de encima al Segundo Jefe, Rodríguez Silva. Porque Silverio, en honor a la verdad, no se toma el trabajo de mortificar a los presos imponiéndoles privaciones absurdas. No se explica, por otra parte, que leer un libro o garrapatear un papel constituya una distracción ni un alivio para nadie. No; él es un hombre inculto: que lean, que escriban... En cambio, Rodríguez Silva sí sabe lo que significa el ayuno intelectual. Y por ello nos niega libros hasta última hora. "Para que cojan el paso"... –explica a Giral, que intercede en nuestro favor. ¿Por qué nos acosa este hombre?, me pregunté mucha veces...

Cada vez que pasó ante nuestra puerta, con la sonrisa equívoca, le volví la espalda. Es la única forma, ¡bien inofensiva, en verdad!, de manifestar nuestro disgusto: no obstante, he podido observar que este frío desprecio duele más que la cólera a los que gozan con el daño ajeno.

La humedad, con todo, nos mata. Las lluvias copiosas enfangan el patio, que exhala un vaho repugnante a lodo y a podredumbre de basuras. Algunas guerrillas hacen el ejercicio de "cazadores" a corneta y tambor. El jefe instructor es un negrito alto, achaparrado, autoritario. Se

ladea el "kepis"; exhibe sus conocimientos tácticos. Ha tenido la amabilidad de hacernos una visita y nos enseña ciertas "puntas" de esgrima... Dice que es "godo, pero de principios". Y logra obtener orden para que nos lleven al baño de mar todas las mañanas. La vida, como se ve, mejora... No obstante, estamos enfermos; "el poeta" se la pasa mal del estómago; Carvallo ha tenido fiebre. Una angina horrible ha tratado de asfixiarme. El doctor Noblott es el médico de la fortaleza... Solagnie le suplica una medicina para mí. Dice que no puede y declara al fin que "el general Castro ha dado orden de que no haya ni médico ni medicamentos para los presos políticos". ¡Oh, sí! ya sabemos esto; el excelente Esculapio presta su ciencia por un sueldo, pero la presta con restricciones. Su deber profesional no reza con "los enemigos del general Castro". Y él no es único; como él hay muchísimos, especialmente los médicos, cómplices del despotismo[8]; como el *piache* lo es del Cacique de la tribu, y el *astrólogo* de los sátrapas inferiores... En el fondo... unos pedazos de alcornoque. Por eso en aquellos calabozos han muerto de mengua tantos desgraciados; y ahora mismo, Duarte Cacique, quien padece de una estrechez en la uretra, grita y gime desesperadamente durante noches enteras, porque no se le facilita ni un calmante, y mucho menos una sonda. Duarte Cacique es tachirense, antiguo amigo de *don* Cipriano; su compañero de Calabozo, el Padre López, fue reducido a prisión tres años antes en La Guaira, cuando venía para el Congreso como Diputado por el Estado Zulia. Pero Luis Boscán, que está con ellos dos, fue adversario del dictador siempre. Como lo fue Solagnie, como lo somos nosotros. El "sistema", sin embargo, es idéntico: atormentar, aniquilar, envilecer por la pena y el hambre y la muerte; estos hombres de 1899 han traído una doctrina de ferocidad; en su incultura, en su concepto primitivo de las cosas, para ellos no existe el adversario político sino como un enemigo a quien deben asesinar, eliminar, envenenar, destruir. Todo es lícito contra "el enemigo": el enemigo es el *malo,* el enemigo está fuera de la humanidad: debe matársele a palos, a hierro, haciéndole ingerir arsénico o vidrio pulverizado... El asunto es que desaparezca: o en la emboscada del tiro de "cachito", a la vuelta de cualquier sendero, o pagando a un asesino urbano, o dejándole perecer en un calabozo... ¡Hablan de infidencias y de traiciones los que sólo han surgido a fuerza de traiciones y de infidencias! Por eso viven sospechando de todo; por eso están en el sobresalto perenne de sucumbir a mano airada... Por eso están condenados a entredevorarse, a asesinarse, a traicionarse... Estos hombres sin moral ni rudimentarios principios de sociedad; estos hombres, que permanecen en la penumbra de la selva, en la frontera de la civilización, más allá del derecho de gentes, más acá del simple instinto troglodita, han alcanzado la audacia y la impunidad de sus hábitos porque la sociedad, sorprendida, desconcertada, aterra-

[8]Es un detalle curioso: entre los presos políticos de los dos últimos despotismos, casi nunca se encuentran médicos; generalmente son senadores o secretarios generales o dominguejos de quien manda.

da, finalmente, aún no se ha atrevido a trazarles el límite a plomo, a hierro, a latigazos... ¡Carne de horca, tufarada de presidio suelto, sin juez ni justicia, ni verdugo que la ejecute de un modo frío, consciente, solemne! No es con fórmulas de una reacción embrionaria, ni con postulados grotescos como se puede arrancar de esas garras el cuerpo moribundo de la República... No: hemos sufrido demasiado y combatido con rostro al peligro muchas veces para ir a la hora de prueba en un rebaño, lanzando balidos partidarios a que nos trasquilen las lanas con las tijeras domésticas de costumbre; no; excesivamente esperamos en esas anunciadas energías y en esos desprendimientos y en esas vestales púdicas que no se arrezagaron jamás la túnica adolescente en la refriega de las calles, ni tuvieron para la tiranía sino el rumor solapado mientras devengaban o favores o tolerancias, sin valor alguno los tales, dada la inofensividad de los tolerados... Esos que no saltaron la raya de Pizarro y que suelen darlas de "doctrinarios"; esos que ponen en tela de juicio la razón de la herida o la historia de la cicatriz; esos que no fueron *entonces* a ninguna parte, ni *van* hoy y mantienen la alharaca de que *irán* mañana a hacer maravillas de purificación, ¡insoportable "mandolinata" de quienes pretenden quedarse "doctrinarios" en tanto vayan otros a sacar las castañas del fuego, a desafiar los peligros, a sufrir los reveses!...

Hasta nosotros se ha deslizado un papelito de uno de estos "doctrinarios", que espera en su casa de Puerto Cabello, comiendo pescado y durmiendo en hamaca, "la evolución natural de Castro, ya que con la violencia no se logra sino afianzar las tiranías"... y a vuelta de una larga exclamación acerca de lo que deplora "nuestro cautiverio", nos afirma que, "según Herbert Spencer"...

Le he arrojado el trozo de papel a Carvallo Arvelo:

–¡Este es un país de imbéciles!

Entre la sociología editada en Barcelona a tres pesetas cincuenta y las ridiculeces de estos redentoristas por entregas, hay tiempo para que los que estamos presos nos dediquemos a las lenguas muertas.

Desde mañana mismo me pongo a estudiar latín con el Padre López.

Y después, griego.

A Solagnie le traen *El Constitucional* todas las mañanas. Castro se prepara a otra gira, que comenzará en La Victoria –ya muy decaída en su prestigio de "ciudad santa de la Restauración" desde que el general Simón Bello reemplazó al general Alcántara–. Pero, en cambio, Samuel Niño ha convertido a Valencia en la Medina rival de la Meca aragüeña... La sección de "Felicitaciones al Jefe del País" por su "feliz convalecencia" se une a la de los buenos deseos para la excursión del invicto caudillo. La idea continuista florece hasta en los labios apostólicos del Presbítero Víctor Julio Arocha. Estamos en el apogeo de los paralelos con Napoleón y Bolívar y Jesucristo... También hay en Valencia un periodiquillo llama-

do “El Zapador”, reproducción larvácea del de Gumersindo. Lo redactan el poeta Alejandro Fuenmayor, de Maracaibo, y Carlos Sardi, merideño. Colaboran en él los escritores jóvenes de costumbre... La política local es de “estudiantina”, veladas literarias y, naturalmente, baile con un turno de “joropo”, a fin de que don Cipriano salga a dar brincos, de pantuflas y gorro, coscojeando... Si la etapa de ayer fue brutal, cuartelera, estrepitosa, ésta de ahora abre el período de los *cúrsilis*. En las reseñas de sociedad o de actos públicos se leen cosas regocijadas y ridículas... “El Lazo Azul”... las serenatas con bandolín... un *chroniqueur* apunta: “el siempre vencedor jamás vencido y Benemérito Caudillo Restaurador vestía correcta levita y pantalón gris plomo”... Y de repente, se abre una disputa teológica curiosísima en la que intervinieron elementos extravagantes. El Padre Arocha, el mismo que dio luego el do de pecho del *continuismo*, ataca al doctor Martín Requena “en defensa de la Religión y de la Sociedad”; este último tuvo que cerrar su colegio y marcharse; tal fue la marejada. Las cuestiones filosóficas y dogmáticas del doctor Requena preocupan más al pastor de la grey valenciana que los “homenajes al general Castro”, los bailecitos, los desmanes, las persecuciones y las opresiones, ¡más que la inmoralidad de utilizar la sagrada cátedra, con toda la influencia que la palabra dicha en la Iglesia tiene para los que piensan a través de la Iglesia; más que una nueva violación de la ley; más que todo! Y para cerrar esta página de la historia local, Castro interviene desde su silla gestatoria dirigiendo a su presidenzuelo de Carabobo un telegrama que comenzaba así: “En mi doble carácter de Jefe de la Iglesia y del Estado”. Era un Napoleón de ópera bufa cuando el Concordato; el pequeño Zar ortodoxo de un *ballet* ruso. Era, en fin, una mínima ridiculez dentro del enorme ridículo nacional.

El Arzobispo entonaba el “Te Deum Laudamus” por la salud recuperada del Héroe de Mayo.[9] Y las niñas de las escuelas recitaban composiciones alusivas. Se formó una liga de caballeros valencianos “defensores de la Fe”, para combatir la herejía y proteger al Padre Arocha, el cual hizo un regreso efectista a Valencia, entre aclamaciones y lágrimas como un profeta antiguo... Por la tarde hubo solemne procesión del Santísimo Sacramento y toros “coleados” en la Avenida de Camoruco.

Castro desfilaba entre un grupo de jinetes, saludando a las ventanas llenas de muchachas con el clásico pañolito, de dormán azul, panamá y botas jacobinas.

Del *palo-ensebado* o cucaña que el Ilustre Concejo Municipal ofreció como obsequio al pueblo, se desprendió un niño, cayó y se partió la colum-

[9]En nuestros países –en casi todos– como se sabe, en razón a que los primeros presidentes fueron héroes de la Independencia, quienes ocupan sucesivamente la presidencia pretenden ser no menos “héroes”; y los tenemos de todos los meses del año –el héroe de *abril*, el de *mayo*, el de *diciembre*... Pronto se agotará esta línea del calendario y habrá que apelar a los signos del Zodíaco, y así tendremos el héroe *Piscis*, al héroe *Virgo* y al héroe *Cáncer* o *Escorpión*, etc.

na vertebral. El *general* dio orden de que le enterrasen por cuenta del gobierno. Un orador local le comparó con San Vicente de Paúl.

Era uno de estos "jóvenes" que hacen de la juventud profesión.

Y en medio de nuestros insomnios, de nuestras enfermedades, de nuestras privaciones, ¡cuán caritativa la lectura de aquellos periódicos y de aquellos discursos, y cómo confirmábamos en nosotros mismos la filosofía de "El Jardín de Epicuro": "bendigamos la Risa, que nos permite burlarnos de los malos y de los imbéciles a quienes sin ella tendríamos la debilidad de odiar"!

CAPITULO VI

Un poco de historia a través de Silverio – El documento parlante – Bocetos – Caracas, la gentil – Romanticismo galileo – Un asesinato – Solagnie y las ranas – Los poetas – Las zetas – Una tragedia inédita – Los "bandas".

LAS LUNAS, tras la estación lluviosa, radian espléndidas... Se ha ido retardando la hora del encierro nocturno. Primero fue a las cinco; luego se prolongó hasta las siete y media o las ocho. Finalmente, cuando Silverio visita a nuestro vecino Solagnie y se extiende en relatos pintorescos de su vida, nosotros disfrutamos de una hora más...

El grupo se reúne a la puerta de la bóveda 7. Allí pasamos la tarde jugando ajedrez, charlando; y cuando el viejo militar se incorpora en el taburete, pasándose a ratos un peinecillo por la barba chiva, le dejamos que evoque todos los episodios de su larga carrera. Es interesante. De soldado raso, sin conocimiento ni edad, ni preparación alguna, por su valor, por su astucia, ha ido ascendiendo. Ama la divisa "amarilla" de un modo fanático; en él revive el fetichismo tribal de su raza. Su fetiche es el Gran Partido Liberal Amarillo: a él le debe todo, es cierto; pero también abona en su haber veintidós cicatrices. Mandaba una guerrilla por los alrededores de Caracas, acampado en Pagüita, cuando José Tadeo Monagas pasó el 58 a embarcarse en La Guaira. Sintetiza Silverio en una frase sus recuerdos. Asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje para reconocer a los que partían y cruzó breves palabras con el ex presidente... "El indio viejo iba *encapotado*", dice. Más tarde figuró en todas las campañas de la guerra de cinco años. Baraja familiarmente los nombres históricos: lo ha visto todo, lo ha oído todo. Su ubicuidad nos es a ratos sospechosa. Sólo que en otras ocasiones, en Santa Inés, con Zamora o cuando el fusilamiento de Salazar bajo Guzmán Blanco, su frase es gráfica, vivaz, objetiva... Se comprende que la observación ha sido directa: pasan la carga terrible de Pérez Arroyo y el galope de Zamora con su clarín y todo el fragor de la batalla... Siéntese en otra de sus anécdotas la pausa de la vigilia cuando Salazar estaba en capilla. Le hicieron preso,

de chaleco, con la falda de la camisa por fuera. Permaneció impávido ante la ejecución.

Otra noche nos deleitó con un relato de su vida en la Goajira. Fue allí jefe de armas... Amó a una indiecita; vivió horas de Pierre Loti criollo, tomando agua de coco y cabalgando con doncellas de tapa-rabo a través de las praderas... Ante estas evocaciones pasábase el peinecillo por la barba reteñida, lacia, orgullo de su clásico rostro de guerrillero federal... Guzmán y Crespo habían legado a sus partidarios esta inclinación a las barbas. El segundo imperio puso en boga la perilla de Luis Napoleón y de Bazaine... Guillermo Hohenzollern le debe a sus mostachos una hora de actualidad y de prestigio. Silverio sabía bien cuánta sugestión tiene para las hembras los entorchados, y solía puntualizar ante una conquista cualquiera: "Ustedes saben: un entorchado arrastra más que una yunta de bueyes". Sus ojillos de negro viejo se adormecían, se bañaban de una ternura remota... A cada instante, cuando elogia la belleza de alguna amada de mejores días, emplea esta metáfora: "parecía una circasiana". ¿De dónde extrajo este dato? Lo oyó a alguien, sin duda; a algún *dotor,* a algún bachiller de esos que pululan por los estados mayores como "plumarios"...

Este hombre es un "tipo": sus costumbres, sus ideas, sus palabras, su aspecto, su codicia, la generosidad moral de que se jacta, el valor, su noción despótica del mando, caracterizan en él una época y un partido... Son casi tres cuartos de siglo, son dos generaciones brutales que están hablando. Mejor que las historias redactadas por quienes escriben sin sangre, sin fuego, sin emoción directa y *vivida* de la vida venezolana desde la comodidad de un bufete o pensionados en Europa, estos tipos me han enseñado a mí la historia *no escrita;* y por eso conozco las raíces de la Venezuela contemporánea. El documento es una cosa redactada, convencional. El hombre rústico puede mentir hablando, pero mentirá siempre menos que escribiendo.

El Padre López ha insinuado a Silverio la idea de que escriba "sus memorias". El negro parece satisfecho. Fue un día, dictó. Al leerle el otro su dictado no estuvo muy conforme. El Padre López se halla desconcertado: él cree escribir correctamente el castellano, con su estilo castizo de zuliano viejo. Pero Silverio, sin duda, no se siente "reproducido". Yo le comprendo perfectamente. Las memorias quedan en proyecto.

–Carece usted, Padre –le hemos dicho– de la sinceridad en la expresión, que es la parte medular de un estilo. Tiene excesivo concepto retórico de la frase y a ella sacrifica la expresión natural. Es el defecto de que se resiente toda la literatura hasta el 98 en España y hasta hace muy poco en América.

Tampoco él entiende esto bien. Y para consolarse de su fracaso biográfico, comienza a enseñarme latín. Alternamos esta aridez de las declinaciones con estudios de ornitología. Es un ornitólogo distinguido el Presbítero. Está componiendo una monografía sobre los *pericos.*

Cada quien se entrega a escribir o a estudiar por su parte. Nuestras esperanzas de libertad son cada vez más remotas.

Es menester que no siempre se echen en olvido en Venezuela los valores que han estado en la sombra porque no tuvieron la oportunidad o no supieron aprovecharla. Para hacer esa justicia a los que no pudieron destacarse ni romper la gruesa nata mediocre de los intelectuales de las provincias que "caraqueñizan" su mediocridad. Las provincias odian a la capital; ¿por qué? Caracas no ha hecho sino aplaudir, aplaudir demasiado, romperse las manos aplaudiendo. Aplaude los malos literatos, los peores historiadores, la vasta cofradía pésima de los poetastros orientales u occidentales. Incorpora a sus academias un porcentazgo considerable de mentecatos a base de recomendados de "Villa-Zoila", recibe en sus salones al generalote con posición, al doctorcete introducido. Y llega a tanto esta *generosidad social,* que trata de disminuirse, de empequeñecerse, de amenguar su incompatibilidad, yendo de bracero con los recién llegados de todas partes. A la postre esta afabilidad envilece, entre las ansias por llevar una existencia sensual, despreocupada y brillante y por la necesidad de plegarse a las exigencias de una pseudo-política ruin, oportunista y trepadora. La provincia no suele exportar méritos ni virtudes en estas épocas. Las gentes honestas se quedan allá, silenciosas, calladas, sufridas, o vienen al centro como simples espectadores. Y Caracas arrastra su manto llevado a tirones por los que se incorporan al cortejo y que viven empeñados en mirarle irreverentemente las enaguas sucias a la Sultana del Avila. Jamás hubieran sido lo que son en el bufo acompañamiento de los desfiles metropolitanos si no se vienen del remoto villorio o abandonan la capital provinciana, reservada, chata, resistente...

Una mayoría de las gentes del interior suele imaginar y aún aseguran que la corrupción política toma cuerpo no más en Caracas... Si os proponéis el trabajo de hacer una pequeña estadística hallaréis la elocuente proporción del dos y medio o tres por ciento, desde las casas de lenocinio hasta el Gabinete Nacional... Las provincias son más fecundas siempre en intrigantes.

Particularizo esta cuestión porque es ya necesario tratar el asunto de frente y en concreto, sin anfibologías ni hipocresías, ni temores.

Allí están, sin ir más lejos, "los carabobeños" de don Cipriano, los "aprovecha-revoluciones" desde la Independencia para acá. Allí están esas manifestaciones locales que dan vergüenza, esos bailecitos, esas recepciones, esa enorme y baja y triste cursilería que parece haberse izado para siempre, emblema y distintivo, en el asta de la Bandera Nacional.

Desde aquí veo a todos los periodistas de provincia, a los oradores de municipio, a los telegrafistas de caserío, a los curas, a los viejos, a las

mujeres, ¡hasta a los niños, la sagrada reserva del porvenir, amaestrados en las escuelas y en los hogares para que reciten sonetos y presenten ramos de flores, para que sonrían y aclamen y aplaudan esa torva procesión de bandidos y de rufianes que constituyen nuestras llamadas fiestas cívicas!

No estampo aquí los nombres de esos padres por el justo escrúpulo de avergonzar a sus hijos cuando tengan uso de razón.

Una tardecita lluviosa. Los carpinteros han dejado una escalera contra el mástil de travesaño que en el vértice de lo que fue la Capilla de la Fortaleza, pone a flotar de seis a seis la desteñida bandera de la República. Se la iza en la mañana y se la arría por la tarde, con honores. El batallón –no completas las tres compañías porque algunas "imaginarias"[10] son renta del buen Silverio– hacen maniobras en el patio, a corneta y tambor, que finalizan con una musiquilla de pífano.

El detenido Eduardo Quesada, un colombiano listo, de perfil aquilino y hombre de "destrezas" administrativas, a quien Eliseo Sarmiento –entonces comandante de armas en Carabobo– mandó sin fórmula de juicio a encarcelar allí por ciertos manejos con las raciones de las tropas, se queda mirando el asta, la escalera que se apoya en ella y una vara con un andrajo casualmente arrimada. Me las señala y dice, pensativo:

–La esponja, la lanza, la cruz...

En efecto, contra el cielo crepuscular, los tres objetos del símbolo resaltan... Nuestra juventud vive evocando el lejano y bárbaro holocausto judío; es una metáfora un poco enfermiza, un poco romántica de los escritores quejumbrosos y de los pueblos en decadencia... No obstante, dicho por Quesada, toma un significado especial. Aquel colombiano está allí dando prueba de la *pulcritud* administrativa de Eliseo Sarmiento, porque se apropió algo. Además, ¿en nombre de qué moral podía ese hombre encarcelar a otro por fraude cuando él iba libre y de charreteras? Juan Martínez era un guerrillero de Carabobo que hacía unos meses, siguiendo instrucciones de la Revolución, habíase puesto en armas por los alrededores de Valencia... Se le persiguió; disolvióse el grupo, se le tomó prisionero, rendido. Hubiera bastado encarcelarlo o arrojarlo provisionalmente de la región. Pero Cipriano Castro había fusilado a Paredes –imitando a Guzmán Blanco con Salazar– y Eliseo Sarmiento, debía de imitar la "enérgica" conducta de su jefe –a quien entre paréntesis, estuvo dispuesto a traicionar cuando la Conjura del General Linares Alcántara. La moral y la consecuencia de estos hombres son así...

[10]Las "imaginarias", como se ha dicho –y lo presupuesto para raciones de boca, pues obligatoriamente el soldado debe invertir su dinero en el "rancho" de la fortaleza– forman la pingüe renta de nuestros generales en servicio. El servico de plaza es para explotar las tropas, el de campaña para despojar a éstas y a los labriegos o terratenientes de los alrededores. Esta práctica, en rigor, no la trajeron "los andinos"... Ya era un recurso conocido desde Tito Livio. Casi toda la obesidad de nuestros mílites en ejercicio es la flor de las largas hambres de los cuarteles y de los campamentos.

Un buen día, en la sabana de Agua Blanca, a pocas cuadras de la ciudad, amarrado a un chaparro, quedó, destrozado a balazos, el cadáver de Juan Martínez; y fue menester que algunos seres piadosos se resolvieran a pedirlo para que el cuerpo del hijo le fuera entregado a la madre... Yo estuve cerca, yo lo vi todo: ¡aquella mujer lívida, humilde, vestida de zaraza negra, que contemplaba tenazmente, implacablemente, con esa fijeza terrible de los dolores que, por ser tan grandes, no llegan a tomar forma, el despojo sangriento, atado al árbol: una mano destrozada, el globo de un ojo flotando entre un coágulo, pendiente del nervio óptico sobre la mejilla!... Mientras existan la verdad y el arte, quedará en esta página la acusación. Detrás de mí, Valencia entera puede responder de este crimen que soportó, replegándose en sí misma, con la frente torva y los ojos bajos. Martínez era un oscuro oficial, vivo. Asesinado de ese modo, ese muerto hace muchos años espera bajo la tierra su hora de justicia.

Amabile Solagnie está leyendo la Biblia. A veces quiere que le explique largos pasajes del libro de Job. No obstante, parece distraerle más el Exodo, la expedición de los seiscientos mil hombres de Israel, organizada por la energía del más político de los profetas... En el episodio de las siete plagas ha sonreído. Luego quédase muy serio; pero sus ojos azules continúan risueños y murmura:

–Las *ranas* esas que salen del Nilo... así son ellos... una plaga...

Desde ese día hemos enriquecido nuestro personalísimo léxico. Ya sabemos lo que significan "las ranas". Solagnie no tiene la menor idea del viejo Aristófanes. Pero merece tenerla.

Carvallo Arvelo hace versos... Algunos excelentes. Es un neo-romántico. Pertenece a la generación de los bardos que le dan valor a su poesía con ciertas músicas verbales, con ciertas palabras que no significan precisamente lo que el poeta imagina, pero que *le suenan* bien. El otro poeta es un "caso". Se llama Francisco García Pregal, pero ha resuelto firmar *Frank* García Pregal, para exornar con mayor encanto su firma. Esto es lo de menos; lo de más es que hemos tenido que pelearnos con él tras soportar una serie de recitaciones... Su fondo es ingenuo; quizás bueno. Ha ido de aquí para allá, sin rumbo ni programa; cultivaba la bohemia de melenas y cuello sucio, que deja sonetos lugonianos y malas costumbres, y en la cual se atrofia lentamente toda la inteligencia entre una niebla alcoholes teosóficos y de petulancias estériles. Es miope y afecta una indolencia artística en sus hábitos que dentro de un calabozo resulta de lo más incómodo para sus compañeros. Llama con infantil ilusión, familiarmente, a los grandes poetas: Rubén, Leopoldo, Juan, Perico, etc. Si la vida nuestra no fuera tan estrecha y dura, resultaría pintoresca su char-

la. Gran admirador de los versos de Rufino Blanco-Fombona –ya sabéis, "Rufino"– no alcanzo a comprender, si no es en virtud de la ley psicológica del contraste, cómo puede agradarle este temperamento viril y diamantino, romántico a punta de estoque, como el héroe de Rostand, cuando a poco se desmaya él todo fofo, colchonesco y delicuescente en las cadencias mulatas de los mulatos versos de Lugones, ¡esas necedades de "su torva aristocracia" y "la liga crema" y "el corazón mendigo" y los "sahumerios" con pétalos de acacia!...

Estamos formalmente reñidos hace tiempo. Los otros tienen más paciencia que yo o les agrada la literatura tomada por agua común. Un día la cogió por escribir pensamientos "alusivos" en las paredes del calabozo. Le ha dado también en considerarnos "enemigos del arte", burgueses, filisteos... Pero apartando tales tonterías, este muchacho tiene cierto don para el canto y a ratos llega a una verdadera elocuencia poética. No pasará de eso: la pereza le mata, le anula, le disuelve... Es "trashumante" y trasnochador de "berro" y tostada. Lástima. De tanto observarle, puede que arranque esa profunda antipatía que me inspiran los versificadores maníacos que asoman por ahí en ristra, pervirtiendo la literatura y pervirtiéndose entre sí...

Es indudablemente un "tipo" de estudio. Representa una juventud sin camino, cansada, absurda: de ella saldrán mañana los amorales, los "plumarios" de asalto en las secretarías de gobierno, los soneticidas. Con todo, ha tenido García Pregal "el gesto" –como él dice– de enfrentarse a la tiranía y lleva su carcelazo como un jacobino... Todos sus defectos le quedan reconocidos y cancelados. No sé qué ha sido de él. Le recuerdo hasta con simpatía. Para entonces valía mucho más –orfebre y todo– que los de las parvadas del doctor Niño y *El Zapador,* título adoptado para el periódico de semejante mamarracho, porque empezaba, suavemente, con una *zeta* tremenda...

Nuestro bardo recalcitrante ha logrado hacer buenas migas con un ordenanza que suele ir al Puerto a hacer las diligencias del Castillo y se corresponde por este medio con otros bardos no menos recalcitrantes de la localidad; ¡es admirable esta masonería de los jóvenes poetas! Si bien le hemos insinuado que expone inútilmente al infeliz mandadero cruzándose misivas literarias y poemas en consulta; más aún, que tal comunicación puede aprovecharse para lograr noticias o medicinas. No hay forma de convencerle. –Se va a pisar... –le ha advertido Carvallo Arvelo.

Nos mira, despreciativo, y recita:

"el ave canta aunque la rama cruja,
como que sabe lo que son sus alas".

No cantó el ave; cantó el infeliz mandadero.

Una tarde hubo un revuelo en la comandancia; voces airadas... Silverio se destacó hacia nuestro calabozo con sus dos ayudantes y el sable

desenvainado; estaba el negro gris de la ira, las barbas le temblaban, chivas y negrísimas... Prorrumpía en denuestos, preguntaba por nuestro pobre poeta, cuyo semblante había pasado a las tonalidades más desvaídas del lirio... Y desatóse en agrias protestas; amenazó; se quejó ásperamente de que sus bondades le acarreaban aquel disgusto... Púsose en claro que nuestro desdichado bardo había enviado unos versitos a un periodiquín de Puerto Cabello, fechándolo "bóvedas del Castillo Libertador", se habían publicado, y el "chisme" llegó hasta Samuel Niño, quien hizo llamar la atención al jefe de la fortaleza acerca de la *incomunicación* que respecto a "sus presos" tanto le había encargado...

Se nos acabaron las concesiones; cerráronnos a piedra y lodo; nos pusieron a rancho, aun cuando ninguna culpa teníamos de aquella imprudencia; y esa misma tarde trasladaron al poeta al calabozo 10, con el infortunado Cedillo y los otros. Hubo una requisa terrible. Perdimos casi todos nuestros papeles. Carvallo y el poeta infortunado sendos poemas; yo un largo estudio sobre la novela nacional... Los libros los escondieron no sé cómo, o el oficial hizo la vista gorda. Las notas que componen esta obra las convertí en un escapulario y me las colgué al cuello...

Cuando se retiraba Silverio de nuestra puerta, tras de ordenar todas aquellas retaliaciones, añadió:

–Capitán Fulano: mañana a las cinco me le mete cien palos al ordenanza.

Y casi no hemos pegado los ojos, hasta el alba, pensando en el pobre muchacho que van a vapular...

A las cuatro y media de esa madrugada el tambor dio un largo redoble. Hubo unas voces soñolientas de mando. Luego palabras bruscas, apagadas. En el calabozo, tendidos, los otros presos parecían dormir o lo simulaban... Ha sido una obsesión nuestra toda la noche. ¡Aquella bárbara paliza al pobre muchacho que nos prestaba tantos servicios!... Por las voces y el crujir de las alpargatas en la arena comprendí que estaban "formando" en el patio, frente a la Comandancia. Y trepé a lo alto de la puerta de la bóveda para mirar por entre los barrotes.

En el centro del cuadro –veíase ya bastante claro– estaba encorvada, exhibiendo toda la espalda morena y los riñones, hasta las piernas desnudas, la anatomía miserable del infeliz a quien habían ocultado el rostro arregazándole la blusa por los hombros... Lanzaron las cornetas un alarido cruel, continuado, insolente, entre un trueno de tambores –ese "aire" bufo-trágico de las cargas y de las burlas sangrientas de la batalla, que denominan "La Pava"– y silbó la verga en el aire... Un grito estridente que tambores y cornetas apagaron en la penumbra, otro, aún, supremo; y en las pausas inesperadas de la música militar un nervio de toro rasgaba el aire con un silbido, y otro caía, con su chasquido peculiar, sobre la carne fofa de los glúteos o daba en firme, a lo largo de la masa

sólida de los riñones, quebrando en la rendija de la columna vertebral para cruzar su castigo hasta la axila... Un segundo paró la música y estalló un alarido horrible, de animal enfermo, de ser apuñaleado en la noche; después aquello se hizo infantil, casi sollozante, malcriado, como si estuviesen mimándole en la hamaquita del rancho donde la mujer india pone a sus pequeñuelos... Lloraba el muchacho de un modo pueril; llamaba a su madre; decía cosas que no venían a cuento, enloquecido de dolor; y de súbito comenzó a gritar, delirante, la cuenta de la azotaína formidable:

–Ya está... ¡cinco! ¡Ay, mi madre! ¡seis! ¡me muero... siete!

Con un compás alternativo e igual, como dos herreros que forjan una herradura, los dos cabos vapuladores iban descargando sus cien vergazos, conscientes, firmes, inalterables... Al nervio viril del toro se le introduce una baqueta de fusil, a fin de que no quiebre y la vibració del acero magulle en firme la región del castigo. Se agrieta la piel, fluye un hilillo vivo de sangre por la grieta, va el blanco del golpe siendo amarillo, y luego gris y después negruzco...

Finalmente, sólo percíbese un bramido; ha cesado el llanto. Los últimos veinte azotes parecen el martilleo final de una urna. Los he contado todos, uno a uno... Entre golpe y golpe creía notar que alguno de los verdugos suavizaba el brazo. Y escuché indistintamente la voz agria del oficial:

¡Trabaje bien, cabo, o es usted quien va a llevar...

Este oficial tiene un chiquillo rubio, de ojos azules, que algunos domingos trae a pasear al Castillo y a quien todos le hacen caricias... Es grueso, bajo, de aire bonachón, y sobre la franela lleva prendido un escapulario del Sagrado Corazón de Jesús.

Desde su rincón, una voz sigilosa, la de Carvallo, me pregunta:

–¿Se acabó?

No oímos nada. Nuestra imaginación ve un tórax hundido, dos hombres encorvados bajo el cepo de diez maussers, entre el ángulo de brazos y piernas contraídos. La silueta del infeliz agarrotada... Un guaral o pita de hilo le sujeta los pulgares, partiendo la carne hasta el hueso, puesto que soporta en las falanges atadas todo el peso del haz de fusiles... Lo demás es carne jaspeada de negro, acardenalada, verdosa, desflecada, como la de un lechón que comienza a sazonarse; lo demás es un pobre mártir que se desata, que se arrastra a una de las cuadras y al que se le humedecen las lesiones con salmueras y se le deja tirado así, sobre una manta, hasta que se muera o... engorde.

Se ha observado que cuando los soldaditos a quienes se vapula no mueren de los golpes, adquieren una gordura flácida, eunuca, sospechosa... En la jerga de cuartel a esto le llaman "ponerse sinvergüenza". Posiblemente el nervio flexible címbrase sobre la espalda y alcanza los órganos de la generación; algunos mueren, otros... ¡mejor sería que les dejasen muertos! Quiera Dios que los hijos de cuantos han ordenado

estos bárbaros castigos, estos ultrajes supremos a la dignidad humana, no comiencen a desarrollarse con la voz atiplada y a adquirir esas redondeces del animal castrado...[11]

Por el momento se han acabado las "concesiones". Estamos cerrados a piedra y lodo; nos han puesto "a rancho": es decir, a comer una horrura que preparan para los presos y la tropa. El Gobierno pasa a la Administración del Castillo, a razón de quince centavos por cabeza, para la manutención. De esto queda margen para los jefes, las familias de los jefes y toda la serie de tamizaciones que van desde la Comandancia al mercado y del mercado a las ollas... A nosotros llegan a veces piltrafas que pondrían dispépticos a aquellos célebres guerreros baleares que están en Flaubert.

Y ya finaliza este año; y ya la vida continúa su curso, igual, desesperante... ¡Qué importa el sacrificio y el ejemplo de nadie a estas generaciones ingratas, anodinas, serviles! ...¡Harán mañana frases compasivas si sucumbimos; frases desdeñosas!... Si algún día tornásemos a la luz y por no sé qué azar desaparecieran Castro y su gobierno y sus cárceles y carceleros, entonces harían otras frases y relatarían actitudes insospechadas de conspiración y de rebelión ¡todos estos borregos que van trémulos bajo un mal garrote! ¡todas estas bocas que sonríen, femeniles, a los fuertes que pasan! Un país entero que se deja robar y deshonrar y asesinar en silencio porque para todos los Tartufos del Comercio, del Clero, de las Profesiones y de la piara periodística, "la paz es el supremo bien de los pueblos" y una digestión tranquila el mayor bienestar y la finalidad suprema de todo venezolano sensato.

Anoche los muchachos de la tropa, los "bandas", se pusieron a tocar "aguinaldos", ingenuos villancicos de Pascua, que saben a hogar y a tristeza lejana. La música es fresca; las estrofas, con ser vulgares, evocan la picaresca de Juan de la Encina y ese "Aucto del Repelón", que es como manojo de rosas campesinas, siempre fragante, en las páginas rugosas de la Antología.

Entre copla y copla estallan carcajadas y palabrotas; palabrotas que pierden toda su repugnancia, por la forma infantil y ruidosa con que las emiten.

[11]Estos procedimientos bárbaros son el pan de cada día en los cuarteles y en las cárceles. No sólo contra los infelices soldados sino en las personas de los mismos ciudadanos. El doctor Samuel E. Niño, Presidente puesto por Castro en Carabobo, ordenó vapular al señor Isidro Hurtado, propietario de una imprenta en Valencia, porque sospechó haber impreso ciertas hojas que le molestaron. Se ejecutó la orden por mano de un tío de Niño, alcaide de la Correccional. Otros infortunados sufrieron los mismos vejámenes para entonces. Hurtado estuvo un tiempo escupiendo sangre. Creo que murió; de todos modos, hasta hace poco andaba por ahí, encorvado, sin poderse tener en pie.

La broma parece generalizarse en derredor del ordenanza a quien vapularon el otro día. Le dan pellizcos, le ponen motes y él se defiende:

–¡Jesús! este niño...

¡Cómo progresa este país! ¡qué sociedad más encantadora! ¡cuánto le debe el hijo del pueblo a los curas, a los doctores y a los literatos de Venezuela! Es curiosa esa rueda de jóvenes "bandas": uno tiene los ojos hundidos, viciosos y una mano larga, de falanges huesudas, manos de onanista; el otro mira con ese mirar asustado y esa inquietud de ademanes del ratero; más allá hay alguno, microcéfalo, estúpido, que se roe las uñas. Y en mitad de ellos el invertido de la paliza sale a bailar con la mano en la cintura, entre una alharaca, entre un vaho de presidio, de caserna, de tugurio infame...

CAPITULO VII

Aires de afuera – Los dictadorzuelos del futuro – Año Nuevo en prisión – Viene un segundo Jefe – Proyectos de fuga – Una frase admirable dicha sencillamente – La ansiedad que mata – El Ministro de la Guerra visita el Castillo – Horas antes de la evasión – Hacia lo desconocido... – A bordo de "El Zumbador" – Pedro Ducharme y Doroteo Flores – La bodega del hambre – La asfixia – En Adícora.

A FUERZA DE TINO, y además porque ya habían trasladado "el culpable" a otra bóveda, nuestros compañeros obtuvieron de nuevo para nosotros la merced del aire y de la luz.

Una tarde, ya disfrutando de esta bondad de la puerta entreabierta, supimos por uno de los ayudantes que el señor Vargas Vila, hermano del célebre escritor, visitaba la Fortaleza... Acuclillados en nuestra rendija vimos cómo Arocha Estrada y otros oficiales le paseaban por la explanada. En un momento dado simuló que se quedaba tras ellos, distraído, y saludó hacia donde estábamos agitando la mano...

Otra mañana Giral trajo a nuestra bóveda de visita al señor Juan Branger, de Valencia. Por más que trató de dominar su impresión ante aquel vaho de calabozo, de humedad, de miseria, contrajo el rostro... Con él vino un saludo de la ciudad, el recuerdo de los nuestros, algo de esa libertad que veíamos tan remota...

Los oficiales de la maestranza –allí alojan a los artilleros– vienen a vernos con frecuencia. Sobre todo Gualterio Chity que a ratos lanza conceptos de ese tímido descontento, característico de nuestra gente militar, inconforme con "las cosas" que hace el Gobierno, pero pasivos, silenciosos, sumisos. Más de una vez, entre la juventud de las guarniciones se encuentran tipos de relativa selección que sugieren la idea de un desarrollo intelectual interrumpido, de una personalidad deformada, a la que sólo restan escasos y bellos rasgos individuales...

¡Ah, si los hombres que llevan una espada pensaran más en la Patria que en los diez o quince bolívares de ración! Si esos muchachos de los cuarteles parasen mientes en el papel que les corresponde y no en el que le asignan los "jefes" –generalmente iletrados, bárbaros, chabacanos,

que gozan de la jefatura porque son "los hombres de confianza"- en veinticuatro horas quedaría resuelto el problema venezolano, sin sangre, ni conmociones, ni peligrosas reviviscencias. Algunos suponen que de los cuarteles jamás pudo ni podrá salir la Libertad... Puede que tengan razón ésos; no obstante, yo desconfío más de la selva que del cuartel.

El día que uno de estos infames gamonales amanezca sitiado y preso en su madriguera por los mismos hombres de que pensó servirse, y éstos, rehabilitados por su acción, alcen la dignidad de la República sobre la hoja de su espada, habrá terminado para siempre el ciclo de las barbarocracias y el apogeo de los barbarócratas.

Ese día está lejano, porque la mayoría de los venezolanos sienten una extraña fascinación ante la idea de ejercer el mando, y aman con muy poca sinceridad los principios liberales que viven proclamando. En cada adolescente, en cada cadete, está agazapado un dictadorzuelo.

Ha llegado el Año Nuevo. Por Navidad la esposa del Jefe del Castillo – una maracaibera– nos regaló hallacas, dulce... "Para que se acuerden de la familia". Su piedad de mujer nos resulta irónica y amarga.

Tirados en las yacijas, tras de una "cena" improvisada en uno de los calabozos vecinos –hubo concesión de permanecer abiertos hasta las once– hemos escuchado, a las doce, los veintiún disparos... ¡La salva saluda el año! ¡El eco de los estampidos retumba en las bóvedas y va a confundirse con el rumor solemne de las olas que baten la muralla.

Una banda militar –la misma de la "paliza"– saluda también al nuevo año desde la explanada. Las cornetas desgarran; el pífano silba un airecillo entusiasta que desmaya en càlderones quejumbrosos... Van redoblando los tambores hasta extinguir su última vibración en la noche. Los cohetes rasgan el aire, lloviendo luces multicolores. Se advierte un lejano murmullo que la brisa trae con todas las alegrías orgiásticas del Puerto; campanas, villancicos, animación nocturna. Y como el fondo de una sinfonía wagneriana, las sirenas de todos los barcos surtos, las del Dique Astillero, las de la ciudad, estallan, acordando una larga estridencia ensordecedora.

Al otro día... el mismo pensamiento bajo la misma piedra. Un factor alterado en la cifra del año. El amor cada vez más grande por una Libertad que no se detiene sobre nuestro dolor.

Y nuestros ojos caen y quedan presos entre las letras angulosas, deformes, trazadas por una mano inexperta con un pedazo de escayola sobre el muro limoso del fondo: *"entré a este calavoso el día 7 de gunio de 1898..."*

Hace nueve años que un pobre hijo del pueblo estuvo encerrado aquí, un venezolano ignorado que quizás murió dentro de estas paredes.

Pero éstas son las glorias del general Ignacio Andrade, expresidente de la República, quien, vencido y humillado por Castro, está ahora de ministro en Cuba, según creo, representando al Gobierno que le arrojó de

la Presidencia. Y mañana, seguramente, surgirá al lado del que eche a su vez a Castro del poder. Esta gente es así...

Una mañana ese excelente Giral ha venido a decirnos que se espera un nuevo segundo jefe para llenar la vacante de Rodríguez Silva. La noticia nos cae mal; ¿qué clase de "tercio" vendrá?

–Con tal y no resulte rana... –murmura el viejo Solagnie.

He manifestado que de buena gana me hubiera quedado con el que estaba. Con ser duro y todo y haber contraído esa aparente severidad, más bien a fin de que se le considere enérgico y con pocas simpatías hacia los presos, el corazón me dice que cualquiera que venga será peor.

Y un pensamiento, una idea acerca de la cual a menudo hemos discutido, se hace dominante entre nosotros y comienza a tomar forma. Tenemos ahora muchas facilidades, una de ellas la de cierta "amiga" de uno de los compañeros, a la que le conceden venir todos los jueves a traerle ropa y a charlar una hora con él en la sala de la Comandancia. Todo ello se debe al descuido o a la bondad de Silverio y a la tolerancia caritativa de los ayudantes: la de un teniente Piñango, la de otro capitán cuyo nombre he olvidado, la del jefe-instructor y la de Chity y los oficiales de la Maestranza. Arocha Estrada nos ha puesto a la orden su baño particular de ducha. Por las tardes, en parejas, como los cartujos, paseamos de un extremo a otro del patio, frente a nuestra serie de calabozos. Solagnie, por su parte, recibe semanalmente un garrafón de *cocuy*[12], declarado como "alcohol-luz" para los reverberos y que le envía un general Torres Aular, que se ingenia asimismo para pasarle todas las noticias... También se comunica con el doctor Numa Pompilio Osuna. Tiene éste la ciudad por cárcel en Puerto Cabello. El motivo de la enemistad de Osuna con Castro es regocijado, a juzgar por lo que me han referido. Parece que cuando Castro comenzó con aquello de que "me voy del poder", "renuncio en aras de la Patria", Osuna, creyendo ingenuamente que la cosa iba de veras, se irguió, catoniano:

–Sí, general, ¡renuncie! La Patria se lo agradecerá...

E indudablemente que se lo hubiera agradecido, pero Castro no tuvo por ello la menor gratitud para Osuna. Y por eso *temperaba* en la ciudad de Puerto Cabello.

Hemos vuelto, pues, resueltamente a nuestra idea de fugarnos. Con el "chisme" del Presidente de Carabobo las cosas se nos van a poner difíciles.

Los del complot somos Solagnie, Tovar-García, Carvallo y yo. Es el más simple nuestro proyecto, y por eso nos aferramos a él. Esto de las evasiones tiene algo de literario y de folletinesco que encanta a quienes

[12] Alcohol extraído del rizomal de la agave, asado, exprimido, fermentado y destilado. Es el licor que en Méjico llaman "mezcal" (*Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*. Lisandro Alvarado, 1921).

no miden la magnitud del paso... Desde Napoleón III en Ham hasta Olózaga en la cárcel de Madrid –y cuentan que el gran político era un especialista en materia de evasiones– el principal papel de una operación de este género hay que reservárselo al acaso. El preso que pretenda escaparse con una seguridad matemática, con esa matemática seguridad, se pudre preso. De esta misma fortaleza en que estamos trató de fugarse el general Bartolo Yépez, y fracasó, ya coronado el éxito, porque casualmente le sorprendió un centinela, un centinela con el cual no contaba el audaz yaracuyano. Los criminales que han tratado de escapar a nado por los manglares, o les han cogido o han quedado ahogados en los pantanos para pasto de los tiburones... Estuvimos anteriormente madurando un plan, propuesto por Solagnie, de limar la reja de la cloaca que da a la escollera e ir a coger un bote pescador apostado adrede por ahí, aprovechando una noche lóbrega. Pero resulta impracticable. La letrina está vigilada y es difícil atravesar a la luz del foco eléctrico del centro del patio, hasta llegar al otro extremo, a la llamada Puntilla, donde están los albañales.

Otra combinación de Carvallo Arvelo, trepando a la explanada, asaltando al centinela y arrojándonos al agua es obvio discutirla. Y las otras escapatorias por el lado de tierra son tan problemáticas como ésta. Al fin venimos a lo más sencillo: mientras más simple sea una evasión, mejor: un solo riesgo máximo y no cien detalles en que poner a prueba la suerte o la destreza. Nuestro compañero deberá mandar a fabricar con su "amiga", que viene a verle los jueves, una llave de la puerta que da al Hornabeque.[13] La que debe cerrar el pasadizo suelen dejarla con un simple cerrojo que se corre por fuera. Esperaremos una noche de lluvia, oscura y torrencial, en que la guardia de la explanada se guarece en las casetas, y saliendo por allí nos deslizaremos a la poterna, pegados al muro, siguiendo luego por la escollera a través de las rompientes de piedras, base de la muralla exterior, hasta alcanzar el Faro. Habrá que nadar unas cuantas varas en los manglares y cerca del Faro, si bien debemos encontrar en un sitio fijo al guía mandado por los amigos de Puerto Cabello. Cruzaremos a extramuros la población, internándonos en las montañas de "El Palito", y al salir al terreno conocido palmo a palmo por Solagnie tendremos recursos y bestias con remontas dispuestas para ir a refugiarnos en Guaitó, casa de Rafael Montilla, antiguo compañero de armas y correligionario del viejo general.

Hay un *quid*: lograr el molde de la cerradura de la puerta que conduce al Hornabeque, clave del proyecto. Carvallo Arvelo se compromete a eso. Al efecto, conseguimos un pedazo de cera, y una mañana que nos llevaban al baño, mientras se le daba conversación al oficial, nuestro compañero se detuvo como para extraerse una piedrezuela del calzado y apoyó la palma de la mano con la cera contra la cerradura... Una semana más

[13]Hoy esa puerta ha sido clausurada, me informan, y se ha tirado un muro que aísla el recinto militar y la Penitenciaría de los "presos políticos".

tarde, la querida del compañero trajo la suspirada llave; y no recuerdo quién de nosotros tuvo el *tupé* de ir a probarla en uno de esos mediodías tórridos, cuando todo el mundo está refugiado a la sombra y el patio de la fortaleza parece una lámina de metal que va a fundirse.

Fijamos una fecha; luego se convino en otra; y tres o cuatro días antes ¡una gran contrariedad! Hay que posponer el proyecto; modificarlo; aplazarlo indefinidamente tal vez... No contamos con la ayuda exterior en esta forma. Sea como sea, aquella llave significa la libertad. Teníamos preparado todo: alpargatas con cuerdas para atárnoslas a las piernas y protegernos de las aristas de las rocas y de las púas de los erizos; disponíamos de cuatro cuchillos, de un pequeño revólver y de una linterna sorda. Y tras la ansiedad terrible de unos días, al fin se ajustó compromiso... En lugar de ese rodeo arriesgadísimo, peligroso, incierto, en los fangales del manglar, se situaría un balandro, que estaría a la capa a media milla del Faro; a una hora dada debía destacar hacia la orilla un cayuco.[14] Todos nadábamos; uno solo que a duras penas se sabía tener a flote era hombre resuelto y con un trozo de madera... En fin, ¡adelante! Bonaire, la Antilla holandesa, está a sotavento, a sólo unas horas de allí. Partiendo de diez a once de la noche, al siguiente día tendríamos a la vista tierra extranjera... la libertad... la vida...

–¿Y si cae el viento? –observa alguien.

Solagnie le mira un instante con sus grandes ojos azules, dulces –que en los momentos de cólera parecen verdísimos– y responde acariciándose la larga barba cana:

–¡De la mano de Dios no se caen tan fácilmente las cosas!

Pasamos aquel plenilunio aguardando los días propicios. Estas largas noches de lluvia en que truenan, midiendo un solo ritmo, el cielo, el mar; las luces limitan su radio a un pequeño espacio rojizo y surge de la podredumbre, del fiemo, de la tierra, un vaho a bosque, a selva virgen, a rincón recóndito en la montaña.

Al primer estampido nos levantamos, sobresaltados.

–Cañonazos.

–¡Es Castro que viene!

–¡Es una salva a un barco extranjero!

Y contamos, anhelantes, hasta el séptimo estampido. Luego, nada más.

–¡El Ministro de Guerra! –informa Anzola, que habla por señas de lo alto de la reja con un ordenanza.

[14]Botecillo para navegar una persona y a lo sumo cuatro, usado por los pescadores del litoral. Parece ser el kajak o bote groenlandés (Alvarado, ob. cit.).

Efectivamente, el general Diego Bautista Ferrer visita la fortaleza. Es el ministro de Guerra y Marina o de guerra y *goleta,* como solía decir el general Carlos Soublette con su vieja ironía patricia.

Desde nuestra cueva le vimos por última vez atravesar el patio, cojeando. No pudimos oír lo que decía al saludar a Silverio y a los oficiales que le rendían honores. Estaba afónico. Sufría tisis laríngea. A fin de que aquel hombre fuese ahora ministro, quinientos venezolanos quedaron tendidos para siempre en las sabanas de Tocuyito...

A poco tuvimos al anunciado segundo Jefe, un coronel Francisco García, hijo, tachirense, bajito, regordete, despectivo, hosco... A las doce horas de haber llegado, ya estaba preguntando si esa era la manera de "tener presos a los enemigos del Gobierno". Alguien se encarga de traernos los decires de la Comandancia. El hombre viene a "apretarnos" y comienza su labor.

Al ponerse las cosas difíciles, no hubo más remedio que apresurar los detalles y fijar el día de la evasión...

Duarte Cacique, muy grave –pasa noches enteras en un grito– inutiliza para la fuga a sus compañeros de calabozo, Boscán y el Padre López. A Anzola le invitaremos a última hora. Le ha dado por embriagarse, y con tal sistema no es prudente que sepa todavía nada.

Falta una semana... Cuatro días... ¡Dos!... Pasado mañana estaremos fuera de estos muros, lejos de esta infamia, burlando a los imbéciles que vienen a remachar aún más nuestra cadena...

Carvallo y yo preparamos una tortilla fantástica, sartén en mano. De repente, el pitazo ronco de un barco de guerra nos deja suspensos.

Alguno, que ya conoce por la sirenas a los buques que entran y salen, exclama:

–¡"El Zumbador"![15]

Nos causa una extraña sensación de inquietud. Y la tortilla se queda a medio hacer y todos tratamos de disimular la turbación inesperada, desagradable, llena de presagios...

Un cuarto de hora había transcurrido cuando el coronel García, con cierta satisfacción en el semblante y un telegrama en la mano, se dirige a nuestro calabozo:

[15]Es un viejo remolcador que antes se llamó "El Augusto", vendido por el general Augusto Lutowzwky a la Nación, y armado en guerra. Lleva ahora el nombre de uno de los triunfos de Castro en el Táchira. Otro "yacht" de excursión, comprado a un millonario yanqui, se denomina "El Restaurador", título que le dan a don Cipriano. Una costumbre ridícula, que se ha hecho crónica en Venezuela, poniéndole los nombres de los que mandan a las calles, a las plazas, a los territorios, a los barcos, a las escuelas. Por eso todo el país causa al extranjero una impresión bufa. Y ya no sólo es al jefe del gobierno a quien tal "honor" se decreta, ahora es a sus hijos, a sus familiares, al perro querido o al caballo predilecto. Es inconcebible que se pueda aceptar por hombre de mediano juicio tamaña adulación, tan absurda, tan infeliz y, sobre todo, tan precaria... Entre un lustro y otro, si uno no se toma la pena de leer en esa pocilga de los decretos municipales, legislativos o corporativos, andará perdido en su propia aldea: hoy la calle se llama Gómez y mañana González y pasado mañana Rodríguez...

–Tovar-García, Carvallo Arvelo, Pocaterra... los presos de Carabobo, acomódense, con sus *corotos!*

De la bóveda 10 enfrente, sacan al desdichado poeta y le incorporan al grupo. Los compañeros que se quedan están muy pálidos. Presagian sabe Dios qué. Don Luis Boscán me ayudó a doblar una manta. Tenía el rostro contraído, triste; sus pupilas estaban empañadas por la emoción. El Padre López logra averiguar que nos traladan al castillo de San Carlos. Dícenos que la señora esposa del general Jorge Bello –jefe de aquel penal que hizo célebre el desgraciado general Paredes– es muy buena, que si logramos verla le demos un saludo de su parte, ¡las candideces del Padre López! ¡qué vamos a ver a nadie! Si acaso en el consabido Valle de Josafat.

Para el viejo Solagnie fue una catástrofe; Duarte Cacique asomó su rostro demacrado por el sufrimiento despidiéndonos. El pobre Anzola trataba de disimular su aflicción. Todo el mundo supo de dónde partió el golpe al ver al coronelete cargado de obras, dictando disposiciones, con esas urgencias lamentables de quien aspira a hacer méritos como esbirro. Parecía el sayón de las clásicas "Jerusalenes", esos espectáculos que hasta no hace mucho reproducían en nuestros pueblos los viejos "misterios" de la Edad Media.

La ira se nos va haciendo risueña al ver al hombrecillo rodeado de comparsas trémulas:

–¡Registre aquí esto!... ¡aparte aquello!... que no se comuniquen con nadie... que no vean a nadie... ¡van incomunicados! ... es orden "del general"... las órdenes del "fefe" hay que cumplirlas como son...

Partimos, ya oscureciendo, hacia el embarcadero; tornábamos a atravesar aquel patio, aquella bóveda, amplia, sombría; cruzábamos de nuevo el puente, sobre un foso de aguas muertas... En las puertas de los calabozos habíamos visto a todos los otros presos, no con el semblante de melancólica esperanza, de cuando sale un compañero, sino preocupado y triste: causaba una extrañeza plena de conjeturas ingratas ese traslado de un castillo a otro, cosa sin precedentes ni justificación.

A mi lado marchaba el poeta a cuya imprudencia debíamos esto... Y él no sabrá hasta tanto lea estas páginas cuánto perdíamos y lo que significaba para nosotros el traslado.

Al fin me habla:

–¿Qué irán a hacer con nosotros? –pregunta, impresionado...

–Probablemente nos irán a matar en alta mar...

Y para consolarse, con una sonrisa de conejo, trata de disuadirme:

–¡Es que nos habrán "pedido"!

Todos los que oyen el diálogo se echan a reír, con una risa nerviosa, dura.

Esta es la esperanza de los presos políticos y de las solteronas, "que los pidan".

Pegado al embarcadero estaba el vapor. Desfilamos, trepando por una escala de cuerdas vacilantes, precedidos y seguidos de soldados con la bayoneta calada.

Nos reciben mal y de prisa; nos hacen descender por una escalerilla a la bodega de popa, cerrando herméticamente el boquete al retirar la escalera. Un antro fétido, oscuro... Apenas distinguimos, minutos después, que estaban allí dos hombres. Uno, al parecer, enfermo, permanece tendido en una pequeña hamaca, otro de ademanes vivos, broncíneo, de anchas espaldas...

Y de súbito, al reflejo de la claraboya que hasta ese instante nublaban las olas porque se abre al ras de la línea de flotación, nos reconocemos. ¡El general Pedro Ducharme, el general Doroteo Flores...! Les traían de La Rotunda de Caracas. Habíanles embarcado en La Guaira... Suponían también, al ver que no les dejaban en el castillo de Puerto Cabello, que íbamos para el de San Carlos. ¿Pero no debía crecer nuestra extrañeza ante aquella nueva medida de sacar sólo dos presos de tal calidad, recoger aquí los de Carabobo y expedirnos dizque para el penal de Maracaibo, tras tan larga permanencia en el castillo *Libertador*?

–¡De esta gente se debe esperar todo lo malo!

Ducharme permanece serio y callado. Está muy enfermo del hígado. A poco, Doroteo ríe mostrando su fuerte dentadura de indio. Pronto se establece una alegre y viril cordialidad en la bodega fétida. Arriba resuenan fuertes pisadas... Se recogen anclas. La sirena ronca, formidable; nos ensordece. Crujen los herrajes del timón, girando por sus pasadores sobre nuestras cabezas. Y un instante después el balanceo nos anuncia que estamos mar adentro.

La noche ha sido espantosa: casi todos se han mareado. Y es fácil deducir las consecuencias en los dos metros que ocupamos seis hombres, hacinados sobre rollos de cables y sacos de municiones... En la madrugada, Doroteo y yo, que no nos hemos mareado, nos refugiamos al fondo, contra una bala de estopas. A él le "sigue extrañando el viajecito"...

–¿Y usted qué cree?

–Pues yo... después de lo que hizo Castro con Paredes...

Y hace un guiño casi alegre, pasándose el índice por debajo de su mandíbula fuerte, abierta, enérgica, de marino oriental...

El poeta gime, tratando de encontrar sus lentes, todo miope, vuelto un lío de ropas y de melenas en el centro de un rollo gigantesco de cables, como una célula de miseria indefensa, como una pobre ostra desgraciadísima que dejasen abierta su concha a la merced de todos los apetitos...

Mis resentimientos no resisten este espectáculo. Le dirijo la palabra. Doroteo ensaya hacerle reír. Pero el poeta continúa irremediablemente triste.

Y no es para menos.

“El Zumbador” disminuye su marcha; detiénense las máquinas; corre con un fragor y para en seco su carrera la cadena de anclaje. Una voz arriba anuncia:

–¡Ya estamos en La Vela de Coro, pues! A comer chivo se ha dicho... Hace treinta y seis horas que no pasamos bocado.

–Bueno, ¿y aquí no le dan de comer a uno? –inquiere Carvallo.

–Por quincenas vencidas –informa Doroteo.

Tras la algazara de chistes de hambriento, quedamos otra vez en la penumbra, silenciosos, tumbados, con los ojos abiertos... Hemos ido perdiendo la noción del tiempo.

Y calculamos, por la mayor oscuridad, que sea ya la media noche cuando zarpamos, sin que nos hayan arrojado por el boquete de arriba un mísero mendrugo.

Dieciocho o veinte horas más sin ánimo para incorporarnos, con el cerebro vacío en el cual resuenan los choques de los hierros del cadenaje de gobierno; las pisadas de los tripulantes sobre el puente.

Pero nuestra creciente somnolencia se ha ido convirtiendo en una ansiedad nerviosa y luego en la sofocación horrible, en la angustia de la asfixia... La bodega está llena de vapor; sudamos frío, tratamos de alcanzar el aliento... Nos miramos a la cara con ojos desorbitados alargando a todas partes una mano crispada y vacilante.

Ducharme, a pesar de su postración, se ha incorporado en su pequeña hamaca:

–¡Nos van a matar!

–Sí –explica alguno en la sombra con voz ahogada– ¡hay un escape de vapor en un tubo de éstos y nos vamos a asfixiar todos!

Con una energía desesperada hemos comenzado a golpear, furiosamente, el techo.

–¡Los presos! ¡los presos! –gritan arriba.

Hay un rumor de pasos precipitados, de carreras; voces de mando. Y de súbito se abre la escotilla y aparecen veinte cañones de máusser. Una voz iracunda pregunta:

–¿Qué ...les pasa?

–Sin ajos. ¡Que hay un escape de vapor y nos estamos ahogando; que preferimos que nos saquen a cubierta y nos maten a tiros y no aquí, como ratas!

Los fusiles permanecen apuntándonos, mientras por una cuerda, como un mono, baja un grumetillo y taponea el escape con mica o no sé qué. Antes de marcharse nos dice muy pasito:

–Esta noche llegamos a Adícora y el segundo comandante Cano les manda a decir que cuando la gente vaya a tierra tratará de meterles comida...

Tiene el chico unas mechas rojizas de diablo, los fondillos destrozados; los ojazos expresivos, brillantes, bañados de esa ternura que deja la madre en el niño y subsiste hasta la adolescencia...

–¡Vamos, vamos, vamos! –ordena el oficial que está arriba, impaciente; tal vez defraudado en sus esperanzas de hacernos una descarga.

Y trepa el grumetillo otra vez por su cuerda. Quedamos encerrados en los intestinos mohosos de aquel casco viejo que navega, dando tumbos, sobre la mar colérica.

Carvallo ha encontrado, entre los cabestros y los lampazos, en un rincón, una caja de hierros y en el fondo de ésta una pequeña lima de dos o tres centímetros. Se resuelve que la oculte en la hombrera de su "paltó" a reserva de que pueda servirnos más tarde.

Con el incidente del tubo, no es posible dormir. El hambre es cruel; vela, acecha como una fiera lívida, refugiada en nuestras entrañas, exasperada por los tragos de agua salobre que tomamos de una artesa donde sin duda lavan ropas los marineros.

Me arrastro hasta la claraboya que a ratos se sumerge con el bandazo o queda sobre la cresta de las olas, y por su cristal lacrimoso miro de tiempo en tiempo un cielo estriado de luces y de aguas donde las estrellas parecen disueltas... El día es un fragmento de cristal empañado, un poco más claro que la noche.

Vuelvo a caer pesadamente sobre los cabestros. Por momentos se empequeñece para mí la propia noción del tamaño de mi cuerpo y creo ser todo mandíbulas y estar deglutiendo una bola inmensa, formada de una materia blanda que no obstante es inmasticable... Y los que están tendidos a mis pies, se alejan o se acercan como vistos a través de un prismático, gradualmente. A veces tengo idea de que hablan a gritos y no oigo lo que dicen. Luego trato de hacer un poco de lógica: no, no *puede* ocurrir nada, no *debe* ocurrir nada... Que hay una noche serena en el mar y que el barco navega y navegará siempre así, quizás hasta cuándo...

....

La casa donde vivíamos entonces tiene una gran enredadera, de esa florecilla blanca que llaman "velo de novia". Una trepadora copiosa y pródiga que cubre toda la romanilla del comedor... En una punta de mantel, el sol traza la silueta de la enredadera; cerca está aquella taza grande, de lista azul, con un filo dorado y en ella el café que hierve, la pequeña jarra de metal con leche; la bandeja larga del pan donde el tiempo le ha quitado la expresión feroz convirtiéndole en una mancha ocre al guerrero japonés que está estampado en su fondo... Y una voz querida dice, con el acento mil veces escuchado en la lejana infancia: –¡Que vengas, que ya está el desayuno!...

Alguien lanza un grito terrible ¿he sido yo? ¿han sido *ellos?* ¿la negra criada que me está sirviendo? ¿los del barco?

. . . .

Una mano me sacude rudamente; la voz del otro se queja:

–Oye, ¿que tienes una pesadilla con la comida!

No queda ante mí sino un rincón oscuro; hombres tendidos; silencio; penumbra. Y me tumbo del lado derecho, rezongando, para comenzar otra vez mi tormento de deglutir, ya despierto, pero con la idea de unas mandíbulas descomunales, la bola que no lograré masticar jamás...

De súbito, un estrépito formidable: cae la cadena del ancla. El barco está inmóvil. Una línea neta divide geométricamente la claraboya. Adícora es un agua enorme, quieta y azul.

CAPITULO VIII

¡Al fin!... – El Saco de Maracaibo – Las delicias de sobrecubierta – El Castillo de San Carlos – Peligros de ciertos adjetivos – La requisa – Jorge Bello y los presos – Los colores del 8 y las comodidades del 12 – La doble esclavitud nacional – El preso del "Mandevil"...

DESPUÉS NO ha ocurrido nada... ¿es que el primer comandante no quiere ir a tierra? ¿La oferta de meternos comida, una burla más? Viajando lleva el hambriento la ilusión de que ha de llegar a alguna parte donde sus hambres se calmarán; inmovilizados sobre aquella gran agua inerte, la exasperación toca el límite... Y una de conjeturas enfermizas se establece. Concebimos proyectos disparatados ¡imaginación calenturienta de cautivos! Salirnos a cubierta, desarmar el centinela de la escotilla e irnos hacia la cámara, contra el oficial que esté de guardia... Doroteo se compromete a embarrancar "El Zumbador" en la costa de Curazao. Esta última discusión nos agota. Resignados a todo, yacemos tendidos, con los ojos áridos clavados en la penumbra...

–¡Pssst! –advierte alguien. Se cree percibir un ruidito.

Doce pupilas convergen en la escota; está entreabierta y ya por allí baja a pulsos el grumetillo. Trae un paquete con panes de maíz y un trozo de queso coriano, duro como una piedra:

–El comandante Cano los saluda y que le dispensen pero que no pudo hasta este momento hacer nada por ustedes.

Desaparece como una rata y cierra la escotilla.

Aquel pan, aquel queso, devorados de prisa, nos ensangrientan las encías. Vea ese misterioso "comandante Cano" a quien jamás he conocido, cómo la gratitud de seis semejantes se ha de cristalizar para siempre en esta nota... En todas las circunstancias de la vida se abre una puerta al bien y a la solidaridad humana: los bárbaros esquivan, casi con rubor, aproximarse a ella; algunos se asoman un instante tan sólo.

Debe ser la mañana... Hay un reflejo amarillento que toca el contorno de los objetos. De súbito se abre arriba la compuerta y con el mismo aparato de entrada nos hacen salir a cubierta, ciegos, deslumbrados, agarrándonos temblorosamente de las pasarelas porque navegamos a la salida del Saco de Maracaibo. Las olas verdosas, preñadas de furia y de fuerza, juegan con el remolcador en una sucesión de bandazos que dejan el estómago en un hilo... Corren dos, tres, cuatro, seguidas; y embisten de proa al barco que esquiva el lance y queda dando saltos como un perro azotado. El cielo está radiante en esa luz dorada y suave del amanecer; hacia el horizonte, cortando un ángulo de aguas que van amansando su dura pelea, tiéndese una barra de espuma que marca el límite de la tierra; a la derecha, una costa baja, amarilla, de médanos; a la izquierda el azul más profundo coronado de espumas rabiosas; y partiendo el cielo admirable de una serenidad que no se refleja en el mar, tres pájaros marinos con las alas en cruz descienden, altaneros, a abatirse sobre la larga línea oscura que marca la isla de Zaparas... Entre ésta y la de San Carlos, ocupada por la Fortaleza de su nombre, se abre la entrada al Lago de Maracaibo: un hemiciclo de aguas turbias, lodosas, que señalan por el centro en los bajos fondos las balizas clavadas cada día por los prácticos.

Surgen desde un banco de arena que apenas oculta la marea tres mástiles de un antiguo bergantín que se perdió allí y sobre cuyos despojos vuelan gaviotas lejanas.

Nos miramos sorprendidos, todavía encandilados: los trajes sucios, descompuestos, miserables; los rostros demacrados; una expresión amarga y triste baña los semblantes. Se nos deja a popa, con el mísero equipaje. A medida que el barco se aproxima a la barra, las olas van siendo mayores... Y desde la toldilla, el comandante del barco, Antonio Ruiz Urrutia, un hombre rubio de ojos claros y crueles, nos mira desdeñosamente... A su lado un sujeto muy feo, de grandes colmillos, de quijadas enormes, que lleva sombrero de corcho, también dijérase que goza en la contemplación de aquellos seis hombres que a duras penas pueden tenerse en pie, sujetándose a la barandilla, a los toldos, a las jarcias, mientras sus pobres ropas chorrean agua y por la cubierta danzan las maletas despanzurradas... El espectáculo no deja de ser cómico. Y más aún cuando una ola inmensa, que no puede esquivar el timonel del banco de cuarto, cae sobre la cubierta y nos sumerge, arrastrándonos en su furia por todo el puente... Hemos tenido por un instante la sensación de haber caído en aguas profundas; y al desalojar todo aquel turbión la cubierta, estamos dispersos, sin sombrero, con la mirada alocada, tratando de sostenernos a las argollas, a los hierros, a los despojos de lo que era nuestro equipaje: unas mantas, un pequeño lío de ropas, una cajita con medicinas que trae Ducharme y que se vuelve añicos con el golpe de mar. Este mismo, que se agarraba a uno de los pilaretes del toldo, acaba de ser arrojado contra él y se parte los lentes en la cara; algunos fragmentos de cristal le cortan las mejillas y la nariz. Nosotros hemos ido rodando como

fardos de aquí para allá entre la confusión del *marullo*... Y poco después advertimos que somos siete. Hay un nuevo compañero. Al llegar no lo advertimos. Le han traído separado de nosotros, con un par de grillos, y ahora le incorporan al grupo... Nos refiere que tenía un periódico en Puerto Cabello y que por cierta alusión a un funcionario público éste le recomendó "especialmente" al comandante del barco; aprovechando la remesa de presos a San Carlos para incluirlo... Se llama Mario Olavarría; es muy joven, muy nervioso; habla con una rapidez de palabras y una movilidad fisonómica curiosísimas. Tiene un tic que le hace tocar en ángulo recto la mandíbula con la clavícula izquierda. En medio de nuestra desgracia, el buen humor nos trae a flor de labios una sonrisa con el nuevo compañero... Nos dice que las ha pasado negras, que él se vengará; y le advierto, viendo venir otra ola:

–Después se venga;... por ahora, agárrese duro si no quiere irse al agua...

Y dos, tres golpetazos de ola nos bañan de nuevo, completamente... Cuando sacamos la cabeza del agua, vemos que en la toldilla Ruiz Urrutia y el del casco de corcho están muertos de risa...

–¡Esos canallas!... ¡esos miserables!... –murmura Ducharme tratando de retirarse del rostro, cerca de los ojos, los fragmentos de sus espejuelos.

–Embarcan la ola de propósito –informa Doroteo.

Sentimos mucho frío; los días de hambre, aquella salida al puente anegado; aquella sucesión de baños y de sustos... Nos tiemblan las manos. Los rasgos del sufrimiento en los semblantes se disuelven en cólera. Y la mirada que dirigimos a los dos hombres que disfrutan del espectáculo desde la toldilla debe ser tan siniestra que vuelven la cara a otra parte y dejan de reír.

Al fin cruzamos la zona de calma y distinguimos, sobre la raya turbia, otra línea más ancha, gris, larga, que parece emerger del horizonte de tierra; al extremo, frente a frente a Zaparas y a la derecha del abra... Es el castillo, la tétrica e historiada prisión. Contra el cielo flamea una bandera nacional a la recia brisa del golfo.

Y a media máquina nos vamos aproximando... Ya advertimos el esqueleto del "Justicia" –un vapor que se arrimó a arruinarse allí en la Guerra Federal–, casitas de techo rojo; las murallas con sus garitas; la orilla de las escolleras, y sobre el pico avanzado de la estrella que forma la fortaleza, un cañón en su funda... Por las aspilleras, otras bocas de fuego. Un diminuto soldado se pasea, allá arriba, cerca de la bandera.

"El Zumbador" ha largado anclas y se mece, dulcemente, mientras destacan un bote para llevarnos a tierra. Allí nos bajan, mojados, taciturnos, hacinados... Doblamos la escollera y cuando estamos a punto de atracar vemos que corre del interior de la fortaleza hacia la orilla un teniente con algunos "números"... Es un hombre de rostro lampiño, indio; trae la espada desenvainada y parece poseído de cólera inaudita...

–¡Aquel hombre como que nos va a caer a plan de machete! –dice Doroteo.

Pero no hay tal cosa. Desembarcamos sin otra novedad. El indio enfurecido es uno de esos infelices que creen marcializarse poniéndonos cara espantosa. Una supervivencia de los pueblos bárbaros que se colocaban cabezas de animales u horribles mascarones, como los guerreros japoneses, para aterrar al enemigo... Por las cortas palabras que cambia con el oficial notamos que tiene el dialecto cantarino de las gentes de la Cordillera.

Desfilamos entre soldados como una teoría de miseria, de humedad, de resignación...

El sol calienta ya la tierra salitrosa y reverbera sobre las chatas murallas blanqueadas de cal. Penetramos por un laberinto entre la curiosidad de prisioneros comunes que nos miran pasar, unos burlones, otros compasivos.

Adviértese que aquellos desgraciados están en peores condiciones que los de Puerto Cabello, porque aunque pueden andar por una parte de la isla y algunos hasta tienen allí sus mujeres, de acuerdo, naturalmente, con la conducta que observen, toda su labor la explota el jefe de la Fortaleza, Jorge Bello. Tiene éste, tanto en el Castillo como en el pueblecito, todo monopolizado: el pan, la carne, las mercancías, los viveres. Además, con la mano de obra de los presidiarios explota la *concha de mangle* y la embarca por valor de muchos miles de bolívares en los bergantines que despacha directamente desde San Carlos. Es, pues, una ínsula Barataria de cuya administración no se le pide otra cuenta que la de que no deje ir a ningún preso, tenga mano pronta y dura para los "detenidos" políticos y dé razón en el diario telegrama que le pasa a Castro de los que vayan muriéndose... Con esto y el simple consumo de tropas y presos ya podrá deducirse cómo irá de negocios el general Bello, sin contar el contrabando con las Antillas....

Sabíamos todo esto antes de entrar allí; conocíamos las historias tétricas de Anselmo López, de Marrero, de Taillardath, de los viejos Farrera, de Taveroa, de Desiderio Centeno, de Eduardo Díaz ¡de tantos infelices que sucumbieron o sucumbirán bajo la jefatura implacable de Jorge Bello! [16]

La primera impresión que causan aquellas construcciones chatas, inmisericordemente blancas bajo un sol tórrido, soterradas, con boquetes angostos ferrados de rejas a cuyo través se nota el espesor de más de un metro que tiene el muro de piedra, es la de una aldea marroquí, la de un aduar perdido en cualquier costa del Mediterráneo y dijérase que por los boquetes oscuros van a surgir los albornoces albos y las largas espingardas de los guerreros de una kábila. Pero en vez de bereberes de ojos sarracenos, vamos encontrando aquí y allá grupos melancólicos de prisioneros comunes que van a "sacar mangle" entre una compañía de sol-

[16] El infortunado general Antonio Paredes dejó un libro, escrito con una sencillez admirable y con todos los datos que puedan importar a quienes suelen imaginar que estos horrores son novelas escritas para conmover a bandidos. El libro de Paredes se titula *Diario de mi prisión en San Carlos.*

dados; seres de aspecto enfermizo, convalecientes o valetudinarios o leprosos que exponen su llaga al sol bajo un vuelo susurrante y goloso de moscas.... De súbito, en la puerta de un cubil de piedra, vemos un hombre joven, de buen aspecto. Lleva un par de grillos que penden de sus hombros mediante dos cuerdas. Alguno de nosotros le conoce:

–¡Es al que acusan de haber matado a Eloy Enrique Santander! ¡No hubo pruebas, sin embargo le tienen aquí hace qué sé yo cuánto!

Doroteo Flores sabe todos estos detalles desde su anterior cautiverio, del cual relata especies graciosas y tragedias feas, pavorosas, que referidas sobre el escenario en que tuvieron lugar han de llenar nuestra imaginación de sombras y de inquietud.

Pero el poeta, el pobre poeta que marcha delante de mí, vuélvese para hacer una frase:

–Esta es una fortaleza vetusta.... –y no acaba de decirlo cuando el andino de la cara feroz que manda la procesión vuela hacia él:

–Vamos, a callarse la boca; *busté* viene incomunicado, ¿no?

A duras penas se puede contener la risa. Penetramos al patio interior; nos hacen formar fila, en un pasadizo.... A las puertas de las habitaciones que se abren al corredor aparecen rostros curiosos. Alguien me toca con el codo y me hace notar un joven de perfil satánico y espejuelos que se asoma a mirarnos: es Arvelo Larriva.

Y de entre el grupo de oficiales que nos examina se adelanta un hombre de facciones regulares, ojos negros, hermosos, un bigote militar muy poblado. La cabeza es interesante; pero está colocada sobre un cuerpo barrigudo, vulgar.... Viste de dril de hilo blanco y cotizas zulianas de cocuiza y lona.... Lleva con cierta petulancia un foete de amansador en la mano y nos examina de arriba a abajo, uno a uno, consultando con la lista de nombres que tiene otro extendida ante sus ojos... Nos dirige una última mirada, despectiva, y da algunas órdenes. Es Jorge Bello.

La requisa ha sido minuciosa y paciente; nos han descosido hasta los ruedos del pantalón; huelen, desconfiados, los frascos que pudieron salvarse de la cajita de medicinas de Ducharme; consideran pensativamente los tacones de las botas y dan algunos pinchazos disimulados a las mantas. Todo lo nuestro está empapado y nosotros hasta los huesos. Pero el registro se eterniza. Uno de los esbirros, con el saco de Carvallo en la mano, palpa a través de la hombrera algo duro.

–Aquí hay una cosita....

El amo de aquella prenda donde se oculta la pequeña lima cogida a bordo, dice con la mayor naturalidad del mundo:

–Debe ser la cerda que le ponen los sastres....

En medio de nuestra ansiedad, el esbirro parece convencido y abandona la pesquisa.

–¡Alza, arriba! ¡alza, arriba! –brama el mameluco que nos ha traído.

Esta vez nos precede otro oficial con un hombre alto, de rostro árabe, ágil, odioso. Doroteo nos explica que es "el cabo de presos" –un turco que

asesinó a un hermano en Maracaibo y está condenado a prisión– y que como es un hombre al parecer cruel y sin escrúpulos, Bello lo tiene en ese puesto para que maltrate a los presos.... En efecto, aquella cara es torva; dijérase arrancada a una leyenda de sangre y de rapiña, el protagonista de una matachina de cristianos en un arrabal de Córdoba, antes de la Reconquista....

Pasamos a lo largo de los fosos donde el sol cristaliza la arena salitrosa, entre dos murallas cortadas en rampa; se abren y se cierran dos puertas formidables a nuestro paso; y al fin, nos detenemos.... El turco abre la reja que tapa una especie de cueva, un boquete, un tragaluz más bien, que ostenta arriba, por coincidencia, el número ocho; y apenas inclinamos la cabeza para penetrar, sale de aquella zahurda y nos golpea el rostro como granizo una nube de moscas.... En la penumbra de aquella pequeña bóveda u hornacina que tendrá dos metros escasos, distinguimos un catre, desvencijado, una almohada que está rota y maculada, como la lona del catre, con manchas sospechosas; tirado enfrente un Mandevil –el clásico libro de aprender a leer– grasiento, destrozado.... Y aquellos despojos de súbito nos dan la noción exacta de que el que allí estaba murió días antes y le sacaron con una bala de cañon atada a los pies para arrojarlo al agua, como suelen hacer con todos. En ese mismo tétrico calabocito estuvo el general José Manuel Hernández cuando ocurrió el incidente internacional de 1902.... Engañado, perturbado, ¡sabe Dios qué enorme desolación, qué tristeza de abandono supremo le comunicó la siniestra roña de esta piedra! en este mismo lóbrego sitio concibió ese desdichado documento en que decía dejar abandonados en el fondo de su calabozo "sus odios y sus rencores de prisionero".... Las paredes están llenas de autógrafos: la firma de Ramón Guerra, la de Paredes.... Una copla, escrita sin duda después de "la Libertadora", reza:

Ya me explico los calores
que se sienten en el ocho
porque aquí abandonó el Mocho
"los odios y los rencores"[17]

Tendemos nuestras mantas mojadas, nuestras ropas, ¡todo el mísero ajuar! y alguien, recordando el chapuzón de a bordo, pregunta rompiendo un grave silencio que estaba lleno de cosas desoladoras:

–¿Qué sentirá el que se ahoga?

Sin mayor intención de hacer chistes me ocurre contestarle:

–¡Una gran sed!....

Y todos nos ponemos a reír, de una manera pueril, irrazonable. ¿Por qué se ríe uno así? ¿Qué vena, qué especie de "humour" vibra en nuestras más oscuras tragedias venezolanas? ¿De dónde sacamos esta risa sufrida y pronta que florece todos nuestros callados dolores?

[17] El autor fue, me informan, Baltasar Vallenilla Lanz.

El calor es terrible; la pared frontera ciega a la reflexión solar. Los presos criminales han construido con esteras goajiras una especie de tienda para cobijarse en el foso a la hora del bochorno.... El foso es un descampado de unos dos metros entre la rampa de la muralla y la pared del frente de los calabozos por en medio del cual cruza una cloaca o arroyo al que se echan las horruras de la fortaleza y que corre en pendiente hacia la orilla del mar por alcantarillas descubiertas, como la gran circulación arterial de una aldea entera puesta a pudrirse bajo el sol....

No sé quién había guardado un mendrugo de lo que nos dieron a bordo; pero como todo se ha mojado, está incomible, salobre, ascoso...

El techo de la mazmorra se toca con la mano; las moscas asaltan, hambrientas, a nuestros lagrimales, a nuestras orejas, a la humedad de los labios, y hay que estar a manotones con ellas.... Huele a moho, a podre, a tristeza.... Aspirad el aire abominable de una prisión y sabréis a qué huele la desesperación.

Escuchamos ruido: abren de nuevo las rejas; y en la nuestra aparece el otomano antipático con su manojo de llaves mohosas. Abre y cierra las puertas con una furia y un gesto de brutalidad que es como la retaliación de su rencor de extranjero en hombres de otra raza, valido de la torpe maldad que le hace meritorio.... ¡Estigma de quien venezolano y cristiano pone el vejamen en manos de un asesino, de un turco fratricida, de sabe Dios qué malhechor, parido en la siesta de las caravanas, entre la gente vagabunda sin patria, ni rey ni ley, para que lo esgrima contra sus hermanos! ¡Mengua de esa ferocidad que han traído con sus "métodos" estas gentes malvadas y brutales a quienes tengo el derecho de censurar, de condenar y de clavar sobre la picota de este libro!

Nos trasladan al número 12, en otro foso. Es un calabozo de un metro y medio de ancho por unos cuatro y tercio de largo. Está pavimentado con baldosas de barro cocido, hasta la mitad; el resto es un lodo pegajoso, fétido. Los muros ostentan dos figuras a gran tamaño, dos alegorías, una es la Fortuna, vendada y arrojando sus riquezas inciertas, la otra no sé qué.... Los desnudos no son del todo malos; se ve que fueron dibujados con la voluptuosa paciencia de un prisionero o de un monje. Frente al boquete de metro en cuadro que hace de entrada y que nos clausura a lo interno del espesor del muro para que no pueda verse hacia los lados, en la pared del fondo, hay un retrato de Jorge Bello que tiene al pie esta dedicatoria: "Al digno y pundonoroso general Jorge Bello". Firma la dedicatoria Ramón C. Farrera. Uno de nosotros vierte frases ásperas y despectivas sobre tal adulación. Otro disculpa, pensativo:

–¡Quién sabe de cuántas cosas le libró al pobre Farrera ese retrato!

El parecido es extraordinario. A Bello debió halagarle aquel homenaje de su prisionero. Farrera estuvo en ese calabozo desde 1903 en que cayó en poder de las fuerzas de Castro, mandadas por Juan Vicente Gómez,

después de la batalla de Ciudad Bolívar. Este último sostenía intrigas en el campo revolucionario contra el cual le mandaba Castro a combatir. Antes de la batalla hubo recados y conciliábulos... Oscuras intrigas que se tejen hace tiempo en Venezuela; posiciones falsas que mantiene a eso que aquí denominan "política" en una oscilación tremenda entre la desconfianza y la traición inesperada *. Y es a este Gómez, a este hombretón de occipucio aplastado y ojillos de aligator a quien asignan "los constitucionalistas" cualidades de rectitud y de quien esperan... ¿pero qué puede esperarse de un hombre que hace "su política" tejiendo un doble engaño? ¡que moral puede exigirsele, lógicamente, a quien viene hace ocho años sirviendo para los fines más abominables y para los engaños más despreciables, cómplice, coautor y responsable en los crímenes de esta dictadura castrista a que no se avergüenza de pertenecer? ¡Oh, no! ¡el deber no nace a plazo convencional ni a fecha dada; el patriotismo no es un sarampión para adquirirlo a una edad fija ni la dignidad cáncer que ataque a las personas sólo cuando ya van para viejas! El hombre que ha formado en las filas del error y no confiesa noblemente este error y no más trata de que su personalidad subsista a base de la incuria histórica y de la pésima memoria de sus compatriotas, o es el más abyecto de los farsantes o es un imbécil. Pero los que están formando un ídolo, revistiendo de ropajes brillantes el vasto armadijo, torpe y tosco, que constituye la personalidad de este andinote zafio y pícaro, no sé qué denominación merezcan....

La República, a ratos, parece un extraño e interminable Carnaval... Los venezolanos van por ahí con caretas de trapo, de alambre, de cartón, preguntándose los unos a los otros: –¿A que no me conoces?

Somos siete los que debemos vivir en aquel calabozo, o sea sobre los dos metros de pavimento; en la otra mitad no se puede estar: es un lodo asqueroso.... Hemos barrido y limpiado lo mejor posible. Pagando un precio escandaloso, conseguimos un frasquito de creolina. Compramos también dos esteras en donde nos tenderemos, como bananas en una bandeja. Ducharme, que continúa enfermo, se sitúa en su pequeña hamaca, sujeta a estacas clavadas en el muro, pendiendo a dos cuartas de los que dormíamos debajo. Al recoger la rodilla le golpeamos la espalda.... Un medio barril sirve a un extremo del calabozo –cada cuarenta y ocho horas vertido– para las horruras... Tampoco nos dan de comer esa tarde. En la mañana, cuando traigan los grillos, suponemos que nos darán el rancho.

No es posible dormir. Los centinelas, situados equidistantes en sus garitas, deben alertarse mutuamente toda la noche como en un campamento carlista...

–¡Siete!

–¡Ocho!

* Apéndice III.

–¡Nueve!

Es una gritería que se aleja y luego viene aproximándose hasta que estalla con su nota máxima sobre nuestras cabezas: "¡el nueve!". Y vuelve a perderse en las lejanas explanadas entre el rumor de las olas para tornar a aproximarse, siguiendo así, infinitamente, toda la santa noche... Hay un poco de luna, o será la claridad de las estrellas... Por la manera de gritar su número se deduce el carácter del centinela: uno es desmañado, lleva la vida tal una carga; otro brutal, áspero; el de más allá casi pone un encanto musical en la cifra, y alguno la escupe en la sombra como una maldición...

Nadie ha dormido; nadie dice una palabra. Silencio y dolor dentro. Dolor y silencio fuera. Aquí estamos los recluidos, los esclavos rebeldes que se arrojan en la gehena sin un cacho de pan ni un jarro de agua; afuera están los esclavos dóciles, disciplinados, estupidizados que tienen la misión de custodiar a sus hermanos y de asesinarlos si tratasen de escapar.

En medio de estas dos esclavitudes, Venezuela se arregaza la túnica y se tumba a dormir con el primer mono insolente que sale de la montaña a la cabeza de una bandada.

¿A qué hora de la madrugada se forjó en mi fantasía este relato de la pequeña tragedia del cautivo? Lo habían encerrado allí, en el 8, donde estaban el catre y la almohada rotos y el Mandevil grasiento. En él trataba de aprender el significado de aquellos jeroglíficos negros y retorcidos como su destino. Sólo lograba comprender que se referían a aquella casa de campo con árbol, fresco y verde; al "niño-sube-y baja", mientras que "el perro no hace nada", al yugo con la cabeza del buey que tiene los ojos dulces. Su imaginación dábales vida propia a los toscos grabados. Quizás tendría allá, en una playa lejana que bañan las aguas del golfo, dos hermanas que irían todos los días a esperar el barco del hermano; tal vez formara en su mente ideales relaciones incomprensibles con esas vidas tan sencillas que por serlo tanto dejan de ser vidas para convertirse en virtudes, en virtudes sin valor ni expresión ni fisonomía: la paciencia, la modestia, el silencio...

Y cuando llegó la hora de suspender el estudio y de cerrar el "mandevil" de su existencia, con la lectura de esa última página donde Jorge Washington resulta cortando "el hermoso cerezo", cayó sobre la mugre de aquella almohada, y quedó tendido en el catre, bajo un sordo responso de moscas ¡él, que había aprendido a leer! ¡él, que soñara poder escribir tarde o temprano! ¡Moría al comenzar a vivir, dentro del concepto intelectual de la vida! Moría amando, al menos, las virtudes mediocres que había aprendido a practicar en su primer libro de lectura: la paciencia, la modestia, el silencio...

CAPITULO IX

Nuestra ley de presupuesto – Jorge Bello y las escolopendras – Una familia de guerreros – Los nuevos hermanos Siameses – La lección de inglés – Hordas, tribus, clanes – Mahoma no fue a la montaña pero la montaña aplastó al profeta – La nueva sociedad comanditaria en perspectiva – La futura avenida comercial.

Abril de 1908.

CON LA PENSIÓN de Ducharme –la mayor–, con la de Flores y las nuestras, reunidas, hemos constituido un fondo común para los siete que estamos en el 12. Se dispone que –excepto el general enfermo, "decano" del calabozo– cada uno haga el servicio un día de la semana: mayordomía, aseo, cocina, etc. La compra se efectúa a la puerta cuando traen a las ocho el desayuno; vienen dos presos comunes con enormes azafates de provisiones. Es otro de los negocios de Bello. Los precios, en rigor, no son exagerados. El turco abre y cierra insolentemente las puertas para que entren las compras. Se encarga de lavar ropas. Le di una camiseta de franela y cuando la trajo, tres días después, amarilla y estrujada, hizo que me anotaran ocho reales.... A ese paso, preferimos lavar en el calabozo, cada quien lo suyo, y secarlo como Dios quiera. No podemos manejar sino pequeñas cantidades de dinero –cinco o seis pesos que se piden cada semana. En cuanto al "rancho", justo es declararlo, es más humanitario que el de Puerto Cabello; café, plátanos, pescado, pan de trigo, queso.... Sólo que un día estuvimos a punto de envenenarnos con cierto sancocho de patas de puerco que estaba más podrido que el país...

Ni un libro, ni un lápiz... La necesidad de escribir algo ha convertido las paredes en una biblioteca y un archivo... Toda suerte de datos y de apuntaciones: desde una absurda suma de pequeñas cantidades que parecen pautar las largas hambres de algún infeliz hasta la nota sentimental del preso: "cuando entré a este calabozo estaba convencido de no salir"... Y en la madera de la puerta, grabado a punta de clavo: "aquí murió Eduardo Díaz" y una fecha, debajo... También he descifrado la torpe escritura de los hermanos de Pablo, tachirenses, que tienen cerca de nueve años de prisión; uno de ellos, que entrevimos al pasar para acá, es de un gran parecido fisonómico con Cipriano Castro; luego supimos que

eran primos de éste y que por cierto viejo pleito de familia, por un asunto de linderos o no sé qué, desde que estaba en Caracas les tenía aquí engrillados. Dos de los hermanos están enyugados por una barra de grillos de una media vara [18]

En el foso de más arriba, dividido del nuestro por una pared, están los generales Pedro Julián Acosta –cuasi ciego–, Farrera, David Montiel. En ese mismo, o en otro, tienen al negro Barráez– guerrillero de la Sierra de Carabobo–, Pablo Guzmán, Alamilla Ramos. Nuestros vecinos de ese foso son Jesús Marcano Rafetti, Pedro Oderiz y los desdichados hermanos de Pablo que como no cuentan con recursos o no se los dejan pasar, se hallan en la dura miseria de las cárceles. Se calcula, recordando nombres, que existen unos ochenta y tantos presos "políticos" en la Fortaleza. A raíz de la última guerra fueron centenares ¡todo Venezuela con algún relieve ha pasado por estas cosas! Aquí trajeron a los generales vencidos, a los oficiales y a los sospechosos de complicidad con la extinguida Revolución "Libertadora". Era el proceso de la venganza andina que comenzaba, siniestra e implacable.

Estaban allí ya los generales Ramón Guerra y Pedro Julián Acosta– a este anciano militar, casi ciego, trató Castro de fusilarlo cuando el incidente de Barcelona, haciéndole cargos de "traidor". Era a la sazón Ministro de Guerra el general José Ignacio Pulido y como se opusiera enérgicamente a semejante atentado, Castro le increpó duramente: –¡Y es usted, uno de los que formaron el consejo de guerra de Matías Salazar, quien se opone ahora!

–Por eso mismo, Cipriano, por eso mismo –repuso gangueando y resuelto el viejo federal, que renunció luego a su cartera.

El cadáver del general Desiderio Centeno, fue sacado envuelto en una estera. Los dos ancianos Farrera –padre y tío del general Ramón Farrera, presos por el delito de ser familia del "traidor" de Ciudad Bolívar– sucumbieron en el calabozo. Una mañana llegaron a la puerta de la mazmorra de éste un grupo de soldados y desenvolvieron de la estera un cadáver:

[18] El "persogo" o *yugo* –por similitud con el que llevan los bueyes en la era– consiste en aherrojar en un solo grillete, cuya barra tendrá una media vara, a dos hombres, pierna con pierna. Los fisiólogos que tanto admiraron los "jixsófagos" de 1811 y las dos o tres veces más que esta monstruosidad de la Naturaleza ha tenido lugar, no podrían concebir que estos andinos de *Don* Cipriano forjaran en hierro la irresponsable crueldad de la Naturaleza. Entre los dos seres unidos por la vida existía el fenómeno dual de la circulación a través de la aorta; una parte de los tejidos del hígado era común; entre los dos seres a quienes preconcebidamente se une, escogiendo que sean enemigos, toda la relación social queda rota, llegan a aborrecerse y frecuentemente se van a las manos y terminan la bárbara pelea revolcándose por los suelos como una bestia bicéfala de dobles miembros, condenada por un apéndice de hierro a vivir hombro con hombro, a sufrirse, a entreatormentarse...

Figuraos un monstruo doble cuyas mitades se odian y tendréis una idea del "yugo"... Estas son "las correcciones saludables" de que hablan esos desgraciados, que a no ser por su inconsciencia, diríase que los ha parido una hiena y no el vientre sagrado de una mujer.– J.R.P.

–Venga –le gritaron al sorprendido prisionero– venga para que se despida de su tío. Y una semana más tarde, con el mismo aparato tornaron a descubrir otro trágico envoltorio ante su puerta:

–¡Farrera, aquí le traemos a su padre para que lo vea!

Era un octogenario esquelético, de larga barba blanca. Acababa de morir de mengua y de dolor... El coronel Leopoldo Taillardath falleció, loco, en la prisión. Su estado de flacura era tal que a través de la piel se veían sus huesos. Una tarde la madre del desdichado, doña Concepción de Taillardath, la célebre poetisa, se arrojó ante el general Castro que iba de paseo con sus amigos para pedirle la libertad de su hijo moribundo... El "héroe invicto" le arrojó el caballo encima y pasó.

En julio de 1903 trasladaron desde La Rotunda de Caracas al doctor José María Ortega Martínez para este siniestro penal en compañía del señor Pedro Oderiz y otros más. Tocó el convoy en Puerto Cabello para recoger más presos: Tomás Mercado, Guillermo Barráez, José I. Pinto y otros oficiales de la Sierra de Carabobo. En La Vela de Coro se embarcó con unos cuantos al general Juan Naranjo. Les traían de igual manera que a nosotros, como animales, en la bodega del consabido "Zumbador". Al llegar, les despojaron de todo sin permitirles adquirir ni una mísera estera. Les encerraron en un calabozo solitario, en un foso aislado. Dieciocho prisioneros, *apersogados,* se hacinaban en un recinto de diecinueve varas de largo por tres de ancho. Como el agua se encuentra allí al profundizar a doce pulgadas, fácil es deducir de la salubridad del encierro donde sólo era posible permanecer tendidos bajo una temperatura de 33 a 35 grados. Algunos murieron.

Pocos días después trajeron los presos de Ciudad Bolívar. Al general Nicolás Rolando le apersogaron con Pablo Guzmán; al general Francisco A. Vásquez con otro oficial; al general Vicente Sánchez con su asistente: a Guillermo Barráez con Tomás Mercado; a Oderiz con Segovia; a Gualberto Hernández con un señor Alcalá de Ciudad Bolívar; a Pedro Ducharme con Luis Boscán... La nota de *apersogados* es mucho mayor. La de muertos ha de recogerla la Historia. Estaban también Vallenilla Marcano, Antonio Ramos, Juancho Córcega, Dionisio Terius, Constasti Gerardino, Magín Silva Rojas, el Dr. Anselmo Rojas, los coroneles Avendaño y Segovia, Sánchez Muñoz, Ramón Berroterán, general Echenique, Benito Barreto, La Rosa, Martínez Cova, Joseíto Maica, Julián Correa, Luis Mijares, Marcelino Torres García, Irazábal Rolando y Torcuato Colina, que murió en la prisión. Los no "enyugados" llevaban grillos de los denominados "restauradores", de sesenta libras.

"Al orto del sol –reza una nota comunicada al autor por uno de los prisioneros más importantes de aquella época * –se arriaba la bandera y nos encerraban hasta las siete de la mañana en que nos permitían salir al patio, o sea al foso. Al amanecer comúnmente nos despertaba la diana y era la hora escogida para vapular, a compás de la música; y el ruido de

*El doctor J. M. Ortega Martínez.

los tambores impedía escuchar los quejidos de los vapulados para que confesasen algo o en castigo de leves faltas. Después que nos encerraban era inútil pedir auxilio, aun cuando se tratara de un caso de muerte o locura agresiva; ni se podía encender luz. El rancho es el habitual en las prisiones de los andinos: agua sucia por caldo con algunos huesos sin carne, y plátanos. A los que teníamos algunos fondos en la comandancia nos permitían comprar ciertos comestibles en una venta que entra al foso a las diez de la mañana y que es negocio del jefe de la fortaleza. Para tomar agua era necesario comprarla a centavo la botella; y el agua salobre del golfo para el aseo se nos vendía a diez centavos la "lata"."

La misma persona que me facilita la nota inserta, añade: "Como un acto de humanidad debe usted dedicarle algunas líneas a los infelices presos criminales bajo el régimen andino: en primer lugar no les dan la ración que les pasa el Estado y sólo les proporcionan el "rancho". Estos míseros son unos verdaderos esclavos: por la mañana "les forman", después que engullen lo que les dan, y en formación, marchando con los ojos clavados en el suelo sin que se atrevan a mirar a ningún lado, los conducen a los manglares, donde les ponen a sacar corteza de manglares, a veces con el agua al pecho, todo el día. Por la tarde los encierran en el castillo para hacer igual cosa al día siguiente. El mangle, como Ud. sabe, se embarca y vende a magníficos precios en beneficio del jefe de la fortaleza".

Personalmente he verificado esta información como queda escrito.

Cuando doña Zoila de Castro estuvo de visita en la fortaleza hizo que Jorge Bello les quitara los grillos a los prisioneros, asumiendo la responsabilidad de este piadoso rasgo de mujer. Pero no bien se hubo marchado, volvieron a aherrojarles[19].

Doroteo tenía dos años allí; vino una orden de Castro de que pusieran en libertad "de coronel para abajo" y él, creyéndose comprendido en la orden, salió. Pero llegado apenas a Maracaibo, sin una peseta, y cuando dormía su primera noche de libertad en un cobertizo público de la ciudad, he aquí que le echan otra vez el guante y lo encierran de nuevo para otra temporada. Había venido un telegrama especial de contraorden. Ahora volvieron a hacerle preso mientras "trabajaba" por la costa de Oriente en un barquito de su propiedad. Y al referirnos sus andanzas, ríe mostrando

[19] Algunos escritores, en la pasión del momento, han tratado con excesiva dureza y poca hidalguía a esta dama –víctima de los desafueros de su marido y de las infamias de quienes la rodeaban–. No tuvo jamas influencia para evitar desmanes; no pudo sino llorar y arrodillarse ante él cuando agonizante, ordenó el salvaje asesinato de Paredes y de sus compañeros. –"Cipriano, óyeme, te estás muriendo... ¡no mandes matar a esos infelices!" –Violentamente ordenó que la sacaran de la habitación. Muchos le debieron a ella librar sus vidas de las garras del déspota loco. El corro la aislaba y le concitaba desagrados domésticos que no son materia de estas páginas. El agravio a su dignidad de esposa era "ventaja política" para algunos miserables. La historia no recogerá esos nombres porque ciertos ascos no caben en la historia.

toda la admirable dentadura. Si bien, marino viejo, cuando evoca "el barquito" – cautivo como él, que estará meciéndose al ancla en la rada de La Guaira– se queda tristón. ¡Pobre Doroteo! su novia es el barquito; su amor es aquella grande y salobre libertad del mar...

A Ducharme le han hecho vejámenes a cuyo recuerdo palidece. En la cárcel de Ciudad Bolívar le metieron en una mazmorra de donde acababan de sacar a un varioloso; todas las madrugadas, a las cinco, y a veces a media noche, llevábanle al patio y le echaban cuarenta o cincuenta cubos de agua por la cara; hacían lo mismo sobre el pavimento de su calabozo y le dejaban allí, sin ropa... El procedimiento era "andino", según propia referencia. Si mis notas no están erradas, uno de los ejecutores era el célebre "Cuatro-ojos", que estuvo entre los asesinos de Paredes...

A los tres años de cautiverio, soltaron a Ortega Martínez y a algunos otros. En 1908, como ya dije, quedaban unos ochenta y tantos. De los libertados, unos cuantos fueron reducidos a prisión de nuevo, como el propio Ducharme.

Esta vez le hicieron preso bruscamente; le condujeron atado en una mala caballería hasta Caracas. Su hermano Horacio estaba asilado en Trinidad; Alejandro, otro de ellos, escapó de las garras de la policía en La Guaira, donde se embarcó públicamente, fingiendo ser un marinero borracho, hablando inglés, devorando bananas con cáscara y todo como si ignorase la forma de engullirlas.... Armó tal escándalo con la granujería del puerto que le llevaron a la correccional y le soltaron con la condición de que se metiera en un buque y se largara... Cosa que no le contrarió mucho. Todavía reíamos de la excelente burla.

Pedro Ducharme es un hombre callado, un poco sombrío –en sus maneras, en sus palabras, en el "self-control" con que parece resguardar un carácter cerrado y fuerte, denota una educación cuidadosa. Habla y escribe el inglés y el francés como su propio idioma. En esta familia de guerreros, Horacio es el más impetuoso; a Pedro le consideran más diestro y avisado.... Sus odios son célebres. Tiene una lista de sus enemigos, lista a la que ya ha borrado una regular cantidad de nombres: de cuantos tomaron parte en el asesinato de su padre, el viejo y célebre guerrillero oriental, muy pocos sobrevivieron al lance desde que los hijos comenzaron a hacer abonos a la cuenta. La crueldad y la justicia para ciertos temperamentos no tienen aún perfectamente deslindada esa línea borrosa sobre la que danzan las pasiones. Pedro es "liberal amarillo", Horacio "conservador", nacionalista, y aún mejor, "mochista", como le dicen sus adversarios por su devoción cuasi fanática hacia el general José Manuel Hernández... Hablando de éstas y de otras cosas, y refiriéndonos Ducharme cómo y cuánto ama él a su hermano menor Horacio, no obstante militar en diversos partidos, alguno de nosotros le pregunta:

–Si usted tuviera un encuentro con Horacio y éste le fuera a clavar un puñal y usted pudiera salvarse matándole, ¿qué haría?

–¡Me dejaría clavar! –repuso con una convicción insospechable. –Contra un hermano yo no levantaré el brazo....

Mis compañeros deben recordar esta frase.

Una mañana, al abrir para el desayuno y la basura, un oficial que viene todas las veces que se abre nuestra puerta y que nos informan es el Gobernador de la Penitenciaría, coronel Francisco Granés, penetra en el calabozo y nos muestra una carta de Eduardo Leseur de Maracaibo en que nos recomienda a él, su antiguo camarada...Trae además una caja con provisiones y objetos de uso y aprovecha para ofrecerse en cuanto sea compatible con su deber... Podemos escribir dirigiendo nuestra correspondencia al Jefe de la Fortaleza, así: "Ruego a usted decir a mi familia que estoy bien de salud, etc.". Verán, por nuestra letra, que estamos vivos y que por lo menos no nos han cortado las manos. Aprovechamos la oferta para que nos pasen un texto de inglés y una pizarra, y lo obtenemos.

Es un rayo de sol en esta sombra. Si en Puerto Cabello sabíamos todo, aquí hay un silencio de tumba. Una vez a la semana oímos el pito de los barcos de la línea "D" Roja; ¡siempre las olas golpeando la escollera!, ¡siempre el alerta de las garitas nocturnas!.... Todos los días la diana y la oración en cornetas escandalosas y en tambores sordos. Por la explanada pasan sombras; oficiales que se asoman un instante a mirar hacia el foso. Desde las seis de la tarde no se puede encender la luz ni hablar. Se conversa susurrando de oreja a oreja, tendidos en el suelo. Todas las cucarachas del mundo –esos insectos fétidos que visten su eterna hopalanda franciscana– surgen de las grietas que hacen las vigas sobre las cuales asientan las enormes lajas de la explanada. Por la noche en los muros, en el techo, en el suelo por encima de nosotros, flaneando en una ola de almizcle o aterrizando súbitamente en nuestras mejillas para sufrir una loca carrera de patas velludas por todo el rostro, se desencadena la tempestad arquerosa... De día no se ven. Toca el turno a miríadas de moscas, pegajosas, susurrantes, encarnizadas, bobas, atroces... Durante la siesta –y hasta para ir de un lado a otro– tenemos que estar agitando grandes abanicos de enea que hemos tejido con la de las esteras; para dormir un poco hay que taparse el rostro con una tela. Y como el calor es asfixiante debe optarse por uno de los dos tormentos... No es todo aún: de día y de noche, los ciempiés atraídos por la caza de sabandijas cruzan el techo, sobre nuestras cabezas o se alojan al calorcillo del cuerpo debajo de las esteras, o se extienden en la orilla del muro con un aire inofensivo e hipócrita, o se yerguen moviendo las antenas erizadas y todos sus miembros cuya caparazón reseca cruje al andar –criados en las grietas seculares y nutridos abundantemente ¡los cientopiés más grandes que he visto en mi vida!... Escolopendras de dos, tres y tres cuartas y media ¡son horribles! A su aparición las pobres cucarachas huyen enloquecidas... ¡Qué sé yo! Es preferible atacar a un lobo con un garrote que

enfrentársele a esta calofriante cosa movible de innúmeras patas... Y sin embargo, es de desear que éstos nos salgan de los rincones y aun los encontremos enroscados dentro de la vasija con que se toma el agua, refrescándose en la humedad del coco, a que en las horas de sueño se nos introduzcan por los oídos los "orejeros", esos otros miriápodos delgadísimos de uno o dos centímetros que si nos hieren un tímpano ya tenemos sordera para siempre... Es menester taponarse con pedazos de trapo o algodones.

He dicho que el rancho es más aceptable que el de Puerto Cabello; pero con ser allá escasa el agua dulce, aquí es mucho peor: debemos resignarnos –aún pagando– a la mitad de un barrilito de esos de media carga para beber siete cada veinticuatro horas....Dos medidas de agua de media botella por cabeza: una para tomar, la otra para lavarse.... El calor sofocante, el *sancocho* de pescado saladísimo... Algunos nos tomamos nuestra ración de un solo trago y nos disponemos a sufrir; otros paladean sorbo a sorbo, como un néctar supremo, aquel líquido turbio, algo salobre, algo desabrido que guardan los aljibes de la Fortaleza para usufructo de sus jefes. Y el suplicio del agua fresca, el tormento de una sed jamás saciada y siempre latiendo en nuestras fauces resecas, nos hace soñar con las aguas inmensas de los ríos nuestros, con las extensiones dulces, con los abismos helados en donde nos sumergiríamos lentamente tragando frescura, tragando vida, frialdad, silencio; desalterando, libres de esta garra calenturienta que se nos crispa en el cuello; hundiéndonos para siempre y olvidando un mundo donde unos hombres arrebatan a los otros la sublime bondad que Dios pone a correr para todos por el haz de la tierra, clara y espontánea.

En nuestros desolados mediodías, bajo el granizo de las moscas, cuando estamos en la lección de inglés que Ducharme nos da, al preguntarnos en el curso del "ejercicio": *Are you thirsty?*, el coro entero de seis voces responde imitando el sonsonete de la escuela: *Yes, sir and Gargantúa too...* Gargantúa es alguno que suele "correrse" la bebida en perjuicio de los otros. El vocabulario se resiente del sitio y de las circunstancias. Son todas las palabras que vamos aprendiendo equivalentes a un dolor, a un tormento, a una privación...

Esta mañana uno preguntó al maestro: –¿Qué significa *pain?*

–Pena, sufrimiento, dolor en inglés.

–Y en venezolano eso mismo no significa nada, añade otro.

En 1776 conforme al plano original de don Ramón Hernández de la Calle se construyó de real orden esta fortaleza para proteger toda la región de occidente y aprovechar la natural dificultad de la barra artillando la entrada del Lago y quedando así a cubierto de la incursión de bucaneros, de filibusteros y de asechanzas de la Goajira en todo el curso

de la serie de escaramuzas que trató de sostener España con sus enemigos clásicos: el pirata y el indio.

La navegación es uno de los problemas marinos contemporáneos respecto a aquellas aguas. El llamado "saco", por la especial conformación de la costa –brusco recodo del mar Caribe, sorbo violento que la península Goajira y la de Paraguaná, como dos labios formidables recogen inesperadamente desviando la corriente de la Costa –determina un gargarismo terrible a cuyo encuentro, regurgitación del profundo estómago que es el Lago, vienen las aguas de ríos navegables– el Zulia, el Catatumbo, el Motatán y otros de menor importancia– a verter con su caudal formidable un fiemo disuelto que las enturbia de fecundidad. Veintiún mil setecientos kilómetros cuadrados comprende el estadium en que el Golfo y el Lago, una fuerza loca y otra inerte, se debaten a través de la estrecha garganta cuyas amígdalas la forman largos bancos de arena, islas que corren su costa baja y medanosa dispuestas como diques de una fortificación estratégica... La inestabilidad de las corrientes, el poco fondo de algunos parajes y el lecho de arenas movedizas convierten la entrada al Golfo o "Saco", desde la altura del cabo de San Román hasta dar fondo en los muelles del gran puerto occidental, en un verdadero rompecabezas; y a partir de la *barra*, frente al Castillo de San Carlos, si no se toma a bordo un práctico –hay un servicio permanente que reside en el pueblecito de San Carlos, inmediato a la fortaleza– se corre el riesgo de ir a encallar entre el osario de buques que han quedado para siempre sepultados allí; en pocas horas la resaca, esa ola corta y recia como un martillo, desbarata las embarcaciones y marca el sitio del siniestro con un lánguido flotar de tablas dispersas. Apenas quedan, enterrados en la arena traidora, los mástiles, las jarcias todas, sobre los cuales cuando toda el agua parece de tinta y las olas enormes quiebran una espuma fulgurante de relámpagos, se posan las gaviotas para lanzar un grito, un grito desolado y desgarrador que raya de angustia las sordas pausas de la tempestad.

El capitán de navío Jaime D. Pocaterra, consumió largos años de su existencia en estudios y sondajes sobre estas aguas. Publicó luego un importante "Derrotero", y levantó una carta náutica que está en la cámara de casi todos los navegantes de altura, desde los patrones escandinavos que vienen a cargar "concha" de mangle a las costas del Zulia hasta los capitanes que hacen las carreras de las Antillas y Europa. Un oficial de la marina a bordo de uno de los navíos de Su Majestad Británica, me declaraba que no le fue posible conseguir un solo ejemplar en Venezuela. A menudo solemos quejarnos de que no se nos toma en cuenta a los venezolanos, de que no se aprecian ni nuestros esfuerzos ni nuestros méritos. Es una injusticia con los extranjeros a quienes debemos más honra que la que solemos dispensarnos. Y al correr de los años, lo que ayer fue descuido, incuria, hasta natural aturdimiento debido a guerras y a convulsiones sociales, hoy se ha ido desdoblando en una envidia vieja

y solapada, en una ridícula tendencia, a empequeñecer, desprestigiar y oscurecer lo mismo de que mañana hemos de jactarnos citándolo y proclamándolo con la mayor fatuidad de este mundo. Mucho respeto la memoria del honrado marino que fue mi abuelo, pero cuando reflexiono que él condujo el vapor "Unión", donde regresaba Páez de Nueva York, el año 59, he de echar mano a toda la reserva del sentimiento para no desear que el primer barco de vapor nuestro, con su capitán y su dictador caduco se hubiese ido a pique! Van encadenados de tal suerte los sucesos, sucédense en forma tan trabada y eslabonada la serie de incidentes que han determinado nuestra catástrofe, que desde el factor menos importante hasta los personajes de primera línea –y hasta las transformaciones sociales y los fenómenos meteorológicos ¡todo, en fin!– parece que fuese destinado por una voluntad suprema y malvada a consumar este largo proceso, torbellino loco, ola sin rumbo que a esta hora, con un sucio penacho de espumas, no sabemos si va a romperse, soberbia, contra un arrecife o si se abatirá desmayada, mansa, abyecta, en los bajos lodosos, en las marismas pútridas...

Aun cuando menos antiguo que el de San Felipe, el fuerte de San Carlos está vinculado a sombrías memorias y a recuerdos gloriosos: martirios, sublevaciones, asaltos... Después de la guerra de independencia, bajo la administración de los gobiernos conservadores, el cercano islote de Bajo-Seco sirvió para confinar a los adversarios políticos, a los liberales. Y si bien es cierto que tal confinamiento fue una de esas crueldades inútiles cometidas al calor de las pasiones, mientras la República era un vasto campo de batalla ¡qué pálido, qué anodino, qué insignificante resulta al ser comparado, medio siglo más tarde, ese *Bajo-Seco* de los llamados "godos" con estas bárbaras retaliaciones desde 1898!

Ni siquiera existe la causa de la guerra. Estamos en paz, una paz octaviana, una *paz cipriana*. Nada justifica tantas persecuciones estúpidas y ese desplegar de iracundia contra adversarios desarmados, arruinados, vendidos...

La estrella de piedra que se asienta por uno de sus picos en la roca, comprende unas cien varas castellanas en cuadro, según el plano original. Algunas transformaciones se han llevado a cabo en el interior. El régimen interno, sin embargo, evoca a cada paso, por los términos empleados y por el nombre que se da a las cosas, un mundo ya desaparecido. Es el ambiente de las plazas fuertes coloniales, la dura disciplina, el concepto servil de la tropa, la insolente altanería de los oficiales, la especulación sórdida. Y para que nada falte: capilla, cura y misa, que oyen de rodillas, con los cogotes humillados, todos estos infelices verdugos, ejecutores del rencor, del odio, de la crueldad ajena... El amasijo de esta fe en Dios, en la Santísima Virgen, en los patronos especiales –advocaciones de la ambición que pide, del delito que se excusa, de la infamia para cuya ejecución se requiere el auxilio de la divinidad– sugiere en el alma de este pueblo que cuelga un largo puñal junto al escapulario bendito y al fetiche del

brujo, esa noción de que su deber está en hacer lo que se le mande; que su conciencia no debe tomar parte en lo que sus brazos ejecuten por orden de otro y que el Mal –desde el punto de vista de una amistosa consecuencia– deja de ser Mal para convertirse en Lealtad. El pueblo de Venezuela –el de los campos y el de las ciudades– ha delegado en sus mayordomos o en sus "representativos" no sólo su voluntad y su trabajo y sus aspiraciones en la hora presente sino cuanto cree poder delegar para el futuro. Es el país donde los hombres firman bajo esta frase, absurda, abyecta, insensata: "Su amigo incondicional, Fulano"... Naturalmente, la tendencia gregaria, el hábito del rebaño, forman estas *mayorías* de la opinión pública –la cosa más despreciable que hay en Venezuela– y en cuyo nombre hablan los "manifiestos" de los generales "alzados" ayer "en defensa de las instituciones" y los discursos o cartas públicas de los leguleyos de hoy, que gestionan posiciones o cambalachean prebendas en virtud de la mayor o menor capacidad que tengan para aparentar ante "el Jefe de la Nación" o "el Jefe de la Revolución" que disponen de una "cantidad" dócil de "opinión pública" en un Estado, en un Distrito, en un Municipio, o a las veces, en el seno de una numerosa familia.

Como la población no llega a tres millones hay prestigios "nacionales", prestigios "locales" y prestigios "domésticos". Un orden tribal. O bien, y mejor clasificado: la horda, la tribu, el clan. Horda fue la que levantaron en los llanos altos y en las praderas del Guárico Boves y Páez; horda la que formó el grueso de aquel célebre "movimiento" desde el hato de San Pablo para "restablecer la legalidad"... Anteriormente, de la horda compacta, ya disciplinada por dieciséis años de un rudo batallar, fueron separándose las parcialidades al descuajarse la nacionalidad, al disiparse junto con el humo de las batallas ese temor ante el enemigo común que unifica las especies... Y tuvimos la tribu llanera que desde Páez ha reconocido sus "prestigios" en Zamora, en Crespo, en los últimos guerrilleros del Nacionalismo y la Libertadora; y la tribu "oriental" que alzó el estandarte de la rebelión contra las leyes de la nueva República encabezada por Mariño, pidiendo el fuero militar y la religión del Estado. Vencida ésta por la tribu llanera en la final *destreza* de Pirital, toma la revancha y echa sus reales en más de una década con los Monagas, pasándose luego el santo y seña de intentar a través de régulos inferiores, llegando a la postrera explosión que puso en boca de un jefe de oriente aquello de que "la revolución soy yo". Con él quedó enterrada en la polvareda de Ciudad Bolívar. Asomó Falcón, el Mariscal de la Guerra Civil, la cabeza insigne de la tribu coriana que contaría una serie de cabecillas hasta hoy. Guzmán se hace el cacique del Centro y plantan sus tiendas en derredor de la del caudillo los jefes de parcialidades de Oriente, de Occidente y del Sur... Sería imposible discriminar las innumerables "encomiendas" en que se dividieron desde entonces las dos grandes agrupaciones tribales, cada día más fraccionadas... Hacia fines de 1896, quiso José Manuel Hernández recoger las dispersas agrupaciones vencidas, cuasi disueltas, y por

un instante, una tribu mayor, con su vicio personalista de origen, lógico, irremediable, pero en virtud de cierta homogeneidad incidental, apareció cuasi como un "partido"; la lucha le sostuvo otro instante más y a su contacto con intereses personales, resintiéndose de su origen "individualista" –por dura ley de las aproximaciones, por mandamiento de esa ética de ciertos hombres que sólo creen en los hombres y para ellos invocan la necesidad de que los principios se plieguen a los pliegues de su carne mortal– la cuasi resurrecta tribu mayor comenzó a dispersarse, a languidecerse, a entretejerse, y aliarse con las vencedoras. Establecida la vieja lucha de las dos grandes parcialidades, con el andino de 1898, compareció en el foro un terrible factor: la nueva horda. Más primitiva, más fuerte, más homogénea. La misma diaria lucha, la intriga, el ejercicio del Gobierno en los llamados liberales *amarillos:* la necesidad de defenderse de la miseria y de una inacabable serie de fracasos entre los denominados *godos* o nacionalistas –si bien ambas denominaciones adolecían de un disparate de origen y de otro de lenguaje– habíales conducido poco a poco a cierta tolerancia y flojedad que el largo contacto, el pleito constante, las diarias disputas de vecindad iban tornando en una cuasi respetuosa consideración de vecinos enemistados que llegaran a saludarse un buen día y quizás andando el tiempo, creciendo los hijos y dulcificando la llegada de los nietos –no nacidos bajo ese rencor agrio de los abuelos– aún más las relaciones sociales, hubieran a la postre terminado en una amistad personal y en una mutua garantía de intereses...

Era la Montaña, por desgracia, la que llegaba a su turno. La Montaña con su caudillo taimado y fiero, con sus jefes que descabezaban hombres y cortaban orejas en las plazas públicas –más "tachirense" que venezolana, con esa dudosa nacionalidad de la gente que pilla en uno y otro lado y que de la sanción social sólo conoce una raya fronteriza– y llegaban de súbito a territorio que se les antojaba conquistado, considerándose sin nexos ni con las gentes ni con las costumbres ni con los partidos ni con una sociedad que ignoraban y de la que se creían desdeñados y hasta odiados... Traídos en la paciente borrica del Nacionalismo o Mochismo hasta los Valles de Aragua, conducidos entre el rebaño liberal amarillo hasta Caracas, al comenzar a sentirse en terreno firme, hostiles al medio y a los hombres –descubriendo, eso sí, y utilizando su caudillo la baja codicia de "los centrales" que le rodeaban, la adulación ingénita, esa escuela servil y babosa en que se han criado dos generaciones de "godos" y de "liberales" que vivieron de expedientes sucios y fuéronse muriendo "próceres"– los invasores de mayo trazaron en el fondo de su rencor primitivo, y en virtud de la natural reacción que una vida algo más civilizada despertaba en ellos, una línea divisoria que más tarde, agravada por choques entre agresores y agredidos [20], por la rebelión después y

[20] En Caracas, en Valencia, en algunas otras poblaciones de la República dijérase que el pueblo presentía los días de vejámenes y de humillaciones que le reservaba el invasor, y hubo choques sangrientos entre los andinos vencedores, con mando militar, y los habitan-

por el abatimiento ahora, se ha ido convirtiendo en un abismo a cuyo fondo arrojan, despreciativos y ensoberbecidos, a cuantos le han servido humildemente de estribo, de propaganda o de librea. ¡A cuantos han desfilado por el escenario castrista, creyendo que la fórmula de "La Restauración Liberal" bastaría a cancelar toda obligación moral con su partido o domicilio!

Mañana, cuando la barbarie asiente con mayor insolencia sus plantas sobre el vientre de la República, esos mismos andarán por ahí, en los rincones de la opinión o en las encrucijadas de las conspiraciones elevando clamores solapados, evocando virilidades inéditas, fraguando de paso nuevas "combinaciones" con el bárbaro venidero o de rodillas ante el bárbaro que está mandando, viles, sumisos, tristes, batiendo el incensario de una adulación maloliente, y pretendiendo, en su carácter de utensilios usados e indispensables, que les coloquemos como a artículos de novedad en el flamante escaparate pintado de rojo y amarillo que la firma J.V. Gómez y Compañía, al abrir sus puertas uno de estos días, exhibirá en la avenida de la Estupidez Nacional.

tes... Mutuamente se detestaban o por agravios lejanos o por un "regionalismo" de que adolecen ambas masas pobladoras; si bien con carácter más agudo y agresivo está latente esta fobia entre las gentes de la Cordillera. De ahí que los primeros días de la "ocupación" más parecía que Venezuela estuviera bajo las armas victoriosas de los colombianos u otro pueblo extraño, que disfrutando las ventajas de una Revolución Nacional triunfadora. Con todo, Castro procedió política y acertadamente, y al crecer de puntos los desmanes y los atropellos que sus oficiales y tropas cometían contra ciudadanos indefensos, declaró enfáticamente: "ni cobro andinos ni pago caraqueños"; con lo que se trajeron a razón los primeros al no sentirse apoyados por la autoridad pública en sus lances personales.

CAPITULO X

Nueve años de "restauración liberal" –Al aire, al sol – Los nuevos presos – El "inalámbrico" del número 12 – Un poco de sociología barata – La canción del soldado – Andinos y Centrales – Una cuestión de fondo que no debe evadirse ni desfigurarse – El Bombardeo de 1902 – El "Vinneta" y el "Panther" – Los alemanes en San Carlos y Puerto Cabello – Salvajadas – Cobardías – La resistencia heroica – Algunas notas para la historia de nuestras humillaciones – Valor, valores – Los más hábiles y los más aptos – Darwin en el género chico – La literatura y la política comparadas – Efemérides a planazos – Los muertos anónimos – Y al fin una tarde...

HOY 23 DE MAYO, a las nueve de la mañana, día de grandes regocijos "restauradores", como que conmemoran Castro y los suyos nueve años de mando ininterrumpido, llega frente a nuestro calabozo un oficial con el turco llavero:– De orden del general Cipriano Castro: pueden salir durante el día al foso.

Minutos después aquella tira enarenada de tres varas de ancho, entre la muralla frontera y nuestro calabozo era para nosotros la mayor de las dichas: el aire, el sol, el cielo... Pusimos a asolear las pobres ropas, nos echamos en las esteras aspirando la brisa a plena boca, resarciéndonos de la penumbra, de la oquedad, de la sofocación. Sólo que a las once ya no es posible resistir el fuego solar; debíamos recluirnos voluntariamente hasta las cuatro, y entonces salíamos de nuevo un instante. Luego nos volvían a encerrar. Pero se cocinaba en el patiezuelo, no era necesario tener depósitos asquerosos dentro y podíamos bañarnos en las *casimbas*[21] y charlar libremente con los vecinos.

A los dos o tres meses de nuestra llegada, oímos que metían presos en el calabozo del lado derecho hasta entonces vacío. A fuerza de paciencia compuse una clave telegráfica, un abecedario basado en el Morse que marcaba las letras mediante *el punto y raya* golpeando una caja: el "punto" un golpe seco, la "raya" un golpe prolongado. Hasta aquí iban bien las cosas y llamando la atención con percusiones en el muro que comunicaba

[21] Hoyo o cavidad hecha en la orilla del mar o de los ríos para proporcionarse agua potable. Voz de pesca, usada también en Cuba, Perú, Brasil, Chile, Buenos Aires, etc. Alvarado (ob. cit.); la trae con esta ortografía: "cacimba", el nuevo diccionario de la Real Academia.

al otro foso, en donde estaba Farrera, logramos que se fijara en la diferencia de uno a otro toque y con grandes dificultades éste al fin tomó nuestro alfabeto. La comunicación telegráfica tenía lugar al mediodía cuando el sol mantenía alejados de las explanadas a los oficiales y a los centinelas. Así le comunicamos noticias de un mundo del que hacía cinco años no tenía la menor idea. Supo el asesinato de Paredes, los acontecimientos de la Conjura, la enfermedad de Castro, su convalecencia, la caída de Alcántara y de sus amigos y cómo habían subido los valores de Gómez. El se encargó luego de trasmitir estas noticias de recinto en recinto y así fue el número 12, nuestro calabozo, la oficina central de un vasto sistema radiográfico del cual no podían tener jamás la menor idea aquellos excelentes encargados de secuestrar hombres. De este modo supimos que nuestros vecinos de la derecha eran el doctor Ezequiel Vivas y el general Timoleón Omaña. Les habían traído del Táchira y manifestaban ser víctimas, sobre todo el doctor Vivas, de intrigas locales, puesto que él mismo hubo de declararnos "era amigo del general Castro". Luego comprendimos que esta declaración fue más hija de la astucia que de la verdad. Ciertamente, sea por tratarse de paisanos o por otras causas, les trataban mejor y disfrutaban de consideraciones que a los demás nos eran negadas.

Al reunirnos en el patio, el saludo fue cordial, lleno de alegres exclamaciones y de mutuos cumplidos. Timoleón Omaña era un hombre de facciones regulares, de barba rubia, los ojos duros, el aire frío y reservado. Vivas, por el contrario, se nos presentaba locuaz; uno de esos hombretones con la cara muy grande y con un cutis cuyos poros se distinguían a las diez varas; la mirada inteligente, el gesto rápido y una verbosidad atropellada. Causaba la impresión de que iba pensando a medida que hablaba y hablaba de los jacobinos, de cómo Cristóbal Colón descubrió la América, de lo del huevo, de Víctor Hugo... Le habían permitido algunos libros que nos ofrecía y estaba leyendo precisamente *Nuestra Señora de París*. –¡Una revelación para él aquella novela! Nos manifestó que "la pobre Esmeralda" era una víctima del "oscurantismo"; creía necesario acabar con la sombra de la sotana y reducía el problema religioso a una especie de síntesis militante:

–¡Al clérigo hay que tirarle!

Su preparación literaria era de rudimentos; su filosofía era una mezcla de Vargas Vila y Leo Taxil, que es muy frecuente en las discusiones de todo orden que se suscitan entre los notables de la localidad y tienen por ateneo la farmacia del pueblo. Esas luchas religiosas en que el ateo del lugar le quita la acera al cura y escribe Dios con minúscula. Indudablemente debía considerársele una notabilidad rural. De una inteligencia despierta, y más aún de una facilidad verbal admirable para el lugar común, posteriormente he comprendido que representaba toda esa serie de tipos que de chaleco de fantasía y con metáforas de proclama abarrotan las secretarías de los estados y las presidencias de los concejos municipales. Estaba lleno de prejuicios cursis: miraba a los "godos" con las

antiparras de cuarenta años atrás; a los nacionalistas les denominaba despectivamente *mochistas* y tenía una fobia sumamente cómica contra el jefe de aquel partido, al cual achacaba todas las desgracias pasadas y presentes. Era un *godo* al revés.

–Yo no sé –exclamaba– ¡cómo un hombre de la inteligencia de Lamartine puede creer en semejante patraña!

–¿En el "Mocho" Hernández, doctor?

–No, en los curas; ¡me refiero al "oscurantismo"!

Había saltado al otro extremo de su fobia: el clérigo.

Pero sobremanera, había algo que le transformaba: ¡Bolívar! Su culto hacia el héroe era de esos cultos frecuentes entre la gente de mediana ilustración, una cosa idolátrica, absurda, mal documentada, en que las virtudes excelsas resultan inadvertidas y la verdadera fisonomía del grande hombre pasa envuelta en una abigarrada procesión de juicios y de circunstancias ajenas en absoluto al medio, al personaje y a su acción. Parece ser que la generalidad de los letrados de mi país no sabe rendir la discreta admiración que dentro del sentido de las proporciones destaca las egregias figuras por encima de la vulgaridad fatal a que les condena la acción... Sacan de su base la estatua, la ponen a danzar en una mesa de procesión de aldea, con coronas barrocas, pronuncian discursos y disparan fuegos artificiales... La aguda ironía que inspiró la carta del Libertador a Olmedo después del "Canto a Junín" dijérase que presentía esta desaforada verborrea en que le iban a traer de aquí para allá, con la espada de Boyacá convertida en matraca y los laureles de Carabobo en castañuelas por entre el rumor de pezuñas, de este rebaño inmundo, para estar haciendo grandes frases sonoras, ayer a Guzmán de levita y guantes, hoy a Castro de liquiliqui y peinilla.

Si alguien dudara de la grandeza auténtica del Libertador, bastaría a convencerle la indiferencia con que se yergue a través de las edades; la misma del Avila abuelo, embozado en la niebla más alta y bajo las más excelsas constelaciones, mientras van por su falda, camino del cortijo, las recuas del tráfago diario...

Bolívar es tan grande que ha logrado permanecer inaccesible a los desacatos miserables que cometen sus criaturas, desde Caracas hasta el Desaguadero.

En el calabozo del rincón están el general Pedro Oderiz y Jesús Marcano Raffetti, orientales. Marcano ha mantenido un excelente humor en todo tiempo. Canta "La Viejecita", el dúo, el brindis, con una voz fresca y alegre que nos recuerda el ambiente familiar de nuestras veladas, la música predilecta de las viejas zarzuelas. En toda existencia hay siempre una pequeña novela de teatro. Su compañero es un hombre taciturno, poco comunicativo, sin duda a causa de la sordera. Es muy rico y se

hacen buenos comentarios de sus generosidades con los compañeros desvalidos.

En el fondo del patio los hermanos de Pablo, apersogados y sombríos miran con indiferencia la misma pared desde el mismo pretil de piedra de hace nueve años.

El sol calcina el patio. La sombra fugaz de una gaviota cruza lentamente. Y la voz desgarrada de un soldadito surge en la paz canicular acompañándose con su guitarra una antigua canción oriental.

"Cuando lejos muy lejos
y en hondos mares..."

Los otros le dirigen bromas. El contesta sin dejar de cantar. Juraría, por el acento rápido y como interrogante, que es de la costa de Barlovento; margariteño quizá. Debe de tener el gesto de Doroteo, idéntico cutis bronceado; el rostro peculiarísimo, de mandíbula abierta que expresa enérgica franqueza... La melancolía de su canción evoca ahora las largas bordadas en la calma del golfo, bajo las tardes de un oro viejo, amarillento, apagado...

"En los confines de Venezuela
hay una rica, vasta región
llamada un día "perla de Oriente"
por el antiguo conquistador..."

Y de seguidas la leyenda de amor, junto a la playa... Es de una tristeza aborigen. Es la música dejosa, sensual, que siempre habla del abandono, del imposible amor y de la muerte. Es la música levantina que evoca, enmarcando una sinopsis lírica de razas cansadas, la idea de ayeres felices, de días mejores, idos para siempre. Es el alma nuestra, la de nosotros los venezolanos de la decadencia... Sobre el tema musical la silueta de la amada muerta o traidora. Y comúnmente el motivo se adapta a la letra descriptiva: playas solitarias donde gimen las ondas un recuerdo bajo el responso de las palmeras; en la montaña, casitas blancas que visitó la muerte; ríos que se deslizan murmurando nombres amados; garzas que cruzan los cielos como en un "crepuscular" de Lazo Martí. O bien tristes epílogos en el cementerio del lugarejo, frente a la cruz de palo donde, deshecha y mustia, cuelga la última corona de siempreviva.

Es curioso que este pueblo tan proclive a la sangre, a la tragedia, a la revuelta viril en todas sus formas y que ha vivido tres siglos épicos, empujado por atavismos bárbaros, a un Martín Espinoza que guerrea desnudo de la cintura arriba por las selvas de Barinas, responda el eco hondo, quejumbroso, romántico, de las músicas criollas, que cuando se embravecen es porque están enceladas de amor –sensualidad parsimoniosa de los "pasillos" o erotismo violento del "escobillado"– para desma-

yar luego en el *leit-motiv* único: la derrota de los sentidos; la languidez, la conformidad, cierto concepto de cristiana resignación, sierva y sumisa, que trajo el misionero a la cabaña guerrera; y finalmente el calderón, el grito agudo, el alarido postrero de las razas que se sienten morir...

En el bochorno, mientras fuera el mar despereza suavemente olas de azul profundo contra esta roca que a trechos se empenacha de blancores súbitos, el estribillo de la canción se va muy lejos, gimiendo la pena confusa... Quizás no ha de ser ya nunca ante la proa de su balandro la isla remota de su ilusión, la Cólquide de sus ensueños de esclavo, aquella que llamó un día "perla de Oriente" el antiguo conquistador.

En verdad un pueblo de siervos tiene que ser irremediablemente triste.

Esta tarde no he podido contenerme oyendo a un compañero hacer cargos injustos contra la responsabilidad del "centro" por cuanto ocurre. La discusión se generaliza. He manifestado que hay tachirenses que imaginan, cándidamente, que cuando fulminamos a las gentes traídas a la merienda de negros que hay en Caracas es porque les guardamos rencor a causa de su larga dominación regional, sin que puedan comprender que esa censura y esa hostilidad es acaso lo que mejor ampara y amparará para el futuro a nuestros hermanos inocentes de la Cordillera. En más de una ocasión he hablado con gentes andinas, cuento entre ellas excelentes amigos. Al principio venían prevenidas, suponían ese "odio" clásico... Diez minutos de conversación les han abierto los ojos cegados por un regionalismo pueril.

–Pero es que todos no piensan así... ni tienen imparcialidad, objeta Vivas, a quien le cuesta un esfuerzo enorme guardar silencio.

–Desgraciadamente, tampoco allá ustedes logran sobreponerse al regionalismo y cuando acá hablamos de los "andinos" de *don* Cipriano, les inspiramos malestar y antipatía... Oriente tuvo su apogeo con los Monagas –lo tuvo hasta en la Independencia bajo diversos jefes–; Falcón nos inundó de corianos; Alcántara de aragüeños; con Crespo se vino medio llano que estaba arrinconado desde Páez... Pero ustedes, los tachirenses, han batido el "record", en cuanto a porcentazgo, en cuanto a brutalidad agresiva. Y es temerario que además de apaleados y explotados y hasta menospreciados –no "despreciados" como han dicho algunos de sus escritores oficiales, porque para despreciar hay que estar más alto, y la altura de quienes nos maltratan es en general geográfica y... política– a más de sacrificados y vejados, pretendan los que maltratan el amor y el reconocimiento de la masa que no hace distingos... Al Táchira le aguardan días terribles si los hombres de doctrina allá no logran sobreponerse a los hombres de instinto que ustedes mismos se empeñan en hacer sucesores de Castro... Gómez, ese hombretón analfabeta, en quien ponen sus esperanzas, será la más cruel de las desilusiones... Ustedes se empeñan en imaginar que en ese surco hondo con que ahora van socavando el resto de

la República se van a producir nuevas cosechas; y que extendiéndose y arraigándose y enriqueciéndose ustedes tendrán el "control" permanente. Hablemos claro; vayamos al grano. Han cavado tan hondo, tan hondo y tan despiadadamente que el surco se convertirá en una fosa o para ustedes o para nosotros. Así han situado ustedes la cuestión. –¡No! ¡Usted es muy joven! Usted carece de experiencia de los hombres y de las cosas. Usted no conoce al general Gómez –clama Vivas. Habla dirigiéndose a mí, pero en realidad trata de convencer al grupo silencioso de presos–. El general Gómez es Crespo otra vez, pero sin codicia; sin los exclusivismos partidarios de Crespo... Tendremos libertad: Venezuela se encarrilará...

El hombre que ha podido hacerse al lado de Castro una fortuna y que recoge los perros de presa que el otro rechaza o le hacen rechazar –no siempre por leal interés, es verdad–, el hombre solapado, disimulado, que se finge más bruto de lo que parece, con parecerlo en tan alto grado, y que cazurronamente acecha, como los caimanes con la jeta abierta que permiten a los cucaracheros limpiarles los colmillos; el hombre que odia la cultura y los refinamientos de la ciudad porque está condenado a no disfrutarlos, no puede garantizar sino una satrapía inferior a ésta ¡imagínese! ¡Será un mandarinato en chancletas, un Palacio Federal con pesa de carne!... Y yo y todos nos echamos a reír.

Se ha pasado la hora de estar fuera y una voz insolente grita en la explanada:

–¡Vamos, vamos, vamos! ¡A su calabozo todo el mundo!

Vinieron días mejores: dábase la lección de inglés al aire libre y dormíamos con mayor sosiego. Por las rendijas de la puerta que dividía nuestro foso del otro he estado observando una mañana las espaldas encorvadas de un anciano que pasaba horas de horas sentado en el pretil mirando correr el agua de la cloaca. Arriba, en la muralla, hay un cañón de bronce viejísimo. El foso tiene un aspecto más sombrío que el nuestro. La existencia se arrastra allí entre hombres, casi todos de edad avanzada, a quienes un largo cautiverio ha restado toda cordialidad, toda relación, toda charla...

Acá hay siempre alegría; discusiones animadas. Verdad que la proporción de jóvenes es mayor. Se cocina, se canta, se lavan las ropas, se lee y hasta se hacen versos. Se ha convenido en eliminar la "política"; las tertulias degeneran comúnmente en disputa. Hemos establecido la costumbre del espejo, muy recomendable para las asambleas y para las sesiones feministas: cuando alguien se acalora en un asunto, otro de los compañeros coge el espejito común y se lo pone por delante; la visión de un rostro descompuesto, de unas melenas alborotadas, de una exaltación grotesca, traen la calma y la tolerancia con la sonrisa.

¡Melancólica alegría de los presos! Cuando creemos que se han suavizado un tanto las cosas, he aquí que comienza una severa requisa cada

dos días. Viene un oficial tachirense, con el sable desnudo; arroja fuera líos de mantas, esteras, ollas, y la emprende a pinchazos con las maletas por el placer de estropearnos ropas y utensilios. Como este desgraciado hay algunos otros. Todas las tardes, al cerrar, un zambo de seis pies de alto, mascando en un ángulo de la boca su pésimo cigarro, se pone a contemplarnos con una sorna hostil... Tiene los tobillos gruesos, de perezoso, y ese jarrete gordo, basto, abundante, de la gente ordinaria. Los tipos más plebeyos, menos intelectuales y excesivamente pedantescos se encuentran entre estas dotaciones militares de nuestras fortalezas y en las sesiones de las cámaras del Congreso. ¡Dios mío! ¡qué de chalecos estrafalarios! ¡qùé de jetas abominables! ¡Cuánta torpeza y estultez!

A los presos criminales, como ya se sabe, les prohíben mirarnos al rostro. Hay órdenes severas. ¡Podemos seducir a algunos de estos infelices con una mirada de inteligencia!...

Sólo el viejo coronel Manuel Quevedo –excepción entre aquella gentualla– nos hace signos amistosos y está propicio siempre a servir a los presos. A él le debo los datos del bombardeo alemán a San Carlos que son la exacta expresión de cuanto ocurrió y no esa leyenda oficial, puesta a circular para convertir a Jorge Bello en un Palafox. Verdad que se condujo mejor que el otro Bello (Julio)[22], que estaba de comandante en Puerto Cabello cuando el bloqueo y a quien llevaron a bordo preso los oficiales alemanes... Se refería que en momentos en que los cañones de los navíos de guerra apuntaban nuestra población para disparar, Julio Bello "topaba" unos gallos en un rincón del recinto... Su única hazaña estuvo en rendir el machete que llevaba terciado y alzar luego a bordo del "Vinneta" la copa de champaña con que le brindaron los alemanes de un modo burlesco... Estos le cayeron a sablazos al altar de la Capilla del Castillo, sacaron las sagradas imágenes al patio para mutilarlas; el púlpito sirvióles para bufonadas; un sargento o un teniente que hablaba español hizo la entrada, por el Hornabeque, a la cabeza de un pelotón de desembarco, llevando en una mano una bomba arrojadiza y en la otra un revólver de ordenanza: –¡Ríndanse! ¡Ríndanse!– corría gritando al encuentro del general Bello.

La Capilla de la fortaleza había permanecido incólume a guerras y asonadas y sublevaciones. En su archivo existían documentos valiosísimos. Cuando don Eduardo Calcaño escribió su opúsculo histórico *La Familia Jugo en Venezuela* sin duda ignoraba que los expedientes de los próceres Jugo[23] –hermanos de mi bisabuela materna– estaban entre aquellos papeles que en 1902 quemaron o dispersaron, con una salvaje furia de destrucción. Encontrábanse también allí los libros abandonados por los regimientos vencidos en Carabobo, cuyos restos embarcaron con Latorre el año 24. Lo único que no destruyeron, las campanas; las viejas

[22] No es su pariente; creo que tampoco es andino. Ignoro si ha muerto. Esta anonimia desoladora es la que espera a todos estos "personajes".
[23] Fueron ejecutados por Monteverde el año 12. De ellos sólo salvóse Diego José, padre de don José Jugo y de Diego Jugo Ramírez. El folleto de Calcaño es muy conocido.

campanas de la fortaleza que tenían la fecha en que fueron fundidas, bajo el escudo castellano... Se las robaron[24]. El coronel Alejandro Maduro, testigo presencial, me ha referido que después de aquellos desmanes, ya en tratos semidiplomáticos, el "Vinneta" envió a tierra un destacamento para custodiar a los mayordomos que debían hacer compras de comestibles frescos en Puerto Cabello. Iban los criados con grandes cestas en mitad de dos filas de marinos. Al regreso, a la cabeza de la comitiva, uno de los mayordomos alemanes traía un puñado de monedas de cobre y níquel con las que jugaba...

Verle una guerrilla de soldaditos andrajosos que estaban cerca, hambrientos, sentados en un zócalo de la aduana, al mando de un oficial andino, y comenzar a pedir, fue todo uno:

–¡Déme a mí! ¡a mí, musiú! ¡a mí, musiú!

El teutón paróse a considerarles un instante; sus ojos azules se nublaron de una piedad remota, y comenzó ordenada, metódica, germánicamente a repartirles la vuelta que traía del mercado, como un dios rubio, bonachón y afable entre una zalagarda famélica de seres inferiores.

Maduro y otros, llenos de dolor y de vergüenza, llamaron la atención del oficial, que al principio les contestó acremente: – ¡Bustedes no tienen qué hacer con eso! ¡los muchachos se rebuscan como pueden!

Pero al fin, convencido por las increpaciones que le dirigían, puso coto al reparto de centavos emprendiéndola a cintarazos con los infelices troperos que volvían a la formación, aterrados y temblorosos, dejando caer las limosnas, ante una carcajada colosal de los cocineros alemanes...[25]

[24] Alemania entregó sin combatir todos sus submarinos, o acorazados, 10 cruceros de batalla, 8 de segunda clase, 50 destroyers, etc.

[25] Por lo que he leído repetidas veces en sus obras, me parece que Ud. como la mayor parte de los venezolanos, está poco enterado de las circunstancias habidas con motivo del bombardeo de los fuertes de Puerto Cabello. Es una página histórica que ha quedado sin escribirse; de manera que el público está aún creyendo en los embustes de Castro. Primero esos embustes no se descubrieron por temor a Castro, y luego por patriotismo. Pero es la página más oscura que tiene toda la historia de la Venezuela decadente. Por el momento le adelantaré que la causa del bombardeo fue que unos borrachínes patrioteros arriaron la bandera inglesa del vapor mercante inglés "Topace", y al capitán y a los marinos los pusieron presos y los amenazaron con cortarles el *guargüero*. Pero uno de los marineros pudo izar una bandera pidiendo auxilio, y la noticia la trasmitió el acorazado alemán "Vinneta" al acorazado inglés "Charybdis" que se hallaba en La Guaira. El resultado fue el ultimátum que pusieron los ingleses pidiendo satisfacción por el ultraje a la bandera británica que habían pisoteado, escupido y roto a bordo del mismo vapor inglés. Castro se negó a dar la satisfacción, pues esperaba que los fuertes de Puerto Cabello, que no tenían sino cañones antiguos de esos de cargar por el hocico, amén de dos cañoncitos de cargar por el fondillo, pero medio anticuados; cañones de campaña. Y con eso quería Castro ganar un triunfo desde Caracas para escribir sus baladronadas. Castro engañó a la población de Puerto Cabello no dejándole saber la verdad, es decir, que se iba a bombardear los fuertes. Pues si la población hubiera sabido que no se trataba sino de bombardear los fuertes únicamente, no habrían salido las gentes dando gritos para la sabana, ni se habrían abandonado las casas sin cerrarlas, incluso los establecimientos mercantiles. Castro engañó a los jefes de las fortalezas diciéndoles que todo se iba a arreglar amigablemente. De tal modo que no se tomaron previsiones para llevar a tierra el presidio, y éste, durante el bombardeo, aprovechó para libertarse. En vista de que todo se iba a arreglar *amigablemente*, al jefe del Castillo lo sorprendieron los cañonazos a su fortaleza, amolándole las espuelas a un gallo. En ese

Aquí en San Carlos las cosas ocurrieron de otro modo. La relación es de un protagonista y la he confirmado luego sobre el teatro de los sucesos: "Al mes justo de haber pasado la barra el "Panther" y al mes de fondeado a la vista del Castillo fue el bombardeo. Cuando pasaron para Maracaibo en santa paz vimos que los oficiales del barco iban tomando fotografías de la fortaleza y sondajes. Yo estaba en la explanada y manifesté con el gesto que aquello estaba prohibido... Nadie hizo caso; el vapor siguió tranquilamente su rumbo. No es cierto que Jorge Bello saliera a esconderse en un médano, como han dicho; si eso fuera verdad yo no lo negaría... El estuvo con varios en la explanada. Cuervo y yo con nuestras respectivas piezas sostuvimos el fuego como se podía... Figúrese usted, ¡con unos cañones que a cada disparo salían de sitio, de emplazamiento! había que traerlos otra vez a su puesto, tomar de nuevo puntería por el sistema de rueda... Y en una de esas se me ocurrió que marcáramos con un carbón, en el suelo, las cureñas y la silueta de la pieza para tenerla en lugar fijo al disparar. Mientras tanto era una lluvia de plomo muy fea, señor. A mí me voltearon el cañón, y una piedra de las que volaba me

oficio estaba, recostado de la comandancia en una silla de cuero, cuando le reventaron el primer tiro. El jefe del Vigía, a quien le habían dicho que todo estaba ya arreglado, tenía sus dos cañoncitos atacados con pólvora y taco, para la salva que se iba a dar. Al romper el "Charybdis" los fuegos sobre el castillo, el jefe del Vigía para desahogar su indignación disparó sus dos cañones con taco. Fueron los últimos, pues un segundo más tarde yo vi cómo los certeros tiros del "Vinneta" desmontaron dichos cañones. El jefe del Vigía, con toda la guarnición, se tuvo que zumbar para abajo, sufriendo un rasguño en la caída, única herida que hubo en el bombardeo. Todo esto es en extremo cómico, si los dos cañonazos sin bala que aflojó el Vigía los aprovechó el mono de Capacho para publicar aquella *faramallería*. "Las flotas extranjeras bombardean a Puerto Cabello; de tierra contestan los fuegos". Hasta última hora Castro estuvo engañando a todo el mundo, a todos sus oficiales, a todo el Gobierno de Puerto Cabello. Yo era entonces ayudante del Jefe Civil, el General V. E. Mora, hombre de honradez y valor y modestia pocas veces hallado entre nuestros políticos. Desgraciadamente murió al poco tiempo. Hasta última hora Castro estuvo ofreciendo dar la satisfacción que se le pedía, pero no la daba. Por fin la dio, cuando ya, en manos del Cónsul americano, éste se preparaba a llevarla a bordo, terminaba el plazo del ultimátum y rompíanse los fuegos. De manera que Castro pidió perdón, y siempre recibió sus nalgadas. El vapor alemán "Vinneta", como le dije, bombardeó el Vigía, y que quedó bajo su jurisdicción, y el inglés "Charybdis" bombardeó el Castillo que quedó bajo su jurisdicción. Los ingleses bajaron tropas al castillo, que dinamitaron cuanto pudieron. También los alemanes bajaron allí tropas, pero iban de *segundo violín*, puesto que su atención estaba en el Vigía solamente. Es inconcebible la estupidez de los alemanes en haber convenido en ayudar a los ingleses en un bombardeo para defender la bandera inglesa... Esta estupidez sube de punto si se piensa que en Puerto Cabello había muchísimas familias alemanas, y sobre todo, casas de comercio e intereses alemanes, en tanto que no había ni un solo inglés ni más propiedad británica que la estación del ferrocarril, que casi no tiene valor material. Se me olvidaba decirle que con motivo de los embustes de Castro, quien tenía la guarnición de Puerto Cabello sin saber lo que sucedía, en el momento del bombardeo, creyendo que se trataba de bombardear la ciudad salieron las tropas disparando, botando en el trecho de Puerto Cabello a Borburata, 500 máuseres, que recogieron las guerrillas 'mochistas'. Yo vi al Jefe Gral. Secundino Torres, a pesar de su fama de valiente, pasar volando como una flecha. Le llevaba más de tres cuadras de delantera a sus soldados. Naturalmente que el que esto escribe también corrió, pero tengo circunstancias atenuantes que otra vez le referiré. El Gral. Mora fue el único que no corrió. *(Nota comunicada al autor en Nueva York, enero 8 de 1929, por el señor Carlos Brandt. Respecto a los detalles locales respetamos la exactitud del informante. En cuanto a que "estamos poco enterados como la mayor parte de los venezolanos", remitimos al lector a la documentación del Apéndice I de este tomo.)*

rompió la pierna. Caí; los muchachos me creyeron muerto; yo me incorporé todavía: ¡vamos, mis hijos, que cosas más serias las hemos ganado los venezolanos con el pecho!... El pueblo estaba ardiendo; la tropa fue sacada de la fortaleza y enguerrillada por los médanos; el castillo sufrió todo el fuego: melones enteros de la muralla volaban vueltos polvo... Creíamos que las descargas del "Vinneta" trataban de cubrir el avance del "Panther" cuyo calado le permitía forzar la barra, pues había ya entrado, como le dije, días antes, en son pacífico y tomando profundidades[26] ¡Y tanta gente herida inútilmente! Después vinieron los tratados y se retiraron los barcos; me queda la satisfacción de haber cumplido con mi deber, pero, naturalmente, como la lluvia de cañonazos arreciaba ¡era mucha la gente agachada!"[27].

Los hombres fundamentalmente valerosos son humanos: las crueldades o las "guapezas" de estos aspirantes a "héroes" sólo revelan las taras del degenerado inferior, ¡esas acometidas histéricas, esas valentías enfermizas, aguardentosas, escandalosas, desiguales! El poder comunica a la generalidad de estas clases dirigentes improvisadas –tipos híbridos taraceados de paludismo y de sífilis– un estado agudo de agresividad con los hombres y de lujuria bestial con las mujeres que las gentes simples confunden con la energía de tipos más depurados. Ved la diferencia que va de León Colina a Cipriano Castro. En formas más altas por la historia y por la acción, al otro extremo de la serenidad impetuosa del hombre de Las Queseras del Medio surge el valor absurdo, matoide y alcoholizado del zambo Infante en un suburbio de Bogotá.

La mayor parte de esos "tigres" que Gómez importaba a Caracas para aterrar a "los conjurados" de 1906, cuando Carnevali Monreal organizó la Guardia Civil Montada, casi toda compuesta de negros tuyeros de seis pies de alto y mozos corajudos del barrio de San Juan –y Gómez, ese Tiberio en cotizas, se refugiaba pavorizado en su Caprea de la Planta Eléctrica– eran conducidos por rebaños, por "puntas" de quince y veinte bajo la férula de un solo guardia montado hacia la Rotunda, ¡los mismos tigres, las mismas panteras que días antes aterraban a los dependientes de Las Gradillas y a los limpiabotas de la Plaza Bolívar!

No hago la anotación anterior porque sean precisamente andinos, no; igualmente ocurre en toda la república. Los venezolanos degenerados de

[26] La oficialidad del "Panther" fue obsequiada con un baile y con grandes festejos por el cónsul alemán en Maracaibo, Eduardo von Jess, y en tal virtud, se le facilitaron al comando del navío de guerra todas las informaciones necesarias para la agresión que tuvo lugar unos días después.

[27] Esta entrevista del coronel Manuel Quevedo con el autor tuvo lugar en Maracaibo, en abril de 1914 y fue publicada en esa fecha en *El Fonógrafo* de aquella ciudad, precisamente cuando Jorge Bello, prisionero de Gómez en el castillo de Puerto Cabello, sufría las mismas penas que aplicó. Bello murió en la prisión más tarde. El coronel Cabello dejó de existir poco tiempo después y hubo que recoger para su entierro. Se le debían nueve quincenas de sueldo.

hoy, con algun mando, se hacen insoportables; caídos, perseguidos, son viles y tristes como perros... Les echan y vuelven moviendo el rabo –su voz tiene inflexiones quejumbrosas como la cola del can tiene movimientos–. Frecuentemente lamen la bota que les arroja brutalmente a diez pies... La sucesión de "favoritos" en nuestras últimas "políticas" remeda esas escenas habituales en los mataderos, en los expendios de carne, en los mesones... Un menear de rabos, un dar de pequeños ladridos entusiastas, una hostilidad cómica y un desolado mostrar de colmillos al transeúnte que pasa, ajeno y asqueado, de tales meriendas de Canidia.

Los que se han comido la vergüenza y logran digerirla han dado la siguiente definición de quienes prefieren el ayuno: "¡Carecen de habilidad política!"

Habilidad... astucia... El genio griego en la figura de Odiseo encarna la aventura y la destreza de una raza respaldada por una heroicidad de antología; Ulises engaña, pero Ulises es noble y valeroso y consecuente. Lucha contra los dioses, contra los hombres, contra los elementos, pero regresa a Itaca a castigar y a reinar... A poner un beso glorioso sobre la honestidad que hila y espera; a consagrar la fe que no desmaya y el hijo que no duda... Y esa astucia, y esa aparente mala fe personifica la necesidad defensiva de un pueblo selecto entre la barbarie tenebrosa que le rodea, como nube de huracán a una estrella solitaria.

Habilidad... astucia... disimulo... El Sanhedrín acecha a Jesús porque el Sanhedrín es el estado tradicionalista, conservador –entonces teocrático, hoy capitalista–. Y el apóstol ebionita es el Socialismo, el Proletariado, la verdad del Grito. Desde un alto plano mental los grandes sacerdotes de Israel defendían intereses que debían sobrevivirles y perdurar a través de los tiempos.

Y si arrancamos a la dudosa leyenda y a la vaga tradición el concepto, mientras la crítica chata y vulgar adapta para sus bajos menesteres la interpretación de los textos, he aquí que un hombre en desgracia, que ha pasado la jornada entre gente ruda y campesina, regresa a su morada solitaria, endosa sus fastuosos ropajes de embajador, ciñe la espada de oro de la república, enciende todas las luces del salón y pónese a revelar al pueblo, so pretexto de aconsejar al Príncipe, en un tratado admirable, las argucias y las asechanzas, el dolo y los dobleces y las farsas que forman todo el *quattrocento.* Detrás del secretario florentino estaba la Unidad de la Patria; detrás de Maquiavelo estaba "la más grande Italia"... Su jubón cortesano se destaca, en la perspectiva de la historia, junto al ropaje teologal de aquel que contemplara a Beatriz formando un ramillete de estrellas...

En los días modernos, respondiendo a un ideal que consumió su vida, un canciller falsifica el telegrama que ha de originar una guerra. Esa guerra es la afirmación de su patria, como él la entiende...

Llenas están las historias y tejidas con intrigas cuya trascendencia sólo puede medirse en el espacio y en el tiempo. La grandeza de España bajo los reyes católicos estriba más en la astucia de Fernando que en las corazonadas de Isabel; más en la habilidad de Cisneros que en el flamenquismo pantagruélico de Carlos V; más en el jocundo disimulo de Antonio Pérez que en la teocracia de Felipe y que en las hazañas inútiles de sus tercios. A todo lo largo de la Edad Media Venecia alista sus naves para el mar y sus embajadores para los hombres. Julio II es inferior a Sixto V; Hildebrando consigue menos en Canosa de lo que alcanzara relativamente en nuestros días Pío XI...

¡Pero estas entidades, estos Miguel Peña, estos Leocadio Guzmán, estos Wenceslao Urrutia tracaleros, estos Amengual mañosos, estos Velutini disimulados, estos Andrade farfullos! Ulises, Caifás, Maquiavelo, Sixto V, Fernando de Aragón, Cisneros, Antonio Pérez, Maeternich, León XIII... ¡comparsa de malos disfraces en un baile de trajes, coro ululante de una alegre opereta vienesa!...

Y son estos tipos "representativos", y muchos más que huelga nombrar, los modelos a que quieren ajustarse una porción de señores que van por ahí con los fondillos raídos de tanto instalarlos en las butacas de todas las antesalas, ¡partida de generales del género *virgo prudentísimo;* legión de doctores que como abogados defendiendo pleitos de aldea o como médicos recetando bicarbonato jamás han logrado reunir las veinte pesetas diarias! Métense a "disfraces" de ministro o de embajador, de militar o de doctor Pantalón, y amasan una fortuna en dos años y pasan "a la historia" que ellos mismos, pobrecillos, se hacen la ilusión de que la están escribiendo...

Bajemos aún más de nivel. Castro, por ejemplo, no tiene tal "habilidad". Es, sencillamente, un hombre de vulgar mala fe y enfermo de editoriales. De mala fe salió del Táchira; con la misma deslealtad con que engañó a unos ¡hasta con idénticas palabras! engañó a los otros y fundando una pequeña escuela de cinismo que luego se ha generalizado, escribe cartas públicas como la que dirigió a Hernández el 19 de marzo de 1904, tras lanzar proclamas que se redactaban de mala fe, se aplaudían en mala fe, circulaban a favor de la mala fe, se combatían, asimismo, con igual mala fe y de toda esa vasta engañifa, de toda esta mentira mutua ha llegado a cristalizarse la moral en que ahora se basa su prestigio. ¡Quizá a qué cinismo vertiginoso, aun desaparecida su persona, descenderá todavía la Venezuela de mañana! Porque Castro será la primera víctima de la traición ambiente...

Todo el día ha sido de fiesta. Y como los jefes están "patrióticamente" entusiasmados, los presos no hemos comido hasta en la tarde, que pasaron a encerrarnos. Ha habido brindis en la comandancia. Un bachiller de Maracaibo ha pronunciado un discurso. Lo sabemos porque lo leen en alta voz dos oficiales de la explanada. Parece ser que ha llamado a Castro

"hegemón" y ha dicho de Bello que "como Leonidas en las Termópilas", etc. Sí –comenta Carvallo– ¡probablemente quedará uno solo para contarlo!

El doctor Vivas, tocado también de entusiasmo patriótico, se ha puesto a declamar "Mi Delirio sobre el Chimborazo" – que la gente dice que es "un monumento literario", pero que muy modestamente me ha parecido una "debilidad literaria" del Libertador; una página en "do mayor", altisonante, rebuscada, alambicada, chatobrianesca; sedimento de lecturas románticas y de resabios "clásicos"; un poco de aquella detestable onomatopeya "horrísono fragor de ronco trueno"; contagio del estilo metafórico, olmédico; infección de la prosopopeya de la imagen y del ditirambo abracadabrante, ¡todo ese piélago de metonimias en que flotaban los letrados de la época agarrándose al clavo encendido de una hipérbole cualquiera!

Los románticos más tarde, bajaron la prima. Escribieron sus ñoñerías unos con talento y excelente desenfado, otros con excelente métrica y ningún talento... Era el período de los "ayes" del alma y del falaz cazador que mata la cándida paloma. Esta paloma generalmente llevaba en el pico "las quejas hondas de mi laúd". Hasta Guzmán Blanco, y aún después, a pesar del Delpinismo[28] porque se siguió lloriqueando en verso "ajustado a los cánones" porque hasta Abigaíl Lozano, algo anterior, que fue inspirado, incurría én octavas con una monotonía atroz. Mi respetado amigo don Felipe Tejera compara un alejandrino de Lozano con cierto salmo de David. La generación de los Calcaño *nuñezdearzó* bastante bien; hubo novelines muy semejantes a los de Lamartine en los que casi todos los personajes toman leche de cabra; pero a fuerza de sonetos, octavas reales y endechas se fue tirando hasta que aparecieron "los nuevos" entre quienes al principio hizo estragos la *María* de Isaacs que tanto humedeció el pañuelo de nuestras abuelas. Por estar adaptando absurdos a lo nuestro, se convino en llamar a ésta "la generación del 98" –imitando a la de España–. En efecto, son nombres y obras que merecen un estudio especial. Tenían una personalidad más destacada. Tal vez disfrutaron de la movilización intelectual de valores que hubo para esa época en la literatura peninsular. Se comenzó a saber sonreír sin mueca académica ni carcajada plebeya. Cierto mosqueterismo en las letras y en la vida ennoblecía la profesión ¡hasta la virulencia cerrada y rabiosa de la oposición retemplaba el acero de algunas plumas y comunicábales personalidad! La cultura de la clase media, lectora, era mucho mayor que antes e infinitamente superior a la de ahora.

No se *pedían puestos;* se discernían. Los hombres contendían en un terreno honesto, sin subterfugios ni viles torceduras hacia el "chisme" o la socaliña indecente o la adulación sucia que quiere comer de la paliza

[28] Fue una burla de la juventud intelectual a la pedantería guzmaníaca: se tomó como propagandista a un pobre señor chiflado de apellido Delpino y se le hizo una apoteosis absurda y regocijada. Los estudiantes hicieron algo parecido para satirizar a Castro con un tal Sacre.

misma que esté llevando el combatido. Ya para la época de Andueza, el poder irradiaba seducciones. La juventud seguía, como siempre en estos últimos tiempos, el ejemplo "oficial"; se bebía, se jugaba, se amaba de un modo escandaloso y desbordante... Pero "el continuismo" vio erguirse ante él una juventud, una opinión, un pueblo... Vino la ola militar del 92 y hasta hace diez años, si unos valores claudicaban otros surgían... Vencida la Libertadora, la patulea ha sido espantosa. De los corredores de *El Constitucional* se filtran hasta *El Cojo Ilustrado* una porción de "orfebres", pelafustanes, malos imitadores de Díaz Rodríguez en prosa, granujas sin oficio ni beneficio metidos a lugonescos... Llegaron las "pompas del crepúsculo", "los puñales de la voluptuosidad", "las pieles de pantera"... Cada orfebre de éstos tiene un león para su uso personal, un león "que ruge" y un ruiseñor "auritrinante". Se obsequia el "sandwich" literario: el pedazo de carne o la choriza de un sustantivo entre dos rebanadas de adjetivo: "pulcras manos ducales"... En política el estilo muy personal y muy suyo de Eloy González se deriva hacia los editorialistas y escritores de "cartas abiertas" en una serie de truculencias inauditas. En política Castro "sombrea el Continente"; en literatura "Gumersindo" es "como un águila caudal". Hay dentro de la gran escuela, una pequeña capilla que cultiva a fuerza de imbecilidad y de rebuscas el estilo *pitiminí,* la miniatura, "puliendo" la frase... De aquí partirán a volar las más graciosas bandadas de avutardas... No pudiendo subsistir otra publicación –*El Cojo* ya se resiente del tropel mediocre que le invade y ha de acabar con él– no queriendo refrenar por más tiempo el anhelo de figurar, jóvenes portaliras se lanzan a la alberca de la esquina del Conde, y allí con la añagaza de consulados y puestos secundarios se logra mantener en derredor de Castro un coro de serafines que entona cánticos y "estira" telegramas...

A los que fustigan fuera o se ocultan en sus moradas o agonizan en las cárceles se les denomina "los eternos descontentos", "los enemigos de la verdadera grandeza de la Patria", los "perniciosos", los apestados, que no se deben nombrar, que no se deben citar y que si respiran es por la piedad del general Castro, siempre magnánimo, que no ha querido decretar la extinción del oxígeno...

Falta la noble risa. Porque las sátiras se esgrimen de un modo amargo y avieso contra los caídos. Cada vez que Castro echa a rodar escaleras abajo una serie de "favoritos", periodicuchos viles comienzan a ridiculizar la manera de andar el caído después que le han partido una pierna... ¿Esta es la oposición embrionaria, esto es el sentimiento hostil y latente contra la injusticia? Ridiculizar y calumniar a los nacionalistas antes de la Libertadora para que ría Castro rodeado de los amarillos; calumniar y ridiculizar a los amarillos abrazándose de los nacionalistas, después de la Libertadora, para que baile Castro... ¡Y dentro de estos extremos pasear un equilibro de cuerda floja a la vista del "infinito número de los necios", que dice la Escritura!

Falta el concepto social, la noción sincera de la tradición en la familia, ¡falta hasta la humana y naturalísima ridiculez de mantener una reputación honesta aunque inédita!

¡Estas "aristocracias" de isleños y de importadores de aceitunas y de nietos de *musiú* Fulano que se creen mejores que los mismos isleños y los mismos importadores de aceitunas y los *musiús* Fulanos todos que continúan pululando y reproduciéndose en derredor! ¡Estas gentes de "sangre azul" con las mucosas moradas! ¡Toda esta necia y estúpida y caprichosa diferenciación que sería respetable si fuese consecuente consigo misma, pero que así interpretada sólo contra los humildes o los caídos o los desheredados de la suerte, no pasa de ser la más cómica, la más risible, la más estólida de las ridiculeces!

Ni los negros saben ser negros, y tener dignidad de su piel; ni los blancos apoyan su concepto de superioridad racial en ninguna excelencia moral. Y diluyéndose entre los dos grupos, una zarabanda, un cotillón de todos colores cultiva el exhibicionismo de todas maneras.

El sol retostó los muros descascarados. Las moscas están pesadas, insoportables... Dentro del calabozo no se puede dormir: el calor, el hastío, la exacerbación... La ráfaga trae, alternativamente, con el rumor de las olas fragmentos de valses nacionales, evocadores de otros días que no volveremos a vivir jamás. Es la retreta del 5 de julio. Uno que otro cohete, que no vemos, y se eleva en nuestra imaginación llorando luces.... Trato de conciliar el sueño, de soñar, de olvidar....

Pero de repente vibran en la explanada ternos y cintarazos... Se oyen carreras, voces. El jefe de día sorprende dormido a un centinela. Y el vapulado gime, pueril:

–¡No me pegue más, mi capitán, no me pegue más que hoy es 5 de julio!

La respuesta es una serie de golpes y de palabras indecentes: –¡5 de julio ¡Qué 5 de julio ni qué ajo! ¡aquí lo que se cuenta es el 23 de mayo! ¡y si lo vuelvo a encontrar dormido, le mando de filo!

Al fin se aleja. El muchacho debe estar sollozando. Tose y escupe su llanto de resignación en la noche...

. . . .

. . . .

"Del calabozo de al lado sacaron esta mañana un muerto" –informan por "inalámbrico" desde un foso lejano.– "Aquí hay otro, moribundo"... Guardamos silencio; alguno inquiere:– ¿ Y las familias?

–¿Las familias? Buenas, gracias....

....

....

Olavarría ha tenido una pesadilla terrible; le despertamos y todavía mira asombrado, sin darse cuenta de lo que le pasa:

–¿Cuánto tenemos hoy y qué mes?

Nos vemos las caras. Nadie sabe. Vagamente calculamos que será cosa de agosto u octubre.

Y se ha quedado triste en un rincón, mirando al suelo.

Uno de nuestros compañeros ha caído enfermo de súbito. Vómitos violentos; el rostro congestionado.... La estación hace días viene determinando en nosotros una soñolencia inquietante; cáense nuestros párpados; el sudor nos corre en hilillos por la piel. Dentro del calabozo hay una temperatura de 34 a 35 grados. Fuera, el sol inmisericorde quema los muros y reverbera en las arenas del foso. La perspectiva deslumbradora del murallón penetra por la puerta del calabozo. Desde temprano se agota el agua dulce.... Para remediar aquel amago de congestión mojamos pañuelos que vamos renovando sobre la cabeza del enfermo. Las dos, las tres de la tarde....

Pero hay un rumor de cerrojos que se descorren. Y uno de nosotros grita, instintivamente:

–¡Vienen a poner en libertad!

Ha llegado Granés, otro oficial y el turco.

–Pueden alistarse –nos dice a Carvallo y a mí. Los pobres compañeros que se quedan nos ayudan a arreglar el mísero lío de ropas.

–¡Les llevarán para la cárcel de Maracaibo!– exclama uno.

–¡Allí estarán mejor!

Nos estrechan en sus brazos y volvemos el rostro para no mirarles. Nada hay más triste que dejar en el calabozo a un amigo....

–Ahora nos llevarán para los Castillos de Guayana, es lo que nos falta.

Pero el oficial, sin contestarme, sonríe.

Entre los presos es muy conocida la frase de Víctor Hugo: "Cuando el carcelero sonríe, la cárcel se abre."

En efecto, Granés nos informa que la orden estaba allí desde hace tres días pero que es costumbre no comunicarla al agraciado hasta tanto pase una embarcación para Maracaibo; y que habiendo llegado esa tarde una goleta iban a ponernos a bordo, en libertad [29]. Añade que si queremos ir a ver al general Bello...

–Si es necesario pasar por delante de él para salir, iremos: si no, no.

De súbito, los rostros de todo el mundo han cambiado: el turco mismo parece menos turco. Y pasada la primera impresión, cuando ya en el puente de la goleta contemplamos sobre la tierra amarilla la blancura

[29] En cierto baile dado a Castro a fines de 1907, una de las señoritas hijas del doctor Francisco González Guinán, aprovechando el buen humor del "héroe" durante la fiesta, pidióle nuestra libertad... Al principio respondió con evasivas, pero la niña, llevándole afablemente al despacho de su señor padre, púsole la pluma en la mano para que firmara la orden. Sea esta breve nota, profundamente sentida, la expresión de mi gratitud.–J.R.P.

desigual de las murallas como un sudario que velara un cuerpo, nos invade una extraña tristeza. La melancolía profunda de seguir siendo esclavos; la libertad envenenada por la idea de una "gracia" que no se exige; la humillación de no poder castigar el largo atropello... Así debe salir del hospital el herido a quien se le impide vengarse; esa misma sensación de repugnancia física y moral, ese profundo despego de sí mismo de quien desea vivir porque no ha logrado morir. Sensaciones confusas que se mezclan al egoísmo de estar sano y salvo y al vejamen de no poder hacer sentir esta salud.

Es una tarde cálida. El capitán de la goleta –cuyo nombre he olvidado, desgraciadamente– nos ofrece con hidalguía cordial de marino y de buen coriano, cuanto a manos tiene para hacernos grata la travesía. Mi compañero y yo hemos hablado una porción de cosas ajenas a nuestra situación; no terminamos aquella extraña e ininterrumpida conversación en cuyo fondo late un ahelo contenido de acallar con palabras la profunda tristeza que nos agobia.

Ambos somos jóvenes y fuertes. La vida se extiende de nuevo, prometedora, ante nosotros. ¡Vimos sucumbir a tantos! Y sin embargo nuestro corazón se queda un poco allá dentro, bajo la caparazón asolada de piedra, donde los otros sufren y sudan y agonizan en el implacable tiempo, sin calendario, ni piedad, ni esperanza...

Es una tarde calurosa. Las balizas clavadas en los bajos fondos marcan la ruta del barco por un agua amarillenta, revuelta, de fiemo, que limitan o playas de arena y medanales, o riberas de un verde acérrimo. Poco a poco, lentamente, bajo el calor sofocante, avanzamos en el crepúsculo...

Las velas fláccidas; gimen las cordelerías; a las jarcias trepa un rapaz:

–Allí está Maracaibo –dice. Señala tras la vuelta de Capitán Chico, el islote a la entrada del gran puerto occidental.

Toda el agua de púrpura un largo instante; el cielo es como la colgadura de una tienda bárbara. Son coloraciones de una inaudita fuerza... Y suave y dulcemente el rojo pasa a cobrizo, a plata oxidada, a gris... Una estrella solitaria cae, temblando, en la laguna.

Cuando penetramos en las aguas de la dársena, ya no se distingue la ciudad sino por el collar de lámparas que dejan su inverosímil hormigueo de luz sobre las ondas, y refléjase en ellas la doble orla de cocoteros. Inclinando hacia el lago las alborotadas cabezas dijérase que rezan. De distancia en distancia, un foco traza desde la ribera hasta nosotros su senda dorada e imposible.

–No nos dejarán desembarcar hasta mañana. Es ya muy tarde –advierte el capitán.

Se arrían velas; a pesar del calor ha sido necesario poner un toldo. Un aguacero de gotas tibias, anchas, pesadas, azota las embarcaciones amarradas que cabecean, el agua dormida que se riza en un calofrío sensual, la ciudad de la que llegan rumores de voces, un pito desgarrador de

sereno, la campana de un tren, el fragmento musical de una banda lejana.

Desde la borda, tendido, clavo los ojos en las luces del puerto; trato de calcular distancias, de precisar sitios, de establecer recuerdos. Sólo estuve allí muy niño; luego, de paso, algunos días, en 1906, y no reconozco ni los lugares ni los aspectos de las casas...

Estas luces de la izquierda son las quintas del Milagro; aquel farolillo errante como un cocuyo, que aparece y desaparece entre masas de sombras, debe ser un tranvía... el tranvía que debo tomar mañana, el clásico y viejo tranvía, con su mula perezosa, con su conductor parlanchino que tiene algo de barbero y que arrea, bajo el sol, por entre las barrancas rojas y las mansiones pintadas de blanco y las bajas palizadas de curarire, su eterno armatoste con ruedas, trepidante y bonachón como un borracho de buenas costumbres que regresa a almorzar... Se detendrá en una de aquellas pequeñas quintas. Bajaré en dos saltos y besaré, con los míos llenos de lágrimas, los pobres ojos tristes de mi madre que están casi nublados de tanto llorar...

Acaso esta brisa que va rizando la superficie del agua en donde palpitan las primeras estrellas acaricie las canas de la mujer que estará ahora mirando, desde la playa, todas las embarcaciones que regresan al puerto. Los hijos que devuelve la aventura del mar; los hijos que vomita de su vientre de piedra la crueldad infame de estos bárbaros que han deshonrado la especie humana.

CAPITULO XI

Los prolegómenos del 19 de diciembre – Castro se embarca – Paúl y Planas – La misión Tellería – Promesas de ahorcado – Por qué regresaron "los caudillos" – Holanda agresora – Curazao, Antilla holandesa, controlada por Caracas – "Comienza la escena en la plaza"... – El "cuarto de hora" de Rabelais – Y "¡el general que no llega!"– "El pueblo está callado"... – Los motines – La primera sangre – Sigue la farsa – Los del "hilo" y los del "filo" – El encantamiento roto...

ANTES, MUCHO ANTES de partir Cipriano Castro para Europa, Gómez, que estaba en cuenta del proyectado viaje, por medio de doña Zoila logró convencer a aquél, valiéndose de la inquietud de la pobre esposa ante la salud del marido, de la necesidad urgente en que estaba de hacer semejante viaje para ponerse en manos de un especialista, el cirujano Israel, de Berlín, garantizándole que durante su ausencia él, Gómez, conservaríale el poder y le daría frente a los conatos "revolucionarios"... Para esa fecha ya había celebrado pactos secretos con éstos en Caracas y en el extranjero por boca de agentes o comisionados especiales, solicitando apoyo en su reacción contra Castro[30].

Desde los días azarosos de su enfermedad y en el curso de ella Castro se había ocupado sigilosamente en la compra de un barco de guerra en

[30] Poseo la nómina de cuantos desterrados en Nueva York y en las Antillas, en las cárceles de Venezuela o fuera de ellas habían contraído compromisos con el Vicepresidente Gómez para cuando "se resolviera a la evolución", es decir, a la traición que este eufemismo descubría. Se ha visto cómo se contaba con esta "reacción" contra Castro. Desde el vencimiento de La Libertadora, y aún mucho antes de la batalla de Ciudad Bolívar, 1903, entre Gómez, jefe de las fuerzas del Gobierno y los régulos revolucionarios existía una "entente" conocida por todos. La burla de 1906, no fue sino una manera de Castro hacerle ver a su "compadre Juan Vicente" que él estaba en cuenta de sus maniobras. "Puede usted hacer lo que le *"indican sus amigos"*, decíale poniendo toda su malicia en aquel verbo en *presente indicativo* en telegrama de 29 de Mayo, desde La Victoria, como respuesta a la carta melosa y "sentida" que le dirigiera el día anterior... La correspondencia cruzada entre estos dos hombres – árbitros de la suerte de una nación–, es un monumento de vergüenza: menosprecio, insensatez, megalomanía y despotismo de un lado; bajeza, hipocresía, deslealtad, servilismo de otra parte... Corre inserta, íntegra, en los *Documentos del General Cipriano Castro*. Imprenta Nacional, Caracas, 1908. Se editó este último tomo en octubre. Luego trató de recogerlo el Gobierno de Gómez después de la infidencia del 19 de diciembre, pero quedaron algunos ejemplares cuya colección está en mi poder. Parte de esta correspondencia puede también leerse en las ediciones de *El Constitucional*.

Alemania por conducto de Nicolás Veloz Goiticoa, Encargado de Negocios en Berlín. Gómez supo, o por candidez de doña Zoila o por los agentes que mantenía en la habitación del enfermo, que éste le había dado contra orden a Veloz Goiticoa acerca de la adquisición del buque, pues tenía resuelta su partida. Gómez refirió esto mismo a un grupo de amigos, entre quienes se encontraba Bernabé Planas, a la sazón jefe de Protocolo en el Ministerio del Exterior y entusiasta reaccionario. Charlando en cierta ocasión Planas con José de Jesús Paúl, Ministro de Relaciones Exteriores, acerca de los asuntos del día, hubo de referirle lo de la contra orden comunicada por cable a Veloz Goiticoa. Paúl, que nada sabía de la compra de tal buque, ya que toda la negociación se había intentado a espaldas suyas, le refirió a Castro lo que acababa de saber por boca de Planas. Castro ordenó entonces a Paúl que llamara al informante y le preguntara de qué manera y por quién había sabido esa noticia. Al ser requerido Planas por Paúl contestó que no podía revelar el modo cómo llegó tal cosa a su conocimiento y que aun cuando se hallaba muy pobre y se daba cuenta de lo que su negativa significaba, corría el riesgo de guardar el secreto. Paúl lo comunicó así a Castro. Planas fue destituido.

Ya embarcado Castro, y aun antes de saludar con el célebre "no os digo adiós, sino hasta luego" el último litoral de la República, continuaron activamente las negociaciones entre Gómez y "los revolucionarios".

Una mañana de noviembre de 1908 apareció en el *New York Herald* el cable de La Guaira donde se informaba que el general Cipriano Castro había embarcado allí en el vapor francés "Guadaloupe" con destino a Europa.

Dados los antecedentes que existían, fueron a visitar al general Arístides Tellería, residente en Nueva York, el general Nicolás Rolando y el señor Oscar Larrazábal, este último obrando con poderes del general José Manuel Hernández en asuntos revolucionarios en cuya virtud habíase ya constituido una Junta de que era Presidente el general Ramón Ayala y Vicepresidente Larrazábal.

Tanto Tellería como Ayala habían servido largamente a Castro. El primero actuó como jefe de Estado Mayor en la campaña de Occidente, desde Barquisimeto, en donde quedó el general Diego B. Ferrer, después de la toma de esta plaza, asistiendo en tal carácter a la jornada de "Matapalo" que le valió a Gómez en la literatura abracadabrante de Castro el título de "el Salvador del Salvador" pronunciado por éste y sus cortesanos entre dos amables sonrisas... Gómez, desde entonces, manifestaba cierta inclinación a Tellería e hizo elogios de él al "Jefe" cuando regresó a Caracas. Es deplorable que dos hombres de las condiciones de Ayala y Tellería rodearan al primer déspota andino. De otros tal actitud no era extraña; de ellos sí. Caro pagaron ambos su situación al lado del funesto hombrecillo que les sacrificó en Coro, abandonándoles a sus recursos

frente a una revolución formidable. Quemaron allí el último menguado cartucho de una resistencia sin esperanzas y quedaron prisioneros del invasor. Más tarde, en 1905, en la interinaria de Gómez, Tellería entra al gabinete con la Cartera de Fomento. Renunció su cartera luego y en carta de fecha 18 de junio de 1906, dirigida a Castro, a La Victoria, se despidió de él a pretexto de un viaje de negocios, permaneciendo desde entonces en el exterior.

Debido, pues, a todas estas circunstancias y a algunas otras que no son del caso mencionar aquí, y teniendo razones de crédito Tellería para con Gómez, a él se dirigieron los ya citados señores para tratar del inesperado viaje de Castro. Larrazábal –obrando por Hernández– y Rolando le consultaron concretamente si él creía que Gómez "reaccionara" o no....

–Yo no puedo garantizar que reaccione –fue la respuesta–, pero si alguien me garantiza a mí lo contrario, no lo creería.

Rolando asió entonces la oportunidad:

–Pues bien, general, explórelo usted; aun cuando yo creo que ese hombre (Gómez) es muy servil de Castro.

A lo que objetó Tellería:

–Sí, pero está muy herido con la befa de la Aclamación... Yo no podría, sin embargo, explorarlo sin prometerle nada, y sólo lo haría en el caso de que los generales Hernández y Rolando me autorizaran en el sentido de prestarle apoyo.

Larrazábal, quien desde el primer momento se manifestó decidido por la evolución, cablegrafió el mismo día de la conferencia anterior al general Hernández, que contestó favorablemente capacitándolo para autorizar a Tellería en la forma indicada, y conjuntamente, Larrazábal, en nombre de Hernández y Rolando, dirigieron una carta a aquél facultándolo para ofrecer su contingente a Gómez *si se independizaba en el Poder, prometía cambiar de sistema de Gobierno e implantaba un régimen de libertades.* El general comisionado se embarcó dos días después y halló que iba a bordo el doctor Domingo B. Castillo, a quien le confió en Curazao su correspondencia para Gómez y para el doctor Leopoldo Baptista, correspondencia que fue entregada eficazmente por el portador con fecha 9 de diciembre [31]. Puede suponerse la influencia que tendría esta negociación sobre el vacilante ánimo de Gómez, quien se encontraba entre la urgente necesidad de tomar partido contra su protector –ya descubierto–, el temor a que una revolución le envolviera, a que la opinión mejor encaminada que como se la encaminó le barriese del poder como una piltrafa; y ante la angustiosa perspectiva de la serie de puntapiés que significaba para él el regreso de Castro. Los que intenten ahora

[31] El doctor Domingo B. Castillo, residente en Guayaquil, publicista y hombre de grandes méritos intelectuales, publicó en el destierro su libro *Mano Lobo*, que es un reflejo vivo del estado social de Venezuela en una época poco estudiada, la que precedió a la debacle del partido liberal amarillo de Venezuela, y donde deben irse a buscar los elementos psicológicos de que carece la literatura histórica y novelada, superficial y pintoresca, que entusiasma a las nuevas generaciones: personajes de cartón pintado sobre un paisaje maravilloso.

falsificaciones históricas tras el largo silencio cobarde de otros días podrían fabricar especies a cual más regocijadas acerca de la triste "evolución" de diciembre. Por desgracia la verdad es tan sin relieve, tan desolada, tan miserable, que en ella la sanción de los actores y el castigo de la *claque* van conjuntamente.

En Curazao, donde aguardaba, recibió Tellería la correspondencia de Caracas en que se le autorizaba *para llamar* a los generales Hernández, Rolando, etc. En esta forma u otra por el estilo resolvieron regresar al país los desterrados en Europa, Estados Unidos, las Antillas, Colombia, etc[32].

La gente mendaz y cortesana que escribe "para la propaganda" –uno que otro rábula, uno que otro ingenio que se aviene a prostituir su inteligencia, y el coro de pingüinos que marcha graznando detrás y repite por boca de ganso los deplorables argumentos de tantos años de mentiras y estupideces–,la gente cortesana y mendaz que se dedica para estos usos, ha ido por ahí repitiendo la especie de que Gómez "le abrió las puertas de la Patria a los ingratos "revolucionarios" y les colmó de beneficios y de honores recogiendo en pago la más negra ingratitud...."

[32] Además recordamos entre los que regresaron al doctor Pedro Ezequiel Rojas, al general Ramón Ayala, al general Gregorio Segundo Riera, al general José María Ortega Martínez, al general Zoilo Vidal, al general Juan Pablo Peñalosa, al doctor Carlos Rangel Garbiras. Unos eran los jefes de revoluciones vencidas, otros simples disgustados o separados por motivos diversos y en fechas hasta recientes del "favor" de Castro. Con todo, entre los militares y en la oposición, descollaban hombres de auténtico valer... Jacinto López, César Zumeta, Rufino Blanco-Fombona y algunos escritores de primera línea, mantuvieron una campaña de prensa formidable. Su regreso a la patria fue saludado por una juventud entusiasta. Unos –¡casi todos!– quedáronse para siempre en la cómoda y llevadera vileza dorada; otros escasos –¡casi únicos!– reaparecen en la dura batalla del destierro. El malogrado Pío Gil comparó a los escritores de la oposición en estas dos etapas de barbarie con los volcanes: al apagarse unos entran otros en actividad... Honra y justicia, no obstante, para cuantos mantienen el penacho de llamas iluminando una noche inacabable; honra y justicia porque no son muy dados a reconocerla ni otorgarla los mismos que a ellas se acogen y que por ellas tienen un puesto en la beligerancia... Mientras el autor de *El Cabito* desempeñaba puestos en los juzgados de Castro o se le nombraba con López Baralt para la comisión de límites con Colombia, los hombres a quienes su pluma iba a combatir acremente más tarde fulminaban la situación ante la cual, si no cómplice, era pasivo el doctor Pedro María Morantes. Después él, a su vez, reemplazaría a los "volcanes" que dejaban de estar en actividad. He tenido siempre una admiración pura y fuerte por el escritor andino, pero ello no impide que deje pasar inadvertidas las circunstancias que a todos rodean y a no refutar cierta propaganda que se pretende sombrear con una justicia póstuma, de un celo sospechoso, lo que en su hora y en su día no supieron aplaudir, ni elogiar ni proclamar con las habilidosas maneras que ahora emplean. No; estos asuntos entre hombres de mérito positivo y de conciencia de su fuerza, jamás se resienten de mezquindades regionalistas o estrechas jurisdicciones mentales; tales luchas quedan para los *ratés*, para los que erradamente se acogen a las letras como a un asilo de inválidos. En la literatura, como en toda otra manifestación de la actividad intelectual, cuando veáis un justiperito de éstos comparando, jurad que se trata de esos seres perdidos en la niebla de la fea tristeza del bien ajeno, que dijo Ripalda. Igual cosa ocurre entre los militares que tienen relieve propio y que saben mirar con simpatía los méritos del compañero. La lucha que se ha emprendido va, precisamente, contra el predominio de la enorme mediocridad que aplasta la república y esta legión de "simuladores del talento" son la plaga más dañina para los nuevos sembradores... Las cosas no se afirman porque las deseamos llevar a cabo sino cuando las *podemos* poner por obra. Todo fracaso supone una acción. Los pueblos en decadencia son las tropas mercenarias del éxito. Y el éxito se llama Juan Vicente Gómez.

Es muy gracioso....

Bañábase un caballero portugués y arrebatándole la corriente iba río abajo, entre alarido y trago de agua, cuando alcanzó a distinguir a otro caballero enemigo en la ribera:

–¡Si me sacas de esto –le gritó– te perdono la vida!

El divino calvo amenazando con la crucifixión a los piratas sicilianos que le tenían cautivo revela la valentía genial del gran capitán que triunfó en Munda....

Lo de que Gómez abriera puertas cuyas llaves no tenía y ofreciera garantías de ahorcado, son cosas para que rían tres generaciones.

Gómez fue un Presidente a empujones; el guiñol de unos cuantos señores; el Poncio Pilatos de una "jerusalén" mal representada en la Plaza Bolívar de Caracas y que sacaban a que se lavara las manos en la jofaina de la opinión pública, ¡esas manos más negras que la tinta con que se escribiera el llamado "programa de diciembre"!

El 12 de diciembre se presentó frente a La Guaira en son de ataque un crucero holandés que ya había capturado aparatosamente algunos barquichuelos venezolanos en las costas de Coro[33].

[33] En un número del *Fijdschrift der Vereinigen Hou'en Trouw* de Amsterdam, y con fecha 9 de abril de 1908, apareció una carta dirigida a cierta corporación comercial por el señor J.H. de Reús, Ministro Residente del Reino de los Países Bajos en Caracas, cuyos conceptos acerca del Presidente Castro dieron lugar a una nota del Ministro de Relaciones, Paúl, en 20 de julio, remitiendo sus pasaportes al señor de Reús, y en la que se hacía presente que tal determinación –como con igual fecha se participaba al Canciller de Holanda– era tomada, no contra el Representante de la Nación amiga sino contra la persona "non-grata" de su enviado. El Gobierno Holandés tomó las cosas de otro modo: el 25 de julio llegó el crucero *Gelderland* a aguas territoriales de Venezuela, fondeó primero en la rada de Puerto Cabello y al otro día en la de La Guaira, sin hacer los saludos de ordenanza a su entrada y salida de puertos venezolanos, tras recoger al lanzado diplomático señor de Reús y negarse a recibir las visitas que la falúa de la Aduana, en uno y otro puerto nombrado, fuera a hacerle en cumplimiento de los reglamentos. Fue el 26 que se marchó de Reús. Ni la venida del crucero ni su objeto se participaron a las autoridades, como era debido. Para destacar más aún la descortesía, cuando los cónsules holandeses de Puerto Cabello y La Guaira llegáronse a visitar el crucero, se les saludó con siete disparos... La Holanda prudentísima, en cuyas aguas operaban submarinos y cuyos cielos violaban zeppelines de 1914, sin duda había fatigado la energía y el quisquilloso orgullo de mejores días cuando se trataba de países remotos del Caribe. Que Castro fuese lo que fuese no era disculpa, tanto más cuanto que ahora, complacencia que ya raya en complicidad, es otro bárbaro, ignominioso y artero, cuenta con todo su apoyo y con un canje de honores a que de una manera tan... solícita se prestaba hasta ayer su ministro de Artillac Brill. La gentualla de Curazao que ha vivido del contrabando con la costa de Venezuela y cuyo comercio y cuya única razón de existir como escala obligada de algunas líneas de vapores que hacen la carrera de nuestros puertos está en manos de esa voluntad estólida que parece regir nuestros intereses, la negrera irritada y azuzada por algunos agitadores imprudentes cuya actitud merece la más áspera censura, lanzóse sobre las oficinas del Consulado de Venezuela, rompió el escudo, pateó la bandera y amenazó de muerte al Cónsul... Hasta la hora de embarcarse, bajo una lluvia de piedras, alguna de las cuales alcanzó al propio Procurador de la Colonia, aquella horda vociferante comprendió en una sola injuria la noble República y la persona del dictador. ¡Qué éstos son los frutos de desconcierto y de insensatez a que llevan las dominaciones estúpidas! Todo el proceso está relatado en comunicación oficial de nuestra Cancillería a la de Holanda en 28 de ese mismo mes. No era simpatía de vecinos hacia la opresión venezolana lo que guiaba esas "manifestaciones" y los artículos que aparecían en *El Imparcial*, *La Cruz* y *Amigos de Curacao* toda vez que ahora *no se puede escribir una línea* contra el déspota actual; y el gobierno de esa Colonia de Su Majestad la Reina de los Países Bajos aparece por muchos aspectos como una sucursal de la Prefectura de Caracas... Era un interés mezquino, desca-

La noticia comenzó a circular en las primeras horas de la mañana del 13, que fue domingo. Valido de esta excitación "patriótica" un grupo de personas adversas a Castro, o que se consideraban "caídos" con éste, al tanto como estaban de las negociaciones del Vicepresidente Gómez y los revolucionarios, concibieron el plan de finalizar sus labores en el sentido de lanzar a Gómez convocando una gran manifestación popular para las tres de la tarde de ese mismo día, tomando como pretexto protestar contra la agresión de Holanda. Desde tiempos de la Colonia, hallaréis a través de la historia de Venezuela, este sistema de organizar "manifestaciones" haciendo ostensible un propósito distinto del que en realidad se lleva. Así procedió ya Juan Francisco de León en 1749.

Desde las ocho de la mañana algunos estudiantes y gente del pueblo se habían comenzado a reunir al pie de la estatua del Libertador en la Plaza Bolívar... Los limpiabotas, los cocheros, los desocupados; esa primera "plantilla" de papanatas que se instala donde quiera que ocurre algo. Un caballo caído, una golondrina en un alambre... Se para uno a mirar; otro se llega con disimulo a tratar de descubrir qué contempla ése; y luego dos más... La criada con la cesta de compra no resiste la tentación de aliviar la carga y ponerse también a mirar... Llegan otros transeúntes; la policía ordena despejar el paso; la gente se opone, por hábito de resistencia.

Crece el grupo. Por las bocacalles, por las avenidas trasversales empiezan a circular gentes. Cualquier bachiller exaltado que sueña con "las masas" vocifera vagas amenazas contra las paredes; un señor grave declara a media voz que "las cosas se están poniendo peliagudas", alguno se da de empellones con los que no le dejan pasar; resuena un grito, corren diez, bate inesperadamente una puerta y ya tenéis "una poblada", una "manifestación", el "pueblo soberano"... Si entre el tumulto grita un granuja, hasta las alcabalas de la ciudad llegará la noticia de que "allá arriba están degollando niños"... Esta vez existía realmente el agente agitador y el pretexto patriotero –el más explotable de todos en esta exaltación enfermiza de la decadencia en que se vive rumiando una gloria pasada que es un remordimiento... El grupo de estudiantes y una considerable porción del pueblo de Caracas fueron los que al fin comenzaron a darle importancia y seriedad al asunto, que estuvo a punto de tornarse algarada risueña cuando uno de los oradores pirotécnicos, el célebre *general* Rafael Novo, trepando al pedestal de la estatua declaró a los jóvenes vociferantes: "Con muchachos tan inteligentes como ustedes y hombres de... (aquí una metáfora castiza del general) como yo, está salvado el país".

Aquello iba degenerando en "guachafita". ¡Esas demostraciones! ¡esos oradores de plaza pública! ¡qué peste, Dios mío! Iba a repetirse aquella dolorosa comicidad de 1902... Volveríamos con lo de "las cargas de Junín"

rado, al cual se ha plegado Gómez por instinto de conservación y que no se debe olvidar jamás para el futuro. Sólo a hombres como éste y a ciertos agentes suyos, cuya más trivial noción de decoro se ha pervertido de un modo inaudito, se les ocurre aprovechar su influencia o su carácter para tratar de hacerle daño a sus compatriotas con la mano extranjera.

y "el Pantano de Vargas". ¡Hasta cuándo mis compatriotas estarán moliendo esa vieja polka patriótica que ya hastía y ha convertido la epopeya en una majadera sucesión de hipérboles! El indecoroso hoy hace que un número de sujetos se dedique a "pelear" cenizas ilustres y a evocar nombres patricios confundiéndolos hábilmente con los "restauradores" o los "rehabilitadores".

Entre la zalagarda de la plaza, recortando la recia figura del jinete que domina la bestia en rebelión, el cielo, los árboles, las fachadas grises, amarillentas, el reloj cantando sus tiempos musicales... Vista desde un balcón la escena recordaba esas fiestas aldeanas que ponen a danzar figurillas al son de una "czarda" bajo la redoma de los antiguos cronómetros.

Pero germinaba en el fondo de todo eso, expuesto de manera literaturesca, pueril, una verdad amarga; era el estallido estridente de una válvula cuyo silbido no corresponde a las fuerzas oprimidas que están debajo, debatiéndose en su cárcel secular, convencional, formidable... Sobre ese estremecimiento tardío, limitado, desnaturalizado ¿qué iba a surgir? ¿el héroe? ¿el idiota?

Los hombres que entre bastidores manejaban los hilos eran Aquiles Iturbe, de gran confianza entonces para el "general" Gómez, el doctor García (don José del Rosario, colombiano, tío de Gómez), Eduardo Calcaño Sánchez, Angel César Rivas, Manuel Díaz Rodríguez, Elías Toro y otros, muchos otros que venían o de la situación castrista, o de la fracción pasiva o del franco campo enemigo. Se dirigieron acto continuo a la Casa Amarilla, donde suponían que se hallaba Leopoldo Baptista, Secretario General de Gómez. Allí supieron que éste encontrábase en aquel momento conferenciando con López Baralt en el Ministerio del Interior y partieron hacia el Palacio Federal en cuyo pabellón de la derecha está este Ministerio. En el trayecto, ya el grupo había tomado proporciones considerables debido a la incorporación de quienes esperaban en la Plaza Bolívar los acontecimientos. El salón de recibo del Ministerio del Interior se vio invadido y enterados de ello López Baralt y Baptista ordenaron que pasaran adelante algunos de los iniciadores. Estos manifestaron sus propósitos y les pidieron el permiso necesario para que pudiese circular, firmada por los estudiantes, la siguiente hoja suelta: "Se invita al pueblo de Caracas para una manifestación política que se verificará hoy a las 4 p.m. en la Plaza Bolívar para protestar contra la violación cometida por Holanda en aguas venezolanas. Caracas, 13 de diciembre de 1908. Los Estudiantes de la Universidad Central". Al propio tiempo los señores que llevaban la voz del grupo pidieron a Baptista que procurara que el general Gómez estuviera presente a la hora indicada en la Casa Amarilla, a lo cual accedió Baptista, pero recomendándole a los iniciadores, que eran casi todos de su confianza, guardaran moderación "en lo que a política interna se refería"...

Inmediatamente se hizo circular la invitación y se procedió a conferenciar con elementos políticos de cierta importancia a objeto de que prestaran su apoyo a la manifestación concurriendo a ella. Los generales José Ignacio Pulido, Julio Sarría, Juan Pietri y otros ofrecieron su concurso. Este último arguyó que como Gómez *todavía no se había pronunciado contra Castro,* él permanecería en su casa; pero que al sonar un tiro o ser necesaria su presencia se trasladaría sin demora a la Casa Amarilla[34].

Ya en la Plaza Bolívar los manifestantes tenían hasta bandas de música.... Comenzaron a dispararse cohetes. La concurrencia engrosaba por minutos.. ¡Aquellas músicas, aquellas pirotecnias, aquellos discursos preñados de indignación patriótica!.... Algunos oradores, más atrevidos o más positivistas, enderezaron los adjetivos y las alusiones hacia Castro y la palabra "reacción" estalló entre una tempestad de aplausos y de alaridos. La lengua es castigo del cuerpo: Castro había fomentado la oratoria política y he aquí que le comenzaban a derrumbar a metáforas, a metonimias, a hipérboles como si fuesen ladrillazos contra un gigante de cartón.

El orador "de orden" de aquel desorden, Elías Toro, había preparado su discurso y se hallaba ya frente a los balcones de la Casa Amarilla rodeado de los iniciadores del movimiento. Pasaba el tiempo y comenzaba a reinar la incertidumbre. Sentíase desasosiego... Gómez no aparecía por ninguna parte. Cada rumor de un coche, cada bocinazo, provocaba una tremolina pasajera... –¡Ahí viene el general Gómez!– Y Toro tomaba actitud, y los otros señores se engolaban, magníficos. Pero era una carreta detenida que lograba abrise paso o un granuja que soplaba como caracola sus manos para regocijo de la granujería que se arringleraba en las aceras, a respetable distancia de los manifestantes, y que comenzaba ya su estribillo: "¡Que viene! ¡que no viene!..." Desde aquella tarde el pueblo de Caracas se acostumbró a "estar esperando al general Gómez" y a verlo aparecer cuando menos lo espera.

Por fin, de su quinta del Paraíso, llegó Gómez a la Casa Amarilla; ya le acompañaban algunos de sus ministros –los que Castro le dejara– y fue recibido por la multitud con aclamaciones de entusiasmo y gritos de "¡muera Castro!" Penetró al edificio y a poco apareció en uno de los balcones acompañado de Paúl y otras personas. Incontinenti Elías Toro lanzó su discurso valiente, concreto, reaccionario. Gómez, amedrentado, desconcertado, sin sentirse con valor para dar el paso que se le indicaba, pretendió retirarse del balcón. Juan Pietri, viendo que todo iba a fraca-

[34] Al Dr. Juan Pietri hizo Castro burla sangrienta. Alzóse este caballero en armas para fines de 1901. Días después de declararse "alzado" un Jefe Civil de Castro hízole preso. Se aprehendieron también algunos oficiales que le acompañaron en la aventura. Les trajeron a todos a Caracas. Se les hizo formar ante Castro: – Los oficiales del Dr. Pietri, que den un paso al frente... – Estos obedecieron. Entonces Castro ordenó: –¡Lleven los señores a La Rotunda! – Luego volvióse al Caudillo: –Usted está en libertad; puede irse. Está en libertad. – Pietri comprendiendo aquel desdén insólito, con que se le trataba, repuso:
–¡Sabré aprovecharme de ella!
Desde entonces permanecía retirado en su casa de Caracas.

sar, le cogió por el brazo como a un muñeco y lanzándolo hacia el antepecho del balcón otra vez gritó:

–¡Muera Castro!

Abajo, el mar humano rugía respondiendo al grito. Entonces el mismo Pietri o Baptista –hombres de nervio ambos– lo animaron, diciéndole al oído:

–¡Hable!, ¡hable general, que al pueblo le ha gustado!

Y el infeliz, paseando una mirada estúpida sobre la multitud que guardaba ese silencio imponente de los instantes definitivos, sin saber qué decir ni cómo decirlo, volvióse pidiendo con el gesto la misericordia de que le dejasen refugiar dentro, balbuceando:

–¡Pues cómo le parece a los amigos que el pueblo está callado!

Y fue Paúl quien pronunció algunas palabras a nombre de Gómez, para calmar la multitud, cuando se retiraban del balcón.

Había terminado el primer episodio de la farsa. Pierrot, enamorado de la luna, cantaba abajo en la plaza.

Y en vez de Colombina, risueña y toda pudorosa, sacaban al balcón a empujones a un Polichinela, todo atribulado, que movía las quijadas de una manera fatal y mecánica, como si estuviese deglutiendo lo que no se atrevía a pronunciar...

Pero la gente, reunida en la plaza, ya había tomado el asunto en serio. Por entre la multitud circulaban proyectos de armas tomar; la sanción no iba a detenerse en los períodos oratorios de Toro, ni en los cohetes y las músicas, ni en los atributos masculinos del general Novo. Era menester atacar algo; romper cualquier cosa... Antes de llegar Gómez a la Casa Amarilla un torrente de exaltados corrió hacia la inmediata esquina del Conde donde estaban las oficinas y talleres de *El Constitucional.* Cerradas las puertas. La policía, cuyo jefe era Santiago Hernández, vigilábalas... Entablóse una refriega, bien porque la policía hizo fuego contra el pueblo, sea que partieran algunos disparos hacia las ventanas de *El Constitucional,* que fueron contestados por los revólveres de los que dentro estaban –Luis López Méndez, Miguel Rocha y algunos otros empleados o redactores del periódico–. Del lance quedó muerto un joven Marcano Rojas. Los asaltantes se dispersaron. La "reacción" quedaba bautizada con la sangre del primer ingenuo.

Ese día y al siguiente continuaron los desórdenes; saquearon la librería "Cosmos", propiedad de Gumersindo Rivas, y la botica de un señor Thielen, vagamente holandés y yerno de Tello Mendoza. A esto se redujo la manifestación anticastrista. Pero con todo, Gómez estaba en una tremenda inquietud y temiendo las consecuencias de cuanto ocurriera la tarde anterior, mandó a prender a Pietri y a Planas. Paúl puso un cable a Castro dándole cuenta de lo que sucedía... E informándole que "los promotores" estaban presos.

El Vicepresidente Gómez se hallaba aterrado y perplejo; ¿qué iba a ocurrir? El contaba con el pueblo, al parecer; Castro, al partir, dio órdenes terminantes y positivas de que se obedeciera en todo al general Gómez, "ocurriera lo que ocurriera". En esto fue sincero y exacto. Dejó depositada en él su confianza entera; le justificó aun contra la situación absurda de que ahora surgía y ante la cual los tenientes de Castro, algunos Presidentes del Estado, leales, y los jefes de mandos activos, se atuvieron a las instrucciones de éste obedeciendo ciega y confiadamente al Vicepresidente Encargado de la Presidencia. Bastaba un poco de habilidad para aprovechar esta buena fe y al invertir los términos del poder, debilitar y desarmar a los ciegos personalistas de *don* Cipriano, quien recogía lo que sembrara: el régimen personalista es así: muere por combustión espontánea. Con todo, ¿qué causa lícita iba a tener él, Gómez, particularmente, para justificar semejante asquerosa deslealtad? ¿Con qué tapujo iba a disimular tamaña infidencia? Y si los mismos cómplices le veían proceder con tal descaro, ¿sobre cuáles bases iba a fundar su seguridad futura? Había en la historia de Venezuela otras reacciones –es justo decirlo– que tuvieron como origen una deslealtad. Cuando Guzmán Blanco pensó marcharse a Europa, perplejo ante la cuestión de confianza que se le planteaba y vacilando acerca de Rojas Paúl, oía a su esposa aconsejarle: ¿Pero cómo piensas en otro, Antonio, si es a Rojas a quien debes dejar, a Rojas que te saca la escupidera, si es preciso! La frase por su poderoso naturalismo, da una idea de las respectivas actitudes. No obstante ese hombre del 88 constituyó con su administración un alivio para la República...[35]. En un sentido u otro, tales "cambiazos" respondían a un movimiento de simpatía popular de resurgimiento, y en el caso éste, si a Castro se le temía y se le odiaba, a Gómez se le despreciaba, tolerándole con amargura y por inevitabilidad. Andrade maquinó contra Crespo, es indudable, pero no llegó a cometer el atentado que sus enemigos pretendieron arrojar sobre él y el recuerdo del caudillo llanero no será nunca su remordimiento; Castro se burló de unos y de otros, pero mantuvo siempre su yo de una manera insolente e incontrastable a punta de bayoneta, al frente de la compactación andina... En cambio Gómez hallábase descubierto, en flagrante inconsecuencia con "su compadre", convertido de la noche a la mañana en un instrumento de los reaccionarios, sirviendo de pasto a la suposición... No confiaba en los hombres que decían rodearle de buena fe porque estos mismos hombres apenas le esgrimían como una porra contra el farallón restaurador y para sentirse apoyado tenía

[35] En 7 de junio de 1905 dirige la célebre carta al Cuerpo Electoral para dar su voto por Cipriano Castro, no pudiendo concurrir personalmente al acto "por motivos de salud". El hombre que reaccionara contra Guzmán Blanco, ya cerca de rendir su carrera política, consagraba otra usurpación. Es una tristeza este largo e inacabable crepúsculo de la decadencia que algunos suponen inmediato al alba... Empezando por Rojas Paúl, los votos razonados, con altos elogios para Cipriano Castro, fueron enunciados por Celestino Peraza, Asunción Rodríguez, J.R. Revenga, P.M. Cárdenas, Leoncio Quintana, L. Mendible, Chalbaud Cardona, Leopoldo Baptista, Carlos Herrera, López Baralt, Samuel Niño y Rafael M. Carabaño propuso que se hiciese constar la "unanimidad".

que invitar a sus camaradas a la traición contra quien les había forjado y enriquecido. El papel era duro, bochornoso,. Esta serie de conferencias, esta porción de pactos secretos entre el traidor de diciembre y sus hombres debió ser algo espantoso. Si hubiese existido un dictáfono en las paredes de su quinta del Paraíso ¡qué colección de infamias urdidas sabría el mundo![36].

Primero se pensó en acusar a Castro tomando como fundamento el supuesto cablegrama en que aquél ordenaba matar a Gómez. Sir Vicent Corbett, Ministro residente de la Gran Bretaña en Caracas, no logró que las autoridades de Trinidad descubrieran el mencionado cablegrama. Rafael Benavides Ponce, que era el Cónsul de Venezuela en Port of Spain y por cuyo órgano pasaban los cables vía Macuro afirmó siempre no tener la menor noticia de semejante despacho. La superchería de tal cablegrama no cuajó; era una infamia burda, no porque Castro no fuese capaz de mandar matar a Gómez, o a cualquiera, sino porque incapaz de suponer en su perro de presa fiel aquella tardía mordedura, ni tiempo tuvo para dictar esa medida, ni hubiera sido su órgano para ello ninguno de los miembros del Gabinete que rodeaba a Gómez.[37].

[36] Entre los papeles que el saqueo de algunas casas echó a rodar y que la prensa de Caracas reprodujo, hallamos esta carta reproducida autógrafa y que dirigía el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Caracas y Venezuela al señor general José Antonio Cárdenas, cuñado del general Gómez y hombre que le cuidaba con mayor asiduidad:

"En mi práctica como Cura de almas, en los lugares donde no había médico tuve muchas veces necesidad de hacer alguna aplicación a feligreses pobres, y en males como el que sufre el General, conseguí siempre resultado seguro así: al notarse dolorcito en la vejiga, producido este malestar por haber transcurrido algún tiempo sin orinar, se aplica una bolsa con agua caliente en el empeine; después de un ratico se quita la bolsa y se frota esa misma parte con una preparación que tenga belladona, y al mismo tiempo se toma una taza de cocimiento de la almendra que tienen las semillas de níspero. (Tres o cuatro almendras bastan para una taza.) Podrías tú ayudar en los preparativos, cuando se presente el caso."

No se reproduce en esta nota la ya conocida carta por un pueril deseo de molestar al prelado venezolano; no. Pero cuando en el curso de esta obra se alude a la actitud de la alta Iglesia de Venezuela, pudiera suponerse o hacer que se supone un sentimiento anticlerical en el autor. Nada más lejos de la verdad semejante suposición. Toda nuestra mejor voluntad, toda nuestra caritativa comprensión no es bastante a llenar el abismo que media entre un Antonio Luis Mendoza y un Felipe Rincón González. ¿A quién la culpa?

[37] Tan a ciegas y tan confiado estaba Castro, que su hermana doña Laurencia, de temperamento entonces en Sabana Grande, al tener noticia de lo ocurrido en Caracas el 13 de diciembre, protestaba: "No se preocupen; ese es un papel de Juan Vicente en inteligencia con Cipriano para descubrir ciertas "cositas"..." La pobre señora vino sólo a convencerse de la caída de Cipriano muchos días después...

Meses más tarde, al llegar a Venezuela los hermanos Paredes –Héctor Luis y Manuel– fue cuando se echó mano de la acusación de éstos contra el asesino del general Antonio Paredes; y aun cuando la Corte Federal dio por admitida la acusación de los deudos de la víctima, es el hecho que Castro *no fue sentenciado,* única circunstancia que podía, desde el punto de vista jurídico, despojarle de la Presidencia, puesto que si se reconocía como "legal y constitucional" su Vicepresidencia, el hombre atropellado en Martinica y perseguido por el Gobierno de los Estados Unidos ya no era Cipriano Castro sub-judice, era el Presidente de la República de Venezuela cuyo mismo Vicepresidente *desconocíale de hecho* y con su propia existencia en el poder *reconocíale de derecho.*

De modo que la tesis de González Guinán y sus amigos apoyando "la legalidad", sosteniendo que "no había por qué romper de ninguna manera el hilo constitucional", respondía a una interpretación falsa, si no se justificara como fórmula opuesta a quienes pretendían el golpe de Estado sincero, verdadero, auténtico...

A Gómez se le hizo comprender que esta última forma le despojaba de la única aldaba a que entonces estaba agarrado: su Vicepresidencia.

Apenas el doctor González Guinán, le hizo comprender esto, Gómez se replegó en sí mismo y como quiera que su tío y consejero de confianza, el doctor José del Rosario García, trabajaba en igual sentido que González Guinán, si bien con otro punto de mira, y el Gobernador Iturbe y otros de sus íntimos opinaban conjuntamente, su resolución estaba ya tomada. Desde aquel instante Baptista y sus amigos estuvieron perdidos; pero como en Gómez el disimulo es una segunda naturaleza, ocultó maravillosamente sus impresiones al propio avisado "don Leopoldo" y se dio a urdir el plan que le debía librar de los que consideraba sus peligrosos amigos inmediatos... Apreciando las cosas por un ángulo positivo en cuanto a política de antesala, los liberales amarillos estaban en su derecho de disputar el favor y la confianza del hombre a quien unos y otros sólo consideraban un incidente, una interinaria de organización, y procuraban situarse ventajosamente. También los denominados "conservadores", con valores creados y crédito dentro de la situación, respaldándose fuera del gabinete en José Manuel Hernández, Rangel Garbiras, Abel Santos, etc., empeñábanse en contrarrestar la clásica "habilidad" liberal guiada por hombres de talento o de trastienda. Pero llevaban una bala en los pulmones: la opinión adversa al tal "hilo constitucional", que era el de Ariadna para sus adversarios...

La labor de este primer Gabinete de la reacción tuvo cierta personalidad. Aquellos hombres quisieron más de lo que pudieron; pero alcanzaron algo. La deficiencia de la situación era en su origen. Ya anotaremos adelante sus lunares...

La República comenzaba a darse cuenta de lo ocurrido y a despertar de su pesadilla de nueve años. Los molinos de viento no eran gigantes. La Constitución, Dulcinea imposible por la que tantas veces salimos al campo de Montiel, aparecía ya a plena luz, cabalgando en la borrica del Congreso y con el refajo propicio a los gañanes... He aquí que de la crisálida de la Patria, esa señora de los altos pensamientos, surgía de nuevo Aldonza Lorenzo, zafia y sucia.

CAPITULO XII

El golpe del 19 en los Estados – Peones de ajedrez – El nuevo escudo de Venezuela – Pasa la farándula... – Las nuevas Fulanas y las viejas Menganas – El cortejo del santón podrido – Un voto que se cumplirá – Aquella mañanita de diciembre – La segunda mentira: los revólveres de López Baralt – El "general" truculento y agresivo – El "héroe" en pleno "heroísmo" – El miedo, consejero ruin – Gómez pide la intervención...

¿QUÉ HABÍA ocurrido a raíz del golpe de Estado con disfraz de evolución?

Poca cosa. Un solo Presidente de Estado, el doctor Luciano Mendible, en Calabozo, sublevó el cuartel en cuya acera quedó muerto a tiros el Comandante de Armas del Guárico, general Juan José Briceño, y lanzando una proclama desesperada, tomó la vía de Apure refugiándose en Colombia con algunos oficiales y los presos comunes fugitivos... El llamado *don* Celestino Castro, que era primer vicepresidente del Táchira, pasó sin pérdida de tiempo la frontera y un coronel, Manuel Felipe Torres, joven valeroso y atrabiliario, perdió la vida en una remota playa de Oriente defendiendo el mando que tenía. El doctor Mendible, diz que ni siquiera invocaba la consecuencia a Castro, toda vez que en su inesperada actitud proclamaba y reconocía al general Nicolás Rolando, quien, de acuerdo con la circular del Ministro del Interior, era ajeno a tal movimiento puesto que navegaba ya hacia Venezuela "a prestarle su concurso al general Gómez"*; *don* Celestino, hermano del Dictador, sólo tenía un camino que seguir: el de la frontera. En cuanto a Torres, su conducta está más que explicada si se considera que era hijo de Cipriano Castro... El resto del "personal" gubernativo en los Estados quedó tal cual: escasas excepciones y reemplazos insignificantes. Con esos mismos hombres que un mes antes dirigían telegramas y algunos de los cuales fatigaban a sus gobernados –persecuciones, exacciones, maltratos y solicitación de firmas– con esos mismos se sostuvo la armazón elaborada pacientemente en la sombra. Unos eran francamente traidores; otros ejercían una venganza; algunos no quisieron exponerse a retaliaciones que sospechaban inmediatas y se plegaron a los acontecimientos... Desde Miraflores se

* Apéndice IV.

reforzó con hilos de acero, que partieron rápidamente de La Guaira, la red de la vasta tela de araña. Una ola de buena fe, hasta de imprudencia, hasta de insensatez, empujaba a los hombres. En el centro de la malla urdida sólo uno desconfiaba y velaba, sólo uno acechaba: Gómez... ¡Había castristas empedernidos que pretendían sumarse al movimiento sin doblez alguna! Amigos íntimos del dictador, socios de "affaires" jugosos aparecían al lado del nuevo dictador en virtud de intereses comunes... Los monopolios, como esos gigantescos cefalópodos que por una secreción tintórea logran enturbiar el agua y desaparecer momentáneamente, pegábanse a los bajos fondos de la política esperando mejor ocasión... La sonrisa italiana de José Antonio Velutini, segundo Vicepresidente de la República, abríase como una flor de ironía por los corredores de Miraflores. Este hombre bien pudo adoptar el emblema de la ciudad de París – donde solía pasar largas temporadas de gestación política refugiado en un hotel desconocido "para estar lo más lejos posible de los venezolanos"–. La divisa latina "fluctuat nec mergitur" merecíala este cortesano metalizado, frío, calculador, que sabía ser grandílocuo o displicente, que sabía ser hasta digno cuando lo requería su interés y que cuando el pesado bongo llamado entre nosotros "la nave del Estado" desfilaba por entre Scila y Caribidis, surgía de las ondas revueltas, cubierto de escamas plateadas, mitad político, mitad pez, tañendo las funestas armonías que escuchara el Odiseo amarrado al mástil...

¿Qué ocurriría al reunirse el Congreso "nombrado" por Castro, aquel mismo Congreso que al contestar el Mensaje de Castro el 11 de junio de 1907 decíale en diecisiete largos párrafos preñados de una detestable literatura política: "Felizmente después de esa noche oscura y tenebrosa, verdadera *noche triste* para el patriotismo (se aludía a la enfermedad de Castro en la forma y se zahería la "interinaria" de Gómez en el fondo) aparece de nuevo el sol radiante y majestuoso; renace nuestra confianza; revive nuestra fe en que *la Providencia proveerá con creces lo que por el momento hayamos podido perder;* y celebramos jubilosos el retorno a la actividad política del Caudillo Invicto que supo "arrancar del seno ardiente de las batallas, paz para la vida nacional" y sembrarla con palabras de confraternidad en la conciencia de los pueblos. Por fortuna para Venezuela, otra vez empuña las riendas del gobierno la mano fuerte que mantiene la disciplina partidaria, la integridad de la causa, el prestigio de las instituciones, y, flotando a los vientos, la tricolor bandera que saludaron las dianas de Carabobo y los clarines victoriosos de Ayacucho"?

Pues, casi nada... Con los señores Senadores y Diputados efectuaríase la misma maniobra que con los magistrados de los Trece Estados en que se dividía entonces la República y con los pretorianos repartidos en los mandos de confianza: eliminar los que estorbaran o merecieran poca confianza, convocando a los suplentes. En Aragua, el presidente Simón Bello, cuñado de Castro, dejaba el sitio a Francisco Esteban Rangel – el que firmara como Presidente del Congreso, un año antes, el mensaje

cuyo párrafo queda citado; en Bolívar se encargaba el vice Antonio María Delgado porque Alcántara estaba al frente del Ministerio del Interior; en Carabobo, como a Samuel Manuel Niño le echaron de allí a puntapiés y el vice inmediato, Francisco González Guinán, tenía la Cartera de Relaciones Exteriores, entró José Antonio Dávila, segundo vice y comandante de armas; en Falcón quedó Mariano García, porque lo contrario hubiera sido una inconsecuencia de este hombre consigo mismo y porque el primer designado, Pedro María Cárdenas, Gobernador del Distrito Federal en el gabinete caído, había ingresado desde el 19 de diciembre, con sus otros colegas a La Rotunda; en Bermúdez tampoco hubo alteración dejando al viejo Carlos Herrera; ni en Lara con Carlos Liscano; ya queda referido cómo se marchó Luciano Mendible del Guárico asumiendo Manuel Sarmiento, primer vice, y encargándose Julio Rodríguez Silva, el segundo, de perseguir los restos dispersos de la intentona de Mendible –el que nos "apretaba" en las bóvedas de Puerto Cabello un año antes por cuenta de Castro, "apretaba" ahora un año después a los de Castro por cuenta de Gómez–; no recuerdo si Amador Uzcátegui siguió en Mérida o si se encargó Emilio Rivas; Arriens Urdaneta permaneció en Miranda; Jesús Velazco Bustamante, cuñado de Castro, en el Táchira, cuya presidencia le correspondía aun cuando hasta entonces la ejerciera de hecho el fugitivo *don* Celestino; tampoco estoy cierto de si Parra Pacheco continuó en Zamora; Trino Baptista quedó en Trujillo; en el Zulia, José Ignacio Lares, días después de saberse lo ocurrido el 19 de diciembre en Caracas, tuvo que refugiarse en la Comandancia de Armas, casa de Gumersindo Méndez, por temor a las manifestaciones populares; luego Baptista le envió de Secretario General a Victorino Márquez Bustillo. El primer Vicepresidente, Régulo Olivares, estaba al frente de la Cartera de Guerra y Marina en el nuevo gobierno. Perdónese la magnitud de esta nómina en gracia de que son los datos complementarios de cuanto queda escrito. Son testimonios vivos los que hablan. Algunos de estos "vices" fueron a cargos militares de confianza. La serie de segunda línea, comandantes de resguardo, jefes de batallón, gobernadores de territorios y de distritos importantes, se dejaron o se reemplazaron de acuerdo con la confianza que merecieran a Gómez o a Baptista... ¿Queréis una cosa más sencilla, más fácil, menos arriesgada que mover los peones de este ajedrez? Más difícil era lo del balcón... Y ya veis, también salió Gómez al balcón de Margarita...

Por darle un empellón al doctor López Baralt, mandar a meter sus ministros del día antes a la cárcel –de donde ordenó sacar a Pietri y a Planas simultáneamente–, poner el garrapato de su firma al pie de los telegramas que le presentaba el doctor Baptista y del mamotreto que como "programa de gobierno" redactó González Guinán, y por observar que "el pueblo estaba callado" –¡y tan callado que no se le oye hace dieciséis años!– se llamó a Gómez "el Héroe de Diciembre"; después "el Caudillo de la Paz y del Trabajo"; al otro día "el Benemérito Conductor de la

Causa Decembrina"; una mañana amaneció Conde Romano y Caballero de la Orden Piana; otra le declaran "el hombre necesario para el presente y para el porvenir, cuya existencia está vinculada a la de la Patria". Trata de coordinar un poco estos títulos y le confieren de súbito la orden de Isabel la Católica, e incontinenti le dedican un drama y decrétanle esa serie de condecoraciones abigarradas que hacen la delicia de los prestidigitadores y de los dentistas de feria...Apenas le quedará resuello para fundar la dinastía de su nombre con sus hermanos, sus innumerables hijos, sus yernos, las adherencias de toda esta gente, y sentarse finalmente a reposar sobre un pedestal formado con las colecciones de sus periódicos oficiales o asalariados, con los volúmenes compuestos en su honor y para su defensa, coronado de alfalfa y yerba del Pará, teniendo en una mano una jáquima, y en la otra un par de grillos, mientras a sus pies una nación entera –mitras, charreteras, togas y camisetas– entona el Himno Nacional en una apoteosis definitiva...

¡Ah, si estos otros que marchan sobre una niebla, fustigados por un apetito de mando y de goces materiales se detuvieran a pensar, a comparar, a recordar! ¡Si el recuerdo del pequeñuelo que pernea en la cuna o del joven que asiste ya a la universidad no fuera sólo un instinto torpe de reproducción satisfecha y de orgullo banal!... Si la pobre esposa que aguarda o la hija que pone su frente pura para el beso paterno merecieran un resto siquiera de consideración hacia el caos moral en que han de agitarse y deformarse...

¡Palabras! ¡frases! no son elegantes ni de buen gusto; carecen de carácter literario. Es cursi eso. Sabe a discurso de efemérides. La vida es otra cosa. Hay que aprovechar; hacer dinero; marcharse a Europa, tener renta, casa, automóvil, queridas – combinar un poco de sífilis con algo de política; apurar algunas ideas generales junto con el "cocktail" en amable rueda de amigos o pasear un vientre majestuoso por El Paraíso y que las gentes se digan unas a las otras: – Ese es el general Fulano; está 'rico'... Aquéllas son las hijas del doctor Zutano, un 'chivatón'... Antes nadie les hacía caso; ¡ahora no hallan dónde ponerlas!

Es cierto. Sin embargo, en esos carruajes, por esas avenidas, en otras épocas han desfilado los generales Fulanos y los doctores Zutanos con sus familias –antes apabullados de mediocridad y de anonimia en el fondo de una provincia o en un arrabal de Caracas– pasaron, brillaron, deslumbraron, y lentamente fueron diluyéndose y borrándose, perdiendo el contorno como esos caramelos que se chupan los niños con la delectación cruel y sabia de un destino sin misericordia... ¡Las Fulánez, las Mengánez! ¡Pobres señoras viejas y desvalidas! Pobres solteronas adornándose con galas de segunda mano ante la compasión de las nuevas Fulánez o las novísimas Mengánez. Familias de presidentes, de ministros, de especuladores sin escrúpulos; elegía de lo desteñido; ruina de un

edificio que no llegó a tener techo; fugaz minuto de actualidad a cambio de toda la honradez de una vida... ¡Vieja gente patricia y noblota de la vieja Caracas, cómo os comprendo, os compadezco y hasta os perdono al trazar esta dolorosa cuartilla en un rincón remoto del globo!

No; vosotros no tenéis la culpa. Una avalancha superior a toda resistencia os arrastra, fatal, irremediablemente. El ejemplo se hizo costumbre. La vida moderna, sus necesidades, sus exigencias asimiladas de prisa; vuestra gracia ligera y versátil de pájaros, la tibia molicie del trópico, ese vaho terrible de la sensualidad criolla no va a contenerse con diques de papel, con páginas de una tradición que a fuerza de ser decorativa ya va perdiendo la esencia, la fuerza del mosto que teñía el fondo del vaso. ¡No pasan impunemente veinticinco años de asaltos, de improvisaciones, de injusticias, de negación, de egoísmo suicida sobre una sociedad que se pudre antes de florecer! Vuestra risa, vuestra encantadora superficialidad, el escepticismo exquisito, por temor a esgrimirlo contra el bárbaro inmediato crucifica en escarnio, en indiferencia, en desdén cuanto se rebela y se yergue y revienta a flor de tierra... ¡Los demagogos! ¡los lincheros! ¡los enemigos de la sociedad! os gritan esos sangre de rana que pasan hollando con su pata hinchada vuestra libertad y vuestra vida en un cortejo de leprosos, tras un ídolo cualquiera –ayer Castro, hoy Gómez, mañana X–como esas peregrinaciones asiáticas que bajan hasta la cuenca del Ganges, desde las montañas impenetrables, siguiendo días y días en la estúpida monotonía de una marcha sin objeto, la terquedad calenturienta de un santón a medio podrir.

Mientras Venezuela espiritualmente se aniquila, se disuelve, se agota, países viejos y trabajadores resurgen y marchan; pueblos nuevos despiertan, sociedades oprimidas asumen una existencia mejor. La primavera comienza para todos menos para nosotros. No es la vida material, el pan y la sal y el techo y hasta los lujos de la vulgar necesidad lo que echamos de menos: todo eso lo dan el trabajo y la voluntad de donde quiera que la humanidad trabaja y ambiciona; no, es el alma, es la patria, es ese alto y armonioso ir adelante, ese impulso acordado con cuanto allí nos rodea, desde las formas rudas de la labor en los campos hasta las líneas de una estética mayor – mordisco de la azada en la tierra negra, golpe de cincel o ritmo de verso... Los que se conforman con denominar patria una entidad geográfica dentro de cuyas fronteras unos cuantos *les permiten* vivir comiendo y callando, trabajando y sufriendo, no merecen la nacionalidad, no merecen la independencia.

Vencidos ahora más de tres lustros que van envolviendo en una mortaja de incertidumbre los hombres y las cosas, es indispensable fijar para siempre la escena de cinismo, de ferocidad cobarde en que remataron las vías de hecho comenzadas con aquel funesto mes de diciembre. Todo un país sirvió de instrumento a una de las traiciones menos valientes y más

burdas que se puedan registrar en la historia. Fallado el proceso del castrismo de un modo unánime ni una voz, que pueda tomarse moralmente en cuenta, álzase en defensa del hombre que cayó por una infidencia de los suyos y a quien horas antes una nación postrada, con su clero a la cabeza –¡esos que llevan debajo de la deshonra de la sotana la deshonra de los pantalones! – consagraba entre los bienhechores... ¡Oh, sí! veinticuatro horas después que el nuevo capataz esgrimió el mandador, la gente arrodillada que "seguía con arrobada contemplación la estela de la nave feliz que conducía el porvenir de Venezuela en la persona de su amado Caudillo", al adquirir la seguridad de que no se imprimiría una sola letra ni se dispararía un solo fusil en defensa del ausente, resolvióse con un triste entusiasmo a secundar "la reacción", la reacción oficial engendrada por el ejecutivo, a la vista gorda de la policía, bajo la socarrona pasividad de los cuarteles, con la complicidad de los oficiales; organizada, metodizada, dosificada desde la Secretaría General del Vicepresidente Gómez... Tras la última semana de vacilaciones miedosas íbase a levantar la compuerta del albañal por donde corren hacia el futuro tantos años de vergüenza, de dolor y de decadencia...

Una mañanita a las seis, cuando las montañas se arrebujan en esas nieblas flotantes que se doran sobre el verdor de las vegas y el Guaire corre, musical y turbio, por entre las piedras del puente, detúvose un coche en cierta quinta inmediata a "Villa Zoila", cuya entrada sube en espiral hacia macizos que ocultan la avenida bajo todas las pascuas azules y rojas de la estación... Del coche saltó un hombre. Otro surgió a su encuentro:

–"El viejo" no durmió anoche aquí. Se quedó en "La Cochera", donde está acuartelada "La Sagrada", porque las cosas no están muy buenas.

Y como el que llegaba trató de volverse al carruaje, le detuvo:

–Pero no se vaya, porque él ha de llegar de un momento a otro.

Permanecieron ambos un instante frente a la entrada. La quinta de Gómez queda arriba, de espaldas a "Villa Zoila", residencia que era de Castro, con sus faroles en ringlera, su verja de bronce que se abre sobre las avenidas penumbrosas, y su fachada de mal gusto velada por arbolillos de incipiente frondosidad. Casi al ápice de la colina en que aquélla se apoya, tras la vuelta brusca, está "Bella Vista", oteando la ciudad, agazapada, disimulada, siniestra... Las dos residencias revelan los dos hombres: la de abajo el lujo espectacular, flamante, improvisado, sin pátina, sin discreción señorial; la de arriba una suerte de atalaya, de garita con mucho de guarida; parece que trata de esconderse peñas arriba como un bandolero en un breñal. Allí residía "el viejo"; mejor, allí acechaba Gómez. Allí pasó los miedos de 1906; allí fraguó la traición de 1908; allí temía, maquinaba, urdía, pensando en el hombrecillo terrible que bailaba cerca, abajo, que alzaba su copa rebosante, y cuya voz autoritaria e

incoherente llegábale entre carcajadas, entre ruido de cubiertos, entre fragmentos de músicas atormentadas. ¡Cuántas noches insomnes las carcajadas vulgares de los rufianes sacudirían todas las fibras de su odio! ¡Cuántas noches de lejano amanecer la danza y el estrépito de los que holgaban a sus pies haríale contraer los puños como contrae las garras un oso de circo cuando estalla la zarabanda en la plaza y las gentes señalaban con el dedo hacia las oquedades de la "menagerie" para decirse en voz sigilosa: "allí tienen las bestias salvajes"! ¡Ah, "los muérganos", ya verían...! ¡ya se les acabaría *don* Cipriano! ¡ya bailarían al son de un pandero templado con el cuero del vientre de sus mujeres!

Y el momento había llegado. Era la mañana del 19 de diciembre. El Avila desgarraba su albornoz de nieblas para mirar al valle; el río iba cantando, claro y feliz. De las hortalizas emergía un olor a estiércol, a berro, a tierra removida. Una última estrella se apagaba sobre la vaga perspectiva del sur.

Los dos hombres permanecían en silencio. Uno era delgado, cenceño, de cejas pobladas; el otro parecía fatigado.

Acababa de llegar de Ciudad Bolívar; el general Gómez le tenía citado...

–No debe tardar –decíale el primero. Y los dos miraban la avenida. Había llegado a reunírseles un hombretón a quien ambos saludaron: ¿cómo está, general Fandeo?

De súbito aparecieron dos "victorias". En la primera venían Gómez y el doctor Baptista, en la otra los edecanes. El jefe de éstos, Graciliano Jáimez, que había estado aguardándoles, indicó a la persona que esperaba con él minutos antes. Gómez tomóle afablemente del brazo y le dijo aparte:

–Aquí no vamos a poder hablar ahora, pero quiero que vaya a la Casa Amarilla, a las ocho; y espéreme allí que tengo mucho que decirle.

Y se entró con el doctor Baptista.

–¿Qué te dijo "el viejo"?, inquirió el recién llegado Fandeo.

La persona en referencia le impuso de lo que sabía y se marchó a tomar su coche. Ya al partir, uno de los edecanes del general Gómez, el coronel Américo Spinetti, exigió que le dejase de paso en su casa para cambiarse de uniforme. Spinetti repitió la pregunta de Fandeo, y el interrogado le enteró igualmente, añadiendo que su intención era no ir a tal Casa Amarilla porque suponía que allí tampoco podría hablar con Gómez. Desde el día antes se rumoraba la crisis ministerial y sin duda no eran ésos momentos para conferencias particulares....

–Sí, debes ir –aconsejó Spinetti– el general te necesita allá, pues, habrá algo.... No dejes de ir bien armado.

La manera singular y misteriosa con que hablara Spinetti dejaba traslucir cierta inquietud, inquietud que subió de punto cuando al pasar por la esquina de la Santa Capilla, habiéndose quedado Spinetti en su residencia, el doctor Samuel Darío Maldonado abordó el coche preguntándole al pasajero:

–¿De dónde vienes?
–De "Bella Vista".
–¿Qué hay por allá? ¿Hablaste con Gómez?
–Nada de particular; me citó para la Casa Amarilla, a las ocho.
–Pues a mí acaban de telefonearme de allá, citándome también para esa hora y lugar, y he salido a tomar café sin saber ni cómo podré ir; estoy con un ataque de paludismo.

Efectivamente, sus dientes castañeteaban y a duras penas lograba dominar la fiebre.

Poco antes de las ocho, en la Casa Amarilla no se notaba alteración alguna. No había fuerzas ni guardias por fuera. Dentro tampoco. En el salón grande que está situado hacia el ala norte del edificio y cuyos balcones dan a la transversal, Principal a Conde, se hallaban reunidas algunas personas. Pendían allí de los muros los cuadros pillados al señor Matos. El general Manuel Jove y el coronel Besson de Brott charlaban acerca de las veleidades de la suerte a propósito de aquellos cuadros. Eran reminiscencias de "La Libertadora", filosofías venezolanas acerca de la probabilidad de que el propietario de aquellas pinturas y los otros asilados regresaran en breve a la Patria tras largo destierro castrista. Un poco más joven, un poco más digno también que como le hemos visto después, con su rostro feo y bigotudo de abogado, fantasmal, mesurado, la voz preñada de tonalidades sombrías, el doctor Grisanti medía el salón con pies tardos y descomunales. Y de repente se acercó al grupo, como si surgiera de la alfombra, la figurilla del Ministro de Relaciones Interiores. Era en aquel instante todo lo menos Ministro que pudiera imaginarse. Sin saludar a nadie, preguntaba a unos y otros sobresaltado:

–¿Qué es eso? ¿qué toque es ése?

Clarines marciales atronaban el patio y llegaban hasta el salón. Jove se volvió bruscamente:

–"Marcha regular", doctor–y añadió con ironía ¡hombre! ¿Tanto tiempo ministro e ignora que se toca en honor del Presidente de la República, en lugar del Himno Nacional, cuando la Banda es seca?

–¡Es que abajo no había banda ni fuerza! –responde con inquietud creciente.

–Ciertamente –concluye Jove– al entrar no vi nada de eso.

Pero aún no terminaba de hablar cuando estallaron en el patio voces broncas, alteradas, y todo el mundo se lanzó a la puerta del salón inmediata a la escalera de entrada. Allí, en lo alto de los escalones, apareció Gómez, jadeante, seguido de un tropel airado. Hacía grandes gestos y lanzaba voces que no se entendían, ternos, palabras truncas de una especie de ira simulada y loca. Y allá a sus pies, en el amplio patio, tendida en alas, una "sagrada", una soldadesca de rostros foscos, cargaba ruidosamente los maussers. Cerca de la baranda, contemplando sorprendido aquello, estaba un hombre alto, corpulento, de barbilla rojiza y aborrascada. Era el general Pedro María Cárdenas, Gobernador del Distrito Federal. Verle Gómez y dirigirse a él fue todo uno:

–¡Con que eso pensaban, traidores! Pero se los he descubierto todo, y los tengo *cogíos* a todos........ ¡Prendan a ese c........!

–¡C........no! –y Cárdenas hizo un gesto brusco.

Baptista intervino:

–Insultos no, general, –y volviéndose a Cárdenas: –¡Usted está preso!

Jove asió a Cárdenas por el brazo izquierdo mientras que Spinetti, que era uno de los que llegaban con Gómez, le echó garra por el derecho. El primero le sacó de la cintura una lanza a tiempo que el otro le despojaba del revólver. Y cuando se encaminaron con el Gobernador Cárdenas, asido y desarmado hacia la salida, en el momento en que el preso, de espaldas a Gómez, comenzaba a descender la escalera, siempre sujeto por sus aprehensores, el Vicepresidente de la República, con el grueso bastón de baraja y cuero que portaba siempre, especie de cayado o cachiporra rematado en un regatón de acero, le tiró a Cárdenas por la columna vertebral, mientras bajaba, un pinchazo terrible.... Como se le hace al buey en la era. De la cólera surgía el boyero. El preso, que no esperaba tal cosa, ni sus conductores tampoco, al esquivar el cuero cayó de rostro escalera abajo arrastrando a sus conductores.

Fue entregado a Félix Galavís, que custodiaba la escalera y comandaba la gente apostada en el patio.

Pero la cólera de Gómez parecía tomar proporciones mayores: vociferaba, lanzado ya en plena heroicidad, y cuando subían los que acababan de entregar a Cárdenas, miraba a todas partes con los ojillos de aligator y la mandíbula desencajada, bramando:

–¿Dónde está ese otro ajo? ¿dónde está ese otro ajo?

Se miraban a las caras uno a otros. El otro "ajo" podía ser el vecino. Y en la perplejidad cómica, en la ansiedad de tantos que allí estaban y que casi oían llamar por su nombre, una voz anónima respondió:

–Dentro del salón está, general.

Cuando penetraron, en el rincón de la derecha, en efecto, perfectamente acurrucado, como un gato –pero sin los ojos fieros y fulgurantes del felino soberbio– todo humilde, todo disminuido, un montoncito de casimir debajo de una melena, el pobre López Baralt, Ministro de Relaciones Interiores, sobrecogido, lívido, permanecía sin un movimiento, sin un hálito....[38]. Lorenzo Carvallo le había descubierto. Se adelantó, le tomó por el brazo como si mudase de sitio una silla y cuando ambos cruzaban por delante de Gómez, ya de espaldas, el "héroe de diciembre", el "benemérito" de seis pies, el jayán formidable, alzó la pataza y se la descargó en los riñones al Ministro del Interior, entre los alaridos y las risotadas de la taifa. A Cárdenas con la garrocha; el boyero; a López Baralt con la pezuña: el paleto. Y al volverse y hallar en frente al doctor Rafael Garbiras Guzmán, que había sido Secretario General de Castro, ya envalentonado, quiso injuriarlo de palabra, motejándole a gritos de traidor. Este

[38] Para neutralizar en algo el efecto de aquel indigno ultraje, hízose correr que López Baralt tenía dos revólveres en el bolsillo.

hombre, solo e inerme, rodeado de esbirros, viéndose insultado, recuperó toda su entereza, toda su energía. Salvó su dignidad de hombre ante aquella agresión, mala hora de la hidalguía venezolana, aplastada por una mole de barbarie, sirviendo de instrumento a aquel miserable, a aquel farsante a quien Garbiras Guzmán respondió:

–¡Yo no soy de la madera de los traidores! ¡Yo no sé a qué cábala ni a qué tentativa de asesinato se refiere usted!

Hubo un instante de estupor. Existían allí sin duda gentes de vergüenza, gentes que sentían las mejillas encendidas y las manos heladas. Y ante aquel hombre amenazado que respondía con la frente alta y los ojos centelleantes, el "héroe" de las vociferaciones, de los ajos y de las patadas aparecía más grotesco, más lamentable, más ridículo que los seres a quienes su propio cobarde ultraje restablecía en su dignidad.

Se interrumpió la ira falsa de Gómez; miraba a todas partes mascullando interjecciones. No obstante, la fiera volvió a surgir. En la agitación de aquel momento, Garbiras Guzmán se llevó la mano al bolsillo posterior del pantalón para sacar su pañuelo y le cayeron sobre el pecho veinte cañones de revólveres que consideró asombrado enjugándose el sudor. Su vida estuvo pendiente de ese hilo misterioso con que Dios detiene, invisible y formidable, la zarpa de la bestia entre la conciencia y el instinto. Al fin le condujeron abajo como a los otros.

Gómez perdía cada vez más la cabeza: lanzado en plena orgía de vejámenes, simulando aquella ira estrepitosa, representando sin talento aquella comedia, sudaba copiosamente. ¡Y era una fría mañanita decembrina, neblinosa, fresquísima!

Daba órdenes encontradas. Olvidaba los nombres de las personas que le eran más familiares.

–Prendan también a ese... a ese... ¿cómo se llama?... al hombre del telégrafo... al de la chiva; no al viejito.

Los iniciados en aquella especie de charada de la estupidez adivinaron que "el viejito" debía de ser el general Carlos Manuel Velásquez y que al que deseaba aprehender era otro funcionario del Ramo...

–¿Usted se refiere a Bermúdez, General?

–Eso es.... Bermúdez; que me prendan a Bermúdez...

Cuando el oficial se inclinó sobre la baranda hacia el patio para comunicar la orden, advirtió que el pobre Bermúdez estaba allí en la boca del lobo, confiadamente, como un papanatas mirando los soldados. Galavís no dejaba pasar a nadie al piso alto en donde Gómez, ya sentado, mascullaba cosas sin sentido y seguía sudando. El general Alcántara, que había llegado momentos antes, tuvo que hacer gestiones para que dejasen subir algunos amigos suyos a "acompañar" al *general,* que seguía, intranquilo, deglutiendo un pánico disfrazado de ira.

De pronto volvió a exigir:

–Quiero que llamen al doctor... al doctor ingeniero, amigo mío... ¿cómo es que se llama?... ¡el doctor! –y miraba al rostro de unos y otros, hasta que alguien insinuó: –¿Será Vargas, general?

–Sí, eso es; llamen a Vargas, llámenme al doctor Vargas, a quien no veo aquí....

¡Y le tenían en cartera desde el día anterior para confiarle el Ministerio de Obras Públicas! ¡Y no se acordaba de su nombre!

Uno de los presentes le explicó que Vargas acababa de perder a su esposa y que el general Alcántara, que venía de acompañarle en tan terrible circunstancia, podía informarle lo ocurrido; Vargas estaba bajo el golpe de una desgracia tremenda...

Pero como insistía en que le llamasen, al fin le trajeron para que tomara el nombramiento de Ministro. En el fondo, su pavor le hacía buscar a cuantos hombres pudieran darle valor moral y el sudor inundaba su frente tan copiosamente que en la relación de uno de los testigos de aquella escena leo esta frase: "Corría el tiempo, y el sudor de Gómez no cesaba tampoco de correr. Aquella frente manaba tanto, que puedo jurarle que había un pozo en el suelo, al pie del sillón en que estaba sentado".

Samuel Darío Maldonado, y otros, dos veces trataron de que saliera al balcón y se dejara ver del pueblo que ya se aglomeraba en la Plaza Bolívar. Pero se opuso resueltamente. Después de lo del 13, eso de salir a hablarle a la gente, no le cuadraba. "¡Nada de manifestaciones!", "nada de manifestaciones"... Y repetía este estribillo a cada instante, sin venir a cuento.

Cuando le anunciaron que estaba detenido el general Maximiano Casanova, a quien temía porque era jefe del cuartel de la Trinidad o San Carlos, respiró. ¡Casanova estaba pacíficamente parado en la esquina de la Torre cuando le hicieron preso![39].

Ahora bien, no es que el miedo material sobrecogiera a Gómez. En justicia, su cobardía tenía otro origen. El mero miedo físico quizás no le

[39] De "Bella Vista" –después de desayunarse– se fue Gómez al cuartel del "Mamey" –copio de una apuntación a la vista– y allí hizo formar la fuerza, pues contaba con la mayoría de los oficiales, todos de su confianza; y pacíficamente dio a reconocer al general Eliseo Sarmiento, como jefe de dicho cuartel. Dejó la guarnición a pie firme y siguió en pos de "la sagrada" que iba en marcha para la Casa Amarilla al mando de Félix Galavís. Tenía la seguridad de poder contar con el cuartel de San Mauricio, lo mismo que con el Cuerpo de Policía, cuyo Prefecto era Lorenzo Carvallo, estando ya encargado de la autoridad el doctor Aquiles Iturbe, que debía ser su Gobernador, y quien destinó para jefe del recinto policial al general Francisco J. Sáez. Como se sabe, uno de los "heroísmos" de que se hablaba en estos días es el de haber ido Gómez a recorrer los cuarteles de la capital acompañado de algunos oficiales. Y no precisamente de los que ahora estila como perros de presa, que a la sazón no pasaban de ser unos pobres diablos... Se valió de hombres valerosos. Después han fabricado la leyenda de lo "difícil y peligroso" de aquella recorrida. Es una pobre mentira que de tanto oírla repetir Gómez mismo ha terminado creyéndola. Uno de los militares que entonces le acompañó –y a quien ha correspondido con persecuciones y pillándole lo que tenía, como ha hecho con casi todos sus factores de aquella época– que inmediatamente tomó el mando del cuartel de San Carlos o de La Trinidad, cada vez que el autor le interrogaba sobre los detalles de la heroica recorrida se echaba a reír... No recojo estas cosas que parecen triviales ante la gravedad histórica sino por la circunstancia de que muchos en mi generación y casi todos en la que nos sucede dan por buenas las leyendas puestas a circular con la complicidad del tiempo y del silencio. Así he conocido a honrados bodegueros, a comerciantes detalladores, a honestos posaderos de camino real, a inofensivos boticarios de provincia, convertidos en "doctores" gravísimos y en generales que ponen pavor en el ánimo.

dominó tanto como el pánico y la turbación de su conciencia y ese estado de terrible incertidumbre que caracteriza a los seres sujetos por una larga domesticidad a tolerarlo todo y que, de repente, se hallan dueños y señores de su propio destino.

Esta fue la escena del 19 de diciembre que se conmemora cada año en Venezuela como una efemérides. Este fue el heroísmo.

Este fue "el héroe".

En Venezuela hace ya tiempo es el Gobierno el que refacciona las calles, nombra los académicos y organiza "las manifestaciones" contra él mismo y para los fines que se propone. Por eso "las masas" resolvieron tumbar a Castro... A Castro moribundo en una mesa operatoria, a Castro proscrito, traicionado, pillado, escarnecido por cuantos le lamieron las manos durante nueve años. En la ceguedad del miedo, en el atrafagado complot, el hombretón sin escrúpulos ni conciencia de sus actos, el andinote zafio y taimado incurrió en una estupidez insólita, única en la historia de Venezuela –y recomiendo la atenta lectura de este párrafo a cuantos, de un modo insensato, fuera de la patria, hablan de las cosas que ignoran... El sólo conato de solicitar la intervención del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América fue obra de Gómez –y como venezolano querría creer que el pánico a Castro lo enloqueció para no tener que registrar en los anales de la República el nombre de un compatriota mezclado en tamaña responsabilidad... He aquí los hechos:

Poco antes del 19 de diciembre –entre la noche del 13 y la mañana del 14 que fueron los días críticos– Gómez, en su carácter de Vicepresidente de la República Encargado de la Presidencia por estar ausente el titular del cargo, Cipriano Castro, ordenó al doctor José de Jesús Paúl, su Ministro de Relaciones Exteriores, que por intermedio del Ministro del Brasil en Caracas, señor don Luis de Lorena Ferreira, se dirigiera a Washington –ya que desde el 13 de junio de ese mismo año se había dispuesto cerrar la legación americana en Caracas– para que solicitara el envío a las costas de Venezuela de navíos de guerra "en previsión de acontecimientos". Este telegrama fue hallado en su original, lo mismo que el del Ministro Lorena Ferreira, en el archivo de la Oficina de Telégrafos de Caracas, por medio de la cual se remitían, vía Trinidad, los cablegramas para el extranjero, pues Castro había dejado interrumpido el cable francés.

El cablegrama del Ministro Lorena Ferreira, que abajo se inserta, dio motivo de que se enviaran a La Guaira los acorazados "North Carolina", "Maine", el crucero "Dolphin", a cuyo bordo venía el Alto Comisionado Buchanan. Más detalles de este malhadado asunto pueden leerse consultando la documentación que corre publicada en el *Foreign Relations of the United States*, 1909. He aquí ahora el documento comprobatorio:

"Nota del Ministro del Brasil señor Luis de Lorena Ferreira al Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Venezuela en Caracas a 27 de diciembre de 1908. Señor Ministro: Como lo sabe este Gobierno, el

14 del corriente fui requerido por el señor doctor Paúl, Ministro de lo Exterior, y a su solicitud dirigí el siguiente telegrama al señor Embajador del Brasil en Washington: "Reacción contra General Castro iniciada. Ministro Exterior me requirió hoy pedir hacer constar Gobierno Americano voluntad Presidente Gómez ultimar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales. Halla conveniente presencia nave de guerra americana La Guaira previsión acontecimientos. Hizo idéntica comunicación otras legaciones".

Como ya queda escrito, fue a virtud de ese telegrama que el Gobierno de los Estados Unidos envió al señor William I. Buchanan como Alto Comisionado cuya llegada a La Guaira en el referido crucero "North Carolina" participa el Ministro brasileño en la nota de la fecha apuntada. A mayor abundamiento, al participarle el nombramiento del señor Buchanan el señor Secretario de Estado de los Estados Unidos decía al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela en nota de 21 de diciembre de 1908, después de citar el telegrama que el Ministro de Brasil en Caracas había dirigido al Embajador de su país en Washington el 14 de diciembre del citado año y que ya conocemos: "Entiéndese que el objeto de la importante comunicación así hecha por el Ejecutivo de Venezuela al Gobierno de los Estados Unidos por medio del Representante del Brasil en Caracas, es indicar el propósito de la *nueva administración* de revocar la política que fue seguida por el Presidente Castro y que condujo a las instrucciones enviadas al señor Sleeper el 13 de junio de 1908, por las cuales se cerró la Legación de los Estados Unidos en Caracas y se retiró al Encargado de Negocios americano". Véase el *Libro Amarillo* de Venezuela, año de 1909, páginas 130 a 133.

Fue menester sacrificar a alguien y se sacrificó al Ministro Paúl, que era responsable, sí, como Ministro solidariamente con el *Ejecutivo* (la nota del Secretario de Estado Americano "entiende que la comunicación así hecha por el Ejecutivo de Venezuela", etc.) y por lo tanto el Vicepresidente Gómez, Jefe del Ejecutivo y quien dictó la orden al Ministro Paúl como lo establece el Ministro del Brasil ("....voluntad Presidente Gómez ultimar, etc".... "Halla conveniente" –rige el sujeto *Presidente Gómez*– "presencia nave de guerra americana", etc.) es el responsable en primer término y a él le corresponde íntegra la gloria de que por un acto de cobardía, por una insensatez inexplicable –aun siendo un cuasi analfabeta– arrojara ese baldón sobre la Cancillería Venezolana, que a pesar de todas nuestras terribles convulsiones pasadas, y hasta manejada por ese atrabiliario ignorante de Castro, había sabido guardar la dignidad y la soberanía de la Patria ¡esta pobre Patria que los Libertadores, estremecidos de vergüenza bajo la piedra egregia de sus panteones, nunca soñaron que pudiera poner sus destinos y su honor en las manos de semejante desgraciado!....

La censura del Congreso, pasando por detrás de Miraflores, fue a fulminar la cabeza del Ministro caído y casi oculto en su quinta de "Los Laureles".... El Acuerdo del Alto Cuerpo de 10 de junio de 1909 sobre el

Libro Amarillo de ese año, dice así: "Se aprueba el *Libro Amarillo* presentado por el ciudadano Ministro de Relaciones Exteriores, en todos los actos para cuya definitiva sanción no se requieran otras formalidades constitucionales; e imprueba lo hecho por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, doctor J. de J. Paúl, al iniciar la conveniencia de la presencia de buques de guerra extranjeros en el puerto de La Guaira en previsión de sucesos, por considerar dicha insinuación opuesta a la majestad de la Nación. –Arístides Tellería, Presidente.– G.T. Villegas Pulido, Vicepresidente (*Gaceta Oficial* de 12 de junio de 1909).

El "Acuerdo" sesga toda la responsabilidad hacia Paúl, arropa con el eufemismo "iniciar" lo que fue un hecho cumplido y por amparar a Gómez se descarga una justicia irritante sobre el solo Paúl.

No quiero cerrar este capítulo sin dar una explicación sincera a mis compatriotas y a los lectores extranjeros. Cuando le di forma a los manuscritos dispersos de estas memorias, todos los datos referentes al asunto que acabo de tratar estaban en mi archivo, inclusive el folleto que publicó el doctor Paúl más tarde en el exterior. Estaba convencido de la responsabilidad gravísima de Gómez en este incidente, pero jamás pensé remover esta cuestión; se oponía en mí un escrúpulo de venezolano y si hubiera podido acusar a los culpables ante el Senado de la República, lo hubiera hecho en su oportunidad o hubiera tratado de que alguien lo hiciese. Sabido es que ello no pudo ser ni es posible hoy. Jamás, repito, pensé darlo a la publicidad en el extranjero. Estas son vergüenzas que se devoran en casa: ese desdichado, que tanto daño hace a la República, no deja por ello de ser venezolano y puede que a esta hora él y los que le asesoran, sonrían de mi escrúpulo, ya que para esos hombres la decencia ha venido a ser una superchería y la verdad una arma convencional.... Les compadezco. Pero es el caso que en su impotencia, no hallando qué injuria esgrimir y lanzándose de una manera imprudente para su defendido, a propalar que nosotros, los de la oposición, "estábamos comprometiendo la soberanía", etc., con "gestiones" –querían referirse a la cuestión internacional de los obreros de la Panamérica y al expediente que la Federación de Trabajadores ha incoado de *motu proprio*–ante lo inaudito de tamaña infame mentecatez quedó cancelada la decorosa reserva del asunto que había resistido hasta contra las torpes asechanzas que uno de esos desgraciados pretendió tejer a mis plantas el año de 1922 en Nueva York.

A la "defensa" y a la "propaganda" que le hacen sus agentes, debe, pues, Juan Vicente Gómez el comparecer como reo de alta traición a la República un poco antes de que ésta le haga la debida justicia.

Réstame tranquilizar a quienes se alimentan con los relieves de ese yantar de gitanos y a los patriotas estridentes y a los estentores sin dignidad ni decencia personal que hacen "política de oposición" falseando actos que ignoran y haciéndose pedestales de un día con nuestro silencio y con nuestro desprecio. Pueden tener la seguridad de que si

para salir de Gómez la revolución de Venezuela necesita apelar a expedientes como el del cable que éste puso por mano de Paúl pidiendo cruceros a los Estados Unidos, allá se les pudre mandando...

CAPITULO XIII

Y los infantes de Aragón, ¿qué se fizieron? – La conspiración del silencio – La extrañeza del Padre Eterno – Con el nuevo capataz – Jano, la tachirense – Desfiles cómicos y tristes – Los déspotas ínfimos – Olvido de lo pasado y otra vez al bollo – Eustoquio Prato – Otra farsa burda – El banquete de "La Providencia" – Los periodicucheros y los caciques – La verdad popular – Turris ebúrnea – Los hombres a través del cinismo biográfico...

LOS HIMNOS CESARON de súbito; se marchitaron las coronas de flores; la lluvia destiñó los arcos de "la Aclamación"; pequeñas sombras trémulas huían por los rincones de la opinión y sin que cantase el gallo ya todos habían entonado el nuevo laude... ¿Qué se había hecho "la gratitud de los pueblos"? ¡ni una línea se escribe, después que desde el último rincón del último municipio venezolano no hubo día ni hora en que según *El Constitucional* no "se bendijese la mano providente del Héroe de Mayo"! ¿En dónde estaban esos generales indignados, esos coroneles truculentos que ofrecían su espada para reducir a polvo "los malos hijos de la patria", "los eternos perturbadores del orden", los "envidiosos descontentos que no caben en esta era de bienestar", etc., admirables generales, coroneles incontrastables que lanzaban telegramas como bufidos y metáforas de una literatura mortífera? ¿en qué penumbra "se recogían a meditar" acerca de "las glorias y de los progresos de Venezuela de Castro" y ante "la visión luminosa de la Patria" los doctores de las suculentas disertaciones, los grandílocuos majaderos que atiborraron el enorme volumen de la Aclamación, ese librote formidable que en lo alto de mi estantería parece presidir y aplastar con un vientre omnipotente de mil y pico de páginas, trajeado de vistosa piel amarilla, abrochado en oro, importantísimo, oficial, definitivo, la aterrada delgadez y el modesto lienzo aplanchado con que se alínean debajo un Montalvo rojo y tajante como un hacha, un Sarmiento gris, un Acosta albo? ¿Es que ya se extinguió la voz engolada de los 23 de mayos, de las clausuras del Congreso, de las sesiones municipales extraordinarias? ¿Se ha secado antes que la tinta el entusiasmo con que se estamparon las firmas a esos telegramas, a esos acuerdos, a esos votos, a esas plegarias que forman el vasto sistema intestinal del gordísimo tomo? ¿Ya "las manos patricias y justicieras" no

baten el oro de las Medallas Insignes ni las frescas voces de los niños se elevan en la clara mañana del Señor para cantar las glorias máximas de este otro Señor "nacido para la salvación y para la gloria de nuestra amada Patria"? ¿Se borró ¡ay! de los labios que tendían el cendal carmesí sobre la maravilla nacarada, se extinguió en una mueca desdeñosa la sonrisa prometedora? ¿Es que ya éste no es aquél a quien "todos los hombres le abrían los brazos y todas las mujeres las piernas", según la expresión terrible de Pío Gil? ¿Y "la Doctrina de Castro" en La Haya? ¿Y la "espada de honor" de los intelectuales latinoamericanos? ¿Y esos cónsules que reproducían en la prensa del exterior "las glorias del Jefe" y se reproducían por cuenta de la regia munificencia que ha habido siempre en Venezuela para los que más daño le hacen a los tiranuelos publicando ridiculeces de que ellos mismos, sus autores, se burlan en la intimidad? ¿Y los valses, aquellos incomparables valses de los musicógrafos adulones: "Siempre Invicto", "Club Victoria", "Aclamación", etc.? ¿Y los historiadores que dedicaban la historia o descubrían manuscritos sagrados, actas de la Independencia perdidas en el fondo de una provincia, para que fuesen "providencialmente" colocadas en las manos del Benemérito Restaurador? ¿Y los versos, esos versos arrechederescos, y las prosas "orfébricas" y las hipérboles gumersíndicas? ¿Y los "hombres nuevos" y los "procedimientos nuevos" y los "nuevos ideales" habían envejecido de pronto? ¿no habría ya "lunes científicos"? ¿la cátedra del Espíritu Santo no iba a protestar en defensa de aquel varón "enviado de Dios" para hacer la felicidad de los venezolanos "descarriados"? ¿Se apagaba el brasero de incienso, enmudecía la antífona y los ejecutivos enlevitados y contritos no volverían a escuchar la vibración imponente del órgano, los tenores gallardos, los barítonos sonoros, los bajos profundos que daban gracias al Altísimo por la salud recuperada del Héroe?

Tantum ergo Sacramentum veneremus...

y lo que el Altísimo, rodeado de serafines, entre los arcángeles, los patriarcas y los santos, presidiendo una triple asamblea de jerarquías radiantes, en mitad a los coros innumerables de vírgenes, respondería: ¿Castro el de Venezuela? pues hombre sí, que cure ¡haberlo dicho antes! Y las vírgenes suspiraban...

Si parecía un sueño ¡veinticuatro horas después que el capataz desleal esgrimió el nuevo mandador más largo y con más nudos que el otro, la gente arrodillada que seguía con los ojos "la estela de la nave afortunada en que iba el porvenir de Venezuela en la persona de su amado caudillo", al tener la evidencia de que no se dispararía un fusil ni se imprimiría una sola letra en defensa del ausente, se puso súbitamente de pie y como no le podía embestir a Gómez, ex-restaurador, ni a los ex-restauradores que con él estaban, la emprendió a dicterios contra los pobres diablos que devoraban desperdicios; formó una alharaca frente a las ventanas de

una tipografía, saqueó los estantes de un comercio de papeles y rompió las botellas de una farmacia.

La "reacción" la inspiró el gobierno, la organizó, la disciplinó, la dosificó y cuando hubo logrado su objeto... la eliminó. Los reaccionarios –con una que otra excepción– se inspiraron, se organizaron, se disciplinaron, se dosificaron y después que sirvieron para uso externo... se eliminaron. Era "la evolución en el seno de la Restauración" de que hablaban los castristas sutiles. La hegemonía andina, alterada un instante, reconstituíase; la compactación de la Cordillera, confusa un momento, expulsaba de su seno de una manera convencional al jefe caído y a sus más allegados, apartaba provisionalmente unos cuantos excesivamente "comprometidos", y que volverían a ingresar en la jarca más tarde, y aparentaba reconocer el título que para gobernar tiene cada Estado autónomo de la República "no como concesión o merced" –precisaba la literatura estupefaciente, opiácea, del documento de diciembre– "sino como derecho, etc."... Debajo de esto advertíase la sonrisilla socarrona del "general". Ya les ajustaría las tuercas a estos otros "doctores", a estos "plumarios muérganos que ahora se me vienen de casa de don Cipriano ¡como si yo no los conociera!"... La prensa libre entonaba su canto de cisne... Iba a cumplirse la promesa hecha en los días negros de "la conjura" y de los embarques en lote y de las encerronas en rebaño: –"*Espriocúpense*, muchachos, que si otras las hemos ganado *de a para alante* ésta la ganaremos de *a para atrás*"...

Si Jano tenía dos caras, Gómez, en cambio, puede vanagloriarse de ofrecer dos fondillos: uno a Castro, otro a los venezolanos...

A los dos o tres meses del sainete de diciembre, todavía duraba la excitación. Una pequeña avalancha de pequeñas ambiciones se batía alrededor de la nueva Ley de Presupuesto. Todos eran víctimas de Castro. Nunca, ni en los mejores días de Tiberio, ni en los muy felices de la conquista española, viose tal número de víctimas. Una verdadera lástima: había víctimas en los ministerios, había víctimas en las embajadas, gemían víctimas en las aduanas, o sujetos horriblemente martirizados en las secretarías de gobierno seccional y en las presidencias, bajo sueldos terriblemente considerables, con negocios cruelmente productivos; todas víctimas de primera magnitud, porque había también una miríada de pequeñas víctimas que partían el alma. En la historia no se ha visto un país tan martirizado, tan sacrificado, tan catacumba. Y para hacer macabro aquel momento de vida nacional, como dicen los oradores cursis, algunos publicistas comenzaban a asomar de sus cuevas las antenas reaccionarias como esos cangrejos que en los basureros aguardan que se marche el hombre para devorar la horrura que deja. En las plazas, en los tranvías, en los cafés, en las antesalas de "los caudillos", por los corredores de los ministerios, en el patio de Miraflores pululaban generales del

interior, con cuello de celuloide, revólver Smith-Wesson, cañón largo, y cuarenta tiros de repuesto en la canana de una faja imponente; doctores de chalecos extraordinarios, "hombres importantes", no se sabía por qué ni de dónde, pero a cuyo paso sonreían melifluos los porteros y se abrían en dos alas los coros de "oficiales" sin oficio y "oposicionistas" sin oposición que hacer, un poco raídos, un poco "decepcionados" pero "dignos"... A ratos cruzaba con el perfil huido y un andar de gato uno de esos "listos" que siempre tienen cogido por el ombligo a los que necesitan, paseaba una mirada irónica por el curso y deslizábase hasta el suspirado despacho del primate a cuyo oído murmuraba palabras cabalísticas... O bien un bachiller oriental, de esos con percha llamativa, asaltábale a uno para darle un apretón de manos inesperado, diciéndole de una manera contundente e indiscutible:

–¡Bachiller Pérez-Pérez, víctima de Castro!

A veces se topaba uno en un grupo con un jovenzuelo expansivo, que protegía a todos, que brindaba a todos, y que era conducido a través de los grupos por un "coronel" de paltó envivado o por un intelectual "melenudo" y grasiento, que le presentaban de esta guisa:

–¡El secretario privado del general Eccehomo Pernales!

Si debajo de esta comicidad inofensiva no existiera una tragedia silenciosa, menos mal.... Pero la tragedia late allí, contenida, callada, humilde. El padre de familia arruinado, que tuvo un puestecito con los Castro y que apenas se atrevía a murmurar, vergonzante, acorralado en sus gestiones prolijas, venciendo la insolente austeridad de los porteros con referencias lastimosas de hijas muertas y esposas recién operadas: ¡porque yo soy víctima, también aunque no lo parezca!

Y el pobrecillo, en efecto, bien lo parecía. Tanto como las dos viejecitas de manos patricias y magulladas por la labor que con sus trajes negros, verdosos, y sus caras maceradas de privaciones y de angustia, esperaban días y meses y años y lustros a que les resolviera "el ministro" aquello de la pensión.... "El ministro" era para ellas el personaje imposible, todopoderoso, hermético, oculto allá dentro, como las tablas de la Ley en el Tabernáculo, que no oía, que no veía, que no sabía, que sin duda era una persona excelente, un padre de familia, "un nieto de prócer", pero a quien nunca podían llegar aquellas palabras tantas veces gemidas con un orgullo melancólico en las antesalas y con las pupilas empañadas de ansiedad.... Era abuelo de nosotras, era de los Libertadores de Colombia: veintisiete heridas, treinta y dos acciones de armas, general en jefe, presidente interino de la República; murió en la miseria, no nos dejó sino una hoja de servicios... ¡hasta la espada quiso que se la regaláramos después de su muerte al Museo nacional! Y pensando en los largos días de hambre y de tristeza, la más vivaracha de las viejecillas va y desliza una infamia pequeñita, una mentirijuela que pronuncia balbuceando y ruborizándose: mire, señor portero, para que se lo diga al señor Ministro, usted que tiene confianza con él, no es "chisme": el otro gobierno –baja la voz y mira a todas partes temiendo que Castro esté detrás de aquel reloj

monumental, debajo del sofá, tras de la rinconera y saque su testa calva y sus quijadas barbudas– el otro gobierno.... en nueve años no nos pagó la pensión... los doce pesos mensuales...

La más moderada le da con el codo y cuando el portero, fastidiado, se marcha o corre al encuentro de algún señor que penetra majestuosamente con tarjeta de cita, la taciturna de las dos, reprende a su hermana ásperamente: No es verdad, niña, que sí la pagaron más de seis meses antes de la guerra *libertadora*... No digamos mentiras... En nuestra familia no se dicen mentiras...

Todo ello ocurre si no es un director de sección, un oficial mayor, uno de esos cagatintas insolentes que se pasean inverecundos por las antesalas rechazando pobretes y gritando ancianas para volverse un montón de casimir, de salivas y de zalemas ante el personaje –que firma los papeles presentados sin dignarse mirarlo– y el cual, irguiéndose, arroja a las desvalidas de una manera indirecta y grosera:

–Se le ha dicho a las señoras que el ministro está ocupado, que ese es un asunto que lo resolverá "el doctor" cuando hable con "el general" y mientras tanto no tienen a qué venir más...

Calla; se arregla la corbata al espejo de una consola. Pero suena un timbre y echa a correr hacia dentro como un vendedor de periódicos, como un doméstico, como un perro, como lo que es...

Florecía también en esos días el tipo ingenuo, el mozallón sencillo que se vino de San Antonio del Táchira, de Torondoy, de Rubio o de Timotes porque otros le escribieran: "aquí estamos mandando", e hizo un sacrificio, y se disparó para la capital con una tarjeta de recomendación del jefe civil en donde participaba que el portador "servidor de la causa y amigo del jefe" deseaba "colaborar", etc. Pero como se pasaban los días en la casa de pensión, iba a desahogarse en el grupo de "paisas" no menos ingenuos que él, deplorando la tardanza de sus esperanzas:

–Pues cómo le parece, ¿no? que Primitivo Zambrano tiene ya ocho días en Caracas y todavía no le han dado ni una aduana ¡ y eso que es bachiller!

El tiempo continúa, implacable, pasando. Ya colocarían a Primitivo, a Patrocinio, a Eccehomo, a Circuncisión...

–¡Esta situación es de *nojotros!*– prorrumpían indignados los que aún no "cabían" en la primera organización, sin comprender que el "fefe" sabía más que ellos y les estaba preparando la cama a los "nuevos muérganos"... Todo sería cuestión de calma, de ir "de a para atrás", en una forma lenta, trepadora, crustácea...

De los crímenes de la Restauración no se hablaba sino de una manera genérica, lejana, extensa, impersonal, como si quienes los cometieron estuviesen en un plano diferente: robos, violaciones, prisiones, asesinatos, iban asumiendo en la imaginación el carácter de las calamidades meteorológicas, de las perturbaciones del mundo físico; el granizo, las inundaciones, una peste, un terremoto; recuerdos tristes; desastres por los que no es posible guardar rencor, fatales, inevitables, de los que nadie

sino Castro era responsable –y en el fondo, ¡ni Castro mismo! ¡la culpa la tenía todo el mundo menos los culpables, y cómo podía ser de otro modo! Las responsabilidades más directas se iban desviando en hábiles derivaciones, escogiendo una que otra cabeza de turco para que pagase los vidrios rotos por los que les dejaron las sobras.... No se intentaba ninguna acusación por "no ofender al Gobierno". En esta circunstancia está toda la moral de la situación. Fijaos si no en el lenguaje oficial de la época: no se aludía al perdón, no, sino a la *reconciliación* –la reconciliación de los verdugos con las víctimas– el perdón hubiera supuesto la falta y los hombres que estuvieron complicados en el castrismo, vale decir, la mayoría absoluta de cuantos continuaban mandando, no querían ni podían convenir en que se les perdonaba; no estaban dispuestos a admitir tácitamente ¡ni siquiera en que habían errado! Se trataba de "la reconciliación" de "la familia venezolana" y esta "familia venezolana", como sabéis, aunque desunida es muy sinvergüenza, se hace perrerías y se *reconcilia* luego con lágrimas en los ojos –reproduce el fenómeno doméstico de cada hogar en la forma colectiva: ingratitudes, egoísmos, pequeñeces, hipocresías, difamaciones, ¡miseria! ¡podre! adulación al pariente rico, bellaca indiferencia al de nuestra sangre perseguido o abandonado o proscrito o arruinado, sin perjuicio de si surge mañana irnos a echar en sus brazos por un impulso irresistible de la sangre para "confundir nuestras lágrimas".

Los que venían del destierro, de las cárceles, de los ultrajes, se veían obligados a abrazar a sus perseguidores del día antes y a cambiar el beso de Iscariote. También resultaba curiosísima esta travesura psicológica de las inversiones: los verdaderamente "reconciliados" eran compinches que nunca estuvieron reñidos; los que en verdad "fraternizaban" habían vivido juntos un novenario gestatorio en la placenta de algún agio; los que besábanse llorando de júbilo, habían fornicado con la hacienda pública la noche antes... Y los que "quedaron" de la situación caída, disimulaban a los victimados su pobreza, les dispensaban que hubiesen estado presos, los toleraban a pesar de tener los tobillos encallecidos de grillos, no les guardaban rencor porque se hubiesen resistido a que les violaran la hija o les llevaran la mujer, ni porque al tomarles la hacienda ésta defraudara lo que de ella se prometiera quien se la cogió; un derroche de generosidad y de olvido, mucho olvido, olvido por agua común, el Orinoco vuelto un Leteo, el Leteo en todo; en la bofetada y el escupitajo, en la cautividad, en el crimen.... Paredes estaba enterrado, después que se le hizo una apoteosis y sus deudos pasearon un luto rígido y oficial por todo Caracas [40]. Maduro perdió la Lotería. Mister Pam trataba de raspar otra

[40] La tal apoteosis tuvo lugar con el traslado solemne de los restos de la víctima del sitio lejano en que les enterrara la piedad asustada de un pobre pescador del Orinoco hasta el Cementerio General del Sur, en Caracas. El Ejecutivo Federal presidía el duelo... Caballo de batalla enlutado, tambor a la sordina, caraqueñas lindas mirando el cortejo desde la ventana, frases efectistas en el cementerio: "ese muerto no ha muerto", etc.; las postreras

vez sus fósforos. La casa Boulton logró interesar a alguien para continuar con lo de la harina... Empezaba la "era del trabajo".

Tan sólo hubo ligeros cambios a fin de dar entrada a la tribu famélica de "la familia" y de "los muchachos" del *general*. Continuó la invasión del Táchira y Trujillo hacia Caracas; los barcos de la Costanera, los ferrocarriles, el Ministerio de Hacienda, los archivos de la Secretaría General pueden darnos en conjunto la cifra a que ascendieron los pasajes. Una vez en la capital, se distribuían la gente por los comandos militares, para ocupar regiones *estratégicas* o para asegurar estados peligrosos. Eustoquio Gómez, el torvo asesino del doctor Luis Mata Illas la noche del 27 de enero de 1907, huyó hacia las montañas de Miranda después de cometido el cobarde crimen; anduvo errante, pavorizado, por la selva... Cuando se llegó a él el oficial que partió a arrestarle por orden del juez, se puso a dar gritos y a pedir clemencia como un insensato:–¡No me mate! ¡estoy rendido! ¡no me mate! El zambo noblote que le hizo preso alargó la mano para tomar el revólver que le ofrecía por el puño y como estaba el Eustoquio tan descolorido y tembloroso, hubo de tranquilizarlo: – No tenga miedo; yo no asesino hombres; yo vengo a llevarlo preso a Caracas! [41]... Estaba, pues, en la cárcel bajo juicio. Tan luego como su primo hermano Juan Vicente asumió la responsabilidad del Gobierno, hizo que su Ministro de Guerra, el general Régulo L. Olivares, nombrara al Eustoquio, bajo el falso nombre de Evaristo Prato, Comandante en Jefe de la Fortaleza de San Carlos en reemplazo de Jorge Bello. Tenemos, pues, al preso criminal de Caracas actuando con un nombre supuesto como guardián de confianza de los otros criminales. El nombramiento apareció en la *Gaceta Oficial.* Marcial Padrón que era el alcaide de La Rotunda, refirióle a Alcántara, Ministro del Interior cuando éste le preguntó por el asesino de Mata Illas "que habían estado a buscarlo (al Eustoquio) por orden del general Gómez y que le habían mandado de jefe del Castillo de Maracaibo con otro nombre (el de Evaristo Prato, que así apareció en la *Gaceta Oficial").* Alcántara asegura, de acuerdo con una nota comunicada por otra persona al autor, que no obstante ser él el Ministro del Interior, fue por esta relación de Padrón que vino a confirmar lo ocurrido [42].

metáforas de "los orfebres" mayores que componían la Sociedad Boliviana. Entre los hombres que representaban el duelo ¿cuántos cómplices por tolerancia o por debilidad –comenzando por Gómez– iban tras del muerto? ¿Aquellos señores querían "desagraviar" a quién? ¿A la República que por esta ejecutoria castrista batió palmas o guardó silencio? ¿a la sociedad que hizo grandioso acto de presencia en los salones del asesino y colgó de su brazo a sus esposas y a sus hijas? El homenaje a la memoria de Paredes fue una cosa absurda y macabra. Si ese cadáver hubiese podido incorporarse casi todo el cortejo echa a correr empezando por los hablistas necrologieros que en todo tiempo están prontos para deshojar adelfas "oficiales", para estilizar majaderías y vilezas, para hacer de manicuros con las garras ensangrentadas y ascosas de los chacales. La gente, por otra parte, estaba tan enterada de estas "reparaciones" póstumas que cuando se trasladaban los restos de Bartolomé Salom al Panteón, alguien de la concurrencia preguntó a su vecino: ¿Este es otro de los que mataron con Paredes?

[41] Relato personal de Carlos Irú al autor, en la Rotunda de Caracas, agosto de 1920.
[42] ... "que siendo él (Alcántara) Ministro del Interior recibió un día un telegrama irrespetuoso del jefe del Castillo de San Carlos, un tal Evaristo Prato a quien él no conocía; que

La noticia, al descubrirse, cayó como una bomba. La prensa la comentó, la criticó... Pero como si tal cosa... El malhechor quedosé en su puesto y Mata Illas continuó pudriéndose.

Ciertamente, de la primera nómina de nombramientos que tengo a la vista desprendése que en su mayor parte "los muchachos del general" iban con carácter subalterno, debido a que era político conceder ciertas posiciones a quienes venían del campo adversario a "fraternizar" y además a la falta de personalidad o de eficiencia de aquellos "muchachos" que les condenaba a quedar en segunda fila, si bien con "instrucciones" privadas del general... En el doble juego acostumbrado los había que tenían también "instrucciones" privadas de Baptista, de Alcántara y hasta... ¡del general Castro!

Antes de salir de Caracas para algún cargo, todo quisque debía celebrar dos conferencias. Una con Gómez, otra con Baptista. En las dos no se convenía la misma cosa.

La tercera entrevista de despedida– que a veces era la segunda– tenía lugar con Alcántara. Y así sucesivamente.

Continuaba, pues, la anarquía disimulada en acción. Los considerados conservadores en el Gabinete trataban de que el general consolidara su política con ellos y con sus amigos, aunque no muy de acuerdo entre sí todos (Baptista, Régulo Olivares, Roberto Vargas, Samuel Darío Maldonado). Y por la otra parte, como ya se ha dicho, tiraban González Guinán, Alcántara, Carabaño e Iturbe, tampoco muy unificados porque existían diversas "combinazioni" sobre las que regía de una manera positivista la tendencia al "gomezalato único", fórmula que apenas se esbozaba en la sombra de los conciliábulos palaciegos y que muy en breve surgiría definitiva e insolente, proclamada a todos los vientos. En ambas extremas podía notarse la diferencia entre los líderes que estaban mangoneando y los que esperaban turno... En cuanto al Ministro de Hacienda, el doctor Jesús Muñoz Tébar, murió a poco de nombrado, reemplazándole un señor Herrera Toro, que no tenía efectividad militante en política.

Al grupo de "godos" –como amablemente le designaban sus colegas, los "amarillos"– como no menos afectuosamente les denominaban aquéllos, sólo podían oponer, en igualdad de circunstancias, ese "personalismo"

inmediatamente se fue a ver a Gómez para pedirle su destitución; que encontró a Gómez con Baptista y se expresó en términos muy fuertes contra Prato; que Gómez se levantó y le dijo: –Arregle esas cosas con el doctor Baptista. Entonces Baptista le dijo a Alcántara: –¿No sabe usted quién es Evaristo Prato? – No, ignoro quién es –fue la respuesta de Alcántara. Pues Evaristo Prato es Eustoquio Gómez– ¿Cómo va a ser si Eustoquio está preso en La Rotunda, por el asesinato del doctor Mata Illas? –Estaba– replicó Baptista; –el general Gómez le ordenó al general Olivares, Ministro de la Guerra, que nombrara a Eustoquio Jefe de la Fortaleza de San Carlos bajo el nombre falso de Evaristo Prato. Entonces, refiere Alcántara, que él fue a La Rotunda y que Marcial Padrón, Alcaide de la cárcel para entonces, le dijo que así era la verdad: que a Eustoquio se lo habían llevado para Maracaibo y que lo habían nombrado Jefe de la Fortaleza. Alcántara al referir el incidente lamenta no haberse separado ese día del Ministerio".

velado que constituía un pugilato, y en mitad del cual Gómez asumía una modestia virginal de joven recién presentada en sociedad a la que asedia un grupo de calaverones pidiéndole "piezas". Ambos bandos quedaron en aceptar así las cosas como ante un compás de espera y endosándose las medidas que iban presentando el viejo carácter "restaurador" los unos a los otros. Los "amarillos", más manuables –quiero decir con la mano más hecha a estos intríngulis–, mejor entrenados, trataban de dejar en descubierto la "aspiración" de los candidatos conservadores, tras del fracaso que por tratar de que "el general se definiera" recogieron en el banquete de "La Providencia" [43] bajo el patronato del general Raimundo Fonseca, cuando el general Tosta García –más temerario que Edipo – pretendió descifrar el enigma, y la púdica y reservada joven declaró: "patria y unión", como si dijéramos: –¡no, señor, eso no, yo bailo con todos!

En los ojos sagaces e inteligentes de Baptista brillaba una chispa burlona; González Guinán sobábase nerviosamente las manos. El orador comprendió que sólo le restaba continuar escribiendo sus "Episodios Venezolanos"; Roberto Vargas se atusaba el bigote con la expresión cazurra de los viejos llaneros. Alcántara adquirió de súbito una extraordinaria locuacidad. Por encima de las copas, los rostros tenían la expresión de estar asomados a un desfiladero.

Y la comitiva de la "primera gira" regresó a Caracas. La prensa interesada cogió aquel "brindo por la Patria y por la Unión" como si fuese un hueso de roer... Se escribieron editoriales, se hicieron frases, se calificó por unos y por otros aquel lema sin darle nadie el único significado que tenía: que "el general" era más bellaco de lo que imaginaban, y que al endosar la camisa limpia que le alargaba su doméstico Tarazona al regreso, manoteando en el aire con los puños sobrantes y procurando sacar la cabeza por la pechera, le había dicho:

–¡Qué se estarán *creendo* estos....vergajos!

Demostración del relajamiento, de la vileza y de la canallería ambiente era la serie de periodicuchos que explotaban la sed de insultos exacerbada, inaplacable y febril, en un pueblo sin libertad de imprenta, ni de reunión ni de nada... Los hombres públicos de mi país están acostumbrados a que no se les discuta... Todavía subsiste en ellos a flor de piel el elemento bárbaro, inverecundo, autoritario; todavía imaginan, en virtud de una hombría relativa que los oradores y los publicistas deben callar; su masculinidad, sus atributos, su bastón, su revólver, son los argumentos de convicción que citan, si es que no pueden mandar a pegar un par de grillos o... a descerrajar un tiro en una esquina. La culpa no es toda de la salvajería predominante: parte de la forma despreciativa y de la tendencia agresiva a contestar razones con palos estriba en los mismos escritores –como el prohombre agredido los ha visto antes lamiendo y meneando el rabo; como casi siempre han sido objeto de sus caprichosas

[43] Una hacienda que está en los valles de Aragua a pocas horas de la capital, propiedad del mencionado Fonseca.

o de sus vanidosas munificencias y le han servido para darle "forma" a las peores picardías y a los mayores desmanes, he aquí que no se concibe cómo el ganapán de ayer se yergue para acusar hoy... Y generalizando el concepto, en virtud de la abundancia de ejemplos con que tropieza a su alrededor, escritor y sin vergüenza, "plumario" y pelagatos políticos son una cosa misma en Venezuela para esos "primates" que viven famélicos de posición, de oro, de hembras y de lujos, pero que no convienen en que su misma importancia deba exponerles a que se comenten sus actos... A ninguno de estos pobres o ricos diablos les cabe en la cabeza la necesidad filosófica y moral de la censura ni la depuración que el largo ejercicio de la libertad en la publicidad efectúa sobre las costumbres y las maneras de la crítica... Contienen el pensamiento, lo sofrenan, lo vapulan, lo ultrajan, lo envilecen y después declaran que es profundamente despreciable. Con Sor Juana Inés de la Cruz puede decírseles "que empaña él mismo el espejo y siente que no está claro... Así, al hallar una grieta, al hacerse una rendija, por allí explota el gas inflamado a su contacto con el aire libre. Y su olor es insoportable.

Dedicábanse los referidos periodicuchos a ultrajar a los pocos caídos que no encontraban "acogida" o tenían "padrino"; a atacar a ciertos funcionarios que por sus principios bien sabían que atacándoles nada les iba a ocurrir, y callaban como difuntos ante los bárbaros de marras... Iban las pasquinadas también contra subalternos sin importancia o inofensivos burócratas, guardando exquisito tacto para no zaherir a quienes estaban más arriba. Una delicada cobardía, una refinada vileza, que a ratos confundíase hasta con la indignación cívica, pero todo de mentirijillas, de supercheria, de efectos de galería, arraigó como doctrina y floreció como propaganda [44].

[44] Apenas meses después de la "reacción", cuando todavía estaba fresca la tinta con que la prensa condenara –*El Pregonero, El Día, El Tiempo*– el nombramiento del Eustoquio con un nombre falso para jefe del penal de Occidente, comenzó en el Concejo Municipal de Caracas una averiguación respecto al manejo de fondos y algunas irregularidades que se cometieran. Aparecía en evidencia el señor Eleuterio García, sobrino del doctor José del Rosario García, tío y consejero de Gómez, y daba frente a la averiguación en su carácter de Síndico del cuerpo edilicio, un hombre de bien, persona estimadísima y conocida por su honradez, don Enrique Chaumer, quien hubo de llevar a la publicidad todo lo que en tal virtud iba actuando... Tales inquisiciones, como se sabe, son moneda corriente en los países civilizados. A cada instante se llevan a efecto sin que los funcionarios que cumplen el deber de ponerlas por obra deban pagar con su vida el "desacato" de cumplir con su deber. Al señor Eleuterio García –o mal aconsejado o impulsado por quienes formados en la vieja escuela agresiva e irresponsable valíanse de las circunstancias para readquirir el predominio brutal que forma el fondo de su psicología– metiéronle en la cabeza que aquello debía lavarse con sangre, y arrebatado, en vez de hacer su defensa con números, la escribió a balazos... Tomó un coche y fue a buscar al señor Chaumer, encontrándolo a la bajada de Las Carmelitas. Iba con una de sus niñas de la mano para dejarla en la escuela al paso. El agresor se arrojó del coche y con el revólver que llevaba envuelto en el número del periódico en donde se insertaban las acusaciones del Concejo, disparó.–Allí le va lo suyo, díjole o algo por el estilo. La bala atravesó los riñones. Pocos momentos después Chaumer dejó de existir... Se armó el escándalo que es de suponerse y tras una serie tristísima de peripecias en la que danzan nombres que todo Venezuela conoce, un jurado ad-hoc declaró "absuelto" el homicida. Siendo Ministro de Fomento de la República Rafael María Carabaño, días antes de esta tragedia, fue acusado por Arévalo González de estar complicado en cierta

La "rehabilitación", "el programa de diciembre", la sociedad "Patriót ca" o "Boliviana" –con los "cafetales" y los "bucares" literarios de Díaz Rodríguez, con las "casandras" tétricas de Zumeta–, "la reconciliación" de la consabida "familia venezolana", el "ahora o nunca" de la circular del Ministro del Interior; y los pobres huesos de Bartolomé Salóm, que fue tan sobrio y tan callado, sirviendo para desfiles pintorescos y verborreas grandílocuas e insinceras hasta sobre las losas sagradas del Panteón... todo, todo... ¡la eterna monserga desde los Monagas para acá! Se citaba el lugar común de Hamlet por citar algo decente entre la vasta indecencia taraceada de majaderías –florecían Gil Blas, Pasquino, Guzmán de Alfarache, Ginés de la Parapilla o Pasamonte–. "En el seno de la Restauración sólo ha habido una evolución". Nada más. El regreso de "los caudillos", las recepciones un poco sentidas, un poco grotescas a los que regresaban –cartas abiertas de sus partidarios, burlas de los pasquinerillos asalariados– aquel espectáculo de víctimas que surgían gimiendo y llorando de las aduanas pingües, de las fiscalías proficuas, de los consulados con "emolumentos" y que en su quejumbre ni dejaban oír a cuantos en verdad habían sufrido todo el peso de la estúpida tiranía; aquel tener que tratar los "rehabilitadores" de diciembre con los "restauradores" de mayo y la tremolina de segunda línea, los que se arremolinaban en las antesalas, salidos de todos los rincones de la República, procediendo indistintamente de los calabozos del déspota o de las alcobas del sátiro; los mismos rostros, la misma actitud, igual literatura político-partidaria con sus tres *vivas* finales, a la Patria, al Partido y al Jefe, algo como la exclamación de aquel regocijadísimo Teodorico Raposo a la orilla del Jordán: ¡viva Nuestro Señor Jesucristo, viva toda la corte celestial!; la "Rehabilitación" tomando a la "Restauración" su radical; Gómez y los "administradores" de Castro hurtándose lo de éste a cuenta de los cien días de perdón; los mismos tejemanejes; igual daca y toma; idéntica actitud del mandante y del mandado; astucia, saña, opresión, arriba; disimulo, odio, desprecio oculto, abajo.

Enfada tener que recolectar estas minucias del arroyo; cansa el brazo y entristece el alma una labor tan dura, tan ingrata, tan desolada. La vida tiene otras perspectivas; los hombres pueden proporcionar otros aspectos. La naturaleza es eterna. La primavera es una felicidad de la tierra. Dios sonríe con la luz. El amor recoge un beso en la huella de otro... ¿A qué este dolor de registrar con la más negra tinta cada instante que pasa de infamias o de tormentos?

negociación de carbón. Carabaño demandó al periodista ante los tribunales de justicia y éstos pusieron en claro el asunto sin menoscabo de la honra del ministro acusado que no creyó, ni como ministro ni como hombre de honor, que fuese necesario volarle la tapa de los sesos a Arévalo González... Son los hechos. Más adelante veremos otras formas de torcer y de aplicar la justicia y la represalia "de tribu" sentando un precedente que escribirá en el futuro páginas sombrías...

Hay dos clases de hombres: los que cierran los ojos para vivir y los que viven para cerrar los ojos. Los primeros pueden quedarse a solas, aún negados, desconocidos y ultrajados, con su conciencia y con su yo; cierran los ojos para mirarse mejor dentro; velan sus pupilas al aspecto exterior y abominable de las cosas para hallar en la paz de su conciencia, en la serenidad de su alma, un mundo menos engañoso y ruin que el que van recorriendo enceguecidos por caminos de miserias morales y por veredas alevosas, los que ya no pueden mirar dentro de sí...

Existen también los contemplativos... Pero no se figuren que nadie tenga el derecho de invocar su torre de marfil y declararse filósofo y crítico cuando a las horas de merienda, se apea de la torre, se arremanga la filosofía y la túnica y viene a disputar su pitanza entre la gente holgazana en asueto y el estiércol de los camellos... No imaginen los de "la escritura artística" que su actitud es airosa, con José Enrique Rodó bajo el brazo y una longaniza en la otra mano. ¿Acaso los que tenemos el deber de ser odiosos, desagradables, ásperos, verídicos y sufrir las consecuencias en la ingratitud cobarde de los qúe hemos defendido y en el rencor lejano y solapado de los que ofendimos, hemos escogido este amargo lote de la responsabilidad por una inclinación morbosa al pugilato? ¿Acaso el título de "intelectual" que aspira a ostentar cuanto quídam harto de ajos va atropellando los talones de la publicidad le confiere el derecho de adornarse llamándonos "compañeros" mientras deshoja pétalos de rosa en las escupideras del bandido o miente y desfigura los hechos como un canalla?

No hemos venido a buscar celebridad ni nombradía en la oposición. Lo poco que éramos lo trajimos y lo consumimos con larga mano hidalga... La labor del arte por el arte pierde el esfuerzo que consumimos por la verdad removiendo rocas, cegando pantanos, tallando la senda firme en lo más abrupto de las serranías para que pasen otros, los que vienen detrás; que de nuestro trabajo sólo nos quedará el agotamiento final, la caída definitiva contra alguna piedra del camino para morir, ¡y quizás ni la cruz de palo y el montón de guijarros marcando el sitio!... Es más estético cultivar lirios, podar arbustos fragantes, injertar parásitas de maravilla en la tibia atmósfera de los invernaderos, con las manos cuidadas y el espíritu acicalado... Es más dulce echar largas siestas, firmar papeles sin importancia, fumar, comer, embriagarse y soñar... De tarde en tarde escribir elegantemente sobre las vidas enérgicas de los que se rompieron los puños y la frente contra la iniquidad, los Juan Vicente González, los Domingo Faustino Sarmiento, los Juan Montalvo, los José Martí, quemados a todo sol, castigados a toda intemperie, sufridos a toda necesidad; dando clases de gramática; desburrando granujas, afligido, obeso, con las hombreras del raído paletot cubiertas de caspa; o errando por la Banda Oriental, o por las calles de Santiago refugiado en una mísera tipografía de provincias; o paseando una tristeza orgullosa de hidalgo pobre en las ciudades del viejo mundo y traduciendo de otras lenguas para vivir; o mendigando para la Libertad, cambiando por

níqueles la palabra de oro, apóstol y poeta, héroe y santo, más pobre que Cristo, más sencillo que el candor incomparable de sus "versos sencillos"... De tarde en tarde, el holgazán mantenido por un salario infame, escribirá acerca de la epopeya de estos hombres con la misma pluma con que traza los discursos adulatorios, vejaminosos, absurdos y desvergonzados en loor de los victimarios de libertades, de los usufructuarios de la sangre hermana, de los paquidermos con borlas, de los cocodrilos con charreteras...

CAPITULO XIV [45]

Los sepultureros parlamentarios: grajos y guanajos – Buscándole "la vuelta" a la Constitución – Los espantajos intervencionistas de la Casa Amarilla – El nuevo gabinete – Otro período y "reforma" constitucional – El Consejo de Gobierno – Los "caudillos" y sus responsabilidades – El "directorio" Liberal y la segunda gira: Maracay, Valencia, Puerto Cabello – El general Gómez por dentro y por fuera –Séquitos y sagradas–Una noche de insomio.

EN MAYO reunióse el último Congreso de Castro. Su papel fue tristísimo. Los hombres que ocuparon los sitiales concedidos por el dictador caído tuvieron que aprobar los actos del dictador entrante. Casi todos los que el año anterior (ya se leyó en capítulo previo la "contestación" de las Cámaras al mensaje de Castro) habían hecho el elogio más caluroso y expresivo del primer déspota se vieron obligados a desfilar bajo las horcas caudinas del segundo, a sancionar los procedimientos todos de la reacción, a aprobar las "memorias" ministeriales, a ir a Miraflores para dar cuenta

[45] En los capítulos XI y XII del presente tomo de esta obra algunos episodios adolecen de falta de exactitud en cuanto a la disposición cronológica, así como también de ciertos errores u omisiones muy lejos del ánimo y de la buena fe del autor, todo ello contingente a un relato de memoria y sobre acontecimientos ocurridos hace catorce o quince años. Por suerte el autor ha obtenido últimamente –ya impresos en *La Reforma Social* los citados capítulos– diversos documentos y apuntaciones de testigos oculares y actores en los sucesos, lo que le permite, al imprimirse la obra, dejar debidamente rectificada esta parte de su labor. Todo detalle en este sentido cobra especialísimo interés e importa fijarlo bien, no sólo por los requerimientos de la exactitud histórica cuanto por impedir esas falsificaciones y esas mixtificaciones tardías de que suelen revestirse los hombres que no son de acción cuando la acción ha pasado. Aunque ausente de la capital, el autor en breve estuvo en lugar desde donde poder observar, del lado dentro, el desarrollo de los acontecimientos. En historia, y particularmente en historias de este género, es menester haber visto las cosas muy de cerca y no desde las perspectivas románticas en alas de imaginaciones juveniles, muy bien intencionadas pero absolutamente ineficientes a la hora grave de los acontecimientos. Estos teorizantes de la fea tragedia diaria han convertido la Historia de Venezuela en una especie de folletín heroico donde el heroísmo –por cuanto a los días de ahora se refiere– no aparece por ninguna parte. Un testigo presencial de los hechos, actor, agente, provocador, agitador y hombre de armas tomar, me escribe con mucha gracia quejándose de una omisión que he reparado: "... por allí *los vi yo,* a lo lejos, medio escondidos con los árboles de la plaza, recatándose hasta para aplaudir, del peligro al que exponían a otros"... *¡Ellos!* Todos conocemos a esos discursadores y conferencistas que viven lamentando la falta de "acción práctica" dentro de un concepto nulo e inofensivo.

de su cometido –dentro del "formalismo" de las participaciones– y a consolarse del desprecio con que la capital les vio llegar e irse ante la sencilla idea de que, empezando por Gómez– y excluyendo pocos representativos que surgían de la oposición al Gabinete y a los altos cargos, la vieja complicidad, la añeja compadrería no iba ciertamente a amargarles a ellos una Diputación que casi sin cacarear, clueca de esponjadas complacencias "cívicas", procuró estirar el anillo difícil tanto como pudo para que el huevo de "La Provisional" cayese justamente dentro del nido, acomodado y algo renovado de pajas, en donde Gómez iba a continuar incubando sus nidadas de "reformas constitucionales..." Apelo a estas imágenes de avicultura y de corral para ponerme a tono con la época y... con los congresos venezolanos. Aquel postrer Congreso castrista, pues, consolidó a Gómez y abrió la pica del nuevo asalto "legalizado" al llamado Período Provisional. En virtud de la consabida atribución tal y del complaciente artículo cual, el *Presidente* Gómez designó los nuevos Presidentes Provisionales de los Estados. Estos, que estaban reducidos a trece, volvieron a ser *veinte* en virtud de cierta ortodoxia federativa que González Guinán consideraba oportuna –y la mayoría, útil– como que permitió "colocar más gente", satisfacer mayor número de aspiraciones y disgregar la fuerza algo centralizadora que suponían en algún campo de la oposición dentro del Gobierno. La tal "organización" –constitucionalmente hablando– no resistía el anális de un bachiller de primer año de derecho. Consagraba, una vez más la vieja doctrina que fundó escuela ya en nuestra Patria, cuando Páez, caduco, decíale al hijo de Angel Quintero en vísperas de asaltar el poder: "Dile a tu papá que yo no le encuentro empate a esta legalidad..." Volvíamos, pues, a aquello de "buscar la vuelta" a las cosas. Y los hombres que contribuyeron a buscar esta "vuelta" de buena fe, quizás a la fecha hayan meditado y deplorado el error inicial de este "hilo constitucional" –absurdo dentro de otro absurdo, sombra de una sombra– cuya única ventaja significaba todo para Gómez y nada para la República. ¿A qué esta hipocresía estúpida de disfrazar un "golpe de Estado" tan categórico y tan... descarnado con una "evolución" en la que nadie creía? Se ha pretendido –y fue el caballo de batalla entonces para la engañifa– que se querían salvar inconvenientes de orden internacional, etc. Es otra farsa. No había lugar a tal conseja: Venezuela es, en principio y de hecho, soberana; se puede dar el régimen que le plazca; las relaciones del mundo con Castro eran tan malas que por salir de él se hubiera "reconocido" a Perico el de los Palotes. Allí está toda la correspondencia diplomática con ciertos países que nos interesaban como amigos. Además, debemos ya acabar con el espantajo ese de los "reconocimientos". Las gentes del oficio, los que viven de la Casa Amarilla, han fomentado la importancia de la cuestión exterior de una manera petulante y abusiva. A un país que pague su cupón, tenga un orden aparente aunque esté mantenido a estacazos, esté en buenas condiciones y no impida el "comercio" o la explotación extraña, nada le importa ni nada le sucede que no lo "reconozcan" de primer momento... Luego le "reconoce-

rán" hasta la saciedad; las dificultades se obvian con facilidades económicas. Si es que el decoro no basta. Esas cosas, en general, tienen un precio que va desde los "servicios extraordinarios" hasta las condecoraciones. Ya hemos visto cómo y en cuánta latitud "se comprenden" las fechorías si éstas no dañan intereses extranjeros. Por otra parte, los mismos que propalaban eso sabían a qué atenerse: la reacción pura y simple, abriendo *de verdad* los cauces a la opinión pública, hubiera dado al traste con el *Vice* Gómez y con la mayor parte de los elementos de que entonces se servía.

El Gabinete de la Reacción nombrado el 19 de diciembre[46] se modificó en agosto de 1909 para el llamado "período provisional" –desde esta fecha a abril de 1910–. Pietri fue a Relaciones Exteriores, Santos a Hacienda, Ortega Martínez a Obras Públicas y Carlos León a Gobernación. Antonio Pimentel reemplazó a Leopoldo Baptista en la Secretaría General. Las restantes carteras quedaron lo mismo con Alcántara, Olivares, Carabaño y Maldonado. Roberto Vargas y Aquiles Iturbe fueron a ocupar las presidencias provisionales en el Guárico y el Táchira, respectivamente.

El Consejo Federal de Gobierno estatuido por la "reformada" Constitución se componía de diez consejeros, dividiendo la República por respectivas agrupaciones en este orden:

1ª general Ramón Ayala, 2ª general Ramón Guerra, 3ª general José Ignacio Pulido, 4ª general Jacinto Lara, 5ª doctor Leopoldo Baptista, 6ª general Juan Pablo Peñalosa, 7ª general Gregorio Segundo Riera, 8ª general Nicolás Rolando, 9ª doctor Carlos Rangel Garbiras y 10ª general José Manuel Hernández. Como consejeros Suplentes, y en igual orden, el Congreso designó a los generales Pedro Linares, Mariano García, J.M. García Gómez, Víctor Rodríguez, Alejandro Ibarra, Espíritu Santo Morales, Amabile Solagnie, Francisco A. Velásquez, Leoncio Quintana y Pedro Arismendi Brito.

Estos los hombres "representativos" que Gómez escogía para rodearse. En efecto, casi en su totalidad lo eran: unos caudillos auténticos; otras reliquias de los viejos partidos clásicos que trataban de redorar sus cañuelas con el yeso agrietado; los demás, jefes distinguidos de arraigo o de empuje. Entre los principales, los únicos "doctores", Baptista y Rangel Gabiras, sabíanse tan "generales" o más que algunos de sus colegas; entre los suplentes sólo un letrado, el anciano académico Arismendi Brito, si bien llevaba decorosa y decorativamente su generalato – como el general Jacinto Lara el suyo. Representaba la marina el almirante Ale-

[46] Cuando Gómez, a la cabeza de "la sagrada" invadió la Casa Amarilla la mañana del 19 de diciembre, conforme ya se relató en el Capítulo XII, acompañábale el doctor Leopoldo Baptista, quien después del incidente de los arrestos se dirigió inmediatamente con un grupo de oficiales telegrafistas y otros empleados de oficina a una habitación que está al fondo del pabellón de la derecha, y mientras se desarrollaban las escenas que ya conocemos, Baptista despachaba las circulares y los nombramientos, empezando por el Gabinete: Alcántara, Interior; González Guinán, Exterior; Olivares, Guerra; Muñoz Tébar, Hacienda; Carabaño, Fomento; Vargas, Obras Públicas; Instrucción, Maldonado, y Gobernación, Iturbe. Era lo que puede llamarse un Gabinete "de emergencia". Sólo tres ministros no habían formado parte activa en la política de Castro: Muñoz Tébar, Vargas y Maldonado.

jandro Ibarra... Propiamente, ni un jurisconsulto, ni un simple civil, ni un hombre de letras que estuviese en el Alto Cuerpo Federal por otro título que el de llevar una espada o uno de esos apellidos venezolanos que portan el sable hereditario. Más parecía un Estado Mayor General que un cuerpo legal consultivo. Bien se alcanza a comprender que con ello se le presentaba a Castro un frente único: casi todos esos hombres estaban allí dando una lección de reparaciones políticas al propio tiempo que arropando sus nombres honrados o temibles el triste muñeco vestido de prisa con la levita presidencial que acababan de arrancar a Castro. Se quería demostrar al traicionado que el traidor estaba amparado por los aceros cruzados de los hombres de acción de la República. A muchos de ellos Castro les había maltratado o perseguido o combatido; algunos le habían servido hasta el día antes; todos recogerían en su día y hora el fruto de su falta de solidaridad.

Los ilusos –vale decir Venezuela– confiaban todavía en "la Constitucional" –el período legal de 19 de abril de 1910 a 19 de abril de 1914– y se aconsejaban los unos a los otros, estimulándose a tener paciencia, a ser tolerantes y a ver cómo se lograba que "el nuevo período" pusiera en buena salud la República –que ha vivido de período en período hasta que un buen día llegue la edad crítica de la nacionalidad y estos venezolanos inconscientes a quienes no se les puede hablar de otro modo– pierdan junto con la ubre, la vaca. No son los "golpes de estado" contra un *estado* que vive a golpes los que comprometen un país en este Continente, no: son las maquinaciones pacíficas, los empréstitos, los contratos obtenidos por el soborno, en plena paz, a pleno papel timbrado, con todas las estampillas y todas las adherencias oficinescas y personales que estas concesiones imprudentes significan... Ya dedicaremos unas líneas a los oscuros orígenes de estas amenazas.

En las maletas de los presidentes provisionales iban impresos de orden del Ministerio del Interior, los "acuerdos", las resoluciones y leyes que debían formular las tales asambleas *soberanas* constituyentes de los Estados. Dejábase un margen ancho, como para que se le hiciesen correcciones de esta guisa: en lugar de "por cuanto", podía ponerse "considerando" y el encabezamiento y fecha, a más de corregir algún subjuntivo... Con estos detalles las discusiones no se prolongaron mucho. La nueva organización Federal estatuía el Consejo de Gobierno compuesto de diez Consejeros por agrupaciones de Estados; y en éstos, con el mismo voto consultivo del Consejo Federal, y en lugar de Vicepresidentes, tres Consejeros.

Los diez cargos federales honoríficos y sus diez suplencias, así como los sesenta seccionales, facilitaban "colocar", "meter" dentro de la situación, la mayor cantidad de personas posible... Toda la maniobra se redujo entre los dos partidos en pugna a ver quién "metía" más gente suya en

estos "refrigerantes" de políticos, fabricados para conservar en seguridad y sosiego a los caudillos grandes y a los caudillos chicos. Era una política frigorífica de conservación; la cortesanía cínica denominaba al Consejo Federal "el potrero"...

Se les había hallado un "sitio" en la situación a los hombres que en su mayoría representaban la plana mayor de la Revolución, o mejor la bandera, el credo de la Reacción; porque para salir de Castro y quedarse con un sargento suyo y tres o cuatro personalidades del sistema anterior, no valía la pena el cambio. Comprendiéndolo así, los interesados en Gómez y en el gomecismo, hallaron que aquellos cargos muy honoríficos, muy consultivos, muy decorativos –como que virtualmente significaban diez nominales y alternativas vicepresidencias de la República– eran el ideal para tener allí archivados a los caudillos principales y a los subcaudillos que ocuparon las suplencias. No puede decirse que estos hombres le hicieron el vacío a semejante invitación. Por lo menos hasta aquel instante. El mismo Gobierno –Gómez, se entiende– que había pactado previamente con la mayor parte de estos hombres en el interior y en el exterior pareció complacerse con las recepciones que el pueblo le había hecho a los jefes desterrados. Hasta barco especial se despachó para traer a algunos, entre otros al doctor Rangel Garbiras. Y al dar cuenta al Gobierno de los gastos de la Administración, ante el Congreso de 1909, dábase a entender, de paso, que ciertas sumas se habían aplicado a la repatriación e instalación de las personalidades "llamadas a colaborar en la obra fecunda, etc."[47]. Entre los mismos adversarios del régimen circuló la especie, que sin duda tiene un origen malicioso, de que las entidades revolucionarias regresaron para que les diesen prebendas. Es falso. A excepción de ciertos jefezuelos insignificantes y de politiquetes de provincia, que en ausencia de figuras más destacadas han pasado a primera línea, Gómez se rodeó de "godos" y de "amarillos" con nombre porque con la plana mayor suya –Galavís, Colmenares Pacheco, Eustoquio, Aparicio, el doctor García, don Juanchito, etc.– no iba a convencer a nadie de su "jefatura única..." Ni temo ni odio ni amo a los que desde entonces se han venido denominando "los caudillos", pero es honrado declarar que con ellos se comete una injusticia al no hacer ni la más ligera discriminación para condenarles en masa por el hecho de que vinieron a formar parte de la administración inaugurada en diciembre del año 8. El error de estos hombres no estuvo en rodear al infidente que se manifestaba arrepentido y que hacía condenar la obra de Castro con la misma tranquilidad con que en ella colaborara; la falta de estos hombres no consistía en haber dado acogida al nuevo orden de cosas sino en haberse anarquizado, en haberse falseado unos a otros, sin pensar que debilitando cada quien por su parte un barrote de la jaula constitucional en

[47] "En las cuentas de gastos en el servicio público encontraréis una partida de consideración. La erogación de esa suma la han motivado causas políticas, hijas de las circunstancias, que vuestro espíritu ampliamente liberal sabrá interpretar". (Mensaje al Congreso, 29 de mayo, 1909).

que hubieran encerrado al tigre dejarían escapar la fiera y que los primeros devorados serían ellos... Rodearle, sí, todos, y de una manera tan inteligente y *unida* que cuando hubiese pretendido asomar la zarpa quedase cogido en su propia trampa... Cada uno se dio a pensar que él era "la solución". Con la fórmula de "gran partido liberal amarillo" –cuya jefatura se pretendió ofrecer a Gómez–[48] quisieron los "liberales" de 1910 echarle la zancadilla definitiva a los otros... Pero es menester ceñirnos al desarrollo cronológico de los acontecimientos. Cada uno de éstos, al parecer detalles triviales, ocultaba un propósito definido cuyo resultado veremos.

Comenzaron los preparativos de la "segunda gira", en que se haría con el apoyo de Aragua y de Carabobo una demostración "amarilla" y en la cual entraban por partes iguales las patillas históricas del viejo Pulido, las chivas decorativas de Matos, el guzmancismo sinuoso de González Guinán, la populachería de Alcántara, y las locuacidades del "compadre Pimentel" –y desde la taimada actitud del doctor García hasta la necesidad imperiosa que sentía Gómez de apoyarse en alguien– ya que "don Leopoldo y algunos otros círculos comenzaban a despertar su inquietud, todo colaboró para la maniobra que luego debía culminar en el célebre Directorio Liberal, donde a pretexto de ofrecerle "el voto liberal amarillo" se le dejaba entrever que existía un partido así dominado, una fuerza,un factor político... Y desde ese instante, como un año antes estuvo perdido el círculo "conservador" (por denominarle de algún modo), al insinuarse el asunto del "hilo constitucional", lo estaba ahora el partido "liberal" al tomar Gómez la debida nota de la entidad partidaria que asumía tal aspecto de colaboración, de sumisión si se quiere, pero asimismo de *existencia*. Ya veremos la tercera fórmula, la definitiva, la que él y unos cuantos de ambos bandos buscaban de un modo disimulado y resuelto. Por el momento, la compactación amarilla que dio excelente resultado con Castro parecía presentarse más hacedera y lógica con este magistrado sin magistratura, sin filiación política, sin consecuencia, sin ideales, sin voz, sin ideas, girando en un ambiente de establo y de "charada china"...

Un largo tren especial salió de Caracas una mañana con destino a Maracay, primera estación de la segunda gira. Viajaba todo el Gobierno y los que pronto iban a serlo. Apenas quedó en la capital la policía y uno que otro funcionario federal. Al paso del tren, en Los Teques, en Las Tejerías, en El Consejo, salían comitivas presididas por el jefe civil y el maestro de escuela con sus niños que agitaban flámulas amarillas, entonaban himnos o prorrumpían en un largo "¡viva el general Gómez!" que

[48] Ortega Martínez, en reciente publicación protesta de toda responsabilidad sobre este particular, en cuanto a él se refiere.

iba a perderse por los valles inmensos, entre el profuso verdor de una naturaleza solemne. Algunas veces el convoy no se detenía y una vuelta brusca de la sierra cortaba el homenaje en forma de alarido... Estos "vivas" que se ponen en boca de los pobres niños para las manifestaciones políticas tienen algo de criminal y de desgarrador. Se quiso hacer una demostración "liberal amarilla". Es un recurso político lícito; no impugno que se haya hecho así. Pero dentro del concepto ético, estoy cierto que los mismos organizadores comprenderán que es menester, una vez para siempre, sacar "la política" de la escuela; ¡esos niños sirviendo a móviles y a intereses! ¡ese pueblo atraído con bandas de música y banderolas! Luego pasan las épocas, empeoran las condiciones de un régimen, éste se torna barbarie, infamia, opresión ¡vuelven los desfiles por entre las parvadas escolares y los vivas que parecen un largo lamento ensordecedor en la desolación de los caminos! Esta manía de hacer domiciliarios, familiares, íntimos con nuestros nexos de sangre o de afinidad los intereses de una política turbia, revuelta, fangosa, ha traído por consecuencia mezclar de una manera siniestra las actividades de carácter público con las predilecciones personales... Los niños, por lo menos, deberían ser sagrados.

Maracay había reemplazado a la Victoria. Allí cayó aquella nube de políticos y de aspirantes, aquel séquito y el séquito del séquito que se alojaron de prisa, improvisando dormitorios y comedores y a los que se obsequiaba con música a la mesa, riñas de gallos por las mañanas y toros coleados en la tarde. Era para esa fecha Maracay una aldehuela con calles anchas, rectas, de barro apisonado, excelente queso, carne gorda, mucho calor, muchos árboles muy verdes y ese aire quieto, pesado y fastidioso de las villas que están en mitad de las dehesas y de los sembrados. Primero fue lugar predilecto de Páez, luego de Crespo, caudillos pastores, régulos llaneros que en ella sentíanse cerca de sus planicies amadas; Gómez, que durante los nueve años de Castro había explotado los monopolios de ganado y las haciendas por sus inmediaciones[49], fami-

[49] A más de las propiedades suyas y de otras en sociedad con Antonio Pimentel, despojó a su protector Castro de cuanto allí poseía, y lentamente, ha venido incorporando al predio propio, en potreros o en haciendas, por las buenas o por las malas, todas las fincas de las inmediaciones. A fines de 1918 el autor recorrió una tarde con el coronel Roberto Ramírez un solo lindero de las posesiones de Gómez y después de tres horas tuvo que devolverse sin alcanzar el extremo. Este oficial bastante enterado en los negocios del "jefe", decíame que por terrenos de la propiedad de Gómez, saliendo de Maracay a caballo podía llegarse a la frontera colombiana... Una de las características de este arbitrario terrateniente es la adquisición desorbitada, sin escrúpulos de ninguna clase, el ansia de posesión material... La geofagia ha constituido una suerte de escuela administrativa. También los "amigos" y los admiradores de la "obra reconstructiva" del *héroe* de diciembre se lanzan a apropiarse la tierra, las casas, los animales de sus vecinos con una decisión tremenda. Con los despojos que se han hecho en este sentido podría componerse un registro más gordo que la Enciclopedia Británica. Pero debemos evitar hipérboles: ¿Un "estado" aproximado de la fortuna del "general" en cifras y datos que todos pueden verificar? Por el momento se pueden anticipar algunos bastante exactos. La avaluación de las propiedades visibles (casas, fincas pecuarias, fincas agrícolas, tantos por cientos en negocios de remates de renta interna, introducción de mercaderías extranjeras, acciones de compañías anónimas, etc.), doscien-

liarizado con el panorama rural y con las gentes de cortijo ante quienes no sentíase cohibido, hallaba la vida sumamente grata y de acuerdo con sus instintos rurales. Tenía a mano el pasto; estaba inmediato a la tierra de labranza y al potrero; podía contemplar el toro que engorda y la vaca que pare; podía escuchar desde su hamaca al burro echor rebuznando un celo que significaba un mulo. Todo aquello constituía el "ambiente" del general: leche, carne, verdura. Largas semanas con sus noches de ruleta y sus tempestuosos mediodías de riñas de gallos; con sus bailes de *mabile* y su "onda giratoria" para que la gente sencilla diese vueltas al compás de lánguidos valses criollos; con sus "retretas" en la plaza Girardot, a las que asistía el general ocupando el centro de un hemiciclo de caudillos... O paseos por los alrededores seguido de un tropel de estos mismos caudillos. O excursiones por el lago de Tacarigua entre el compacto e inevitable grupo de caudillos. Los había mayores y menores; los había "cívicos"; los había "plumarios"; los había de carácter histórico; célebres por sus derrotas; afamados por sus exilios; de una bien sentada reputación algunos. Volvían otros a la carga del presupuesto casi pisándole los talones al fugitivo Castro. Por doquiera se les encontraba: en los hoteles, en las cantinas, en los baños que se instalaban en las caballerizas, en los bancos de la plaza, como huéspedes del general o metidos por medias docenas en domicilios improvisados. Esta serie tenía una segunda o sucedánea de "hombres importantes" y luego venían los denominados pintorescamente *sigüises;* secretarios, doctores recomendados por algún político y que de un momento a otro "les debían presentar al general"; coroneles que "iban a todas partes" con quien los llevase a comprarse un flux o les pagase la posada... También notábanse, aquí y allá, las gentes "del gene-

tos treinta y ocho millones ochocientos mil bolívares. Pongamos de intereses en quince años, sin tomar en cuenta lo que pudiera haber acaparado en los nueve años que estuvo de Vicepresidente con Castro, unos treinta millones de bolívares, arrojaría el capital visible de Gómez la cifra de doscientos sesenta y ocho millones ochocientos mil bolívares. No es todo, sin embargo, puesto que se excluyen en este cálculo las maniobras invisibles a través del Ministerio de Hacienda. He aquí la historia del bocado más reciente: en un acuerdo de 23 de junio de este año (1926) el Congreso eroga diecisiete millones de bolívares para comprarle a Gómez, en nombre de la Nación, unas posesiones en el lejano Caura, a fin de que pueda "el benemérito jefe" pagar la suma enorme que ha desembolsado para adquirir de Antonio Pímentel todas las propiedades de éste en los Estados Carabobo y Guárico. El Congreso razona tal erogación exponiendo que destina esa vasta Jauja "para un vasto plan de colonización futura". Y ello da lugar para que se reproduzcan los documentos de la transacción –cuya lectura recomiendo sin comentarios– bajo motes como éste: "Los fines patrióticos del general Gómez". Hasta aquí la nota que apareció en la primera edición de esta obra (1927). El abogado Carlos Montiel Molero levanta el siguiente estado con motivo de los procedimientos legales para fijar el domicilio del finado: "Por los datos fidedignos que me ha sido posible obtener, las propiedades inmuebles del general Juan Vicente Gómez, se encuentran radicadas en todos los Estados de la Unión Venezolana, con excepción del Estado Zamora. Aparte de acciones en diversas compañías nacionales y extranjeras, depósitos bancarios, valores y créditos activos, el valor de las propiedades inmuebles está distribuido así: en el Estado Aragua: Bs. 54.321.885,74. En Apure Bs. 1.829.388,05. En Bolívar Bs. 1.318.200. En Carabobo Bs. 53.015.856. En Cojedes Bs. 1.944.845,71. En el Distrito Federal Bs. 2.346.240. En Guárico Bs. 3.395.363. En Miranda Bs. 1.000.000. En Monagas Bs. 442.200. En Sucre Bs. 16.090. En Táchira Bs. 5.628.659,25. En Yaracuy Bs. 260.981,35. En Zulia Bs. 802.333,50 y en la República de Colombia Bs. 240.000. Un total de Bs. 126.542.042,60.

ral", al parecer muy contentas, pero esperando "su hora", cuando "el fefe" se resolviera a barrer toda aquella "doctorazón", toda aquella "generalada" y se quedara con "sus muchachos" junto a la vaca salida y al burro garañón... Por las calles, pobladas de un mundo heterogéneo, medio turista, medio campechano –camisa listada, cuello flojo, sombrero de paja en mano – desfilaban algunos miembros del Cuerpo Diplomático que iba a sudar en aquellas "expansiones", a engullir tajadas de "beef" a la maracayera y a fastidiarse de una manera amable. El general estaba muy contento. Sentíase feliz. Ya veían "los amigos" que eso de "patria y unión" era lo mejor... No obstante aparecía, patizambo, llanote, muy a menudo y muy de cerca de unas barbas de cocuiza que se traía el señor Matos por aquellos días y reía hasta desternillarse cuando "el compadre Pimentel", Secretario General del Presidente de la República, en pantuflas, topaba gallos y cambiaba chirigotas con "mano Pancho" (el Ministro del Interior, Alcántara). Agil como un mono, locuaz como una recién parida, "el compadre Pimentel", tenía la exclusiva en eso de hacer que riera "el general". Y el general sentíase dichoso, rodeado de sus compadres, de sus caudillos, de sus amigos–¡que tanto había maltratado "don Cipriano"!– y que en derredor suyo, como polluelos, piaban y se daban uno que otro picotazo al calorcillo de los tibios muslos emplumados, despiojándose y sumergiéndose en el nidal profundo, mientras los ojos de la excelente madraza que empollaba velábanse con un párpado azulento y feliz...

–Pues sí, señor, "patria y unión"– repetía el "general" como un estribillo acomodándose en su butacón de la plaza– ni "godos" ni *leberales"*; sí, señor, *toítos* cogíos aquí, en "patria y unión".

Y con los puños apretados hacia ese gesto de abrazar de los marsupiales.

No se podía decir que era un genio "el general", pero "los amigos" expresaban en voz alta y con una convicción profunda, aniquilando una objeción imposible:

–¡No hay discusión! ¡Es un hombre bien intencionado! ¡Sí señor! En eso no hay discusión.

En los "tientos" de reses bravas, como se sabe, dícese: éste es "mal intencionado" esotro es "manso *perdío"*... El general era de los "bien intencionados" que embisten con los ojos abiertos. Los caudillos más observadores añadían "que estaba bien inspirado". Uno que otro intelectual se colaba hasta los grupos de primates para deslizar, tímidamente, ideas generales acerca de la importancia de la escardilla en la sociedad y lo indispensable del estiércol animal en las relaciones internacionales...

Se disputaba con acritud inaudita acerca de cómo se siembra mejor el tomate, y si "la menguante" no es un inconveniente para la cosecha de berenjenas. La yuca, "¡ese pan del pobre!" –decía un político barrigudo que se había comido todas las yucas de este mundo con sus pobres respectivos– ¡la yuca "se da" aquí magnífica! Había especialistas en berros, en papas, en auyamas, en vainitas... El frijol dividía las opiniones no tanto

por su color, que con esto de "patria y unión" era excusado tratar de divisas, sino en cuanto a lo alimenticio de la fécula... La salvación de la Patria estaba allí, en forma de ganado de engorde, en forma de patatas. Se bebía leche a dos carrillos "por cuenta del general" y se opinaba con la boca untada...

Entonces alojaba "el general" en la llamada casa "de la Comandancia", y en otras –la de "la Azotea", la de "la Plaza", etc.– se distribuía al séquito de plana mayor. Aquella segunda gira –porque la primera fue la del banquete de "La Providencia"– continuaba la serie de recorridas pantagruélicas con que "el general" y sus amigos" hacían presente al país su atención a los negocios públicos, sus buenas disposiciones para la cría y el grado de "inspiración" en que se encontraban. Gentes de la capital, no hechas para aquellas andanzas, desollábanse los fondillos trochando en malas bestias con pésimos aperos y una sonrisa de conejo florecía en el rostro mortificado al encontrarse con "el general" que cabalgaba, cazurro, entre su grupo de "caudillos"... En el comedor de Miraflores existía o existe –que allí le vimos– un lienzo de Tito Salas en que está "el héroe" rodeado de sus amigos de entonces. Este lienzo del gran pintor, con ser un trabajo detestable, hecho de encargo, sin gana, casi hasta con un pincel de repugnancia corresponde a la página en que recojo los recuerdos de aquella farándula que pasó luego a Valencia, estuvo tres días allí "de toros coleados" y siguió a Puerto Cabello, para inaugurar el nuevo Dique Astillero, embarcando en el "Restaurador" (bautizado de prisa "General Salom") y en el "Zamora", con toda la comitiva y con destino a La Guaira.

En Valencia se le quiso hacer al general una recepción algo más civilizada. En Valencia se pirran por la "política social". Manifestóse frío y reservado. Además, era una tortura para él eso de salir de sus "cómo le parece" y de sus ideas agrícolas para conducir una señora del brazo o sentarse a una mesa de etiqueta. Pero en el fondo, no era esto lo que más le desagradaba de la capital carabobeña. Gómez odia a Valencia; la odió siempre, por Tello Mendoza, por Torres Cárdenas, por Cecilio Castro, por Eduardo Celis, por Revenga. La odió como odian los torpes a las gentes burlonas; la detesta porque con Castro se envileció y tuvo para él, al principio, una frialdad cuasi hostil y una sorna descarada. A La Victoria, capital de Aragua, la hundió, arrebatándole su importancia, para castigar en la ciudad la humillación de Castro: de aquella ciudad, para él maldita, que los de don Cipriano llamaban "santa", partieron los telegramas burlescos de 1906, las cartas irrisorias, y se vengaba en ella de los ultrajes de Castro... A Valencia no ha podido acabarla del todo si bien ha hecho lo posible. Esta desgraciada ciudad, cuya rebeldía late desde las calles anchas, rectas y silenciosas hasta los vericuetos de la sierra lejana, ha sido –como San Cristóbal– víctima de los malhechores paridos en su suelo y de los intrigantes y de los sinvergüenzas. El sino de estas poblaciones está en pagar el porcentazgo de sus malvados con el 90 por 100 de sus cualidades, de sus abnegaciones y de sus callados dolores... ¡Los

carabobeños que mandaron con Castro! Id a ver cómo el hambre despobló sus barriadas – ese Morro belicoso, refugio del hambre silenciosa hoy, ese Palotal despoblado, pillado, aterrado, que parece la vía de una ciudad cuyos habitantes huyeron en masa ante una peste. ¡Los "hombres de Carabobo" que vienen figurando desde Guzmán!... Y Valencia, recogida en sí, replegándose sobre las faldas del Guacamaya, mira acuclillada, como una mendiga en una puerta, hacia los valles de Aragua en donde residen quienes todo lo han devorado. En ella se ha cebado un rencor cobarde por la constancia de su admirable deslealtad a las dos últimas dictaduras.

Partimos al fin, tras las mismas "diversiones públicas" que se decretaban en tiempos de Castro... De aquí salí para la prisión de 1907; volvía ahora entre el turbión grotesco de una gira presidencial en la que era sólo un testigo ocular, el secretario de un personaje de aquellos días, un poco de Gil Blas, con mucho de esa amarga ironía que va dejando en nosotros la noción de la inutilidad, de la inadaptibilidad, de la insuficiencia para vencer erguidos las cuestas que sólo pueden salvarse a gatas... Aquella vez no más vi en la estación caras consternadas y rostros de esbirros: ahora pululaba la granujería, una poblada, unos señores congestionados que iban en operación cerrada a despedir "al primer Magistrado" con sus levitas angustiosas y sus chisteras en erección.

En Bárbula, cerca de la hermosa hacienda que allí posee Baptista, detúvose un instante el tren... Gómez descendió del vagón con éste, con Alcántara y con el inevitable "compadre Pimentel". Un grupo les seguía, a cierta distancia... El Presidente de la República era entonces un hombrazo de rostro aldeano y desconfiado... el cabello nacíale indio y vertical formando una especie de plazoleta de pelos cortos y recios sobre el chato frontal. Los ojuelos inquietos, el bigote caído, ralo. Llevaba camisa de colores chillones, pañuelo de seda escandaloso, una forma de calzado pueblerina. Ese pie característico de la gente ordinaria que ha destalonado mucha alpargata y en la que se adivina que bajo el calcetín de hilo de Escocia oculta el talón cuarteado. Debía usar calzoncillos de trenza y zapato de oreja.

A su lado Baptista, Alcántara, los otros señores, causaban la impresión de que iban tras del mayordomo de la plantación. Resultaba irónica la distancia respetuosa que trataban de guardar.

Les miro ir y venir desde la ventanilla en uno de los últimos coches del convoy. "El general" no es lo que puede llamarse un hombre antipático; si se le oye hablar, menos... Dice las cosas con sencillez cortijera, y las repite una, dos y tres veces para cerciorarse de haberlas dicho. Posee pocos verbos; sus oraciones son cortas, y luego pasan a ser un estribillo cuyo remate es un "sí, señor" o un "pues cómo le parece..." Así con un amplio panamá, con traje flojo, de lienzo, y en un fondo de montaña este hombre no choca... De frac, los dedos agarrotados en unos guantes que maneja

como si fueran de madera, el pescuezo torturado por el cuello y el lazo de la corbata caído bajo el botoncillo; o de levita, sentado junto a un escritorio, con un libro entrecerrado en la diestra, como le han retratado, dijérase, sí, que hay empeño en ridiculizarle... Sus palabras, sus ademanes, su semblante, respiran rusticidad. A la ojeada superficial diréis: – ¡Un buen hombre! ¡un pobre hombre, sano y torpe! Pero fijaos en él sin que note que le observáis; advertid la chispa de la malicia que le corre por el ángulo de los ojillos; mirad cómo contrae los puños al hablar y alza el brazo sin que el codo juegue su resorte y dé elegancia natural al movimiento; penetrad esa simpleza bertoldesca con que parece que todo se lo cuentan por primera vez... Es una de sus modalidades. Si alguien le dijese de pronto, atrevidamente: – ¡Usted no se llama Juan Vicente Gómez sino Casildo Pérez! yo os juro que sin inmutarse respondería con su estribillo: – ¡Pues cómo le parece al amigo, que yo me llamo Casildo Pérez, sí, señor!... De un espíritu cobarde para afrontar situaciones morales complicadas, luego lánzase más expedito y recto a su objeto, porque como ignora una multitud de fenómenos y de leyes de relación, de proporción y de reprocidad social que embarazan, reglamentan y cohíben al hombre civilizado, a él le es más fácil *proceder*. Su instinto, agudo y desarrollado, su instinto con mayúscula; el Instinto de conservación, de ahorro, de reproducción, ¡todos los egoísmos que exprime la psicología del paleto cuando va de compras a la ciudad! defendiéndole de cuantas asechanzas se le tiendan... En ciertos casos, dominado por prejuicios de baturro contra las gentes de papeles y de antiparras, se excede en la suspicacia[50]. Algunos han dicho y aun llegaron a escribir, que Gómez no era lo que fue después, que las simpatías que diz que le rodeaban en los días de *don* Cipriano debíanse a su natural bondad, a su seriedad, a su modestia... ¿Habéis todos conocido esas chiquillas tímidas, que bajan los ojos, que todo lo ignoran y de todo se sonrojan? Un día dan el paso aquél del cual, según Campoamor, se hunde el puente que separa "a Eva inocente de Eva pecadora" y os quedáis absortos de la depravación que estaba latente en el alma de aquel ser... Esta clase de almas parten de la primera infamia; y su conciencia ya no tiene retroactividad alguna: su concepto inicial forma el núcleo de un vasto sistema que se extiende y se enreda conservando siempre el punto en que arraigó. El tuvo que ser disimulado, taimado, aguantador,

[50] Las gracejadas del "general" trascienden a veces al público repetidas por sus validos. Hacia 1910 comenzó el doctor González Guinán a editar su voluminosa *Histora Contemporánea de Venezuela*, costeada la edición por el Gobierno Nacional... Poco después de aparecer el tercer o cuarto volumen, Gómez, que ya meditaba deshacerse del favorito, solía decir como un elogio del autor, con acento candoroso y ojos pícaros: –Este doctor González Guinán es muy inteligente: ha escrito unos tres tomos gordos así... Y los que seguirá escribiendo, ¡qué también son gordos! En otra ocasión, como alguien criticase la obra, salió a su defensa: –Pues cómo le parece que si como libro usted dice no está bien, yo creo que se puede utilizar para trinchera, ¿no? Esta "Historia" se imprimió hasta el décimo tomo. Suspendióse la impresión al caer en desgracia el autor en 1913. Ahora, diez años más tarde, acaban de aparecer los tomos restantes.

hasta preparar su máxima infamia y ya él imagina que todos los que le rodean siguen idéntica "combinación" y que si se exige una posición para un amigo es porque allí se cuenta con un brazo y que si se gestiona una limosna para una institución es porque con eso "se hace política" para oscurecerle, y que si un hombre no le prodiga sus asiduidades personales o postales o telegráficas es para no "comprometerse" porque está pensando contraer un pacto con "sus enemigos", los enemigos que significan para él una porción de envidiosos y de codiciosos que le detestan porque él tiene dinero, porque él es Presidente, porque se quieren coger lo que él no vacila en apropiarse. Para este desgraciado el sentimiento de aversión y de repugnancia hacia él que muchos experimentamos es sólo la revelación de un instinto que va en contra del suyo; no comprende ni se explica que le censure y le condene quien nada, individual ni personalmente, tiene que sentir de él: este resumen de los instintos, este compendio de Bertoldo empastado en Sancho Panza, no podrá jamás comprender ni la indignación "social" por lo que se haga a nuestro semejante –que "no es pariente ni nada"– ni la sanción colectiva, ni la piedad "humana"... Amasado con apetitos, defendido con instintos, más astuto cuanto mejor servido y mejor servido cuanta mayor es la suspicacia y la inconsecuencia con que trata a sus servidores –cuando éstos "caen" en su ánimo ya deben prepararse a toda suerte de contingencias– en un país de *políticos,* pescados entre "dotores" de aldea y pelagatos aspirantes, tal género de mayoral, fuerte, rico, ahorrativo, callado, oyendo y aprendiendo en el "chisme" la biografía del "chismoso" y la del "chismeado",viendo a *don* Cipriano patear durante nueve años y declamar en el proscenio, junto a las candilejas, una sarta de cosas que no entendía y que le aplaudían ruidosamente porque detrás, él, Gómez, y un coro siniestro de chafarote y cordel, garantizaban el éxito de taquilla, pensó que un día, ya que no sabía declamar en el proscenio bien podría pasearse, arrastrando su macana formidable, silencioso, bonachón, por ante una concurrencia pávida a la que arrojaría de vez en cuando un trozo de sonrisa o un leve saludo... Si en este hombre hubiera existido un germen definido hacia el bien, lo hubiéramos advertido. Su inferiorísimo tipo moral le aplasta: quiere ser justo y resulta cruel; pretende ser buen padre y fomenta vicios y desmanes y crímenes; deja de robar y le invitan al robo; se niega a matar y le echan los muertos al hombro; mata, enfurecido, y sus cómplices acusan a otros. Sus enemigos ni saben combatirle... Le enrostran delitos tontos que no ha cometido y son tan mezquinos que no quieren que el mundo sepa otros de los que él es capaz... Odia los cortesanos y al propio tiempo quiere que existan para desconfiar de ellos y despreciarlos. Si le dejasen solo, sufriría; acompañándole le permiten desahogar su largo acumular de desaires y burlas... Aborrece a los caraqueños por sus chascarrillos; no sabe reír la buena risa; no entiende la gracia fresca de una broma sin trascendencia: Cervantes ríe:...–"Es un enemigo"; Tartufo aplaude: "Es un amigo"... Amigo, enemigo. Sobre estos dos polos gira su comprensión: el enemigo, el malo, el infame, el que no mata junto con

él, el que no roba en su compañía o admite la parte que le sobra al león; el amigo... un pobre diablo en cuatro patas, haciendo zalemas por entre sus espuelas, con una "manifestación" en la mano como el pandero del gitano que baila el oso... Un día José Manuel Hernández le deja con el brazo extendido, empuñando un paquete de acciones de Castro, pilladas por él contando con los cien días de perdón, y como advierte que aquel hombre las rechaza, explica con la mayor naturalidad de este mundo: – Cójalas, general, cójalas, que son de las de *don* Cipriano: después le daré otras más...

Y jurad que aún no sale del asombro en que le dejó el viejo caudillo, negándose a compartir la granujada. No comprende esto; supone que algo "tramaba" en su contra aquel anciano arruinado que no se cogía las acciones de *don* Cipriano. –"¡Un enemigo! ¡cómo le parece! ¡este *mocho* Hernández es un muérgano!"

¿Sabéis a qué se debe este concepto implacable en que Gómez tiene a "sus enemigos"? En que, verdaderamente, no los tiene. No los tiene ni los ha tenido, porque nunca los ha podido sentir... Sus adversarios somos unos señores que o están lejos, en el destierro, hablando y escribiendo p..., –como él y los suyos dicen, –o les veja con una barra de grillos en una celda o les silenció ya con un puñado de tierra en una fosa. El día que él *sienta* que el hierro le coma la piel de los tobillos y que la indigestión de potaje engullido en su calabozo le haga temer que le están envenenando, o que se encuentre arrojado a una playa extranjera sin un céntimo o que se mire agonizante en la cama de un hospital, sabrá que de tanto hablar de "la maldad de sus enemigos" esta maldad cuaja en hechos y se cristaliza en castigo.

Gómez, pues, no tiene enemigos porque él *no comprende* lo que no se puede *sentir*. Su moral del golpe consiste en el dolor físico. Si una mujer le ama, para que lo crea es menester que se acople con él; si un hombre es su amigo, necesariamente tiene que ser cómplice suyo... Si pudiera concebir el anafrodisismo oriental, trataría de reproducirse consigo mismo para que otro ser no disfrutase de un espasmo que le pertenece.

Y día tras día, entre esta niebla vil y esta borrosa perspectiva, los últimos destellos de una conciencia que va, definitivamente, a apagarse, serán cada vez más dilatados, más débiles... Hermanos, hijos, nietos ¡los lazos cuasi orgánicos de la moral rudimentaria! irán relajándose. Ya lo dirán los hechos: que se atraviese alguno en su camino, o que él suponga que lo está para que se repitan las tragedias de la veredas sinuosas en lo más áspero de la Cordillera...

Desde la ventanilla miro la montaña azul. Bárbula; la cima egregia donde blanquean algunas piedras; el ara del holocausto la mañanita en que Girardot rodó herido de muerte, por la cuesta.

Pasa Gómez; pasan los venezolanos. Pasamos.

El conjunto en los coches es abigarrado. Detrás, delante, encima, bajo los asientos maletines, "coroneles" de cuello de celuloide, cestas de merendar despanzurradas, pedazos de galleta, restos de queso, un "caudi-

llo" de tercer orden "amigo del general", asistentes de los generales o doctores que van con Gómez en los primeros coches y que llevan un talma al brazo y un winchester de diez tiros. Son los clásicos "espalderos" criollos que estilan nuestros hombres de pro: zambos mal encarados con sombrero de pelo de guama y revólver manifiesto e insolente. El séquito tiene algo de banda de malhechores. Forzosamente, las gentes honradas desfilan por entre estos facinerosos que pescan en los bajos fondos del presidio común algunos de estos señores para que les guarden las espaldas... A esto suelen llamarle "una sagrada"... Le falta la ene.*

Vienen también vagos oficiales del interior, con bastón de baraja puño de cuerno, fieltro tirolés de forma sui géneris y un aire de que nada les sorprende; dos "muchachos" de "los del general" prorrumpen a cada instante en risotadas. Un doctor de provincia contempla, pensativo, su leontina formidable de la que penden dijes complicadísimos.

–¡Déme su candela! –exige uno de aquellos mozallones para pedir fuego.

–¿*Busté* quiere queso? –añade el otro a cambio del fósforo.

–No, señor.

–¿*Busté* no fuma?

–No, señor.

–¿Entonces *busté* qué hace?

–Sufrir callado las impertinencias...

Los dos mozalbetes se echan a reír, en el fondo no son malos. De primera intención, no han tomado a bravas la respuesta. Uno de los coroneles de cuello de celuloide les hace comprender lo que no comprendían y mascullan amenazas y lanzan miradas siniestras. Yo me explico que los pobrecitos lamentan no estar solos con su interlocutor en una vuelta de camino para aflojarle por las espaldas un trabucazo imponente... ¡Pobres muchachos! guiando una yunta, roturando un surco ¡qué promesa de abundancias brotaría bajo su honrada alpargata labriega! Y aquí les llevamos, en este tren, con esta porción de políticos y de aspirantes para que se familiaricen con estos "muérganos" del Centro y lleguen más tarde a gobernadores, a presidentes de estado, a ministros... Es lo que dice un negro "alcantarista" y locuaz que viene en otro asiento. –*¡Toos* tenemos derecho *manque* no quieran los godos!

El negro es un filósofo criollo. El es demócrata, y todo lo permite con tal no le *atoquen* a Panchito.

–Aquí, mis amigos, *er* que no viene adulando viene *pa* que le adulen! Los *sigüises* tenemos un *chivatico*, y los *chivaticos* su *chivato... Y naturalmente,* los *chivatos* tienen su *chivatón qu'ejer generar...*

Uno de los que allí vienen, apunta para el negro:

–¿Y... "el general" ¿a quien tiene?

–*¿Er viejo?...* ¡María Purísima! ¡Su boca es la *media*!

* Para andinizar aún más el concepto, los "sagrados" de hace años se llaman ahora "cháchanos".

Y todo el pasaje estalla en una carcajada. Esto no es un vagón de ferrocarril; esto es un estado social. Una lombriz de hierro; una cosa viscosa que resbala suavemente hacia el mar...

Se anunció con un rumor solemne. Extendiéndose a nuestros ojos como una inmensa piscina de purificación mental. Mis pupilas se dilataban hacia el infinito azul. Aspiraba mi pecho aquella ráfaga yodada. Sentía mi alma una como desinfección inesperada. Olvidábame un segundo de aquella caja de vulgaridad y de torpeza, corriendo sobre dos paralelas, entre gentes urgidas de apetitos, con los trajes estrujados y las caras marchitas, cortejo híbrido, desaliñado, heterogéneo de aspecto, perfectamente homogéneo de mentalidad... ¡Otra vez esta vieja estación de El Palito!

Tres años sí; tres años que le viera, una tarde gris. La misma caseta de madera – ahora llena de gritos, de ruido de botellas, de gentes que engullían empanadas con el hocico presuroso y brillante. Y detrás de la caseta, muy lejos, muy vagamente, en un horizonte de ceniza que era mar y era cielo, puntos más negros se destacaban: sin duda alcatraces que regresaban de alta mar, hacia la línea brumosa de los peñascos... Pájaros libres; remos que azotan las inmensidades del espacio; alas que se fatigan de infinito y están bruñidas de sal; imagen griega de la gracia, de la fuerza, de la libertad.

Hubiera querido gritar como uno de los diez mil: *¡Thalassa! ¡thalassa!*

Pero "el general" subía, empujando amablemente por los fondillos a su coche y era forzoso volver de nuevo a los intestinos del gusano viajero. Apenas tuve tiempo de saltar a una plataforma con el convoy ya en marcha.

Al oscurecer, penetramos en Puerto Cabello... De la estación, que era una babel, sin conseguir vehículo ni mandadero, echamos a andar. A ratos, desembocando por ciertas bocacalles, percibíamos fragmentos del himno nacional, ecos de aclamaciones... Los cohetes atronaban el espacio.

Conseguimos alojamiento en un hotel semejante a un barco. Si uno estornudaba, todo el "edificio" parecía vibrar. Las alcobas consistían en divisiones de tabiques a cuatro catres por cada una... En el comedor, unas ochenta personas nos arringlerábamos sudadas y hambrientas a ambos lados de una larga mesa a cuyo extremo, montado en una especie de púlpito, el italiano "manager" de aquel mesón ordenaba a los mozos el servicio como en una maniobra naval desde el puente de un acorazado:

–¡Dos panes a la derecha; un queso al frente, tres tenedores a la izquierda...!

El pequeño poblado apenas podía alojar la nube que cayó de súbito sobre las dos o tres hospederías que allí había... Un calor pegajoso, que le untaba a uno el rostro de una sustancia oleaginosa; una ansiedad de acabar aquella jornada cuanto antes... Toda la noche, entre largos desvelos a causa del calor y de una sinfonía de zancudos formidable, soñaba

disparates: que al "general" le habían puesto una hélice y todos subíamos en él y salíamos para La Guaira.

No partimos hasta el tercer día, a pesar de mi pesadilla. Esa noche zarpaba el "Zamora" con los asistentes y los enseres y los equipajes. Nosotros debíamos embarcar en el "General Salom" a las seis de la mañana. Imposible dormir en aquella concha de apuntador.

Salí a dar una vuelta por el puerto...

Algunas veces, cuando el ánimo anda desintegrado y loco durante el día, solicitado por toda suerte de miserias cotidianas, el silencio y la noche junto a las aguas vivas comunican una lucidez mental extraordinaria... He ido recorriendo cuadras. Dejé una plaza de árboles oscuros y altísimos; las ventanas iluminadas de un casino en donde un piano muele una mazurka canalla, y a través de callejas estrechas y de callejones que corrían torcidos por entre casetas de madera y de muros desplomados, he llegado a la playa. Sobre la masa de construcciones que es el puerto, una luz roja; al fondo una gran masa trémula, el mar. Por encima de todo la extensión de un gris descolorido por la que corren, sorteando archipiélagos de estrellas, vapores de carburo que surgen de la montaña empujados lentamente hacia el océano. Las olas tumban mansas... Huele mal; huele a fosfatos, a fecundidad marina, a podre animal. Al fin se ha hecho silencio; un silencio profundo. En mi alma canta la soledad su canción más noble. Ya no veré "generales" ni maletas ni sonrisas ni tristes prisas, ni urgencias deplorables por hacerse notar... La ciudad reposa como una mujer forzada y borracha. Los hombres duermen dentro de las casas y el sueño vela todas sus maldades y sus ambiciones y sus miserias. El sueño es un desinfectante mental. Ya no se está pensando en cómo se le echa la zancadilla al adversario, ni cómo se engaña al compañero, ni de qué manera se sopla "al general" que "los godos" le van a hacer lo que a Julián Castro o que los "amarillos" le están tendiendo la cama de Andrade el 99. Es la noche; es el sueño. ¿Habéis leído ese incomparable elogio del sueño que hace Azorín en su "Licenciado Vidriera" y cómo Cronos y el Olvido integran la imagen perfecta de la piedad? ¡Ah, al fin "el compadre Pimentel" ha tenido que callarse la boca!... Quizás ronque; pero en todo caso será mejor. Los generales no estarán soñando con el ángel de su guarda, ciertamente, ni los doctores con el paraíso del profeta. Pero al menos, siquiera en este instante no maquinan ni se manchan con torpes pensamientos... Es de una comicidad grandiosa y extraña toda esta agua enorme que mide un ritmo con el ronquido profundo de algunos de los que ahora reposan, como microbios en asueto. Las constelaciones están ya muy bajas: es la madrugada. Hay cerca de la playa un trozo de muro que rodó hasta ahí desde una demolición vecina... Da una hora la campana del puerto; gritan algo en una embarcación que parte. Se escucha el foetazo de la driza castigando la vela que el terral hincha.

Sentado en el escombro las ideas fluyen lentamente desde la cresta de la ola que se rompe y van enredándose como los arabescos que hace la espuma en la arena... Esta política de giras tiene su psicología y su significado. Dijérase que cuando Gómez tiene que resolver una cuestión, cuando ante él se plantea un problema, su primer movimiento es escapar del sitio, instintivamente, como si saliéndose del lugar se saliera de la responsabilidad... A cada escapatoria de éstas, seguido de un cortejo anhelante que se acaba de anudar la corbata en el estribo del vagón o de calzarse en el automóvil, corresponde una resolución siniestra... Tras el encierro clásico para madurar y la tirada súbita de la hamaca al suelo que sólo conocen quienes le han visto de pantuflas, viene la "gira". He leído en Cuvier que ciertas especies sólo tienen una inteligencia agresiva mientras emigran... El camino les comunica una relativa actividad cerebral.

La hora y la modorra del mar van lentamente adormeciéndome... Es esa duerme-vigilia en que las imágenes y las escenas se reproducen a trozos, con lágunas, con anacronismos, y uno no sabe si eso ha sucedido, está sucediendo o va a ocurrir a medida que se piensa... Una estación de ferrocarril... La cantina a cuyas puertas una aglomeración de rostros clavan sus pupilas en el centro. Se han apartado las mesas... Unas señoritas que van en la gira pónense a bailar cuadrilla con la orquesta que han hecho bajar de uno de los vagones... Otra escena, o la misma, en el club "Recreo": el mismo baile, las mismas señoritas... Alcántara palmoteando:

–*¡Passez croisses!*

Y Pimentel en pantuflas hace piruetas al compás de "La Fille de Madame Angot..." Se precisan algunas figuras; crece el entusiasmo. La visión se localiza; fue esa noche en el baile del club de Puerto Cabello. Hubo discursos, "quadrille", valses que recordaban las noches ciprianas de gorro y joropo. Insensiblemente, estos hombres olvidan el presente para refugiarse un poco en el hábito. ¡Se había bailado tanto nueve años atrás que sin darse cuenta ya estábamos en pleno "Club Victoria..!" Eran las postreras manifestaciones de la "soirée" victoriana que pronto iría a borrarse en una perspectiva de establo y de lechería "científica". El enano bailador que brindaba con el reloj en la mano y decía aquello de "Bolívar, tuyo hasta allá..." entre los dos tiempos de "La Jacha", aún parecía cruzar el fondo de aquel cuadro de baile improvisado... Pero la idea de Gómez, quien se había recogido a las diez y dormía de un modo profundamente aldeano en su casa, mataba todo entusiasmo, y la sutileza "política no creía conveniente reproducir aquellos bailes de antes, de cuando el nombre de Gómez, en el corro de validos castristas era un chascarrillo permanente... Y luego, otras visiones...

...La avenida de Camoruco, en Valencia... Los "amigos" a caballo; las ventanas llenas de muchachas; los "coleadores" adornados de cintas... Y en vez del hombrecillo de dormán azul y barba en punta, ahora formaba

la cabeza de la cabalgata el sucesor, el nuevo mayordomo, llevando con las mandíbulas y las rodillas el ritmo del paso caballar... La luz, los semblantes, el "aire" del festejo ¡todo como entonces! Hasta ese vago temor ululante que enfilaba las poblaciones al borde de las aceras cuando pasaba Castro con su tropel de carabobeños y de esbirros... ¿Y las "rectificaciones"?

Castro había construido un dique astillero que denominaron "Restaurador"; Gómez se apresuró a decretar e inaugurar otro mejor, de acero... Castro bailaba; Gómez no: primero porque quería hacer una política de "rectificaciones" y luego... porque no sabía.

¿Acaso se es Presidente de la República para andar de aquí para allá con una porción de *dotores* de Valencia poniendo bailes y echando discursos? ¡No, señor! hay que administrar. La política sin política; la política del trabajo. Engordar porcinos; cercar potreros; hacer sebo; castrar, ordeñar. Centralizar la administración recaudando todo directa y personalmente, y enseñar a los venezolanos a cultivar frijoles y a cebar reses. Dar el ejemplo, que ya es bastante, y quitar todo el dinero posible de la circulación. ¿Para qué quieren dinero los caraqueños? ¿para poner bailes y echar discursos? ¡Eso era con don Cipriano! Con Gómez no se explotan esas cosas. Ni ésas ni otras ni ningunas. No se explota nada. El "general" es el único que sabe lo que debe explotarse. La doctrina de paz y trabajo por arrobas. Y si cada venezolano no posee ochenta o cien millones de bolívares es porque no es como el general Gómez ni quiere trabajar sino vivir en la "política".

–Aprendan de mí –díceles con mucha razón–. Cuando salí del Táchira con "don Cipriano" no tenía ni la mula en que venía montado ¡y ahora no sé el número de bestias que tengo!

Es exacto; yo le calculo dos millones y medio de bípedos, conforme al último censo de la República... Los cuadrúpedos son incalculables...

....

....

Una sirena ronca desgarra el cendal de silencio que parece flotar sobre la orla del alba. Primer aviso del barco de guerra en que debemos embarcar para La Guaira. De súbito me doy cuenta de que apenas tengo tiempo de correr al hotel, recoger la maleta y meterme a bordo. ¡Vaya un trasnoche más estúpido! Tanto como las bromas que me dan al regresar los que toman parados en el comedor su desayuno. De cada puerta surgen gentes de prisa que se acaban de poner el saco o se abrochan un zapato saltando en un solo pie, como garzas...

–¡Alza, arriba! ¡Alza, arriba!– exclaman alegremente los caudillos excursionistas.

En Venezuela hoy las frases más corrientes rezuman este sabor a caserna, a cuartel, a chusma de cuadra...

Jadeantes, con el sombrero de abanico, salimos para el muelle.

CAPITULO XV

La partida del yate – Matos, el esperado – Los caudillos sobre cubierta – Certamen de chistes pésimos – Los males de tierra firme y el mal de mar – "El jefe" no marea – Chubascos oportunos – Algunas siluetas de tormento – Reminiscencias lejanas – La Guaira – El "lunch" de Velutini – Otra vez en el estudio familiar – Por aquellos tiempos... – Los triviales, los bélicos y los famélicos de 1909 – El primer Centenario con Colmenares Pacheco – El ejército pintoresco e ilustrado – El asalto amarillo – Hoy por ti, mañana por mí... – Persecuciones, espionajes y torturas – Los "húsares" a la crème Simone y el certamen de simpatía – Una frase del embajador Naón – Y así Bertoldo estuvo en el besamanos...

YA ESTABA todo el mundo a bordo. El "General Salom" es un yate de paseo comprado a cierto magnate yanqui; uno de esos buques excursionistas, que se están al ancla en bandadas sobre el agua acerada del Hudson y que vemos desde las alturas de Riverside, para llevar a Florida o a los archipiélagos del Pacfico ocios de millonarios... Fue adquirido por Castro; se le bautizó "El Restaurador". En la actualidad llevaba con relativo decoro su nuevo nombre "General Salom". Sobre la estrecha toldilla de popa nos habíamos instalado. Formaba el centro del grupo, echado en su silla de extensión, "el general" Gómez, que llevaba una gorra marina blanca con visera de charol... Cada quien estaba lo más turista que sus maletas lo permitían... Las seis; las seis y diez, las seis y cuarto...

–¿Qué hora?– inquirió ya impaciente "el general". Y el rostro sardónico, armado de cejas peludas de Egea Mier, a la sazón Director de Marina en el Ministerio de Guerra, surgió por encima de la toldilla, desde el puente, al lado de la reducida esfera de su reloj: –¡Las seis y media!

–¿Por qué no nos vamos?– Indagábase a media voz.

–Parece que falta uno...

–¿Quién?

Y de oreja a oreja, como si fuese una mala palabra, soplábanse mirando con inquietud hacia la escala, hacia el muelle, hacia la aduana:

–¡Falta Matos!

Alguno ensayaba esos chascarrillos de que la gente ríe por misericordia y que son difíciles de celebrar. Después que uno hace la mueca no sabe cómo restablecer otra vez la circunspección facial.

Y cuando ya "el general" volvíase de un lado para otro, y no faltaba quien dijera en alta voz cosas desagradables, he aquí que el esperado hace su entrada, trajeado a rayas, con una capa de agua verdemar y sombrero de paja... Como si fuese a Tampa de temporada.

Le acogen entre bromas ruidosas:

–¡Se le pegaron las sábanas!

–¡Pues cómo le parece, que lo cogió la cama! –clamaba alegremente "el general" entre una de carcajadas. Dijérase que se hubiesen vuelto locos todos aquellos señores. Luego, a cada frase, mientras más desairadas, más anchas y tiesas aparecían las sonrisas... Parecía un certamen de tetánicos. Lo que daba risa de aquello era precisamente eso: que no se podía reír. Como si fuera una infección, un contagio muscular, hasta los grumetes que iban a instalar sillas o traer objetos, cuantos cruzaban por la cubierta se creían en la obligación de plegar las comisuras y compartir una hilaridad desconcertante.

Matos, un poco corrido –pero en el fondo gustoso de haberse hecho esperar– pronunció, mirando el barco, cierta frase en francés, cierto refrán marinero que tuvo la amabilidad de traducirnos inmediatamente. Era algo así como "barco largo, buen caminador..."

"El general" sacudió afirmativamente las quijadas y se aceptó por unanimidad la observación del señor Matos... Había unanimidad en todo; en el tiempo; en lo caluroso de Puerto Cabello; en las enfermedades del estómago que se curan "pasando el mar" y en las enfermedades del estómago que no se curan pasándolo; en la manera de aprobar y en la manera de desaprobar... Sólo que el barco, puesto en franquía tras los cañonazos del Fortín Solano que iban a alterar los círculos concéntricos de los pájaros marinos sobre la lejana Goaigoaza, comenzó a dar tumbos, proa al viento, remontando la corriente de la costa hacia La Guaira. Se había dado orden al comandante que no perdiera de vista el litoral –orden expresa "del general"– y naturalmente la marejada metía de firme... Todos estos generales de agua dulce y estos doctores de tierras adentro, y las gentes "de confianza" del jefe, serranos crudos, en breve sintieron los primeros amagos del mareo... La rueda de "amigos" comenzó a clarearse... Los había chistosos que juraban no haberse puesto malos ni en el golfo de Lyon ni a la altura del cabo Hatteras; otros decíanse supervivientes únicos en mareos terribles atravesando el saco de Maracaibo... Y quienes afirmaban que a bordo se les despertaba un apetito formidable... Hasta entonces "el general" nos observaba con sus ojillos pícaros, por cuyas extremidades le corre a menudo una chispa de malicia amarillenta... De vez en cuando reía y sacudía benévolamente las mandíbulas. Iban los tumbos siendo más frecuentes y tres olas seguidas, las tres clásicas olas del mar libre, causaron a los que estaban de pie la sensación de que les faltaba el piso y a los que estaban sentados hízoles sujetarse a los brazos del sillón temiendo que les abandonara el asiento para siempre.

–¡Epa!– clamó un mozallón que andaba momentos antes recorriendo de popa a proa el barco con un winchester terciado y mirándonos como si nos perdonase a todos la vida.

En algunas frentes–al par de las tres olas– surgían tres gotas de sudor gordas, perlíferas...

Ya comenzaban a escucharse las expresiones de costumbre:

–Para no marearse lo mejor es no pensar en el mareo.

–No, si lo que embroma es el olor del barco; la ola no.

Y uno de esos seres heroicos, con la boca torcida y el mondongo anudado de desesperación, decía entre una sonrisa de moribundo, enseñando la dentadura con ese algo de calavera que el mal de mar pone en los rostros:

–Ni el general ni yo *mariamos...*

Lo dijo y se fue de bruces contra la borda, cabeza abajo, y allí se estuvo sujetando los riñones para no echarlos también.

Gómez –que había pretendido compartir aquella declaración de invulnerabilidad– hizo una mueca horrible. Los tumbos eran tan fuertes que fue menester situar dos marinos para que le tuviesen firme la silla en mitad de la toldilla. No quería bajar al camarote. Los que bajaban le escarmentaban al verles luego aparecer, verdosos, con los marciales mostachos caídos o erizados y las bocas apretadas de pucheros inenarrables... El barco comenzaba a embarcar olas de proa... Presentóse un chubasco costero por barlovento; desataba el toldo; nos calaba de agua... Los de la rueda de "amigos" que quisieron tenerse firmes contra el mar por no dejar solo al general –como si aquella energía en acompañarle a vomitar les uniera aún más en la política de consecuencia revulsiva– habían puesto imposible la cubierta... Me vi obligado a trepar a un rollo de cables y a estarme allí, fumando, entre el cielo y el mar, envuelto en un capote, mientras a mis pies, por el puente, por las toldillas, desde el hueco sombrío de las escaleras del comedor y del salón, en todas las portañolas asomaban bocas descompuestas devorando naranjas, frentes lívidas restregándose con las toallas cogidas en los camarotes... El del winchester yacía, con la mirada perdida en un charco, inerme cerca del cabrestante al que se abrazaba como al ángel de su guarda cada vez que sentía venir la ola... Iban allí los caudillos, los presidentes de estado, casi todos, los Ministros, los políticos de Caracas y del interior, los cortesanos, los adherentes, los trepadores, los crustáceos ¡la fauna de estos últimos tiempos! y hasta la flora porque notábase allá y acá algún infeliz chayota que nada tenía que esperar de aquello y que se empeñaban en figurar en el cortejo por esa especie de candorosa sinvergüencería que forma la psicología del telegrama "su amigo de todas las épocas"... ¡Tienen los pobrecillos un no sé qué de inofensivo y de vegetal! Iban hombres de bien, sin duda. Pero perdónenme mis compatriotas el mal pensamiento de un instante: si aquel barco se hubiese ido a pique con su "jefe único" y su consejo de gobierno y su gabinete y sus "muchachos" y el autor de estas memorias,

¡qué gran ventaja para la Patria y qué alivio para los deudos de mis protagonistas!

También una mañana, transido de frío, hambriento, estuve así sobre la toldilla de un barco frente a San Carlos... Esta escena recordaba aquella y una deducción que me hacía la boca más salobre que la espuma colérica del mar abríame la perspectiva de un naufragio allí, aquellas rompientes; aquella costa borrosa; aquellas olas enormes ¡Cómo engullirían el cargamento de tiranía, de decadencia y de vómito que flotaba sobre la augusta soberbia del océano!...

En una basca, el almirante Ibarra perdió su "plancha". Leopoldo Baptista y Trino han estado a punto de irse al agua. Marean de un modo terrible; parecen poseídos de un demonio marino que les agita las entrañas... Han sufrido de pie, todo el tiempo, el vértigo y sus consecuencias espantosas... Arrecia el temporal del lado del viento... El general Riera ha pasado por todas las tonalidades del gris. A Matos se le han indigestado los refranes franceses; carga la chamarreta verde como una bandera de derrota arrollada por el pescuezo; todas las barbas maculadas; una tapa del frasco de colonia en la mano izquierda y la capa de aguas vuelta un lío con el pajilla de Florida. Ha perdido la línea. Ha perdido el color local.

Roberto Vargas, jinete, amansador de potros cerriles, esta vez renuncia a aquella trocha espantosa y permenece tendido, lívido, con los ojos cerrados... Por el puente pasean Egea y el comandante. Este mira con inquietud hacia la cubierta en donde "el general" echado, derrengado más bien en la silla que le sostienen dos marineros, esconde el rostro en la almohada y a ratos mueve una pierna como un novillo agonizante... A mi rollo de cables, a mi isla situada en lo alto de un áncora de popa, han venido a habitar mi compañero de gira, el doctor Gustavo Nevett y el señor Antonio Guzman Blanco, hijo. Reímos un poco a costa de aquel espectáculo que presenta el barco. Un navío en donde dio la peste... Murió a bordo todo el mundo y corre a la deriva... Cada gemido del espaldero del winchester es horrible; llama a su madre... pide un sacerdote. Al fin se han llevado al "general" casi en vilo. Queda la rueda de "amigos" señalados por un hemiciclo de sillas volcadas, cáscaras de naranja, y todas sus risas, sus ocurrencias y sus obsequiosidades melifluas de esta mañana caracterizadas en lo que corre de borda a borda y que los grumetes comienzan a baldear...

Gotas anchas, tibias, dulces, caen en la cubierta. Huyendo del aspecto asqueroso del puente vemos hacia el horizonte. Una franja clara tiéndese como un mar lejano. Separado de éste, oscuro y borrascoso, en cuya superficie de plata bruñe el sol pedazos blancos de un marfil que deslumbra.

Al surgir de la última ensenada, con los vértices velados de una niebla dorada y sin flancos que pasan del azul al verde acérrimo, en cuya base los techos rojos parecen cerezas caídas, los farallones del Avila dan fondo al abra por donde enfila el barco... Cabo Blanco, la triste ciudad de los leprosos, fulgura, blanca al sol, y de uno y otro lado de La Guaira, Macuto se esconde por entre la doble fila de sus almendrones, escalonando palmeras hasta Punta Brava; Maiquetía sombrea, alegre e instalada en cuadro frente al mar como una plazoleta de ferias.

Mientras no entramos al abrigo del tajamar, baila el barco un joropo fantástico. Pero ya echamos amarras. Un gentío espera, lanzando aclamaciones y chiflidos; hace un instante las baterías de la costa y las del barco acabaron de entontecer a los que padecen de esas espantosas jaquecas de desembarco.

El general Veluttini ofrece un "lunch" en su quinta de Macuto a la comitiva. Allá se han ido.

Nosotros hemos resuelto volver a Caracas por el primer tren que salga. Todavía danza a nuestros ojos aquella miseria, aquel hacinamiento humano, bamboleante, mareado, sucio, con un temporal de proa, remedo de una excursión presidencial sin dignidad; símbolo de una nueva situación.

Sí; hay especies, que están en Buffon y que más tarde clasificó Cuvier, cuyo instinto se aguza marchando.

Ya "el general" tiene su idea...

¡Al fin! aquí está otra vez mi cama, tendida y blanca que me espera en esta vieja casa de la Pelota; los libros, la mesa de trabajo, el silencio, la paz. De tiempo en tiempo, en las largas siestas de la lectura ese piano de enfrente donde una mano ensaya tímidamente un aria de "La Fanciulla del West"... Sobre el muro, encima de la antigua cómoda, en su marco, el estandarte desgarrado por las balas de Ayacucho, deslucido por el polvo de la batalla, que el Mariscal remitiera con una carta a Diego José de Jugo, para consolarle de su ausencia del campo glorioso, enfermo y desesperado a retaguardia...

Y la negra ladina, con su acento de hace cuarenta años y su taza puntual de café:

–Niño ¡cómo la gente *conviersa!* decían en Caracas *quiar* Presidente lo iban a dejar ustedes en Curazao!

Estas "bolas" que echan a rodar las gentes sencillas tienen un profundo sentido moral.

En los periódicos, junto con los artículos "políticos" o de fondo, comiénzase a promover un certamen de "simpatía", cuya votación se recogerá entre las muchachas de la capital. El sufragio femenino consagrará a un

doncel de la ciudad. Paralela con esta ola de fango que sube, corriendo en sentido inverso, este remolino de ñoñería que baja... Han pasado nueve años de farándula, de tramoya, de mentira, de valses y de bandidos y he aquí que en lugar de sociedades patrióticas o de ligas higiénicas toda la manifestación social, son estos certámenes de belleza y estos "poetas jóvenes" *lugonizando* hasta desesperar. Hay una cosa blanducha, inconsistente, pegajosa, que casi se hace palpable, en el ambiente. Los periódicos moderados –así comienzan a denominarse las hojas adulonas cuando cesa la ráfaga de verdades– hacen una suave política de "sociales" y de editoriales "agua de arroz"... Los ministros empiezan a ser decorativos por completo; los asuntos se tratan "directamente" con "el general"; los hombres que privan en Miraflores traen de allí la noticia de la ruina definitiva de los últimos "godos"... Una frase vil y triste flota en algunos labios y llega a escribirse en ciertos papeles: "el gomecismo único" ¿concebís el fondo de semejante abyección voluntaria? En el círculo más cercano, dos corrientes dividen el valimiento doméstico: la de Colmenares Pacheco y la de Galavís... Colmenares Pacheco venció al fin esgrimiendo contra su adversario esta doctrina: "Galavís" le está enseñando a los cadetes y oficiales del ejército el "concepto Patria" y no "el concepto Gómez". Los días de Galavís como privado están contados ya. Este Colmenares ha entrado al Gobierno de un modo incidental, si bien ha sabido abrir brecha en el instinto personalista de su jefe y cuñado. Cuando Gómez estuvo en su clásica y enigmática retirada de Maracay, durante una de estas ausencias se encargó de la Presidencia el general Ramón Ayala, primer número en turno del Consejo de Gobierno, y en cierta sesión de Gabinete presidida por Ayala, produjose un violento altercado que degeneró en riña entre Carlos León y Samuel Darío Maldonado. Con tal motivo, Ayala exigió la renuncia al Gobernador y al Ministro de Instrucción. Siendo ambos del otro círculo, la susceptibilidad, hasta cierto punto justa, del Encargado de la Presidencia, sirvió para matar dos pájaros de una sola pedrada, si bien Gómez aprovechó mejor el incidente y metió una ficha propia con la persona de su hermano político Colmenares Pacheco, que entonces la daba de "liberal amarillo" y quedóse luego sólo en "cuñado" como se ha visto. Fue a ocupar la Gobernación por la que había pasado Carlos León desautorizado y maltrecho. Y para guardar un equilibrio relativo, ocupó el cargo de Maldonado, Trino Baptista. No eran éstas las verdaderas dificultades en el gabinete. La situación sosteníase tirante. Estos hombres, imprudentes, debilitábanse unos a otros; revolando como moscas locas... En el centro de la tela, Gómez preparábase, aprovechando para sí aquella lucha sorda, aquella intriga tonta e insensata. Y los "liberales", ya en mayoría dentro del gobierno, abrieron campaña entonces contra Abel Santos, el Ministro de Hacienda, hombre duro, invertebrado, conservador ortodoxo, ilustre a la antigua –uno de estos abogados formados en el corazón de una provincia y que tienen del mundo exterior un concepto tamizado por escrúpulos que significan años de callado sufrimiento– pero el tipo menos apto para defenderse de la

experiencia "venezolanista" de sus compatriotas y adversarios, dúctiles unos, hábiles otros y sufriendo la sigilosa presencia potencial del doctor José del Rosario García a través de los fantoches oficiales de que suele servirse el astuto colombiano por temporadas, rigiendo como un alambre sutil a una cabeza de cartón, el gesto maquinal aprobatorio o desaprobatorio de Gómez...*

Si bien, a ratos, el mascarón parecía tener movimiento propio y una ola pávida aplanaba la superficie agitada al murmurarse por ahí que "el nuevo Gabinete iba a ser sorpresa" ¿para los rojos? ¿para los amarillos?

El "Directorio Liberal" constituido y la propaganda individual insuflada a través de la República desde los corredores del Club Concordia dejaban adivinar una actividad cuyos fines eran conocidos, aunque no faltaban optimistas entre los caídos. Incurrían los "liberales" en el mismo error de Baptista y de sus amigos que aquéllos aprovecharan: volvían sus ojos a Miraflores como única norma de conducta y se anarquizaban y se entredebilitaban.

En el Congreso, la mayoría liberal, fijaba el 27 de abril para que "el general" se encargara de la Presidencia Constitucional bajo los viejos trémolos de elocuencias del Septenio que hacían acariciar unciosamente las manos del senador González Guinán y erizaban el mostacho "bonhomme" del diputado Alberto Smith... Un general Monasterio, de Villa de Cura, llevaba una tremenda crisantema amarilla en el ojal del chaqué y el dentista Lossada Díaz hablaba de "Bajo Seco" y del "mártir" Monagas por los pasillos del Congreso, mientras un grupo de protegidos de Baptista, con Eduardo Dagnino a la cabeza, soltaban el trapecio de la reacción y hacían la gran cabriola en el aire para caer, jadeantes y consecuentes, en el amplio colchón del "gomecismo único"... Los había que conservaban un equilibrio decente y a quienes veríamos no muy tarde caer de fondillos o quedar colgando del rabo amistoso, como los araguatos heridos. Una ola de comicidad, de ridículo, envolvía los rostros, las palabras, los actos públicos... Cuando las comisiones del Congreso fueron solemnemente a participar al general Gómez que acababan de elegirle Presidente Constitucional, todo emocionado se apresuró a informarles:

–Pues... ¡ya me lo había dicho Galavís[51]. En otra de estas ceremonias de estilo, el diputado Pedro Ignacio Carreño, guariqueño de Calabozo, creyó oportuno entonar un "galerón" que mereció entusiasta acogida y que el Presidente Electo oyó extasiado... Los de la Comisión que estaban filas más atrás, pellizcaban a sus colegas de adelante que a duras penas podían guardar circunspección. Esos doctores del interior que leen el periódico con voz engolada y magnífica, ya preparaban sus luengos discursos con "Leonidas en las Termópilas" y "el mártir del Gólgota"... aunque uno que otro taimado y psicólogo recomendaba a media voz: ¡Déjense de esas citas y de esas literaturas: háblenle al "jefe" de cosas que él sabe:

* Apéndice V.

[51] Ha constituido esta frase un refrán en el pueblo de Venezuela.

yeguas paridas, vacas de a veinte botellas, si quieren conservar el puestecito!

Como en tiempos de Guzmán los periódicos dedicaban sección editorial a las "sociales" y a la reseña de la temporada de ópera, ahora consagraban planas enteras al "gorgojo" que daña al maíz y a la importancia del cruce de ganado común con zebú...

Carreño, el del galerón, volvió a la carga y propuso en la Cámara de Diputados en las sesiones del 7, 28 de abril del año 10 que se le confiriese "al general una Medalla Conmemorativa por su conducta el 19 de diciembre" y se aprobó "por unanimidad". Sólo que en la inmediata sesión "el general" declinó el homenaje, reñido con su índole sencilla y republicana... ¡Y los mismos de la "unanimidad" pusieron al pobre Carreño de vuelta y media llamándole adulador, corruptor de menores, demonio tentador y sirena inevitable! Tanto le acosaron que se irguió, furioso: ¿Con que yo soy "sirena"? Bueno, pues "el general" es mi jefe y si con la proposición mía él se luce, quiere decir que yo me sacrifico por él y soy mejor amigo que muchos, que veo por aquí... Y a los que miraba, se ponían pálidos.

En una de las galerías han aplaudido a Carreño ¿por qué? Es fácil comprenderlo; para medir la desvergüenza nacional ¿hay termómetro más admirable que éste cuyo descenso alcanza latitudes inconcebibles?

Fuera del círculo oficial, los aspirantes pululan por los zaguanes de Matos, de Iturbe, de Ortega Martínez, de Riera, de Rolando, de Peñalosa... Es la parte ilusa. La otra va a Miraflores o aguarda en las puertas de sus casas la llegada premurosa y bélica de Galavís, de Colmenares Pacheco, caudillos domésticos.

¿A qué condenar de nuevo en estas páginas el pecado de anarquía que los "liberales" cometían a su vez desde el Gobierno y que es origen de esta mala inteligencia, de esta mutua incomprensividad y falta de tolerancia cuyos frutos han alimentado a los déspotas desde 1846?

No obstante la lucha todavía conservaba un resto de personalidad. Cierto "sprit" caracterizaba el pugilato. El Ministro de Hacienda sufría los fuegos... Rangel Garbiras, muerto; Baptista, un factor ya anulado; Olivares iba a terminar en su digna actitud del Táchira; Roberto Vargas estuvo engañado por Gómez hasta última hora; Hernández, refugiado en su casa de Puente Yanes, yacía enfermo de los riñones... Nada podían; nada esperaban. La hueste liberal se preparaba al asalto, con González Guinán a la cabeza en política. Matos en medio, y Alcántara cerrando la retaguardia con todo su valimento en palacio debido a ciertas perspectivas de una boda probable con dama de la familia presidencial[52]. Otros liberales, si solidarios con los actuantes por deber partidario, observaban cierta reserva fría y buscaban fuera de la perspectiva oficial una orientación más genuina y no tan complicada de rezagos castristas.

[52] El cargo va a personificarse en los tres ministros liberales si bien comprende al bloque constituido en la esquina de Mijares.

Y cuando menos lo esperaban algunos –no iniciados en los manejos de Miraflores– Gómez designó su nuevo Gabinete "definidamente" amarillo al encargarse como Presidente Constitucional para el período 1910-14. Interior, Alcántara; Exterior, Matos; Hacienda, Pimentel; Guerra, Castro Zavala; Fomento, Bernabé Planas; Obras Públicas, Román Cárdenas; Instrucción Pública, Trino Baptista; Gobernador, Colmenares Pacheco y Secretario General, González Guinán. El nuevo Consejo de Gobierno quedó electo así por el Congreso: Ayala, Guerra, Pulido, Ortega Martínez, Baptista, Peñalosa, Riera, Rolando, Pietri y Hernández.

La defunción de Pietri, un año más tarde, trajo a principal al suplente Alejandro Ibarra.

La caída política de los denominados "conservadores" era definitiva. Hernández, Santos, Vargas, y aun el mismo Baptista, veíanse acosados por los esbirros de la Prefectura, pesecución con la que Colmenares Pacheco, "cuñado", había querido crear títulos cuando fue Gobernador a Colmenares Pacheco, "líder amarillo"... Se ponían en circulación todos los días noticias tendenciosas: Está preso Fulano... "El general" no quiso recibir a Zutano"... "El *mocho* Hernández está haciéndose el enfermo pero no le dejan ir"... Los "espías" volvían a figurar en las nóminas de pago de Gobernación. Los "liberales" reían de las travesuras propias; reían para que dos años más tarde fueran objeto de idénticas agresiones, de iguales ansiedades, de los mismos vejaminosos espionajes que ahora lanzaban las jaurías de Carvallo y de Pedro García a las pantorrillas de los caídos. La profunda descomposición de aquella política degenerada, que comenzaba a gangrenar de desconfianza todo, comunicaba a la gente esa terrible insensibilidad de lo podrido... Que se metieran periodistas a la cárcel, que se armara una intriga, que se le pusieran espías a los magistrados del día antes... Todo era natural; todo era lógico. Pasada la impresión de "renovaciones" y "purificaciones", los castristas agachados, los chupatintas, los mocitos avispados, esos que buscan puestos por entre las patas de los escritorios, formaban ya su claque en los corredores de la Gobernación... Estaban de moda los "triviales", pequeños sonetos que retratâban la insignificancia de una juventud frívola, demasiado inexperta para darse cuenta del fenómeno ambiente, excesivamente vieja de alma para resentirse de ello. Había el círculo Pimentel, el círculo Galavís, el círculo Colmenares, el círculo Martínez-Méndez. Y los "círculos" de estos círculos. Una obra de los Alvarez Quintero estrenada en aquellos días –"Las de Caín"– había puesto en boga eso de fraguar "colmos". Y Caracas, harta del estrépito insolente de su Gobernador, fabricó uno: el colmo de los colmos: Colmenares... Este hombre brutal, soldadesco, agresivo, consecuente con sus amistades, consecuente con sus odios, era la figura más destacada del nuevo gobierno... Había adquirido cierta preeminencia; se rodeaban de doctores sin padrino, de aficionados políticos, de rezagos perdidos de otros círculos que buscaban acercarse a Gómez a través de alguien... ¿Qué era Colmenares Pacheco? Un cuñado de

Gómez; un cuñado agresivo; un cuñado que quería constituirse sucesor a la sombra de su nexo y al amparo de su noción de la "energía". Llegó a hacerse tan predominante este político telegrafista que cayó en desgracia. Con él comenzaron en forma activa en la Policía de Caracas y en La Rotunda los tormentos, los vejámenes, las palizas, los asesinatos, los tortoles para hacer declarar a conspiradores fantásticos o reales... ¿Es él solo responsable por ser ejecutor directo y hasta iniciador de esas barbaridades? No. Con él formaban otros hombres que *sabían* lo que Colmenares hacía o por sí o por orden de su poderoso hermano político, y que al hacerse de la vista gorda aprobaban, ratificaban, refrendaban con su firma ministerial para la *Gaceta* lo que aprobaban, ratificaban y refrendaban con su pasividad silenciosa y aprovechatriz en Miraflores. Cuando el silencio no desaprueba, conspira.

Ni los métodos habían cambiado –y sí héchose las aplicaciones del antiguo sistema más hipócrita– ni los hombres de 1910 parecía que hubieran aprendido nada del pasado, de ese pasado que tuvieran que sufrir hasta la tarde antes, puede decirse. Ninguna originalidad ni en la intriga: el chisme clásico, amenaza de meter a la cárcel y finalmente aquello de "la verga andina" deprimente para unos y otros: los que la esgrimen y los que la sufren. En los bancos del remo el comité no pertenece a un estado social superior al galeote. A la inversa.

Y he aquí que se renovaban, pero aún más siniestras, con no sé qué de hipocresía, con un aire solapado y ruin, las tragedias de las prisiones. Desde el castillo de Maracaibo venía hasta el centro una crónica exacta de lo que ocurría. Eustoquio Gómez, bajo el falso nombre de Evaristo Prato, teniendo como segundo a un tal Isaías Nieto, había llevado la exasperación de tal suerte al alma de un detenido político y le hizo sufrir tales y tan vejaminosas afrentas que resolvió matarse: fue una cosa espeluznante. Aprovechando la oscuridad, aquel desgraciado se cortó la piel del cuello con el pedazo de latón de cierta caja de sardinas, y como sus compañeros de cautiverio, horrorizados, trataron de salvarle quitándole la hojalata, entonces con los dedos acabó de destrozarse la yugular en una batahola de interjecciones y de chorreteos sangrientos por los blancos muros del encierro. Era una persona muy conocida: el doctor Leopoldo S. Maldonado. A palos mató el Eustoquio, alias *Evaristo Prato,* a Pedro Nolasco Muñoz, que fue un malhechor, ciertamente, pero que asesinado pasa con Jara, Gáfaro, Nel Espina –de nacionalidad colombiana éste– a inscribirse en el número inicial de los sacrificados, de las víctimas. Fueron acusados de cierta intentona de golpe de mano contra Gómez y entre ellos, otro colombiano de infausta memoria para Venezuela, un general Benjamín Ruiz que hasta llegó a ser presidente del Zulia, y algunos otros ciudadanos, cayeron presos. Díjose que estaban comprometidos en cierto plan fraguado por una dama de la familia del ex-dictador Castro, a la que con tal pretexto se ordenó abandonar el país; y en circular del Ministro Alcántara, Gómez recomendaba a los fiscales des-

cribir una suerte de parábola jurídica para que "las damas no tuviesen que sufrir rigores por culpa suya", como si fuese un protagonista de 1830... Mientras estas cosas merecían registro y loa en la prensa palaciega, sabíase de los horrores que tenían lugar en el castillo de San Carlos, bajo el Eustoquio[53] y en la Rotunda de Caracas[54]. Lo del penal de occidente cobró caracteres tan escandalosos que tropas y prisioneros se sublevaron y el falso Prato y el auténtico Nieto salvaron la vida huyendo en las sombras de la noche mientras los sublevados trataban de alcanzar la frontera de Colombia por la Goajira. Quienes conocemos aquellas regiones y lo que significa una liberación semejante, tenemos que admirar a estos infelices. Así devolvía Eustoquio Gómez a la sociedad la sanción que la sociedad no supo imponerle; ésta fue su primera hazaña en la Rehabilitación. Indudablemente, el asesino de Mata Illas estaba rehabilitadísimo. Por otra parte, que hubiera prisiones preventivas, persecuciones, medidas represivas al comienzo de una organización nacional, no asusta ni alarma: prácticamente comprendemos que son cosas inevitables y hasta ese punto la censura se nulifica en la larga exposición que nos presenta la historia de los más claros varones de Plutarco. En estas *Memorias de un Venezolano* yo no armo alharacas porque hayan ocurrido tales o cuales actos de fuerza. Ni éstos nacieron de Castro y de Gómez. Los hubo siempre. Fatalmente los habrá. Pero de esto a los hechos delictuosos y sádicamente crueles, de esto al veneno, al tortol, a la incomunicación, a los grillos restauradores o rehabilitadores de setenticinco, al robo, al sitio por hambre, a la expulsión de mujeres, al vergonzoso y tácito pacto de persecutores y de agentes que creen borrar su responsabilidad moral y social excusándose con la víctima de que es "orden superior"; de esto a sacrificar generaciones enteras en la cárcel o en los cuarteles; de esto a dividir en dos la juventud de un país, la mitad acorralada, perseguida, aterrada, la otra porción envilecida en puestecillos y encargada de burlarse de su propia mitad y de hacer la apología de los déspotas burlándose de la impotencia de los despotizados; de todo este conglomerado, de

[53] Una tarde paseaba Gómez en el vaporcito "Tacarigua" sobre la laguna de Valencia: Del grupo de sus amigos llamó al doctor Leopoldo Baptista, y sentado éste en una manta sobre la cubierta y Gómez en unos trozos de madera cercanos hizo que le diera lectura a un fajo de telegramas en que Eustoquio le iba comunicando lo que "declaraban" los infelices torturados acerca del asunto de doña Nieves Castro. La escena tenía lugar a proa, separados del grupo de "amigos" por una respetuosa distancia. A cada horrible detalle que con una minuciosidad calofriante iba relatando Eustoquio, Baptista alzaba los ojos y veía a Gómez. Este movía la cabeza con un gesto habitual y por todo comentario murmuraba: ¡Qué vagabundo! De repente, el propio lector halló esto: "Diga usted qué complicidad tenía con el doctor Baptista". –"Ningunas", –declaraba el infeliz torturado. Levantó de nuevo la cabeza Baptista y miró a Gómez en los ojos. Por todo comentario, volvió éste a murmurar como en un soliloquio: ¡Qué vagabundo! Baptista no sabía quién era el "vagabundo" a que se refería, si el desdichado en el tormento o el Eustoquio atormentador. ¡Lo que sí comprendió era que estaba parado al borde de un abismo!

[54]. Cierta vez llamó Gómez a Padrón y le dio la siguiente orden:
–Cada preso político que te mande *me le metés* cincuenta palos al entrar.
Y como notara la repugnancia pintada en el rostro del alcaide, añadió bruscamente:
–¡Si no lo sabe hacer yo le enseño!
Padrón buscó un pretexto días después para renunciar.

esta pelota de lombrices entrelazadas flotando suculentamente ante las fauces de un besugo cualquiera, a lo otro, hay una distancia considerable, una distancia que quizás no pueda recorrer la planta cansada de nuestros nietos, un poco abúlicos, un poco descreídos, hombres formados en otro ambiente e incapacitados para poder creer de buena fe cuanto hemos escrito. Consolaos los cómplices y los encubridores; regocijaos los que insultáis con la denegación y os reís de nuestra protesta mientras el intestino se os sumerge de toda clase de vapores y a toda hora del día: en el futuro se han de creer muy escasamente nuestros dolores y vuestra cobardía. En una frase trivial y usual, en la clásica reflexión de que se trata de "antiguas pasiones políticas", va a quedar arropado todo. Adelante: comed, dormid, yogad, y cuando el amo frunza el ceño, tended la mano desde la patria o desde el extranjero con un papelucho de a dólar la columna: ¡Ave César, los que van a comer te saludan!

Que se crea o no lo que estas páginas registran, que en ellas se suponga violencia o serenidad, exactitud, error, mala fe, evangelio, que las imiten, las desvirtúen o las admiren insidiosos, tontos, corridos de incapacidad o apóstoles en gestación, ni quiero saberlo ni me importa. De ellos recogeré una ortiga o una sierpe debajo de cada piedra. La admiración literaria –regalo de necios– o el desdén simulado –inútil e inofensivo ante mi vida y ante mi obra– me hacen igual efecto y despiertan idéntico interés: uno se debe a cosas más altas que al voto de unas millaradas de estúpidos y de unas centenas de lenguaraces, y ello influye tanto en mi labor como el insecto fastidioso que revuela en la lámpara mientras trabajamos. Anónimos, indirectas, alusiones. Una lejana tarde, en una sala del hospital Vargas de Caracas, observaba al cirujano Acosta Ortiz, operando: tenía al paciente tendido, cloroformizado, roncando como una bestia derrengada. La herida del vientre era de a tercia: el puño armado del bisturí, fulgurante en la niebla roja y abullonada de tripas azulentas, estaba suspenso, vacilante: los ojos fríos, claros y crueles del cirujano buscaban, buscaban en aquel horrible dédalo de arterias y de tejidos y de órganos palpitantes. De súbito el cuchillo partió certero como un pequeño rayo y se clavó en una víscera: hasta el rostro del hombre que trabajaba, saltó, recto, un chorro de pus. Y cuando se limpió la cara coloradota y genial, en la sonrisa de aquel hombre estaba la sonrisa de Dios. Era allí donde había que herir.

Los atentados se comenzaron a suceder: los redactores de *El Tiempo* y algunos otros periodistas de profesión o de ocasión fueron detenidos "de orden superior"... Se les envió al penal de Maracaibo y al de Puerto Cabello. En esta ciudad, un poco antes, el Concejo Municipal no quiso plegarse a exigencias del general Gumersindo Méndez – uno de estos hombres en quienes se amalgaman, indistintamente, buenas cualidades y horribles eclipses de sentido moral, quizás hijos de un curioso fenóme-

no patológico de senilidad. Los concejales, unos claudicaron, otros tuvieron que escapar. Entre ellos Néstor Luis Pérez. El viejo militar, cerebro estrecho, limitado, supeditado en sus últimos años a unos cuantos hombrecitos locales, se imaginaba proceder con severidad y consecuencia ordenando atropellos. Un soldado loco. Estos pretorianos a cargo de magistraturas civiles han sido y serán funestos, porque aunque quieran hacer el bien no saben hacerlo. En vano se lucha contra su índole y contra su sentido enormemente desarrollado de la autoridad y de la disciplina. Traen el campamento a la casa de gobierno si son generales de veras, y si lo son de "envelope" –como pintorescamente les llama el pueblo– peor: quieren hacer sentir energías inéditas y espadas de bazar.

El Zulia es uno de los Estados más interesantes de la Unión, si no el más: hay allí un germen de libertad que toca las lindes de la demagogia. Sin caudillos, con líderes no siempre surgidos de la fuente legítima de que debieran surgir, ha mantenido hasta hace poco la tradición de una protesta inextinguible, latente, que revienta y estalla tomando el efecto por la causa: mira más a la cuestión local que a la nacional: a Guzmán Blanco lo tomó por los muelles y aquel megalómano grotesco declaró que les iba a convertir "en una playa de pescadores"; a Castro por los monopolios y por su adoración cuasi fanática hacia el general José Manuel Hernández; a Gómez por todo esto y por la sucesión de regímenes "tachirenses" que les ha venido imponiendo. En verdad no se les ha tratado ni peor ni mejor que a los de oriente o a los del centro. Pero el zuliano no se resigna sino a duras penas y desgraciadamente se sacrifica y se entrega en manos de inhábiles o de nulos o de taimados que hacen escalón de su abnegación y de su fanatismo político. Cuando la opinión formábase de la clase selecta dirigente, responsable –patricia en el recto sentido y no en el de casta– y de la masa popular auténtica, era una fuerza cívica incontrastable y respetable; después que aquellas series de hombres se fueron extinguiendo en la muerte o en la anonimia, el leguleyismo, el mercachiflismo, el arribismo desaforado de una especie de burguesía que no venía de arriba y quería estarlo, que no emanaba de abajo y pretendía aparentarlo han ido relajando los viejos resortes de la energía zuliana y hoy su culto es una cosa sentimental, declamatoria, inconsistente, que a ratos chisporrotea en el verbo estridente de sus tribunos o se esconde para morir en la dignidad del silencio. Dentro de lo posible ha hecho el Zulia acto de presencia cívica más frecuentemente que sus otros hermanos de la Federación. No sé si los nuevos factores de riqueza y de expansión y un horizonte más amplio han de prestar a las cabezas negras de hoy lo que las testas grises de ayer perdieron por la disolución o por un largo sujetarse al fenómeno de desintegración colectiva. Con todo, de las regiones de Venezuela es la mejor preparada para el socialismo, para las reivindicaciones del proletariado, porque el pueblo allí no come, ni vive, ni medra, ni espera de "la política" y está mejor nutrido de féculas y de ideas que el palustre campesino de Carabobo o el tozudo hijo de la Cordillera.

Tan regionalista, tan apasionado de sus glorias como el oriental, tiene, por encima de éste, una noción más exacta de las proporciones y su ironía es más cuerda y más honda. Los "generales" no ven bien a estos peones que saben leer periódicos y conocen la Constitución; los políticos listos van allí a declamar de "Urdaneta y Padilla" y de "Tiberio en Caprea" y ojalá no llegue día en que el pueblo del Zulia se quite el coturno trágico de cartón dorado y la emprenda a chinelazos con los cuatro avispones que se repantigan en sus prestigios pueriles.

Una mañana de septiembre de 1909 circuló por Caracas la noticia de un nuevo atropello: estaba preso Rufino Blanco Fombona. Todo eran conjeturas; Carlos León, el Gobernador, como de costumbre, no sabía nada. Nadie sabía nada. Blanco Fombona había sido secretario de la Cámara de Diputados en el último congreso de que tratamos en capítulo precedente; estaba en buenos términos con el Gobierno. Durante los acontecimientos del 13 y del 19 de diciembre pronunció arengas encendidas, exigió el enjuiciamiento de los ministros, quiso llevar la reacción por caminos más eficaces y empujó al pueblo, yendo con él, donde quiera que hubo vías de hecho[55]. En este hombre era natural y era lógica su actitud. Ha sido un espíritu de rebeldía y de renovación siempre, pero un espíritu "peligroso" para los que dosifican la expansión de la protesta y quieren someter a tabulación los efectos del explosivo. Lo que la reacción necesitaba era una mascarada y esta clase de hombres entienden las cosas en serio. Estos dinámicos, a lo Romero García, están condenados, en pueblos de decadencia, a arrastrar por las baldosas de las cárceles o por las playas del destierro una existencia amargada e inconforme: su apostolado está en su violencia, su eficacia en su energía. Pero Venezuela sólo merece las cláusulas oratorias y académicas de tribunos que usan las verdades con cuenta gotas y se indignan al compás de la indignación oficial. A Romero García se le echó del país apenas pisó el suelo de la patria en 1908, y a comienzos del 9. ¿Quién expulsó o solicitó la expulsión del escritor? A mí se me informó que ello fue obra del doctor Leopoldo Baptista. Aparte la cuestión de valores intelectuales, la actitud asumida por el nuevo orden de cosas se resentía–aun estando dentro del gobierno– del odio o del resentimiento hacia los intelectuales. Luego este odio tomó otra mejor dirección: en vez de encarcelarles o de expulsarles, envilecerles; ponerlos en complicidad con los chanchullos de la administración para inutilizar el valor moral de sus protestas. En Venezuela –y en general en casi todos los países nuestros– jamás se renovará el ambiente de la política ni penetrarán las ideas verdaderamente revolucionarias porque en general se tiene de las reformas una idea pacata, cobardona, labriega. Hay ruralismo en todo. Se piensa en aldea: la santidad del cura,

[55] En algunos lugares con sus propias manos destrozó los bustos de Castro. En el "Club Concordia", entre otros.

la sabiduría del boticario, la razón a toletazos de la vara del alcalde. La plaza del pueblo es la mejor de las plazas; las mujeres son las más bellas y virtuosas de la cristiandad; el agua del arroyo vecino no tiene parangón: beber agua de aquélla y quedarse allí es una sola cosa. Todo el que regresa a la aldea desde luengos países trae "novedades peligrosas". El alma colonial supervive. Hay, o xenofobia inconsciente, o pasmo lugareño ante el primer "extránjeris". Esta repulsa por las transformaciones saca de sus casillas a los que acostumbrados al lenguaje oficial, a la modalidad social, a los hábitos "de pega", creen que la civilizacón es hablar por teléfono o poseer un automóvil más grande que la casa en que habitan. Hay especialistas en "cultura", personas que "saben cómo son las cosas". Todo es postizo, afectado, falso, desde las modas de la "Compañía Francesa" hasta las maneras de pensar. En semejante medio, naturalmente, los ojos molestos, la censura acerba y el querer romper la ventana para que entre la luz del sol, si no se puede abrir, destrozando las cortinas polvorientas y tirando a la calle las alfombras inútiles llenas de microbios, resulta odioso y antipático. ¿Qué quieren estos forajidos? ¿Qué pretenden? ¿Que no haya editoriales "pro patria", prestigios caudillescos, celebridades de alcabala? ¿Que Caracas no sea un pequeño París? ¿Que la gente no sepa de toros y de ópera? ¿Que un ministro y un gobernador sean tratados sin adjetivos convenientes? ¿Y la sociedad? ¿Y el orden público? ¿Y el general Gómez?

Blanco Fombona estuvo en prisión un año. Sufrió horrores. Un día, harto de vejámenes, agarró una escoba, le quitó las barbas y le sacudió al primer verdugo una paliza terrible. Juicio, declaraciones y... naturalmente, absolución. No se le puso en libertad, se le puso en destierro a bordo de un vapor español, en La Guaira. Lo que me parece curioso es que no le hayan matado. Verdad que esto en 1910 no era "político" y con todo y ser malos e intrigantes algunos de los que se cebaron en el escritor perseguido, aún no había llegado el cinismo malvado a las proporciones actuales. Se hizo la parodia legal, como con el asunto doña Nieves Castro de Parra, de Benjamín Ruiz o Bolívar, Jara, Gáfaro, Nel Espina y su otro compañero. Los detalles del encarcelamiento y del destierro pueden leerse en un volumen que con el título de *Judas Capitolino* –colección de cartas dirigidas por el autor al periodista Pietri-Daudet en Bruselas– editó Blanco Fombona en París en 1912, así como en *Cantos de la Prisión y del Destierro* publicados en la misma fecha. La labor de castigo fue sangrienta, panfletaria; admirable como obra de arte, formidable como retaliación. Los cargos que allí se hacen y las perspectivas desoladas de algunas de sus páginas fatalmente quedan revividas a través de estas *Memorias* por cuanto corresponden al proceso de la barbarie imperante. ¿Hasta dónde llega la responsabilidad de los que toleraron o estimularon estas medidas abominables? Ya lo veremos más adelante.

Mientras tanto sea ésta la condenación categórica de cuantos estábamos dentro de aquella situación con miras ilusorias o metas ambiciosas. Igualmente responsables con los empedernidos de hoy somos los que ayer *no supimos cumplir a tiempo con nuestro deber:* desde Leopoldo Baptista, secretario de la Presidencia y factótum primordial hasta los que ocupábamos un modestísimo cometido en el conjunto. La humildad del sitio que se ocupa no cancela el compromiso moral del ocupante. "César que mata o Pedro que miente"... Responsables activos o pasivos: todos responsables, todos cómplices. Al hacerle justicia a algunos, a poquísimos compatriotas, no quiero recabar la más mínima y personal excusa de este delito que la mayor parte hemos ya expiado con creces. ¿Los caudillos no más? ¿Los políticos de altura solamente? Ya que somos pueblo seamos justos y grandes como el pueblo. ¿Y los que formaban el "entourage" de cada personalidad destacada? Hemos merecido, por nuestra criminal indiferencia hacia la justicia, el destierro, la cárcel, la ruina, la muerte. Desde un alto punto de vista se borra en la perspectiva de la historia esta piara de jabalíes, apágase el trueno de sus pezuñas, desvanécese el vaho de sus pelambres. Es una retaliación del destino que nos hace meditar con una resignación viril y nos pone a pensar y a pesar si somos en verdad los hombres aptos, los hombres preparados, los hombres fundamentalmente dispuestos para una labor que es con mucho más trascendental que la obra misma de la independencia, hecho glorioso y todo lo que se quiera, pero que sólo implica una acción material dada. Esto otro –la fundación de la segunda patria, de "la república posible" que decía Alberdi– requiere levantar el ideal a pulso, y con esfuerzo unánime, llevarlo desde la derrota del nepotarca y de la extinción de su huella en el alma popular, hasta los umbrales de la constitucionalidad.

La mañana del 19 de abril de 1810, un venezolano, Vicente Salias, cogió por un brazo al capitán español Vicente Emparan y le obligó a regresar, de la puerta de la iglesia, a la que se dirigía para los oficios del Viernes Santo. En el Cabildo le aguardaban los revoltosos. Un cura chileno llamado Madariaga, cuando el atropellado capitán general salió al balcón para que el pueblo resolviera si le querían o no, hizo, detrás de éste, el signo negativo y el pueblo gritó: "¡que no!" "¡que no!". Era un disimulado movimiento de rebeldía que los criollos de Caracas envolvieron en los estandartes de la devoción al bienamado Fernando, repercusión de lo de Bayona. Explosión españolizante y monárquica, en mayoría y significado.

Esta especie de 19 de diciembre a un siglo de distancia debía conmemorarse en 1910 en virtud de una serie de coincidencias, fruto de la larga preparación de Miranda y de otros proscritos, cuando los patriotas de las metrópolis suramericanas eran sólo mozuelos entusiastas que leían a escondidas los enciclopedistas, como nosotros años más tarde leímos

nuestro primer Henry George y los muchachos de la post-guerra descubrieron "el marxismo". Tales coincidencias, enormes en proporción universal, trajeron a estas remotas indias occidentales, último círculo concéntrico de la piedra arrojada por los patricios de Filadelfia, la noción de que se debía ser independiente. La administración de España no era mejor ni peor que la de cualquiera de las otras potencias colonizadoras; quizás mejor que la de muchas. La política española, hinchada, despótica, presuntuosa, con esa presunción hispana que hace suponer al boticario de la aldea un sabio y al sargento de cuadra un Aníbal, irritaba a los criollos, más presuntuosos e insoportables aún, con sus títulos a veintidos mil reales de vellón por cabeza y sus obsequios a la Sacra Majestad sonriente de Carlos III, el único Borbón que tuvo talento. Sobre este hecho simple se han bordado leyendas doradas muy explicables y muy naturales. La libertad, como el catolicismo, tiene su "Año Cristiano" y sus santos absurdos. Tal movimiento fue el primero en el sur del continente. Buenos Aires, Quito, Bogotá, Santiago, vinieron sucesivamente y más o menos inmediatos. El resultado fue el mismo. Sofocación general. España agarró de nuevo la carlanca y se la puso a sus levantiscos indianos.

Ibamos, pues, a celebrar "el centenario" de este movimiento.

Lo primero era "definir" la política –indefinible desde el banquete de "La Providencia"– y se debía comenzar por descomponer la compactación liberal amarilla del Club Concordia, nudo gordiano futuro.

Para esto sobraban tránsfugas y oportunistas en el mismo círculo que Gómez quería destruir. El procedimiento ahora era mucho más "doméstico" que un año antes contra los considerados conservadores. Ya Colmenares traería cerca de sí, a Gobernación, al doctor Ezequiel Vivas, iniciador "oficialmente" dispuesto para lanzar la idea de "Gómez Unico" [56]. Comenzaban a editarse hojas y a publicarse telegramas y cartas políticas para hablar del "Jefe Unico" y de los "gomecistas puros"... "La familia" –una fuerza que hasta entonces no se había hecho sentir definitivamente– hizo sus primeras incursiones. Los "amigos de la casa" empezaron a pulir con los fondillos las butacas de mimbre del pabellón derecho de Miraflores. Iba a entrar en escena "el médico", factor de la política casera de estos últimos veinticinco años. Lo que pudiéramos

[56] Fue dos semanas más tarde de los acontecimientos del 19 de diciembre de 1908 que se dio la orden al Castillo de San Carlos para poner en libertad a los presos –ochenta y tantos que allí quedaban cuando el autor salió unos meses antes. Alojaron en el Hotel Zulia los libertados y estuve a verles. Durante el almuerzo, el doctor Ezequiel Vivas me llamó aparte para decirme bruscamente: –"La reacción es un hecho; el general Gómez se quedará en el poder. Quiero que se venga conmigo al Táchira, fundamos allí un periódico y proclamamos a "Gómez Unico"... Así tiene su carrera política trazada". Lo mejor que pude y supe le declaré que no era afecto a tales proclamaciones y que le recordaba mis palabras de cuando estábamos presos...– "¿Es que usted es *mochista* todavía?" Y como observó mi sonrisa, pues para este hombre todo el que no estaba de acuerdo con él era *mochista*... así fuese un corazón de mamey –agregó:– "Usted verá: el general Gómez se queda mandando hasta que le dé la gana. La gente del centro no tiene ni fuerza ni vergüenza..." Vivas murió ya; estampo esta nota porque actos posteriores confirmaron las palabras que entonces me dijo.

llamar "influencia médica". Por regla general, las gentes rústicas ven en el físico a domicilio algo más que en cualquier otro profesional. Además, el médico es como una suerte de hechicero, un brujo "amigo", un "piache" que dice chistes y pone jeringas.

A esto añadíase la sorda tendencia de los que estaban alineados en segunda serie por llevarse de pecho la barrera. Cuando Castro, los ministros –muchos de los cuales pertenecían a grupos sociales selectos– si sometidos a los caprichos del dictador asumían cierta relativa personalidad ejecutiva. Torres Cárdenas recomendaba o anulaba. Tello Mendoza protegía o perseguía... Los que ahora quedaban detrás del grupo sabían que Gómez, en el fondo, ardía en deseos de librarse de aquellos señores que le humillaban o que le mantenían en una zozobra cruel... Todo lo que duraron los festejos del Centenario, 1910 a 1911, Gómez sufrió a los hombres de que se tuvo que rodear para deshacerse de los otros, de los que le pusieran a la cabeza del Estado... Le humillaba Matos con su voz engolada y sus aires "libertadores"; le humillaba Alcántara, a quien tenían que llamar de prisa a su casa para que volase a Miraflores y ayudase "al general" a endosar el uniforme de general en jefe prusiano que le resultaba complicadísimo: allí hallábanle, sudado, entre una rueda de la familia, vuelto un lío de correas y de entorchados, lleno de furor como un gato en un saco, mientras uno de los innumerables hijos metíasele por entre las piernas y aparecía con una hebilla en la mano, feliz de su inventiva:

–Mire, papá, esta cosita se mete aquí en este hoyito y este ganchito es el de la correíta de atrás...

Antes odió profundamente, desde el fondo de su alma de especulador y de déspota, a Abel Santos, cada vez que aquél habíale dicho rotundamente: Esto no se puede hacer así, general, sino de acuerdo con la ley! Y presentía ya, cuando le mandó al Táchira, en la mueca agria de Régulo Olivares, en la cara atezada y dura surcada por una cicatriz tremenda, que aquel soldado enterizo y susceptible no iba a servirle de perro de presa... Ahora volvíase, taimado, disimulado, hacia los "liberales" que le servían. No le colaban las chanzonetas de Aquiles Iturbe y le tenía el ojo encima. Gustaba de Román Cárdenas para quien todo el mundo era ladrón menos "el general" y... él, naturalmente. Consideraba con respeto supersticioso el acento extranjero y la "boutonière" de Gil Fortoul, que a pesar de haber vivido tanto en Europa "quería a los animales" y "sabía de bestias". Ha probado conocer mucho a Gómez. La alianza del "compadre Pimentel" con Pancho Alcántara le mantenía contrariado. Sentía por González Guinán inquietud y desconfianza: el frasco de láudano utilizable no más que a pequeñas dosis y para uso externo. Castro Zabala era Ministro de la Guerra *in partibus* –toda la autoridad efectiva estaba a cargo de Félix Galavís, como Inspector General del Ejército, asesorado por un oficial chileno, un técnico de estos de "misiones militares" llamado Mac Gil, que quiso imponer cierto aspecto de ejército a aquellas bandas de fantoches, a aquellas escuelas de malos autómatas, negrillos desteñi-

dos, indios amarillentos, serranos de occipucio aplastado a quienes se tocaba de casco prusiano. Los chicos oficiales iban a las retretas de la Plaza Bolívar de capa flotante y plumaje, como los ayudantes del cuartel general de Postdam, y muchos de ellos, pobrecillos, llevaban los guantes como si fuesen un par de medias...

Enfocad a cierta distancia todo este conglomerado de lo absurdo, de lo disparatado y de lo grotesco; ponedle a toda luz y fácilmente lo que debía ocurrir ya rodeaba la situación como un halo, como el espectro de un astro cuya luz va a extinguirse y que se envuelve, y se borra y se esfuma en una gradual sucesión de sombras...

Por las calles de la capital sentíase, de súbito, un tropel de caballos y aparecían "los húsares", jóvenes empolvados y empomados de Caracas a quienes se proveía de un uniforme vistoso y de un corcel para que llenasen, disciplinados por Mac Gil y comandados por un delicioso comandante, de apellido Martínez y mostachos Hohenzollern, la parte decorativo-militar que se quería hacer representar en el Centenario. Los embajadores extranjeros, el mundo, en fin, tenía que ver los nietos de los hombres que hicieran los Pichinchas y los Carabobos; los nuevos jinetes herederos de Mucuritas y de las Queseras, ¡los descendientes de aquellos abuelos que cabalgaban sin pretal, por todo apero el fuste revestido de un cuero de chigüire tostado al sol sobre el lomo ensangrentado de potros de segunda trocha! ¡Los postreros vástagos de la raza que mandó alto y firme a tres siglos de historia colonial para que presentasen el arma en la revista de la energía americana, cabalgando ahora en robustos percherones alquilados a una empresa de pompas fúnebres, enguantados, afeitados, acicalados, "pollos bien", haciendo retemblar los viejos adoquines de la ciudad que vio entrar a Boves y salir a Bolívar!...

Por otra parte, los políticos que toleraron el indulto de asesinos para enviarles con cargos de confianza bajo un falso estado civil; la sociedad que vio cómo se deshonraba un Jurado en la causa Chaumer-García; los hombres que habían visto falsificar cables, fraguar mentiras infames, patear ministros, encarcelar, silenciar, espiar, acosar a gentes de bien, ¿en qué pensaban respecto al futuro que les aguardaba? Los contribuyentes que miraban celebrarse negocios en los ministerios y cómo se enmendaba la Constitución a fin de permitir los juegos de envite y azar para renta del Gobernador, y cómo se otorgaban concesiones y cómo volvían los monopolios con ímpetu nuevo y nuevas "juntas directivas", ¿suponían que la Administración venidera sería "fecunda en bienes"? Los diputados y los magistrados que no ignoraban la manera de votarse las leyes especiales y las reformas del día, ¿contaban con "el restablecimiento de garantías"? Los periodistas que miraban triunfar *El Universal* y nacer en el nidal de Colmenares el huevo de *El Eco Venezolano* mientras se firmaba la sentencia de muerte de *El Pregonero* y agonizaba *El Tiempo* de los Pumar, ¿soñaban con la sombra de una garantía para la libertad de expresión?

CAPITULO XVI

Se reforma el Gabinete del Centenario. – La hora de los leguleyos. – Tellería en Guayana – Las intrigas de Miraflores – Los protoexiliados – La renuncia de José Manuel Hernández – Historia de un fracaso contada por su propio esqueleto – La respuesta de Gómez – Un "acuerdo" del Consejo de Gobierno – La caída del ministerio – Hacia el continuismo – El gabinete de los intelectuales – El escándalo del Protocolo – La agonía de la oposición – Arévalo González y Félix Montes – El asunto Delgado-Chalbaud – Gómez se declara en campaña – Gil Fortoul – La infamia de Coro –"Ritorna vincitore" – El héroe de julio.

El 26 de julio de 1911 –pasado el estrépito del Centenario– Gómez contestaba así a la dimisión del gabinete: "Señores generales F. L. Alcántara, M. A. Matos, Antonio Pimentel, M. V. Castro Zavala, Bernabé Planas, doctores Román Cárdenas, Trino Baptista y general F. A. Colmenares Pacheco. Muy estimados amigos: A la esplendidez con que ha sido celebrado el primer centenario de la independencia nacional, faltaba el hermoso corolario que ustedes patrióticamente exhiben en su importante carta de hoy, que acabo de recibir. Esa abnegación de ustedes es digna de tan conspicuos, disciplinados y sinceros servidores públicos. El hecho de comprender que después de acontecimientos trascendentales, como los que acaban de consumarse, puede imponerse alguna amplitud en los campos de la política y de la Administración, es revelador del patriotismo que les anima y por el cual les felicito cordialmente. Acepto, pues, la renuncia colectiva que ustedes me presentan de los respectivos cargos que desempeñan; quedando íntimamente persuadido de que cualesquiera que sean las circunstancias del porvenir y el lugar que a cada uno de ustedes corresponda en la marcha de los acontecimientos públicos, sabrán ocuparlo con honor, con gloria y con el más vivo patriotismo.

Mi agradecimiento por los importantes servicios prestados por ustedes a la República y a mi Gobierno es tan grande como sincero el afecto con que me repito de ustedes afectísimo amigo, *J.V. Gómez.*"

Y de seguidas nombró el otro Gabinete que se imponía "después de acontecimientos trascendentales". ¿Sabéis en qué consistía "el otro Gabinete?" En llenar la vacante de Bernabé Planas en la cartera de Fomento con Aquiles Iturbe; y en separar a Trino Baptista para que entrase a la

En estas *Memorias* hay una gran laguna: la etapa larga que comprende los festejos del Centenario de la Independencia. Contra toda repugnancia, venciendo escrúpulos justificados y reservas comprensibles, he podido ir a recoger mis notas en los fondos más bajos, en las capas últimas de esta tétrica formación, en la base de este delta que con despojos de cuanto fue orgullo y dignidad nuestros la corriente de los años ha dejado como perpetuo recuerdo... Hubo para esos días una explosión sociológica, libresca, histórica, en copiosas ediciones a costa del Gobierno. El Gobierno es, generalmente, el editor de nuestros Plutarcos y de nuestros Hipólitos Taines.

Un embajador enviado por una nación del sur a las fiestas de nuestro Centenario, declaró, al salir de Venezuela, que aquel país le había hecho la impresión de que "nadie estaba en su puesto". La patriotería profesional, que es la primera en enojarse porque en el fondo comprende que sólo ella es la culpable de esta nube de pretensiones fantásticas en que nos agitamos como sombras, puso el grito en el cielo por la frase del embajador Naón... Pero la frase es exacta; mientras más días pasan cada quién está "menos en su puesto". ¿Podría justamente enojarse el diplomático argentino si observando desapasionada y noblemente las nacionalidades, dijéramos, por ejemplo, que en la República del Plata una gran cantidad de representativos está por debajo de su puesto? Y, ya se ve; también ésta es una verdad. *

Para llenar ese vacío de mis Memorias, para formaros una idea de los días del Centenario, pensad un instante en la figura del general Gómez, en su actitud, en su origen, en su manera de conducirse ahora –¡después de tantos años de poder y de contacto con la gente!– y en el papel que desempeñaría vestido de general en jefe a la prusiana, con penacho, entre un pintoresco estado mayor, "departiendo" con los diplomáticos excesivos que se envían para estas cosas y cambiando apretones de mano como Bertoldo en la Corte.

He dejado en legajo aparte, ceñido con un cordón negro, el montón de cuartillas, casi un capítulo, que se refiere a las fiestas de nuestro primer Centenario... Desde la sombra y desdé el silencio, los rostros graves de los Libertadores surgen ante mí –y por encima del dolor y de la agonía de la Patria, más fuerte que la pena, más ácida que la amargura ingerida en cien años de decadencia, se yergue la antigua dignidad de la raza como un grito inacallable en mi alma: esos hombres son mis compatriotas, y debo perdonarlos un instante, no verlos, ignorarlos, como se ignora al hermano malo junto al féretro de la madre común...

* En 1931, la actitud de este mismo señor Naón, como Intendente de Buenos Aires, dio lugar a una interpelación en el Congreso Argentino y a que se le destituyera del cargo por sus manejos "petroleros". Véase el *Diario de Sesiones*, setiembre 9 de 1932.

política Gil Fortoul por la grieta de Instrucción Pública. Continuaba al frente de la Secretaría General el doctor González Guinán.

Si analizamos, ley en mano, el origen de esta situación surgida de una traición en diciembre de 1908, mantenida a través de un equilibrio inestable, defendida entre trácalas y falsedades, atentados y crímenes, pero todavía arropada con la vaga esperanza de otra "revolución", en justicia puede decirse que no queda en pie una razón, ni política, ni legal, ni social, ni siquiera práctica para rodear a este íncubo sombrío de la reacción de diciembre... La separación de los hombres en quienes no se había nublado el sentido de la responsabilidad y de la patria culminó con Arístides Tellería, Presidente constitucional del Estado Bolívar.

Había hecho allí una administración cuyo recuerdo todavía se conserva en el ánimo agradecido de los guayaneses. Esto se sabía en Caracas. Y entonces, con la eterna tendencia malévola e insensata que caracterizó a los "amarillos" del Gabinete Alcántara, Matos, González Guinán, que deseaban darle el golpe de gracia "a los godos", se empezó por crearle dificultades a Tellería. Las rentas del Estado habían sido virtualmente anuladas por la Alta Corte Federal y de Casación del modo más inconsulto y extravagante. Estos leguleyos fatídicos, mano derecha de los intrigantes que actúan en el magisterio federal para facilitar usurpaciones y cohechos, debieran recibir, en su oportunidad, una ruda sanción sobre sus cabezas y sobre sus intereses. En toda revolución, en todo cambio de política –dejándole la responsabilidad a los mandatarios únicamente– se escurren en una ola de papel sellado y el populacho estúpido se lanza sobre los "políticos" y sobre los jefes militares mientras los rábulas se apandillan en las salas del Palacio Federal a "darle forma" a la nueva vagabundería. Lo resuelto entonces se engendraba en aquellos días de peticiones y concesiones en que se le da a la compra de voluntades nombre de actos de reparación... A propósito de impuestos absurdos, hubo entrevistas entre el comercio de Guayana y el presidente Tellería y como éste se situó legal y constitucionalmente frente a los intereses particulares en nombre del derecho del estado, a Gómez le hicieron ver que esta actitud respondía a ciertos manejos de los "conservadores" que trataban de obstaculizar "la política nacional". Ya le había pedido a Tellería que decretara un estatuto provisional para proteger a Domingo Antonio Coronil, a quién Gómez había caracterizado como "su representante en Bolívar" y que hacía el doble juego declarando en los congresos que él "ofrendaba al General Gómez su virginidad política" mientras al grupo amarillo del Club Venezuela le prometía manejar al guerrillero Anselmo Zapata como a elemento propio. Tellería se negó a decretar el tal estatuto puesto que sus facultades constitucionales no eran delegables y porque el proyecto que le enviaban de Caracas contenía otras de que él mismo carecía. Luego le remitió el Ministro del Interior una ley orgánica con el mismo objeto del estatuto. Reunida a la sazón la Legislatura regional, negó de plano el asunto. Como si fuese poco, entonces se echó mano al pretexto de ciertas concesiones de balatá que había hecho el presidente,

de conformidad con la ley establecida, y se lanzó al general José Ignacio Pulido para que pidiese un recurso de amparo, hciéndole creer que se le perjudicaba en una zona que le pertenecía. Le contestó Tellería que no, que lo concedido estaba fuera de su propiedad. Continuó el viejo prócer haciéndole el caldo gordo a sus correligionarios, y el Ministro del Interior decretó inconsultamente el amparo a nombre del Ejecutivo Federal. Practicada la delimitación, resultó que los terrenos de Pulido estaban a *treinta leguas* de distancia y hubo que derogar el decreto. Fracasado este expediente, se le hizo pedir a Gómez en su mensaje al Congreso una nueva ley de tierras baldías en virtud de la cual se despojaba a los Estados del derecho que en el pacto de la unión federal se reservaron sobre sus productos naturales. Tellería trató de influir amistosamente en el ánimo de Gómez y le telegrafió. Por toda respuesta, Gómez le exige "explicaciones" y aquél se las da, evadiendo luego Gómez la cuestión hasta que "resolviera el Congreso", lo cual quería decir que impondría su voluntad a través de este rebaño organizado. En efecto, reunióse el "augusto Cuerpo", y como nada resolviera, el Presidente del Estado Bolívar se dirigió a los Senadores de aquella entidad, doctor Alberto Smith y general Julio Sarría. Sarría pidió que se leyese la exposición de Tellería al Congreso: el cual, naturalmente, dócil a Miraflores, negó. Presidía el Cuerpo entonces el doctor Márquez Bustillos.

En *El Universal* apareció un artículo –donde se sospechó la mano de González Guinán– diciendo que el presidente de Bolívar "creaba dificultades" al gobierno del general Gómez. En Guayana los periódicos ripostaron enérgicamente.

A todo ello habían entrado los días del Centenario y se calmaron las cosas. Pero una buena mañana arribó a Ciudad Bolívar Eduardo Dagnino con una carta para Tellería en que Gómez "le invitaba" a venir a Caracas "para tratar asuntos públicos". Dagnino debía de ser el Secretario General del Vicepresidente doctor Luis Godoy. Ambos llegaban en un navío de guerra.

Tellería se embarcó en el primer vapor con su familia y se quedó en la Antilla inglesa de Trinidad, desde donde envió a Gómez un documento digno y entero, rompiendo con su política.

El efecto de los insensatos intrigantes de Caracas estaba logrado. Gómez respondió a Tellería una larga carta con fecha 26 de julio llena de comadrerías, de reproches grotescos, llamándole ladrón y que terminaba así: "yo espero que usted no haga con su decoro y su dignidad lo que ha hecho con la ilimitada confianza que deposité en usted". Como en todos los escritos de esta índole este pobre hombre cree que tales documentos le sitúan en la historia y no advierte cómo le ponen en ridículo sus propios secretarios. A ello siguióse una ola de "felicitaciones" por "la digna respuesta" que había dado a Tellería...

Meses antes de esto el general Zoilo Vidal, presidente constitucional del Estado Sucre, había sido llamado a Caracas "para tratar asuntos

públicos" también, y al salir de la conferencia que tuvo con Gómez se le redujo a prisión, pegándole un par de grillos y abandonándole a su suerte en una bóveda del Castillo de Puerto Cabello...[57]

Tellería no quiso "conferenciar" así.

Ya habían roto ostensiblemente con el gobierno gomecista o estaban en vías de hacerlo, entre otros, el coronel Rodríguez Santaella, el doctor Alejandro Rivas Vásquez, el doctor Pedro Jugo Delgado.[58] Ya a mediados de junio de 1910, de una manera brutal y atentatoria se había suspendido *El Racionalista*, periódico de carácter librepensador que dirigía el doctor Martín J. Requena; y aunque si bien es cierto que éste no atacaba los vicios de la administración, bastó una presión de la clerigalla de Caracas para hacer expulsar a Requena en el plazo de veinticuatro horas. El motivo fue cierta conferencia sobre la divinidad de Jesucristo que el doctor Requena pronunció en la Logia masónica de Caracas.

El general José Manuel Hernández había embarcado para Europa a fines de 1909 o comenzando el 10. La enfermedad que al fin le llevó a la tumba, agravada con las contrariedades que le reservó el destino en los últimos días que pasara en la patria, obligóle a partir. En vista de la marcha que seguía la administración de Gómez, en diversas ocasiones, desde el exterior, había insistido con el doctor Leopoldo Baptista para que se le dejase fuera del Consejo de Gobierno. Hernández estaba pobre, viejo, enfermo. Para costear su viaje Gómez y Baptista tuvieron que prestarle una fianza en el Banco de Venezuela, cuyo pagaré se convino en recoger con el saldo de un viático y sueldo que le debía la República a Hernández cuando fue Ministro Plenipotenciario en Washington y Castro le dejó cesante.

Para lograr que se justificase la razón de su viaje, en el ambiente de suspicacia creado por los del círculo contrario, tuvo Hernández que manifestarse aun más enfermo de lo que se sentía; ¡a tales tristezas contribuyen las pasiones y las pequeñeces de la política!

Fui a hacerle una visita de despedida. Estaba tendido en una "chaiselongue", enflaquecido, demacrado, la voz débil... Un crepúsculo caraqueño se recortaba por el postigo abierto. Una rosa sobre el velador... Ropa, libros, un sable viejo. El caudillo hablaba con un acento de fatiga melancólica. No ocultó sus sentimientos ni tenía por qué. Cuando llegó a Caracas, entre una recepción clamorosa del pueblo, aún se erguía, jovial y franco... Una mañana, en abril o mayo de 1909, me invitó a compartir su desayuno en la casita de la Misericordia. Fue un yantar humilde y criollo. El, Oscar Larrazábal, yo. Nos servía una vieja parienta suya. Habló con optimismo, con pena a ratos... Yo venía del Zulia.

[57] Apéndice VI.
[58] Apéndice VII.

–De allí –me dijo– es de la única región de Venezuela de donde me han remitido alguna vez dinero para la revolución contra Castro... Y como bruscamente le replicase que en Venezuela se hacía creer otra cosa, que se había hablado de recolección de fondos para sostenerlo en el exterior, se echó a reír mirando a Larrazábal:

–¡Usted sabe –le dijo– lo que hemos pasado!

Ahora veíale ahí tendido, magro en las holgadas pijamas, blancas la testa y la barba sobre el tapizado gris de la alcoba...

–Ya nosotros, los viejos, nos vamos... Les toca a ustedes ahora, a los jóvenes...

La mano mútila hizo un gesto de cansancio infinito. Iba oscureciéndose lentamente la habitación. Aquel hombre allí tendido, por encima de errores, de pasiones o de cuanto se haya querido acumular sobre su nombre, era un pasado que se hundía... Desde los días de la Guerra Federal, en el campamento, en el calabozo, en el congreso, en la magistratura, en el destierro, había sido una alma templada para la resistencia... ¿Ambicioso...? ¡Y bien! santa ambición que nadie puede calumniar a esta hora... Se enfrentó a Crespo, cuando Crespo burló las elecciones del 95; y cayó prisionero. Se enfrentó a Castro y pagó con largos años de prisión el gesto contra el tirano, rodeado entonces de los mismos que más tarde persiguiera y muchos de los cuales procedían del nacionalismo... Ahora venía a quedar, enfermo, combatido, inerme, frente a este dilema: o apostatar de toda su vida anterior, o asumir de nuevo la actitud de antaño: esto es: la befa, el exilio, la errante protesta...

–Me voy... a curar –agregó sonriendo– Pero tenga usted la evidencia de que mis amigos nunca tendrán vergüenza de haberlo sido.

Se iba, sí... El adversario de Andueza y de Crespo, de Andrade y de Castro... El manco de "Los Lirios", el cautivo de las prisiones infames, el vencido en la vasta complicidad de un cuarto de siglo de barbarie y de inverecundia insensata... Un hombre de escasa inteligencia; un mal político; un militar infortunado... Le llamaron hasta "cobarde" los pávidos que nunca oyeron un tiro; y pusieron en tela de juicio su honradez y su desinterés los negociantes todos de la política nacional. Acosándole, Crespo cayó muerto de su caballo de batalla; vejándole en un calabozo, Andrade le daba la libertad el 99 creyendo vengarse de sus amigos traidores; a la hora grave, Castro le saca de un foso de San Carlos para arroparse con su nombre y anarquizar "La Libertadora"; y el desgraciado aceptó ir a Washington para que luego le insultasen en su pobreza; merecido castigo a su falta de entonces! Ahora venía con los brazos abiertos a la patria, en virtud de las ofertas que por mediación de Tellería hiciera Gómez a los asilados de Nueva York [59], y meses después tenía que fingir más grave su dolencia para "escapar" de la patria, para librarse de la cárcel.

[59] Cap. XI de esta obra.

Salí de su casa aquella tarde con una recóndita tristeza. No era un político, un caudillo vencido, un "consejero" de Gobierno caído lo que dejaba tendido en aquel sofá, en la penumbra de un cuarto de enfermo, era un pedazo de historia, era algo extinguido, doloroso; la historia de un fracaso contada por su propio esqueleto...

Estaba muerto. Su larga carta a Gómez –escrita meses después, en octubre de 1910– tiene un carácter de sobriedad, de triste patriotismo, que aparte la requisitoria que contiene, ya dejaba ver cuán honda era la decepción que le embargaba... Comienza dándole ciertas explicaciones de carácter personal, y luego enumera las razones en que funda su irrevocable resolución de separarse de la política del "héroe de diciembre" hasta en el mero hecho de figurar su nombre en la lista del Consejo de Gobierno... De los cargos que en una forma enérgica y cortés hace al déspota, sólo podría descontarse el del Banco Hipotecario y la amenaza del papel moneda... Los demás quedan en pie confirmados por diecisiete años de pillajes y abusos, rapiñas y dolo. Y aun esto mismo del Banco Hipotecario tiene que agradecerle la República a Hernández. Su protesta logró que Gómez abriese los ojos más tarde y parase en seco el proyecto. No por interés de la Nación sino porque ello le serviría para deshacerse del otro grupo, del "liberal-amarillo" que había creído clavar la última pica de su predominio determinando eso que llamaron, en lenguaje cortesano, "la defección del *mocho* Hernández"...

Gómez contestó al patriótico y digno documento con otra larga carta por el estilo de la que dirigiera a Tellería, pero aún más cínica. Aún más descarada... Trata de mofarse de la pobreza del viejo caudillo y habla de "los favores" que le dispensara... Enumera cuanto ha hecho por cumplir "el programa de diciembre" y antes de terminar, alude a la muerte de Crespo en "La Carmelera", acusando a Hernández de haberla fraguado. Es estúpido [60]. Leyendo tal carta parece imposible que pueda mentirse de un modo más extravagante, y llegaría a provocar indignación si no terminase con la bravata final, amenazando a Hernández con la espada de sus "veintinueve acciones de armas" que constituían "su historia militar"...

El general Hernández, probo y serio, era intelectualmente muy mediocre... Sus documentos públicos están plagados de lugares comunes, era copiosa y difusa y grandílocua su literatura política. Carecía del sentido de la ironía y respondió a la pintoresca y agresiva carta del Tartarín andino con otra larguísima epístola, que no obstante dejó de vuelta y media al "héroe" de las veintinueve acciones de armas. Le recordó sus promesas, las asechanzas que puso a su indigencia con el dinero ajeno – ("... Cójalas, general–, decía alargándole un puñado de "acciones". –Son de las de don Cipriano; después le daré otras")– las mil protestas inclumplidas, toda la doblez, todo el disimulo, la hipocresía toda que ahora tomaban forma de recriminaciones...

[60] Igual leyenda –véase el capítulo XI de esta obra – se forjó por los enemigos de Andrade acusando a éste del golpe. Los hijos de Crespo y sus allegados saben que murió en la acción. No es nueva esta clase de versiones: ya se dijo algo por el estilo a propósito de Zamora.

Las "veintinueve acciones" de armas del héroe de diciembre bien pueden empastarse en la piel de león que el otro "héroe", el de Alfonso Daudet, remitía desde "las selvas" de Argelia al bravo capitán Bravida...[61]

El Consejo de Gobierno inició la protesta contra "la conducta solapada que ha venido observando el general J. M. Hernández por antipatriota y desprovisto de todo sentimiento de gratitud y de honradez", ya que Hernández, "entre otras imputaciones calumniosas, afirma que no se ha cumplido el hermoso programa de diciembre", resolvió que esta reprobación se presentase en forma de acuerdo al Presidente de la República (Gómez). El documento tiene fecha 14 de noviembre de ese año. Lo firman los Consejeros todos: Ayala, Guerra, Pulido, Ortega Martínez, Baptista, Peñalosa, Riera, Rolando, Ibarra y Mariano García (Estos dos últimos llenaban las vacantes de Pietri, fallecido y de Hernández, renunciante).

Y tras esto, la República casi entera, por órgano de Legislaturas, Consejos y autoridades diversas, más los mismos "adictos" felicitadores de costumbre, vasta galería de majaderos, dirigió acuerdos, cartas y telegramas de "desagravio" al "héroe de diciembre" por "la incalificable conducta" del "ambicioso y despreciable *mocho* Hernández".

Los pueblos tienen los gobiernos que merecen; y en ciertos casos, aún se queda corto el merecimiento. La historia de los últimos años de Venezuela tiene que ser una larga expiación. Así paga el diablo...

Casi todos aquellos consejeros firmantes, los miembros del gabinete, la vasta serie de los "desagraviantes" saben ya a qué conducen estas graves y tristísimas faltas de solidaridad moral. Ellos enseñaron a Gómez que todo era posible y que en Venezuela sólo es cuestión de reemplazar camarillas para llegar, paulatinamente, al predominio único.

El 29 de abril de 1912 culminó con la caída del gabinete. Fue el paso previo. La desintegración de la última cosa que se parecía a política dentro del mando único, el estribo en que se apoyaba la débil y claudicante eliminatoria de toda traba así fuese de forma. Los hombres del gabinete, ya remitidos en absoluto al favor del "jefe", con todo y simulando esta subordinación, trabajaban *pro domo sua*. Un inesperado día Gómez exigió la renuncia de sus ministros con quienes momentos antes extremara sus amabilidades campechanas. Se refería que entre el doctor González

[61] Los jefes y oficiales que sirvieron bajo Castro y a órdenes inmediatas de Gómez en "la Libertadora" están en el deber moral y venezolano de restablecer la verdad histórica atropellada por los panegiristas de éste. Hasta en un folletón –a la manera de Carlton Beals, pero sin el talento ni la sinceridad de éste –y que publicó recientemente un ex-empleado de compañías petroleras, en defensa de ellas y amparándose con el sensacionalismo "tabloide" de tan conocido género y que contiene muchas fotografías y muchísimas falsedades pintorescas, se hace una apología grotesca de la personalidad militar del dictador fallecido.

Guinán, Secretario General del Presidente, y éste había ocurrido una escena regocijada. Luego que hubo recibido la dimisión colectiva de las carteras, al dar cuenta, preguntóle Gómez:

–Bueno, doctor, ¿y la de usted?

Acariciándose las manos con su gesto característico, suave y episcopal, repuso:

–Para evitar trabajo, general... Hacer otra vez las mismas notas y participaciones... cuando el mismo funcionario queda... y además el Secretario General no forma parte del Ejecutivo...

Gómez hizo una mueca inocente:

–Pues cómo le parece –insinuó con tono cantarino y decisivo– pues cómo le parece que es mejor que ponga la suya también junto con la de los otros amigos.

González Guinán había caído. El gabinete liberal amarillo del post-centenario también. Caballo de batalla fue el proyecto de Banco Hipotecario para cuya consideración reunióse extraordinariamente el Congreso *. Ya cursaba la discusión, ya se trabajaba activa y abiertamente en ello cuando cierto mediodía "el general" se atravesó. La carta de Hernández había hecho su efecto... Y el resultado acababa de tener lugar. Empezó entonces una de las interinarias más graciosas entre las muchas a que el hombre de Maracay viene acostumbrando al país. No se nombraba el nuevo Ministerio. Fijaos bien: las aspiraciones pululaban, los actos de devoción y de decisión. Pendían del techo del cuarto del "general",como siete morcillas suculentas, las siete carteras que debían ponerse "en manos de amigos"; continuad atendiendo: corría el año de pasar el puente quedándose en el Poder contra lo que la flamante Constitución en vigencia estatuía. Y entonces, desde el fondo de los Estados, para donde partieron con instrucciones los presidentes que vinieron a recibirlas, en la prensícula de provincia y por los albañales de El Conde y de Las Gradillas surgió una propaganda estentórea: la de la política del trabajo. La política del trabajo, programa de toda violación que se refugia en un vago concepto del "trabajo" sin que este trabajo se advierta sino en la sorda zapa que se hace a la ley. Y los "interinos" –los directores encargados de los ministerios– pusiéronse a *trabajar* junto con el "general". Un periódico del Guárico les llamó "benedictinos". El gabinete "chartreuse" resultaba hasta simpático. Un ejecutivo de intelectuales presididos por el menos intelectual y más interesante de los venezolanos: Gómez. Al

* Cuando los agentes del proyecto del Banco Hipotecario fueron a Europa a negociar con los banqueros, el general Gómez fue quien los envió y con instrucciones de éste obraban. Al traslucirse el desagrado de aquella medida, el dictador creyó lo más práctico, y de acuerdo con su sistema, echar la culpa de tales gestiones sobre los agentes y presentarse como que le iban a sorprender... Era su viejo vicio de apelar a la irresponsabilidad frente a las emergencias concretas: así, en 1906, frente a Castro; así, en 1908, frente a la reacción; así, en 1914, ante la cuestión internacional; así, en 1923, cuando el asesinato de su hermano en la alcoba inmediata a la suya ¡así desde hace más de 30 años sirviéndose de todos para todo y sin exponerse en nada hasta dejar a su propia familia en el abismo de una reacción formidable, sólo inquieto de las últimas gotas tardías de su uretra de moribundo!

llegar a este punto de mis memorias debo rendir un homenaje al Gómez de 1912. Ya que tanto lo hemos atacado, debémosle una reparación: hasta entonces el "general" habíase conducido con un disimulo admirable. Procedimiento algo espeso, al que le prestaba cierto vuelo la respectiva habilidad ministerial. De aquí en lo adelante hay que hacerle justicia a Gómez. Se nos ha dicho que conocemos la psicología de los venezolanos mucho. No: el general Gómez la conoce mejor. Ni comparación. Entre nosotros y él, la verdad, debe fallarse por él... El sabe que ciertos compatriotas son capaces de hacer lo que otros no creemos. Saber vale más que creer. Mirad si no el gabinete interino de esa etapa, el puente de los suspiros de la República: Interior, César Zumeta; Exterior, Ladislao Andara; Guerra, Pereira Alvarez; Hacienda, Porras; Fomento, Pedro Emilio Coll; Obras Públicas, Alvarez; Instrucción, Arreaza Monagas. Como Gobernador, Márquez Bustillos.

Ya Ezequiel Vivas había surgido como Secretario General al lado de Gómez esgrimiendo un número de *El Gran Boletín* con la divisa *Gómez Unico,* y tal cual me lo anunciara cuatro años antes en una desolada siesta de la fortaleza de San Carlos... Un hombre taimado y oscuro, un tal Arcaya, cacógrafo de provincias, uno de esos simuladores del talento que clasificó Ramos Mejía entre los de la especie subinferior y a quien conocí en las antesalas de Roberto Vargas cuando era éste Ministro de Obras Públicas, eruditos de aldea que poseen "la cultura" de colecciones viejas de periódicos ocasionales y hablan todavía de Gambetta, de la Comuna y de la exposición del 86, se deslizó por las antesalas ministeriales, hízose "apreciar" del "jefe" como el hombre que podía darle *forma* a la vagabundería a que Vivas, más sincero, más brutal e impetuoso –más ignorante también– no podía conducir sólo ni apoyándose mucho en Zumeta, casuista y onduloso, y resultó lo que debía de resultar en esta combinación entre la fuerza y el vil interés, y un rábula que ha demostrado cierta habilidad para estas abominables componendas; todo bajo la experta dirección de quien pudiendo ser ilustre se quedó en ilustrado para morir en cortesano: Gil Fortoul. La interinaria del gabinete "benedictino" duró 9 meses, gestación del "continuismo" propiamente dicho. El 3 de enero de 1913 nombró Gómez el ministerio así: en Interior y Exterior quedaron Zumeta y Andara; Márquez Bustillos pasó de Gobernación a Guerra; Román Cárdenas surgió en Hacienda; P.E. Coll quedó en Fomento; Domingo A. Coronil apareció en Obras Públicas; a Guevara Rojas le premió Gómez su atentado de la Universidad con la cartera de Instrucción. Para "complacer" al general Ramón Guerra se hizo Gobernador, por unos meses, a su hijo Pedro Manuel.

La historia del Protocolo franco-venezolano, pretexto para darle el golpe de gracia a la sombra del Consejo de Gobierno que subsistía, moralmente anulado por su incalificable actitud en el caso del consejero por la Décima Agrupación, general José Manuel Hernández, es muy sencilla... Con errores, hasta con responsabilidades –hijas más bien de impruden-

tes compromisos partidarios que de dolo o de mala fe– la mayor parte de los hombres que integraban el Alto Cuerpo Federal no eran aventureros políticos; Ortega Martínez, Baptista, Pulido, Peñalosa, Ibarra, Ayala, tenían un nombre que cuidar, un prestigio, una reputación... Y para los del programa "Gómez Unico", ni el político y militar trujillano, ni el viejo prócer federal, ni liberales como Ayala, Rolando y Ortega, ni el pundonoroso soldado tachirense constituían *una seguridad* en la maniobra que se proponían. Los del Gabinete estaban barridos... A Guerra se le había ofrecido la Gobernación del Distrito para su hijo Pedro Manuel; a Mariano García... A Mariano García no fue menester ofrecerle nada. Hay hombres que están vendidos antes de comprarlos.

La actitud del Consejo de Gobierno respondía a la necesidad de "hacerle sentir" a Gómez que no era su voluntad omnímoda.

Ya no era un secreto lo del *continuismo* de Gómez. A varios miembros del Consejo de Gobierno, "se les consultó sobre esa posibilidad" –declara un miembro del mismo Consejo– y respondieron "sin titubear que tal reelección no era posible por estar terminantemente prohibida por la Constitución".[62]

Era pues indispensable anular o disolver el Consejo de Gobierno. No fue el "potrero" de ceba que Gómez supuso... Allí había hombres, no reses.

Después que el Protocolo franco-venezolano se aprobó en Gabinete y fue firmado por las altas partes contratantes, se remitió al Consejo de Gobierno en consulta. El Consejo lo devolvió al Ministro respectivo, Andara, con una nota que le decía que un asunto que estaba ya aprobado y firmado "no se consultaba"... Era esta actitud la que deseaba provocarse. Gómez, siguiendo indicaciones de quienes le preparaban el camino de la usurpación extendiendo sus togas como los judíos sus mantos para que pasase el becerro de Aarón, resolvió que el Procurador de la República acusase ante la Corte Federal y de Casación al Consejo de Gobierno.

"El doctor Pedro Manuel Arcaya –escribe uno de los Consejeros– fue el instrumento escogido para llevar acabo aquella escandalosa artimaña. Era este doctor uno de los vocales de la Corte Federal y de Casación, puesto que renunció a fin de que pudiesen nombrarle Procurador de la Nación", y con tal carácter hizo "la consulta" a la Corte, la cual obligó al Consejo de Gobierno a informar. Tal "consulta" fue la forma "legal" que le halló Arcaya, abogado, a Arcaya adulador, para el desarrollo de la intriga...

El Consejo de Gobierno resolvió informar y negó por mayoría de votos el referido Protocolo.

Se hizo entonces el escándalo. Sitiáronse policías a las puertas de las casas de habitación de los Consejeros que habían negado su voto. La seducción frustrada, pasábase a la amenaza.

[62] Artículos 84, 86, 143 de la sancionada por el Congreso Nacional de 1909 a la que Gómez mismo puso el "ejecútese".

"El atropello relatado ocurría" –dice uno de los miembros del Alto Cuerpo– "precisamente en los días en que el Consejo debía, por la ley, hacer sus elecciones anuales. El "quórum" requerido al efecto era el de siete por lo menos. Los que habían negado el Protocolo y continuaron asistiendo diariamente a las sesiones del Consejo, sin dejarse amedrentar por las amenazas del Gobierno con el fin de que nos ocultáramos y así destruir la oposición del cuerpo más fácilmente, éramos seis, y ¡doloroso es tener que decirlo! no pudimos conseguir nunca de los generales Guerra y Mariano García que concurrieran a una sola sesión a objeto de que el Cuerpo pudiera practicar sus elecciones.

"Mas como a pesar de las tales amenazas y atropellos continuásemos concurriendo al Consejo, no le quedó otro recurso a la naciente usurpación que echar por la calle de en medio pidiéndole al Congreso modificara la ley reglamentaria del Consejo de Gobierno, estableciendo, para el caso concreto, que "si pasados quince días el Cuerpo no se instalaba, se declararía disuelto y se llamarían los suplentes".

"Las razones en que se fundó el Consejo de Gobierno para negar el Protocolo" –continúa relatando un actor importante y participante de los sucesos– "están expuestas en el informe que rindió el Cuerpo y en el Acta de la sesión de ese día, todo lo cual se publicó en la Memoria del Consejo de Gobierno correspondiente. Allí consta que el Ministro de Relaciones Exteriores fue llamado por el Consejo para que informase respecto del Protocolo en cuestión y que al interrogársele a cuánto ascendían en conjunto las reclamaciones contra la Nación, respondió él que el Gobierno "no tenía conocimiento de la suma a que alcanzarían".

"Tan extraña e inesperada respuesta en boca del Ministro que acababa de firmar el Protocolo hubo necesariamente de llamar la atención del Cuerpo, tanto más cuanto que se sabía que de tiempo atrás las solicitudes de los reclamantes estaban en el archivo del Ministerio. La forma misteriosa con que el Ministro convertía en un enigma un asunto grave relacionado con la Administración y del cual tenía pleno derecho a conocer el Consejo, vino a confirmar aún más el criterio de este Cuerpo que justamente consideraba, era imprudente, si no absurdo, aceptar la condición de que el Gobierno de Venezuela debía pagarle a Francia en oro francés en el plazo de un año el valor de unas reclamaciones cuyo monto ignoraba. Esta circunstancia y el hecho de ser el Ministro, señor Andara, hermano del Procurador doctor Arcaya quienes debían conocer de las dichas reclamaciones, probablemente fue lo que alarmó el patriotismo de algunos diputados en el Congreso que le negaron también su voto al Protocolo.

"La mayor parte de las reclamaciones, como se supo después, cuando pasaron del Ministerio de Relaciones Exteriores al de Hacienda, carecían de justificación y eran ridículas algunas de ellas. Pero como ocurrió posteriormente, en 1914, que los reclamantes franceses se habían negado a ir a ocupar su puesto en el ejército francés que combatía contra el

invasor alemán, el Gobierno de Francia les retiró su protección facilitándole así al Ministerio de Hacienda solucionar la cuestión conforme a un protocolo de ejecución para el cual se tuvieron en cuenta las observaciones del Consejo de Gobierno contra las cuales se esgrimieron antes las peores intrigas, de las que fue órgano y consejero el doctor Arcaya. Esta circunstancia extraordinaria que nadie podía prever fue la que dio lugar a que se redujera el monto de las referidas reclamaciones"[63].

A los hombres que habían hecho aquel gesto sólo les quedaba un recurso de salud: la fuga. Así, en diversas fechas y por medios varios, escaparon de Caracas para el exterior "voluntariamente" desterrados, antes de ir a podrirse en las cárceles cuantos sintieron la razonable inquietud de permanecer entre tales gentes que le echaban la vaina a sus peinillas con una *Gaceta Oficial.*

En la Cámara de Diputados Trino Baptista, que tuvo arranques soberbios, Ramón Ayala, hijo, J.E. Machado, Pedro María Parra –como último lampo de una libertad que se extinguía– a propósito del protocolo, se irguieron valientemente... El rebaño pasó, la cabeza gacha, los traseros al aire, bajo el cayado de Gil Fortoul, uno de esos "malos pastores" que parecía aguardar un momento propicio para sumergirse en la ola de fango sobre cuya cresta apenas pudo mantenerse unos días... Trino Baptista, Ayala, hijo y Parra huyeron también, antes de que se cebase en ellos la cólera bestial de Miraflores... Los barriles de *El Universal* y *El Nuevo Diario,* y las barricas del interior, a un golpe de mazo rompieron sus aros e inundaron de horruras la literatura oficial para tiznar a los "eternos descontentos", a los "ingratos" que preferían tomar la vía del "destierro voluntario" antes que entrar "en el vasto concierto de la armonía nacional".

Cualesquiera fuesen los móviles inmediatos de los hombres que en esta etapa definitiva rompían abiertamente con la usurpación, cualesquiera que hayan sido sus yerros, merecen que se les inscriba y se les tenga de presentes, que no es virtud estar toda la vida en el llano, porque no se supo o no se pudo subir, engullendo el pan negro de los pastores, sino haber ascendido a la montaña, haber escuchado en nuestro oído el demonio de la tentación mostrándonos a los pies los bienes materiales de este mundo...verlos...apreciarlos...desearlos... y descender la cuesta agria, con la planta herida, hacia el silencio, hacia la pobreza, hacia el olvido...

Bien se comprende que no era materia precisamente de tamaña alarma ni de tal escándalo el protocolo franco-venezolano[64]. Peores cosas se han hecho en Venezuela antes y después... El pretexto de aquella ruptura radicaba en el proyecto de usurpación. De no ser el Protocolo, otra cosa

[63] Véase el folleto del doctor Ortega Martínez *Contesto a un Defensor del Despotismo,* páginas 12 y 13. Nueva York, 1924.

[64] El mismo autor de estas *Memorias* ni entonces, ni ahora, a la luz de los documentos consultados, lo considera objeto de tal escándalo.

hubiera surgido... Eso lo saben los consultados "jurídicamente"; eso lo saben los "patriotas" del Congreso de 1913 que se agrupaba a la sombra de la inesperada bandera que echó a flotar sobre las mayorías serviles con mano impúdica y verbo elocuente el doctor José Gil Fortoul...

El pueblo de Venezuela vio esta situación sin mayor interés. Es la verdad. Los aplausos de "las barras" a los diputados de la oposición, son los mismos que se escuchan cuando Gómez va a que le lean los mensajes que le preparan. La culpa residía en los mismos que ahora tomaban el camino del destierro: ayer no habían protestado. Para el pueblo venezolano esta actitud era tardía... El pueblo no sabe sino de los hechos netos y simples; y con programa de diciembre y sin programa de diciembre, los venezolanos en el fondo, todos, servidores, perseguidos, o indiferentes desprecian a Gómez y odian indistintamente a sus camarillas.

En el silencio de la nación entera que veía acercarse el período eleccionario sin que nadie se atraviese a formular lo que todas las mentes abrigaban, velaba un hombre. Estaba forjado en un molde de reciedumbre moral incontrastable. Salía de esa fragua de la prensa de lucha y a través de persecuciones y de decepciones, erguíase, con la pluma lista, prolija, tan valiente como documentada,con tanta lógica como honradez mental; honradez hasta en el error, honradez hasta en la trivialidad. No gran talento literario. Un fracaso en la ficción y un estilo de lugares comunes. El estaba predestinado para el martirio... para el ejemplo, para... avergonzar casi tres generaciones. Estaba marcado para devorar en la angustia de su corazón el dolor inmenso de la patria. Este hombre se llamaba Rafael Arévalo González. Preparábase en silencio cuando todos los otros aguardaban, abúlicos o desconfiados, contando como siempre un 25 por 100 con el favor y el 75 por 100 restante con el acaso. Elegir al nuevo presidente de la República no importaba por dos razones: la primera porque estaban convencidos de que Gómez iba a quedarse aunque la Constitución lo impidiera explícitamente; la segunda porque... el pueblo venezolano ya no sabe votar. El hombre que velaba sabía esto; deducía con harta triste lógica que declarado desierto el palenque electoral –primer plan que le ocurrió a Gómez adoptar de acuerdo con algún consejo falaz– por fuerza de los hechos él tendría que *quedarse.* Así, sin concurso y sin disputa, se resolvería sola la cuestión constitucional * de un modo muy simple; el pueblo *no vota* por nadie, luego... yo entiendo la voluntad del pueblo absteniéndose de votar y me quedo. Y así, a medida que pasaban los días, pasábase como sobre ascuas por la cuestión que estaba en la mente de todos... El hombre que velaba adivinó el propósito y se preparó a hacerlo fracasar...

De súbito, el 17 de mayo de 1913, un calofrío de tragedia sacudió la superficie de la política. Habíase descubierto una conspiración formidable. Decíase que se trataba de asesinar al general Gómez, que los fines de la vasta combinación por medio de la empresa de navegación fluvial y

* Años más tarde, Gerardo Machado apela a este recurso de "candidato único".



RAFAEL AREVALO GONZALEZ

costanera que dirigía el general Román Delgado Chalbaud tendíanse a toda la república y que el golpe se preparó, salvándose "el general" providencialmente... Se trataba, en efecto de algo positivo y de una serie de delaciones y de exageraciones para "sacar partido" del propio pánico de Gómez. Sea de ello lo que fuese, una mañana redújose a prisión a Delgado Chalbaud. Las detenciones sucediéronse rápidamente. Todos los que conspirábamos huimos en distintas direcciones. El día antes de este acontecimiento llegaba yo a Valencia. Todo estaba preparado por mi parte para responder a la combinación general. No hubo un hombre de cierto relieve, cualquiera fuese su credo político, que al presentarle la cuestión de plano y claro dejara de adherirse. Servidores del Gobierno y no servidores estaban dispuestos a que no se consumara el atropello constitucional que se fraguaba en Caracas*. No era para entonces la figura de Delgado Chalbaud una ilusión para la Republica. Formando al lado de Castro, con todos los vicios y los defectos inherentes a aquella política, sólo conocíasele entonces como un hombre de rara fortuna, audaz, sin escrúpulos, resuelto a ir a sus fines. Pero comenzaba exponiéndolo todo: vida, posición, ¡hasta el riesgo de que le conociesen y le inutilizasen en la hora del éxito! Entré conscientemente en aquella conspiración. Desde 1907 yo no me he negado a nada en el sentido de que la barbarie salga del poder o caiga decapitada. A nada. No estaba ni en antecedentes ni en contacto ni en deberes para con ninguno de los déspotas andinos. Creí en la primera etapa de Gómez que éste contentaríase con mandar y robar un poco retirándose de un modo plausible en su oportunidad, teniendo la dura lección de Castro. No contaba yo con esos miserables que para su provecho le insuflan al labriego la idea de la cortapisa, el traslado del lindero a media noche. Creía en la "República posible", ¡no en los sueños que nos ponen a soñar insensatos que están insultando en nosotros su propio porvenir! Creía también que sólo la dura necesidad de no sucumbir formaba la vasta devoción a los tiranos porque no contaba que en Venezuela no es fatiga la calma, sino inercia la pudrición... Las represalias que se tomaron entonces trascendieron al exterior de las cárceles.

* En Valencia –a base de un asalto al cuartel Anzoátegui que llevarían a cabo el general Diego Toro y el coronel Elías Maduro a cuyo efecto se alquiló la casa que daba fondo apropiado al patio del cuartel –un grupo compuesto de Mirtiliano Rodríguez, Alejandro Maduro, los hermanos Arturo y Tulio Castrillo, y muchos otros que no recuerdo, arrestaríamos al presidente del Estado Martínez-Méndez. Se conferenció con jefes o líderes de los distritos– el general Antonio Vita, los Lima, Mirtiliano Pedroza, los Colmenares de la Sierra de Carabobo, etc. A la cabeza del vasto complot carabobeño un directorio compuesto del doctor Alejo Zuloaga, doctor Francisco Ignacio Romero y señor don Diego Breña asumiría el gobierno interino. Ni uno solo de estos conterráneos que estuvieron en el compromiso formal o que se identificaran luego en el plan tuvo que sufrir las consecuencias del fracaso. Y estampo a los veintitrés años de estos acontecimientos esta nota de justicia, para que vean los venezolanos "de la decadencia" que sí es posible conspirar y hasta derrocar un régimen odiado cuando se trabaja en silencio, en seriedad, en lealtad y no con ese objeto de 'figuración' engendrado en la carencia de verdadera noción de las cosas y en alevosías envidiosas y tontas con lo que creen conquistarse reputaciones efímeras a la hora de repartirse un mendrugo de publicidad...

Un "raid" de la policía, y ciento cincuenta y siete ciudadanos ingresaron a la cárcel. Se arrestó indistintamente –por culpas o sospechas–. A su tiempo y hora diremos lo que fue de ellos.

La ola de pavor comenzó a subir. Los que vacilaban, al fin se lanzaron de pecho al fango. Otros trataron de escurrirse por los Estados lejanos, a la sombra de amistades personales con los que allí mandaban. Comenzaba la dispersión y el fraccionamiento de las voluntades. Se pusieron en boga "los espías". Los había de a diez bolívares, y los había miembros del Club Venezuela; con tonsura eclesiástica o escribiendo "reportajes"; con faldas o de levita; discutiendo leyes en el Congreso o vendiendo rábanos en el mercado...

En aquella expectativa, el hombre que velaba, sin dejarse seducir por el almíbar de Miraflores con aquella carta "republicana" de Gómez escrita por González Guinán en fecha 17 enero de 1912 y dirigida al Gobernador, sin amedrentarse tampoco, ni con espías, ni con esbirros, ni con torturas, ese hombre que velaba, a la faz de la nación asombrada, lanzó en su periódico *El Pregonero*, en la mañana del 11 de julio de 1913, un editorial extensísimo y con él la candidatura del doctor Félix Montes para la Presidencia de la República. Horas después le remachaban dos pares de grillos en La Rotunda. El doctor Félix Montes, honorable abogado venezolano, escapó por un milagro de caer en manos de los sabuesos de la Prefectura: estuvo de escondite en escondite, y en un borrico, guiado por un valeroso hijo del pueblo, disfrazado de arriero, trasmontó el Avila y llegó a La Guaira, en donde se embarcó en un botecillo que le dejó sano y salvo en la costa de una vecina Antilla Holandesa...[65].

Los paniaguados se indignaban contra "la traición" de Delgado Chalbaud... Son estos mismos que llaman "traidor" al fracasado los que apellidaban "héroe de diciembre" al máximo Iscariote de 1908... Y como Rafael Arévalo González no "traicionaba" a nadie, se dijo que lo que había cometido era "una insigne tontería"...

Listo Gil Fortoul, que al formarse el nuevo Gobierno con los subcaudillos de segunda línea, quedaba a la cabeza del Alto Cuerpo Federal en carácter de Vicepresidente de la República... Listo Arcaya que deambulaba con un pantalón a cuadritos y borceguíes amarillos por las antesalas desde 1909, prestándose a las turbias maniobras del Banco de Venezuela y del Consejo de Gobierno y que de leguleyo de aldea pasaba a convertirse en "consejero legal" del sanhedrín de Miraflores. Como aquel personaje de Pierre Wolf, estaba resuelto a cubrir, reptando sobre el vientre, distancias incalculables... Listo Ezequiel Vivas, que al fin, de la Secretaría de la Gobernación caía en Miraflores con todos los desenfados que iba a poner por obra, en una mano la *Vida de Bolívar*, en la otra *El Gran Boletín* de Nevero Machado, advirtiendo "mochistas" en todos los rincones, una enfermedad; una manía como la de aquel cura de Zolá que veía a

[65] Conservo de puño y letra del doctor Montes el interesantísimo relato de su fuga al exterior.

los jesuitas hasta en la sopa. Pero más listo que todos, el hombre de la Mulera, sosegado, silencioso, marchando, como un palmípedo, sobre sus cortas piernas, moviendo automáticamente la mandíbula, y deglutiendo aquella bola del continuismo que no se podía tragar aún...

Si su rencor a Delgado Chalbaud crecía en razón directa a las imaginaciones del peligro de que le hacían creer había escapado, su odio a Arévalo González se encrespaba ante la idea de que aquel "plumario" le había destruido "la combinación" y que para ir al continuismo tenía que apelar a cualquiera otra estratagema porque la de "la abstención electoral" había fracasado...

¿Qué ocurrió entre aquellos últimos días de julio y comienzos de agosto del año 13 en el consejo áulico?

Telefonemas; carreras a Miraflores; citas de ministros; abogados a las nueve de la noche en el puente "19 de Diciembre"; disertaciones untuosas de César Zumeta, enderezándose el puño de la camisa; profundas reflexiones constitucionales del doctor Grisanti; irrupciones bruscas de Colmenares Pacheco; consultas en que la voz de Gil Fortoul recorría las tres octavas; desplantes de Vivas; sigilosas cuestiones de Márquez Bustillos, que comenzó a usar un botón con el retrato de Gómez sobre el bolsillo izquierdo del chaleco; y a pasos cautelosos, con silenciosa alevosía de tigana que va a engullir su sabandija, un clérigo romano llamado Carlo Pietropaoli, se deslizaba por el ala derecha de Miraflores y susurraba al oído de "la familia" insinuaciones contra Gil Fortoul y sus tendencias "impías". Era un enigma la sonrisa jesuita y colombiana del doctor José Rosario García. "El general" todas las tardes iba a "La Vaquera", contemplaba sus becerros, deglutía un poco la bola de sus reflexiones y regresaba pensativo, mascando... El 29 de julio dirigió una circular a los Presidentes de los Estados participándoles que Castro se lanzaba a la revolución y que vigilasen. Sin embargo, por más que se vigiló, nadie notó nada... El 1° de agosto dictó un decreto suspendiendo las garantías 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 19, 11, 14 del artículo 23 de la Constitución.

Los iniciadores sabían que ya el problema estaba resuelto y que un hombre, en la costa de Coro, esperaba la consigna... Este hombre se llamaba León Jurado.

El 3 de agosto la ciudad de Caracas, y minutos después Venezuela entera, leían estupefactas esta proclama nelsoniana: "Alterada la paz de la República por el general Cipriano Castro, salgo a campaña y voy a restablecer el orden público. Yo sé que todos los jefes, oficiales y soldados del ejército nacional cumplirán con su deber. *J.V. Gómez*".

El Consejo de Gobierno, *reformado,* había quedado compuesto así: Gil Fortoul, Víctor Rodríguez, Augusto Lutowsky, Leoncio Quintana, J. M. García Gómez, Julio Sarría Hurtado, Pedro Linares, F.A. Vásquez, Emilio Rivas y F. Tosta García.

El "doctor" necesario entre aquella hueste de "generales" era Gil Fortoul, por lo que el 4 del mismo mes, en su carácter de primer número del

Consejo, se encargó de la Presidencia de la República, nombrando Secretario General interino al doctor Rafael Bracamonte, pues Vivas salía también en son de guerra como secretario del presidente en campaña. Confirmó el Encargado de la Presidencia los nombramientos a los ministros [66], y sólo reemplazó al hijo del general Ramón Guerra en Gobernación con *don* Juancho Gómez, hermano del "héroe" expedicionario y primera prueba de confianza que éste le daba a su líder continuista. Era el nuevo Gómez, a quien llamaban todos *don Juanchito*, un pobre hombre, rústico. Se le fue preparando, para utilizarlo en la dinastía, haciéndole presidente del Estado Miranda. Ocuparía luego vitaliciamente la Gobernación del Distrito Federal.

Arregladas así las cosas, Gómez se lanzó denodadamente al campo de batalla. En tres días, al frente de cinco mil quinientos hombres, en su mayor parte reclutados a viva fuerza el día antes y uniformados de prisa, cubrió la distancia entre Caracas y Maracay, donde acampó después de una marcha triunfal a través de los valles de Aragua, dejando por los desfiladeros de Los Teques y en la cuesta de Guayas un reguero de zapatos que los infelices labriegos, no obstante la marcialidad pintoresca de sus oficiales, resistíanse a soportar en los pies... Rasgando las nieblas de la madrugada, la enorme lombriz taraceada de cascos blancos iba descendiendo hacia el valle feliz que encantó a Humboldt, dividida en tres brigadas que comandaban los generales Emilio Fernández, David Gimón y Diógenes Torrellas Urquiola. Félix Galavís, Inspector General del Ejército, asesorado por un oficial chileno de apellido Mac Gil, galopaba recorriendo la línea, seguido de un grupo de oficiales primerizos, muy afeitados, muy "alemanes", en caballos muy gordos, ciñendo dos revólveres al cinto y echando mano al sable a cada instante para castigar al tropero despeado o perseguir al infeliz desertor. Al frente de un Comando especial iba el "general" Gómez, de casco prusiano también, ciñendo la espada de sus veintinueve acciones de armas; desde este Comando, Colmenares Pacheco, caído con los amarillos de 1912, comenzaba a intrigar contra Galavís, tomando como base que éste "les estaba enseñando a los oficiales el concepto "patria" en lugar del concepto "Gómez". El "jefe" permanecía hierático, severo, como hombre que se da cuenta de la tremenda campaña que le esperaba. No había tal revolución ni tal Castro alterando la paz de nadie. Debidamente combinado con Gómez, León Jurado, por mediación de oscuros infidentes, hízole creer al general Simón Bello y a otros oficiales castristas asilados en Curazao que estaba dispuesto a alzarse contra Gómez, y que podían contar con el Estado Falcón, del cual era Presidente. Las víctimas de tan miserable patraña, en efecto, prepararon algunos escasos elementos, reunieron unos cuantos oficiales y desembarcaron en medio de los vivas y aclamaciones que Jurado, Laclé y sus comparsas hicieron lanzar a las tropas, tendidas en

[66] Meses después el doctor Ladislao Andara recogía el fruto de la gratitud de Gómez, pues a causa de cierta tirantez de relaciones con Gil Fortoul, se le sacó del Gabinete, reemplazándole con el doctor Manuel Díaz Rodríguez.

alas. Desfilaron los engañados "invasores" entre vitores a Cipriano Castro y a la Restauración Liberal, y cuando hubieron llegado al hotel en que se les tenía preparada la "recepción", penetró Jurado con una taifa de esbirros y les declaró sencillamente que estaban presos... De Coro se les condujo a Maracay –en donde aguardaba el resultado el "héroe" de diciembre, ya acampado definitivamente– y allí hicieron su lamentable entrada, ante el ejército "expedicionario" con carácter de vencidos. Seiscientos o mil hombres sirvieron de claque a León Jurado y a Gabriel Laclé para aquella infamia en una playa de Falcón; cinco mil soldados, formados adrede, vieron entrar a los prisioneros al "campamento" de Maracay. Pensando filosóficamente el asunto, resulta aún más triste que aquella falsía incalificable, la inaudita estolidez, la estúpida complicidad de quienes presenciaban impasibles el desarrollo de la farsa...

Hubo algunos movimientos en Estados lejanos de la República, ciertamente; pero en su mayor parte fueron "organizados" por el mismo Gobierno o bien encabezados por exaltados sin importancia que creían a pie juntillas en la comedia fraguada en Caracas... El único "alzado" era el mismo Gómez; alzado contra la Constitución, que juró respetar, alzado contra la Patria; alzado contra los más triviales principios de la dignidad y del decoro. El podía oponer al "me quedo porque me da la gana" de Andueza, un "me quedo porque no les da la gana de que me vaya", ¡a tal extremo se le vio servirse, alternativamente en una vasta escala de pavorosa complicidad del autor de *Filosofía Constitucional* o del traidorzuelo mozambique Laclé*.

La operación resultóles, en parte. Pero era lo suficiente. El lazo se tendió a ver si Cipriano Castro en persona se arriesgaba a desembarcar. Con todo, el objeto estaba logrado: presentar un "enemigo" que justificara aquella campaña de cinco meses, comiendo carne de los famosos novillos del "general" Gómez cuyo valor se cargaba a la Comisaría de Guerra y maculando el verdor incomparable de los valles de Aragua con aquellos tropeles abigarrados, con aquel ir y venir de "militares" de botas y espadín, mientras Venezuela entera, persuadida con anticipación de la grotesca aventura, reía a mandíbula batiente y forjaba chistes, disimulando como siempre, en ingeniosas ironías, la amargura del ultraje y el áspero sabor de la burla.

Cuatro meses más tarde, el 28 de diciembre de 1913, participaba el "héroe de diciembre" al doctor Gil Fortoul, Encargado de la Presidencia, que salía con el ejército victorioso para la capital. E hizo en ésta su entrada solemne cuatro días después a la cabeza de sus seis mil genízaros, más gordo, más lucio, más brutal que nunca.

¿Por qué se le ha continuado llamando "el héroe de diciembre"? Desde entonces, debiera titulársele "el héroe de julio".

* Cuando en enero de 1929 Rafael Simón Urbina, y un grupo de venezolanos asaltaron el litoral coriano, tras sorprender a la guarnición de Curazao, haciéndose conducir con los suyos en un barco mercante americano, llevándose al Gobernador de la Antilla y devolviéndole luego en el mismo navío, cayó este mismo Laclé bajo las balas de los atrevidos expedicionarios.

CAPITULO XVII

El segundo golpe de Estado – Una pequeña guerra fantástica antes de la Gran Guerra – La nueva serie de crímenes – El verdugo de Guanta – Otra vez La Rotunda – La "revolución" de Guayana – Angelito Lanza – El asesinato de Ducharme – La "evolución" continuista desnuda – La cuestión jurídica: Félix Montes – Una carta de Leopoldo Baptista – Dos Gómez y una sola infamia – La "Provisional" – La caída de los "intelectuales" – El nuevo sanhedrín – Márquez Bustillos, "el único lazo que nos une a la civilización", según Giuseppi Monagas – Estalla la guerra europea – La colaboración del destino – Gómez germanófilo – Bentham Hollweg y el doctor Vivas – El último recurso: La conspiración.

LOS CONSEJEROS "jurídicos" del segundo golpe de Estado querían convencer a Gómez de que la escandalosa y brutal violación con el decreto de julio de 1913 suspendiendo las garantías constitucionales en virtud de un ficticio estado de guerra era la solución del problema del continuismo. Pero su instinto le engañaba menos de lo que los consejeros pretendían y extremando el recurso *creó la importancia a pequeños movimientos* en Guayana, en las fronteras del Táchira y en oriente del Guárico para darle más verosimilitud al "estado de guerra". El único *alzado* era él, a la cabeza de las tropas revolucionarias acampadas en Maracay, en abierta rebelión contra la Constitución de la Patria y con el sable desnudo entre las piernas tirando de los hilos con que accionaba aquella interinaria que se iniciaba y que debía de culminar, nueve meses después, con el Congreso de Plenipotenciarios así: Presidente Provisional, Victorino Márquez Bustillos; primero y segundo Vicepresidentes, Caracciolo Parra Picón y Jesús Rojas Fernández.

El mismo Congreso de Plenipotenciarios elegía a Gómez Comandante en Jefe del Ejército Nacional, con facultades omnímodas, redactando un "estatuto provisorio" que le permitiera comenzar el largo juego de "los dos presidentes": contaba con el homecico para llevar chistera y levita, asistir a las recepciones, cobrar un excelente salario e ir a darle cuenta de todos sus actos luego de firmar cuanto se le ordenaba por teléfono desde el cuartel de Maracay, siempre bajo el saludable temor de que le suplantase con *Caracciolo* o con Rojas Fernández a la menor muestra de perso-

nalidad propia. Para los efectos "internacionales" y para evitar dificultades *aparecía*, pues, un señor que *no se llamaba* Juan Vicente Gómez en la presidencia y a quien se trasmitía el poder público aparentemente en toda forma.

Pero no obstante cada una de estas tramoyas –que bien valdrían una regocijada intriga de zarzuela si debajo no estuviese el honor de dos generaciones y la suerte de una nación–, a pesar de las seguridades de que "todo marchaba bien" –texto casi diario del diario parte telegráfico del Encargado de la Presidencia Provisional al *jefe único*–, el instinto despierto de éste le hacía extremar las medidas y en la prensa oficial ordenaba insertar telegramas de una revolución fantástica y dejaba correr especies, haciendo ciertas detenciones y fomentando, como en Coro meses antes, una invasión por Guayana, aprovechando las gestiones que el general José Manuel Hernández practicara en aquella fecha, por primera vez desde su separación.

Engañados algunos partidarios de este general se lanzaron al campo; cayeron todos como en una ratonera: las cárceles de Guayana se colmaron de presos; otros "alzados" quedaron para siempre tendidos en aquellas selvas. Dos objetivos alcanzaban: justificar el "golpe de estado", aterrar la protesta antes de que cuajase en actos peligrosos.

Se ejecutaba al por mayor; a la sola Rotunda de Caracas llegaron *cien* presos; de éstos unos cincuenta fueron enviados a trabajos forzados a las carreteras y allí sucumbieron víctimas de maltratos increíbles; a dieciocho de estos infelices se les dio por *descubiertos* en un plan de fuga y "el hombre fuerte y bueno" de Maracay ordenó que se les propinasen mil palos a cada uno. Ejecutó esta orden en la casa Aduana de Guanta un *coronel* Alejandro Torres. Silbó la vara de mangle en el aire; y durante una mañana volaron las moscas sobre los trozos de piel arrancada; los coágulos de sangre, los pedazos de carne corrían por las lozas como en un matadero y las costillas descarnadas blanqueaban al claro sol de la playa. Aún no hace mucho tiempo uno de aquellos verdugos, el cabo Chicho Chaves, coriano, exhibía como un trofeo en Puerto Cabello, las partes de una de las vítimas que recogiera del suelo en aquella ocasión y que conservaba en un frasco de alcohol.

De los cincuenta que quedaron en La Rotunda fueron libertados unos cinco; sucumbieron de hambre, hierro y sufrimientos cuarenta y uno. * Para 1921, ocho años más tarde de este acontecimiento, salían los cuatro únicos supervivientes: Reyes Moncayo, Juan de Dios García Mogollón, Narciso García y Ernesto Carías.

La intentona del general Hernández, que se tomó más tarde, como pretexto para extremar el recurso de la alteración de la paz, fraguada en Caracas por Gómez y los suyos, había tenido realmente efecto después de abril de 1914, al terminarse el período constitucional, cuando Gómez dejó ver de un modo evidente, categórico, brutal, que se embarcaba en la

* Apéndice VIII

goleta de la usurpación, en cuyos bancos iban al remo esos voluntarios "forzados" de todos los despotismos venezolanos...

El general Angel Lanza estuvo de veras "alzado" en el Estado Bolívar, y Hernández salió de Trinidad por vía de la Guayana Inglesa, acompañado del general José Antonio Dávila, para ponerse al frente de los elementos que le esperaban. La indiscreción de un señor González de la Rosa descubrió a Hernández ante las autoridades inglesas y éstas le arrestaron en el sitio de Mora-Juana, interrumpiendo su viaje por más de un mes hasta que logró fugarse para seguir a su destino. El general Dávila regresó a Trinidad y se ocultó, lo que sabido por el Cónsul de Venezuela se apresuró éste a informar a Ciudad Bolívar que Hernández y Dávila estaban allá, ocultos. Aunque no era cierto respecto del primero, así llegó la noticia al cabecilla Lanza, que desanimado y creyéndose burlado entregóse con sus fuerzas a las de Gómez, estando Hernández apenas a dos días de la frontera. Regresó a Trinidad para ponerse a la cabeza de las guerrillas del general Horacio Ducharme, que mantenía la guerra en las montañas de Maturín, pero fue llamado a Nueva York a objeto de una nueva combinación de proyectos que no llegaron a realizarse.

Heroica y estérilmente luchó el general Ducharme; sus proezas le hicieron cuasi legendario. Una tras otras desbarató las fuerzas que se le enviaban y que de persecutoras pasaban a perseguidas. Finalmente, dos años después se apeló a una emboscada infame mediante la consabida traición y cercando, en la noche del 20 de agosto de 1915 la choza en que pernoctaba, hicieron una descarga sobre la hamaca en que dormía. La orden no era prenderle, sino matarle. Gómez aplicaba la fórmula de Castro en 1906; nueve años más tarde el proceso de ejecuciones cobardes que abriera el "jefe" continuaba la noche del 20 de agosto de 1915 con "su leal teniente".

El jefe de aquella gloriosa hazaña, fue un tal Manuel Rugeles.

Era Horacio Ducharme, hijo del célebre Pedro Ducharme, aquel recio y durísimo guerrero conservador en cuyo hijo se reflejaron, suavizadas por una mayor cultura y por una exquisita educación, las virtudes civiles y marciales del padre. Caballero cruzado de la más temeraria e infortunada empresa, digna de los fastos militares de una época desaparecida, leal, consecuente, firme, no era el tipo del guerrillero empecinado, del Martín Espinosa desnudo del cinto arriba, como un váquiro por las selvas fluviales de Barinas; ni del indómito tigre de Guaitó; ni del aventurero invasor de la frontera que lanza piquetes de cuatreros sin otra bandera que el despojo. Como Paredes, hombre de ideal, pero más que el joven paladín de 1906, hombre de guerra y de pasmosa actividad, sus hazañas ponían asombro y dejaban cabizbajos a los propios soldados que el déspota enviaba al holocausto.

En la llama más pura de esta hoguera de voluntades, ante el crepúsculo de una época incierta que no se sabe bien si es que entra o sale de la zona de sombras, forjemos para esa frente una guirnalda de laureles de

bronce. Duerma en paz junto al río, en la pampa sola, este hombre de guerra y que su remoto sacrificio no sea mañana origen de nuevas farsas y de fementidas apoteosis.[67].

El 19 de diciembre de 1913, desde Curazao, el jurisconsulto Félix Montes, en un documento público sencillo, conciso, terminante, definía la extravagante posición en que venía a quedar Gómez: "Cierto es que nuestra Constitución, en su artículo 23, enumera la libertad del sufragio entre los derechos que la Nación garantiza a los venezolanos, y que, por figurar en tal enumeración, pudiera creerse que el Presidente de la República, en caso de guerra interior, está autorizado para suspenderla de acuerdo con el artículo 82 de dicho pacto fundamental; pero según este artículo, el Presidente no puede suspender sino aquellos derechos cuyo ejercicio sea incompatible con la defensa de las instituciones y del orden público, y sería por todo extremo paradójico y fenomenal que nuestro derecho público autorizara al Presidente para defenderlos suprimiendo temporalmente un principio esencial en el funcionamiento de las instituciones, principio cuya integridad está precisamente obligado a defender y en virtud del cual está ejerciendo, por tiempo determinado, las atribuciones del mandato ejecutivo. Los poderes de guerra que pertenecen al Presidente están sujetos a las mismas limitaciones constitucionales que todos los demás de diferente orden, y con más rigor aún por la naturaleza de tales atribuciones. La facultad que tiene el Presidente, en virtud de esos poderes militares, para suspender, en los casos de guerra interior, los derechos cuyo ejercicio sea incompatible con la defensa de las instituciones y del orden público, no llega hasta permitirle proclamar la ley marcial y el estado de sitio en toda la República: ésta es una facultad inherente a su carácter de Comandante en Jefe de las fuerzas de mar y de tierra que le atribuye la Constitución, en tiempo de guerra, y cuyo ejercicio está necesariamente circunscrito a las localidades donde exista la insurrección y limitado por las necesidades de la defensa y las operaciones de la guerra. Está claro que el estado de guerra puede impedir que se verifiquen las elecciones en los lugares insurreccionados y sometidos a una situación de puro hecho; pero precisamente el deber del Presidente, investido con aquel carácter militar, es procurar el pronto restablecimiento de la paz, en esas localidades, para que se restablezca la normalidad del derecho, y, con ella, la práctica de las elecciones. Cualquiera otra extensión e interpretación que se quiera dar a esa peligrosísima facultad del Presidente en tiempo de guerra, conduce al escándalo de erigirlo, por ministerio de la Constitución, en señor de vidas y haciendas, en autor de una revolución para defender (?) de otras las instituciones. Ni en el decreto ejecutivo en el cual se declaró perturbado en la nación el orden

[67] En marzo de 1917 publicó en Trinidad Luciano Mendible una *Oración Expiatoria* a la memoria de Ducharme, páginas de honda emoción y de indignada elocuencia.

público y suspendidas las garantías individuales, ni en los documentos oficiales que le precedieron, se dijo una sola palabra para nombrar las localidades en que había estallado la rebelión a mano armada que motivó el decreto. La mención, expresa en el decreto, de esas regiones donde existía la insurrección, y, por tanto, de los Estados o Distritos a que aquéllos pertenecían, era un deber imperioso del Ejecutivo Nacional; porque esa mención era elemento constitucional indispensable, fundamento ineludible de una tan grave determinación. La declaración abstracta de la guerra no autorizaba el ejercicio por el Presidente de la Unión de tan tremenda facultad. No bastaba decir que se había provocado una revolución en el país; no bastaba la tentativa de una rebelión a mano armada: no bastaban hechos de guerra sin importancia ni significación: era necesario que el Presidente hubiera dicho clara y terminantemente en qué parte o lugar del territorio nacional había estallado el movimiento revolucionario, puesto que sólo en esa zona podía poner en práctica la facultad concedida y eso era para el solo efecto de las operaciones de guerra impuesta por la defensa de las instituciones y del orden público. De todo lo expuesto se infiere por lógica rigurosa que el Decreto Ejecutivo que suspendió la mayor parte de las garantías individuales por causa de la guerra, comprendiendo en ellas la libertad del sufragio, es un decreto completamente nulo, dictado contra las bases fundamentales de nuestras instituciones y contra la autonomía de los Estados".

Por otra parte, el doctor Leopoldo Baptista, desde Curazao, protestaba enérgicamente de la declaración del Ministro de Relaciones Interiores cuando éste afirmaba que no se devolvían las garantías a los ciudadanos ni se disolvía el ejército extraordinario de agosto y se declaraba la paz, porque él, (Baptista) y otros "no sólo continúan en actitud hostil contra el gobierno legítimo, sino también fomentan por todos los medios en el exterior y en el interior la prolongación de la revolución armada" y que, por lo tanto, no habiéndose hecho las elecciones para el cambio de los poderes públicos en el tiempo fijado por la ley, toca a los Estados resolver la situación que les convenga. A esta salida inesperada debióse el Congreso de Plenipotenciarios, feto de aquella gestación. Para desvirtuar más el pretexto, he aquí que Baptista, pues, considerado entonces por su misma actuación distanciado de Gómez, como el jefe más caracterizado de la oposición caso de que ésta apelase a la vieja solución de las armas, Baptista mismo decíale a Gómez el 22 de enero del mismo año lo siguiente: "Al llegar a ésta en mayo último, escribí a usted, entre otras cosas, lo siguiente: Al separarme de la República, muy a pesar mío, he tenido sólo por objeto evitar un peligro evidente y gozar de aquellas garantías que todo hombre de buen vivir tiene derecho a esperar en países civilizados. Ningún propósito revolucionario me anima hoy contra usted; pues desde

que entré a la vida pública jamás he puesto en la balanza de mi conducta política las cuentas que a mí o a los míos hayan abierto amigos o enemigos. Por el contrario, deseo ardientemente que usted, respetando la letra y espíritu de nuestras instituciones, más de lo que ha hecho hasta ahora, abra con amplio criterio liberal el período eleccionario y que de él resulte una paz sólida y fecunda en bienes para la República. Consecuente con estas ideas, he permanecido hasta ahora en la simple expectativa de los sucesos que han venido desarrollándose. En consecuencia, no es cierto, señor general, que yo haya sido hasta hoy ni hostil, a su gobierno, ni menos haya laborado en una guerra que, por otra parte, no existe. En cambio, ¿querrá usted decirme cuáles han sido sus propósitos al separar de sus puestos, con fútiles pretextos, a más de la mitad de los Presidentes de los Estados; al cambiar en junio el Consejo de Gobierno elegido por cuatro años; al perseguir a principio de julio último al único candidato presentado para la Primera Magistratura de la Nación, encarcelando a sus sostenedores; al declarar el país en guerra en agosto, cuando sólo en la frontera con Colombia se alteró el orden público por breves días; en sostener un ejército extraordinario sin que enemigo alguna perturbe la paz; en mantener en suspenso las garantías y llenar las cárceles de presos políticos; en prohibir que se hicieran las elecciones en la época fijada por la ley; y por último, en romper hoy, brutalmente, todas las instituciones que usted juró solemnemente cumplir y hacer cumplir? Usted, al frente de la Nación por el poder que le confirió el Congreso, debiera ser el primer servidor de la República y el más celoso defensor de la paz nacional; pero lejos de cumplir con ese sagrado deber está realizando la revolución más torpe e inicua que registra nuestra historia. Venezuela, que posee todos los medios para vivir en paz vida legal, que ansía y tiene imperiosa necesidad de tranquilidad para su desarrollo y bienestar, que se ha mantenido tranquilamente con la esperanza de que se respeten sus instituciones, segura base de su crédito; Ud. la lanza a una aventura sangrienta y terrible sólo por el interés personal y mezquino de continuar al frente del poder por más tiempo del que señala la Constitución. ¿Procedería usted del mismo modo si los ciudadanos pudieran ejercer sus derechos, si los Estados estuviesen legítimamente gobernados, si el ejército, guardián de las instituciones, conociera sus deberes y quisiera cumplirlos?"

Lanzadas las cosas por este camino y siguiendo el plan que me he trazado de no afirmar nada sin que guarde en archivo el documento que respalde las afirmaciones, como mejor comentario conservo la carta que Juan Vicente dirigió a Eustoquio, su mayoral en el Táchira, acerca de los "trascendentales sucesos del 19" (abril de 1914), en cuyo día reunióse la llamada Asamblea Nacional de Plenipotenciarios y se hizo "legal y solemnemente la trasmisión del poder".

"La elección del doctor Márquez Bustillos para Presidente Provisional" –dícele al Eustoquio– "y la recaída en mí para Comandante en Jefe del Ejército Nacional han sido del agrado general y también han venido a servir para demostrar la disciplina y cultura de los amigos de la causa, quienes, apartando egoísmos y rivalidades, han acogido mis apreciaciones en estos acontecimientos, apreciaciones éstas que han tenido por único fundamento mi profundo respeto a la ley y mi intenso afecto a la patria".

Ilustremos la pésima fraseología oficial.

Es decir: tenemos un muñeco llamado "presidente provisional" nombrado "por la disciplina y cultura" de esta manada de sinvergüenzas; yo estoy aquí con seis mil forajidos como Comandante en Jefe del Ejército enjugándome los pies con las hopalandas jurídicas del doctor Márquez Bustillos y tú allá con tus facinerosos. Para que se estén quietos los venezolanos contamos con dos castillos, a cual peor de los dos, y una Rotunda más temible que los castillos; además, un par de docenas de matachines en forma de presidentes de Estado o de comandantes de armas convenientemente distribuidos por todo el territorio del hato nacional que estos doctores "muérganos" llaman la República. Los demás son "amigos de la causa" que "apartando egoísmos y rivalidades" están esperando los pocos huesos que les tiremos bajo el saludable temor de un par de grillos.

"Ha quedado, pues, hecha pedazos la bandera de la revolución porque los enemigos del orden, los enemigos de la paz, los que sienten y piensan mal de su país, estaban a caza de una ocasión que viniera en parte a justificar sus tropelías y depredaciones, y esta ocasión la aguardaban en el continuismo; creían que mi ambición estaba a la par de la de ellos, y han sufrido un gran desengaño; y ahora, sin razón, sin principios y sin bandera, me parece que no se lanzarán; y si la rabia los empuja y se aventuran, entonces se nos presentaría la ocasión de juzgarlos tales como son, es decir, los llamaríamos hordas de malhechores".

El párrafo se recomienda por sí solo. Cierta vez, un periódico de los Estados Unidos, publicó una información dando cuenta de la muerte de Mark Twain. El gran humorista le dirigió un telegrama al redactor diciéndole que le parecía algo exagerada la noticia. Indudablemente el general Gómez exagera un poco acusando de "tropelías y depredaciones" a unos señores que se estaban pacíficamente esperando "los acontecimientos". El continuista, el nepotarca, imagina que la bandera de la revolución ha quedado hecha pedazos en virtud de la tramoya de "los plenipotenciarios" y de haberse hecho dar el mando efectivo al colocar una marioneta en el palacio de Miraflores que ejecutaba todos los movimientos tirada por el hilo telefónico desde Maracay, y supone que los que se lancen le darán ocasión a él, el del 19 de diciembre, y a su correo, consanguíneo y consanguinario, el Eustoquio, el del asesinato la noche del 27 de enero de 1906, para apellidar a aquellos señores "horda de

malhechores". La tolerancia ante los pequeños desmanes autoriza los insultos del desmandado cuando los hace en grande.

Más luego afirma en la misma carta que "el proceso de las guerras civiles ha quedado sellado en Venezuela" y que su obra del 21 de julio en Ciudad Bolívar, "edificada con las bocas de los fusiles, ha sido refrendada con los mandamientos de la ley".

¿Concebís que alguien, en un momento de inconsciencia haya podido fraguar metáfora tan disparatada como sincera? Todo el proceso Gómez está sintetizado en esta frase. Nunca se ha hecho mejor el resumen de una situación; la frase es absurda, incongruente y brutal como el régimen: una fundación a tiros. Pero aún es poco y termina con una ingenuidad que da escalofrío: "estoy orgulloso de lo hecho porque mis conciudadanos no pueden negar mis servicios a la patria y saben que por la paz ayer expuse mi vida en los campos de lucha armada" (la paz a que alude fue el despotismo de *don* Cipriano durante nueve años, al que sirvió devoto, y al que traicionó, miserable) "y hoy por la paz me desprendo tranquilamente del poder convencido de haber cumplido mis compromisos y de haber hecho algo en obsequio del progreso, del civismo y de las instituciones de mi país". Y se desprende tan tranquilamente que para resguardo de "la tranquilidad del desprendimiento" va a refugiarse en su guarida con seis mil forajidos. Hasta los dos míseros edecanes decorativos que le concede al Presidente Márquez no obedecen sino a sus órdenes.

"Ahora nos toca conservar con toda su integridad" –le advierte al Eustoquio– "el nombre conquistado en los servicios prestados y esto lo conseguimos esforzándonos cada vez más en hacer el bien. Usted, por su parte, impulsando el progreso de ese Estado, armonizando a todo trance esa gran familia (el grupo andino-tachirence, se entiende), moralizando sus costumbres (obra especialmente digna del Eustoquio) y levantando hasta donde más no pueda la instrucción de sus habitantes (como sabéis es uno de los Estados más instruidos de la República y con los trabajos forzados de la carretera Central del Táchira complétase su preparación académica) para que mañana, cuando usted descienda del poder (es decir, doce años después, cuando yo lo quite), tenga en esa tierra un voto de gracia para su administración y un religioso respeto para su nombre. Lo abraza su amigo, *Juan Vicente*".

La carta es digna de la época, del que la escribió, del que la firmó y del estado moral, social y legal del otro bandolero a quien iba dirigida.

Si la revolución hubiera carecido de bandera, como lo suponía el paquidermo continuista, una sola línea de este documento hubiera bastado para autorizar la más desesperada y violenta de las incursiones.

Pero en aquella fecha, como de costumbre, "la revolución se estaba organizando".

En 19 de diciembre de 1908 el vicepresidente Gómez se alzaba por primera vez en el poder mediante una "traición" y aunque para ello tuvo la cooperación de una mayoria nacional, no por ello dejaba de ser una traición sucia y fea: "la traición se aprovecha, el traidor se desprecia". El 3 de agosto de 1913, mediante declaración de un falso estado de guerra y violando deliberadamente el Pacto Fundamental, volvía Gómez a alzarse contra la Constitución con la vasta complicidad de sus adictos y sobre la sorprendida pasividad de Venezuela, fastidiada de enredos y de decepciones.

La labor quedó rematada en mayo de 1915, cuando el Congreso eligió Presidente Constitucional para el período 1915-1922 a Gómez, si bien no se apresuró a encargarse del Poder, conservando aquella cómoda actitud: Presidente electo de la República y Comandante en Jefe del Ejército Nacional, acampado en Maracay, y apareciéndose a veces inesperadamente en Caracas para ver "cómo iba el amigo doctor Márquez Bustillos", que seguía en virtud de la elasticidad del "Estatuto Provisorio" fungiendo de Presidente Provisional con sus dos Vicepresidentes, Caracciolo Parra y Rojas Fernández. Un oficial de la secretaría particular de Gómez, el doctor Bracamonte, servíale de Secretario General; al lado "del general" continuaba Vivas, Canciller Militar y, en síntesis, ministro universal del régimen.

Los "intelectuales" que junto con el Encargado de la Presidencia, Gil Fortoul, habían acompañado al entierro definitivo de la Constitución Nacional fueron quedando alejados del Gobierno. Así paga el diablo... Y Márquez Bustillos formó más tarde un gabinete: Interior, Arcaya (era menester recompensarle lo del Consejo de Gobierno y lo del Banco de Venezuela); Exterior, Ignacio Andrade (su hijo *Ignacito* había casado con una hija de Gómez); Guerra, Jiménez Rebolledo, ministro *in pártibus;* Hacienda, Román Cárdenas – que inventó la fórmula económica de equilibrar el presupuesto y ahorrar pagando los sueldos de los empleados al 50 por 100 en la época más difícil para el mundo–; Fomento, Santiago Fontiveros, hombre honrado, torpe y decrépito; Obras Públicas, Luis Vélez, "portento" descubierto por Román Cárdenas; Instrucción Pública, González Rincones, hasta entonces oficial subalterno de Sanidad Nacional, un mediquete de estos que han ido a París y se dejan barbas. Como Gobernador continuaba Juan Crisóstomo Gómez, hermano de Juan Vicente, vitalicio en el cargo. Llegaba al fin la época de los gabinetes andinos.

El presidente provisional, Márquez Bustillos, firmaba las comunicaciones a Gómez, Comandante en Jefe del Ejército Nacional, "su subalterno y amigo".

El doctor Vivas llamaba al doctor Presidente por el teléfono desde Maracay para reprenderle, y jamás hombre alguno estuvo en una situación ni más vil, ni más azarosa, ni más delicada, formando el centro de un triángulo: el ojo de Gómez, las truculencias alevosas de Cárdenas –señor de la Hacienda–, la implacable y desdeñosa mayordomía de Vivas. Fuera de las otras circunstancias: "el círculo del general", "la familia" y los muchachos miraban casi con descaro hostil a aquel hombrecillo bigotudo en quien se confiaba tanto "Juan Vicente"; "los amigos del Jefe" iban de Márquez a Vivas y de Vivas a Márquez a medida que oscilaba la balanza; la tarea de firmar como Presidente y deshonrarse como político, durante días, meses, durante años, en una deshonra lenta; el desdén nacional; la teneduría de la vaina del sable que Gómez conservaba desnudo en Maracay. "El doctor Márquez es el único lazo que nos ata a la civilización" – decía a un amigo suyo el general Pablo Giusseppi Monagas.

Y poco después, como ya lo referiré en su hora y momento, sucumbía el infortunado Guisseppi Monagas aherrojado en La Rotunda, mientras "el único lazo" continuaba adornando un sillón en el ala izquierda del Palacio de Miraflores. Un lazo de ahorcado.

Colaborando el destino en una forma de espantosa solidaridad con lo ocurrido, el 3 de agosto de 1914, estallaba el conflicto europeo, y dentro de la perspectiva formidable de aquel encontronazo ¿qué iba a significar el estado absurdo, grotesco y anormal de una republiquita hispanoamericana? Las cancillerías aliadas aceptaban todo, convenían en todo, reconocían todo, con tal de no tener más preocupaciones que las que las gravísimas circunstancias determinaban.En la "germanofilia" de Gómez había una incalculable dosis de astucia y de instintiva sabiduría lugareña. Aquella ambigüedad del banquete de "La Providencia": "Patria y Unión", elevada a doctrina internacional, iba a concederle la permanencia en el mando, porque entre armarle una revolución para echarlo del poder y conservarle aparentemente neutral sin intentar pequeñas aventuras de ninguna finalidad en el Caribe, era más práctico y diplomático esto último. A los aliados no les interesaba en el fondo sino la adhesión de los Estados Unidos del Norte, y aparte razones de carácter puramente sentimental, resultaba una cosa extravagante y ridícula intervenir en una contienda lejana. Pero no hasta el punto de perseguir con saña insensata a quienes situábanse en un punto de vista diferente al de Maracay, cuartel general de los germanófilos "gomecistas".

Porque a Gómez, de acuerdo con su psicología y con la de los aprendices bárbaros que lo rodeaban, parecíale lo más natural del mundo que el triunfo fuese de los brutales, de aquella gran nación que él conocía sólo por el ferrocarril de Caracas a Valencia, por el ministro von Prolius y hasta por aquella analogía que en su imaginación debía establecer entre la petulancia de Guillermo II y el desdén prusiano hacía los derechos extraños y su propio concepto del mando y de que todas las medidas se justifican por la necesidad. Ante la barbarie de Europa, el salvaje de

Venezuela sintióse alentado y justificado: fue el período tenebroso de las represalias y de las venganzas. Su cólera contenida a favor de la hora angustiosa que atravesaban el mundo iba al fin a saciarse.

Un año más tarde, esta escuela teutona adaptada en Maracay haríale redactar al doctor Vivas y firmar a él el célebre documento al Congreso en que le decía, textualmente, a los padres conscriptos, en su carácter de Jefe del Ejecutivo, que se encargaría de la presidencia para la cual había sido electo desde al año anterior: "cuando lo considere oportuno y conveniente".

Ante este estado de cosas, inutilizada indefinidamente toda revolución por la guerra europea, impuesto Gómez y su gobierno personalísimo, familiar, doméstico, sobre la debilidad anárquica de sus adversarios, y auxiliado (con las excepciones ya conocidas) por los hombres que aparecían como más autorizados y más responsables. Ante esa estolidez sonriente, ante esa inaudita y vasta complicidad de un país que parecía sufrir por todos sus órganos un morbo de pasividad sin objeto, ¿qué restaba?...

Restaba la conspiración.

Y a ella fuimos.

El crimen mayor de los despotismos es obligar al ideal a plegarse y a disimularse en una forzada hipocresía que lentamente va creando un falso estado de opinión y que si el proceso se retarda o aborta deriva en tristes claudicaciones o en estériles sacrificios.

Una de las cosas más tristes de conquistar – decía el infortunado general Pichegrú– es la de tener que codearse en la sombra con seres a quienes nos repugnaría mirar a nuestro lado a la luz del día.

CAPITULO XVIII

Causas y efectos de la germanofilia de Gómez – Los atentados a la neutralidad neutralizada – El ministro alemán von Prolius – Los representantes de Estado Unidos, Francia e Inglaterra – La prensa y sus restricciones – La "kultur" en alpargatas – Cuando lo del "Lusitania". –*El Fonógrafo* y su clausura – Carneros de Panurgo – Un episodio de los orígenes de la incursión de los yanquis en Venezuela – Notas de un viaje que comenzó en comedia y terminó en tragedia – Wilhemstaad y sus bellezas – Una nueva edición de Mata-Hari: la espía del Hotel Americano.

COMO MEDIDA previa y absolutamente desorientado por la propia ignorancia y por la cobardía de quienes no se atrevían a contrariar al general su germanofilia lugareña, el gobierno de Venezuela declaró oficialmente su neutralidad. Ante el entusiasmo que la causa de los aliados despertara en los venezolanos, sedientos de nobles empresas, anhelantes del ideal que jamás acarician cerca de sí, Gómez prohibió a todo ciudadano alistarse bajo bandera alguna beligerante. De hecho la medida era hostil a las potencias de la "entente", puesto que el acceso a Alemania o Austria era casi imposible y la voluntad general caía del lado de la reivindicación francesa, más que por simpatía hacia Francia y menos aún a Inglaterra –aliada de Alemania y de Italia en el ultraje de 1902– por odio instintivo a esa especie de "gomecismo" que constituía la brutalidad imperial prusiana en el mundo, arrastrando el sable de Potsdam y a la hora del poderío y de la insolencia cobrándonos a cañonazos la rapiña israelita de sus empréstitos y de los ajenos. Estas razones –aparte de una natural y fuerte inclinación que el esclavo guarda por la libertad abstracta en lo más escondido de su pecho–, un poco de la penetración intelectual de Francia y más todavía ese sentimiento amoroso y cuasi femenil que el mundo entero experimenta hacia la patria de Voltaire y del café cantante, hacía que Venezuela cuasi totalmente sintiese la invasión de 1914 como cosa propia. Los germanófilos de Venezuela eran: Gómez y los que por halarle fingían de tales; unos cuantos aquí y allá a quienes el final de la dinastía de los Hohenzollern habrá ya convencido, y... las colonias alemanas de

Maracaibo y de Ciudad Bolívar. Con todo eso, a pretexto de una neutralidad aparente, ni en la prensa oficial ni en las manifestaciones de opinión pública se permitía el menor acto trascendental. El ministro de Alemania, von Prolius, para entonces mejor situado en el ánimo del "general" que más tarde lo estuvo Mac-Godwin, el americano, y con mayor ventaja aún antes de que los mercaderes de Washington entrasen resueltamente en el "affaire", como que la primitiva actitud del ministro británico en Caracas, reservada y digna, y la absoluta inepcia de un señor Fabre que representaba los intereses de Francia, dejábanle al rústico de su cuenta, von Prolius se manejaba de modo de mantener al boyero estúpido en la idea de que el triunfo final sería de los más "guapos", de los más fuertes, de los más andinos: de esos imperios centrales que aparecían exponente el más caracterizado del "yo puedo" y del "me da la gana". Eran demasiado rudos e iletrados Gómez y la mayor parte de sus amigos germanófilos para siquiera percibir en esa tremenda incursión de la violencia que arrojó ocho millones de autómatas sobre las fronteras de la Europa Central toda la trayectoria de una transformación social, todo el impulso de las razas que se lanzan por épocas desde sus hoyas etnográficas hacia las cuencas del Mediterráneo. Suponían simplemente que Guillermo II era un general Gómez más rubio, que había ido a la escuela, que mandaba en un país muy poblado –como si se llenasen súbitamente de dolicocéfalos las altiplanicies entre Capacho y la sierra de Mérida– y que los franceses sólo significaban una nación de "plumarios" en donde no se puede meter a nadie a la cárcel, en donde responden con leguleyerías en "el congreso" a lo que manda "el jefe" – país para encargar trajes o importar queridas– y que Inglaterra sólo hacía "un negocio" porque los alemanes vendían más barato. En cuanto a Bélgica, para estas mentes rudimentarias, semiturcas y medio tártaras, podía considerársele como a un municipio sin importancia, atropellado de paso. Y la célebre declaración de Betman Hollweg de que los tratados públicos eran "un pedazo de papel" resonaba gozosamente en el pecho del barbarócrata de Maracay que se había servido de la Constitución de Venezuela un año antes como de otro pedazo de papel. No fue de menos fuerza tampoco aquella organización cuasi alemana del "ejército pintoresco e ilustrado", recibida a través del oficial chileno Mac-Gil. Con aquellos uniformes, con aquellos cascos, con aquellas botas, con aquel "paso de pato" y el automatismo asimilado de los serranos de Táriba y de los paludosos de Guacara y con las estrategias y las marchas y las ásperas voces de mando, el hombre de cortijo, el campesino, el peón con arreos de general, sentíase como ligado de una manera fantástica y absurda a la tremenda unidad guerrera que la deficiencia histórica y geográfica de su comprensión convertía en fanatismo de tribu. El odio al "doctor", a los franceses que hablaban del derecho y de la libertad, palabras ingratas a la oreja del déspota cursi, todo eso amasado por una mala hora del destino y hábilmente aprovechado por el ministro von Prolius y por la reconocida habilidad del alemán en halagar y adormecer mientras los colmillos del jabalí de la Selva Negra asoman debajo

del mostacho marcial, contribuyó para que en la primera etapa la actitud del gobierno de Venezuela fuese una neutralidad burlesca, tolerada de una manera incomprensible por los ministros aliados a quienes el alemán llevaba todas las ventajas personales. Por eso un buque alemán usó de su inalámbrico en aguas venezolanas para alertar los cruceros que recorrían el Atlántico buscando al escuadrón de von Spee; por eso otro barco fondeó en La Guaira sin papeles, huyendo de una Antilla y por medio del señor von Prolius y de la casa Blohm –firma alemana que influye en los gobiernos a través de una vieja complicidad en combinaciones bursátiles–obtuvo despacho requerido y con papeles de la primera aduana de la República salió al mar, cargado de carbón hasta los imbornales para surtir los navíos de guerra. Por eso cuando pretenden algunos, naturalmente asesorados por los representantes aliados, fundar una hoja y hacer opinión, ante la queja del ministro alemán, Gómez ordena a través del doctor Márquez Bustillos: que se suprima *El Avión* y que si sus redactores insisten se les meta a la cárcel. Las colonias británica, francesa e italiana, las sociedades "L' Alliance Française" y la "Fratellanza Italiana", quisieron oponerse a aquel deprimente absolutismo y se pusieron a la obra de fundar un órgano propio. Se les exigió primero un permiso especial del Gobierno, luego "que el director responsable debía de ser un extranjero". Al fin salió aquella publicación a cuyo frente no figuraba nadie y que luego se hizo morir con un expediente muy propio de esta gente: se dieron instrucciones a las oficinas de correos de la república para que pusiesen toda suerte de trabas y destruyesen, a ser posible, los paquetes de periódicos. Y el órgano aliado volvió a la tumba. Poco después su redactor, el periodista Rafael de la Cova tenía que salir del país. A otro redactor, Fermín Huizi, se le metió a la cárcel. Los hermanos siameses de la ignominia. *El Universal* y *El Nuevo Diario*, tenían orden de publicar informaciones oficiosas alemanas. El comercio germano de Maracaibo y de Ciudad Bolívar, los alemanes de Caracas, pagaban o sobornaban para obtener propaganda, y hasta el ministro de Italia se vio obligado a quejarse fuertemente por la violencia con que se atacaba a su patria en uno de aquellos periódicos. Esto fue de menos gravedad que las sigilosas gestiones que se hicieron para que Venezuela "cediese" la isla de Margarita a fin de establecer allí una base submarina.

La entrada espectacular de los Estados Unidos en la guerra y la subsiguiente presión de éstos hasta arrancar aquella declaración que el magistrado putativo Márquez Bustillos hiciera en un mensaje condenando la guerra submarina tras el escándalo del "Lusitania", cambiaron un poco en apariencia las cosas. Pero entonces la ira recóndita del "general" por no poder plegar como cera a su voluntad hasta los desahogos románticos de los aliadófilos de las Gradillas que discutían como energúmenos frente a las pizarras de los diarios, la cólera sorda de ver su kaiser en vísperas de convertirse en un guiñapo histórico y unos cuantos millones de marcos perdidos en un banco de Berlín, y que se hizo reembolsar

cargándole la pérdida a Venezuela, la soberbia de sentirse en ridículo se desdobló hacia sus compatriotas. Mandó suprimir la información en *El Luchador* de Ciudad Bolívar y quiso indirectamente hacer igual cosa con *El Fonógrafo* de Caracas y con el de Maracaibo. Desde un año antes de estallar la guerra compartía con los señores Eduardo y Carlos López Bustamante la dirección del gran diario zuliano – lo único que se ha parecido a periódico moderno en Venezuela desde que fue fundado por don Eduardo López Rivas y que contaba treinta y ocho años de existencia. Hasta 1917 estuve en aquella redacción y nuestra campaña de prensa fue formidable[68]. Por aquella fecha misma, uno de los hermanos propietarios, Carlos, se trasladó a Caracas y con el apoyo de las simpatías aliadas organizó la edición de la capital de la República que debía de tener una existencia efímera. A pretexto de haberse reproducido un artículo del doctor Domínguez Acosta, director de la revista teosófica *Dharma*, en el cual recordaba los valores espirituales de la causa aliada y las obligaciones morales de la República ante el conflicto, se redujo a prisión al autor. Igual cosa se hizo con los hermanos López Bustamante en Caracas y en Maracaibo. El señor Arturo Lares Echeverría, redactor en la edición caraqueña, protestó ante Márquez Bustillos de aquella arbitrariedad y se le envió a hacer compañía a López Bustamante a la cárcel. Estaba dado el golpe de gracia. Los regímenes despóticos anteriores, locales y nacionales, habían respetado aquel periódico, cuyo progreso material era una consecuencia de su enorme responsabilidad moral. Para la fecha en que se redujo a prisión a los directores y propietarios – Eduardo en la fortaleza de San Carlos, su hermano Carlos en La Rotunda de Caracas– la edición de los dos grandes diarios a 8 páginas era considerable y significaba el esfuerzo de dos generaciones. Ambas imprentas fueron selladas; la empresa se arruinó. Dos de los hermanos López Bustamante viven en el destierro, como también Lares Echeverría.

[68] Circuló por ahí un libelo del doctor P.M. Arcaya, ministro en Washington del nepotarca Gómez, en el que tratando de justificar "su actuación" y el derecho de hacer perseguir a sus compatriotas en el exterior (véase nota marginal, página 317, tomo II) alude a cierto incidente que refiere así... "También recuerdo que en Venezuela, durante los tres años que ejercí el Ministerio de Relaciones Interiores, ocurrieron varias representaciones, hechas a nuestro Gobierno, una por el Ministro español con motivo de haberse insertado en un periódico de Maracaibo, un artículo de un español en que se incitaba al asesinato del rey de España"... Todo esto está falseado y es un tejido de inexactitudes, porque precisamente el episodio implica lo contrario. El periódico era *El Fonógrafo*, el escritor español, Enrique López Bustamante, venezolano, en esa época nuestro corresponsal en Madrid. En una de sus crónicas –que reprodujo la prensa española– se permitía ironizar un poco acerca de ciertas galanterías del Monarca hispano con una actriz célebre, ya por cierto muerta. El encargado de negocios de España en Caracas, un pobre señor Ontiveros, que sin duda quería hacer méritos, formó una alharaca y dirigió una nota al ministro del Exterior, Ignacio Andrade, protestando "enérgicamente" de aquel ataque a la nación española en la persona de su rey. Yo estaba en esos días en Caracas y me telegrafiaron de la redacción de Maracaibo que fuese a ver al Ministro del Exterior. Fui a eso. Este me hizo saber que había remitido la comunicación del celoso Ontiveros a su colega del Interior para tramitación del caso y que pasase a entrevistarme con él. Era Arcaya. Me informó que ya había contestado lo que debía a Relaciones Exteriores, esto es, que "como en Venezuela la prensa es libre" el

Poco antes de que *El Fonógrafo* fundase su edición de Caracas, fui allí en gestiones preliminares de la empresa que después con inteligencia y energía debía de llevar a cabo, si bien por breves días, Carlos López Bustamante. Cuando dejé el Zulia, la ausencia del Presidente titular general José María García y la interinaria del general Juan Alberto Aranguren había dado lugar a que este último, movido por el deseo de quedarse con la presidencia, fomentase una especie de curiosa reacción en la que censurando con diatribas y actos de simulada altivez patriótica la actuación de García se le hacían protestas de devoción y ternura a Gómez, llevando la intriga hasta cruzarse sendos telegramas con Eustoquio, telegramas que se publicaron... Nosotros, los de *El Fonógrafo*, no estábamos para farsas y menos de esa índole. García no había hecho daño a nadie; dentro de "la posibilidad oficial" respetó diplomáticamente la opinión de todos y como no quisimos prestar el periódico para la maniobra de que a un señor García le sucediese un señor Aranguren, aún más extraño al Zulia y a sus intereses que el mismo García, se desencadenó contra nosotros esa inquina local y baja de los que tanteaban algo a que asirse, periodicucheros oportunistas o malvados, a quienes apabullaba de insignificancia el prestigio y la circunspección de *El Fonógrafo*. Detrás de la cuestión de campanario manipulaba la colonia alemana; y se intrigaba en Maracaibo, en Caracas y en Maracay. Llovían amenazas, anónimos, ultrajes.

Los que conocen en nuestros países estas luchas locales saben qué áspero sabor dejan en nosotros. Nó basta el lenitivo de largos días en la distancia y en el tiempo para borrar la repugnancia de ciertos episodios. Nuestros defectos humanos y más comúnmente nuestras mejores acciones se tuercen, se envenenan, se desfiguran. Nuestro amor se llama corrupción; nuestro orgullo agresividad; nuestra viril tolerancia contubernio. "Y como los dioses son extraños –dice Wilde en una de sus páginas más desgarradoras del *De Profundis* – castigan en nosotros tanto lo que es bueno y humano como lo que es malo y perverso. Hay que aceptar el hecho de que a uno se le castiga tanto por el bien como por el mal que haya hecho"... Un incendio arrasó casi una manzana de casas en la Plaza Páez; abrimos una suscripción en el periódico y un mes después más de cien desgraciados volvían bajo un techo mejor que el que habían perdido. Aquello era "una especulación nuestra". Ciertas compañías anónimas de alumbrado o fuerza o transporte explotaban al pueblo; las combatimos, las obligamos a disolverse o a mejorar sus servicios, recogimos la insidia

gobierno "si bien deploraba aquello, etc." no podía proceder "de facto" contra un periodista y que en todo caso al escrupuloso Ontiveros le quedaba la vía expedita de los tribunales de justicia. Las notas en cuestión corren insertas en el "Libro Amarillo" de 1917. Pocos días después se abrió el juicio contra los directores de "El Fonógrafo" –Eduardo López Bustamante y el que esto escribe– y los tribunales del Zulia declararon "sin lugar" la pintoresca demanda. El autor del artículo en cuestión continuó tranquilo en Madrid luengos años sin que allá tuviese eco alguno la indignada protesta de Ontiveros. Y estampo de paso esta larga y minuciosa nota para que vea cómo hasta en los detalles más triviales y hasta invirtiendo las pocas acciones que le honran –que a tanto la vileza alcanza!– el doctor Arcaya ha llegado al vértigo de urdir patrañas y adulterar hechos– J.R.P.

y la estupidez de los mismos favorecidos; trató algún favorito, en Maracay, de establecer el juego, denunciamos el hecho y los tahúres se indignaron y las gentes de bien apoyaron a los tahúres. Y porque era repugnante y triste ver cómo el oro de la colonia alemana del Zulia trataba de oscurecer la opinión y de desfigurar la verdadera significación de la tragedia europea, de ahí que en derredor de nuestra actitud se condensaba una tempestad siniestra... Hasta con los puños hubo que defenderse.

Ya para entonces iban penetrando en la prodigiosa riqueza de occidente los hombres de la concesión y de la explotación. Los pozos petroleros de La Rosita prometían una ganancia fabulosa. Allí estaban ya los ingleses. La "Standard Oil" luego, disfrazada con títulos diversos. Habían lanzado sus agrimensores y sus perforadores sobre San Lorenzo y por las márgenes del Motatán. Un señor Meléndez vendió la primera concesión. Esta se extendió, propiamente, como una mancha de aceite. Ya a fines de 1913 el yanqui había extendido los linderos de sus concesiones arrollando a los infelices agricultores cuyo derecho posesorio ejercido por más de diez años consagrábales la propiedad legal sobre sus pequeños fundos, que allí le llaman "chaos". A mi llegada al Zulia el ministerio de Fomento me nombró Intendente de Tierras Baldías, cargo meramente honorífico que por el insignificante emolumento desembolsado representó algunos millares de bolívares de ingresos a la nación de lo que recaudé por arrendamientos vencidos y por impuestos que el comercio extranjero exportador jamás se cuidara antes de pagar. En tal virtud he recorrido aquellos extensos campos; pernocté en las chozas de los indios a quienes la invasión del hombre rubio arrojaba de sus tierras si no querían o no servían para la labor a que se les sometía por un salario írrito; presencié, en el propio teatro de los acontecimientos, aquella infamia de unos insensatos que negociaban en Caracas por sumas ridículas –en relación a lo que significaba lo vendido– el porvenir de la patria y la seguridad del futuro, dejando que se cometiera, de paso, un despojo inicuo con aquellos infelices labriegos. Cierto día, en plena selva, presenciando oficialmente una mensura que practicaba un particular, vi llegar al campamento un yanqui del Oeste, un tal míster Nash, armado y acompañado de otros forajidos, porque tenía orden de hacernos salir de "sus terrenos"....

–¿Quién le ha dado a usted tal orden?

–La Compañía – repuso con las manos puestas en las culatas de sus dos pistolas de caballería.

Eramos unos pocos los venezolanos que allí habíamos. El interesado en la mensura, el ingeniero Enrique Vilches, dos peones. Dos goajiros de pómulo abierto, de ojo oblicuo, que vinieron a situarse silenciosamente detrás de nosotros acariciando la larga hoja de sus machetes. Mostré a aquel bárbaro rubio los papeles que me acreditaban como funcionario de la República y señalándole una trocha que se abría a un lado le aconsejé lo mejor que supe. El "cow-boy" consideró el asunto, miro inquieto para los *chinos* silenciosos, para Vilches – que extraía de sus alforjas, todo

lleno de boronas de queso y de fragmentos de bizcocho, un revólver vetusto e inquietante–, dio media vuelta y fuese por la pica llevándose junto con el fracaso de su misión "diplomática", y en mi precario inglés de entonces, el más merecido "go to hell"... Si hago un simple guiño los muchachos lo vuelven una ensalada. Era un julio inclemente. La paja alta y reseca nos azotaba el rostro entre las malezas. Una hora después uno de los goajiros dio un grito y señaló la humareda por encima del copo de los ceibos. Estábamos en mitad de un océano de llamas. Incendiado el pajonal, media legua de la ribera del río, sólo una carrera loca podía salvarnos. Logramos echarnos al río con la ropa ardiendo y la cara chamuscada. Entre el humo, entre la aturdida fuga por la sabana ardiendo, creíamos escuchar el golpe de caballos, gritos salvajes del "Far West", silbar de balas... En la tarde, hambrientos, quebrantados, logramos hallar una senda y a poco se nos reunió el señor Guillermino Paz con algunos peones. Con el alba, continuamos nuestra mensura sobre el campo incendiado. Cuando regresé a Maracaibo una semana más tarde hallé que el abogado de la Caribbean, doctor Jaime Luzardo Esteva, a nombre del encargado de dicha compañía allí, un tal Rowlan Barttlet –años antes mezclado en el asunto de la Bermúdez Company– me había acusado ante el Presidente del Estado porque "a la cabeza de una guerrilla" había amenazado de muerte al "boss" de los trabajos de la compañía "dentro de los linderos de su posesión". Formulé una larga exposición al Ministro de Fomento, mi inmediato superior, relatándole lo ocurrido, y el doctor Carlos Grisanti, consejero jurídico a la sazón en ese despacho, encontró que me asistía toda razón y que el Gobierno Nacional debía proceder a hacer respetar sus derechos. Sobrevino a poco la caída del Ministro Pedro Emilio Coll, le reemplazó Santiago Fontiveros, y como insistiese en mi demanda, por decoro mismo de la Nación, el señor Ministro, en telegrama que conservo, al darme las gracias por mis servicios me participaba el nombramiento de mi sucesor... La nota de protesta aludida debe estar en los archivos del Ministerio. Un duplicado existe archivado en la Secretaría General del Zulia. Dos abogados muy conocidos y respetables del Zulia recordarán el incidente y la consulta que les hice antes de expedir el documento*. En cuanto a la razón que tenía la Compañía para proceder así, basta saber que meses más tarde le dieron al interesado en aquel asunto del deslinde una suma para que desistiese de toda gestión, pues que el atentado se había cometido en terrenos de su legítima propiedad. El gobierno de Venezuela, está hoy virtualmente supeditado a intereses anglo-americanos. A ese precio ha pagado Gómez la seguridad de que disfruta para perpetuarse. Frente a los hechos simples, desnudos, categóricos, esas verborreas internacionales y esos monumentos a Bolívar y esos regalos de espadas de Páez y pistolas de Pershing no son sino la parte espectacular de la infamia silenciosa... A esto es a lo que han veni-

* Uno de ellos el doctor Pedro París; el otro, ya falleció.

do llamando Lansing, Hughes, Kellog y Corder Hull "un gobierno constituido".

El invasor ha llegado. Y no es con ministros "gratos" al Departamento de Estado con lo que vamos a ponerle coto.

Terminadas las gestiones que me llevaron a Caracas relacionadas todas con la fundación de *El Fonógrafo* allá y amargamente convencido de la inutilidad de pretender galvanizar nervios podridos con la débil corriente de voluntades sin cohesión, regresaba al Zulia en un vapor de la Red "D" Line. Venían en el mismo barco los presidentes de los Estados Zulia, Mérida y Trujillo, que pasaran algunos días en Maracay invitados por Gómez para una de sus consabidas giras a través del país en la que le acompañó, además, todo el Congreso. Vasta recorrida estrepitosa que infectó de "política" las llanuras épicas, los callados caseríos, la triste perspectiva de los horizontes llaneros... Ante los ojos del pampero, paludoso y arruinado –Villa de Cura melancólica en el regazo de su cerro crepuscular, San Juan de los Morros bajo la guarda de sus farallones fantásticos, Ortiz, leproso que sale a la carretera, que tuvo antaño una existencia lejana, pastoril y brillante, El Rastro de las audacias trágicas, Calabozo, dormido de silencio y de sol en un brazo del Guárico, ante la desolada visión del hombre aislado en las distancias y en las civilizaciones rudimentarias, pasó la farándula de choferes y de diputados, de generales y de doctores, con "terneras" ruidosas, con aclamaciones de comparsa, con "pueblo" que se recluta para estas cosas como la claque en los alredédores de los teatros. Pasó y regresó, presidida por Gómez el viejo, por sus hijos Vicentico y Alí, sucesores dinásticos, de gran prestigio entre las rameras de Caracas y de Maracay; mozallones que se quitaban la chaqueta para torear o los pantalones para pescar; suerte de preparación *ad usum delphini* con que ya su padre les venía exhibiendo y acostumbrando a "los amigos" a que les conociesen primero para que luego les "reconociesen". Vallenilla ya comenzaba a referir a "los hijos del general" que Bolívar era muy mujeriego y que Falcón mató a un hombre de una bofetada. Díaz Rodríguez, el autor de *Idolos Rotos,* el estilista el "orfebre máximo" que "filigraniza" su prosa y repuja su política, o repuja su prosa para "filigranizar" su "política", el Gran Maestre venezolano de las literaturas pitiminí, había dicho en cierta comilona refiriéndose a la madre de los hijos de Gómez "que daba palomas para el nido y aguiluchos para el ejército". Los diarios de Caracas y del interior nos rendían diaria cuenta de cuanto hacían "los laboriosos hijos del general", los *coroneles* Vicente y Alí. Gómez iba pasando envuelto en una vaga ternura muy venezolana y muy sinvergüenza a la categoría patriarcal de "el viejo".

Viendo perderse en las brumas de la tarde los trazos azules de la montaña, sobre el libre mar, pensaba cómo detrás de aquellos cerros, en los poblados, vivían unos cuantos hombres nutriéndose de la nación y devorándola, sin digerirla, mientras más allá, más lejos, en el surco, en la pradera, junto al río paternal los otros, los Juan nadie, millón y medio, dos millones de seres, iban tras el buey cansado, perneando el potro flaco, con el canalete al puño, midiendo una larga existencia de parias, presas de los instintos, de la brutalidad y de la muerte...

Pocos pasajeros. Los generales García, Amador Uzcátegui y Omaña; el doctor Troconis Baptista, el señor Eduardo Leseur; un sujeto gordo llamado Trinidad Linares; algunos criados. Al bajar al salón advertí sola, en la mesa del capitán, a una pasajera. Una mujer blanca, alta, fuerte; los ojos negros. Tan copiosa la cabellera que parecía doblegarle el cuello en un gesto sumiso que daba cierta gracia tierna a lo recio de su feminidad.

En Curazao debíamos trasbordarnos a otro barco. Fue menester aguardar tres días al "Mérida". Aburrimiento. Negros timoneando las barcazas de vientre limoso; negras locuaces; mulatas con los codos como rodillas; judíos portugueses intentando fascinarnos a la puerta de sus comercios con calzoncillos listados y "palmbeach" color de araguato. Una banda militar. Un puente. Otro, pero que se abre raras veces. Capillas evangélicas; una logia; dos sinagogas. Casitas blancas, azules, rojas color naranja. Navíos bituminosos que cargan o descargan. Fortalezas grises. Agua ancha, dormida y hedionda en los canales. Un dominico. Dos agustinos. Zambos de uniforme; por una callejuela extraviada de un barrio solitario, en lo alto de una ventana, de súbito dos ojos hebreos, enormes, sensuales, que se velan en una niebla de animalidad insatisfecha. Se casará ésta como las otras con un primo, otro judío que se llame Denden o Bamban o Mordejay... ¡Y gracias que haya esa piedra holandesa en el mar Caribe para llegar a ella en una hora de persecución!

La mujer alta, fuerte y blanca del barco ha salido esta mañana en bata de baño de la puerta que da frente a la mía en el hotel. El hotel es de otro judío jorobado de ojos malignos. Mimbres, espejo de marco de yeso, cantina. Tiene tres pisos; pretensiones de Ritz Carlton; agua salada en las duchas del lavatorio y un jabón que apesta a alquitrán. En los puertos se tiene siempre esta insoportable sensación de brea.

Por la tarde, tras una siesta penosa –si se abren las ventanas entra un ventarrón marino que inquieta, si se cierran comienza a corrernos por todo el cuerpo un sudor pegajoso–. Nos instalamos a tomar el fresco en el balcón general que da a la entrada. Ya está ahí la dama vecina con un libro que no lee, una "toilette" ligera y unas medias de seda carne.

A ratos, distraídamente, deja caer sobre nuestro grupo una mirada rápida, casi de desdén. Cuando pasa Linares mírale pensativamente los holgados fondillos, la marcha tarda y cómica. No sé por qué se me antoja que debe ser casada con un hombre así, de grandes calzones, de pies

descomunales. Hay en ella un no sé qué de resistencia física para saciar brutos.

Un negro que anda a cargo de las maletas desde que llegamos y nos vende cofres de palo santo y botellas de bayrum ha venido a decirme, muy quedo, que la señora del 34 es una espía...

–¿Una espía alemana?

–No *sjon* (se pronuncia shon, quiere decir "señor" en el horrible "patois" de estos isleños)... Es espía de los *revolucionarios.*

El contrabando con la cercana costa, los nísperos y los revolucionarios son las principales industrias del país. Si en vez de verme como "del gobierno" nos supone en la oposición, la pobre señora resulta para el negro "una espía de Gómez".

Como todo, el terror, el desosiego, la inquietud. Espías; negros sigilosos; funcionarios de policía que nos examinan con un algo de andino en los ojos...

Ha llegado el barco a que debemos trasbordarnos. Los pasajeros informan que en Maracaibo hay "cierta agitación"...

–¿Y la espía? –le pregunto al negro mientras hace las maletas finales.

–No está en el hotel –responde mirando con desconfianza a los pasillos.

Estaba en un camarote del "Mérida", ya espiando a otro, sin duda. Creo que a alguno de los presidentes.

–¡Es de una gran familia de Caracas! –informa el negro que al parecer está bien enterado– de una gran familia; ¿usted no la conoce, *sjon?*

–Precisamente a ella no; pero conozco otras, muchas otras de la misma familia...

Y el gongo de los camareros obliga a descender a aquel híbrido conjunto de gentes que hablan sin escucharse entre sí.

Al salir, lentamente, sobre un agua de raso, comienzan a brillar las luces del puerto. Un grumete iza una farola verde en el puente. Después las lucecillas de Curazao son muy pequeñas y una nube negra que arroja la isla descubre más lejos, en el mar, un camino misterioso.

CAPITULO XIX

El motín de Maracaibo – Un sacrificio insensato y estéril – Las pequeñas tristezas de la provincia – Persecusiones alternativas – Los pantalones del general Aranguren – Atajando pollos – Matute Gómez y la nueva remesa de bárbaros – De cómo algunos detalles personales ilustran ciertos acontecimientos públicos – "Las víctimas" sin victimario – Los héroes desconocidos – Militares y periodistas – La hora del destino – Pasa la peste blanca... – Gómez y la gripe – Vilezas del miedo – Caracas la gentil – Páginas que se le olvidaron a Manzzoni – La manifestación proaliada – Desmanes de la gente de escaleras abajo – En las antesalas de la muerte – La noche de la conspiración – El reloj del Panteón

AL AMANECER, extendido en la costa, tras de las aguas revueltas de la barra, surgió el largo cientopiés de la fortaleza de San Carlos. Breves instantes allí. Embarcó el coronel Ovidio Márquez. Alguien me informa que trae de la vecina ciudad noticias alarmantes. Ha conferenciado breves momentos con el presidente del Zulia. En el salón permanecen entre almohadas, víctimas del mareo. Omaña y Uzcátegui. He cruzado breves palabras con el primero, aludiendo a la tétrica piedra que tenemos en frente. Sin sonreír, me pregunta de súbito:

–¿Se acuerda usted? Ahora nos toca a nosotros....

A nosotros... A nosotros no nos toca nada. Los que quisimos mejorar la triste condición del país nada podemos como no sea a través de los peligrosos vericuetos de una nueva conspiración o por las vías torcidas de algún favor oficial. La esfinge exterior no responde nada y una cantidad importantísima de hombres de cierta valía y arraigo, expectantes, nada ensayan en definitiva porque "no tienen consigna". La consigna es una orden fantástica de unos seres fantásticos que preparan una invasión fantástica. En este mundo de fantasmas la sola realidad es que el regionalismo andino y el grupo de "Gómez único" cierra filas y barreras para adentro. Tiene las prebendas. Tiene la propaganda. Tiene allí, más allá y en el corazón mismo de la capital, las mansiones de la tortura y de la muerte...

"Ahora nos toca a nosotros... " Les tocaba a ellos, ciertamente. Por otra parte, he aquí de nuevo la misma vieja noción de las retaliaciones, del ojo por ojo, de la oración pasiva. Dentro de este cerrado concepto, entre ambos extremos de la balanza de la suerte. Venezuela entera se ha pasado soñando esperanzas de redención futura y cosechando frutos envenenados.

Al doblar el "Mérida" la isla de Capitán Chico, Troconis Baptista, que está acodado a mi lado en la borda, me señala un grupo de embarcaciones que largan la vela y parece que tuvieran prisa de abandonar el puerto. Ya éste se comienza a precisar, los primeros techos, los primeros verdores urbanos bajo una luz amarilla que lanza un oro muerto sobre las aguas.

–Es curioso... ¡cualquiera diría que van huyendo! Y no bien comenzamos a observar cierto movimiento insólito en el puerto y algunos pitos de fábrica y algunos cohetes saludan la entrada del barco, cuando neta, distinta, con una brutal fulguración en la luz radiante, escúchase una descarga de maussers.

–Pasa algo serio en tierra, ¡vean, vean!... exclama Leseur. Sus ojos nictálopes penetran en el confuso sombrío de los muelles y guiados por su indicación apercibimos filas de puntitos claros que avanzan tras ligeras nubecillas...

Desde el puente una orden seca. Paran súbitamente el cuarto de máquina a que andamos. Ruedan la cadena del ancla. Hemos fondeado a unas dos cuadras de la rada. Escúchanse otra vez, hacia los barrios altos, algunos disparos. De las ventanas sobre los muelles, de las azoteas que dominan la bahía y el desembarcadero, salen tiros. Algunas balas penetran en el casco de madera del viejo "Mérida" y cuando por la borda opuesta descendemos a la lancha llena de personas, de funcionarios que vienen al encuentro de los presidentes, de amigos personales, veo en la escala a José María García, el primero dispuesto a saltar, no obstante las reflexiones y hasta la violencia que sus amigos tratan de hacerle para que permanezca a bordo. Se trata de la reacción de Aranguren.

–¡Están matando a mis amigos! –grita deshaciéndose de quienes le sujetan. Y se arroja a la lancha. Al dar vuelta al casco del navío la pequeña gasolinera en que vamos unos veinticinco, recibimos una descarga. El agua herida por las balas nos salpica los rostros. Hay una calma tétrica en la superficie. El cielo azul y hermoso. Habrá que morir de una manera absurda. Algunos están pálidos de emoción. Otros charlan con esa inquietud nerviosa de la ira contenida. Es un sentimiento de cólera el primero que asalta al hombre atacado. El instinto de conservación reacciona en una forma agresiva en las razas meridionales.

–¡Y éste es el pueblo de carneros que dicen...! masculla socarronamente Amador Uzcátegui. No ha perdido su pachorra, su sangre fría, su buen humor. En verdad, todo el mundo aparece sereno y sólo se inmutan algunos que por primera vez se ven envueltos en estas escenas corrientes de nuestro desorden interno. Aquello no es reacción ni nada: aquello es el desahogo de un enemigo personal contra un hombre por parte de otro

grupo de hombres a quienes las circunstancias colocó de frente y que algún día puede que vayan brazo a brazo a defender el mismo régimen...

–¡Viva Gómez! –gritan los que desembarcan.

–¡Viva Gómez! –gritan los que tiran.

Como siempre, hay una victima: el pueblo. En el muelle quedan tendidos unos cuantos. Al cruzar la Plaza Colón, dos oficiales traen un soldadito con el cuello atravesado de un balazo. Va lívido; en sus pupilas hay un estupor de muerte. El comandante de armas de la plaza, Olegario Salas, marcha con el grupo de recién llegados, el sable campechanamente a la espalda. García ordena que retiren las guerrillas dispersas y nos hace subir a su casa, en la esquina del templo de San Francisco. A poco aparece el general Aranguren. García le increpa colérico; Aranguren baja la cabeza:

–La inexperiencia, general...

–Y esos pantalones ¿para qué los tiene?

De seguidas se encierran en un salón inmediato. Melquíades Parra en la casa de gobierno arregló ya los documentos para encargarse del poder García. La fuerza está acuartelada. Los líderes del "movimiento" han desaparecido... Nadie es responsable. Aranguren expone que "le empujaron", sus amigos que a ellos "les empujaron". Es la clásica reflexión del negro:

–¡Que *naiden* arrempuje a *naiden* porque *naiden* sabe cómo está *naiden!*

De la torpe hazaña resultaron nueve muertos y veintitantos heridos. Se trató de enjuiciar a Aranguren. La "alta política" intervino. Ante esto, García procedió por su cuenta a detener a Aranguren, a un señor Rodolfo Hernández, y al señor Antonio Aranguren, pariente del inexperto jefe de la asonada y que apareció, a lo que dijeron, complicado en el asunto. Se le prendió en Caracas. El doctor Pedro París, también fue arrestado. Todos estos señores pasaron a la cárcel pública donde estuvieron varios meses con un par de grillos.

La tarde de estos acontecimientos –antes de las prisiones– el presidente del Estado me llamó a su casa:

–Ya usted ve lo que ha pasado. Unos cuantos han hecho que la ciudad aparezca así... Vea las víctimas –tenía en la mano las listas de los sacrificados. –Esto, sabe usted bien, que no es ni una revolución, ni una protesta ni nada de eso. Después que Gumersindo Méndez atropelló y metió a la cárcel e hizo lo que quiso, vine yo al Zulia y no le he hecho mal a nadie. Estos hombres han querido quedarse con la presidencia para la que me eligió una Asamblea Legislativa del Estado, de la cual usted formó parte. Yo quiero castigar a unos cuantos, a los verdaderos responsables, para devolver la tranquilidad a los maracaiberos que no merecen esto. A usted le conocen aquí, es de aquí y quiero que se apacigüen los ánimos. En estos momentos necesito personas que entiendan lo que está pasando. Yo no quiero que el pueblo de Maracaibo pague la intriga de Alberto

Aranguren. Usted va a la Secretaría de la Gobernación. El doctor Troconis Baptista y usted se entenderán bien. Y así no me dirán que he perseguido a nadie.

Venciendo mi negativa inicial y apelando a nuestra amistad el presidente García me dijo que ello sería por unas semanas, mientras se calmaban las cosas... Como en efecto. Breves días serví el cargo y tanto el señor doctor Troconis Baptista como yo, sabemos a cuántas intrigas locales y a cuántas venganzas de campanario, aun poniendo de lado el amor propio, tuvimos que darles larga. Quince días después había cesado toda inquietud. El solo acto autoritario que se prolongó fue el de detención de los mencionados señores. Luego, también fueron libertados sin condiciones. Los fugitivos permanecían en Curazao, o Cúcuta, por temores locales. El señor Rodolfo Hernández, el general Aranguren y Eustoquio Gómez –que aspiraba desde el Táchira a controlar la política zuliana– habíanse cruzado telegramas patrióticos por aquellos días. De manera que ante la más estrecha crítica, si García era digno de censurar por los descuidos y las pequeñas especulaciones de su primera administración en el Zulia, ¿de qué era digno el bandolero tachirense que mataba funcionarios a tiros y colgaba los hombres muertos por el cuello en ganchos de expender carne...? ¡Ah! ¡esa indignación patriótica de los farsantes de siempre que condenan a los favoritos en desgracia y lamen la cola de los dogos en favor! ¡Ese tergiversar acomodaticio de una moral de sacristía, ese cinismo de censurar actos erróneos en otros con las manos metidas hasta los codos en el fangal cotidiano! [69]

Por aquellos días me separé de la dirección de *El Fonógrafo* y poco después, de conformidad con mi exigencia terminante de toda participación activa en política local, el presidente García me nombró Registrador Principal de la Propiedad del Estado [70] y en tal virtud deposité la fianza

[69] En noviembre del año 19 publicó el doctor Humberto Tejera en Panamá un folleto interesantísimo titulado *Los Gómez y el Poder Judicial Venezolano*. Van allí pormenorizados y documentados los atropellos –¡y no todos ciertamente.– de Eustoquio Gómez en el Táchira y de los abogados "consultores" de Caracas. No falta Arcaya, naturalmente, en este "rendez vous" de pícaros. El folleto de Tejera, ex Juez de Primera Instancia en lo Civil y Mercantil del desdichado Táchira, es una de las requisitorias más valiosas, por la exactitud y la circunspección, que se hayan formulado para compilar el vasto expediente de la nepotarquía venezolana.

[70] Una mañana a las once, mientras nos preparábamos para sentarnos a un almuerzo ofrecido por el Cónsul de Colombia, llegó muy agitado y mortificado el general Victorino Márquez Iragorri, quien era también uno de los invitados y nos refirió que sin quererlo acababa de hacer un daño. Mi antecesor en el cargo de Registrador Principal de la Propiedad, pariente de Aranguren, reclamaba a Márquez Iragorri, Tesorero del Estado, una quincena de salario o cosa así que quedaba a deberle, según él, la Administración, y como el Tesorero dijera que no tenía tal orden, parece que Aranguren hizo comentario irritado y amenazante, que Márquez refirió al Presidente del Estado tal comentario y éste acaba de mandar que le metiesen a la cárcel... La noticia nos contrarió a todos. El señor Aranguren Delgado era una persona estimable y ajena por completo a luchas políticas, no teniendo en ellas, por otra parte, significación de ninguna clase. Días después supe con una sorpresa irritada que se me acusaba particularmente de la prisión de este buen señor. De los fuertes y de los malos me gusta saber que me odian y que me creen capaz de una retaliación. Estaban presentes en esta circunstancia que dejo narrada el entonces Cónsul de Colombia en Maracaibo, Alfonso Sánchez Santamaría, el coronel Antonio Blanco Uribe, ya fallecido,

legal de diez mil bolívares, que cancelé poco después al dejar el cargo para dedicarme a empresas particulares de espectáculos públicos en cuyo negocio estuve hasta mediados de 1918. Ya para entonces, el golpe de Estado que se venía preparando, estaba organizado en sus principales detalles en el interior. Unica condición que puse respecto al Zulia fue la de que mientras estuviese allí García –y en virtud de un sentimiento muy explicable hacia quien en parte me había librado de las persecuciones de Maracay– es decir, hasta tanto no terminase el período presidencial aquel, no debía hacerse nada en el Zulia.[71] Una nueva torpeza fue la designación de Santos Matute Gómez –un bizco analfabeto hermano natural de Juan Vicente– para presidir el Estado. Llegó allí rodeado de matachines, con enormes revólveres, con apetitos de mando y con un frenesí de especulación que tocaba a las lindes de la comicidad. Los contratos celebrados con la Municipalidad en diversos ramos, los declaró insubsistentes *manu militari* y lanzó una horda de parientes y de protegidos de San Antonio del Táchira, una serie de negociantillos y de "rematadores" de alcabala, una pandilla de andinos que empezaron sus "rebuscas" asesorados por los cuatro o cinco pillos patentados que cuenta cada localidad. El tiempo diría las consecuencias.

Acosados por esta nueva facción que venía a ser como la de otros intrusos dentro de la vasta intrusión de Maracay en el Zulia, era menester resolverse rápidamente a la acción, sin más demora, sin más esperar en "el fantasma" que de tiempo en tiempo surgía más allá del horizonte visible del Atlántico unas veces con la testa de Leopoldo Baptista, otras con la de Ortega Martínez, otras con la de José Manuel Hernández... A ratos la revolución fantasma tenía más cabezas que la hidra. A este género de amenazas ultramarinas debíanse a cada instante prisiones, medidas drásticas, caídas inesperadas, ascensos súbitos. Una mañana vi pasar hacia el tétrico San Carlos, uno de los barcos de la navegación interior que llevaba a sepultar en aquellos fosos al general Juan Araujo y a los oficiales trujillanos. Días antes apenas, Araujo había tenido a su cargo la presidencia del Estado. En este tejido complicado local y federal de intereses, buscando una salida, un cauce amplio en que verter las fuerzas dispersas hacia una sola corriente nacional: el deseo, la necesidad de acabar con el régimen ridículo de los presidentes –la interinaria grotesca e indefinida de Márquez y la insoportable y soldadesca dictadura de Gómez–, ante la inercia externa y la raigambre que el cuartel iba extendiendo en la vida civil, un grupo de jóvenes resolvimos presentar la

los señores Víctor M. Volcán, Lares Echeverría y algunos otros. El primero y los dos últimos nombrados, residentes en Nueva York, México y la Habana, respectivamente, pueden confirmar este incidente. El mismo presidente García, que es un hombre de honor, puede también decir en qué circunstancias y por cuál razón ordenó aquella violenta medida. En cuanto al Tesorero Márquez Iragorri, hijo del doctor Márquez Bustillos, Presidente interino e indefinido de la República, murió días después de la caída de un caballo. –J.R.P.

[71] Como ofrecimos en 1926, al editarse este tomo, es hoy que podemos dar los nombres de quienes componíamos el comité del Zulia: el general Ulises Faría, el doctor Pedro José Rojas y el autor.

batalla desde dentro, en las propias barbas de los déspotas. Así se pasó la vasta consigna de plegarse *a todas las situaciones locales*, de aceptar todo, de trepar de cualquier modo hasta las pocas llaves de control que la gestión individual pudiera lograr, sin hacer caso de repúblicos hueros que gritan cosas de dignidad y de decoro hasta cinco minutos antes de recibir un nombramiento y que después confiesan que "se vieron obligados a aceptarlo". A nosotros los del año 18, nadie nos obligó ni nos amenazó. Unos quedaron *dentro* de la situación, en los cargos civiles y militares para estar a la orden, otros nos salimos de ella luego bajo diversos pretextos para quedar más expeditos en el ir y venir, arropados por negocios particulares. Pero si hubiera sido necesario formar de nuevo en la hueste de los bárbaros, allí hubiéramos formado. Un ideal más alto, que luego revelaron las desnudeces del fracaso, es la sola y elocuente respuesta a los eternos mediatizados de la política, respuesta que fue un holocausto, el sacrificio incruento de una generación. Aparte incursiones militares heroicas con ideales más o menos puros, después del gesto individual de Arévalo González, y Montes, nada más legítimo, nada más transcendental, desinteresado y heroico que la conspiración cívico-militar de 1919. La historia, abonada con vidas y con martirios, no la borran cuatro posesos de una nulidad negativa y desesperante. Para nosotros no ha habido sino una justicia sentimental, fraccionaria, a las veces capciosa, hecha por hombres empeñados en oscurecer los valores jóvenes y legítimos sirviéndose de ellos, al parecer, pero utilizándolos como pedestal de ambiciones futuras.

Voy a referir los orígenes de la conspiración, salvando algunos nombres cuya mención puede en la actualidad constituir un peligro mortal, pero revelando otros a quienes ya inmunizó la muerte contra las venganzas. Los que subsistimos podemos en el exilio respaldar cuanto va a narrarse. Quienes presenciaron todo ello y luego han salido de Venezuela para hacer diversas propagandas personalistas se han tomado el trabajo de silenciar estos sucesos en sus escritos bajo la presión de una mezquindad de espíritu que por sí sola está revelando la ética de su ideología. Pero la tinta no se ha secado en mi tintero y he de cumplir el deber que la suerte me impuso por encima de quien sea necesario pasar y aun arañando con mi pluma ese caparazón de tortuga que resguarda la sensibilidad de los venezolanos de la decadencia.

A mediados del año 18, mientras preparaba la edición de una de mis novelas, me trasladé definitivamente a Caracas. Mi seguridad corría peligro entre los bárbaros que había traído Matute Gómez. Ya antes de llegar éstos, un bandolero local tuvo que pasarse algunas semanas en el hospital con los hombros atravesados de un tiro y por causas que él conoce y que no quiso decir al juez... En diversas oportunidades me vi obligado a repeler agresiones de todo género, desde el suelto insidioso en

la prensa hasta el ebrio que provoca inesperadamente y a quien se le pasa la ebriedad en el momento del riesgo. *Tierra del Sol Amada* es el reflejo fiel de un momento psicológico e interesante de aquella provincia en donde duermen gérmenes de una energía extraordinaria para el bien o para el mal. Con una torpeza inexplicable –no del Zulia precisamente sino generalizada en todo el país– las víctimas del despojo extraño y del atropello de los intrusos se vuelven contra los propios vengando en nosotros lo que no saben o no pueden cobrar de los que les ultrajan. Este curioso fenómeno es una solución de alacrán: como el arácnido terrible, hincan su ponzoña en sí mismos al verse rodeados de fuego. Mis libros, buenos o malos, no son para que los juzguen cacógrafos displicentes o críticos aliñados en la pasividad y el pesebre fácil y tranquilo. Son resultado de la fiebre ambiente, del dolor, de la injusticia, de la reacción profunda y sincera. Son músculos vivos y sueltos que laten dolorosamente al aire libre. Por eso estoy divorciado de una generación de literatos convencionales, escritorzuelos de la clase media mental. Mis lectores están entre los hombres que sientan la purificación de la cólera y la responsabilidad de la requisitoria y que han sufrido la injusticia y la persecusión en su carne y en su alma. Mi público es el pueblo rudo y bajo que me ha visto siempre a su lado, no por demagogia ni por utilitarismo, como nos dicen los aderezadores de adjetivos oficiales –¡qué prestigio artístico pueden conferir los ignorantes y los humildes!– sino porque por encima de lo útil está lo verdadero y la suprema virtud del arte, es la verdad, aun rasgando "el diáfano manto de la fantasía". Aparte los mandatos civiles obedecidos, cada uno de nosotros ha sabido cumplir el deber social de no ser un chupóptero ni una carga, y dentro de los más modestos radios de acción, al gesto público corresponde la dignidad personal de la vida privada, del trabajo honesto, de la posición ganada al destino bajo cielos lejanos... Los hombres de esta época debemos sentar como axioma que el venezolano que no sabe ni puede luchar y mantenerse, sin echar mano a petigüeñerías para revoluciones fantásticas, declarándose "víctimas" en el destierro, o en el disfavor oficial dentro de la patria, no pueden pretender que se les tome mañana en cuenta a la hora de la reconstrucción. Para reformar hay que estar reformado; para poner ladrillos es menester tener el puño hecho a trepar el andamio. ¡Nada más triste, más deplorable y disolvente que estos opositores hambreados con los cuellos sucios, sirviendo hasta en empresas adversas a los fines de la regeneración nacional, que apestan a anarquía en las bocacalles de Nueva York o en las soleadas dársenas de las Antillas!

En uno de mis viajes a la capital, a bordo de un vapor de la costanera, conocí al capitán Andrade Mora. Venía del Táchira, recién casado, en uso de licencia que se le concediera para ir a ver a su familia. En el mismo barco iban para Caracas el general Caracciolo Parra Picón, Vicepresi-

dente de la República, y el señor doctor Miguel Parra Picón, senador. Otras personas más que no recuerdo. En los cortos días del viaje me acerqué a aquel oficialito rubio, modesto, circunspecto. Hablamos, mientras la hélice rasgaba las aguas del Caribe, de los tristes destinos futuros, de nuestra inercia, de la interrogación que el porvenir abría ante nosotros. Y quedó sellado un pacto de honor que breve tiempo después sancionó la muerte... No sospeché en aquel muchacho tan sin relieve, tan modesto, tan sosegado, el héroe, la víctima expiatoria. Como éste otros muchos oficiales sentían en su corazón de patriotas el dolor y la humillación de ser una suerte de esbirros subalternos, a ración, con unas presillas en los hombros que bien sentían como esposas en las muñecas. Fue sobre este elemento emocional y sincero que se comenzó a construir la obra. En ella colaboraban hombres de todas las edades y de todos los credos políticos. Los que no entraron de lleno en el compromiso supieron guardar el secreto. Y aún lo guardan. Antes de la célebre fecha del armisticio de la guerra europea el vasto plan informe ya se ramificaba por los estados más lejanos y sus hilos partían del corazón mismo de la capital y del seno del ejército de que se rodeaba, para guardarse y para amenazar, el déspota pávido. Mejor que en los días del asunto Delgado Chalbaud, hallamos el terreno dispuesto. Había una especie de fe, una certidumbre que no podía ser otra cosa que un augurio de renacimiento.

La parte más leal y patriótica eran estos jóvenes que en cierto modo disfrutaban de bienestar material, que estaban bienquistos con los jefes que el favoritismo les imponía contra toda preeminencia de conocimientos, de escalafón y de servicio. Conocían del asunto y colaboraban por modo indirecto otros políticos en actividad, algunos ocupando elevados cargos, otros en busca de ellos y que ayer y hoy –a la hora en que escribo– forman entre los persecutores con saña extrema, como si quisieran aniquilar el recuerdo de su tácita infidencia o por temor a que una tibieza les haga sospechosos... ¡Cuántos que hasta nos injuriaban y nos censuraban en los días del fracaso terrible respiraban el aire libre porque el silencio de la dignidad selló nuestros labios! Los líderes de aquella intentona de resurrección no nos borramos a la hora de pagar la responsabilidad. Unos están aniquilados y disimulados en el país. Otros salimos de allí arruinados y enfermos a ganar un pan en el exterior, a conocer la amargura de "subir y bajar la extranjera escalera"; muchos yacen para siempre en los cementerios o ahogan sus tremendas agonías en el fondo de un calabozo [72]

[72] Conviene fijar con algunos datos "el personal oficial" de los días más terribles, del período álgido de la tragedia. El Gabinete en pocos meses de diferencia se reformó así: a Exterior fue el doctor Bernardino Mosquera, a quien en breve reemplazó el doctor Esteban Gil Borges; en Fomento se había llenado con Gumersindo Torres la vacante de Santiago Fontiveros, renunciante; Ignacio Andrade pasó a suceder a Arcaya en Relaciones Interiores... Naturalmente, el triángulo andino del Gabinete permaneció inalterable: Cárdenas, Vélez, González Rincones. *Don Guancho* (así llamaba "el general" a su hermano Juan Crisóstomo) continuó en Gobernación. Ya el nepotismo en marcha había situado a José Vicente Gómez –el hijo mayor "del general"– en la Inspectoría del Ejército, cargo del que su mismo

Los últimos días de la gran conmoción universal, los meses lóbregos del final, la actividad del gobierno que extremaba sus persecuciones y una especie de sentido de triunfo que el pueblo se iba acostumbrando a considerar con una fe absoluta en que la caída de los despotismos europeos iba a traer consigo, como el barrido de una larga cauda, estas pequeñas barbarocracias del sur; los discursos del presidente Wilson; el clarín militar de Francia; las voces de libertad que cruzaban el cielo, ese vasto crepúsculo que se parecía al del día y sólo presagiaba en realidad las sombras profundas bajo las que han venido manos sospechosas a amortajar la libertad, todo ello impulsaba a la acción. Faltaba el momento psicológico y el destino también colaboró.

Una mañana, la pandemia de gripe que hacía su trágica gira universal –surgida de las miasmas del inmenso campamento europeo o traída en las alas de un soplo de expiación por la vasta iniquidad inútil– apareció en La Guaira... Un caso, dos, tres, seis, cien. Sobre la capital cayó como una niebla. La ráfaga barrió implacable desde los extramuros hasta el centro. Gómez, el amo de los venezolanos, el "hombre fuerte y bueno", que ama a sus compatriotas y tiene tres lustros sacrificándose por ellos, huyó a refugiarse en su caverna estableciendo prevenciones ridículas. Como la epidemia azotaba la capital cada vez con mayor furia e iba invadiendo ya los alrededores, el déspota cobarde se aisló aún más severamente en su guarida de Maracay. Allá fue a golpear la muerte. A su puerta. Uno de sus hijos, quizás el más querido, Alí, cayó enfermo y en horas murió. No quiso verle. Temía contagiarse. Luego otro miembro de su familia. Y aquí y allá, enfermos, muertos... La gripe galopaba frenética sobre los nublados de noviembre, caía sobre los villorrios, atravesaba por los valles de Aragua e iba a hacer presa en Valencia. El "héroe de

padre se vio obligado a separarle confinándolo a la aldea de Güigüe debido a los excesos y a los desórdenes de este pequeño Gargantúa y a los abusos y atropellos que cometiera en Caracas y en los valles de Aragua.En la cartera de Guerra continuaba el abogado o médico guanareño Jiménez Rebolledo. Gómez el viejo estaba como siempre en Maracay con dos o tres brigadas y todos sus brigantes; la guarnición de Caracas –un regimiento escaso– constaba de algunos batallones acuartelados en diversos puntos de la ciudad y de los gendarmes –sesenta y tantos–. Comandante de la plaza era el general Pablo Romero Durán. El doctor Ezequiel Vivas, caído, odiado, enfermo, había partido para Europa meses antes con un séquito de servidumbre y un dentista de color, curazoleño, favorito en turno. Le sustituyó el abogado trujillano Enrique Urdaneta Maya como secretario del Comando, hombre sin relieve, mediocre y tímido. Al doctor Bracamonte, secretario general de Márquez Bustillos, se le separó del cargo y fue el médico caraqueño, doctor Elías Rodríguez, quien ocupó aquel puesto. Un hermano del célebre Eustoquio, Aparicio, tipo lombrosiano, de ojo dormido de serpiente, jefeaba el cuartel San Carlos o de La Trinidad. Aunque todavía los jóvenes oficiales que formara Galavís tenían por éste estimación y cierto respeto, *Vicentico*, el pequeño *Gargantúa* en desgracia, intrigaba apelando a ternuras paternales; y "la familia" tiraba de un lado y otro meciendo a Juan Vicente en una hamaca de adhesiones y de abnegaciones esgrimidas por detrás hábilmente. Tal la situación; tales los hombres ante quienes la brutalidad, con su concurso o con su indiferencia, debiera triunfar definitivamente. Los Estados de la Unión no constituían problemas; la solución estaba en Caracas y aún menos que en Caracas: en el cuartel de La Trinidad.

diciembre" por falta de abnegación rudimentaria, de noción de responsabilidad, con mayor miedo a las toses que ahogan que a los tiros que oyó siempre de lejos, voló a refugiarse en una aldea de aguas sulfurosas que está ante el abra de los llanos. San Juan de los Morros vio a aquel tirano implacable, a aquel hombre tan frío, tan ajeno a la piedad, a la compasión, a la solidaridad humana, refugiarse en las grietas de sus farallones como esos jaguares del Bajo Apure que las candelas del llano hacen escapar hacia los riscos... Se llevó a su hermano, *Juanchito,* Gobernador vitalicio del Distrito Federal; recogió su tribu y allí se estuvo mientras la ciudad –de la que el doctor Márquez Bustillos apenas se atrevió a separarse unas cuadras en un burgo vecino, con más miedo de Gómez que de la peste– sucumbía atenida a sus recursos, con una policía brutal que acosaba por temor a motines todas las obras pías de la comunidad, en manos la parte ejecutiva del gobierno de un tal Delgado Briceño, un pobre diablo aventado a la superficie en aquellos días de descomposición como esos batracios que la creciente arroja a la orilla y engorda de despojos. Este hombre se volvió loco de inquisición, de enredos, de persecuciones pueriles... Un ejemplo, de paso, servirá para dar una idea cómica de este malhechorcete oscuro. Se editaba en Caracas por aquellos días un diario humorístico titulado *Pitorreos.* En cama casi todos los redactores de periódicos hubo semana en que las ediciones se hacían por los cajistas sólo. En esos días había leído una excelente traducción de "La Máscara de la Muerte Roja", de Edgard Poe, y la di a las cajas del diario citado, de cuya empresa era socio. Y el propietario de la imprenta, el señor Eduardo Coll Núñez, se las vio negras y tuvo que apelar a un Larousse para probarle a aquel infeliz que Poe existía, que había sido un poeta norteamericano. El hombre estaba empeñado en que eso de Poe era un seudónimo mío o de otro, "enemigo del gobierno"... y que aquello era una alución al "general Gómez"...

Al fin entre el prefecto Carvallo y el atribulado Coll pudieron dejarle satisfecho a medias. Detrás de aquella suerte de "Scotland Yard" y del "gran guignol", nuestra labor continuaba enérgica y resuelta. De los nuestros murieron algunos.[73] Una cólera sorda, una indignación general venía en oleajes a chocar con los diques que la reserva misma del proyecto iba imponiendo. El cuadro de la capital abandonada a la hora de un peligro como aquel y cuyos habitantes en vez de sentir el alivio de "la

[73] Entre otros falleció el joven Eugenio Méndez y Mendoza, socio capitalista de la empresa *Pitorreos*, diario que dirigían los señores Francisco Pimentel (Job Pim) y Leoncio Martínez, el genial dibujante. Este periódico alcanzó una popularidad extraordinaria por su carácter independiente y agudo, último alarde de ingenios que debían languidecer en un calabozo o claudicar o morir... La peste blanca hizo víctimas tan interesantes como el poeta Alejandro Carías, cuya bondad y cuyo talento no lograban sobrepasarse e iban unidos a través de una existencia modesta y decorosa, José Luis Gorrondona, Nicolás Ríos. Algunos más y centenares de padres de familia, de obreros jóvenes. El mal asesinaba a los vigorosos y respetaba a los débiles y a los canijos. Cayó sobre la República un sudario. Los bárbaros permanecieron en pie, aislados del contagio en su egoísmo, fuertes, agresivos, indiferentes. *Pitorreos* fue la postrer carcajada de una ciudad, que sabía reír. De entonces acá su humorismo es una suerte de mueca histriónica, solapada, cobarde...

mano fuerte" sólo conocían los maltratos brutales de los agentes de Pedro García o las sigilosas asechanzas de la prefectura; la actitud insolente del pobrete de la Gobernación en pleno delirio de grandezas, queriendo quedarse con once mil y pico de bolívares de la Junta Recaudadora presidida por el Arzobispo; las historias populares que siempre corren: un tal Véjar, barbero de los Gómez y Celador del Cementerio, desenterraba los muertos ricos para revender las urnas que como artículo de primera necesidad estaban por las nubes; la indiferencia, el desdén con que los explotadores de la jarca maracayera escapaban a refugiarse en los pueblecitos recónditos... ¡No se les vio en una obra de caridad, en una recaudación pública, en el ejemplo vivo que hasta el último limpiabotas daba llevando víveres y medicinas por los vecindarios! El odio de esta gente a la ciudad, revelado de súbito, desenmascarado, su deseo recóndito, al fin, en vías de realizarse, de que Caracas sucumbiese y pagase la risa y la ironía de sus epigramas en una tragedia del destino que mataba a los buenos y respetaba la canallocracia, este conjunto de circunstancias hizo erguirse la vieja Caracas que halló en sí misma recursos y que vio a todas sus clases en una como unión sagrada, desde el licenciado Aveledo hasta Juan Nadie, arrojarse valientemente a socorrer a los hermanos en desgracia, sin temor al peligro común. Por algunos días, ¡fueron la última llamarada de un gran corazón que se iba a consumir en podredumbres insólitas!, vi desfilar en la hora de la catástrofe ante la expectativa de la patria el alma risueña, dolorida y heroica de la ciudad del Libertador.

...Aquel castigo formidable hirió todas las fibras, conmovió todos los corazones, unió todas las voluntades. Y respondiendo a los clásicos organizadores de "cruces rojas" decorativas y de cuerpos filantrópicos con reglamento y junta directiva, en un impulso unánime, el heroísmo de los muchachos de la Universidad, perseguidos, disueltos, ultrajados, desposeídos del derecho a una profesión –pues que el bárbaro había clasurado la Universidad desde 7 años antes*– aquellos niños, última reserva de una sociedad que se marchitó sin florecer, aquellos niños que han enterrado sus líderes con marcas de grilletes en las piernas y devorado su angustia ante el prestigio insolente de media docena de idoletes académicos, aquellos adolescentes, blasón de la raza, orgullo santo de la madre material que les parió y de la patria nutriz de sus ideales, mientras conspiraban para la caída del déspota miedoso, cumpliendo dos santos deberes en un solo impulso, lanzáronse al socorro de la ciudad procera.

Un grupo de niñas valerosas abrió un local y púsose a la obra de preparar medicinas y organizar servicios de alimentación. Mientras Caracas alimentaba y curaba y hasta remitía dinero y recursos para otras poblaciones del interior atacadas ya por la epidemia. Gómez, sus familiares y sus genízaros engullían en San Juan de los Morros tajadas de buey y

*La Universidad permaneció clausurada desde octubre de 1912 hasta el 4 de julio de 1923. Del origen de esta clausura, fue responsable en primer término el doctor F. Guevara Rojas – uno de esos hombres para quienes dijera el Libertador aquello de que "el talento sin probidad es un azote".

esperaban los periódicos de la capital, previamente desinfectados, para enterarse de los "muérganos centrales" que se iban muriendo.

Noviembre de 1918.

Esta tarde a las cuatro, de un automóvil saltan a las puertas de la redacción de *Pitorreos* algunos jóvenes:

–Nosotros queremos que ustedes vean lo que hacemos; que se formen una idea.... ¡Quién puede ir?

Por toda respuesta me meto con ellos en el vehículo. Fuimos al Dispensario de la Cruz Roja en Tienda Honda, a cargo del Consejo Central de Estudiantes. Bullían allí el brío, la firme decisión; las pupilas brillantes de energía, de esa luz de caridad humana que es a veces lámpara, llama de incendio a veces.

Sobre un cajón con un pedazo de papel encima, a manera de carpeta, estaba el "Despacho". Por el amplio local, cajas de medicinas: al fondo, el departamento de víveres. De allí se despachan diecisiete automóviles, doce que se pagan y cinco gratis; otro auto especial se destina a una comisión de estudiantes con un practicante, medicinas y víveres para los pobres vergonzantes, para esas personas que no ponen banderas de socorro y se apenarían de ir a pedir auxilios, porque nadie sospecha la miseria interior.

Trabajan en el Dispensario quince jóvenes: Alfredo Jahn, hijo, en el Despacho, Centeno en el almacén y la farmacia está a cargo de Tamayo. El Consejo lo preside ahora el estudiante José Antonio Maldonado.

Se tendrá una idea de lo que significan los estudiantes de Caracas en la actual epidemia al constatar que ellos tienen a su cargo el reparto de víveres, la asistencia médica y el despacho de fórmulas a domicilio en los siguientes arrabales de la ciudad: Agua Salud, Vuelta del Manicomio, Catia, Camino Nuevo, Colombia, Monte de Piedad; Canarias, Placer de Palo Grande, Boca del Túnel, Guarataro, Cerro del Obispo, Empedrado, Tosta García, Altos del Paraíso, Buenos Aires, Roca Tarpeya, Mamón, Rincón del Valle, Caserío del Cementerio, Santa Rosa, San Isidoro, La Quebrada, Pueblo Nuevo, Caserío de la Fábrica de Vidrio, Sarría, Imataca, Boulevard del Cristo, Calle del Medio (La Misericordia), Sabana de San José, Caserío del Instituto Anatómico, Barriada del Hospital Vargas, Casa Madre, Sabana del Blanco, La Lagunita, Puerta de Caracas, El Polvorín, Alto de las Niguas, Sabana de Crespo, Bloqueo, Bajo la Tierra, Pagüita, Tinajitas, San Francisquito, Horno Negro, Venado y Guayabal. Y cuando ocurre alguna defunción en uno de estos lugares y se solicita auxilio, parte inmediatamente un automóvil con la urna respectiva, que se fabrica en la carpintería de la esquina de La Palma y que se envía del mismo modo que el carro mortuorio especial.

Es con tal amplio abrazo de amor que la juventud de Venezuela –los estudiantes en Caracas, los caraqueños que ven en el hecho de ser caraqueños algo más que el vago gentilicio, la comprobación domiciliaria de sus papeles civiles– estrecha contra el corazón valiente de sus veinte años este gran espectro angustioso de la ciudad doliente. Algunos de esos jóvenes, la mayor parte, fueron hasta ayer lindos muñecos rubios o morenos mimados por la suerte, el nombre o la fortuna. Hoy son hombres, hombres en la más amplia acepción del sustantivo viril, porque se inclinaron sobre el dolor de los menesterosos, porque estrujaron la piel sucia de los desgraciados extendiendo con sus propias manos el vejigatorio salvador; porque limpiaron las mucosas de la chiquillería y abrigaron en el lecho astroso la mujeruca lamentable, la pobre viejecita temblona que se moría de intemperie. De esos abrigos, de esas drogas, de esos alimentos fluyen calor, salud y vida, ciertamente, para la economía animal, pero también nace de entre las brasas encenizadas del hogar infeliz, un suave calorcillo, un rescoldo de piedad, un fuego que funde los corazones: que es la fe, que es el amor, que es la confianza, que es, finalmente, la reconciliación del hombre con el hombre en la suprema hora del dolor, cuando los ojos febriles, bañados de lágrimas, fulgurantes de desesperación, miran desde la infecta calleja, casi subterránea, o desde lo alto del cuchitril colgado como un nido roto en la ladera de los cerros, allá lejos de Caracas, radiante y tendida bajo las cúpulas de sus templos y de sus teatros, velada en una niebla diáfana como una suavidad del cielo sobre otra suavidad, de colchones de plumas, de abrigos voluptuosos, frente a la áspera acritud del cerro que se emboza el rostro para no ver la ciudad. Y la ciudad, estos jóvenes, ha ido hasta ellos, y sus manos se han extendido sin asco, sin repugnancia, sin miedo hacia el dolor de nuestros hermanitos que se morían de hambre y de enfermedad en las agrias laderas de la montaña....

Nos detuvimos al pie de una barranca. Antonio José Castillo, Alfredo Vegas y yo, trepamos ladera arriba. Abajo esperarían el chofer y De la Plaza para ir despachando las medicinas y los víveres.

Mis compañeros, libreta en mano, iban extendiendo fórmulas u órdenes para alimentos: maicena, arroz, papelón, velas, fósforos, dosis de tolú, de aceite, de agua cloroformada, lo que tenían, lo que podían....

Vimos casucas tristes que se alzaban a un metro del suelo, gentes que en la sombra, con la frente llena de vendajes, agrupadas en rebaños, o rodeando un catre desvencijado, o tendidos en un jergón, parecían desenterrados: rostros de pena, de hambre, de demacración; rostros que habíamos visto sólo en el Greco, en Goya, en los aguafortistas alemanes del siglo XVI o en aquella procesión del hambre y de la peste que trazó la mano tremenda de Gustavo Doré; obreros cruzados de brazos, junto al taller abandonado, pálidos como espectros, llenos de fiebre, de vergüen-

za, de ansiedad. ¡Todo Zola. todo Gorki, todo Korolenko! Pero no literario, pintoresco y lejano, sino en venezolano, en carne nuestra, en alma de nuestra alma. Chiquillos escalonados de estatura a estatura, de miseria a miseria; madres tuberculosas con los pechos secos y colgantes, adolescentes que apenas eran un curioso aspecto de miseria fisiológica.

En una casita socavada a la falda del cerro, del fondo de sus cuartitos, salieron dos viejecillas; eran dos septuagenarias de rostros patricios y de manos a las que la pobreza no logró arrebatar la nobleza de sus líneas. Había allí muebles de las oscuras caobas de la época, manojitos de yerbas salutíferas coleccionadas por la tierna piedad de los viejos, alguna silla que fue dorada, un retrato antiguo: el rostro atezado, moreno, de grandes patillas negras, las manos apoyadas sobre el puño del sable, el pecho disciplinado por los siete rayos de la Cruz de los Libertadores de Colombia, abuelo de la raza cuando fue grande, que oiría el grito heroico de Rondón en las laderas boyacenses o el bárbaro tropel de los lanceros de Apure. Las viejecillas, llenas de esa humilde gentileza linajuda, de esa resignación un poco irónica de las gentes que nacieron ricas, miraban con sus pupilas apagadas, con la expresión nebulosa que tienen los ojos casi centenarios que ya lloraron mucho, a mis jóvenes compañeros. Era un cariño abuelo, una ternura conmovida que iba desde las botas hasta la mano enérgica y juvenil con que escribían para medicinas, para alimentos... ¿Desde cuándo la juventud sonriente y feliz no llegó hasta ellas? Si no podían bajar ya de aquel cuchitril colgado del cerro, si hubo que enviar un mandadero para ellas y para otra vecina a fin de que acarrease lo que traíamos...

Al salir, yo oí, estremecido, que una de aquellas viejas proceras le dijo a la otra con una rara energía en la voz: –No debía morirme sin volverlos a ver. ¡Y mira cómo vienen ellos ahora que hay peste y hay necesidad! ¡Si parece cosa de Dios!

¿Quiénes eran *ellos, esos* que ella decía?

Por delante de mí, bajo la lluvia, reptando el cerro como cabras, iban aquellos dos muchachos resueltos.

Una casa de vecindad, propiedad de un señor González, una casa enjalbegada de cal blanca y áspera, con la banderita de socorros permanente. Hay doce o quince habitaciones: en ellas se cocina, se vive, se engendra a los hijos y se enferma y se muere en una terrible promiscuidad de rebaño... Mujeres solas: una vieja admirable, una vieja magnífica que estuvo enferma, que ya curó, que nos insulta cruelmente vengando en nosotros –¡y bien hecho!– el dolor de su existencia. Matrimonios o concubinatos –tanto da unas líneas de más o menos en el código y unos cuantos latines en el evangelio –que ven llegar la hora del hambre porque ella no puede lavar,ni aplanchar, ni ir al taller y él está cadavérico, tirado en un butaque, viendo hervir un brebaje cualquiera... Hay habitaciones donde

el pie resbala sobre la mugre como sobre una alfombra. ¡Ironía de las metáforas! Y colgaduras, muchas colgaduras, oscuras, azulentas, con esa delicia de color y de transparencia que el humo de las cocinas y el hollín, tornasolándose en lo alto de la claraboya, humilla en dulzura de luz y en vaguedad de penumbra el reflejo de las vitrales del templo.

Allí viven no menos de sesenta personas y habrá enfermos unos cuarenta o cuarenta y cinco... Un chico, zambo, pelón, con dos pupilas como dos brasas, pero lindo; un muñeco de chocolate, con la gracia que Dios le dio a los niños como un beso sobre los ojos, me tira del paltó y me dice imperativo:

–Allí, que vengan allí...

Y me lleva, siempre prendido a mis ropas, hasta el fondo del patio, al último cuarto: hay cinco enfermas: una, casi agonizante, vuelto el rostro a la pared; otra, tirada con una niña de unos doce años, y dos que aún se tienen en pie... Y siempre aquel olor a grasa, a aceites fritos, a podre, a dolor, a muerte.

La lluvia azota el patio. Llegan, atraídos por la noticia de la visita, desde barriadas más lejanas, desde casucas asentadas en el tope de los cerros, hombres, mujerucas, rameras y tristes que ya no tenían belleza para el oficio, pero a las que aún les quedaba salud para ganarse la comida; chiquillos con la inocencia del horror, mendigos o embusteros, ladronzuelos, madres desesperadas, especuladores de la caridad, viejas enfermas que apenas logran tenerse en pie... Toda el hampa, toda la corte de los milagros, todas las flores del vicio, del mal, del dolor o de la pobreza.

Mis compañeros son muy jóvenes y todavía se asombran de que entre estas gentes germinen la incredulidad, el desprecio, la ironía; se lamentan de que les han insultado, de que les han llamado especuladores, de que les han preguntado que "cuánto les va a quedar en la rebatiña de la Cruz Roja". Yo sonrío; comprendo la sorpresa dolorosa de esos muchachos, su buena fe maltratada; y admiro más todavía que eso no influya para desanimarlos.

Esas amarguras de la hez, tienen su origen, nacen y brotan del terreno agrio, infecundo y torpe de la educación, como nace el cardón en los terronales, del desdén del agua pura de la hostilidad de la piedra, de la brutalidad del sol que castiga y de los chaparrones que azotan... Y sin embargo, al vértice del mástil áspero, erizado de púas, cómo es de fresca y roja y generosa y dulce la pulpa del fruto...

No es que no os conocen, es que todavía no os reconocen. Es que sus epidermis, sensibilizadas por el dolor, se sienten adoloridas por la seda de las piedades; el sorbo de tanto licor de desprecio, de humillación y de amargura por esas pobres bocas ásperas que blasfeman, ha enmudecido sus labios para catar la miel del amor, "la dulce leche de la ternura humana", como decía el viejo Shakespeare.

Todavía nos quedaba por ver una casa más. Un corredor desnudo, abierto a las brisas asesinas del cerro; a la puerta de un cuartucho obstruido con los objetos más diversos: camas, bateas, útiles de cocina, de deyección, de trabajo, estaba una mujer que sería joven si no tuviera esa faz enfermiza que no tiene edad, y en derredor, seis chiquillos, seis rostros de muertecitos, color de cera, con las orejitas negras de costras, con las caritas como lámparas de alabastro, con los ojillos llenos de estupor, reunidos como cachorros junto a la madre. No querían entrar a la habitación. Tenían miedo; sin duda, aquellas pupilas inocentes, puras, iluminadas por el instinto del peligro, veían cerca de la madre, la otra madre afectuosa y libertadora, la pálida intrusa enamorada de los niños.

Eran seis y la mujer que tosían. Siete toses, siete notas de una sinfonía que evocaba la muerte, el cementerio bajo la lluvia, las osamentas verdosas disueltas en la tierra colorada llena de gérmenes de vida.

Todavía el aguacero nos azotaba al salir.

Abajo, como un hormiguero, pululaban las gentes pidiendo despacho de víveres, de remedios.

Y el estudiante De la Plaza, todo pringado de aceite, de papelón, de maicena y el chofer a horcajadas en los asientos entre los revueltos cajones, alumbrando con cabos de velas, apenas si podían poner orden en aquel tumulto lamentable.

Recostado a la pared, bajo un pobre alero de latas viejas y pedruscos, trataba de resguardarme de la lluvia. Un hombre, en la sombra, me llamó.

Entré. Era un taller de herrería. Todo reveleba allí al obrero honrado; debía de ser un trabajador conocido en el barrio: había dentro herramientas, yunques, un horno que hasta ayer no más debió haber funcionado y lanzado mil rubíes de fuerza honrada bajo el poderoso pulmón de su fuelle.

–A mí me da vergüenza, señor– y tenía los ojos llenos de lágrimas rabiosas contra el destino.

Al lado del taller, tres chiquillos convalecientes. tres criaturitas que tosían hasta querer estallarles la laringe... El padre los veía, tosiendo también, tosiendo hasta el llanto, impotente, febril.

–Estoy solo –explicó–, la madre está en el hospital; me dicen que ha muerto. Usted ve: yo no podía tenerla aquí, grave. Déme algo, présteme algo, para esta tos que me va a matar las criaturas, para mí... ya que ella habrá descansado de esta pobreza.

Vegas vino corriendo, escribió: abrigos, jarabe, víveres.

El herrero protestaba:

–Yo trabajaré, yo les pagaré algún día. Un hierro, cualquier cosa del automóvil...

Un proletario de otro país probablemente hubiera tratado de besar la mano caritativa; pero los dioses bendigan al menesteroso venezolano que no lo hace nunca. ¡Es preferible que aprenda a morderla!

Bajo la lluvia torrencial, sostenida, entramos a la ciudad. Calles desiertas; largas luces de los focos sobre el macádam; casas cerradas; herméticas; rendijas de postigos que velaba una cortina; fugaces carruajes, una falda, unos pantalones, bajo la capota de una victoria; dos sujetos gordos en una puerta, con el sobretodo hasta las cejas, discutiendo de la guerra europea; mandaderos guarecidos en los zaguanes; las notas apagadas de un piano, en el fondo de alguna sala, cogidas al vuelo, una cosa como la "Marcha del toreador" de la ópera "Carmen".

Y allá arriba, en los casales misérrimos, entre la montaña y el valle, ahileradas o una sobre otras, chozas; en un tope de la ladera, en una cueva de la falda, gentes: hombres, mujeres, niños, la tribu del hambre, el rebaño de la miseria, la parte más odiosa de este gran asesinato colectivo, premeditado, sañudo, alevoso... No se notan, no se ven, apenas si son pequeñas luces que se destacan aquí y allá como un vivac en la enorme sombra del cerro.

Se dijo que algunas personas habíanse acercado a Gómez o influido indirectamente, considerando el horror de aquella epidemia y la situación de los presos políticos en La Rotunda. En sus estrechísimas celdas, con grillos de 40, de 60, de 75 libras, sin alimentos ni medicinas, sin poderse ayudar los unos a los otros, esos infelices vieron venir la muerte. La muerte llegó, se detuvo, saludó y pasó de largo. En cambio, Requena, –un médico de los validos de *don Juanchito*– fue una noche de calabozo en calabozo, repartió algunas mantas de lana –está prohibido tener con qué arroparse y en qué dormir– cruzó dos o tres palabras con cada enfermo, prescribió algunos remedios y se retiró satisfecho de haber cumplido, en nombre del "jefe", su noble misión. La peste respetó aquellas pobres vidas. No murió de ella uno solo. Ni uno solo tampoco ingirió los medicamentos del Requena.

Semanas después, una madrugada lóbrega, estábamos reunidos en el traspatio de una redacción, en derredor de una mesa de pino, a la luz precaria de un foquillo, un grupo de hombres. Había de todas las profesiones y clases sociales. Gentes distinguidas, obreros, periodistas. Los delegados de diversos sectores dejaban a la entrada una palabra y pasaban hasta el fondo del patio... Bajo sus capas grises, uniforme de oficiales; un teniente coronel, varios capitanes. Hombres del pueblo, líderes hoscos, silenciosos, obedientes, que a nada ponían obstáculos. En 56 horas de una labor febril, muchos no habíamos tenido tiempo de ir a comer, y había en los chivaletes restos de viandas devoradas de prisa, botellas vacías. En la linotipo se componía en sigilo, mientras un negro

formidable levantaba el menguado foco sobre el teclado de la máquina, un manifiesto que debía de circular esa mañana por la ciudad entera.

Había sonado la hora. Días antes con ocasión del onomástico del rey de los belgas la policía de Caracas dispersó a foetazos y a golpes de culata una manifestación cívica de los estudiantes y de parte del pueblo ante las legaciones aliadas, arrebatando las banderas de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Italia y de los Estados Unidos de manos de los estudiantes a quienes se redujo a prisión en lotes, a golpes. Desde esa mañana, al anunciarse cívicamente que tendría lugar tal acto, Pedro García distribuyó gendarmes y los proveyó de un látigo con esta orden:

–¡Para los caraqueños, cuero es lo que basta!

En efecto, a chaparro despejaron los frentes de las legaciones tras los discursos convencionales. Con los manifestantes iban mezclados espías de la Prefectura, tipos siniestros y armados. Los ministros extranjeros, y sobre todo el de los Estados Unidos –que jugaba a dos caras, conferenciando con Ruiz, enviándonos recados, palabras de aliento, publicaciones tendenciosas mientras con la otra mano se preparaba a recoger los favores de Maracay– por razones que todavía son un enigma, recibieron de garras de la policía gomecista las banderas arrebatadas a los muchachos entusiastas que con noble corazón y manos puras agitaban al viento los oriflamas del Marne, de Flandes y del Carso. ¡Eran las manos venezolanas incontaminadas que en una hora de suprema idealidad empuñaban esos estandartes consagrados en el fuego de las batallas con la sangre de todos los mártires! No hubo de parte de aquellos diplomáticos fríos, mediocres y torpes un solo gesto a la altura de la dignidad de las naciones que representaban. Sólo monsieur Leonard Bourseaux, el Encargado de Negocios de Bélgica, respondió al ultraje de aquella devolución con palabras de ira y fue en persona a los cuarteles de policía a exigir en nombre de los belgas la libertad de los estudiantes venezolanos. Yo vi, desde la Plaza Bolívar, desde la esquina del Palacio de Justicia, cómo los sayones de la gendarmería, brutales e insolentes, rodeando al mamarracho de la gobernación, el oscuro maestrescuela, que fungía de autoridad absoluta, iban de legación en legación, devolviendo –del Conde a Carmelitas en la residencia del ministro inglés, de Padre Sierra al Conde en la legación de Francia, de Carmelitas a Altagracia, en casa del ministro americano, y de Salas a Caja de Agua, donde el Encargado de Negocios de Bélgica que fue de donde partió la manifestación– las banderas arrebatadas, a estacazos y a trompicones, de poder de los estudiantes y del pueblo que las había tomado de mano de los respectivos ministros y que rendían un homenaje a los aliados victoriosos... al ideal desplegando sus alas por encima de la brutalidad prusiana, símbolo y cifra de la brutalidad nacional.

Los hombres que estábamos reunidos en el traspatio de una redacción aquella madrugada lóbrega sabíamos por anticipado que eso ocurriría. El doctor Pedro Manuel Ruiz, uno de los más activos organizadores de

aquel movimiento y que pagó con su tortura y con su vida el error de confiar en ciertos hombres y en ciertas frases, me había dicho:

–Usted verá. Esa estupidez le costará a Gómez el poder; y nosotros sólo tendremos que darle fisonomía y personalidad a la liberación nacional breves momentos. Esos gobiernos retirarán sus representantes y Gómez caerá ruidosamente...

–No, doctor; yo no creo en eso: lo que los venezolanos no hagamos con nuestros puños no será. Descarte el factor internacional. Si echan del mando de un puntapié a Gómez, "las potencias", como usted dice, reconocerán el gesto civilizador de "ño Morián..."

Y esa madrugada, ultimando los preparativos, de cara al riesgo máximo ¡todavía Ruiz y algunos otros sentían cierto respeto moral en aquellos diplomáticos![74]

[74] El ministro británico gestionó y obtuvo al fin la libertad de López Bustamante y Lares Echeverría, meses después de su prisión por el asunto de *El Fonógrafo*. Antes de la epidemia gripal, sir Maurice de Bunsen, embajador especial de la Gran Bretaña en misión diplomática que trajo a Sur América, visitó al Gobierno de Venezuela y se le recibió con una ostentación falsa. Por gestiones de algunos franceses en Caracas, y naturalmente, del ministro de Francia, el gobierno francés hizo caballero de la Legión de Honor a Vicentico, el hijo mayor y heredero presunto de Gómez. Ni una sola manifestación de gratitud, ni la más leve atención para quienes enamorados de un pueblo que predica ideales y vive como mercachifle, segados por el prestigio romántico de una Francia que ya no existe, pagaron con su libertad –y hasta con su vida, como el doctor Francisco Domínguez Acosta y el señor Pedro Manuel Ruiz– su actitud de pensadores frente a la barbarie. En 21 de febrero de 1916 César Zumeta, agente del déspota, a la sazón en Nueva York, le dirigió una correspondencia oficiosa a su señor, haciéndole ver ciertos aspectos de la cuestión neutralidad. A ello contestó Gómez en 13 de marzo con una larga epístola, en donde, aludiendo a su política "armonizadora" y a los lugares comunes de paz, trabajo y monsergas de esta índole, decía de manera terminante sus simpatías por las potencias centrales. El párrafo sexto del documento –publicado en la prensa y en volúmenes oficiales– reza así: "Nunca me aprestaré para entrar en reyertas con nadie, ni buscaré, en consecuencia, alianzas premeditadas ni para el agravio ni para la defensa. Yo creo que por sobre todas las pasiones de los hombres hay una Voluntad Suprema que cuida el destino de los pueblos y a ella debemos confiar nuestra suerte, *no dando ocasión de que se nos crea enrolados con los que se imaginan que todo en el mundo debe resolverse a impulsos de la fuerza bruta* y no en el sereno ambiente de la paz y la virtud que deben ser, en mi concepto, las únicas antorchas que guíen la humanidad en sus diversos derroteros". Y a vuelta de otras razones sanchopancescas de neutralidad y de baci-yelmo, terminaba citando la conocida frase de Marco Aurelio y endosándola a nuestra pobre patria: "nadie ha llevado luto por mi culpa". Sin duda el doctor Vivas en esos días pasaba las siestas con una edición popular de los "Pensamientos" del gran emperador y de ahí las lecturas clásicas "del general". Antes de cerrar esta nota quiero registrar una observación. La carta, inserta en las páginas 217 a 273 de la voluminosa obra editada a todo lujo: *El general Juan Vicente Gómez – Documentos para la historia de su gobierno* y que acaba de aparecer (19 de diciembre de 1925) léese letra a letra: "con los que se imaginan que todo el mundo debe resolverse a impulsos de la fuerza bruta"... ¿Es casual la falta de la preposición "en", o sea "que todo en el mundo, etc"? Como la mala fe y las trácalas groseras son tan frecuentes en la política sin política del "jefe único", ¿habrá en la supresión un simple descuido tipográfico o se tratará de una artimaña como la del doctor Pantaleón en *Los Intereses Creados* de Benavente? En esa forma parece aludirse a los aliados claramente (claridad no de sorprender puesto que hasta entonces no habían entrado en la guerra los yanquis) y con el "en" ese quedarían aludidos los prusianos... La decisión sintáxica radicaba en la decisión de la victoria. Las defensas de Francia y de Bélgica invadidas eran para "el general" una de las tantas "reyertas" en las cuales él, varón prudente, como Marco Aurelio, no tomaba parte. Recomendamos al empleado del departamento latinoamericano del Quai d'Orsay todos estos antecedentes para que continúe, por recomendación de los comerciantuelos franceses de Venezuela, o buenos oficios del complaciente señor

Pedro Pérez debía apoderarse del cuartel de policía y de acuerdo con los encargados de requisar automóviles en los garages públicos patrullar la ciudad y establecer retenes en las afueras manteniendo contacto con el general Antonio Ramos que caería sobre La Guaira, ya previamente preparada para facilitarle el control del puerto.

El general Roberto González, a la cabeza de cien hombres, arrestaría en Los Dos Caminos, sitio en que temperaba, al Presidente Provisional e indefinido Márquez Bustillos, que debía de optar a la situación, firmando, junto con el manifiesto que se le presentase, la dimisión de su cargo *in nómine* y sirviendo de base para los efectos exteriores si tomaba esta solución cuerdamente, y para garantía de ciertos elementos que comprometidos con la situación a que pertenecía quisieran salir sin menor riesgo del lance facilitando la unificación general. En cuanto a las fuerzas acantonadas en Caracas, una vez formadas en el patio de los respectivos cuarteles por sus oficiales, arrestando los jefes gomecistas –uno o dos por cada cuartel– marcharían en formación a proclamar la unión cívica nacional y de seguidas con estos mismos cuadros y los voluntarios de la capital, se levantaría el ejército que debía tener a raya a Gómez y a sus tropas de los valles de Aragua. Nunca podrían darnos frente antes de tres días por lo menos, tiempo suficiente para la más amplia combinación con los Estados a retaguardia, Carabobo, Lara y Falcón. Miranda quedaba descontado. Los más lejanos tenían la consigna y estaban debidamente interceptados del centro para poder desorientarse y dominarse o negociarse... Además, de afuera hacia adentro, por el Táchira, por Arauca y por las costas orientales un solo ímpetu bastaba. Cúcuta, Curazao y Trinidad sabían ya de lo que se trataba.

Una descarga a las cuatro de la madrugada en los patios del cuartel San Carlos, al norte de Caracas, iba a poner en movimiento la vasta máquina pacientemente montada...

Alguien recogió el enorme paquete de "manifiestos"; otro repartió algunas armas. Cuando salí, sólo quedaban dos compañeros acuclillados en el patio mirando a las estrellas. Bajaba hacia el Gran Hotel para cambiarme de ropa y tomar algún reposo y poner en orden ciertos detalles personales en mi habitación, cuando un automóvil cruzó, lleno de gendarmes, hacia el sur... Me esquivé en la sombra de una puerta en la

Berthelod, prodigando honores a Juan Vicente, que apenas a los tres o cuatro años de hablar así en documento público, era recibido a bordo del crucero "Jeanne d'Arc" –cuya nave hizo especial fondeo en la bahía de Turiamo para ello– y obsequiado y homenajeado por los marinos de la República francesa... La República francesa ha sido injusta con Landrú aplicando a su cuello la guillotina ¿no había más grandes cordones de la Legión de Honor? Durante esta era la conducta del ministro de su Majestad británica fue la más discreta. Francia se puso en ridículo por medio de un pobre señor llamado Fabre. El representante de los Estados Unidos de Norte América, Preston Mac Goodwin... Su señora esposa escribió, para publicarla también en inglés, una biografía del "general Gómez".

esquina de Pajaritos y vi alejarse aquel extraño carruaje... Mi reloj marcaba las dos y media. Todos los hilos del tejido estaban en contacto telefónico desde dos estaciones equidistantes. Cualquiera imprudencia, ya a esa hora, nada podía interrumpir; cuando más turbar un detalle. Y para cada detalle estaban previstos dos medios. Breves instantes estuve en mi habitación en el hotel. Salí después de despachar a algunos, y tomé un coche, uno de esos coches desvencijados con su penco de aquelarre y su auriga soñoliento, del regreso de las francachelas baratas. Pasé por el cuartel del Mamey, por el de la Planta Eléctrica del Paraíso, crucé frente a La Rotunda, el largo muro amarillo, sombrío, en cuya explanada se paseaban dos centinelas. Nada anormal. Dejé el carruaje y subí a pie, fumando tranquilamente, por San Francisco, hacia la plaza. En la puerta de la policía, bajo un arbolillo, estaban dos hombres – el jefe de la gendarmería, Pedro García, y el Prefecto. Creí que me habían reconocido. Minutos después sentí que me seguían dos hombres simulando andar distraídos, canturreando. Eran dos espías. Y considerando que ya era tarde para que con mi simple arresto lograsen nada, me llegué hasta un ventorillo público –un "tostadero" apostado por ahí– compré cigarrillos y, paso entre paso, regresé al hotel. Los espías se marcharon convencidos de que me iba a recoger. Salí una hora después por la puerta trasera y eché a andar hacia la plaza del Panteón.

El cuartel de San Carlos o La Trinidad está a una cuadra de allí. Me senté a la sombra de un árbol, frente al reloj de la plaza y contemplé la marcha desesperante de las agujas... Las tres y media, las cuatro menos cuarto, las cuatro menos siete... Las cuatro. Lentas, las campanadas, marcaron sus pausas en el parque silencioso. El Avila se arrebujaba en la niebla. Las luces palidecían. En el cielo comenzaba un presentimiento de aurora.

Aquella descarga de las cuatro de la mañana que debió despertar a la ciudad y a la patria, no se oyó.

El golpe había fallado. La silueta del Panteón se recortaba, con su aspecto trivial de vieja iglesia, sobre un cielo ya claro...

¿Qué había ocurrido al capitán Andrade Mora y a los oficiales de La Trinidad?

Nunca, ni en el momento de cierto naufragio, ni aguardando poco después la muerte en el fondo de mi celda por largas noches de terror y de angustia, experimenté la agonía de aquel instante.

No era una conspiración la que fracasaba. Era una generación.

Todo estaba tranquilo. Todo en silencio. Entre las nieblas del cerro parpadeaba la lucecilla de un rancho.

CAPITULO XX

Comienzan las prisiones – La venganza de la cobardía – Las causas oscuras, remotas y personales del crimen de 1919 – El prefecto Carvallo y el jefe de la policía – Trazos al lápiz-tinta – Una nueva versión de Rabelais: Vicentico Gargantúa – Por qué el sobrino odia a su tío – Tipos, caracteres y fantoches – El jacobino, el grave y el agudo – Los estudiantes –La noche del 19 de enero – Un circo circunvalado – Carvallo en acción – Un arresto "preventivo" – La correccional incorregible – El Mensaje del Gobernador – Otros arrestos: Torres Abandero – Veinticuatro horas después... – Hacia La Rotunda – El sistema de secuestro celular y la formación práctica de expedientes – ¿La libertad? – Historia de un dichoso papel – "Eso lo resolverá el general" – En el vestíbulo del tormento – Las cortinas parlantes – El delator Piñero.

A LAS DIEZ de la mañana, después de una madrugada de ansiedad, al entrar a la redacción, alguien me informa que la noche antes, a las once, habían arrestado al capitán de Artillería Luis Rafael Pimentel y que se hablaba de otras detenciones de oficiales... Nos hemos reunido inmediatamente y cada quien informa haber observado que se le vigila. Por mi parte, a excepción de los dos tipos que me siguieran hasta el hotel, nada noto. Pero convenimos en que sólo se trata de sospechas más o menos fundadas; hay que permanecer impasibles. Los detenidos no dirán nada. Aplazar unos días y comenzar de nuevo nuestra labor. Como la agitación del final de la guerra europea trae los espíritus alterados y ocurre lo de costumbre, que el venezolano se ocupa con mayor interés de lo que diga míster Wilson que de lo que le está pasando a la vuelta de la esquina, es difícil darse cuenta hasta qué punto haya inquietud en los del gobierno. Una vasta complicidad responde, por otra parte, a lo convenido. Bajo el puente Junín la madrugada de hoy, estaban ocultos esperando, unos cincuenta jóvenes que luego salieron del escondite y se dispersaron por la ciudad. El comisionado que pone en contacto los dos grupos principales dice que hasta mediodía no hay otra noticia que el arresto de Pimentel y de unos cuantos más. Puede tratarse de una intriga de cuartel; de una vaga sospecha. Todo desasosiego de nuestra parte comprometería a los detenidos. Convinimos en dispersarnos y en estar a la expectativa. Pasa-

ron cincuenta y seis horas... Iba esa mañana a salir del Gran Hotel cuando cruzaron ante mí con un estruendo y a velocidad extraordinaria tres automóviles... En el primero distinguí a Vicentico Gómez, trajeado de filipina blanca, un lazo negro al brazo, la cara congestionada, los ojillos claros y torpes que escudriñaban al paso... En los otros dos coches esos espalderos que acostumbran acompañar a "los Gómez", pobres diablos con un tremendo rifle en actitud de disparar desde el automóvil si alguno intentaba algo hostil contra "el general Vicentico"... El paso de aquellas tres máquinas dejó en el ambiente una vaharada de gasolina y de brutalidad.

Hay un rumor de numerosas detenciones en los cuarteles: un comandante, capitanes, varios suboficiales. El Gobernador, *don Guancho,* está también en Caracas. El secretario de la Gobernación –es informe de los amigos de Miraflores donde aloja aquél– le presentó una larga lista de "complicados", y diz que el Gobernador la ha rasgado de arriba a abajo. Naturalmente, el secretario no sabe por dónde van tablas pero quiere aprovechar la circunstancia para vengarse de unos cuantos. Vicentico, hasta ese instante caído en el ánimo de su padre por las fechorías que cometiera como Inspector del Ejército, cuyo cargo desempeñaba un tal Pedro Alcántara Leal, hechura suya, comprende que es el gran momento de hacerse rehabilitar a fuerza de "energía" y de probarle a su padre que es un hombre "de carácter". Aparte de la verdadera conspiración, de la cual no sabía nada ni hasta la fecha ha logrado saber, determinaba la actitud del joven Gómez otro elemento primordial que iría a tener en el futuro terrible trayectoria. El nepotismo de Juan Vicente comenzó entronizando a cuñados y primos en los Estados, en los comandos. Luego preparó a su hermano Juan Crisóstomo con algunos años de "roce político" en la presidencia del Estado Miranda para encargarlo vitaliciamente en Gobernación. Este vigilaba de cerca en el terreno civil y policíaco a Márquez Bustillos, secundándolo en esta labor Lorenzo Carvallo, antiguo polizonte, ducho en argucias y controlado a su vez por el jefe de la policía, Pedro García, andino tachirense, de muy baja extracción, como que en sus primeros años, cuando vino al centro, regentaba una casa alegre en los extramuros de la capital. Allí aprendió a despreciar y a aborrecer a la ciudad, escuchando en las frecuentes borracheras de "El Puente de Hierro" lo que los imprudentes decían de política y comunicándolo al hombre pávido, al Gómez acechante a pocos metros en su guarida de "El Paraíso"... Se había singularizado y conservado en el cargo por la manera implacable, insolente y grosera con que trataba a "los caraqueños". ¿Qué justificaba este extraño odio? Dejo la respuesta a quienes se ocupen mejor de estos hombres-máquinas dispuestos y armados para aplicar toda clase de órdenes y disponer todo género de atropellos. Carvallo es más diestro, Pedro García más sincero. El uno es detectivesco, solapado, taimado, inteligente en la trampa y experto en el lazo; el otro procede con una obediencia ciega de turco boshandí, de tártaro. No lleva

a la víctima el cordón dorado del sultán, la estrangula con sus propias manos... Su incondicionalidad es su fuerza. Estos dos hombres, servidos por esbirros inferiores, han tenido sometida al terror una sociedad entera que principió despreciándolos y ha terminado adulándolos. Sin embargo, en Carvallo hay ciertos rasgos de bondad que se le escapan y de los cuales reniega y se avergüenza, llevando entonces la ferocidad de las disposiciones al límite máximo. Tales alternativas, auxiliadas por el pavor general y por la cobardía ambiente, le han creado una cuasi reputación de ser "lo mejorcito" de la clica. He conocido a este hombre en un círculo social al que ambos concurríamos y en donde se habla con relativa libertad delante de él mismo. Me hace la impresión de que a momentos quisiera redimirse de su triste condición, ya anciano, y sirviendo todavía de instrumento apto para que se veje y se maltrate a los suyos... Más que odio, merece compasión. En un régimen organizado y dentro de la ley aquel hombre hubiese sido un jefe de seguridad notable. Gómez le ha hecho un verdugo. Los tiranos tienen este nefasto poder de envilecer instrumentos que Dios preparó quizás para fines de justicia y de bien.

Vigilados así unos con otros –cada subalterno inmediato es un fiscal, porque la pirámide está invertida, su base es el vértice, y el vértice, Gómez, se clava en el corazón de la república– "el servicio" es bastante eficiente. Si bien su utilidad se deriva más hacia "la política" –quiero decir hacia la persecución ilegal– aunque la represión de desórdenes es muy satisfactoria...

El "general Vicentico" apenas llegó diose cuenta de lo que pasaba. Confiando su padre en *don Guancho,* al joven le interesaba demostrar que su tío era un idiota, que no servía para nada puesto que había dado lugar a que se tramase "una conspiración" en la capital y hasta en el seno del ejército acantonado en Caracas y que él era "el hombre indispensable" para tener vigilados y contentos "los oficiales". La rivalidad del sobrino tenía su origen en la preferencia de su padre por *don Guancho,* hermano menor hacia el que demostró siempre ternura paternal. Los celos de Gómez el joven crecieron cuando ya en edad de alternar su política comprendió o le hacían comprender a cada instante sus "favoritos" –unos cuantos oficiales y un grupo de caraqueños sin escrúpulos– que era él, mejor que otro, el "heredero"... Odió a su tío como odian estas naturalezas ineducadas, impulsivas, selváticas, para quienes no existe sino un motor: el apetito, y un punto de parada: la indigestión. Corren sin freno en sus automóviles como corren sin freno en la vida. Y por este doble correr referíase que Vicentico había arrojado cierta vez su coche contra el de *don Guancho* y que su padre le había reprendido ásperamente. Muerto su hermano Alí en la peste, pequeños los otros "delfines" de la dinastía, este gordinflón que ya en su alma detestaba a la ciudad por los modelos de ciudadanos que veía en derredor suyo, ajeno dolorosamente a solidaridades de domicilio y de familia, sin ser andino porque no sentía sino un regionalismo postizo, sin ser central porque su incultura y su inadaptibilidad atávica le aislaban dentro de una cortesanía que se jactaba de menospreciar, era una especie de producto intermedio, de

"demi-fils-à-papa", engendro militar de los cuarteles y de la tufarada soldadesca de Maracay con un poco de potrero y otro poco de bacanal de alcabala... Así, cuando fuera Inspector del Ejército la primera vez, montó casa y abrió todas las ventanas iluminadas sobre la plaza de Altagracia, el barrio aristocrático de Caracas, a fin de exhibir a su querida, *la Perla*. A las comilonas iban los "intelectuales" y sus admiradores del ejército y de la sociedad. Detrás agrupábase el círculo adverso a *don Guancho,* que impulsaba al joven Gómez contra su tío como único obstáculo probable para heredar la situación política creada por Gómez el viejo, cuya pachorra preconcebida dejaba tomar alas a un sentimiento que no supo ni pudo domar con mano de padre, de "jefe de familia"; amenaza terrible alzada por su propio nepotismo contra la seguridad de los de su sangre... Ningún hijo de presidente en Venezuela sonó ni actuó en manera tan descarada ni tan auxiliada como éste: ya no es un continuismo lo que se desvela tranquilamente: es una dinastía. Una dinastía en cotizas que como no tiene ni pragmáticas ni antecedentes, sólo hija del capricho extravagante de un déspota enloquecido de poder, deberá rodar a la catástrofe envuelta en tragedias de familia. Armado, pues, en este sentido el joven Gargantúa, auxiliado indirectamente por el temor de Márquez Bustillos que tenía que demostrar "su celo" debido a ciertas razones íntimas y a ciertos rumores que habían hecho llegar hasta Gómez, al cual adormecía con inauditas adulaciones, entre otras, escribiendo su biografía en estilo heroico del año de 92, cuando eso se hacía por quince pesos, más el retrato *al creyón del biografiado,* "toutcompris", no sintiéndose muy bien ni en el ánimo del viejo tirano y menos en el del hijo –cuya cólera despertaba la presencia del pequeño presidente de los grandes mostachos, por la misma razón que la despertaba su propio tío–, en el curso de una semana hizo reducir a prisión entre civiles y militares unas ciento y pico de personas y presidió, personalmente, las torturas... Ordenóse perseguir en los Estados algunos que allí estaban. A favor de suplicios inenarrables[75] se arrancó a la delirante lengua de los martirizados en los patios de los cuarteles confesiones en partes verídicas, en parte para salir del tremendo tormento. Era necesario *abultar* aquello, mezclar la mayor cantidad de personas posible, hacerle creer a Gómez que se le estaba salvando de una cosa horrible, que le iban a ahorcar, que le iban a destrozar entre cuatro potros, que habian proyectado molestarle introduciéndole tachuelas por entre las uñas de los pies... Cada adulantuelo sin importancia aportaba datos nuevos; los pobres diablos de espalderos manteníanse con el arma al hombro... Si "atacaban" al "general Vicentico" le iban a echar plomo hasta al mismo Nazareno de San Pablo. La capital presenció entonces los atropellos más brutales y ridículos. Al doctor Juan José Abreu –juez que condenara, cuando Castro, al asesino de Mata Illas, Eustoquio Gómez, al máximo de la pena y a quien se persigue siempre con cualquier pretexto desde entonces– se le arrestó

[75] *La Vergüenza de América* (Tomo II).

corriendo detrás de él y sacándole a empellones del bufete de un abogado amigo, en el que trató de salvarse, con dos esposas en las muñecas, como a un criminal.Al joven Jorge Luciani, por unos carteles que aparecieron en ciertas paredes, pero, en realidad por su discurso en la Legación de Bélgica; al doctor José Manuel Juliac "porque había saludado a Abreu". Ya estaban presos el general Pablo Giuseppi Monagas –se había roto "el último lazo que nos ata a la civilización"– y el doctor Aquiles Iturbe. Procedióse contra estos dos hombres por sospechas de una parte y por intrigas personales e insidias de la otra. La significación política de ambos importaba para darle al asunto un aspecto formidable. Convergiendo diversos intereses a un mismo fin –extremar las devociones algo tibias en los días de la peste del lado de Márquez Bustillos y sus amigos, adquirir la perdida posición de "príncipe heredero" el joven Gómez, sincerarse el círculo de *don Guancho* de la falta de celo que delatan los orígenes falsos o verdaderos de la conspiración, y por sobre todo y más que todo, vengar en la carne viva de la ciudad la actitud de frío desprecio con que respondiera a la cobardía del déspota en los días de crisis y de los miedos que se le hiciera pasar al finiquitar la contienda europea por sus germanofilias extravagantes de 1914 a 1917, he aquí que esta sigilosa delación en el fondo de los cuarteles y estas deposiciones de testigos colgados por las partes genitales para formar "el expediente" que se le debía presentar al "jefe" iban a coronar, justamente, los deseos de las más encontradas tendencias. Hubo pues, en la persecución y en el atropello, esta vez, la misma vieja unanimidad de las elecciones en el Congreso y de los "votos de gracia" en los Concejos Municipales [76].

Pero no obstante la iniciación terrible, sabiendo cuanto ocurría, viendo caer presos a nuestro lado personas complicadas y otras que nada tenían que ver ni remotamente en el asunto, comprendíamos que se tiraban palos de ciego y que la única solución era darle frente a la amenaza con una actitud serena e imparcial, aguantar la ola, recoger lo que el barrido policíaco dejase, y con la santa constancia de las hormigas, comenzar a construir el nuevo laberinto a la siguiente mañana. Algunos habían corrido a ocultarse. A Pimentel, *Job Pim*, la tarde antes de prenderle, lo había llevado en un coche hasta un escondite cuya llave me facilitó un amigo y allí le dejé instalado rogándole que no saliese. Con la prisión de su hermano el capitán, estaba desmoralizado. Decía que ya todo le importaba poco y que lo mejor era acabar de una vez. Discutí con él y le hice ver que la calma y la serenidad podían salvar una gran parte del asunto y dejar abierta la puerta a una nueva combinación... Pareció convencido y logré que se quedara en el escondite donde pasamos la noche. Salí en la mañana; estuve en la redacción; allí me telefoneó el escondido: ¿Ninguna novedad?

[76] En Nueva York fundóse por aquellos días la sociedad patriótica "Joven Venezuela", que tomó gran incremento y preparó la opinión exterior para la revolución, fracasada más tarde. La conspiración de Caracas era absolutamente extraña a esta combinación, si bien entraba entre sus factores primordiales una vez dado el golpe.

–Hasta ahora... Pero quédate allí.– La idea de que le prendiesen en aquel estado de debilidad fatalista me inquietaba por mí –es la verdad– y por todos.

Inútil mi recomendación. Salió. Con sus pasos contados fue a la Prefectura acompañado por el gerente de la imprenta donde editaba su diario para atender a una cita del prefecto Carvallo. Allí le dejaron "para una averiguación"... En la tarde, inquirí del empleado de la Prefectura, Tirado Medina, sobre la "gravedad" de la detención de *Job Pim*. Con la mayor naturalidad me dijo:

–Nada grave... Como el hermano está detenido por un asunto de orden militar temen que hable por ahí algo.

Se despidió Tirado breves momentos después asegurándome de nuevo que "no era nada lo de *Jobito*". Leoncio Marínez, el otro redactor, habíase quedado en su casa enfermo. El gerente de la imprenta Bolívar, Eduardo Coll Nuñez, nos participó a Antonio José Calcaño Herrera, administrador de *Pitorreos* y a mí, único superviviente de la empresa, que en la Prefectura Carvallo le había conminado a "suspender" el periódico. Ni Calcaño Herrera, ni Coll tuvieron nada que ver en todo el asunto que motivaba aquella medida *. La inquina contra el diario humorístico –el *Charivari* de estos días trágicos– debíase a que se le consideraba "un centro de descontentos"...

Me marché intranquilo. Creí que ni Pedro Manuel Ruiz ni ninguno de los otros detenidos que *sí estaban* en el secreto dirían una jota y que en todo caso, era de mera lógica suponer que por propio resguardo ya que toda confesión agravaría la situación del confeso, quedaba descartado el temor a que hubiese "prueba" contra mí o contra otros que no presentábamos ningún aspecto beligerante y que no habíamos tomado parte ostensible ni en "manifestaciones" ni en algaradas inútiles. Precisamente, una semana antes, uno de estos jovencitos exaltados a espaldas de la policía me salió al encuentro y entre un reguero de salivas y de melenas casi increpó la pasividad en que estábamos "los intelectuales". Sonreí y lo contemplé fríamente. Aborrezco estos tipos de "rebeldes" que acaban con sus gritos y sus ademanes todas las rebeliones y las hacen degenerar en oratorias de cofradía y en discursos de efemérides... Son la peste de la decadencia. No tienen la fiebre sincera del jacobino, la tremenda resolución silenciosa del estudiante ruso ni el lírico heroísmo de los de las barricadas de 1830. Simples gritones a mansalva. Cada vez que me aparece en la vida un "rebelde" de este género me acuerdo de cierto amigo –ahora a pesebre y ración de un consuladito de tercera clase– que allá en sus mocedades bravías contra los curas y contra el gobierno, complicado en cierta manifestación de los cigarreros a motivo de un nuevo impuesto, como extremase sus dicterios llevábanle arrestado seguido de varios

*Cuando se editó esta obra, Calcaño Herrera vivía y él y Coll estaban en Caracas: ambos formaban parte del eficiente "complot" pero este juicio de mi libro garantizábales su seguridad.

curiosos y de toda la granujería del barrio y al pasar frente al mercado público, indignado por la indiferencia de los que detallaban rábanos y pesaban manteca, como si en aquel instante no se estuviese ultrajando a la augusta Diosa Libertad, deidad sagrada, etc., volvióse iracundo a los limpiabotas y a los papanatas:

–Pero, ¡pueblo de las Queseras y de Carabobo! hagan algo, rebélense ¡saqueen el mercado!

El joven heroico y melenudo –no había por ahí nadie que oliese a "gobierno" –decíame pálido de ira patriótica y contenida:

–Están violando la Constitución, están ultrajando a la Democracia. ¡Acaban de arrestar a Juliac! Hay que hacer algo...

–Lo que hay que hacer –le dije– es callarse la boca y dejar la bebedera de aguardiente heroico.

Este alcohol desnaturalizado con vistas a Mirabeau ha convertido en fracaso las más sabias, las más circunspectas conspiraciones... Nunca será bastante cuanto se diga y se haga para ridiculizar esta clase de "revolucionarios" sin programa y sin dirección. También la otra especie, la de los "graves" es temible. Pasan envueltos en una ola de misterio; os saludan con un signo convencional y vienen a estrecharos la mano, en silencio, con una fuerza inaudita, para cercioraros de que "están en el ajo" y de que son firmes e incorruptibles... A propósito de ellos es de recordar una de las célebres causales de un ingenuo jefe civil del Táchira para detener un individuo:

–Pues ¡cómo le parece, que el amigo llevaba paso de conspirador!

Finalmente, contemos el otro tipo, el que está siempre "a la orden" para "todo lo que signifique patriotismo" y "acabar con esto". Eso sí, nada de "disparates" como amarrar a un policía o brincar una tapia. "Las cosas bien hechas" y estar "con el ojo abierto" para cuando se presente "la *evolución*"...

Después hay que contar con "los estudiantes". Son una fuerza, prestigian un movimiento. Sólo que cuando se ponen "líderes" nada se puede hacer con ellos. Alquilan un local, compran un libro de actas, nombran una junta directiva y proceden a dirigirse en circulares al país y a las potencias extranjeras. Se trata simplemente de tumbar a un rector o protestar contra un texto oficial y uno se para a proponer que... se restablezca la Gran Colombia y se ciegue el Canal de Panamá participándolo así al Presidente de los Estados Unidos "por lo que pueda importarle"...

Con frío en el alma, viendo replegarse el entusiasmo de hacía unas horas en pavores insólitos, sintiendo la soledad terrible a mi alrededor, pensando en la comicidad dolorosa y desesperante de estas actitudes diversas, verificando cómo cuatro miserables sin decoro ni vergüenza, ni valor, temblorosos, nerviosísimos, preparaban sus redes para inutilizarnos la acción, como la malla que se arroja traidoramente sobre el gladiador, y lo que es más triste aún, apoyada esta asechanza en la incercia miedosa, en la indiscreción efectista o en la más baja y humillante de las

abyecciones: la voluntaria, descendía acompañado de dos amigos, la noche del 19 de enero, entre ocho y media y nueve, hacia el Circo Metropolitano. Uno de mis acompañantes, Calcaño Herrera, se despidió en la plaza San Pablo, hoy Bermúdez; el otro, Coll Núñez, continuó conmigo. El Circo ofrecía un espectáculo de cine popular, y allí en público era costumbre encontrarnos todos, recoger los últimos datos, saber las últimas noticias, al paso, como quien circula en la multitud... Tuve aviso, mientras comía, que algo grave habían arrancado a los torturados; me habían dejado algunos amigos recado de ocultarme minutos antes de salir del hotel. Pero yo tenía que enterar a los otros, obreros, padres de familia, compañeros que confiaban en que les tendría al corriente de lo que ocurriese para proceder a ocultarse. Deber mío era esconderme el último. En todo caso, mi prisión o mi persecusión garantizaba la libertad de muchos más.

Apenas habíamos traspuesto el umbral de la primera puerta lateral de la izquierda y avanzado algunos pasos en el vestíbulo cuando el Prefecto Carvallo, trajeado de gris, enguantado, sonriente, se adelantó y nos alargó la mano:

–¡Qué casualidad! tenía algo que tratar con ustedes... Y con un perfecto disimulo, haciéndonos notar la gente que allí había, añadió con la mayor naturalidad: –Pero aquí no. Yo tengo allí mi coche; acompáñenme un momento.

Aquella comiquería no me engañó un instante. Una ojeada me reveló que estábamos rodeados de esbirros, trajeados de civiles. En los trances más serios hay siempre un elemento cómico. Desde días antes notaba la extraña insistencia que tenía en acompañarme un tal Casanova, un pobre diablo, espía de la Prefectura, muy conocido porque usa un lunar de pelos retorcido gallardamente en la mejilla. Como si llevase allí pegado uno de los mostachos de Márquez Bustillos en miniatura... Y aunque estaba disfrazado de "caballero que pasa" olvidó afeitarse aquella peluza delatora.

Siguiendo la comedia, Carvallo me hizo subir gentilmente el primero al carruaje –una "victoria" de caballos– y al tomar asiento, éste lo hizo a mi lado y Coll Núñez al otro extremo. Quedó entre los dos y continuó charlando amablemente y dándonos a entender que "todo no era sino cosas de la gente" y que nos iba a enterar de algo interesante para que estuviéramos prevenidos... El verbo en participio pasivo me hizo gracia. Recordé el sustantivo prevención, observé que dos sayones ocupaban el pescante y que dos motocicletas y otro coche nos seguían...

Tanto Coll como yo permanecimos durante el trayecto impasibles, respondiendo con voz tranquila y hasta con cierta puntita de burla a la extraña locuacidad de Carvallo. Sostengo lo dicho. A este hombre le repugnaban estos papeles. Sus nervios, su mirada, la especie de cortesía policíaca con que trata de suavizar en la forma la infamia que va cometiendo.

Minutos después se detuvo el coche ante la puerta del Cuartel de Policía y salió a recibirnos, envuelto en un sobretodo castaño, un hombre de rostro árabe y bigotazos tan negros como el capacete del carruaje, del cual descendimos. Pasamos la guardia de prevención, seis u ocho gendarmes soñolientos. Penetramos a un salón. Allí el Prefecto, de pie, nos manifestó que "estábamos detenidos".

–¿Por orden de quién y por qué motivo? le interrogué.

–Son órdenes superiores... –balbuceó.– Son órdenes...

–Son desórdenes, repuse.

Ante una mesilla se había instalado el jefe de la policía, Pedro García. Entre tanto, Carvallo, había dicho refiriéndose a Eduardo Coll:

–Pasen al señor al otro salón. Y antes de que saliese, preguntóle: –¿Quiénes son los redactores de *Pitorreos*?

–El señor Francisco Pimentel, el señor Leoncio Martínez.

Comprendí la pregunta y la sagacidad de Coll en responder sin vacilación. Oficialmente, estos dos señores eran los que aparecían. A Coll Núñez le han hecho suspender tantos periódicos y le han llevado tantas veces a estas escenas que ya tiene una suerte de tecnicismo policíaco para tratar a Carvallo y sabe cómo darle la vuelta rápida a toda insinuación siniestra. Le presentaron un editorial contra el gobierno y abre los ojazos inocentes y declara con un candor adorable:

–Bueno... yo no soy sino el impresor, pero... yo no encuentro aquí nada deshonesto... –No es eso, le dicen.– Y los ojos se abren con el estupor más cómico. Así se ha ido defendiendo y ha logrado que no le cierren la imprenta Bolívar y le tiren los chivaletes a la calle.

Quedamos solos Pedro García y yo. Como a Coll, me hace que le entregue lo que lleve encima de algún valor, los gemelos de la camisa, el reloj, el dinero suelto...

–¿Armas?

Un polizonte se aproxima bruscamente a mí para registrarme el pantalón. Le detengo con un gesto. En el bolsillo delantero del pantalón guardaba desde días antes un pequeño puñal, una breve hoja encabada en marfil. La pongo sobre la mesilla. Me la había devuelto Aldo Baroni, quien la guardara varios días desde que en compañía de Calcaño Herrera y de Martínez salí a ver si lográbamos vernos con Márquez Bustillos para saber por qué suspendía el periódico y se arrestaba a Pimentel. La policía no nos dejó ni aproximarnos a la casa. Recuerdo que cuando le entregué el puñalito a Baroni, díjele:

–Guárdeme esto en sus gavetas... No vaya a imaginarse ese hombre que le vamos a asesinar.

Y Baroni, con una sonrisa florentina:

–Es mejor cuando el lobo quiere devorarnos metérsele cerca del hocico.

Pedro García envainaba y desenvainaba pensativamente la angosta hoja de acero, moviendo la cabeza con gesto de convencimiento. Y levanta los ojos:

–¿Usted es maracaibero?...

Comprendo la sátira por el hallazgo del puñalito y la contesto en el mismo tono:

–No; soy "central"...

Ni una palabra más. Sigo por indicación suya a un gendarme que me hace subir tras él una escalera y me aloja en una sala de oficiales, al fondo de un pasadizo, en el piso alto. Allí duermo. Allí veo cómo el amanecer del sol del veinte de enero dora los muros amarillos y el profundo patio de cemento de donde salen ruidos, voces, golpear de puertas, fregar de escobas, gritos de ebrio... Es "el depósito", el pozo séptico de la sociedad: la prostituta, el hampón, el ratero, el maula, el infeliz conocen ese lugar en el que ejerce una autoridad sin límites Pedro García. Allí ordena que vapuleen, que bañen, que golpeen y que cuelguen... La brutalidad inaudita suya y de algunos de sus esbirros célebres –Pedro González, Eugenio Castillo, *Cara e Caballo*– han hecho temible el sitio. Con idéntica energía se trata allí al malhechor de camino real que al jovencito calavera, al detenido político que al indiciado de parricidio. Es el sistema. Es el éxito de "la organización". A cada momento pasan ante la puerta de la sala en que estoy hombres que van a otra pieza y cambian de traje, de sombrero, de fisonomía. Son espías que van a "operar" en la ciudad. Los policías que han dormido en las camas inmediatas a la mía y que fueron llegando en toda la madrugada, fatigados, resoplando, abandonan sus yacijas. Uno me ofrece café, otro cigarros. Tengo un centinela a la vista. ¿Es que puedo ir abajo, al baño, al excusado? No; no debo salir. Llama una voz imperiosa; súbitamente llega una orden. El salón se vacía; los gendarmes que hace un instante me prodigaban pequeñas atenciones parecen inmutados. No me miran al rostro; no se cuidan de responder a dos o tres palabras que les dirijo. Al fin, uno, al salir, me dice secamente:

–Usted está "incomunicado". Si desea algo diríjase al señor –y me señala al gendarme centinela que se pasea ante las dos puertas.

Deseo muchas cosas. Una manta –he pasado un frío terrible en la sala abierta, sobre un mal jergón. Tengo hambre y una sed que apenas se calma con el escaso tarro de agua que he obtenido. Quiero enviar un recado al hotel para que manden lo necesario, si es que voy a estar allí mucho tiempo. Paso la exigencia. Ninguna respuesta.

Mido de uno a otro extremo el vasto salón dividido por un tabique de madera de otro que debe de tener igual extensión y destino. Hay un gran movimiento esa mañana. Los policías acepillan sus uniformes, lustran sus borceguíes, ábrense con precarios peinecillos "la carrera" en las pelambres... Y por una frase al paso, adivino. El veinte de enero es que suele presentar su mensaje el Gobernador *don Guancho* al Concejo Municipal, y todas las adulaciones edilicias y policíacas son pocas para solemnizar tan fausto acontecimiento. A este pobre hombre, los secretarios que le nombra su hermano redáctanle mensajes muy divertidos. Para dar cuenta de que se han reparado algunas calles, perforado unas cuantas alcantarillas embovedadas, que aquí le llaman cloacas, y que se ha cam-

biado la numeración de las casas, que los parques están verdes y que los policías usan calzoncillo enterizo, *don Guancho* aparece citando a Herbert Spencer y a Luis XIV, a Bolívar, a su hermano Juan Vicente, a quien denomina "el Benemérito General" y a "la conflagración europea"...

Aprovechando sin duda este regocijo doméstico, un oficial de policía entra rápidamente en la pieza, tras de cambiar breves palabras con el centinela, y poniendo un lío de mantas sobre una de las camas, me dice de prisa:

–Le han traído eso... Ya se dio la orden al hotel por teléfono para que le envíen la comida...

Abro el paquete de ropas. Dentro cigarrillos, dulces. Mi familia no está en Caracas; mis amigos deben andar a salto de mata; en mi vida entera la piedad tuvo poco que hacer conmigo... ¿Quién puede haberse ocupado de esto? Examino con ojo de preso la cubierta de los bombones, el papel de los cigarrillos. Con una fina uña femenina hay algunas letras trazadas: *Brale.*

Comprendo y admiro. Es uno de esos vocablos insensatos, locos, que el placer, la dislocación de una palabra real, la ternura confusa, hacen emblema de una caricia o apodo íntimo de dos amantes... Amor humilde, de la calle, del acaso, de los días de alegre juventud idos para siempre. La pausa de libertades que me había dado la vida no la dediqué ciertamente a hacer voto de castidad y desde el fondo del tiempo y del olvido un alma de mujer, más digna y valerosa que el alma pávida de los hombres, ponía en aquella piadosa atención un poco de la gratitud de una patria que sólo ha tenido para mí durezas de madrastra... A la hora del calvario, hasta en los recios pintores místicos del siglo XVI, hay una mujer que llora al pie de la cruz. Y es una mujer pública.

De súbito un tropel en el pasadizo. Penetra un hombre agitadamente. Al entrar su sombrero bombín cae al suelo. Detrás un gigantesco polizonte de cara agria y ademán brusco; le dice al que recoge su sombrero caído, casi arrojándolo con el ademán sobre una de las camas:

–Siéntese aquí.

Es Torres Abandero. Hacía pocas tardes nos habíamos visto en una cantina inmediata a la redacción. Comprendí que le acababan de arrestar. Quiere hablarme, con una mueca le hago advertir el centinela y el tabique de madera que divide la sala y por cuyas rendijas probablemente se nos vigila.

Luego llegan los portaviandas de ambos y tomamos la comida cordialmente, charlando de cosas indiferentes, de literatura, de asuntos varios, absolutamente ajenos a aquel trance. Más tarde la común desgracia, el infortunio tremendo, nos debía unir para separarnos la muerte. No estoy cierto si quien lo condujo, el hombretón de la cara hosca y enorme, se llama Pedro González o Eugenio Castillo. Cualquiera de los dos esbirros que sea es un cobarde y un miserable... El trato que le dio a mi compañero cuando le trajo según éste me cuenta, tuvo toda esa estúpida violencia

que estos desgraciados suelen emplear con los hombres decentes para congraciarse con los patanes a quienes obedecen por solidaridad de bajos instintos. Haciéndole olvidar sus emociones de la mañana refiérole anécdotas chuscas y a su vez me habla con profundo sentimiento de Gabriel Muñoz, el negro admirable, el poeta a quien amó y admiró. Luego me muestra con una travesura casi infantil –había en Torres Abandero cierta ingenua gracia de niño a pesar de sus cabellos grises–, que en un pequeño escondrijo de su paltó lleva ocultos veinticinco pesos en billetes "por lo que nos pueda ocurrir" y que al registrarlo no se los quitaron.

A las ocho pasa por ante las puertas un oficial y secretea con el centinela. Percibo un fragmento de la conversación: "...como no hay un viaje *pa abajo*". Una triste experiencia me hace interpretar este caló. *Pa abajo* es La Rotunda. No digo nada a Torres Abandero por no inquietarlo. ¿A quién de los dos esperará tal viaje? Pasa una larga hora... Resolvemos dormir. Y cuando ya llevo algunos minutos tendido, cosa de ocho y media de la noche, el polizonte gigantesco de semblante barrabasino se allega a mi cama:

–Alístese... vístase.

Al fin y al cabo soy ya un experto en sufrir atropellos y sé lo que vale una manta en la cárcel. Rápidamente hago un lío de ropas y al salir, mientras un ordenanza porta el mísero equipaje, le hago un saludo a Torres Abandero que, incorporado en la cama, contempla la escena. Ya no vería de él sino muchos meses después su cuerpo esquelético y llagado, arrastrando los grillos; ya no oiría más tarde sino su voz de enfermo y el estertor de su agonía... Todo luego fue rápido, preciso, sigiloso. En la oficina, abajo, estaba Pedro García. Devolvió a mi conductor en un sobre cerrado el dinero y los objetos y volvió a decirme como la noche antes:

–¡Siga al señor!– Pero esta vez su voz tiembla de cólera y creo que a duras penas se contiene para no insultarme... ¿Por qué? Ya a mi indignación de la noche antes va sucediendo cierta actitud de curiosidad despreciativa y risueña hacia estos insensatos que se toman a pecho arrestar, encerrar, detener, registrar. No obstante lo siniestro de todo ello, en el fondo hay algo de bufo. Toda esta brutalidad de maneras no es más que un modo infeliz de poder vivir y conservar el puesto. El barrabás que me conduce lleva mi destino en un largo sobre de oficio que al partir le entrega Pedro García, quien por no mirarme clava los ojos en el techo. Otra vez a un coche. La última visión que tengo de la ciudad son las luces del tranvía de la Avenida Sur, la fachada sombría de un ala del Palacio Federal, arbolillos, un grupo de gendarmes. Me sitúan en el fondo del coche. Dos polizontes en el pequeño asiento delantero sujetan la capota y me ocultan la calle a ambos lados. En el pescante se instala otro policía. Uno de los que va frente a mí afecta mirar el camino, el otro, el célebre *Cara e Caballo*, me observa con una repugnante atención. El apodo no le va bien. Se insulta de un modo grosero al noble animal. Es una faz lombrosiana, de mandíbula enorme, de ojos tártaros. Las bestias no tienen

esa expresión. Los que conocen a esa variedad de saurios que llaman "baba" en nuestros llanos hallarán en aquel cráneo achatado con dos protuberancias frontales y un maxilar de pesadilla el perfecto símil para este malhechor.

Rueda el coche en la noche. Rueda hacia mi destino, hacia el tormento, hacia la muerte quizás... Los hombres que no han experimentado estas sensaciones, los que no saben cómo el ánimo se templa para resistir el martilleo de horas y días y meses y años de un sufrimiento monótono e inacabable, y luego hablan con desenfado y hasta con un dejo irónico de "los presos políticos" nunca logran verificar con cuál dosis de desprecio pensamos en la torpe y cómoda y cobarde actitud de sus vidas. Jactarse de ser "víctima" es una puerilidad indigna de varones; tener el orgullo silencioso de su desgracia es situarse, por una elección de suerte, mucho más alto que el rebaño en marcha. Pero hacer mofa de la angustia silenciosa del prisionero es como hallar una idea de la comicidad en el aspecto de la víscera dislacerada con que, en el glorioso sufrimiento de un instante, una mujer se torció, con las piernas desarticuladas y la faz bañada en sudor, para echarnos al mundo. Hay hombres que cultivan pequeñas desgracias domésticas como una col en el patio. Otros resultan inferiores a su desgracia y caen en la inconsciencia animal sufrida. Pocos alcanzan la serenidad antigua del hombre de Hus raspando con su tejo la úlcera.

Luces. Los timbres de un tranvía. El raudo soplo de un automóvil. El grito de un vendedor. La carcajada de una ramera. Para el coche. Descendemos. Atravesamos la guardia de prevención del edificio pintado de amarillo, con aspilleras, con ventanas centrales, mezcla de cuartel, de ventorrillo, de prisión, mientras un oficial grita guturalmente: –¡Guardia, firme! En lo alto de la segunda puerta el letrero de la hipocresía convencional de todas las torpezas sociales que fundan asilos, edifican hospitales o construyen cárceles: "Odia el delito, compadece al delincuente" Un soldadito de la prevención me arroja al paso esta frase:

–Siguen entrandito de casimir...

–¡Y tú –le devuelvo pasando– eres un pobre esclavo en cotizas con un máuser!

Pero el oficial grita imperioso, reprendiéndolo. Y pienso luego en toda la amargura de este desahogo, en toda la triste satisfacción con que este hijo del pueblo mira a "los patiquines" caer en aquel antro. Por su boca habla una protesta, innoble y todo, pero que se alimenta en la común injusticia. Es un socialista inconsciente que busca una forma burda y cruel de expresión para desahogar su cólera de paria. ¡Pobre muchacho!

Me han dejado los sayones en una salita baja, con dos bancos, una mesilla, un almanaque. Entra un joven de aire afable. Saca con ademán experto una libreta-estadística.

–¿Nombre?... ¿Edad?... ¿Profesión?... y sonriendo: ¿"Causa"?

–Ponga la que a usted se le ocurra.

Ríe; me ofrece un cigarrillo; me ruega sentarme y aguardar. Otros cinco o diez minutos. Aparece un hombrecillo vestido de blanco, con ropas tan aplanchadas que parecen de papel. Se cubre con un sombrerín panamá, característico entre los tachirenses, cuya copa tiene un pliegue que semeja el cordón de la próstata. Es moreno, muy moreno; la carita recogida y agria, un bigotillo ralo. La voz es suave, malvada:

–Vamos...

Una galería. Un pasillo. A nuestro encuentro viene un hombretón en uniforme. Es viejo, grueso, de aspecto bondadoso, la gorra tirada hacia atrás. Le acompaña un muchacho de aire escuálido y sumiso. Debo saltar por un boquete que se abre en una reja de sólidos barrotes. Me hacen penetrar en una pieza baja y maloliente donde hay un jergón. Se trata de registrarme. El militar me dice con una familiaridad piadosa:

–Siéntate...

Y va pidiéndome los tirantes, la corbata, las ligas de los calcetines, las trenzas del calzado, la delgada correa del cinturón. Me explica que él es también "un detenido"... Su obligación es quitarle al preso esas cosas. Como advierte mi extrañeza de lo que tales prendas puedan significar de peligroso, respondiendo a mi sonrisa me advierte:

–Tú ves, es que algunos desesperados se suicidan, se *ajorcan*... Pero en la cárcel, compañero, lo principal es tener aguante. ¿Quieres algo?

Y como mi sed no se calma, le pido agua. Me la trae, cordialmente:

–Bebe sin asco: ese tarro es el mío.

Me deja solo un instante, en seguida vuelve con el hombrecillo que ha estado aguardando fuera aquellos preparativos.

Seguimos a otro pasadizo el hombrecillo vestido de papel satinado y yo.

Más tarde supe que aquel personaje vestido de tarjeta, con su sombrerín prostático y su carita recogida se llamaba Santiago Porras... "El coronel Porras". Otro desgraciado. Otro instrumento inconsciente, otra máquina humana destinada al uso vil de traer, llevar y aherrojar. Es el que comunica las órdenes del "general" Carmelo Medina, sargentón de "toda la confianza del jefe" que tiene una pata de palo. El personal "superior" de la cárcel lo completa el secretario: Roa *. Es también "coronel". Un tipo muy frecuente en estos lugares, mezcla de pasante y de esbirro. Cuando sonríe en la cara vulgar resultan sus dientes blanquísimos, cortados en punta como los del tiburón.

Caminamos algunos pasos. Otro patio sombrío. El pavimento va en declive. Otra reja de hierro. Otro boquete que se abre chirriando. El hombrecito grita:

–¡Nereo!

De la sombra surge un ser lívido, en ropa interior, de perfil huido, de ojos que miran a través. Debo pasar con mucha dificultad este segundo postigo, saltando sobre una pierna. Al fondo de un zaguán de unos tres

* Hasta fecha reciente M. Fidel Roa era vice-Cónsul de Venezuela en Santiago de Chile (*Libro Amarillo*, 1932).

metros se abre un pozo lóbrego. Es como un tubo de piedra. Boquetes altos y angostos, cubiertos con trapos blancos, como mortajas. Y lo son. Cada boquete de aquellos es una celda. Veintitrés abajo, veinticinco arriba. A ellos se asciende por una escalera vacilante, sucia, estrecha como la de un campanario. En el patio circular de unos doce metros hay dos o tres hombres tendidos. El llamado Nereo me precede con un enorme martillo en la mano. Detrás marchan dos ordenanzas y escucho el sonajear de los hierros que llevan en esta tétrica procesión. A derecha e izquierda de la celda número 41, donde nos detenemos, hay otras sin cortina, cuevas negras, vacías, que aguardan con su bostezo tétrico... El hombrecillo alza el trapo blanco que terminan de clavar con prisa los ordenanzas:

–Pase.

Hiede a podre, a basura húmeda, a fosa común de cementerio abandonado. Tropiezo en la oscuridad con desperdicios infectos. Cuando mis ojos comienzan a distinguir tras la media luz de la cortina –sólo dos míseros foquillos alumbran aquel circo de aquelarre, sus paredes leprosas, sus nueve pilares soportando el alero, su pasadizo circular que rodea las bóvedas del primer piso– noto que hay una tabla empotrada al fondo de la hornacina. Tiene ésta dos metros de largo por uno y medio de ancho y algo más de dos metros de altura. Me apoyo en la tabla a manera de camastro que está allí contra la pared. Un ordenanza me despoja los zapatos; colócanme dos argollas sobre los tobillos, pasan luego por ellos una gruesa barra y a golpe de mandarria que despierta los ecos de aquel recinto, espaciada, lentamente, comienzan a remachar la chaveta de acero... Todo aquel aparejo pesaría unas setenta o setenta y cinco libras.

–¡Trata de sacar el pie! –me recomienda el llamado Nereo.

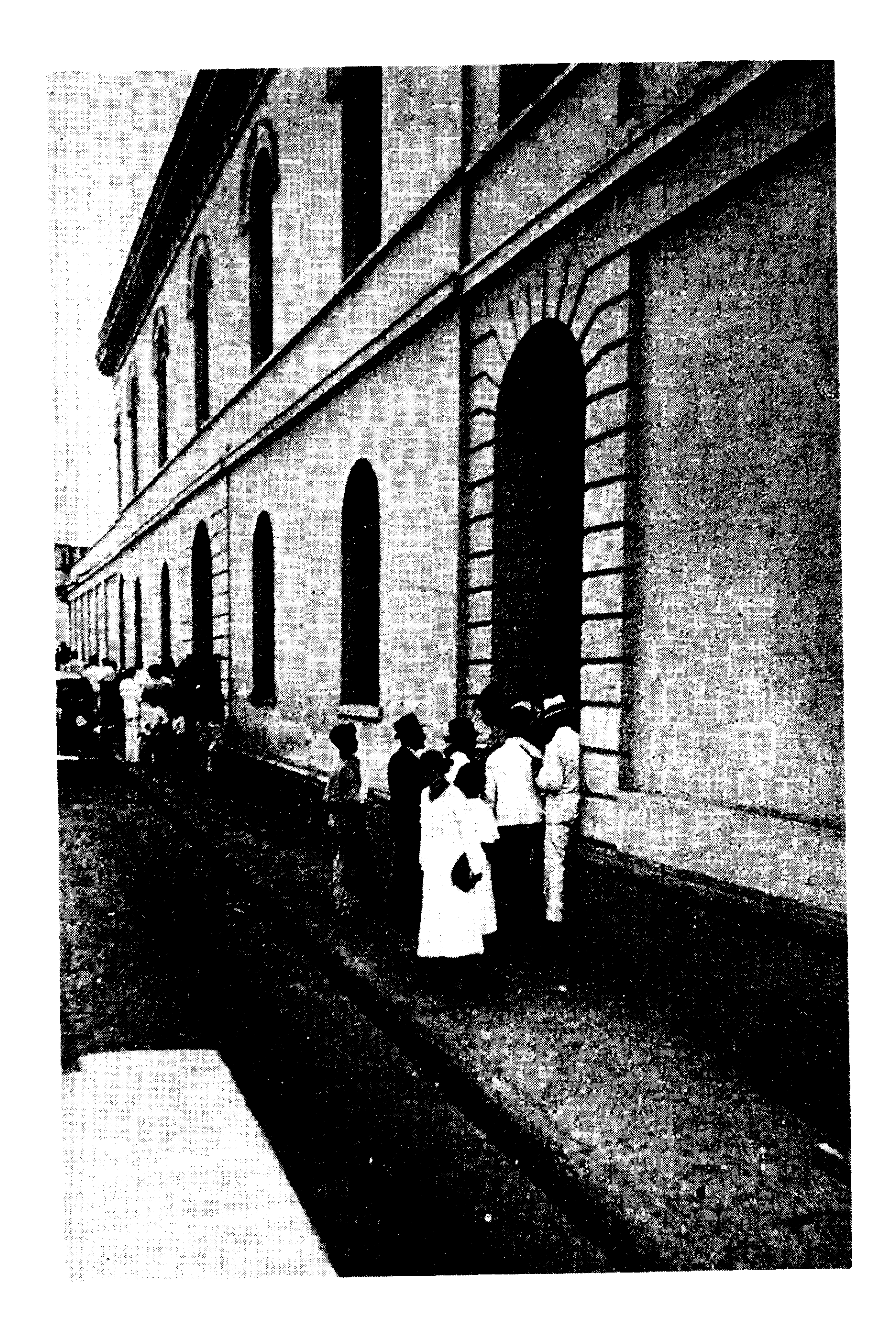
Como no le hago caso, fuerza mis pies a ver si doblándolos logro sacarlos de la argolla infame. Ahogo en mi alma el dolor del esguince. Me he roto el labio inferior con los dientes. Una ira loca me invade, y como todavía estoy fuerte, me arrojo sobre la tabla y levanto en vilo el par de grillos sacudiéndolos sobre la madera.

Salen. Acaban de clavar la cortina hasta abajo. Ni una línea de luz. Alguno, el Nereo tal vez, murmura al partir:

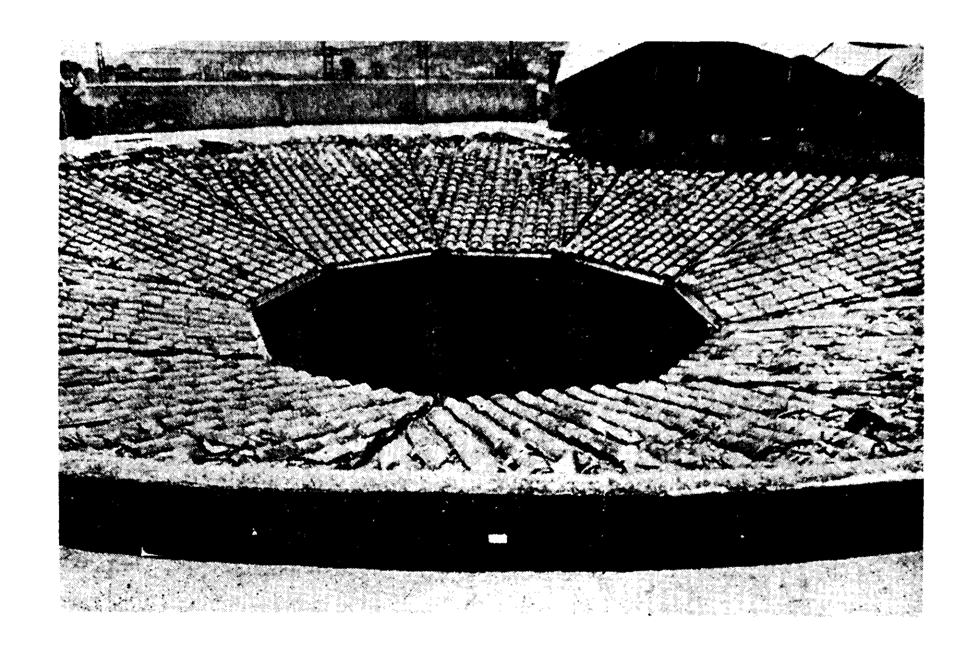
–Este es de los bravos, ¡pero aquí se amansa!

Después, silencio... La luz fúnebre, tamizada por el trapo blanco. Las pareces taraceadas de manchas y desgarrones; la tabla en que yazgo está pringada de humedad y de tachas ascosas. Por el techo abovedado de la hornacina, dos cucarachas se pasean y se hacen señales de semáforo con sus antenas, que proyectadas contra el muro parecen gigantescas...

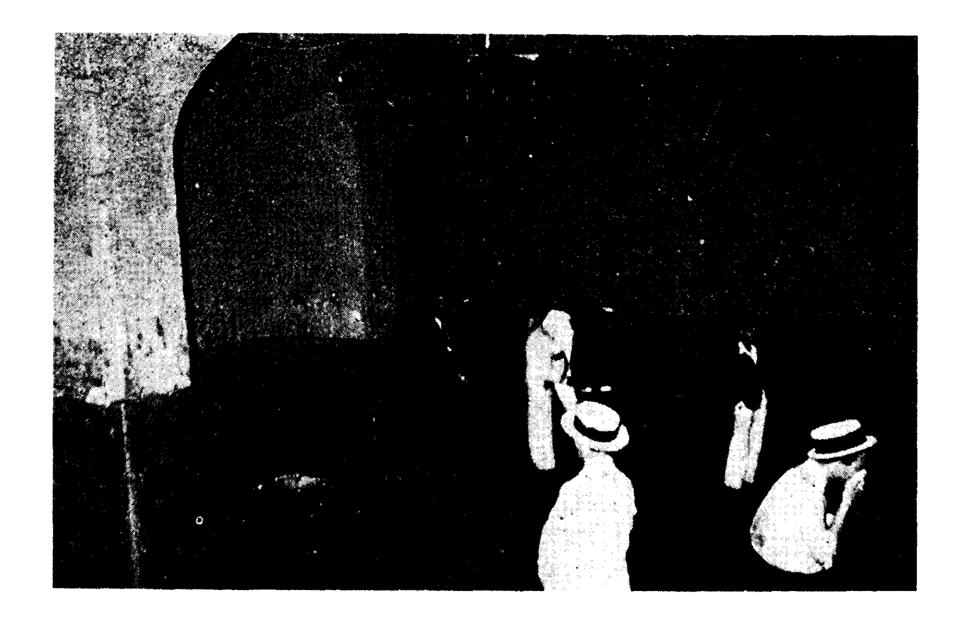
Ya sé que a Andrade Mora, colgado muchas veces por los testículos en el cuartel San Carlos para arrancarle la confesión y los nombres de "los cómplices", al descolgarle la novena vez escupió un coágulo de sangre y murió. A esta hora debe continuar la "deposición de testigos" interrogados de esta suerte. La sombra se puebla de angustias. Trepan larvas informes en la oscuridad y se arriesgan hasta la penumbra; larvas que



Antes de la demolición de La Rotunda, 1935, el público visita el trágico recinto.



La explanada de La Rotunda. Obsérvese el radio por donde ventilábanse los dos pisos de celdas circulares.



El recinto de los suplicios. En el muro pueden verse sospechosas salpicaduras.



INTERIOR DE LA ROTUNDA
El buzón por donde penetraban los vivos y salían los muertos. El mismo para introducir las magras raciones.



NEREO PACHECO
Los años y el traje han transformado un poco y aun suavizado la curiosa faz del viejo carcelero.

son pensamientos, imaginaciones que son garfios de pesadilla. Mi carne flaca de hombre se estremece. Tengo un frío que me llega a los tuétanos; y a medida que la ira del ultraje va pasando, el pavor loco, el miedo mísero, la cobardía vil del corazón humano, agitado en tumulto, enloquece mis reflexiones, nubla la noción de la hora y del hecho.

–Me van a torturar dentro de algunos minutos... Esta noche...

Con toda mi alma prefiero morir. Estrellarme los sesos contra aquella pared. Rasgarme la carótide con un pedazo de vidrio. Me incorporo, busco... ¡Nada! basura, podre, hojas resecas de maíz. La sed me quema la garganta; las argollas me oprimen el empeine del pie. No puedo marchar. Debo arrastrarme. Y apenas restablezco un poco mi moral interior pienso que todo aquello puede ser para atemorizarme, para amenazarme y obligarme a decir...

Se alza de súbito la cortina. Los mismos hombres... Sin una palabra, proceden a romper el remache y a sacarme de las argollas los pies.

–¡Venga!

El corazón me da un salto. Una contraorden, sin duda. Es la libertad... Es la libertad...

Y atravesamos el pasadizo, descendemos de prisa la escalera, cruzamos el patio negro; salto fuera del boquete de la reja. Pero me hacen volver bruscamente a la izquierda...

El hombrecillo quédase a la puerta o boquete de un calabozo angular. Es una celda algo mayor que la que acabo de dejar. En el centro hay una mesa sucia, una de esas negras mesas pulidas por la grasa y los codos que hay en los ventorrillos. Dos velas esteáricas, pegadas a la madera, iluminan el grupo que allí está. El prefecto Carvallo, el jefe de la policía, Pedro García, un escribiente puesto en funciones. Más al fondo, casi borrado en la penumbra, un hombretón en mangas de camisa, de rostro broncíneo que los reflejos distantes recortan en el claro-oscuro. La cabeza surge de la sombra con la precisión del arcabucero en "La Ronda Nocturna". Frente por frente está sentado Pimentel, Francisco, *Job Pim;* sin cuello ni camisa, con la solapa del paltó hasta las orejas. Estaba pálido, inmutado, sorprendido de mi presencia. Del techo de aquella zahurda, pasando sobre un travesaño empotrado en el ángulo recto del rincón, pende una larga cuerda... Un cabestro de tortura allí preparado.

El prefecto tiene la palabra. Me invita a sentarme. Luego me presenta una larga hoja de papel, mitad escrita a máquina, mitad manuscrita y anotada y corregida aquí y allá con tachaduras de lápiz:

–Se ha encontrado esto en la cartera del señor Pimentel. ¿Conoce usted ese papel?

Lo recorro atentamente. Es una serie de apuntes, redactados a manera de sumario. Como esas anotaciones que los autores de una novela redactan de prisa, fijando ciertos puntos, con prontuarios de este género: "darle más vigor a la escena de Fulano con Zutano", "abreviar el cuadro descriptivo tal", "prolongar el capítulo tantos y suprimir el cuántos"...

Leí allí anotaciones oficiosas, con lápiz, que decían "el tirano", "condenar los desmanes"... Aquello debe ser una celada. Devuelvo tranquilamente el manuscrito a Carvallo:

–Absolutamente; no sé ni entiendo bien nada de lo que aquí dice.

Y el prefecto, con una expresión de triunfo en la voz:

–Pues debe conocerlo porque el señor Pimentel aquí presente, declara que usted se lo entregó.

Asombrado levanto los ojos para mirarle el rostro a Pimentel, que sin sostener la mirada guarda silencio. Las pupilas acuosas y verdes de Carvallo, las negras retinas llameantes de Pedro García, los ojos dilatados del hombre que está en la penumbra y que me observa con una expresión de gato en acecho, se clavan en mí... El escribiente continúa con la cabeza gacha.

Entonces interrogo brusca y directamente a Pimentel:

–¿Tú has dicho que yo te entregué este papel?

–Sí –añade Carvallo– que se lo entregó y que le pertenece a usted.

Y como insisto de nuevo, ante el aire embarazado del que interrogo, éste por último responde mirando a otra parte:

–Sí... quizás no te acuerdes; pero tú me lo diste, hace días...

Estupefacto ante la inaudita afirmación comprendo de súbito que aquella declaración debe ser hija del pavor, arrancada en algún suplicio. Miro la cuerda, miro el semblante desencajado de *Job Pim*, que por aquellos días llevaba un breve bigotico de esos de mosca. Es tal la demacración de aquel rostro, que el mostacho parece pender sólo de la nariz. Hasta ese momento he logrado ser dueño de mí. Aquella escena me turba; la cólera me invade, me ahoga, me sabe a retama en los labios:

–De modo –le digo clavándole los ojos que los suyos evaden –de modo que *usted*, Francisco Pimentel, ¿afirma que yo le di este papel y que me pertenece?

–Sí... responde débilmente.

Entonces Pedro García, a quien no se escapa la turbación de Pimentel, toma a pechos la cuestión directamente conmigo:

–Además, está anotado con letra de usted... Es inútil negar. ¡Habla usted demasiado!

Y el hombretón siniestro que está en la sombra, tercia:

–Todos dos conocen el papel ése...

Sin responderle a García me encaro con él:

–Yo no sé quién es usted, ni me explico por qué dice eso ni qué interés tiene en afirmar eso...

Las pupilas felinas se dilatan. Quizás va a responder, pero Carvallo interviene:

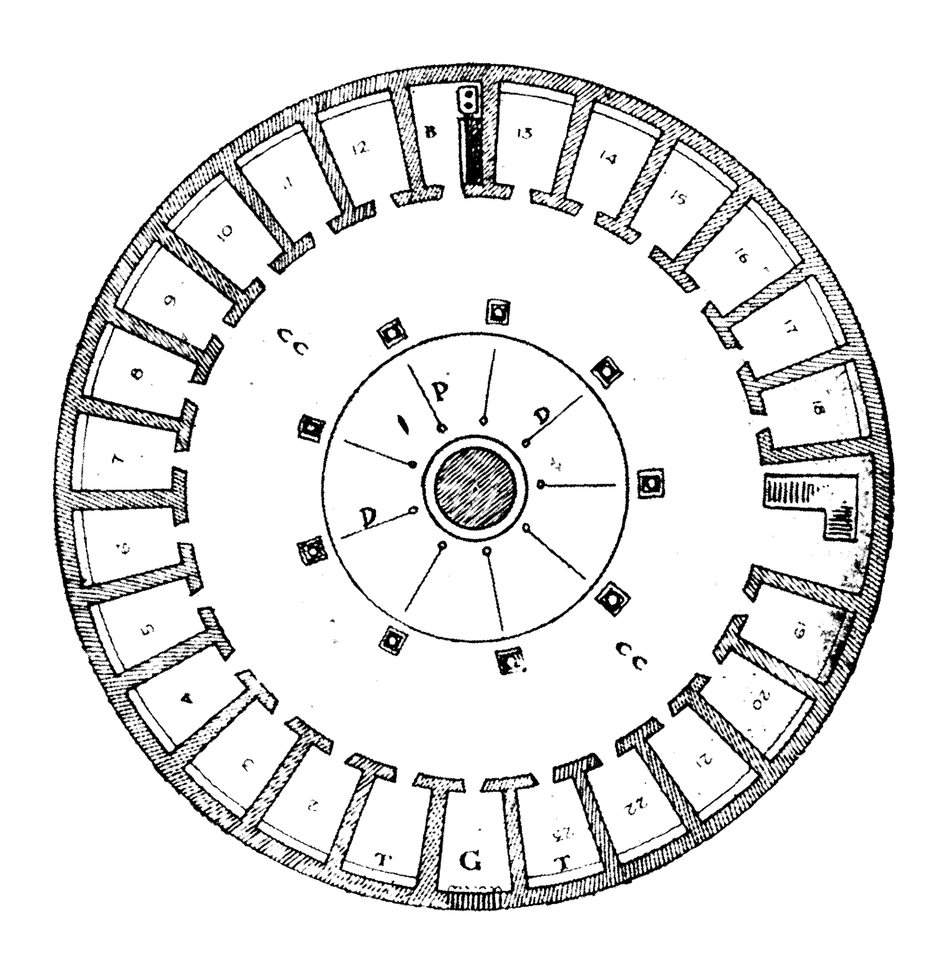
–Escriba aquí... déjeme ver su letra.

Escribo.

–¿Es esa la letra que usted usa?

Sonriendo, adueñándome de mí:

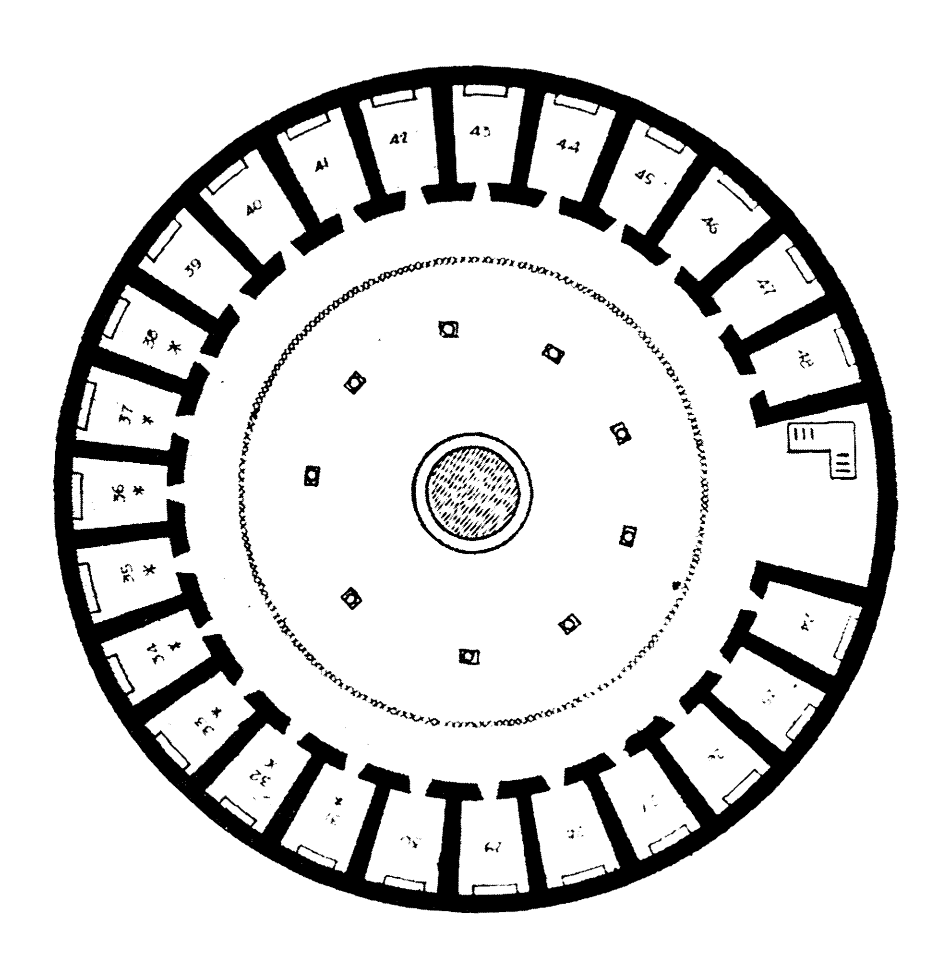
LA ROTUNDA



PISO PRINCIPAL

G Buzón o reja de entrada.
B Inodoros.
TT Tabla de dormir.
CC Corredor bajo la galería del primer piso.
DD Pilares.
1-2-3, etc. Celdas.
(Dibujo de J. R. P.)

LA ROTUNDA

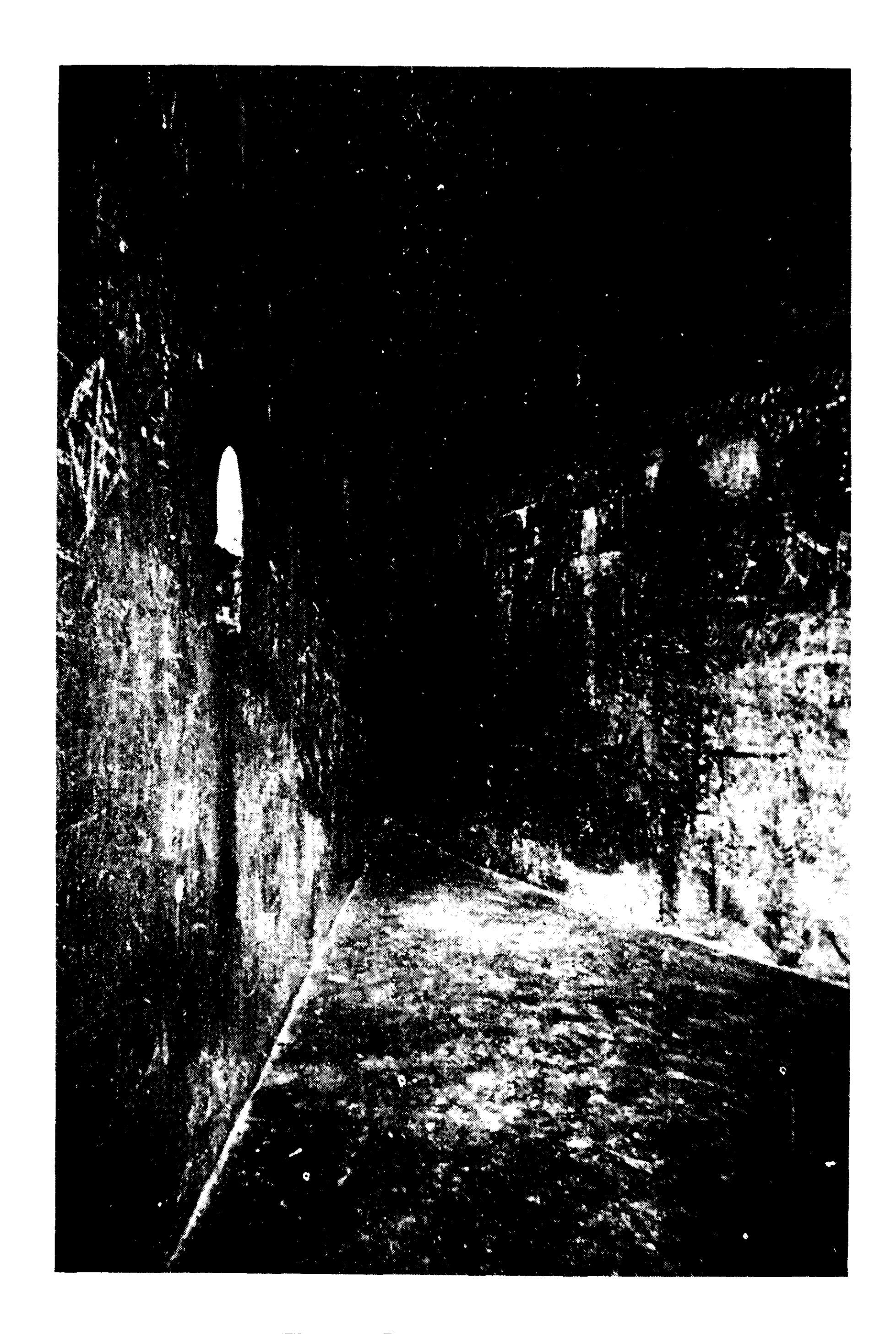


PISO SUPERIOR

Serie de ocho celdas (Nos. 31-38) donde fueron confinados dieciséis oficiales comprometidos en el complot de 1919. A dos por celda y apersogados con un solo grillo. Seis fallecieron entre setiembre 6 y diciembre 22 del mismo año.



El yunque de remachar grilletes.



“El olvido”. El triángulo de la muerte.

–Es la única: puede compararla fácilmente con mi correspondencia, con mis cuartillas escritas en cualquier redacción de periódico...

El escribiente que ha estado contemplando las dos escrituras, la mía y la del papel, se atreve a decir:

–Pimentel ha declarado que esas anotaciones eran de puño y letra de Pocaterra; pero esa no es la letra de Pocaterra.

Es Carvallo, entonces, quien sonríe cuando Pimentel se agita y exclama emocionado:

–Yo no sé... pero fue él quien me lo dio.

Pedro García me contempla y vuélvese a mirar a Pimentel con una expresión de desprecio. Todos comprenden. Lo del papel ha fracasado. El prefecto debe de tener la consigna de buscar un motivo, de forjarlo, de inventarlo si es preciso. Ni el escribiente, ni Pedro García, ni el hombre mismo que está en la penumbra dudan ya de lo que se trata y permanecen silenciosos, con los ojos clavados en la mesa. El incidente me reasegura un poco y a mi vez demando directamente a Carvallo, enseñándole la mesilla, la cuerda, las dos velas:

–Esta escena del tercer acto de "Tosca", ¿para qué es?

Se sonríe; sus ojos están más acuosos. Tiene el semblante congestionado; debe haber comido fuerte y bebido en firme. Conserva la cabeza pero ha anegado en alcohol un resto de sentido moral. No obstante el silencio de los otros, la leve risa de la comparación escénica restablece en el odioso, en el repugnante interrogatorio una tregua que es casi una esperanza para mí. En el fondo, pienso, si estos seres no pertenecen a un orden monstruoso e insólito, mi causa está ganada. Contra mí no hay pruebas, ¿cómo van a justificar mi detención? Hablo algunos minutos con vivacidad y firmeza. Más tarde supe que algunos presos del presidio común, inmediato al tugurio en donde se desarrolla la escena, habían escuchado casi todo. Mis palabras son sencillas y enérgicas, ¡todo lo que podía permitir la insensatez y la debilidad incomprensible en un hombre de talento como Pimentel! No quiero escribirlas aquí.

Carvallo me interrumpe:

–Señor Pocaterra, aunque el papel ese carece de toda importancia en el asunto... y aunque Pimentel dice que usted se lo dio... –balbucea buscando una salida– debo decirle que hemos sabido todo... todito... todito... –y apelando a un tono de sorna, a un acento policíaco a que le debe tener muy familiarizado el trato con las víctimas en estos interrogatorios irregulares y absurdos, mirándonos alternativamente, insinúa: –Es inútil que nieguen nada, tenemos cogidos todos los hilos...

–Sabemos quiénes están en eso –agrega impaciente García– y los hemos cogido a todos. Con que... ¡no ganan nada con negar!

Es el colmo. Me vuelvo a él:

–Oiga usted. No sé a qué se refiere ni quiénes son los toditos y los cogidos... Sé que anoche me arrestaron sin explicaciones, que me han traído esta noche aquí, que me han pegado un par de grillos y que ahora

quieren que yo diga que ese papel es mío, ignoro con cuál fin... Si fuera mío el tal papel lo diría; ¿para qué lo iba a desconocer? Y si estuviera mezclado en este asunto que ustedes me dicen que es tan grave ¿me considerarían tan tonto para sabiendo, como he sabido, que estaban otros presos y hasta habiendo hecho gestiones por su libertad me haya quedado aguardando? Ustedes deben comprender que si yo tuviera razones para temer algo –recalco– a estas horas estaría en la China... Los venezolanos ahora muy bien sabemos lo que nos aguarda en casos como éste.

Y como a los esbirros parece que les hace gracia lo de China, aún añado:

–No sé una jota de todo esto y ya a estas alturas, aunque supiera no diría...

Pedro García entonces toma la expresión de cólera y de ferocidad que ya advertí horas antes en la policía cuando me envió con el mameluco. Va a decir algo, a dar una orden, a quizás que... Pero Carvallo corta vivamente:

–Yo tengo que informar de todo a *don Juancho*. Y le indica al escribiente: Que el señor Pimentel escriba su declaración al pie del papel para llevársela a *don Juancho*.

Me consuelo a medias pensando que con todo lo que he logrado ir diciendo a pretexto de defenderme, Pimentel se entere de que *no he dicho* nada y a mi vez he cogido al vuelo la expresión en plural que la sagacidad de Carvallo dejara escapar hace un instante "es inútil que *nieguen*" y la brusquedad de Pedro García "no *ganan* nada con negar"... Luego Pimentel no ha dicho lo gordo y no será tan bruto ahora para decirlo. Lo del papel se vuelve contra él, personalmente. Importaba, antes que nada, callarse lo otro. Por eso cuando el escribiente lee lo que ha escrito Pimentel o sea que yo le entregué el dichoso papelito y que era mío, antes de que firme, fijo mis ojos en los suyos y le digo por última vez, si es un hombre de corazón como lo creo, debe recordarlo:

–¡Fíjese en lo que va a firmar; penétrese de que va a firmar una falsedad inútil!

Tranquilamente estampa su firma al pie de las cuatro líneas desdichadas [77].

[77] Tres años después, ya en libertad ambos, Pimentel ha tratado de justificar su incalificable actitud de esa noche ingrata. Como yo le tuviera oculto y cayera preso antes que yo, me ha dicho que él suponía cuando declaró que me habría escapado y estaría ya fuera del alcance de la persecución, y que el papel con notas pertenecía al novelista Rómulo Gallegos: éste le había dado en consulta el manuscrito de su novela *El Ultimo Solar*, publicada por cierto, durante nuestra prisión; pero que en el aturdimiento de aquellos días creía haber estado cierto de que eran mías tales notas. En efecto, leyendo la novela de Gallegos advertí detalles que identificaban su trabajo con las tales anotaciones. Naturalmente, Gallegos –quien acaso no ignoraba lo que iba a ocurrir si teníamos éxito en el golpe– al editar su novela luego, la redujo o purgóla de cuanto pudiera haberla hecho "impublicable" en aquella época terrible para nosotros. Después la reeditó con el título de *Reinaldo Solar*. Esta inocente hoja la consideraron o tuvieron empeño en considerarla, aquellos hombres como una "clave". Suprimo comentario a esta aclaratoria, que sólo la imperiosa necesidad de referirlo todo exacta y fielmente me obliga a relatar la escena. Se trataba de un pretexto



Un sector de celdas. La marcada con el 41 fue en la que estuvo el autor. En la 19 murió el doctor Domínguez Acosta.



Algunos grilletes de los que se usaban en la época

Me encojo entonces de hombros. Los "jueces" observan una actitud embarazosa. García mira a Carvallo en los ojos y ha suavizado su expresión hacia mí. El del rincón muestra una risa de lobo. Por un instante el prefecto se incorpora dentro del polizonte. Del borracho surge el hombre. Y como durante el interrogatorio me he puesto de pie y permanezco así, mesa de por medio a Pimentel, Carvallo expone:

–Siéntese, señor Pocaterra y escriba debajo de la de Pimentel su declaración.

–¿Para qué? –le digo con un incontenible gesto de asco.

–Nosotros –responde dulcemente designando a García –cumplimos órdenes superiores... Es un asunto grave. Siéntese y escriba lo que nos ha dicho... Cuatro palabras... respecto del papel ese...

El escribiente, con un ademán de aliento, me pone la pluma en la mano, me arrima el tintero:

–Escríbalo aquí mismo y lo firma.

Tengo aún, precisas, en la memoria las cortas frases que escribí y que pueden aún leerse si existe el malhadado documento en los archivos secretos de la Prefectura que ojalá Carvallo tenga el talento de saber conservar: "No conozco el papel que se me ha mostrado. El señor Pimentel padece un grave error... o ha hecho una afirmación ligera". Firmo.

El amanuense lo recoge. Aún compara las escrituras y dice moviendo la cabeza:

–Es una letra completamente distinta a la del papel.

–Bien –observa Carvallo levantándose–, esto lo verá *don Juancho* y resolverá. Pueden llevarse a los señores...

–De modo –insisto ya en pie ambos– que usted asume la responsabilidad, señor Prefecto, de que yo continúe preso.

–Tenga calma –contesta – este asunto es grave... muy grave... Yo no hago sino cumplir órdenes superiores. Y refugiándose en el estribillo: –Esto lo resolverá *don Juancho* con el "general" (su hermano, Juan Vicente).

Al salir en compañía del hombrecillo vestido como de cartulina blanca, advierto que el hombrecito siniestro que estaba en la penumbra se incorpora penosamente. Tiene una pierna de palo. Debe ser el alcaide Carmelo Medina. Pone su mano en el hombro de Pimentel para que vuelva a sentarse y les dice a Carvallo y a García, que van a retirarse, con un acento malicioso, ladino, amenazante:

–A este amiguito me lo dejan aquí conmigo que él va decirme algunas cositas...

para poder hallarme mezclado en el asunto: se me quería hacer desaparecer a toda costa, se me quería anular, aniquilar, hundir... La verdad fue otra. Yo he vivido para escribir este libro. Muchos de los que sucumbieron –cuya lista y detalles pueden leerse en *La Vergüenza de América*, tomo II– estaban completamente inocentes de toda participación en el asunto. Se les asesinó torpe y cobardemente. Incorporo esos muertos en la historia contemporánea de Venezuela, allí han de quedar, cara a cara con sus asesinos. Esa sangre inocente y la crueldad estúpida que tuvieron para nosotros los actores, instigadores y protestadores –¡los mismos a quienes soñamos redimir, dignificar y levantar!– será un eterno baldón que no está ya en mi mano ni en la de nadie borrar de estas páginas.

Salgo bajo la impresión de que al infeliz le van a someter a otro interrogatorio, a torturarlo, a colgarlo tal vez...

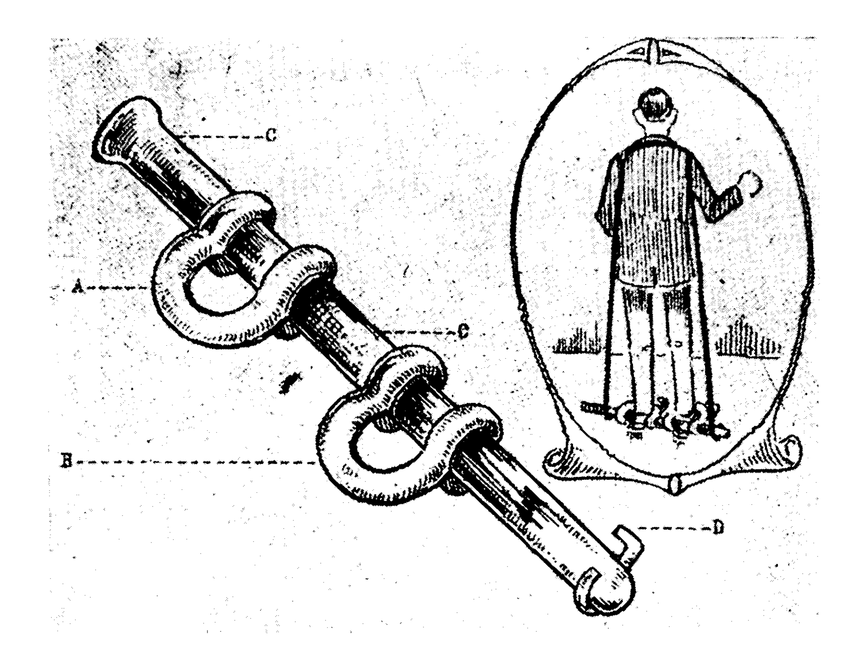
El patio, la reja, la escalera vacilante –como la de la tramoya de un teatro sucio– el tropel de Nereo y los ordenanzas; de nuevo la celda, los grillos enormes remachados, los últimos clavos de la cortina, del trapo que me clausura en aquella tumba, sobre aquella tabla pestífera. El silencio. La noche poblada de ruidos siniestros, de hierros sacudidos en las otras celdas.

Clara, distinta, distante, la hora del reloj de la Catedral llega hasta mí como el último saludo de la ciudad, de la vida, de los nexos con la humanidad: una, dos, tres, seis, once campanadas... Ante mí se abren el tiempo infinito y la diaria tragedia.

He caído en el pozo de la desesperación. Esta noche, mañana me aguarda algo peor que la muerte: la tortura. Y no sé de qué oscuras fuentes de mi alma, de cuáles reservas recónditas de mi sangre, cuyo tumulto va serenándose lentamente, saco un extraño, un admirable estoicismo que anula todo pavor, todo recelo, todo instinto para conformar mis treinta años ante esta agresión tremenda del destino... No; no es valor, no es mérito alguno de excelencias morales: es la noción de todos los seres anormales, de todos los condenados a la última pena a los que el enorme equilibrio de la naturaleza, santa y buena, parece que prepara y enseña a saber aniquilarse en la nada sin rebeliones insensatas. Así el sueño, dosis de la muerte, gotea, piadoso, en mis ojos. Y como quien penetra en un agua enorme, profunda, resbalo suavemente hacia el abismo sin color...

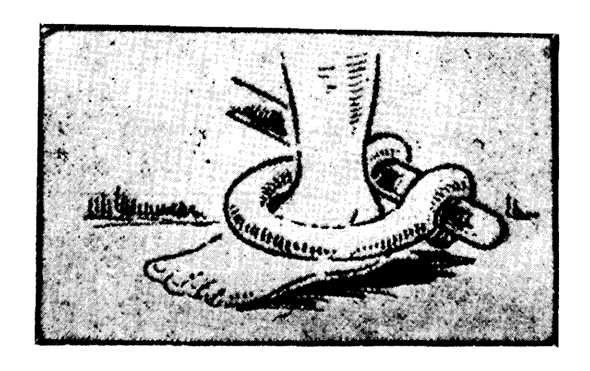
21 de enero de 1919.

Un redoble sordo de tambores; las cornetas; el pífano, el flautín melancólico de las dianas en todos los recintos militares. ¡Es ya para mí tan conocido este toque matinal de las prisiones! Puerto Cabello, San Carlos, las tétricas fortalezas a la orilla del mar... Y mientras el redoblar de las cajas acompaña el estribillo marcial, escucho algunas palabras sigilosas y terribles que se cambian de una celda a la otra, cerca de la mía. Me arrojo al suelo, olvidado un instante de los hierros que llevo, y al querer andar caigo de faz contra las baldosas. He estampado el rostro en el suelo. Cuando me separo las manos de la frente adolorida y me incorporo siento un líquido tibio y pegajoso que me corre por entre los dedos. Enjugo la sangre en una punta de la puerca cortina. Las voces inquietas continúan un diálogo; y a cada una de sus frases voy comprendiendo toda la historia de la infamia:



EL SUPLICIO DE LOS GRILLOS

Colócanse previamente las argollas (A y B) sobre los tobillos del preso y por entre éstas pásase luego la barra (CC) que se remacha a martillo en la extremidad con una chaveta (D). Los pies quedan en la forma del dibujo inferior. Para poder dar algunos pasos la víctima ata una cuerda a los extremos de la barra y en la parte delantera de las argollas. También sujeta al centro de la barra un objeto cualquiera que soporta el hierro cuando esté de pie – una lata de conservas vacía, un zoquete de madera, etc. –El nombre que le dan los prisioneros a este humilde auxiliar es de una ingeniosa amargura: "cirineo". Como la barra pesa de 60 a 80 libras y cada argolla unas 5 o 6, sin tales alivios los grillos destrozarían las piernas y los pies de la víctima condenada a llevarlos por todo el tiempo del cautiverio, nunca menos de tres meses y actualmente hasta dieciseis años...



–Sí –dice la más lejana –estuvo comprometido bajo su palabra de honor hasta última hora y como jefe de día que le tocaba ser esa noche... Minutos antes le dijo al capitán Pimentel que él no entraba en eso.

–¿......?

–Porque estuvo pensando qué le convendría más: y resolvió traicionarnos. Cuando le dijo a Pimentel su resolución ya llevaba días delatando detalle a detalle todo lo que iba sabiendo. Así fue que al capitán Félix Andrade Mora, que murió colgado en el cuartel San Carlos, en La Trinidad, le arrestaron a las once de la misma noche del golpe y a los demás oficiales en los otros cuarteles: El Mamey, El Hoyo, el de la Planta Eléctrica del Paraíso. Sabían exactamente cuántos oficiales, qué debían hacer y en cuáles cuarteles había que buscarlos... A algunos les arrestaron durmiendo.

–Yo sé –dijo una voz más cerca –que al capitán Pimentel le han colgado once veces por los testículos. Colgaron igualmente al comandante Manuel María Aponte, al teniente de artillería Julio Hernández, a uno de los Parra Entrena, a Miguel, el capitán, y al subteniente Betancourt Grillet y al capitán de caballería Carlos Mendoza... Si no están aquí deben tenerlos todavía en Villa Zoila, torturándolos. Allá colgaron al doctor Pedro Manuel Ruiz, a un señor Rómulo Acuña, comerciante, empleado del "Bazar Americano"...

–También hicieron lo mismo con el capitán Argimiro Arellano y con el teniente Jorge Ramírez –grita alguno, más lejos.

–Y conmigo –añade una voz casi infantil que sale de una celda inmediata.

–¿Quién eres tú?

–Luis Aranguren Moreno... el subteniente. Están presos Ricardo Corredor, Arturo Lara y el hermano del capitán Andrade Mora, Manuel, de catorce años de edad. No sabe nada de lo que le han hecho a su hermano. El otro de los Parra Entrena, Cristóbal, debe estar preso. Lo mismo Badaraquito, José Agustín, y Aníbal Molina y Domingo Mujica.

–¿Entonces cuántos militares han caído?

–Dieciséis: un comandante, siete capitanes, y ocho entre tenientes y subtenientes.

–Nos colgaron en los patios de "Villa Zoila" –informa otra voz.

–¿Quiénes los colgaron?

–El general Vicentico Gómez, en persona, ordenó las colgadas... Con él estaban el general Pedro Alcántara Leal, el teniente coronel Zapata, el capitán Anselmi y tres tenientes...

–Sí –agrega otra voz más proxima –Mendoza, Isea Chuecos y Padrón.

–¿No había civiles?

–Uno solo.

–¿Quién?

–Ese de las quijadas grandes, secretario de la Gobernación.

–El doctor Antonio María Delgado Briceño –apunta la voz del niño que era maestro de escuela en el Táchira y que compone valses.

–¿"Quejas del alma", el que tocan en la retreta?
–"Quijadas del alma"...
Y todos se echan a reír. Y yo también río.
Pero otro de voz grave apunta:
–Yo vi cuando me colgaron que estaba allá el chofer del general Vicentico, uno que se llama Pablo Vicente.
–¿Más nadie?
–Más nadie...
Hay un ruido de pasos.
–El hombre viene –advierte uno.
Las voces callan. Durante unos segundos se extingue el rumor de los pasos de alguien que marcha levemente.
Lleno de horror y de angustia taladro con la uña la tela de la cortina y observo que el cabo Nereo, después de pasear una ojeada inquieta por el piso alto, sale hacia la reja. Entonces interrogo rápido:
–¿Cómo se llama el delator?
–El capitán José Agustín Piñero –responden todas las voces.
–¿Tachirense?
–No; caraqueño.

APENDICES

APENDICE I

He aquí cómo refiere el Canciller alemán Príncipe de Bülow, el episodio. Las unidades del llamado "bloqueo", que en realidad fue un bombardeo, fueron el "Caribdis", crucero inglés de 18.000 toneladas; y el "Vinneta" y el "Panther", alemanes, de 15.000 y 5.000 toneladas respectivamente.

"Igual que tras una tempestad tremenda, mucho tiempo después de que Neptuno dejó de agitar los vientos, la resaca, ese movimiento de las olas, sucede a la pasada tempestad y aun persiste, asimismo la animadversión y el mal humor contra el primo alemán, suscitado, o más propiamente dicho, exasperado por la guerra de los Boers, duraron bastante largo espacio de tiempo en Inglaterra. Estallaron luego cuando el incidente de Venezuela, al querer el gobierno inglés y el alemán (fines de noviembre de 1902) recuperar en común los fondos debidos a los reclamantes, que el gobierno de Venezuela se negaba obstinadamente a entregar. Retiróse a los ministros alemán e inglés, chalupas alemanas e inglesas capturaron en La Guaira "la flota venezolana": cuatro pequeños vapores. Un crucero alemán y uno inglés destruyeron un fuerte en Puerto Cabello. Cuando algunos días más tarde, Alemania e Inglaterra atacaron a La Guaira, el presidente de Venezuela, Castro, individuo absolutamente sospechoso (una especie de camorrista), aceptó el arbitraje del tribunal de la Haya, que yo había propuesto. Los dos gobiernos procedieron en este asunto con pleno acuerdo, con completa lealtad y con mucho tacto. Sin embargo, vivas y groseras protestas se elevaron en la prensa inglesa en contra de toda acción común con Alemania. El *Times* declaró que eso era imposible, pues en la guerra de los Boers, no había sido sólo el gobierno sino peor aún, el pueblo alemán quien había sido el enemigo más encarnizado de Inglaterra. Rudyard Kipling, poeta de talento (Guillermo II adoraba sus pintorescas descripciones de la naturaleza y de la vida indiana) pero de instintos acentuadamente demagógicos y que se esforzaba sobre todo en agradar al *man in the street*, publicó versos mordientes, muy pérfidos contra toda cooperación de Inglaterra con Alemania, aun en Venezuela."

(*Mémoires du Chancelier Prince de Bülow* – Tome I, 1897-1902, page 458.)

EL ARBITRAJE VENEZOLANO

Comentario de *The Great Events by Famous Historians*

Tomo XX, páginas 82-91:

"La Doctrina de Monroe aceptada como Ley Internacional"

Cada día más vienen a ser considerados los Estados Unidos del Norte como "el hermano mayor" de los otros estados de América. No siempre fue un hermano bondadoso y útil, ya que arrancó a Panamá en forma ruda de las garras de Colombia; y como resultado la gente hispanoamericana no se siente por lo general muy bien dispuesta hacia él. Si bien la mayor parte está pronta a admitir que sin la protección de la Doctrina Monroe hace mucho tiempo que los hubieran devorado las Potencias europeas.

La nación que, más desafiadora que ninguna otra, se ha jactado de sus irregularidades a los ojos de Europa es Venezuela. Allí, rebelión tras rebelión en una casi monótona tendencia sucesiva y cada nuevo gobierno pensando cómo evadir el pago de las deudas de su predecesor. Europa vino a sentirse cada vez con mayor deseo de castigar tales excesos. En tiempos de Cleveland los Estados Unidos del Norte protegieron a Venezuela contra Inglaterra en una disputa de fronteras, y lograron que la diferencia se llevase ante un tribunal de arbitraje. Pero en 1903 se suscitó una situación mucho más seria. Los Estados Unidos tuvieron que proteger a su hermanito malcriado del resentimiento, no ya de uno sino de una docena de países. Cipriano Castro, un mestizo rebelde, se había apoderado de Venezuela inesperadamente, y la regía desde Caracas, su capital. Con el pretexto habitual de invocar la libertad, asesinaba muchas personas y saqueaba todo. Pero más grave que todo esto a los ojos europeos era el hecho de negarse a pagar unos centenares de reclamaciones que los extranjeros presentaban contra él y sus satélites. De ahí que toda Europa le amenazara con la fuerza de las armas; y una vez más los Estados Unidos del Norte tuvieron que intervenir. El caso lo decidió un tribunal de arbitrio en 1904.

Esto, como el presidente Roosevelt lo puntualiza, fue acaso el mayor triunfo que haya logrado el arbitraje. Sobre todo, colocó a la Doctrina Monroe de un modo definido ante el mundo como una doctrina claramente aceptada de Derecho Internacional.

El presidente Theodore Roosevelt dice a tal efecto:

"La Gran Bretaña, Alemania e Italia formaron una alianza con el objeto de bloquear los puertos de Venezuela y echar mano de semejantes otros medios de presión para obtener el pago de reclamaciones, que según ellos, debíanse a sus súbditos. Al empleo de la fuerza para el cobro de tales reclamaciones puso término un arreglo llevado a cabo por medio de los representantes diplomáticos de los Estados Unidos del Norte en Caracas y el Gobierno de Washington, poniéndole fin así a una situación que iba a ser causa de creciente dificultad, y que perjudicaba la paz del Continente. En virtud de tal acuerdo Venezuela convenía en destinar un cierto porcentaje de sus ingresos aduaneros en dos de sus puertos para que se aplicase al pago de cualesquiera obligaciones que pudieran verificar las comisiones mixtas nombradas a tal objeto y que resultaren debidas por ella, no sólo en beneficio de las tres ya mencionadas potencias sino también respecto de los Estados Unidos del Norte, Francia, España, Bélgica, Holanda, Suecia y Noruega, y México, las que no habían empleado la fuerza para el cobro de estas reclamaciones que alegaban deberse a algunos de sus nacionales.

Las así denominadas potencias bloqueadoras presentaron entonces la exigencia de que las cantidades comprobadas como debidas a sus ciudadanos, mediante las tales comisiones mixtas se pagarían por completo antes de hacerse cualquier otro pago de reclamaciones a

alguna de las otras denominadas acreedoras pacíficas. Por otra parte Venezuela insistía que a todos sus acreedores debería pagárseles a base de perfecta igualdad. En el curso de los esfuerzos hechos para arreglar esta disputa sugirieron las potencias interesadas que se apelase a mí para decidir, pero mi opinión fue que mucho más sensato era someter el asunto al Tribunal Permanente de Arbitraje en La Haya. Me pareció ser una admirable oportunidad para intentar poner en práctica el arreglo pacífico de las disputas entre naciones, obteniendo así para el Tribunal de La Haya una memorable demostración de su positiva importancia. Eran tan numerosas las naciones interesadas en la controversia y en muchos casos tan poderosas que harían más que evidente lo benéfico de los resultados compareciendo en la misma instancia ante la barra del augusto tribunal de paz.

Nuestras esperanzas a tal objeto se han realizado. Rusia y Austria estuvieron representadas por las personas de los juristas notabilísimos e ilustrados que componían el Tribunal, en tanto que Gran Bretaña, Alemania, Francia, España, Italia, Bélgica, los Países Bajos, Suecia y Noruega, México, los Estados Unidos del Norte y Venezuela lo estuvieron con sus agentes y abogados. Tan imponente concurso de naciones presentando sus argumentos e invocando la decisión de la alta corte de justicia y de paz internacionales podía difícilmente dejar de obtener que en futuras controversias pudiera omitirse un procedimiento semejante. Las naciones que allí comparecieron hallarán que es mucho mejor comparecer por segunda vez, ya que país alguno no podría imaginar que su justo orgullo se lesionara al seguir el ejemplo que acabamos de presenciar. Este triunfo del principio de arbitraje internacional merece calurosas congratulaciones y es dichoso augurio para la paz del mundo".

Menos efusiva, menos propagandista, aunque sobrada siglo XIX y sus fórmulas estrechas y elusivas, que arrojaron al mundo en el conflicto de 1914 es la opinión del célebre internacionalista Edwin Maxey, de la Universidad de Nebraska. El profesor Maxey pertenece a esa serie de "internacionalistas" que con tanto éxito político y editorial bordan sus tesis al margen de la "Unión Panamericana" guardando equilibrio entre la plutocracia y su biblioteca y que con tanto acierto profetizan acerca de los hechos cumplidos:

"En estos casos la razón de la diferencia de normas que se aplican a actos privados e internacionales debe hallarse en la dificultad práctica del modo de aplicar una misma norma. Si los tratados de paz han de considerarse nulos a pretexto de su compulsión ¿cuántos tratados de paz podrían considerarse obligatorios? De igual suerte gobiernos sin escrúpulos condescenderían en la conjunta opresión para extranjeros residentes y para la confiscación de sus propiedades si los derechos de estos residentes no pudieran en ningún caso apoyarse en el país del que son nacionales. Hasta donde puedo saber, Calvo es el único gran escritor de derecho internacional que argumenta que los extranjeros residentes en un país no deben recurrir sino a los tribunales de ese país. De acuerdo con tal punto de vista de lo que debería ser el derecho internacional, caso de que los tribunales, lo mismo que otros resortes de un gobierno vinieran a ser venales, el extranjero residente quedaría sin protección alguna. De allí resultaría que enormes partes de territorio, aun continentes enteros puede decirse, permanecerían sin progreso durante siglos, ya que la economía, la industria, la iniciativa no provendrían de sus propios habitantes y no podrían los extranjeros aportarlas si no contaran con la protección de sus banderas. Además, se hace difícil aceptar una disposición de derecho internacional que viola el principio de igualdad entre estados soberanos por cuanto confiere a los estados más poderosos un derecho que, desde luego, no podrían ejercer los débiles.

En la alternativa de sancionar una regla que alentaría la irresponsabilidad de parte de una clase de estados y la que tiende hacia la tiranía por parte de la otra clase, creo que pueda hallarse un término medio: el arbitraje. Este sería al menos un método tan equitativo como práctico de determinar acerca de la legitimidad y del monto de las reclamaciones; y, para robustecer aun más la decisión, ese argumento de que el tribunal arbitral no podría

obligar al pago nos parece que tiene mayor valor teórico que en simple práctica, por cuanto los estados solventes no podrían, excepto en rarísimos casos, negarse a dar cumplimiento a una decisión, ya que para los insolventes aun la fuerza misma es impotente.

Pero la actual controversia (el caso Venezuela) suscita no sólo la cuestión de los derechos de deudor y acreedor, esto es, de las partes en litigio, sino también los derechos de los neutrales. Esta última circunstancia surge del carácter del bloqueo. Si, como se anunció primero, el bloqueo fue completamente pacífico, entonces el comercio de los neutrales no podría ser interferido. La operación se concretaría exclusivamente a los barcos de Venezuela y a los de sus aliados. Parécenos que eso de bloqueo pacífico es un término tan contradictorio como sería el de "hostilidades amistosas". Un bloqueo es claramente una medida bélica, aunque no exista previa declaración de guerra. Es echar mano de la fuerza, una interferencia en la marcha de un estado que no es compatible con la coexistencia de relaciones amistosas. La franca declaración del "Premier" Balfour de que "existe guerra" entre Venezuela y los aliados no sólo despeja la atmósfera en la presente controversia sino que abrirá camino ancho, a fin de ponerle cese al uso del término "bloqueo pacífico" para no caracterizar así más ninguna situación conocida en derecho internacional. En el curso de este bloqueo no solamente Venezuela sino los neutrales sufrirán a causa de la interrupción de su comercio; y en este respecto los Estados Unidos del Norte están especialmente perjudicados, pues que su comercio con Venezuela es mayor que el de todos los otros neutrales reunidos, y equivale al de Inglaterra, Alemania y Francia, nuestros más inmediatos competidores.

Pero, además, no únicamente están envueltos los asuntos de deudor y acreedor y el comercio con neutrales; los procedimientos entrañan la cuestión más delicada en cuanto al carácter y aplicación de la Doctrina Monroe. Hasta ahora la Doctrina Monroe no había formado parte del derecho internacional –había sido simplemente un sistema político de los Estados Unidos del Norte; y, sin tomar en cuenta cuán a menudo este sistema fue ratificado por los Estados Unidos del Norte, tal ratificación no la convertía en parte del derecho internacional. No cabe en la jurisdicción de ningún estado dictar el derecho internacional; el consentimiento de las otras naciones es un elemento necesario, a fin de convertir una política o sistema nacional en un principio de derecho internacional. La Doctrina Monroe aún no ha sido reconocida por Inglaterra, Alemania ni Italia, y sus argumentos de que no lo han violado al tomar y ocupar territorio en Venezuela ¿no cambian dicha Doctrina lo que era meramente una política nacional a un principio reconocido de derecho internacional?

Si no ¿por qué? Que tal reconocimiento se haga con disgusto, ello no altera su efecto. Menos porque ello no se hubiera efectuado en una conferencia o congreso de las naciones: muchísimos de entre los principios bien reconocidos de derecho internacional tuvieron su origen fuera de conferencias y congresos y nunca fueron formalmente sancionados por éstos. En cuanto a que no se haya reconocido por unanimidad, y de aquí que no haya razón para considerársele como un principio de derecho internacional, podemos decir que muy pocos principios de derecho internacional han recibido aprobación unánime. Aun los principios mismos enunciados en la conferencia de París en 1856 no fueron considerados como obligatorios ni para los Estados Unidos del Norte, ni para México, ni para España; y aun se discute que sean parte del derecho internacional. Podría preguntarse qué diferencia hay en que la Doctrina Monroe sea un principio de derecho internacional o una política nacional, ya que, en último análisis debe mantenerse por la fuerza, si es que se mantiene. Hay una diferencia que nos parece esencialísima: si es un principio de derecho internacional la nación que deje de respetarla o se niegue a ello está violando ese derecho, y ningún país respetable desea hacerse la reputación de violador de leyes; y si es sencillamente una política nacional no existe tal obligación al respecto.

En cuanto a la aplicación de la Doctrina Monroe, la presente controversia ha arrojado mucha luz en cuanto que la ha definido como no sirviendo de escudo para permitirle a ninguna nación rehuir el pago de sus justas deudas. Es de lamentar que aun se haya abrigado alguna esperanza de que se la podría utilizar para eso.

Es probable que el choque entre Inglaterra, Alemania e Italia con Venezuela –tres ballenas contra un gato montés– termine por la entera sumisión del asunto a un tribunal de arbitramento. Esto sería doblemente satisfactorio no sólo porque pone fin a una situación desagradable sino porque sienta también un muy poderoso y valioso precedente para el arreglo en lo porvenir de controversias semejantes. El papel que desempeñan los Estados Unidos del Norte ha sido muy meritorio y diplomático prestando apreciables servicios a todas las partes interesadas. Debe concederse especial mérito al Ministro Bowen por la energía, prudencia y habilidad de hombre de Estado que demostró llevando a cabo la delicada tarea confiada a él por las partes contendoras. Presentósele la oportunidad excepcional de demostrar que supo estar a la altura de las circunstancias".

Es fuerza que declinemos el elogio que del señor Ministro Bowen hace el Profesor Maxey. Las cifras anotadas al margen de este apéndice y las propias declaraciones del señor Ministro que van a leerse dejan a la consideración del lector –comparándolas con la tesis inglesa y alemana– amplio campo de deducciones para los venezolanos penetrados de la dura realidad de este incidente que degeneró en accidente...

Herbert W. Bowen, Ministro de los Estados Unidos de Norte América ante el Gobierno Venezolano decía así en el *Harper Weekly*, reputado semanario norteamericano:

"Cipriano Castro al llegar al poder en Venezuela encontróse en la situación singular de un régulo, cuyo país estaba en revolución contra él y era al mismo tiempo demandado en un proceso seguido por una mayoría de las naciones del mundo para que pagase los perjuicios que Venezuela les había ocasionado a sus respectivos ciudadanos o súbditos. Esta situación hubiera sido completamente abrumadora para "un cerebro que no estuviera protegido por nervios de acero"; pero Castro nunca perdió su confianza en sí ni su valor. Inmediatamente procedió a desarrollar su plan de campaña contra la revolución, y en el momento decisivo asumió el mando directo en persona de sus asendereadas tropas y derrotó tan completamente a sus enemigos que los que no capturó fue porque lograron escapar a playas extranjeras. Al regresar a la capital anunció con humor sañudo, que había "pacificado" el país, lo que, desde luego quería decir que había aventado al espíritu de la revolución y triturado su cuerpo.

Estaba ahora pronto para atender a las naciones reclamantes. De algunas acaso ni conocía bien el nombre, ya que su educación había sido meramente rudimentaria y nunca viajó más allá de las encantadas islas del Mar Caribe. Se "situó" él solo, sin embargo, pronta y exactamente en el caso y trazó el plan sencillo pero sagaz de dividir sus enemigos extranjeros en dos partes: una pacífica y otra agresiva. Como había sabido que los Estados Unidos nunca se unirían a naciones europeas para tomar medidas coercitivas contra una república hermana de América, puso a la cabeza de sus enemigos pacíficos a los Estados Unidos, y luego añadió a Francia, asegurándose antes de que la Compañía del Cable Francés evitaría que el Gobierno de Francia diese paso alguno que le captase la antipatía de Venezuela. España, México y Bélgica fueron llevadas a la misma lista, ya que no poseían marina, y añadió al fin a Holanda y a Suecia y Noruega, porque las juzgó con poca experiencia en asuntos de cooperar en una agresión a tan breve plazo ni aun yendo aliadas a sus poderosas vecinas. A las notas diplomáticas de las de la lista pacífica envió respuestas que eran al propio tiempo deferentes y dilatorias. A las tres naciones de la lista agresiva –Alemania, la Gran Bretaña e Italia– las que dirigió fueron claramente desafiadoras y de llana provocación. Respondieron estas naciones inmediatamente por medio de navíos de guerra que se apoderaron de la marina y bloquearon los puertos. Una palabra a sus agentes de propagan-

da y estos informaron al mundo que la marina apresada consistía de sólo unos pocos cañoneros anticuados y yates de recreo utilizados para patrullas de aduana; que el bloqueo sencillamente lo que hacía era obligar a las torturas del hambre a los pescadores del litoral de Venezuela; y que una gran alianza de poderosas naciones europeas contra él era absolutamente inútil, porque estaba dispuesto a pagar todas las reclamaciones justas pero que nunca podría satisfacer exigencias desmesuradas. El mundo leyó esto y se compadeció de él y los bloqueadores halláronse en una posición ridícula.

No teniendo ellos ningún plan práctico propio para establecer la controversia, aceptaron los aliados la proposición de Castro de que plenipotenciarios de las partes interesadas se reuniesen en Washington. Resultado de esto el ajustarse un arreglo equitativo en cuya virtud todas las reclamaciones de las naciones todas serían examinadas cuidadosamente por competentes comisiones mixtas y lo que de ello resultare lo pagaría Venezuela en razonables plazos anuales. Se devolvieron a Castro sus barcos y se suspendió el bloqueo. Sus enemigos extranjeros quedaron también "pacificados", aunque no en el mismo sentido con que lo había sido la revolución.

Hasta este punto en su carrera la diplomacia de Castro era perfectamente comprensible y hasta muy notable, tanto en la concepción como en la ejecución. Mantúvose todo el tiempo sólidamente en la razón y situó a sus enemigos en el error. Las reclamaciones quedaron inmisericordemente rebajadas por las comisiones mixtas, y como consecuencia salvó para él y para su país una enorme suma de dinero.

Todo lo que le restaba que hacer antes de entregarse a sus labores ordinarias, era hallar los medios de evitar que las ricas corporaciones extranjeras poseyendo valiosas propiedades y derechos en Venezuela promoviesen, ayudasen o habilitasen conspiraciones contra él en lo futuro como lo hicieran cuando la pasada revolución. Su primer paso fue obtener pruebas de la complicidad. Por rumores pronto se supo que tuvo en ello más suerte de lo que esperaba y que en realidad tenía en su poder documentos que, de publicarse, probarían cómo las dos principales corporaciones extranjeras –la "American Asphalt Company" y la Compañía del Cable Francés– habían sido uña y carne con los verdaderos jefes de la revolución. A todo evento, inmediatamente procedió a quitarles a ambas Compañías sus enormes y valiosas posesiones y derechos en Venezuela. Al hacerlo así tomó absoluto dominio personal sobre sus tribunales y dictóles las sentencias que debían de pronunciar. Todo el procedimiento fue irregular e ilegal y vibró a través de los hilos del cable y del telégrafo para todas partes a Europa y América.

Como es de potestad característica y de deber para cada nación defender la propiedad y derechos de sus ciudadanos contra todo asalto pirático y no tolerar procedimientos ilegales ni aun contra el criminal, a nadie sorprendió que Mr. Hay enviase lo que se llamó ultimátum, en el cual declaraba (véase *United States Foreign Relations*, 1903): "La actitud del Gobierno de Venezuela hacia el Gobierno de los Estados Unidos, y hacia los intereses de sus nacionales que han sufrido tan graves y frecuentes daños arbitriamente cometidos por el Gobierno de Venezuela requiere que se haga completa justicia, una vez por todas".

Castro respondió sin tardanza en su más desafiante tono y manera, y luego aparentemente no se preocupó más del asunto. A sus amigos inquietos, que esperaban ver aparecer navíos de guerra americanos desembarcando tropas a los pocos días en La Guaira, él les enseñó sin comentarios un cablegrama que había recibido de su agente especial en Washington declarando en sustancia que se ignoraría su actitud o que se le enviarían seguridades conciliatorias caso de responderle. El mundo diplomático quedóse asombrado y todavía no ha salido de su asombro. Todos saben que Mr. Hay no era el tipo de hombre que enviase un ultimátum a menos de ser absolutamente necesario como cuestión de honor nacional y que si llegaba a enviarlo no iba a contestar a una réplica desafiadora con seguridades de alta estima y excusas de distracción, etc. El cablegrama del agente especial, sin embargo.

era verdadero y exacto, si bien no decía de quién obtuvo la promesa de que el ultimátum de Mr. Hay se consideraría nugatorio. Castro, evidentemente sí sabía quién era el personaje y con tal evidencia contó con que él actuaría en su interés en el momento decisivo. Mr. Hay, hombre sensible como pocos, resintióse profundamente en su salud, y no se dio ningún otro paso por parte de los Estados Unidos en favor de la Compañía de Asfalto hasta que su sucesor Mr. Root, hizo un cuidadoso estudio del argumento venezolano. Entonces se informó a Venezuela (véase *Foreign Relations*, 1903), que los Estados Unidos deseaban arreglar las cuestiones entre ellos y Venezuela pero no del modo (arbitraje forzoso) sugerido en el ultimátum de Mr. Hay, sino por las confidenciales, más las de la diplomacia. Castro, con todo, prefirió quedarse en posesión de las minas de asfalto y ni siquiera discutió el asunto.

El caso del Cable Francés lo condujo Castro sustancialmente del mismo modo que el del asfalto. La propiedad fue embargada; el Gobierno Francés protestó y amenazó con emplear la fuerza y cuando Castro le contestó desafiadoramente, no perdió un instante para cambiar su política en una inercia conciliatoria. En este caso también, Castro dejó circular el rumor de que tenía en su posesión secretos que le aseguraban el buen éxito.

Conviniendo, como muy apropiadamente lo podemos hacer, y en ausencia de prueba directa, que la secreta influencia de que él decía disponer en Washington y en París fuese absolutamente imaginaria, queda en pie el hecho de que se haría difícil encontrar en toda la historia de la diplomacia dos casos más extraños que los del asfalto y el cable, y difícilmente algo más misterioso que la manera magistral con la cual los manejó Castro.

El mundo ha conocido muchos diplomáticos de grandes aptitudes pero no se podría nombrar uno sólo que hubiera sido tan igualmente afortunado como Castro lo fue en sus conflictos, tanto exteriores como internos, con los mayores obstáculos siempre crecientes al principio. La principal objeción a tal diplomacia es que con ella nunca se realzó él ni realzó a su pueblo moralmente y no fue nunca conscientemente empleada para el bienestar de la raza humana. Su diplomacia, pues, si bien excepcionalmente hábil, careció lamentablemente de grandeza y de elevación".

De las reclamaciones presentadas, ascendían a Bs. 50.559.366,11 las formadas por franceses, españoles, holandeses, belgas, suecos y mexicanos; pero el Tribunal Internacional sólo reconoció como justas las que componían una suma de Bs. 20.928.466,43. De modo que Bs. 29.630.899,68 significaban algo que el pueblo venezolano no debe olvidar jamás. Desde luego hubo que pagar en oro inmediatamente a las llamadas acreedoras agresivas y de acuerdo con los protocolos de Washington, en febrero de 1904, Bs. 1.723.765,65 a Alemania; a Inglaterra e Italia, en igual moneda, 169.382,70 y 138.875, respectivamente.

APENDICE II

En noviembre 1º de 1918, Carmelo Castro – hermano del ex-dictador, residente entonces en Puerto España, Trinidad, le dirigió al general Cipriano esta carta, algunos de cuyos párrafos respaldan cuanto en su hora y día declaramos en estas *Memorias* respecto de la invasión andina de 1899. Se reproduce íntegra en este apéndice por ser uno de los documentos de mayor importancia histórica y psicológica que se haya publicado en el destierro:

"NUESTRAS ASPIRACIONES"

Señor General Cipriano Castro.

San Juan de Puerto Rico.

Las trágicas, anormales circunstancias por que actualmente atraviesa Venezuela, nuestra Patria, me mueven, muy a mi pesar, a dirigirle esta carta pública, que si contiene algunas graves verdades que se relacionan con su reputación de político y de estadista, en cambio descubre y abre perspectivas satisfactorias por no decir halagüeñas, donde creo está la solución de su público destino y la de los ingentes problemas que afectan hoy a todos los venezolanos.

Voy a hacer la distinción que existe entre los vínculos fraternales que nos ligan y los sentimientos comunes que nos animan como patriotas y como ciudadanos. La visión de la Patria debe estar pura de toda sombra de individualismo y cuando se trata de sus caros y vitales intereses la lógica nos dice que los hombres debemos desaparecer ante las doctrinas y que toda consideración extraña al bien colectivo y social es rémora para la marcha de la verdad y obstáculo para el triunfo de la justicia. Los grandes patriotas pospusieron siempre los vínculos de la sangre al interés general, y cuando se encontraban en la disyuntiva de escoger entre esas dos relaciones no vacilaron en sacrificar los intereses del individuo que son puramente accidentales para salvar el gran acervo de los derechos del pueblo, que es el depósito inmortal donde la Providencia ha querido que sobrevivan principios, leyes, instituciones y civilizaciones.

Bien sabe Ud. que el día 23 de mayo de 1899 salí con Ud. de la raya de Colombia acompañado de un grupo de héroes a compartir los peligros de una campaña ruda y sangrienta y guiado por la fe de un programa que era la expresión de un deseo nacional, por ser la vibrante y necesaria protesta contra los hábitos de una perniciosa política que lo ha corrompido todo y que ha sido la causa de la ruina y el hundimiento de Venezuela. Días de

gloria cosechamos en tan épica jornada y llegó Ud. al Capitolio coronado de laureles, la espada limpia de toda cobardía y deshonor y la conciencia pura de todo crimen y arbitrariedad.

Lo que le sucedió allí entonces, es conocido de todos, principalmente de Ud. mismo que ha sido la primera, la más grande, tal vez la única víctima. Lo rodearon los aduladores, lo sitiaron los áulicos, lo pervirtieron y explotaron los especuladores. De modesto que era Ud. lo forjaron vanidoso, de bueno que era lo tornaron cruel; convirtieron su desprendimiento en displicencia, lo hicieron temible a sus conciudadanos, a sus compañeros, a sus amigos; lo forjaron un déspota, a Ud., que era republicano, a Ud. que adoraba la libertad... Lograron por último que se convirtiera en dueño, en amo, en señor absoluto con duelo y escarnio de la Democracia, de cuyas filas salió Ud. y por cuyos ideales se lanzó y lanzó a la guerra a tantos hombres como perecieron, a tantos héroes que sucumbieron.

Mas, he aquí su engaño, que es el mismo que sufren todos los déspotas. Creyó Ud. ser árbitro y fue instrumento; creyó ser Señor y fue siervo, creyó serlo todo y fue casi nada en manos de unos hombres hábiles para el engaño, diestros para la estafa y para el crimen, que hicieron de Ud. un juguete a su sabor con menoscabo y anulación de su valor, de su probidad, de su juicio y criterio sólidos, con mengua y baldón de sus títulos de Caudillo invencible tan bien conquistados en los campos de batalla, cuyos brillantes triunfos fue Ud. a poner a los pies de aquellos infames logreros que primero lo marearon y ofuscaron y después lo precipitaron en el infortunio.

No es posible que un hombre sensato como Ud., que ha pasado después de todo eso por diez años de ostracismo y de persecución, no mire claro todavía y continúe engolfado en sus dogmas de absolutismo, en sus peligrosos designios de culto uniquista y derecho divino. Los mismos reyes están sufriendo hoy las consecuencias de haber creído ciegamente en tan monstruosa doctrina digna de los tiempos medievales, y los mismos Césares que fueron los verdaderos dueños y los dioses del mundo, tuvieron que hacer modificaciones y limitaciones a su propia autoridad, por considerarla excesiva y abrumadora, por creerla atentatoria contra su propio poder que como todo lo humano no puede pasar de ciertos límites, no puede exceder de lo relativo, no puede abarcar lo absoluto, que sólo corresponde a Dios.

Es bien sabido que el sabio vive de rectificaciones y que es propio de un alma grade y soberana juzgarse imparcialmente a sí misma mirando y conociendo serenamente sus méritos y sus desaciertos. La verdadera grandeza no está reñida con el conocimiento de nuestras faltas, porque es bien desgraciado el que se cree infalible y juzgue que se puede escapar a la miserable condición humana. Por eso Napoleón, después de su regreso de la isla de Elba, introdujo en su soberanía aquel poderoso rayo de libertades públicas que resplandeció durante cien días en el Acta adicional a las Constituciones del Imperio. Conoció que el pueblo es una fuerza y que todo el que no se asocie a él funda su poder sobre bases de arena. "Emperador, Cónsul, soldado, dijo aquel genio del despotismo, todo lo debo al pueblo". He aquí una renuncia categórica al dogma del derecho divino llevada al grado de convicción en aquella grande alma por la fuerza de las cosas que es la experiencia de las naciones.

Platón decía que la tiranía no tenía salida; pero si alguna existe, es seguramente la renuncia de la misma. El tirano que abdica su tiranía y se hace magistrado constitucional, suma a su poder el inmenso amor del Pueblo y la incontrastable eficacia de las leyes, que son los sostenes de toda sociedad y de todo Gobierno. El Gobierno existe por el Pueblo, emana de él, es consecuencia de él, y el único motivo de su institución es hacer su felicidad, pues de lo contrario, no tiene razón de ser. Tal es lo que se ve en todos los pueblos cultos y si Venezuela aspira a ser un pueblo culto, debe adoptar el que manda los mismos principios y las mismas prácticas civilizadas. Pero ese cementerio de almas que existe en nuestra Patria, de almas que no piensan, que no hablan, que no discuten, que no votan, que no

respiran, será todo, menos República, que es la expresión de la vida Ciudadana y la fórmula más perfecta y dichosa de las grandes actividades sociales.

Si estas verdades no han madurado en su espíritu es un crimen que piense volver al Poder aunque le sobren medios de lograrlo, y aunque crea firmemente que va Ud. hacer la felicidad de sus conciudadanos. No hay felicidad sin libertad, que es el supremo bien del hombre y, que es, junto con la justicia, el mayor propulsor del progreso y del destino de las naciones.

¿A qué desenvainar la espada, si no se han de defender con ella principios, si no se han de hacer triunfar verdades saludables que involucran el bien general y el bien particular que es el fin humano de la vida en este tránsito a través de los tiempos? Herir en nombre de la verdad fecunda se llama salvación; pero herir en nombre de una pasión estéril se llama asesinato, crimen, atentado horrendo contra toda moral y contra toda bondad. ¿Vale la pena de hacer morir a tantos hombres, perturbar y perjudicar tantos intereses para que triunfe únicamente el capricho de un solo hombre, o lo que es más irrisorio todavía, para que triunfe solamente el capricho de unos favoritos infames que si se ríen de los pueblos, también se burlan amargamente de los tiranos? No es la hora de las ilusiones, y de las mentiras risueñas. Hay que decir la verdad, hay que exaltarla, hay que levantarle un trono, hay que desagraviarla, hay que darle satisfacción a los pueblos, porque de otro modo toda palabra es inútil y toda obra es ancho abismo en donde habita la muerte, que es la mentira y es la iniquidad. Hay que enfrentar Cristo a Iscariote para derribarlo, porque la tiniebla se combate con la luz, y sería un monstruoso absurdo pretender destruir la sombra acumulando más sombra y duplicar la noche para obtener su extinción y su disipación.

Al estado a que hemos llegado se hace necesario en Venezuela, no un político, no un hombre de Estado sino un verdadero Reformador que renueve y fabrique desde los cimientos hasta las almenas del edificio. ¿Qué haremos con un nuevo capataz que reciba por inventario un rebaño doliente a quien arrean y esquilman unos cuantos esclavos y unos cuantos villanos? Yo en mi humilde esfera de ciudadano y de militar contribuiría gustoso con mi buena voluntad y con mi sangre si fuese necesario para la exaltación de ese Reformador que encarne y suscite las grandes y fundamentales verdades de que ha menester nuestra Patria para salvarse, pero no estoy dispuesto a meterle el hombro ni el pecho a una conjuración tiránica que nos haría a todos botín de un déspota altanero, aunque ese déspota sea mi propio hermano y aunque tenga la seguridad de heredar su cetro de hierro. Mi título de ciudadano, mis sacrificios por su causa y por su gloria, mis largos destierros sufridos honrosa y estoicamente por sustentar sus intereses políticos, las persecuciones de que he sido víctima por ser su hermano y por ser su amigo, mi condición de patriota y de republicano, me dan voz y voto en este grave asunto, tanto más cuanto que Ud. sabe que el único de su familia a quien ha visto a su lado en todas las horas críticas de su vida he sido yo, víctima refleja de su grandeza, de que no disfruté, y corazón que desafiaba la muerte por el triunfo de sus banderas cuando los miserables zánganos consumían la colmena de su fortuna y los cobardes aduladores danzaban y gozaban amparados por nuestros aceros, defendidos y protegidos por nuestros peligros. Ahora bien: El Pueblo Venezolano lo acepta a Ud. sin Restauración, sin cárceles, sin destierros, sin monopolios, sin favoritos, sin absolutismos, sin infalibilidades, sin ese gesto trágico que le dieron la práctica de la fuerza en la guerra y el ejercicio de la violencia en la paz. Después de sus victorias, no supo Ud. desceñir su espada para tomar en sus manos el libro de las Leyes. No creyó Ud. en otro ídolo que en la fuerza, menospreciando la persuasión que es otra diosa excelsa. Se fue Ud. detrás de la coacción, oprimió el derecho de que era guardián, puso su gran carácter al servicio de la arbitrariedad, se adhirió a la parte dura del poder, la que inspira terror, cuando con ese mismo poder ha podido hacerse adorar, salvando primero a Venezuela del caudillaje y de la anarquía, y después tendiendo el manto del perdón y de la misericordia por sobre las

cabezas de los vencidos y levantando de su desmayo las libertades públicas que todo lo esperaban de Ud., porque así lo había prometido al Pueblo. ¿Por qué, en vez de dejarnos el imperio de la Ley, nos dejó Ud. a un lacayo, nos dejó a un traidor, nos dejó a Juan Vicente Gómez? ¿Por qué no levantó Ud. la moral de los Congresos, la moral de los tribunales, la moral de los caracteres, en vez de levantar esa turba de miserables que le han traicionado y le han vendido con mengua suya y baldón de la santa Democracia? Pues bien, sus rufianes han dispuesto de la herencia de Bolívar, han erigido la traición en dogma, han implantado la jurisprudencia del despojo, del asesinato, de la impunidad; han establecido y promulgado el derecho de la iniquidad; han invertido el orden social y político de Venezuela, sobreponiendo la bastardía a la legitimidad y ocultando detrás de la máscara cómica de un Presidente maniquí, las sombrías y repugnantes facciones del Traidor de Diciembre, perspectiva única de nuestra Venezuela, la inmensa víctima, la nación Prometeo!

El Pueblo Venezolano lo tiene a Ud. por un tirano y lo seguirá teniendo en tal concepto, mientras continúe en ese tétrico silencio que ha debido romper desde hace tiempo para predicar la República, para proclamar la libertad, la igualdad y la fraternidad. Tiene que convencer primero al pueblo de que ha cambiado sus ideas autocráticas por ideas libertarias, de que no llegará armado del cuchillo y del látigo sino empuñando el lábaro de la justicia, de que su pecho no va inflamado por el odio ni por la venganza, sino por la llama de los grandes sentimientos, de que no va a ser dueño, señor ni déspota, sino preceptor, padre, protector, providencia; de que no va a restaurar sus intereses materiales pisoteándolo y atropellándolo todo, sino a engendrar de nuevo los grandes intereses morales que toda nación necesita para subsistir y que en Venezuela han desaparecido completamente por la fuerza disolvente y abusiva de la corrupción del poder sobre las instituciones públicas y las cualidades ciudadanas.

Debe convencer al Pueblo de que si Ud. es andino no es andinista, porque no es natural ni justo que una nación entera esté sufriendo sujeta a tributo de una sola región con menoscabo del resto de los Venezolanos que tienen también derecho a aspirar, a gobernar y a tomar parte en la cosa pública ¿No somos, acaso, hermanos, los andinos, los centrales y los orientales, y no vivimos dentro de las mismas fronteras nacionales, al amparo de la misma bandera y sujetos a las mismas leyes? ¿Por qué, pues, hacer odiosas distinciones que por un lado deprimen el orgullo de la mayoría del país, y por el otro exaltan la soberbia y la codicia de una minoría regionalista que ha establecido una especie de derecho de conquista, una especie de dogma de secta, de odiosa masonería de familia, de sangre y de paisanaje, para monopolizar el mando con exclusión casi absoluta del resto de los Venezolanos? En buena hora que los andinos participen de la cosa pública, pero en una forma equitativa y generosa, y no considerándola, como un patrimonio particular, sino como el acervo y bien común de todos nuestros compatriotas en cualquier parte que nazcan, siempre que sean dignos y aptos. Pero exaltar y enriquecer al andino, por ser andino, es tan odioso y absurdo como lo sería exaltar y enriquecer al oriental por ser oriental, o al carabobeño por ser carabobeño. El país está cansado ya de sufrir esa tutela y explotación que ha engendrado una división peligrosa de sangre y casi de raza que puede producir tal vez en el porvenir consecuencias funestas y gravísimos males. Si seguimos por tan injusta senda estamos expuestos a que la semilla de Panamá cunda entre nosotros, ya porque los llamados centrales quieran mañana tomar la revancha y ejercer represalias contra los andinos y éstos se proclamen autónomos, ya porque la dominación andina se haga tan odiosa y pesada en los otros Estados de la Unión, que uno o varios de éstos tome el desesperado partido de hacer un movimiento separatista que no tiene nada de imposible, dada la ambición y maquiavelismo de cierta Potencia extranjera.

Por lo demás, el predominio del regionalismo andino no es sino un fenómeno de la unidad nacional, el desenvolvimiento sociológico de un elemento colectivo que busca fundirse en la

masa general de la población y de la cultura de nuestro país para hacer el verdadero y único tipo homogéneo que debe prevalecer como representativo del Venezolano de extremo a extremo y de frontera a frontera de la República. Nosotros encaramados en nuestras montañas éramos una cosa aparte de la población y del territorio de Venezuela y mirábamos como un mito al habitante de las llanuras y como una fábula al hijo de las grandes ciudades del centro. Todos los regionalismos en Venezuela se habían ya dado cita en el Capitolio y se habían fundido en un solo cuerpo al calor del Poder que ejercieron con la violencia más o menos grande, propia de todo elemento nuevo y bárbaro. Sólo nosotros faltábamos a la cita. Los orientales en los Monagas, los llaneros y los carabobeños con Páez, los corianos, con Falcón, los aragüeños, con Alcántara, los guariqueños, con Crespo, los caraqueños, con Guzmán, todos, en fin, a manera de corrientes emanadas de diversos puntos convergieron hacia el centro como hacía un estuario donde iban a mezclar y a confundir sus turbulentas aguas. Le tocó a Ud. precipitarnos como un torrente de las altas montañas de los Andes y hemos llegado al centro del círculo para derramarnos y esparcirnos por toda la circunferencia. Lástima grande que hayamos dado carácter odioso a esta necesidad natural de la economía colectiva de nuestro organismo nacional y que no hayamos comprendido que no se trataba de una conquista sino de una fusión de la cual saldría triunfante la unidad de raza que no teníamos, y que hemos debido obtener por medios menos dolorosos y crueles. Gómez ha acentuado mucho más esa nota ingrata y antilógica, y henos aquí que aquel ideal de la unidad no se realizará sino después de una reacción violenta contra ese predominio regional que se ha hecho ya muy pesado y en cuya remoción y alivio deben interesarse más que nadie los mismos andinos. Salvado este trance tendremos paz en todas partes, porque el país marchará sin divisiones y sin tiranía.

Es hora ya de terminar esta larga carta que le dirijo sin presunción y sin malicia, no para hacerle recriminaciones innecesarias, sino para expresar ciertas verdades que creo útiles a la Patria, a mis contérraneos y a Ud. mismo. Lo que le digo no es una cosa anónima, nueva ni sorprendente; es la expresión de la convicción de todo el pueblo Venezolano que lo siente así y que quiere hacer una verdadera revolución social después de tantas farsas armadas, impropiamente calificadas con el título de revoluciones. Toda revolución trae una idea nueva, toda revolución es un paso hacia adelante. Mas, ¿hacia dónde hemos marchado después de tanta sangre vertida en los campos de batalla? Hacia la ruina, hacia el desastre, hacia el descrédito, hacia el aniquilamiento, hacia el pasado, hacia la barbarie y la traición tan bien encarnadas y caracterizadas en Juan Vicente Gómez. En ese movimiento de retroceso hemos alcanzado los tiempos inquisitoriales con sus intolerancias, sus torturas y sus cadalsos; hemos alcanzado los tiempos de Tiberio, Nerón y Calígula; hemos alcanzado los tiempos de Judas, el inicuo deicida; nos hemos remontado a los tiempos de Caín, el primer homicida, el padre del asesinato, el monstruo criminal que mató a su hermano como Gómez mata a los suyos por envidia de su virtud y por envidia de sus haberes.

¿Continuará esta situación? Se perpetuarán en nuestra Patria las semillas maléficas que tantas manos criminales y antipatrióticas han arrojado sobre ella, poblando el ambiente de llantos, de sangre, de desesperación y de duelo? Ud. que tiene los medios para hacerlo, debe intentar la empresa de la salvación con la frente limpia de todo pensamiento sombrío, los ojos fijos en el ideal, como verdadero héroe, apóstol y redentor. No vaya a desenvainar su espada ni vaya a cubrir su senda de laureles para que pase sobre ellos la bacanal de los traficantes, de los indignos, de los hijos espúreos de la patria y de la humanidad. Si vamos a hacer el esfuerzo, hagámoslo en obsequio de las ideas grandes, no en pro de los hombres reptiles ni de las pequeñas pasiones, que son las que pierden y hunden las naciones. En este predicamento seré el primero o el último soldado de la nueva cruzada, que será lo más trascendental de la Historia de Venezuela, porque será el paso definitivo hacia su ruina o hacia su resurgimiento. Y así, poseído de tan nobles anhelos pasará Ud. a la posteridad

rodeado de las bendiciones del pueblo, con la doble corona de laurel y de mirto, símbolos de la guerra y de la paz; grande como Camilo, el segundo fundador de Roma, glorioso como Octavio el restaurador del orden y de la prosperidad de su patria y bajo cuyo reinado apareció el Cristo de la Paz y fueron cerradas majestuosamente las puertas del templo de Jano.

CARMELO CASTRO

APENDICE III

Otra de "las veintinueve acciones de armas" del general Gómez es la batalla de Ciudad Bolívar que se convirtió en fecha "clásica" nacional. Ha sido menester que muriese el déspota para que la verdad de los hechos –como va a ocurrir con otras muchas supercherías de entonces y de ahora– el documento vivo, respalde lo que en estas *Memorias* dijimos a su hora:

–¿Cómo fue lo de Ciudad Bolívar? ¡Ah! bueno. Cuando recibimos órdenes de atacar las fuerzas de la revolución, el general Rivas me ordenó retirar la caballería, pues ya estas fuerzas no eran necesarias y me confió el mando de un batallón de infantería. Llegamos a Zaraza, donde pasamos un mes reponiendo las tropas. De ahí salimos en junio para atacar a Soledad, y a mí, como Jefe de las fuerzas de avance, me tocó pelear en ese sitio al general Cruz Mirabal Núñez, quien era del cuerpo de avance de la revolución del general Matos. Lo derroté, haciéndonos dueño de la Plaza.

–¿...?

–El general Gómez venía con la Escuadra enviada por el general Castro. Allí en Soledad la esperamos, y en el vapor "Miranda" nos trasladamos a la margen derecha del Orinoco para poner sitio a Ciudad Bolívar, último baluarte de la revolución Libertadora.

–¿...?

–El general Gómez se quedó en un sitio llamado "Cañafístolo", mientras las fuerzas seguían avanzando distribuidas en tres cuerpos de ejército.

–¿...?

–Los jefes de los cuerpos eran el general Emilio Rivas, quien tenía orden de tomar el Cementerio; Juan Fernández Amparan, con órdenes de atacar el Zamuro; y los generales Manuel Salvador Araujo y Manuel Sarmiento, quienes entraron por la calle del Orinoco. Eramos de 6.000 a 7.000 hombres.

–¿...?

–Las órdenes –que yo supiera– eran trasmitidas telegráficamente por el general Castro y también por el general Pablo Garrido, Jefe Militar del Distrito Infante, gran conocedor del terreno.

¿...?

–Yo nunca vi al general Gómez antes de la batalla. Las líneas la recorrían el Jefe de Estado Mayor, José Antonio Dávila, a quien por cierto el general Gómez le pagó muy mal, y el general Manuel Corao. El sitio duró 4 ó 5 días, no recuerdo bien.

–¿...?

–La acción decisiva comenzó a las 4 de la mañana, con un fuego cerrado en todos los frentes por tierra y por agua. El general Castro había hecho responsable al general Rivas de la toma del Cementerio, dándole un práctico: el general Figuera Montes de Oca. Yo iba

bajo las órdenes del general Rivas y comandaba 300 hombres que tenía en la calle de Michel Angello. Cuando acabó de amanecer y estábamos nosotros tratando de tomar las trincheras del Cementerio, vimos la bandera amarilla del Gobierno en el fuerte del Cerro del Zamuro. Ya el general Fernández lo había tomado.

–Mucho se ha hablado, en los tiempos de Gómez, a sotto voce, desde luego, de una traición del artillero de El Zamuro, quien dio paso franco a las fuerzas de la Restauradora. Se lo decimos al coronel Olivo, pero éste, levantándose del asiento, nos dice enérgicamente:

–No hubo tal traición. Lo que pasó fue que el general Fernández era muy conocedor de todo ese terreno, la prueba es que había sido enviado expresamente a este sitio por el general Castro y hábilmente pudo tomarlo. Pero le aseguro que no hubo traición por parte del artillero.

Olivo continúa detallándonos el ataque decisivo:

–El general Fernández en el Cerro del Zamuro, recibió tropa y provisiones con órdenes de conservar el sitio que era muy importante. La toma completa de Ciudad Bolívar se pudo hacer dos días después del asalto a El Zamuro. En el Cementerio fue la pelea más encarnizada, allí hubo mucha sangre, tratando de tomar las trincheras, pues éste era el sitio decisivo para entrar hasta el Capitolio.

Los ojos sin vida del coronel Olivo se animan y golpea el suelo con su bastón al recordar la carga decisiva:

–Avanzábamos. Recuerdo que el general Figuera le dijo al general Rivas, refiriéndose a mí: "Me gusta ese indiecito, por lo impávido". Tenía yo entonces 33 años. Seguimos cargando, di la orden de tocar 1 y 14 y después la Pava. Yo estaba deseoso de llegar primero al Capitolio: pero faltando poco recibí mi reemplazo, y el general Rivas dándome su mula me dijo: Vaya y déle la noticia al general Gómez, que acabamos de tomar la ciudad.

Yo no conocía al general Gómez. Después de un buen trecho de camino llegué a la playa donde bajo un toldo conversaba el "Jefe Supremo" con varios amigos, me presenté y le dije:

–General Gómez, le manda a decir el general Rivas que hoy a las 3 de la tarde tomamos a Ciudad Bolívar. Gómez con esa manera brusca que él tenía al hablar me contestó: "Esta es una noticia segura del coronel Olivo, a mí se me ponía que el general Rivas iba a tomar hoy el Cementerio. Dígale al general Rivas que lo felicito y me felicito yo". Así se cogió el triunfo de Ciudad Bolívar el general Gómez, nos dice Olivo. "El no estaba por todo eso", afirma una vez más. Gómez fue sólo un espectador lejano de la contienda.

–¿...?

–Gómez entró a Ciudad Bolívar al día siguiente de haberla tomado el general Emilio Rivas.

(De un reportaje del coronel Gregorio Olivo al diario *Ahora*, edición del 12 de febrero de 1936.)

Con todo, justo es declarar que siquiera estuvo en "Cañafístola" durante esa acción. En la adulatoria frenética de estos últimos años todo Venezuela leyó asombrada que fue él y no el general Castro quien dirigiera la batalla de Tocuyito en setiembre de 1899; y aun el mismo Gómez iba allí a conmemorar esa mixtificación entre algunos de los propios antiguos oficiales de Castro. E igual patraña se publicaba respecto de la batalla de La Victoria...

APENDICE IV

Por correspondencia del doctor Mendible, luego de publicada esta parte de mi obra, éste nos explica así lo ocurrido:

"1º *Muerte del general J.J. Briceño.* Este señor tenía sus fuerzas distribuidas en dos cuarteles diferentes y dichas fuerzas montaban poco más o menos a quinientos hombres bajo oficiales de su entera confianza. Como este señor había pertenecido antes a lo que se llamó la Conjura, esto es, a los que no querían a Gómez, creí yo, cuando estalló la Reacción que todavía estaría en ese predicamento, y le propuse, en vista de los sucesos, que asumiéramos una actitud independiente de la evolución que se realizaba; que yo asumiría la autonomía del Estado y él me apoyaría con la espada; que levantáramos un ejército y marcháramos sobre Caracas rápidamente sorprendiendo a Gómez y atacándole, cuando aún se encontraba inseguro en su traición. Yo creía esta acción de segurísimo efecto, pues en aquellos días todo era desconcierto, desconfianza y temerosa confusión en el ambiente político. ¡Qué cándido fui yo y cuán ignorante del medio donde actuaba! La contestación de Briceño fue que *él tenía compromisos con Gómez desde "La Vaquera" y que no debía hacer (yo) otra cosa que agachar la cabeza y marcar el paso.*

En vista de esta contestación resolví atacarlo de todos modos y combiné un movimiento entre mi cuerpo de policía y el jefe de la guardia de presos para arrebatarle a Briceño las armas de que disponía y proceder yo entonces por mi propia cuenta, pues, créame, que lo prefería todo menos a apoyar al *Héroe de Diciembre* en sus planes de traición y usurpación.

Cuando se hizo el ataque, el general Briceño estaba fuera de sus cuarteles y Ud. comprenderá que si en mi plan hubiera estado el eliminarlo, lo habría puesto en práctica como acto *previo*, lo que me habría simplificado la cuestión y quizás resuelto *a priori* el problema, ahorrándome el gravísimo peligro que corrí de perder la vida, pues el general Briceño salió corriendo de la casa donde se encontraba y disparando sus armas llegó hasta la puerta de la Prevención de uno de sus cuarteles, que en ese momento sometíamos, y donde encontró la muerte, a manos, según se cree, de uno de sus propios soldados y del coronel Alberto Garbán, que era mi Jefe de Policía. El general Briceño murió, pues, combatiendo y créame, que he lamentado siempre que aquel valiente hubiera ofrendado su vida en aras de la más triste y bochornosa traición".

Seguramente que la circunstancia de haberse sublevado la *guardia de prevención* fue lo que dio lugar a que se dijera que fueron estos últimos los que se sublevaron, pero no fue así. Ellos, como le dije a Ud., se aprovecharon de la coyuntura y se escaparon. ¿Quién lo podía impedir?

2º *Escapatoria de los presos* – La explicación anterior da la clave perfecta de este hecho que ocurre con frecuencia en casos semejantes.

3º *Proclamación de Rolando.* – Desaparecido Castro ya de la escena política de Venezuela por obra de la traición de Gómez que acababa de realizarse, no pudiendo yo evitarlo como hubiera sido de mi deber como miembro oficial de su Gobierno, pensé buscarme un Jefe caracterizado y prestigioso que barriera a los traidores y realizara la obra que ya se imponía de acabar con el regionalismo andino del que todos eramos víctimas, salvando o libertando al país de esa dominación que se había hecho pesada, absurda y podemos decir insoportable. Yo, como Gobernador que había sido de la Sección Apure, había mantenido una lucha constante y peligrosa con los señores andinos que querían acapararlo todo en la jurisdicción de mi mando, y esta actitud me había atraído sus odios y sus amenazas, los que se gloriaban de llevar a cabo apenas empuñara Gómez, su Jefe nato, las riendas del Gobierno.

En la Proclama *desesperada* que di cuando me alcé y a que se refieren Sus Memorias protesté contra el *regionalismo andino que había hecho un feudo de nuestra patria,* y creyendo en Rolando, que era oriental, *central* y caudillo militar y que además disponía de elementos que había conseguido en el extranjero, lo proclamé patrióticamente, con la esperanza de que este señor, lejos de entregarse a Gómez, se lanzaría a la guerra para acabar con el cuerpo del andinismo, ya que la cabeza había desaparecido por obra de la traición del mismo andinismo. Creí que este problema nacional, que aún subsiste, hubiera podido entonces resolverse, abriéndose para Venezuela una era de todo para todos, pues como Ud. sabe, ya los otros regionalismos, que también fueron un azote para nuestro país, han muerto irremisiblemente para siempre.

El general Rolando lejos de acoger mi idea, claudicó con Gómez, lo mismo que los otros caudillos, lo que nos ha dado esta dominación de 20 años, en que ya no un regionalismo, quizás, sino una familia, se ha hecho dueña, soberana y árbitro de nuestros destinos nacionales".

(Carta al autor, fechada en Barranquilla a 11 de enero de 1928).

APENDICE V

El 24 de julio de 1925, por medio de los buenos oficios del doctor Francisco Baptista Galindo, un enorme grupo de desterrados pasó la frontera para acogerse a la amnistía que se llamó "la reconciliación de la familia tachirense"*. El doctor Abel Santos y su hermano el doctor Eduardo encabezaron el retorno. El primero, "a nombre de los asilados venezolanos en el acto de su repatriación por la frontera del Táchira" se dirigió a la comisión nombrada por el general J.V. Gómez para recibirlos, compuesta de los doctores R. González Rincones, Vicente Dávila, Isaías Garbiras, Samuel E. Niño y Carlos F. Pirela; dijo:

"Señores: Si hubiera necesidad de un símbolo para exteriorizar los deseos del Primer Magistrado de la República, general Juan Vicente Gómez, nada mejor que una corbata blanca colocada en el ápice del asta en que flamea la enseña de la Patria, confiada a su cuidado. Ella serviría a cabalidad para traducir estos conceptos que son suyos: 'Mi gran anhelo es contemplar a todos los tachirenses felices en sus hogares, deseo que vengan todos. La campaña de paz que he emprendido la considero la más importante de mi actividad política; he logrado para la heroica tierra del Táchira restituirle para siempre unidos en abrazo fraternal a sus hijos queridos, que tienen derecho a vivir en su región amparados por las leyes y cuidados por mí, disfrutando de la paz bendita que reina en la República'.

Nobles y patrióticas palabras, a las que no hemos podido menos que corresponder en esta forma para contribuir así a la consecución de tan elevados propósitos. El Conductor de la República, como lo habéis oído, nos ofrece una paz digna en la vida del derecho, única fórmula posible en la conveniencia ciudadana. Nosotros, los que venimos, la aceptamos con honradez como cumple a hombres de corazón, y aportaremos nuestros esfuerzos a esa campaña que el Supremo Magistrado ha emprendido y ha de ser, sin duda, su mejor presea, a fin de que se convierta para todos los venezolanos en hermosa realidad y pueda cada uno decir con orgullosa satisfacción, amparado por su bandera, 'Patria, de tus entrañas soy pedazo', repitiendo la frase del insigne hijo de Ocaña, la noble y hospitalaria ciudad que me quiso como suyo, cariño que no podré olvidar. La realización de esta obra de paz habrá de proporcionar al general Gómez, puedo asegurarlo, la mayor de las complacencias entre las muchas que haya experimentado en su ya larga vida pública. El comienzo puede decirse que está en este sencillo desfile que presenciáis y que quizá pueda llegar a tener una gran significación política y es económicamente de no escasa enseñanza. Sentimos sí que no esté aquí presente el Supremo Magistrado, pues estamos seguros que conservaría de este acto un recuerdo imperecedero, nítido, inconfundible, no sólo en su mente, sino también en su alma de venezolano y de soldado de la Patria.

* Se calcularon unos 17.000.

Señores: no estamos aquí todos. Bastó anunciarles que las puertas de la Patria estaban abiertas, y centenares de labriegos ya se fueron en busca de la labranza abandonada; faltan nuestras mujeres, faltan nuestros hijos y faltan muchos más impedidos por la distancia. No somos, hablan los documentos oficiales, ni la vigésima parte de esa enorme masa de energías humanas y de capital, que la ola roja y negra de una incomprensión demente arrojó a la hospitalaria tierra colombiana. ¿Nos veis? Venimos con el alma rebosante de contento al pisar nuevamente el suelo de esta Patria que nos da nombre y orgullo; mas, si en los semblantes se refleja un cierto aire de tristeza, bien podéis explicároslo: del otro lado de ese río, tres veces sagrado al patriotismo, quedan sepultadas para unos, juventud y fuerzas agotadas sin fruto, que el tiempo avaro no devuelve; dejan otros, huesos de seres queridos a quienes la muerte quiso dar el ósculo de paz; muchos marchan a sabiendas de que su hogar, ayer bullicioso y riente, hoy está vacío por la partida eterna de los que lo alegraban, y a los que el destino cruel no permitió dar la postrera despedida, plena de amor y húmeda en llanto; y en fin, no pocos vienen a satisfacer únicamente un íntimo deseo del corazón, hollar el suelo siempre recordado, espaciarse en sus bellos horizontes y volver a respirar por pocas horas sus aires, pues habrán de regresar porque plantaron sus tiendas en firme en la heredad hermana. De éstos, seguros estamos de su cariño por Venezuela, lo guardarán intacto y morirá con ellos; pero de sus hijos pocos serán nuestros, la mayoría lo será de la tierra en que nacieron y se forman, para ir tal vez muchos de ellos a aumentar esa ya larga lista de apellidos que figuran con honor y brillo en el hogar santandereano.

Mas, ¿a qué recordar dolores? Hoy es el día fausto en las páginas de nuestra historia, conmemoremos el natalicio del Gran Libertador, Padre de la Patria: que el cese del odio entre hermanos, odio que aborrece Dios, sea la mejor ofrenda que a una tributemos a su memoria.

"Y como también por una feliz coincidencia, son hoy los días del Primer Magistrado de la Nación, general Juan Vicente Gómez, hagamos votos por su ventura y pidamos a la Providencia Divina en cuyas manos está la suerte de los pueblos, le ilumine, a fin de que el grito de "Venezuela por sobre todo", dado por él y por nosotros todos, nos una y fortifique. Podéis así decírselo. Señores."

Luego, desde San Cristóbal en setiembre del mismo año publicóse el "Voto de Adhesión del Pueblo Tachirense al Benemérito general J.V. Gómez" que dice:

"Sobre el pedestal de las grandezas de la Patria, en donde casi durante un siglo se agitaron para azotar sus glorias inmarcesibles, las pasiones políticas, se levantó, blanca como las nieves de nuestras montañas, la bandera de fraternidad y de la unión. No la lleva en sus manos un partido político que aspira el poder; ni un caudillo que vencido en luchas partidarias, busca ese refugio para salvar su nombre del oprobio, o encauzar hacia el triunfo, con el auxilio de todos, sus aspiraciones; ni es un aventurero que se trepa por asalto en las esferas gubernativas; ni un militar de espada rota, que quiere remendar sus errores de ayer, con la sangre del pueblo, sino un ciudadano de alta talla, que en el análisis imparcial y severo de las altas virtudes del pueblo venezolano, se asocia a él, con el carácter de Jefe Supremo, para que la Nación tenga rumbos de prosperidad, de bienestar y de grandeza.

Más de tres lustros van ya, en que el Benemérito general Juan Vicente Gómez por una necesidad sociológica, por una evolución definitiva del pueblo, mal comprendida al principio de sus detalles, pero por eso no menos fuerte y uniforme; por una imposición con que la paz hizo necesario su triunfo sobre la guerra y el desastre, asumió el Poder, y empezó su lucha de reconciliación, en abierta oposición contra aquellos que siempre vieron en la Curul Presidencial, al Jefe de un partido, el antagonista de todas las ideas de verdadero republicanismo, o el contemporizador que sacrifica en las manos de sus colaboradores, el libro de la ley y el prestigio de las instituciones.

Raros tiempos de enseñanza han pasado en esta era que rompe las pasiones de ayer, y deja campo abierto a las aspiraciones del porvenir. Su misma fe de patriota no creyó alcanzar tanto. Tan modesto como honrado, no solicitó la gloria, ni un laurel para su frente; buscaba la paz para sus conciudadanos, la tranquilidad para el hogar venezolano, la estabilidad de las instituciones, el imperio de la ley, la redención del hombre por el trabajo; el respeto a Venezuela con la honorabilidad y rectitud de sus procederes; más que la fuerza de sus armas invencibles, la fuerza del bien que atrae todos los espíritus; más que las represalias que exaltan, sus bondades que calman y tienden un velo sobre el pasado.

Hoy ha triunfado sobre el ayer y el presente, ese grande hombre, Benemérito general Juan Vicente Gómez. Y el pueblo del Táchira, quien lo admira se enorgullece de sus glorias, ya todo unido en el hogar común; más de cincuenta mil soldados de la paz y del trabajo, con alma grande y pensamiento severo, dispuestos a custodiar la efectividad de las instituciones, que protegidas por él, son la garantía de cuarenta mil hogares que van a poner su óbolo para la grandeza de la Causa y la gloria de su nombre, le presentan el testimonio de su adhesión incontrastable, de su lealtad franca y sincera, como al Jefe Supremo de quilates altísimos, que los ha sabido unir, con lazos fraternales, para marchar como un solo hombre a las conquistas del porvenir. Y es éste también un vínculo sagrado que nos une a su hijo muy distinguido, el general José Vicente Gómez, quien es el colaborador más entusiasta en esa obra de fraternidad y de cariño, bien realizada por la mano experta de nuestro ilustre Jefe, y aquí cumplida con hidalguía de procederes, por el muy noble y digno general Juan Alberto Ramírez.

Nada hemos necesitado sino paz, cordialidad y armonía, respeto a nuestros derechos ciudadanos y la concesión legal de nuestras libertades públicas. Eso lo tenemos garantizado con el ilustre Conductor de los destinos nacionales, por eso lo seguimos a él sin vacilación, con la entereza de los pueblos dignos y la firmeza de los más enérgicos".

San Cristóbal: Septiembre de 1925.

Las seis primera páginas de este documento que se publicó en forma de libro contienen 438 firmas.

Permanecieron en el destierro "voluntario" el general Juan Pablo Peñalosa, el general Maclobio Prato y sus hijos, Joaquín Briceño Maldonado y un escaso grupo de irreductibles que aparecen más tarde en la lucha incansable y cuyos destinos se tejen en esa terrible serie de episodios que finaliza en la tragedia de la aventura militar, de la enfermedad, de la prisión y de la muerte. Díjose entonces, para explicar la actitud de aquella "transacción" que usó el nombre de todo un pueblo a los fines de repatriar una gran cantidad de sus hijos, que los iniciadores sacrificaron sus justos resentimientos –como patriotas y como personalidades políticas– movidos a piedad por la miseria y el desastre en que veían sucumbir a sus conterráneos del otro lado de la raya colombiana y por el convencimiento en que estaban de que nada humanamente posible podía hacerse contra el régimen imperante en Venezuela. Sea. No hay derecho a dudar de ello, dado los hombres que tal cosa iniciaran. Pero luego, el año de tal reconciliación, aparece en el histórico Samán de Güere, el día 24 de julio de 1926 el doctor Abel Santos y pronuncia las siguientes palabras:

"Señor Presidente de la República: Señor Vicepresidente: Señores Ministros del Ejecutivo Federal: Señores: Sobre los días también domina la fortuna. En la historia de los pueblos los hay faustos e infaustos, si señalan triunfos y alegrías, o traen a la mente el recuerdo de reveses y dolores. Hoy es día de júbilo en nuestros anales; el 24 de Julio marca el natalicio del super-hombre americano y tiene que constituir para todo venezolano a más de un justo orgullo de familia, un serio e indiscutible compromiso para consigo mismo y para con todo el

mundo americano. Un venezolano que lo sea en espíritu y en verdad, debe tener siempre presente que es hijo de la tierra del Libertador y esto ha de bastarle para que sepa a qué está obligado y cuál es la orientación que debe guiarlo cuando se trate de mantener en alto nuestro prestigio de nación independiente y libre. Hoy también, ciudadano Presidente, son vuestros natales, y por ello tengo especial complacencia en presentaros las más calurosas felicitaciones, que no son solamente mías sino de todo el pueblo tachirense; al felicitaros, cúmpleme hacer votos, a la vez que por vuestra ventura personal, porque el Supremo Hacedor os guíe, a fin de que sigáis haciendo de esta Patria un gran pueblo y con ello aumentéis vuestro renombre. Empero, la Providencia ha querido que al mismo tiempo en este día fausto para el patriotismo se verifique el aniversario de un paso trascendental en nuestra vida política. Tuvisteis la clara visión del porvenir, la fe en el éxito y el supremo entre todos los valores: la confianza. No dudasteis, y en un momento como éste estabais con nosotros en espíritu, nos dabais el abrazo de bienvenida como que somos hijos de un mismo suelo, nos han arrullado las mismas dianas y hemos crecido a la sombra de esa bandera, que es una e indivisible como símbolo de la Patria, y ¡maldito aquel que pretenda prostituirla o desgarrarla! Y como os debemos gratitud porque confiasteis en nosotros, hasta aquí hemos venido para acompañaros en este aniversario, que no dudo habrá de marcar un nuevo derrotero en la vida política de la Nación, y al hacer acto de presencia para deciros de modo especial y solemne, antes de regresar a nuestras montañas, que vuestra confianza no será defraudada y que los que ayer trajisteis al suelo de la Patria estamos dispuestos a secundaros en la obra de bien que realizais. Una palabra más para concluir: en uno de los libros de los hebreos, el Talmud, se lee esta bella y honda frase: "Dios se ruega todos los días a sí mismo que su misericordia sea mayor que su justicia", que bien puede tener aplicación en el gobierno de los pueblos; y como en estos momentos se me viene a la memoria no puedo dejarla pasar sin repetirla".

APENDICE VI

Al general Zoilo Vidal, hombre muy querido y líder reconocido de los nacionalistas en Guayana se le llamaba cariñosamente "el caribe Vidal", y lo era de pura cepa. Formó en las filas activas contra Andrade y contra Castro –1898, 1902– hasta que quedó vencida la revolución "Libertadora" acaudillada por el señor Matos y con la cooperación de los oficiales nacionalistas. Refugióse en el extranjero y allí, junto con Manuel Vicente Romerogarcía y otros, pasó el duro destierro de aquella época. Doña Mercedes Smith de Hamilton nos refirió un detalle acerca del temple de espíritu de aquellos asilados. Como no tenían con qué pagar la modesta pensión en que vivían y no queriendo agravar la situación de una viuda que se sostenía también allí con su trabajo, íbanse a escondidas Vidal y Romerogarcía a cavar fosas en un cementerio de Nueva York para conseguir el par de dólares de sus gastos... El autor de "Peonía" atrapó una congestión pulmonar –pues carecían hasta de sobretodos– y por ello los descubrió la señora Hamilton. Parece trivial este detalle. No lo es tanto: creemos –y lo dijimos en todos los tonos– que el tipo de "desterrado" y de "víctima" que, o vive a costa de los compañeros más industriosos o menos flojos, o se dedica a la fácil holgazanería de las grandes ciudades forjando juntas, sociedades y grupos a cuyo margen medra un poco y disocia otro poco, si no empieza redimiéndose a sí propio ¿qué pretende ir a redimir a "la pobre Venezuela"? Es esa doctrina de la pereza capital la que hace de cada empleado cesante un "oposicionista" y de cada "oposicionista" un proto-cesante... Y es por ello que cuando suena la campana del refectorio salen corriendo, sin ver para atrás ni a los lados, y terminan en la anonimia de todos los escandalosos... Vidal era culto y pasablemente instruido. Estuvo siempre en estrecha amistad con los hombres más destacados de su época. Era sincero, ajeno a pequeñeces y egolatrías; no refería esas hazañas absurdas de los "mílites" de la decadencia. Su figura alta, erguida; su tez cobre claro; plata prematura sus sienes. Ojos de fuego, vivacidad en los movimientos amplios, de una elegancia que podríamos llamar aborigen por el aire fácil con que llevaba siempre el traje. Y vestía muy bien. Acaso aquel ademán angular de su hombro izquierdo evocaba la soltura de los Paramacomis y de los Guaicaipuros al desembozar la manta... Su padre fue caribe de pura cepa, sí; y su madre criolla. Pero blanca. Carecía de la jactancia mulata; del presuntuoso pedantismo del hijo de emigrados pobres advenidos a la sociedad metropolitana tras resultados opimos de hacienda o de mostrador. La reacción contra Castro en 1909 trájole desde el destierro a la Presidencia del Estado Sucre... De cómo se condujo allí, la prensa de otra época nos lo dice:

"Odiaba los vicios, perseguía los jugadores y combatía el Macán que estaba en las afueras de Cumaná.

En dicho Macán, como en todos los otros, tocábanse día y noche maracas, cuatro, tambores y bandolas. Los tocadores de estas últimas llamábanse, en buen castellano, bandoleros, y casi todos lo son por más de un concepto. Báilase, preponderante, el joropo local y algún que otro baile de jarungos o extranjeros.



El General Zoilo Vidal.

Bébese aguardiente en mayor cantidad que lo que beben los mulos agua, y, como las caballeresas que realzan con sus encantos y habilidades tales reuniones constituyen la flor y nata de Lujuriópolis y Rumbolandia, el Macán es una especie de flagelo de Dios impuesto a algunos pobres pueblos en castigo de sus pecados. Viéndole de cerca pregúntase uno si en verdad los hombres que tan bajo caen y las mujeres de Putifar –o de cualquier otro jefe de guardias de Faraones– que tal papel hacen, han oído hablar de pudor remotamente siquiera.

Una vez el Macán imperaba durante varios días con sus noches en Cumaná. Parecía un simún o viento del desierto africano, caliente como la boca de un horno ardiente y repugnante como una manada de monos araguatos en celo. El comandante de Armas, Julián Oliva, y el coronel Pepe Castro, jefe de la policía, daban el ejemplo a los escandalosos y disolutos.

El Presidente general Zoilo Vidal, el Caribe, en persona, descendió al antro de desvergüenza y escándalo. Quisieron imponérsele los que de imponerse habían vivido. Pero fue él quien se impuso al cabo, y el Macán concluyó para siempre bajo su gobierno.

Administró ejemplarmente en su territorio. Aumentó el comercio, la industria, la ganadería y todos los factores de riqueza natural del Estado de Sucre, haciendo respetar por el Gobierno Central los fueros y la autonomía federal de la región de su mando.

Como se opusiera a una intromisión superior, fue llamado por el Presidente. Oyó que éste le colmaba de elogios por su laboriosidad y celo. Fue felicitado y muy atentamente despedido. Al salir de la mansión presidencial fue reducido a prisión y calzado con grillos de gran peso en calabozo celular. Allí evidenció la indoblegable recedumbre de sus ancestros. Muchas veces se le pidió firmase un documento implorador de clemencia y siempre se negó, siempre protestó, siempre fulminó rayos de encendida cólera contra su tirano y verdugo.

Sostenía relaciones con una ejemplar y, no menos que él, valiente señorita Pepilla X, con la cual iba a contraer matrimonio poco antes de ser encarcelado.

Iba a verle regularmente a la prisión su prometida. Para poder consagrarle más tiempo y más completa atención, quiso que contrajesen matrimonio. Así fue, y mediante un Poder otorgado por el general, el acto legal quedó solemnizado.

Más de ocho años permaneció en prisión estrecha y dura, cargado con férreos grillos, este hombre ejemplar, duro como diamante y como los diamantes también luminoso y ejemplar por su dignidad y carácter".

Tras este terrible cautiverio fue libertado al propio tiempo que lo éramos nosotros de la Rotunda (diciembre de 1921)... Su telegrama para Gómez, desde Puerto Cabello decía así: "Me acaban de decir que por orden de usted estoy en libertad. Gracias a Dios". En nuestra breve permanencia en Caracas solía venir a vernos y nos visitábamos con frecuencia. Un médico –cuyo nombre reservamos hasta tanto nos autorice a publicarlo– nos trajo las fotografías tomadas en el manicomio subrepticiamente. Está en ellas Vidal con una luenga barba blanca, descalzo, un viejo piyama destrozado... Al fondo, muros descascarados, sordidez, desamparo. Y toma en otra de las "fotos" a su chiquilla por la mano con un gesto tan patético y es tan repulsivo y triste el aspecto de cuanto lo rodea, el loquero, las plantas ralas, los socavones enrejados, que esta tragedia cotidiana es sin paralelo; por la lentitud cruel, por la ejecución fría de ese secuestro. El profesional nos aseguró bajo palabra de honor de facultativo, que el general Vidal no estaba ni había estado loco hasta entonces (1927).

Caracas, febrero de 1936. – La señora Josefina de Vidal está frente a nosotros. Las ropas negras hacen resaltar la blancura de su piel ya cansada por el paso del tiempo. Viuda de aquel carácter rebelde que se llamó Zoilo Vidal, cuyo recuerdo está vivo en Venezuela como una úlcera, necesariamente tienen que interesarnos sus revelaciones al margen de la

tragedia del venezolano que expió en la cárcel de un Asilo de Locos al crimen inmenso de haber querido combatir como bueno la tiranía que le robó los mejores años de su vida.

–Quisiera que publicaran lo que voy a decirles, nos suplica la enlutada visitante.

Y seguidamente, con voz que a ratos se anuda de emoción, de comienzo a su historia:

–Ya ustedes saben quién era mi esposo. Por el año de 1921 después de una injusta prisión de doce años y días, le fue otorgada la libertad. Una libertad aparente nada más, porque tras él iban siempre como sombras siniestras, los espías de Gómez. En 1922, como se le presentara una gran crisis nerviosa, opinaron los doctores David Lobo y Vicente Peña que debía pasar una temporada en Los Teques, cuyo clima frío le aprovecharía bastante.

–Convencida de que el dictamen médico convenía ciertamente a la resentida salud de mi esposo, hice con prontitud mis preparativos y ya nos disponíamos a cambiar de residencia, cuando se presentaron dos policías a mi casa y sin dar explicaciones de ninguna especie hicieron preso a Zoilo, llevándoselo sin pérdida de tiempo.

Hace una pausa la viudad del general Vidal. Y luego bajando aún más el tono dolorido de su voz de viuda, nos confiesa:

–Debido a eso, perdí al hijo que estaba por nacer...

–Zoilo fue llevado brutalmente al Manicomio, en una de cuyas celdas permaneció 46 días, al cabo de los cuales salió con un brazo fracturado, de resultas del infame trato que le daban allí los encargados del Asilo.

–Pero bien, señora, ¿estaba realmente desequilibrado su esposo?

–No, no –protesta la viuda de Vidal. –Zoilo padecía simplemente de grandes nerviosidades, a consecuencia de sus largos días de prisión, días amargos, nutridos de vejámenes horribles, por orden de Juan Vicente Gómez, su encarnizado enemigo.

–Nuevamente libre mi esposo, siempre por indicación médica, lo trasladé a un clima más benigno. En efecto, nos radicamos en Sabanagrande y poco después en Los Teques, cuya temperatura le hizo gran provecho. Allí en Los Teques, olvidadas un tanto sus torturas y gracias a mis solícitos cuidados, la salud de Zoilo mejoró notablemente.

–¿De cuánto tiempo fue su estada en Miranda?

–De dos años. Y cuando ya alegraba nuestro hogar infortunado la presencia de una niñita, nacida doce días antes, Gómez ordenó por tercera vez el encarcelamiento de mi pobre esposo.

–Fue conducido brutalmente a la ergástula que le había señalado la furia del Tirano: al asilo de Enajenados de Caracas. En este funesto refugio maltratado, como un perro, estuvo Zoilo hasta su muerte acaecida seis años después, el 26 de mayo de 1930.

Por los ojos de la viuda del general Zoilo Vidal, mártil del despotismo de Gómez, aoma el dolor. Pero comprendiendo acaso que no es el minuto de las lamentaciones, sino el de acusación y el anatema, doña Josefina recobra la firmeza y dice:

–Creo necesario para que el público de Venezuela lo sepa, decir a ustedes todo cuanto tiene que ver con el drama de la prisión y la muerte de mi esposo, víctima no sólo de Gómez sino de sus discipulos.

Y la palabra acusadora continúa.

–Ante esta nueva y más dolorosa calamidad, no obstante el delicado estado de salud en que me halla, comencé a gestionar activamente la libertad de Zoilo. Me dirigí a todo el mundo. Y fueron tantos y tan audaces mis pasos, que hasta logré acercarme a Gómez, bajo el uvero de Macuto.

–¿......?

–Mas aquella gestión fue inútil. A Juan Vicente Gómez le interesaba la ruina de mi esposo.?

–¿Qué le dijo, señora?

Al verme cerca y oír mis desesperadas súplicas, aquel verdugo no abrió los labios sino para decir estas palabras, que eran no sólo una negativa, sino también la confirmación de su crimen:

–"Ajá, ajá, ya la dejaron acercarse".

–No desesperé, sin embargo. Seguí enviando cartas por dondequiera.

Y una vez, después de muchas e inútiles peticiones, Gómez me contestó diciéndome que me dirigiera al Gobernardor del Distrito Federal, quien "ya tenía instrucciones sobre el particular".

Corrí a casa de este funcionario, quien me contestó que nada, absolutamente nada podía hacer en mi obsequio, porque las órdenes que tenía eran perentorias, es decir, de negar a todo trance mis solicitudes de libertad.

–Insistí, a pesar de todo. Dije que así como se había permitido la salida del general Romero Durán para Trinidad, tuvieran para Zoilo igual deferencia.

–¿Y qué resultado tuvo esta súplica?

–Voy a explicarle. Pero antes, bueno es que se sepa que yo no dejaba de visitar a mi marido en el Manicomio, esforzándome con mil cuidados en hacerle más llevadera su desgracia. Recuerdo mucho que un día la hermana me dijo: "Señora, ahora sí no va a ser como la otra vez. Para que usted se lleve a su esposo de aquí se necesita de una orden expresa del Gobierno".

–Así las cosas –prosigue la señora–, Gómez resolvió concederme la traslación de Zoilo al exterior, una vez vistos los certificados de los médicos que indicaban la conveniencia de un cambio. Pero cuando ya tenía en mi poder los pasaportes, legalizados a fuerza de incontables sacrificios, el Gobernador Velasco, sin mayores explicaciones y de un modo grosero me los quitó de las manos, diciéndome:

–"Ultimamente, señora, ¡yo no lo dejo salir!"

–Siguió en el martirio de su celda Zoilo y una nueva y más áspera decepción sumóse a las muchas con que habían ulcerado mi corazón de esposa y de madre.

No tiene usted idea– nos dice la inconsolable informante– de la conducta observada por los vigilantes y demás encargados del Asilo para con mi desgraciado compañero. No le permitían salir al aire libre. A esto, principalmente se debieron las llagas que le salieron en el cuerpo y que al principio hicieron lo posible por que no fueran vistas por mí. En el cuarto miserable donde estaba encerrado Zoilo, se respiraba un aire viciado, que necesariamente tenía que abatir su ya débil salud de presidiario regular.

–Por aquel entonces, ¿cómo andaba el estado mental de su esposo?

–Bien. Ya le he dicho que Zoilo únicamente padecía de nerviosismos, los cuales, con un ambiente de sosiego y de cuidados, le pasaban por completo. Para la fecha a que me refiero, y ya en ese estado de postración en que se hallaba Zoilo, debido a la insalubridad de aquel rincón dantesco, claro está que ofrecía un debilitamiento lastimoso.

–Como ya les he dicho– sigue la viuda – yo no dejaba de visitar continuamente el Manicomio. El tratamiento a que estaba sometido Zoilo era, según pude comprobarlo, a base de la sustancia "Yosina", que creo es narcótica y que administrada en dosis abundantes constituye un veneno. Se lo hice ver así tanto a los médicos como a los encargados del Asilo, pero inútilmente, pues continuaron con él.

–¿.....?

–La infección ulcerosa de Zoilo continuó agravándose. Contemplando entonces su estado y comprendiendo que de no intervenir enérgica y oportunamente, moriría sin remedio, supliqué al doctor Blanch, médico del Asilo, certificase sobre la salud de mi esposo, a fin de que me permitieran llevarlo al Hospital Vargas o a mi casa, en donde podría prestarle la debida atención.

–El doctor Blanch, no obstante, desoyó mi ruego. Tenía según lo supe orden de no expedir certificados sobre la salud de Zoilo, en vista de lo cual y por consejo del mismo, decidí ocurrir a las autoridades en solicitud de un permiso para que el médico pudiera cumplir con este elemental deber profesional.

–Sería muy extenso narrar todas mis desventuras durante este calvario de mi vida. Sólo puedo decirles que a innúmeras instancias mías fue, por fin expedido el certificado dicho, aunque de un modo ambiguo, pues los doctores temían la "sanción" gomecista. Pinta la situación que me rodeaba un hecho:

Como le dijese el doctor Brígido Torrealba, sabedor de la gravedad de Zoilo, al Inspector de Hospitales aquella vez, Chacín Itriago, que mi esposo se encontraba seriamente enfermo, le repuso éste: "Lo mejor es que usted no se meta en este asunto".

–Murió mi esposo la fecha que ya indiqué al comienzo Murió asesinado lentamente por Gómez, y con la complicidad de sus áulicos, en una oscura celda del Manicomio de Caracas. Y ni siquiera me fue concedida la merced humanitaria y nada perjudicial para ellos de velar en mi casa el cadáver. El general García, Gobernador por ese entonces, me repuso cuando me le presenté implorándole me entregara el cuerpo de Zoilo:

–"Señora, eso no es cosa mía. Si a mí me ordena el general Gómez que se lo entregue, lo hago. De lo contrario, no".

–Del Manicomio mismo– termina visiblemente emocionada la señora– salió para su última morada el cadáver de mi pobre esposo".

APENDICE VII

Desde marzo de 1911 ya había publicado su folleto: *Un Tirano en la Picota*; y vuelve a la carga en diciembre del mismo año con su conferencia *Nuevo Régimen*, dictada en Panamá y publicada allí. En Centro América, en Colón, en México, luego, donde ejerció con brillo su profesión en la clínica Rochester y otra vez en Nueva York, hasta su muerte, este hombre mantuvo vivo el fuego de su espíritu. Erguido de conciencia y de cuerpo, bien corría por sus venas la sangre prócer de los Jugo, de aquéllos de la emigración de 1812 y de las campañas del Perú en 24, de los que desafiaran la ira de Monteverde, de los que luego maltrataría la soldadesca ebria de Venancio Pulgar... Su última obra, "El Peligro de la Intervención", Nueva York, 1930, publicada poco antes de morir, es su grito postrero de indignada angustia. Formó en la alta clase mental y doctrinaria. Fue un profesional apto, un buen escritor. Pero más que todo fue un caballero, eso que tratan de aparentar y no podrán nunca lograrlo tantos que se ajustan un lazo de trapo al cuello como corbata y más les valiera el nudo corredizo alto y corto. De la catástrofe de 1929 trató de salvar un fragmento de autoridad: reorganizar la Junta de París, continuar la lucha... Era tarde. Tarde para nada orgánico ni siquiera elemental: fermentaba al aprovechamiento irresponsable de los cacasenos de la revolución. Su última inquietud quedóse vibrando en el aire cargado de mala fe; su postrer esfuerzo murió acéfalo. La desintegración llegaba con su cauda publicitaria e irrisoria. Y la vio llegar Jugo al par que la cruel dolencia que le roía la vida. Un símbolo en su carne de cuanto presentía su espíritu en derredor de sí. Signado por el destino para la muerte, en plena madurez enérgica, quedan sus huesos en la tierra extranjera, menos fría quizás que la frialdad constitucional, vernácula, gelatinosa de las amibas venezolanas.

APENDICE VIII

"En una noche de julio de 1917 los cadetes de la llamada Escuela Naval (sección del transporte "Zamora") fuimos sorprendidos con la noticia de que algo grave sucedía en cubierta, noticia ésta llevada a nuestra "camarita" por uno de nuestro cuerpo. Inmediatamente subimos y al pisar cubierta vimos al Primer Oficial, Teniente Díaz, quien, sable de campaña en mano, daba órdenes para que nos llamasen y "nos acomodaran un 'chopo' (fusil) a los cadetes, orden que como se supondrá, fue inmediatamente puesta en ejecución. En efecto fuimos designados para montar guardia, transmitiéndosenos instrucciones de que hiciéramos fuego contra toda persona que intentando acercarse al "Zamora" no contestara a ninguno de los tres alertas que debíamos darle. No fue sino al cabo de un largo rato y por los trozos de conversación exaltada que oíamos que pudimos darnos cuenta de cuál era la causa de semejante alarma a bordo. Fue el caso que parte de los 300 presos que en viaje anterior habíamos traído de Puerto Cabello para Guanta, para ser utilizados en las obras de saneamiento de este último puerto, habían sido denunciados por un pobre e infeliz viejo que pensó con tal acción ganar la libertad. En consecuencia había que estar sobre las armas hasta tanto el Comandante del barco, señor Jesús Rafael Lares (q.e.p.d.) regresara de tierra a donde había ido con el fin de averiguar lo que hubiera de cierto y disponerse en consecuencia las medidas que del caso fueren. Poco después de habernos 'acomodado un chopo' a cada uno de los cadetes según la expresión del Teniente Díaz, dio el Comandante de Baterías señor Fránquiz, orden de que entregásemos los 'chopos' a los soldados y marineros y fuéramos en vez a 'jalar el barco pa fuera'. Después de llevar un cabo a la boya que había, y creo que todavía haya, en el centro de la bahía, separamos el barco del muelle unos tres metros o cuatro, tendiendo en seguida una planchada que podía ser retirada rápidamente en cualquier momento de peligro. Oíase en tierra un rumor confuso de gritos y voces de mando; seguramente no era otra cosa que la implantación del procedimiento investigatorio usado en las cárceles y cuarteles de policía de Venezuela para los aun meramente sospechosos de una falta: la tortura. A poco regresó el Comandante Lares de tierra y pudo dar cuenta exacta de los acontecimientos. Era el caso que un colombiano, cuyo nombre no recuerdo, había logrado convencer a un buen número de presos a que le siguieran en un golpe de mano que se daría el domingo, en cuya víspera fue descubierta la conspiración, es decir, al día siguiente del en que estábamos. El plan era sencillo en extremo. La Aduana de Guanta, edificio a donde estaban alojados los presos, no tenía sino una gran puerta delantera y otra trasera que estaba para aquel entonces condenada. La guarnición que custodiaba dichos presos tenía por costumbre a la hora del "rancho" del mediodía colocar las armas en pabellón, cerca de la puerta del edificio, la cual atrancaban del lado fuera con una barra. Esta coyuntura sería aprovechada por los presos, empujando en masa la débil puerta, la cual era de poca resistencia, dado su gran tamaño y que no tenía sujeción en la parte inferior, en el

punto donde se juntan las dos hojas. Después de apoderarse de las armas y dominar la guarnición que para el caso estaría indefensa, proponíanse atacar al "Zamora", cuya gente a esa hora debía estar durmiendo la siesta que acostumbran soldados y marineros echar, después del almuerzo y hasta la una, hora en que comienzan de nuevo las labores a bordo. Los cálculos estaban magníficamente echados y a no dudar hubieran tenido éxito, fatal para todos nosotros, a no ser por la delación de un pobre iluso. Una vez dueños del barco el colombiano se comprometía a hacerse cargo de la máquina, en tanto que la parte marinera estaría en manos de uno o dos margariteños. Aquella noche pasó en medio de naturales zozobras. Al día siguiente empezó el horrible castigo que debían sufrir los sesenta y pico de hombres comprometidos directamente. Amaneció aquel fatal domingo de julio: un sol brillante parecía querer hacer más patentes, más visibles, los acontecimientos que iban a tener lugar en este día. A las nueve de la mañana todo estaba listo. En un rincón del interior del edificio estaban hacinados, unos sobre otros, temerosos ya, sospechando el castigo que se les iba a imponer, un numeroso grupo de presos, en cuya primera fila aparecían el colombiano y los líderes margariteños de la frustrada sublevación. Como este edificio está dividido en dos andenes, toda vez que existe una línea ferroviaria que penetra en su interior, fue tendida una plancha que comunicase las dos partes. Como digo arriba, en un rincón estaban hacinados los condenados: éste correspondía al lado derecho del edificio. En el lado izquierdo se hallaban reunidos el Jefe de la Guarnición y los oficiales, sargentos y cabos encargados del castigo. El coronel Torres* presidía aquella tenebrosa asamblea. Diose comienzo por el líder colombiano. Después de bajarle los pantalones y de colocarle el conocido 'cepo de campaña', quedó allí, sin movimiento, desnudas las nalgas y colgándole los testículos por la posición que tenía: echado sobre el lado derecho. Un cabo, provisto de una vara de mangle de una pulgada de espesor tenía el encargo de comenzar la paliza. Empezó con el desgraciado y fueron gritos de dolor y de espanto, pedazos de testículos y nalgas, de piel de la espalda, a los cuales iban adheridas partículas de la vara del mangle que volaban por el aire. Más o menos a los cien palos el desdichado perdió el conocimiento, recobrándolo a poco por el dolor mismo causado, para no perderlo ya sino permaneciendo en un estado de semi-inconsciencia, los ojos desorbitados, una masa sanguinolenta, una llaga viva, latente, siendo al terminar cargado hasta el extremo opuesto y tendido boca abajo sobre las losas del piso. A la hora escasa había expirado el infeliz. A recibir mil palos fueron con el colombiano otros diez o doce de los principales del complot... –'peces gordos, cómo le parece'–. El resto a razón de 500, 200, 100 y 50, según el grado de culpabilidad. La ejecución de la espantosa orden fue llevada a cabo con una tranquilidad, con un método que hacía más impresionante, si cabe, el hecho que se estaba consumando. Hasta el servicio de aprovisionamiento de varas de mangle fue regulado por aquel fascineroso al mando de la guarnición. A medida que los soldados iban y venían trayendo y llevando varas de mangle (nuevas y desmontadas) continuaban los ayes de dolor de los apaleados. Los hubo que rogaron al coronel Torres: –'Pégueme cuatro tiros, coronel, pero no me den por las...'. A lo que el desalmado contestaba: –'Sargento, *jaléselas* para *ajuera* a ese ajo'. Las varas de mangle había que tirarlas al poco de ser usadas, pues se abrían, formándose en sus extremos como una especie de flecos, lo que a juicio del coronel Torres no pegaba suficientemente fuerte, mandando en consecuencia a renovarlas. Además, desgraciado del cabo o sargento que estuviese encargado de apalear a un preso, que no pegase de firme, pues en más de una ocasión desenvainó el coronel su espada y usándola a plan contra un subalterno le dijo: –'Mándele de ancho, so muérgano, porque si no lleva usted'. A las cinco de la tarde de este funesto día fue suspendida temporalmente la paliza, resultado de la cual era una hilera de cuerpos, piltrafas humanas, alineadas en un rincón del tétrico edificio. De éstos, cinco murieron antes de la hora de suspenderse el vapuleo y el resto poco después. Al día siguien-

* Alejandro Torres, no Silvestre como erradamente se ha escrito.

te se reanudó aquel horroroso acto, habiendo dispuesto el coronel Torres que dejaran los cadáveres, sobre los cuales volaba un enjambre de moscas, a manera de "ejemplo" para los que aún faltaba por apalear. Dos o tres días antes del descubrimiento del complot a que vengo haciendo referencia, había llegado el "Zamora", procedente de Puerto Cabello y La Vela; de este último lugar habíamos traído a una viejecita de más de sesenta años, a quien el Comandante Lares, con su innata bondad había dado el pasaje y a la que pensaba de igual manera volver a llevar al puerto de origen. El viaje de esta anciana tenía por solo objeto ver a un hijo que estaba en Guanta en calidad de preso, formando parte del número de aquellos cuya custodia estaba encargada al coronel Torres. El hijo, muchacho de veinte años, apareció complicado en lo del complot y fue condenado a llevar doscientos palos, tras los cuales probablemente quedaría inútil para toda la vida. Investigado que hubimos los cadetes si era seguro su castigo, tratamos por todos los medios imaginarios de ocultar a la anciana la tortura a que su hijo iba a ser sometido. Ya ella lo había visto al siguiente día de nuestro arribo a Guanta y muy contenta de ello parecía no tener sino palabras de agradecimiento para nuestro Comandante por el pasaje que le había conseguido. Sin embargo, debido a indiscreciones de quién sabe quién, la viejecita supo lo que iba a pasar y en seguida suplicó al coronel Torres, en presencia de todos los oficiales, tanto sus propios subalternos como los del barco, que perdonara a su hijo, pues era muy joven y no sabía lo que se hacía. Inflexible, aquél se negó a ello y todo lo que prometió a la anciana fue que vería "más tarde" cómo iban las cosas... Continuó la paliza todo el día lunes y los ayes y los gritos traían hasta el barco el eco de la tragedia que estaba desarrollándose en tierra. A bordo, hasta los marineros más rudos estaban sobrecogidos por un sentimiento de pavor. Flotaba en el ambiente una sombra de catástrofe. El Comandante Lares paseábase taciturno, grave, comprendiéndose en la expresión de su rostro la contrariedad que le causaba la imposibilidad en que estaba de poder oponerse a aquel bárbaro crimen. Los cadetes, alegres de costumbre, apenas si hablábamos, limitándonos a maldecir al tirano que ordenaba semejantes atropellos. Los marineros, corianos en su mayoría, hablaban de la viejecita, cuyo hijo, paisano de ellos, sería también cruelmente apaleado. Día martes. Amaneció en el puerto el "General Salom", que entró con velas desplegadas, seguramente adaptadas para darle mayor velocidad. Anclado que hubo se trasladaron a tierra los oficiales y junto con los del "Zamora" fueron a presenciar la continuación de la tragedia. Transcurrió el día y ya sólo faltaban cuatro o cinco desdichados, entre los que estaba el hijo de la anciana y cuyo apaleamiento había pospuesto el coronel Torres para última hora. Vuelve la ancianita a la carga, y rogando de rodillas, abrazada a las del coronel Torres, le besa los pies, le pide: –'Por su madre, por lo que más quiera, coronel, no me le pegue'. A los ruegos de la infeliz madre se unieron los de los oficiales de ambos barcos surtos en el puerto (los subalternos de Torres no se atrevían a chistar). Todo en vano. –'Yo no hago sino cumplir las órdenes del general' (Juan Vicente Gómez). Al fin se logró que no le dieran sino cien palos y por exigencia del Comandante Lares el pobre coriano fue trasladado a Barcelona e internado en un hospital allí. Un gesto que pinta claramente la desesperación de aquellos pobres hijos del pueblo es el siguiente: el segundo Comandante del "General Salom", Teniente Pedro Salom, usaba la chaqueta del uniforme bastante corta y por debajo de ella asomaba el cañon de su revólver. Cuando este oficial estaba contemplando el apaleo de uno de los presos, otro salvando de varios saltos la distancia que le separaba del Teniente Salom, trató de sacarle el arma del cinto con intención, según dijo después, de pegarse un tiro... A las once de la mañana del martes se dio fin a aquella espantosa tragedia. Ya doce eran cadáveres que se enterraron. Sobre el saldo de moribundos y de inválidos cerróse otra vez el portalón de la Aduana de Guanta.

(Nota escrita, comunicada al autor en Montreal, a 20 de noviembre de 1927 por un ex-oficial de la marina venezolana y testigo presencial de lo narrado).

APENDICE IX

La nómina de secuestrados, de muertos, de atropellos que contenía *La Vergüenza de América* (1921)–reproducida en el *Boletín de la Universidad de México*– acrecentada luego vertiginosamente, en el delirio de persecusiones sucesivas (las que sufrieran los responsabilizados por el misterioso asesinato del hermanito del déspota, Juan C. Gómez, las de los diversos atentados, auténticos o no, la serie de vejámenes a que dio lugar el movimiento de los cuarteles y el de los estudiantes en febrero de 1928 y las parciales en Carabobo, en Oriente, en el Estado Falcón, en el Táchira, etc.) han venido siendo desvirtuadas sistemáticamente en la prensa extranjera por varios funcionarios del servicio exterior de Venezuela. Se acusaba al autor de esta obra y a los otros escritores que las íbamos revelando al mundo, a medida que ocurrían, de "malos patriotas", cuando no de simples falsarios o libelistas que especulábamos con el triste escándalo venezolano. ¡No quedó ultraje en las galeradas de la prensa oficial y en las carpetas de consulados y legaciones que no se hiciera firmar e imprimir por algún mercenario y que no se nos arrojara en tono oficial y despectivo...! Desde el sigiloso comentario difamatorio y solapado hasta el artículo insidioso. Hasta la gestión internacional, respaldada por el carácter diplomático de quienes la intentaban, para perseguirnos con la mano extraña. Exasperaba a los "defensores" del régimen la independencia económica nuestra o la resistencia heroica a la miseria en los menos afortunados. Algunos de estos hombres provocaban nuestra respuesta para enviarla luego como prueba de su devoción al general Gómez. Y se les recompensaba largamente. Todavía en agosto de 1935 en algún periódico extranjero se deslizaban artículos en que a veces sin nombrarnos, para evitar un juicio por calumnia, se nos injuriaba villanamente exhibiéndosenos como bandoleros, como traidores a nuestro país y del autor que escribe llegó a decirse que "no podría regresar a Venezuela ni con éste ni con otro régimen, porque su cabeza estaba puesta a precio, etc., etc.". En cuanto a los venezolanos de las respectivas colonias en el exterior –unos por odios inconfesables, otros por ese placer morboso de los degenerados en la insidia y en la murmuración cobarde– dejaban decir ¡y era aún mayor bochorno verse defendido por extranjeros! Así iba a preparar el oportunismo su llegada a la patria con las manos vacías y la boca llena de espumas sucias. Claro está que fue ese un terreno favorabilísimo para la propaganda gomecista. La mayor parte de los que se hacían llamar "descontentos" eran gomecistas.... sin saberlo. Pertenecían por derecho propio al sistema; respiraban su inconsecuencia, su trivialidad, su vanidad, la ciega ira destructora hacia lo puro o lo armonioso, hacia lo sencillamente honesto... Sin fe en ellos, sin decoro en su vida íntima, sin otro apetito que el de ese día, ni otra visión que la de una larga vida de atorrantes anarquizados, viviendo a salto de amistad como los gitanos prófugos a salto de mata, iban cargados de iras absurdas contra "la tiranía" llevando estampada profundamente en el alma los estigmas todos que caracterizaban esa misma tiranía. Eran y son una lástima. De

la vasta extensión que cubre una ola de las peores contumelias y las denegaciones más cínicas, escogemos aquí, sólo por el valor demostrativo y característico, la del doctor Pedro Manuel Arcaya, Embajador y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en los Estados Unidos del Norte, en 1924 y la del doctor Pedro César Dominici, diplomático de igual categoría ante el Gobierno de la República Argentina, en 1934. Diez años de diferencia entre una y otra no modifican en nada la trayectoria... Y si estos señores, investidos con tan elevado cargo, descendían en una especie de vértigo de vileza hasta ese extremo ¿qué iba a quedar para la gentuza de antesalas y de redacciones de mesa redonda?

He aquí los documentos:

"...No muy diferente aunque más torpe es la calumnia que han forjado los libretistas de la Revolución respecto de cinco o seis detenidos políticos que murieron en las cárceles venezolanas durante los años de 1918 a 1919, pero ella es tan necia, que no ha encontrado ninguna acogida ni aun en los más suspicaces espíritus. Los mismos revolucionarios que la han propagado no la creen". (Pedro Manuel Arcaya, *Nuevas Apuntaciones de Historia Política*, Washington, 1924.)

Y como si no bastase, doce años después, en 1935 publica, en español, un libro en apología del tirano. Muere éste, vese obligado a renunciar la alta prebenda ante su escandalosa presencia en el más alto cargo exterior de nuestra Cancillería, y he aquí que lo reimprime, ya en forma necrológica, pero en inglés, con un "epílogo" contra el actual Presidente de la República, su Gobierno y sus procedimientos al convencerse en todo el año de que quedaría fuera del favor oficial. Ese "epílogo" finaliza su obra y remata su catástrofe moral. Como muestra de todo el panfleto este párrafo: "Los enemigos de Gómez han denunciado que los prisioneros políticos que murieron en la cárcel fueron envenenados. Ni el Procurador General de la Nación (es el Dr. J.J. Abreu) ni un solo individuo ha acusado a nadie de haber cometido tales crímenes imaginarios. Es difícil creer que haya allí asesinos a quienes el presente Gobierno (el del General López Contreras, del cual no es ya prebendado el Dr. Arcaya) los esté protegiendo de un proceso criminal. (Página 234 – *The Gómez Regime in Venezuela* Washington, D.C. diciembre 17 de 1936)."

"*Amicis inmortales, inimicitias mortales debere esse*", es su cita final del clásico latino. Sí; la amistad es inmortal, la enemistad perecera. Pero del más trivial latín es también la sentencia: *Finis coronat opus*. El anciano falsario con el final corona su obra y su vida.

En cuanto al señor doctor Pedro César Dominici, quien continúa al frente de nuestra representación Diplomática en la Argentina al entrar en prensa la segunda edición de esta obra (1937), he aquí lo que dice:

"Señor director: Leo en CRITICA una narración del señor José M. Capo, periodista cuyo nombre por primera vez llega a mis oídos, de un reciente viaje a Venezuela titulado "Tres millones de hombres en agonía". Las cosas que relata el señor Capo hacen dudar de que realmente haya ido a Venezuela, y su permanencia en las Antillas está diciendo a voces que el viaje del citado periodista ha sido edificado con los panfletos y hojas sueltas de los revolucionarios venezolanos que residen en las islas vecinas. Repite los tópicos calumniosos publicados hace 15 años de cárceles llenas de presos, de suplicios medioevales, de estudiantes construyendo carreteras, y demás engañifas propias de los revolucionarios de todas las épocas y lugares. Hace 15 años publicó en Nueva York el señor Pocaterra un opúsculo relatando su prisión en la Rotunda de Caracas, comenzando por confesar que estaba complicado en una conjuración y golpe de mano con un cuartel de la ciudad y que a las 4 de la mañana aguardaba sentado en un banco de una plaza el estallido para incorporarse al movimiento, lo cual justificaba su prisión. Cuenta este señor que en la cárcel empleaban medios violentos con los prisioneros, y que tres o cuatro, que murieron de disentería, habían sido envenenados con unos polvillos blancos por un carcelero. Los muertos no eran caudillos militares ni políticos a quienes un *gobierno sangriento* podía tener

interés en eliminar con los tales polvillos, sino señores como Pocaterra, a quienes se probó que estaban en el complot. Esos señores importantes, están vivos o en el extranjero o en el país, y muchos figuraron después en el gobierno. Después de unos meses de cárcel fue puesto en libertad el señor Pocaterra –no obstante ser culpable–. Vivió en Caracas algún tiempo y embarcóse más tarde para Nueva York, dedicándose con la pluma a forjar un ambiente de antipatía y crueldad al gobierno venezolano. Cada vez que los revolucionarios escriben contra el gobierno, repiten las historias que cuenta en su libro el señor Pocaterra, a pesar de confesar él que ni fue molestado, ni martirizado. Claro está que cuando en alguna escaramuza de los revolucionarios con tropas del gobierno muere algún revolucionario, no murió peleando, sino que fue asesinado... Sin embargo, nuestro gobierno *sangriento* ha tenido la buena suerte de no haberse visto obligado en tantos años, a repeler ninguna agitación popular, ni de tener ningún día luctuoso en que la fuerza pública se hubiese visto obligada a defenderse con las armas. La leyenda tan explotada por los enemigos del gobierno residentes en el exterior de los estudiantes trabajando en las carreteras, provino del siguiente episodio dramático-jocoso: cansadas las autoridades de policía del espectáculo de señoritos alcoholizados pidiendo dinero a todo el mundo: cansada la policía de prenderlos y soltarlos sin resultado alguno; ocurriósele a un prefecto de policía enviarlos una mañana con las cuadrillas de trabajadores que trabajaban en la carretera de Caracas a La Guaira. Tres o cuatro días duró aquella pequeña farsa que ellos vislumbraban como indescriptible tragedia, pasados los cuales, el jefe de policía los puso en libertad bajo la amenaza de tenerlos un mes la próxima ocasión. La ocurrencia fue reída en Caracas, y posiblemente el gobierno llegó a conocerla. Pero el terror que inspiró a aquellos señoritos en constante estado de embriaguez agresiva produjo el más saludable efecto, y para felicidad de sus familias, no se les vio más en las calles. Aquel episodio baladí, dio origen al estribillo que hace años canta la propaganda revolucionaria de las Antillas, de los estudiantes trabajando en las carreteras... y que reproduce de tiempo en tiempo algún diario del exterior. Nuestras contiendas civiles nunca fueron en Venezuela crueles ni vengativas. Bastará con recordar que en los sesenta años últimos no ha habido en mi país sino dos fusilamientos: el del general Matías Salazar, que se alzó con sus tropas en el año 1870, traicionando al Partido Liberal que dirigía el general Guzmán Blanco, y el del general Antonio Paredes, fusilado pérfidamente por el general Cipriano Castro, en 1903. Pero no habla, naturalmente, el señor Capo, de la inmensa deuda de gratitud que tiene Venezuela con el presidente Gómez, por la admirable transformación de un país en bancarrota económica en una nación de orden y responsabilidad honorable, citada hoy en todas partes como un modelo digno de imitar financieramente, en medio de la crisis que devora al mundo. No se entretiene siquiera el periodista Capo, ni sus asesores revolucionarios venezolanos, en rememorar el estado material y moral en que encontró el país el presidente Gómez cuando le tocó dirigir sus destinos; en pleno sainete grotesco, cuando monsieur Clemenceau, hacía sacar al presidente Castro del hotel en Martinica en calzoncillos y Castro recibía a las autoridades en Santander en la cubierta del trasatlántico en pantuflas y gorro bordado en oro, gritando con gestos simiescos; cuando las escuadras extranjeras bloqueaban los puertos venezolanos para exigir el pago de sus deudas; cuando Castro firmaba los protocolos de Washington para lograr la ayuda de los Estados Unidos; cuando no se pagaban los sueldos públicos y los enfermos de los hospitales andaban en grupos por las calles porque no se les daba de comer; época de horror y de humillación para Venezuela y los venezolanos. El señor Capo ignora o no le han dicho esas cosas. Pero los que vivimos aquel tiempo, llevaremos siempre aquel cuadro pavoroso, ante los ojos... El hombre que el Destino llevó al poder entonces, también tuvo ante los ojos, aquel ciclo vergonzante. Y construyó la obra de hoy que señala a Venezuela como el *único país en el mundo* que no tiene deuda exterior, ni empréstitos, ni debe a nadie un centavo. El único país donde no hay desocupados, donde no

se ha rebajado el sueldo de sus empleados, ni disminuido el presupuesto, ni suprimido empleados; y cuyo gobierno es citado por eminentes estadistas de Europa y América como un modelo digno de ser imitado. Quedan todos estos hechos y verdades incontrovertibles aquí, enunciados por mí, en oposición con las leyendas y anécdotas de mala prosapia del señor Capo. Soy de usted muy atento servidor (Firmado): Pedro César Dominici. Abril 11 - 1934."

Hemos cumplido con nuestro deber. De todo ello hemos derivado, junto con la enemistad enconada de algunos que estaban o aún están ventajosamente situados para tratar de hacernos daño, la incomprensión de unos cuantos, la negación de otros, la insidia senil de uno que otro político que unta su rebanada de pan con la sal que nuestra lucha y nuestro sacrificio les facilitara. A todo eso contesta nuestro silencio y nuestro desprecio. Los deudos de esos muertos reales de "crímenes imaginarios", las víctimas supervivientes, el testimonio de los documentos oficiales demoliendo cárceles y arrojando grillos a las olas, un pueblo de tres millones de habitantes en la superficie de una entera república y otro pueblo de millares de esqueletos que pudren sus restos bajo esa misma tierra, son nuestra invención y nuestra mentira... Comparecieron los criminales ante los jueces; el pueblo quiso lincharlos; la policía tuvo y tiene que protegerlos mientras se les aplica una sentencia legal y terrible, pero no sabemos hasta dónde la pena que están sufriendo o van a sufrir esos desdichados, alcance, en su proyección moral, a la conciencia de los que nos desmintieron... Nada nos resta añadir. Lo dicho, dicho queda. Probado. Sancionado; ya no está en nuestra mano ni en la de nadie borrar de la memoria de los hombres la siniestra elocuencia con que la verdad y el arte han querido en el otoño de la vida coronar de indulgencia nuestra sociedad. Vuelvan otros al sosegado cinismo de sus vidas, a las doradas siestas del ocio oficial o de los bienes groseramente hurtados ayer, con las uñas todavía maculadas de sangre hermana y de barro de la gleba. Continúen en sus honores, en sus triunfos, en sus ingratitudes. No les deseamos mal alguno. Son ésos los frutos envenenados de una cosecha pródiga en tierra inhumana. No iremos ya más a buscar entre los cardos de sus pedregales nuevas sierpes que alimentar en nuestro seno ni hemos de criar ya nunca para la gloria del vuelo ni los cuervos de ayer ni las cornejas de hoy.

Un día lejano, la mano fría del historiador, cuando ya otra garra de hielo definitivo haya aterido la nuestra, hojeará acaso estas páginas y ajeno a pasiones del momento y extraño a dolores remotos, habrá de preguntarse qué clase de gentes poblaron en una época dada un paraje del norte del continente meridional que se llama Venezuela.

APENDICE X

Cuando el pueblo de Cuba puso en fuga a Gerardo Machado, y mientras todo era de emergencia y de violencia en la Isla, nosotros escribimos a la prensa cubana en el sentido de intentar la acción respectiva por la desaparición de Francisco Laguado Jayme. Escribimos inmediatamente también a su hermano Carlos, residente en Cúcuta , y éste nos envió poder legal suficiente que investimos en la brillante abogado Berta Darder. Ya años antes, tiranizando aún Machado en la Grande Antilla, le anunciábamos que a su hora y día iba a tener que dar cuenta de ese crimen. Promovióse la acción respectiva por ante el Tribunal de Sanciones en la Habana; la colonia venezolana apoyó enérgicamente las gestiones de la acusación. Conocíase –primero por la iniciativa de don Joaquín García Monge, ese grande y noble espíritu que tiene a veces en sus solas manos y en las páginas de *Repertorio Americano* todo el decoro de nuestra América–, luego publicó Manuel Márquez Sterling *Las Conferencias del Shoreham*, donde concretaba el asunto desde el punto de vista internacional y a todo ello unióse la campaña previa de prensa del momento, en demanda de sanción. Gestiones en la Embajada Cubana en Washington, en la Secretaría de Estado en Cuba... ¡cuanto estuvo en nuestra mano para que ese crimen no se cometiera! Y se cometió.

Léase el reportaje judicial:

"*DIARIO DE LA MARINA*-AGOSTO 24, 1934.

'Machado holló miserablemente el respeto que merece todo exilado político', dijo el Dr. Lavín en su magnífico discurso. El Tribunal estuvo reunido hasta anoche, sin publicar el fallo.

Hasta las siete y media de la noche estuvo reunido el Tribunal Nacional de Sanciones que conoce del proceso por la muerte del escritor y revolucionario venezolano Francisco Laguado Jayme, sin que una vez terminada la reunión, en la que se acordó la sentencia, se dieran a conocer los términos de la misma. Los reporteros preguntaron al Presidente, Dr Ricardo R. Duval, y éste, con la discreción propia de su magistratura, informó que nada había aún de la resolución del Gobierno Provisional, vigente desde ayer, que dispone que los Magistrados de lo Civil no pueden integrar tribunales de lo Criminal, estimándose que por ello tendría que anularse. por segunda vez, el juicio que nos ocupa, dado que los doctores Francisco I. Solís y Andrés María Lazcano se encuentran en ese caso y forman parte del Tribunal Nacional de Sanciones, el Dr. Duval aclaró que había triunfado el criterio en la recta interpretación de dicha disposición, de que el caso no afectaba a los citados funcionarios, porque se contrae a juicios que en lo adelante han de celebrarse, pero no a los que ya se encuentran conociendo, por lo que dichos doctores Solís y Lazcano no podrían seguir for-

mando parte del repetido Tribunal, pero sí del de Laguado Jayme, mucho más cuando éste se encuentra ya en trámites de dictar sentencia.

Las sesiones de ayer, pues, fueron dos, la de la mañana y la de la tarde, absorbieron la atención de los que intervienen en el juicio referido: en la primera terminó la prueba toda y en la segunda informaron las representaciones de las partes. El Ministerio Fiscal, representado por el Dr. Pablo F. Lavín que pronunció un magnífico alegato jurídico; la acusación particular, a cargo de la Dra. Berta Darder, que combatió la, a su juicio, ineficacia de los Tribunales de Sanciones, pidiendo, tanto uno como otra, la pena de muerte por fusilamiento para los procesados Santiago Trujillo y Florencio García Gallardo, por asesinato cualificado. Finalmente, informaron los doctores Heliodoro Gil y Enrique Lamar, Letrados de Oficio del Tribunal Supremo, quienes solicitaron probada la culpabilidad de sus respectivos patrocinados.

El testigo único y último que declaró ayer fue Luis Alfredo López Méndez, revolucionario venezolano, cuyo padre sufre prisión en Venezuela por revolucionario, y compañero y amigo de Laguado Jayme, del cual hace la historia de sacrificio y de abnegaciones para derrocar el régimen imperante en su país, campaña que llevó a cabo primero en su patria y luego en Cuba. Culpa al ex Ministro de Venezuela en Cuba señor Rafael A. Arráiz, de ser el autor intelectual –inductor– de la muerte de Laguado. Este, asegura el testigo, fue preso por la Judicial, a instancia del Ministro Arráiz que recibió en tal sentido instrucciones de su Gobierno, que se apresuró a hacer cumplir el de Machado. Laguado fue llevado a la Judicial, donde lo vio y donde le pidió que le llevara ropas y libros y al regresar a dicho centro policíaco para cumplir el encargo, supo que había sido llevado a la Policía Secreta.

Afirma, categóricamente, el testigo que Laguado fue llevado a la Secreta, pues allí lo vio y recuerda que en esos momentos pelaba una naranja. Recuerda, también, que Fors, el ex-Jefe de la Judicial, le dijo que Laguado había insultado a Arráiz, agregando que el citado Fors avisó a Rubén Martínez Villena, a quien el testigo tenía escondido, de que lo quería matar el Gobierno, aviso que le dio por medio del Dr. Juan Antiga. Termina asegurando, a insistentes preguntas del Dr. Duval, que Laguado Jayme estuvo en la Secreta.

Después de terminar López, el Presidente pregunta a las partes qué solicitan en cuanto a los testigos que faltan por deponer; la doctora Darder y los doctores Gil y Lamar, renuncian los suyos, pero el Dr. Lavín pide sean citados Pedro Martínez Moles e Hilario González; Oficial éste de la Marina de Guerra Constitucional. Como el primero se encuentra en el extranjero, se lee su declaración prestada en el sumario; en ella acusa a García Gallardo. El Fiscal insiste sobre González, pero el Tribunal, tras deliberar, le informó que ha acordado no examinarlo, por tener ya pruebas suficientes para dictar sentencia; el Fiscal hace presente que la declaración del testigo González le es imprescindible y entonces el doctor Duval le informa que el Tribunal ha decidido terminar el juicio lo antes posible dada la premura existente por la disposición a que hacemos referencia al comienzo. Finalmente a solicitud del doctor Gil, se acuerda continuar el juicio por la tarde, a las dos, para terminarlo, prorrogando, si necesario fuere, las horas de audiencia.

Por la tarde, a las dos y treinta y cinco, comenzó su informe el doctor Lavín, el que terminó a las tres y cuarenticinco.

Fue una sólida pieza oratoria del Dr. Lavín, que dividió en tres partes, y puntualizó, no solamente los valores morales que han intervenido en la tragedia, sino el aspecto jurídico del problema sometido a la consideración y fallo del Tribunal. Comienza hablando de la función pública que llena el Ministerio Público, el cual, en este caso, representado por él, tiene que pedir dos penas de muerte, para castigo de los que han cometido el crimen, aunque él sea decidido adversario de la pena de muerte. Entiende que la clase de delito que se juzga, que no puede ser considerado común, pues es más execrable y más horripilante que el que cometa un vulgar criminal, no puede tener más sanción que la condena de la

pena referida, más cuando Tribunales de Sanciones han sido creados en una nueva situación jurídica que reclama el castigo de los que se valieron de la potencia que les daba el Poder para llevarlo a cabo con todas las cualificativas y todas las agravantes y más cuando había triunfado en el caso Laguado Jayme, la Diplomacia del crimen, representada por el entonces Ministro de Venezuela en Cuba, señor Rafael A. Arráiz, sin cuya solicitud Machado no hubiera ordenado el asesinato de Laguado Jayme, ni Trujillo, ni García Gallardo lo hubieran llevado a cabo.

Estima que los Tribunales de Sanciones, por ser Tribunales de Derecho, sometidos al ordenamiento jurídico establecido por nuestra legislación, en la apreciación de los hechos tienen que someterse al dictado de la Ley escrita, que les marca estrechos límites, pero que en este caso no pueden ser tan estrechos que no les permita ver claramente la culpabilidad de los procesados, en contra de los cuales se ha desarrollado una tan amplia prueba testifical y documental, que no es preciso ni siquiera examinarla.

Combate el sistema incalificable de los Gobiernos, que en vez de ser salvaguardia de los principios del Derecho, de la Justicia y de la Humanidad, se manifiestan, como el de Machado, en Cuba, y como el de Gómez en Venezuela, enemigos de todos esos principios llegándose al caso de que un Ministro, que debe ser el amparador de sus nacionales en país extranjero, es el primero que los persigue encarnizadamente e inspira su asesinato.

Sostiene que el Tribunal no puede eludir la responsabilidad que tiene ante sí, en el orden penal y en el orden doctrinal, ya que se trata de un hecho incalificable, un hecho irreparable, en que los sentimientos de toda la humanidad han de producirse en contra de esa clase de crimenes que han de pasar a la Historia como uno de los más abyectos e incalificables, por haber sido cometido por sujetos que servían un régimen político que estaba completamente fuera de la Ley.

Después de hacer amplias consideraciones sobre la estructura moral de los que se prestan a ayudar a las situaciones políticas tan comunes en los países de América, desatando su vesania y criminalidad contra los indefensos y los enamorados del ideal puro y noble llevado hasta el sacrificio y la inmortalidad, que sólo cometen el delito de amar la Libertad, el Derecho y la Razón, entra en materia sobre el crimen que se juzga.

Perfila la personalidad de Laguado Jayme, campeón de esos principios loables y grandiosos en que el hombre pone a contribución todo lo que le pertenece en aras del bien de la Humanidad, desafiando las iras de los gobernantes tiranos, déspotas y autocráticos, habla de las garantías que el Dr. Alfredo Zayas, Presidente de la República de 1921 a 1925, dio al exilado venezolano para que expusiera sus ideas en un país libre, cosa que enaltece al ex-Presidente fallecido; habla del sistema de terror implantado por Gerardo Machado y cómo se consuma el asesinato, inspirado por Arráiz, ordenado por el Presidente derrocado y llevado a cabo por Trujillo, García Gallardo y dos agentes de aquél, dos agentes de la policía Secreta. Estima que está de sobra probado que Laguado estuvo en la Secreta y que de allí fue sacado, con el pretexto de ser trasladado al vapor "Máximo Gómez", pero con el criminal propósito de asesinarlo. Se refiere a la abundante prueba testifical practicada, la que ha dejado establecida, sin lugar a duda alguna, la culpabilidad de los encartados. Habla de la identidad de Laguado Jayme, de sobra comprobada, y de que no se podía dudar que Laguado no pudiera, a pesar de no ser una personalidad universalmente conocida, contribuir al derrocamiento de Gómez y recuerda el caso de Juan Montalvo, quien, desde las márgenes del Sena, en París, derribó la dictadura de su patria, en la República del Ecuador.

Habla también de la conmoción producida en el mundo entero, especialmente en este continente, cuyas principales publicaciones y más destacados hombres, en Costa Rica, en México, en el Perú, en la Argentina, en Cuba, en Venezuela –Jacinto López, García Monge, Manuel Ugarte, González, José R. Pocaterra e innumerables más– han dedicado sus mejores producciones a solicitar de las autoridades cubanas el esclarecimiento del crimen y el castigo de los culpables, y termina diciendo que bien lo merece así quien, como Laguado, en vez de encontrar protección en tierras extrañas, encontró la muerte por medio de alevoso asesinato.

Después informó la doctora Berta Darder, acusadora particular quien fustiga durante a los Tribunales de Sanciones, los que, a su juicio, no llenan misión para que han sido creados, por lo que entiende que más que castigar a los culpables de los crimenes del machachadato, los amparan, "protestando de ello como revolucionaria". Se extiende en amplísimas consideraciones doctrinales, procesales y revolucionarias para ampliar su criterio de inutilidad de esos Tribunales, y ello motiva el que el doctor Duval le llame la atención y le diga que debe guardar el respeto que se debe a los Tribunales y que formule su protesta por la mano no ejecución de las sentencias condenatorias que han dictado los de Sanciones a quien corresponda. La doctora Darder se reafirma en su dicho y aclara que no combate a los Magistrados en sí, sino a los Tribunales de Sanciones que, a pesar de haber sido creados por la Revolución, no han cumplido con los mandatos de ésta.

La doctora Darder cosechó atronadores aplausos del público.

Se refiere a las pruebas; estima probada la culpabilidad de los encausados en la misma forma que el Fiscal y probada, también, la identidad de Laguado Jayme, como la persona que fuera lanzada a los tiburones en plena bahía para ser pasto de los mismos, convirtiéndose así en cómplices del machadato.

Lee una carta que le dirigiera el señor José R. Pocaterra, en la que se extiende el gran escritor venezolano en amplísimas conclusiones filosóficas, doctrinales y políticas para dejar establecida la necesidad de que el crimen de Laguado, una vez más, la pena de muerte para Trujillo y García Gallardo.

Por último, informaron los doctores Gil y Lamar, pidiendo la absolución por no participación de sus clientes, aparte de que de las pruebas practicadas no se ha evidenciado la misma.

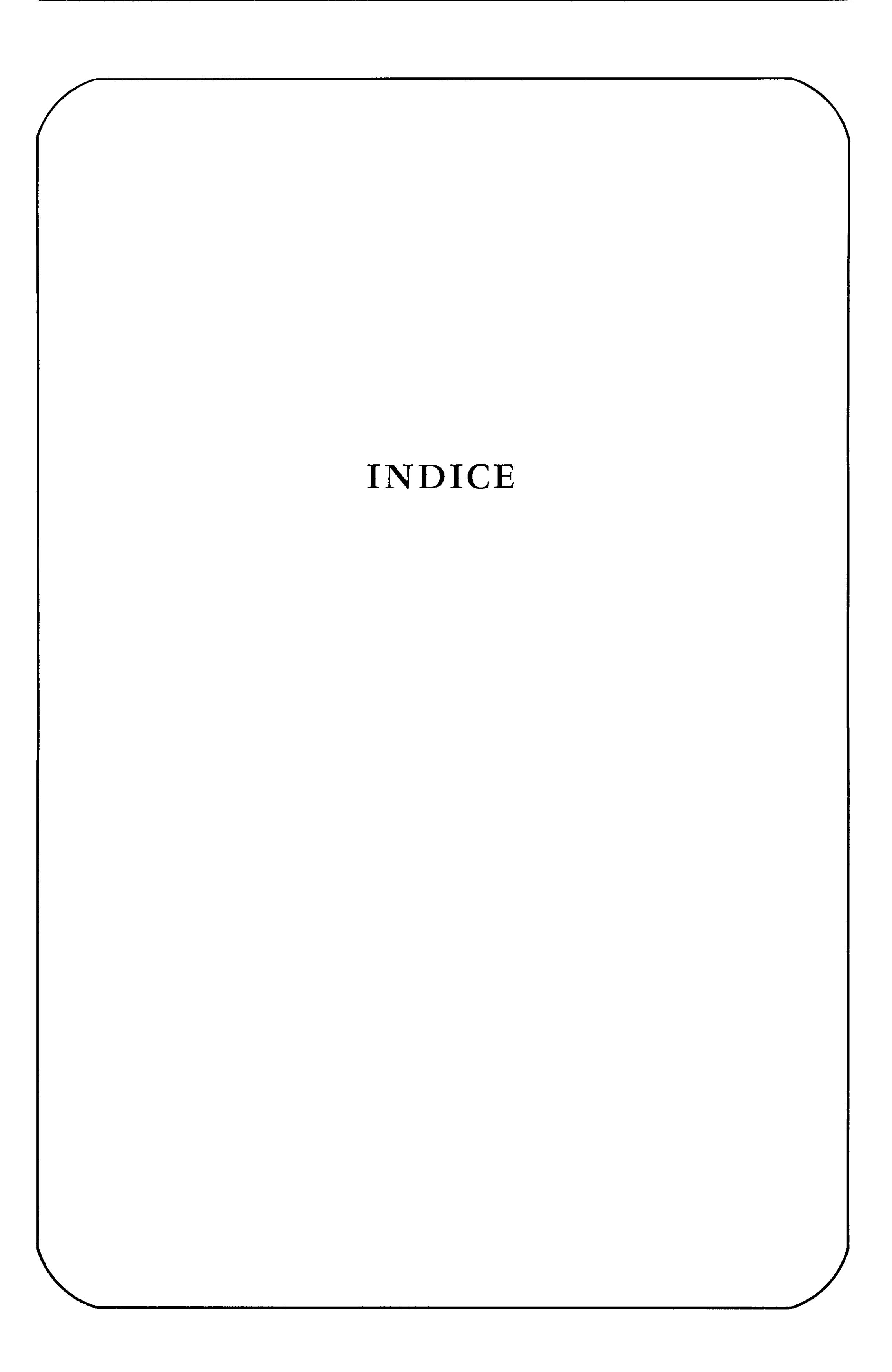
Después, el Fiscal Lavín se detuvo a comentar el problema moral que el caso de Laguado Jayme planteaba al Tribunal. Dijo el Fiscal en su informe que ese magno problema moral no era otro que el respeto que todas las naciones civilizadas y dignas prodigaban al exilado político y se había hollado miserablemente por Machado en el caso de Laguado. Refiere el Fiscal cómo los más grandes redentores de pueblos no fueron tratados de ese modo. Señala el caso de Sarmiento, el gran pensador argentino, que en Chile, cuando él combatía a Rosas, el tirano argentino, no sufrió persecusiones; que Andrés Bello, tampoco; que Francia acogió al gran Montalvo, exilado por combatir las tiranías de García y de Veintemilla; que el gran Martí tampoco fue acosado, ni siquiera en Venezuela, cuando agitaba la gran idea de la redención de Cuba y que el inmenso Víctor Hugo no fue agredido por Inglaterra, sino antes bien, protegido cuando el gran poeta del romanticismo, por combatir a Napoleón el pequeño se refugió en Guernesey y en Jersey, en el Canal de la Mancha. Dijo también que atacar a Laguado Jayme, que era la inteligencia, es atacar a la cualidad divina, atacar a Dios –como expresó el gran Víctor Hugo– ya que Laguado no hacía más que divulgar grandes ideas de libertad y de decoro.

El 28 de agosto el alto Tribunal Cubano condenó a muerte al excontramaestre de la Marina Nacional Florencio García, hallándolo culpable y ejecutor del asesinato del venezo-

lano Francisco Laguado Jayme. En su sentencia la Corte establece que este asesinato fue ordenado por el ex-presidente Gerardo Machado y luego solicitó del Gobierno Dominicano la extradición de éste, refugiado allí, obligándolo a escapar de nuevo con destino desconocido.

A la doctora Berta Darder, a la prensa y a los escritores más brillantes de la nueva generación cubana, sea esta nota el testimonio de la justicia que se les debe a quienes por la justicia luchan. Todos los odiosos matones que el pueblo de Cuba ejecutó sumariamente a la caída y fuga de Machado, no valen el más humilde de los cubanos o venezolanos que hacen parecer los déspotas.

En cuanto a los reos y a sus cómplices materiales o intelectuales una sola frase: así vamos ajustando cuentas nosotros".


INDICE

MEMORIAS DE UN VENEZOLANO DE LA DECADENCIA (Tomo I)

CAPITULO XIII

CAPITULO XIV

CAPITULO XV

CAPITULO XVI

CAPITULO XVII

INDICE DE ILUSTRACIONES

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
DOCTRINA DEL LIBERTADOR
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología: Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
CANTO GENERAL
Prólogo, notas y cronología: Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
ARIEL - MOTIVOS DE PROTEO
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
LA VORAGINE
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes: Luis Carlos Herrera Monila S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
COMENTARIOS REALES
Prólogo, edición y cronología: Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
CIEN TRADICIONES PERUANAS
*Selección, prólogo y cronología:*José Miguel Oviedo

8
TEATRO RIOPLATENSE
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología: Jorge Lafforgue

18

ROMULO GALLEGOS

DOÑA BARBARA

Prólogo: Juan Liscano

Notas, variantes, cronología y bibliografía: Efraín Subero

19

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

TRES OBRAS

(Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente)

Prólogo: Arturo Uslar Pietri

Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20

JOSE ASUNCION SILVA

OBRA COMPLETA

Prólogo: Eduardo Camacho Guizado

Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21

JUSTO SIERRA

EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22

JUAN MONTALVO

LAS CATILINARIAS Y OTROS TEXTOS

Selección y prólogo: Benjamín Carrión

Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24

PENSAMIENTO POLITICO DE LA EMANCIPACION

(1790 - 1825)

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25

MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA

MEMORIAS DE UN SARGENTO DE MILICIAS

Prólogo y notas: Antonio Cándido

Cronología: Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Elvio Romero

26

UTOPISMO SOCIALISTA

(1830 - 1893)

Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27

ROBERTO ARLT

LOS SIETE LOCOS - LOS LANZALLAMAS

Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28

LITERATURA DEL MEXICO ANTIGUO

Edición, compilación, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29

POESIA GAUCHESCA

Prólogo: Angel Rama

Selección, notas, vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30

RAFAEL BARRETT

EL DOLOR PARAGUAYO

Prólogo: Augusto Roa Bastos

Selección, notas: Miguel A. Fernández

Cronología: Alberto Sato

31

PENSAMIENTO CONSERVADOR

(1815 - 1898)

Prólogo: José Luis Romero

Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32

LUIS PALES MATOS

POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Edición, compilación, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

CUENTOS

Prólogo y selección: Alfredo Bosi

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Santiago Kovadloff

34

JORGE ISAACS

MARIA

Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35

JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA

ARMAS ANTARTICAS

Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
ENSAYOS HISTORICOS
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología: Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
LA UTOPIA DE AMERICA
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
LOS RIOS PROFUNDOS Y CUENTOS SELECTOS
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
LA REFORMA UNIVERSITARIA
(1918 - 1930)
Selección, prólogo y cronología: Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
OBRA LITERARIA
Prólogo, notas y cronología: Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO
Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
CONTRAPUNTEO CUBANO DEL TABACO Y EL AZUCAR
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
IDEARIO POLITICO
Selección, prólogo, notas y cronología: Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
LAS DEMOCRACIAS LATINAS - LA CREACION DE UN CONTINENTE
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Guilliand

45

MANUEL UGARTE

LA NACION LATINOAMERICANA

Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46

JULIO HERRERA Y REISSIG

POESIA COMPLETA Y PROSA SELECTA

Prólogo: Idea Vilariño

Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47

ARTE Y ARQUITECTURA DEL MODERNISMO BRASILEÑO

(1917 - 1930)

Compilación y prólogo: Aracy Amaral

Cronología: José Carlos Serroni

Traducción: Marta Traba

48

BALDOMERO SANIN CANO

EL OFICIO DE LECTOR

Compilación, prólogo y cronología: Gustavo Cobo Borda

49

LIMA BARRETO

DOS NOVELAS

(Recuerdos del escribiente Isaías Caminha
y el Triste Fin de Policarpo Quaresma)

Prólogo y cronología: Francisco de Assis Barbosa

Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50

ANDRES BELLO

OBRA LITERARIA

Selección, prólogo: Pedro Grases

Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51

PENSAMIENTO DE LA ILUSTRACION

(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)

Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52

JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS

QUINCAS BORBA

Prólogo: Roberto Schwarz

Cronología: Neusa Pinsard Caccese

Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
EL SIGLO DE LAS LUCES
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Aracelia García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
EL PAYADOR Y ANTOLOGIA DE POESIA Y PROSA
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología: Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
LA CHARCA
Prólogo, notas y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
OBRA ESCOGIDA
(Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza

Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
LITERATURA MAYA
Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
OBRA POETICA COMPLETA
Edición, prólogo, notas y cronología: Enrique Ballón

59
POESIA DE LA INDEPENDENCIA
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
LAS LANZAS COLORADAS Y CUENTOS SELECTOS
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
LOGICA VIVA - MORAL PARA INTELECTUALES
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62

FRANZ TAMAYO

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Mariano Baptista Gumucio

63

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

LA TIERRA PURPUREA - ALLA LEJOS Y HACE TIEMPO

Prólogo y cronología: Jean Franco

Traducciones: Idea Vilariño

64

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS Y VIDA DE HERNAN CORTES

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEXICO

Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66

JUAN RODRIGUEZ FREYLE

EL CARNERO

Prólogo, notas y cronología: Darío Achury Valenzuela

67

TRADICIONES HISPANOAMERICANAS

Compilación, prólogo y cronología: Estuardo Núñez

68

PROYECTO Y CONSTRUCCION DE UNA NACION

(Argentina 1846 - 1880)

Compilación, prólogo y cronología: Tulio Halperin Donghi

69

JOSE CARLOS MARIATEGUI

7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA

Prólogo: Aníbal Quijano

Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70

LITERATURA GUARANI DEL PARAGUAY

Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72

PENSAMIENTO POSITIVISTA LATINOAMERICANO

Compilación, prólogo y cronología: Leopoldo Zea

73

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
OBRA COMPLETA
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74

ALEJANDRO DE HUMBOLDT
CARTAS AMERICANAS
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76

FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
NUEVA CORONICA Y BUEN GOBIERNO
Transcripción, prólogo, notas y cronología: Franklin Pease

77

JULIO CORTAZAR
RAYUELA
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78

LITERATURA QUECHUA
Compilación, prólogo, traducciones, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79

EUCLIDES DA CUNHA
LOS SERTONES
Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80

FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
EL MEXICO ANTIGUO
Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81

GUILLERMO MENESES
ESPEJOS Y DISFRACES
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82

JUAN DE VELASCO
HISTORIA DEL REINO DE QUITO
Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83

JOSE LEZAMA LIMA

EL REINO DE LA IMAGEN

Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84

OSWALD DE ANDRADE

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo: Haroldo de Campos

Cronología: David Jackson

Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadloff, Márgara Rusotto

85

NARRADORES ECUATORIANOS DEL 30

Prólogo: Jorge Enrique Adoum

Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ

NARRATIVA Y ENSAYO

Selección, prólogo: Orlando Araujo

Cronología: María Beatriz Medina

Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87

CIRILO VILLAVERDE

CECILIA VALDES

Prólogo, notas y cronología: Iván Schulman

88

HORACIO QUIROGA

CUENTOS

Selección, prólogo: Emir Rodríguez Monegal

Cronología: Alberto Oreggioni

89

FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO

OBRA EDUCATIVA

Edición, prólogo, notas y cronología: Philip Astuto

90

ANTONIO JOSE DE SUCRE

DE MI PROPIA MANO

Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo

Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91

MACEDONIO FERNANDEZ

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA

Selección, prólogo y cronología: César Fernández Moreno

92

JUSTO AROSEMENA

FUNDACION DE LA NACIONALIDAD PANAMEÑA

Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Ricaurte Soler

93

SILVIO ROMERO

ENSAYOS LITERARIOS

Selección, prólogo y cronología: Antonio Cándido

Traducción: Jorge Aguilar Mora

94

JUAN RUIZ DE ALARCON

COMEDIAS

Edición, prólogo, notas y cronología: Margit Frenk

95

TERESA DE LA PARRA

OBRA

(Narrativa, ensayos, cartas)

Selección, estudio crítico y cronología: Velia Bosch

Teresa de la Parra: las voces de la palabra

Julieta Fombona

Bibliografía: Horacio Jorge Becco y Rafael Angel Rivas

96

JOSE CECILIO DEL VALLE

OBRA ESCOGIDA

Selección, prólogo y cronología: Jorge Mario García Laguardia

97

EUGENIO MARIA DE HOSTOS

MORAL SOCIAL - SOCIOLOGIA

Prólogo y cronología: Manuel Maldonado - Denis

98

JUAN DE ESPINOZA MEDRANO

APOLOGETICO

Selección, prólogo y cronología: Augusto Tamayo Vargas

99

AMADEO FREZIER

RELACION DEL VIAJE POR EL MAR DEL SUR

Prólogo: Gregorio Weinberg

Traducción, notas y cronología: Miguel A. Guerin

100

FRANCISCO DE MIRANDA

AMERICA ESPERA

Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo

Cronología: Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso

101

MARIANO PICON SALAS

VIEJOS Y NUEVOS MUNDOS

Selección, prólogo y cronología: Guillermo Sucre

Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102

TOMAS CARRASQUILLA

LA MARQUESA DE YOLOMBO

Prólogo: Jaime Mejía Duque

Edición y cronología: Kurt L. Levy

103

NICOLAS GUILLEN

LAS GRANDES ELEGIAS Y OTROS POEMAS

Selección, prólogo, notas y cronología: Angel Augier

104

RICARDO GÜIRALDES

DON SEGUNDO SOMBRA - PROSAS Y POEMAS

Selección, estudios y cronología: Luis Harss y Alberto Blasi

105

LUCIO V. MANSILLA

UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES

Prólogo, notas y cronología: Saúl Sosnowski

106

CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA

SEIS OBRAS

Prólogo: Irving A. Leonard

Edición, notas y cronología: William G. Bryant

107

JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES

OBRA COMPLETA

Edición, prólogo, notas y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110

BARTOLOME DE LAS CASAS

HISTORIA DE LAS INDIAS

Edición, prólogo, notas y cronología: André Saint-Lu

111

MIGUEL OTERO SILVA

CASAS MUERTAS. LOPE DE AGUIRRE, PRINCIPE DE LA LIBERTAD

Prólogo: José Ramón Medina

Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112

LETRAS DE LA AUDIENCIA DE QUITO

Selección, prólogo y cronología: Hernán Rodríguez Castelo

113

ROBERTO J. PAYRO

OBRAS

Selección, prólogo, notas y cronología: Beatriz Sarlo

114

ALONSO CARRIO DE LA VANDERA

EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

Introducción, cronología y bibliografía: Antonio Lorente Medina

115

COSTUMBRISTAS CUBANOS DEL SIGLO XIX

Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Salvador Bueno

116

FELISBERTO HERNANDEZ

NOVELAS Y CUENTOS

Carta en mano propia: Julio Cortázar

Selección, notas, cronología y bibliografía: José Pedro Díaz

117

ERNESTO SABATO

SOBRE HEROES Y TUMBAS

Prólogo: A. M. Vázquez Bigi

Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

118

JORGE LUIS BORGES

FICCIONES - EL ALEPH - EL INFORME DE BRODIE

Prólogo: Iraset Páez Urdaneta

Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

119

ANGEL RAMA

LA CRITICA DE LA CULTURA EN AMERICA LATINA

Selección y prólogos: Tomás Eloy Martínez y Saúl Sosnowski

Cronología y biliografía: Fundación Internacional Angel Rama

120

FERNANDO PAZ CASTILLO

POESIA

Selección, prólogo y cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
OBRAS
Selección y prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía: Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
OBRA POETICA
Selección y prólogo: Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
YO EL SUPREMO
Prólogo, cronología y bibliografía: Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
NOVELAS Y ENSAYOS
Selección y prólogo: Osvaldo Larrázabal Henríquez
Cronología y bibliografía: Roberto Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
VISION DEL PARAISO
Prólogo: Francisco de Assis Barbosa
Cronología: Arlinda da Rocha Nogueira
Bibliografía: Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque de Holanda:
Estela dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología: Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
MENSAJE SIN DESTINO Y OTROS ENSAYOS
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht
Bibliografía: Horacio Jorge Becco